

Cristo y Anticristo

En la Profecía y la Historia

por

Edwin de Kock

Diadone Enterprises

Anno Domini 2018

Cristo y Anticristo
En la Profecía y la Historia

por Edwin de Kock

Diadone Enterprises
12916 Los Terrazos, Edinburg, TX 78541
edwdecock@hotmail.com

www.propheticum.com

traducido por Néstor Rivero
revisado por Byron S. Villacorta, Esteban J. Hidalgo
y Hector E. Ramal

Edición en español, 2018
Cuarta edición, con revisión posterior, 2013
Edición digital, nuevamente revisada, 2007
Impreso, edición revisada, 2001
Edición digital, octubre, 2000

Copyright Edwin de Kock © 2018

Todos los derechos y derechos relacionados reservados
por el autor

Impreso en los Estados Unidos de América

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma o por ningún medio (electrónico, incluyendo la Internet, mecánico, fotocopiado, grabado, o ningún otro) sin el permiso previo del propietario del derecho de autor. Todos estos derechos y restricciones también son aplicable a las traducciones en otros idiomas.

Algunas de las citas directas de la Biblia son tomadas de una Edición Ecuménica de la RSV, p. e., la “Biblia Común: Versión Estándar Revisada de la Biblia, Derecho de Autor 1973 por la División de Educación Cristiana del Consejo Nacional de Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América. Usada con permiso. Todos los derechos reservados”.

Esta edición está dedicada a
Byron Stanley Villacorta Hernández
junto a otros que hicieron
posible esta publicación

Prefacio

El 12 de junio de 2013, una búsqueda en Internet sobre Cristo y el Anticristo reveló la existencia de aproximadamente 15,000,000 de páginas que ofrecían confiadamente exponer este tema y temas relacionados con el mismo. La palabra *profecía* por ella sola arrojó no menos de 53,400,000 respuestas. En vista de todas estas opiniones, muchas expresadas con no poco fervor y dogmatismo, ¿Qué podría justificar aún otro libro en un campo de estudio ya abarrotado?

Principalmente esto: Guía un camino menos frecuentado pero perteneciente a una noble tradición, antigua y a la vez continua, conocida como la Escuela Histórica de interpretación profética. Mientras Lutero, Calvino, Knox y otros como ellos vivieron (y después por otros tres siglos) casi cada protestante habría reconocido el enfoque básico de los siguientes capítulos, sin importar cuánto él o ella podrían no haber estado de acuerdo con detalles particulares en ellos. Los reformadores en general creían que las predicciones de la Biblia reflejaban de manera paralela toda la historia humana hasta el Segundo Advenimiento y aún después. También enseñaban que el Anticristo predicho en Las Escrituras era el papado.

Todos esos hombres empezaron sus carreras como sacerdotes católicos que anhelaban seguir a Cristo, y buscaban purificar su iglesia para establecer una mejor religión. Su gran mentor medieval, quien había estudiado atentamente las profecías, fue Joaquín de Fiore o Floris (c. 1135-1202) por un tiempo abad de la abadía cisterciense en Corazzo, Italia. A diferencia de ellos, permaneció en la iglesia romana hasta el día en que murió. De acuerdo con LeRoy Edwin Froom, este hombre erudito se volvió inmensamente famoso,¹ mezclándose con la aristocracia de Europa y testificándoles. “Se dice que tanto Ricardo Corazón de León como Felipe Augusto de Francia, en su viaje por el Mediterráneo hacia Tierra Santa, para la tercera cruzada en 1190, se reunieron con Joaquín en Mesina, Sicilia, donde Ricardo quedó enormemente impresionado por las profecías del Apocalipsis”. Joaquín también “tuvo contacto con tres papas, así como con la corte imperial de Enrique VI”.²

Él fue quien descubrió primero la naturaleza simbólica de los tres años y medio, cuarenta y dos meses, o 1260 días, mencionados en la Biblia siete veces, tanto en Daniel como en Apocalipsis. Enseñando que un día profético era igual a un año civil,³ inició inconscientemente una revolución destinada a sacudir los cimientos de los de la cristiandad siglos después de su muerte. Joaquín vivió trescientos años antes de Lutero.

En la actualidad, no obstante, la mayoría de escritores protestantes han abandonado la escuela histórica. Más comúnmente en la forma del Dispensacionalismo, se han unido a los Futuristas, que sostienen que el Anticristo es una persona específica que aún está por aparecer, y ya no lo asocian con el papado. Aceptan el principio

de día por año para interpretar las setenta semanas de Dan. 9, pero inconsistentemente lo rechazan cuando tratan con otras profecías de tiempo. De acuerdo con ellos, los tres años y medio, cuarenta y dos meses, o 1260 días serán literales, sólo tres años y medio de tiempo calendario normal.

El Futurismo se originó en la teología católica y comenzó a ser de prominencia especial durante la Contrarreforma, para desviar el dedo inculpativo de sobre el pontífice romano.

En el siglo veinte, los Protestantes Futuristas escribieron mucho sobre un gobierno mundial, el estado judío de Israel como un cumplimiento de las profecías en Ezequiel y sobre la Unión Soviética. Esperaban que los ejércitos de esa federación atea y comunista atacaran Jerusalén. Después de hacerlo, los ejércitos soviéticos serían aniquilados.

¡Ay!, ese país ya no existe más; Rusia, su estado sucesor, renunció al ateísmo en una extensión espectacular y se ha vuelto hacia el Cristianismo Oriental Ortodoxo. En agosto del 2000, ¡su jerarquía incluso canonizó al Zar y a su familia, asesinados por los bolcheviques en 1918!

El Nuevo Orden Mundial, ese tema favorito especial de los Futuristas, no está más cerca hoy de lo que estuvo una generación o incluso un siglo atrás. Pero todavía leemos sobre los peligros de los Iluminatis, de los masones, de los Rothschilds, de Cecil John Rhodes, del Coronel Edward House, todo un surtido de Rockefellerers, etcétera. Muchas de las personas acusadas de conspirar para subvertir la democracia, el patriotismo, o el cristianismo han estado muertos ahora por mucho, mucho tiempo, y sus maquinaciones se han vuelto nada.

Los poderosos Estados Unidos ciertamente no están mostrando señales de subordinarse a sí mismos a un gobierno mundial iniciado por las minúsculas Naciones Unidas, como los Futuristas han predicho tan confiadamente. Tampoco lo harán, porque los pueblos anglosajones del mundo son demasiado orgullosos y fuertes como para acceder a la dominación extranjera. Y, junto con otras profecías, Dan. 2:43 contradice esta idea.

El momento ha llegado, creemos, de poner a un lado tales fantasías y que reexaminemos la condición humana desde la perspectiva de la Escuela Histórica. Éste es uno de los principales propósitos de este libro.

Deseo hacer hincapié, sin embargo, en que hago diferencia entre las iglesias y organizaciones inaceptables para Dios y las personas que pertenecen a estas. Muchos de sus hijos están todavía en sistemas que Él aborrece, incluyendo religiones paganas y la iglesia del Anticristo. Al final, ellos responderán a su apelación a “¡Salid de ella, pueblo mío . . . !” (Apo. 18:4).

No creo en acusar personas, excepto cuando sus actos son manifiestamente malvados o que una narrativa sincera lo exija, especialmente cuando ellos persiguen a sus semejantes seres humanos. Entre otros, admiro a muchos hombres y mujeres nobles de la Iglesia Católica, soy sin embargo contrario a su teología y

métodos. Ellos, también, a menudo han seguido vidas piadosas y librado la buena batalla.

Algunos, como Joaquín, han hecho contribuciones sobresalientes a nuestro conocimiento sobre profecías y su cumplimiento. Sus pericias y erudición también han ayudado a enriquecer este libro.

Su primera edición impresa fue muy bien recibida por muchos lectores, incluyendo decanos de religión y el Presidente de la Conferencia de Texas. Un grupo de sus Reacciones y Evaluaciones pueden verse en la página web **propheticum.com**. Este libro fue, además, prescrito al menos tres veces en el Seminario de la Universidad Andrews en Berrien Springs, MI, para estudiantes de la Maestría en Divinidad.

Aunque el texto es en gran parte el mismo que antes, lo he revisado y mejorado. El capítulo titulado “Cambiando la Ley de Dios” ha sido actualizado y agrandado.

Con 1,000 referencias o más, este libro no tiene un índice impreso, que habría requerido demasiadas páginas adicionales. Para investigadores, recomiendo que adquieran también el texto digital, como se describe al final de este trabajo. Aquellos que han comprado el libro y también lo poseen personalmente pueden obtener una descarga con descuento, a solicitud.

Después de *Cristo y Anticristo en la Profecía y la Historia* (2001), escribí cuatro libros más para complementarlo. Los detalles sobre todas mis publicaciones religiosas aparecen al final de este volumen. En su alcance histórico, el trabajo actual es más exhaustivo que cualquiera de sus sucesores. Cada libro, sin embargo, contiene mucho material que no encontrará en ningunos de los otros.

Espero y es mi oración, estimado lector, que esta nueva edición de *Cristo y Anticristo* lo complacerá y bendecirá.

Reconocimientos

Muchas y variadas han sido las personas que contribuyeron con este libro con su influencia, retroalimentación, o ideas: profesores de hace mucho, mis amigos de varios continentes, adversarios y colegas, incluyendo misioneros como yo en Corea del Sur.

Ocho personas le han dedicado mucho de su tiempo leyéndolo al detalle o donando su pericia técnica. Otros han hecho contribuciones financieras para sostenerme como escritor. Algunos de ellos pertenecen a mi familia.

Los que no lo son, son colegas de años pasados en el Departamento de Inglés en la Universidad de Texas-Pan American, el Dr. Douglas E. LaPrade y el Dr. David Bowles; Jerry Stevens, ex editor de ADVENTISTS AFFIRM, quien lo escudriño todo; mi amigo de toda la vida y poeta (como yo) Arno Kucharzik, a quien conocí en el Colegio de Helderberg, Sudáfrica, en 1947; el artístico y desprendido Frank Rodriguez de McAllen, Texas; y la meticulosamente servicial Joyce K. Blaine, quien vive en Nashville, Tennessee.

Mi hijo mayor, André, hizo un descubrimiento importante en una búsqueda informática: Un paralelo entre la hija de Sion, descrita en Miq. 4:13 como una novilla con cuernos de hierro y pezuñas de bronce y la bestia terrible de Dan. 7:7, 19. Mi otro hijo, Carl, ayudó a preparar el libro para su publicación digital original. Ambos son talentosos especialistas informáticos y han contribuido en esta empresa en muchos sentidos.

Nadie, sin embargo, me ha ayudado tanto como Ria, mi esposa por sesenta y dos años, quien hasta hace poco era profesora de letras en la Universidad de Texas-Pan American. Ella, sobre todo, ha leído y releído estos capítulos muchas veces. Su contribución ha sido inestimable, su estímulo un poder en mi vida, su apoyo constante. A menudo, también, su sufrido silencio me ha instado elocuentemente. En muchos sentidos, este libro es suyo tanto como mío, pero no sus defectos, por los que asumo la responsabilidad exclusiva.

Agradezco a estas queridas personas con todo mi corazón, así como a nuestro maravilloso Padre celestial, quien hizo a cada uno de ellos prestar una mano provechosa. ¡Que Su recompensa sea grande en este mundo y en el venidero! El Altísimo también cambió la maldición de mi insuficiencia cardiaca congestiva en el 2001 en una bendición, porque sin ella no habría dejado mi empleo ordinario para convertirme en un escritor sobre profecías a tiempo completo, y terminar otros cuatro libros.

Abreviaturas

AA: Ellen G. White, *The Acts of the Apostles: In the Proclamation of the Gospel of Jesus Christ*. 1911 (Mountain View, CA: Pacific Press, 1958).

HAp: Elena G. White, *Los Hechos de los Apóstoles*. CD Interactivo “Escritos de Elena G. de White”. © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

Bacchiocchi, Samuele, *From Sabbath to Sunday: A Historical Investigation of the Rise of Sunday Observance in Early Christianity* (Rome, It. : The Pontifical Gregorian UP, 1977).

Bacchiocchi, Samuele, *Divine Rest for Human Restlessness: A Theological Study of the Good News of the Sabbath for Today*. Reenviado. James P. Wesberry (Berrien Springs, MI: El Autor, 1980. Impresión Offset ed. orig. la UP Pontificia Gregoriana, 1980).

Bacchiocchi, Samuele, *Hal Lindsey's Prophetic Jigsaw Puzzle: Five Predictions that Failed!* (Berrien Springs, MI: Biblical Perspectives, 1987).

Bacchiocchi, Samuele, *The Sabbath Under Crossfire: A Biblical Analysis of Recent Sabbath/Sunday Developments* (Berrien Springs, MI: Biblical Perspectives, 1998).

Bacchiocchi, Samuele, *Endtime Issues* No. 63: “The Sabbath Under Crossfire: A Look at Recent Developments.” Circulado por correo electrónico, 14 de febrero de 2001.

Bacchiocchi, Samuele, *Endtime Issues* No. 64: “From Sabbath to Sunday: How Did It Come About?” Circulado por correo electrónico, 28 de febrero de 2001.

DA: Ellen G. White, *The Desire of Ages: The Conflict of the Ages Illustrated in the Life of Christ*. 1898 (Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association, 1950).

DG: Elena G. White, *El Deseado de Todas las Gentes*. CD Interactivo “Escritos de Elena G. de White”. © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

EB 11: *Encyclopaedia Britannica*, DVD Multimedia Disc (Encyclopaedia Britannica, Inc. , 2011).

EB 68: *Encyclopaedia Britannica*. Bicentennial ed. 23 vols. (Chicago: William Benton, 1968).

EB 98: *Encyclopaedia Britannica*, CD 98, Multimedia Disc (Encyclopaedia Britannica, Inc. , 1998).

EB2: Macropaedia, *Encyclopaedia Britannica*. 30 vols. (Chicago: Helen Hemingway Benton, 1982).

EB2mi: Micropaedia, *Encyclopaedia Britannica*. 30 vols. (Chicago: Helen Hemingway Benton, 1982).

Ed.: Ellen G. White, *Education*. 1903 (Boise, ID: Pacific Press, 1952).

Ed.: Elena G. White, *La Educación*. CD Interactivo “Escritos de Elena G. de White”. © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

Ev.: Ellen G. White, *Evangelism, As Set Forth in the Writings of Ellen G. White*. 1946 (Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1970).

Ev.: Elena G. White, *El Evangelismo*. CD Interactivo “Escritos de Elena G. de White”. © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

GC: Ellen G. White, *The Great Controversy Between Christ and Satan: The Conflict of the Ages in the Christian Dispensation*. 1888 (Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association, 1950). Y otras ediciones.

CS: Elena G. White, *El Conflicto de los Siglos* (1911).

GW: Ellen G. White, *Gospel Workers: Instruction for All Who Are “Laborers Together with God.”* “Compiled from the Author’s Complete Published Writings and from Unpublished Manuscripts. 1915 (Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1948).

OE: Elena G. White, *Obreros Evangélicos*. CD Interactivo “Escritos de Elena G. de White”. © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

LP: Ellen G. White, *Sketches from the Life of Paul* (Battle Creek, MI: Review and Herald, 1883). Facsimile repr, with an Additional Preface (Washington D.C. : Review and Herald, 1974).

LS: Ellen G. White, *Life Sketches of Ellen G. White*. 1915 (Portland, OR: Pacific Press, 1943).

NBD: J. D. Douglas, organizing ed., et al., *The New Bible Dictionary*. 1962 (Leicester, Eng. : Inter-Varsity, 1976).

PFF: LeRoy Edwin Froom, *The Prophetic Faith of Our Fathers: The Historical Development of Prophetic Interpretation*. 4 vols.

PP: *Historia de los Patriarcas y Profetas* de Elena G. de White. El Internet (2018).

PR: Elena G. White, *La Historia de Profetas y Reyes*. CD Interactivo “Escritos de Elena G. de White”. © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

SDABC: Francis D. Nichol et al., eds., *The Seventh-day Adventist Bible Commentary*. 1953 (Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1978).

CBASD: Francis D. Nichol et al., eds., *Comentarios Bíblicos de los Adventistas del Séptimo Día*. En software interactivo “Biblioteca Cristiana Adventista (BCA 2011)”, www.jovenes-cristianos.com.

SDABD: Siegfried H. Horn, *Seventh-day Adventist Bible Dictionary*, revisado (Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1979).

DBASD: Siegfried H. Horn, *Diccionario Bíblico de los Adventistas del Séptimo Día*. En software interactivo “Biblioteca Cristiana Adventista (BCA 2011)”, www.jovenes-cristianos.com.

SDAE: Don F. Neufeld, Julia Neuffer, et al., eds., *Seventh-day Adventist Encyclopedia*. Edición revisada (Washington, D.C.:

SDASB: Don F. Neufeld and Julia Neuffer, eds., *Seventh-day Adventist Bible Students’ Source Book* (Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1962).

Smith, *Daniel and the Revelation*: Uriah Smith, *The Prophecies of Daniel and the Revelation*, Edición Original Combinada. 2 vols.: Thoughts, Critical and Practical, on the Book of Revelation, 1867. Thoughts, Critical and Practical, on the Book of Daniel, 1873. (Nashville, TN: Southern Publishing, 1944).

1SM, 2SM: Ellen G. White, *Selected Messages from the Writings of Ellen G. White*. Dos vols. (Washington, D.C. : Review and Herald, 1958).

1T, 2T, etc.: Ellen G. White, *Testimonies for the Church*. Vols. 1-9. Diferentes datos de origen (Mountain View, CA: Pacific Press, 1948).

1T, 2T, etc.: Elena G. White, *Testimonios para la Iglesia*. Vol. 1-9. CD Interactivo "Escritos de Elena G. de White". © 2011 Ellen G. White Estate, Inc. www.ellenwhite.org.

ST: Ellen G. White Fragmentos en *Signs of the Times*.

White, *Chosen Works*: Ellen G. White, *Chosen Works* (MLI Software, Version 4. 1. 1994-95).

Contenido

Prefacio	4
Reconocimientos	7
Abreviaturas	8

Introducción

1 En el Umbral del Tercer Milenio	14
2 Cómo Estudiar Profecía	22

Parte 1: La Dos Imágenes de Nabucodonosor

3 Un Antiguo Rey Sueña con el Futuro	35
4 Los Cuatro Metales: Paralelos Bíblicos y de Otra Naturaleza	46
5 La Importancia Continua de Europa Occidental	53
6 Un Rey Rebelde	74

Parte 2: Las Bestias Feroces

7 Cuatro Bestias Emergen del Mar	83
8 Dientes de Hierro y Uñas de Bronce	103

Parte 3: El Cordero de Dios

9 La Historia que Nunca Fue	114
10 Una Biografía Profética del Mesías	125
11 En el Cumplimiento del Tiempo	129
12 El Remanente de Israel	151
13 El Primer Protestante	163

Parte 4: El Factor Romano

14 La Bestia Pagana y los Cristianos Primitivos	177
15 Cómo Comenzó el Papado	189
16 La Bestia Convertida	203
17 Crecimiento Papal y Declive Occidental	220
18 Palabras Contra el Altísimo	229
19 Adulterando la Ley de Dios	243

Parte 5: Diez Cuernos

20 Los Diez Cuernos	276
21 Otro Cuerno	298
22 Desarraigando a Tres	318

Parte 6: Dos Cuestiones Clave

23 La Séptuple Profecía y el Principio Día por Año	343
24 ¿Por Qué los Cristianos Persiguen a los Cristianos?	360

Apéndice: La Literatura y la Biblia	385
--	-----

Referencias	394
--------------------	-----

Otras Publicaciones del Autor sobre Profecía	435
---	-----

Introducción

1 En el Umbral del Tercer Milenio

I

Hace más de mil años, toda Europa estaba en suspenso por un miedo que estremecía el corazón. Pronto, demasiado pronto, sería la medianoche del 31 de diciembre de 999. Entonces, cuando comenzara el nuevo milenio, como se suponía generalmente, el primer día de enero de 1000, el mundo llegaría a su fin; pues Cristo y sus ángeles inundarían el cielo, para anunciar el día del juicio con todos sus horribles eventos.

Bueno, después las personas se sintieron más que aliviadas al descubrir que todo había sido un error, y regresaron entonces a su rutina medieval. Y ahora han pasado otros diez siglos y el mundo, otra vez, ha vivido un año como aquel. Muchos pensaron que quizás, sólo quizás, en el transcurso del *anno Domini* 2000, esta vez sí ocurriría. Pero, como sabemos, no pasó.

¿Cuál era la base para esperar el Segundo Advenimiento en el 2000? Es una vieja idea de acuerdo con la que el mundo presente durará siete milenios, o siete períodos de mil años, desde la creación tal como se describe en la Biblia. Supuestamente la historia humana llenará seis de estos milenios. Luego Cristo vendrá y establecerá su reino en la Tierra para el milenio final. Se cree que el período completo de siete mil años está tipológicamente relacionado con los seis días de la creación, más el séptimo día o Sábado, cuando el Creador descansó de su obra (Gen. 1; 2:1-3). El milenio final, en consecuencia, constituye un Sábado de mil años para el planeta.

En algunos aspectos, ésta es una concepción hermosa y no deseamos descartarla totalmente. Pero tiene escaso apoyo en Las Escrituras, aparte de 2 Ped. 3:8, de acuerdo con el que “un día es con el Señor como mil años”. Desafortunadamente hace caso omiso del resto de ese texto, que continúa: “. . . Y mil años como un día”, que hace referencia a un pensamiento similar en Sal. 90:4. Otro problema es que normalmente la profecía bíblica no compara un día con mil años, sino con sólo un año.

Establecer fechas para el Segundo Advenimiento es mayormente poco sabio, ya que Jesús dejó bien claro que nadie debía hacerlo (Mat. 24:36). En todo caso, pensar en el año 2000 como un posible final para los asuntos del mundo estuvo basado en un error aritmético.

Cuando los miembros de la iglesia antigua comenzaron a interesarse en la época del nacimiento de Jesús, ya habían pasado algunos siglos, así que calcularon mal el año. Él en realidad había nacido un poco antes de lo que pensaron, entre el 7 y el 4 a.C. La fecha más comúnmente aceptada es 4 a.C., el año de la muerte de Herodes,¹ quien envió soldados a Belén para matar al pequeño niño

(Mat. 2:16).

Nuestro Señor ya tiene más de dos mil años, y los creyentes en todas partes debieran haber celebrado este cumpleaños trascendental en 1996. Pero no se hizo tal fiesta para Él, lo que trae a la mente la noche en que nació, desatendido e irreconocido por casi todos, excepto por algunos simples pastores y, un poco más tarde, viajeros que vinieron desde lejos.

¿Pero por qué, en todo caso, debiera la historia humana terminar precisamente veinte siglos después del nacimiento del Señor? ¿Su crucifixión y ascensión no proveen un punto de partida más lógico para tal cálculo? Pero la Biblia tampoco dice que estos eventos son importantes para calcular la fecha en que el Señor regresará, pues cada intento similar, no importa cuál sea su base, resultará en decepción.

II

Un ejemplo espectacular de tiempo fijado a comienzos de los 1970s fue la predicción de Hal Lindsey del final del mundo, que sin embargo no se materializó en la fecha especificada. En *The Late Great Planet Earth*, este Dispensacionalista predijo que Cristo vendría dentro de una generación, aproximadamente cuarenta años después de la fundación del estado israelí el 14 de mayo de 1948.²

Bueno, esto no ocurrió, ni ninguna de las otras cosas interesantes que escribió, por ejemplo sobre la desaparecida Unión Soviética. En *The 1980's: Countdown to Armageddon*, Lindsey dijo que ese país conquistaría al Medio Oriente y a Irán; pero que después China o incluso los EUA, junto con sus aliados, destruirían al ejército soviético.³

Eso, por supuesto, es ahora imposible. La Unión Soviética se desmembró y desapareció.

Cuando esos dos libros de Lindsey salieron de la prensa, millones de personas los devoraron ávidamente. *The Late Great Planet Earth* fue un gran éxito internacional de ventas, con más de treinta millones de copias vendidas en treinta y un idiomas.⁴ Una impactante película también se basó en el libro.

Este éxito ha sido repetido ahora por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins en su serie *Left Behind*, que consta de una docena o más de relatos sobre los eventos que rodean al Rapto y a la Tribulación. Una propaganda de sobrecubierta los aclamó como “la serie de ficción de más rápida venta jamás”. Mucho se esperó de sus versiones como películas taquilleras, la primera de las cuales apareció el 2 de febrero de 2001.

Las ideas subyacentes son similares a las de Lindsey, lo que es evidente de *Revelation Unveiled* por LaHaye, una obra no de ficción. Una mejora digna de atención es que evita el error de establecer una fecha.

LaHaye, sin embargo, ha conservado la idea de que Rusia tratará de conquistar Israel. Por esto, él piensa que está destinada a sufrir destrucción de la mano de Dios.⁵ También sostiene que el reinado

del Anticristo será básicamente ateo, con el socialismo como la “filosofía básica” de sus sistemas económico y de gobierno.⁶

En el tiempo de Lindsey esto todavía era un escenario plausible, pues la Unión Soviética era un país tanto Marxista como ateo. Pero estas ideas son ahora anticuadas.

Rusia ha abandonado el socialismo comunista; también se ha vuelto un país mucho más cristiano que Europa Occidental. Como reporta el *Observer* en Gran Bretaña, ha regresado a su antigua religión en una extensión extraordinaria. Aproximadamente el 55 por ciento de los rusos ahora son miembros de la Iglesia Ortodoxa Oriental. Menos del 5 por ciento son ateos y son tratados con desprecio. En lugar del Comunismo, se enseñan las doctrinas ortodoxas en las escuelas secundarias así como en el ejército, y está ejerciendo una influencia creciente sobre el estado. El nuevo himno nacional de Rusia incluso declara que es un “país santo”⁷, una expresión que se remonta a los días de los zares.

El Dispensacionalismo, como se enseña en las obras de Lindsey, Charles C. Ryrie, LaHaye y muchos otros es muy popular hoy entre los protestantes. Pocas personas se dan cuenta, sin embargo, de que los eventos ya lo han desacreditado o que es una variante del Futurismo, una escuela católica de interpretación profética. Más eficazmente formulado por Francisco Ribera (1537-91), un erudito Jesuita de la Contrarreforma, tuvo como objetivo sabotear la Escuela Histórica a que Lutero, Calvin, Knox y casi todos los protestantes originales pertenecían, y a la que también nos adherimos. Capítulos posteriores de este libro tratarán sobre este asunto más completamente.

III

Otro ejemplo de establecer equivocadamente una fecha, lo encontramos a principios de los 1990s, resultado de los ingeniosos cálculos de Larry Wilson, basados en los ciclos de Jubileo del Antiguo Testamento. En su *Warning! Revelation is About to be Fulfilled*, dijo que en el otoño de 1994, o quizás a comienzos de 1995, se desencadenarían dramáticamente los últimos eventos, culminando en el Segundo Advenimiento.

Wilson fue originalmente un Ministro adventista del Séptimo Día que en lo fundamental se había apartado del principio interpretativo día por año, fundamental para la escuela historicista de interpretación profética, y había adoptado ideas futuristas. Predijo el abuelo de todos los sismos, con una fuerza más allá de la capacidad de medida de la escala de Richter. Este estaría, dijo, acompañado por señales en los cielos, con rumores, truenos y relámpagos observables en todas partes del planeta. Pronto después de esto, una lluvia de meteoritos ardientes provocaría fuegos inextinguibles en todo el mundo, causando la muerte de muchas personas.

Wilson dató que esta calamitosa lluvia de meteoritos ocurriría a finales de 1994. También predijo que ella sería seguida en breve por una calamidad aún más horrenda: La colisión de la Tierra con dos

asteroides, uno impactaría en el mar y el otro golpearía en tierra firme.⁸

Bueno, pasaron 1994 y veinte años más desde entonces. Ninguno de estos graves eventos ocurrió, y por tanto Larry Wilson, como Hal Lindsey, ha sido revelado como sólo otro fallido intérprete profético, que no prestó atención a la advertencia de su Señor, sino que engañó a algunas personas crédulas. Es, repetimos, poco sabio, establecer fechas para el Segundo Advenimiento, o aún para los eventos que le precederán inmediatamente.

A pesar de todo, ha habido un aumento en la cantidad de conferencias, artículos, e incluso programas de televisión sobre lo que puede estarnos esperando; porque aunque Jesús nos previno sobre establecer fechas, la Biblia provee algunas pistas para indicar que estará regresando pronto.

Este interés no está limitado al cristianismo. Como señaló Benjamin Creme en una conferencia de prensa de la Nueva Era en Los Angeles durante 1982: “Los musulmanes aguardan al Imam Mahdi. Al mismo tiempo los budistas aguardan la venida de otro Buda. Los hindúes aguardan el regreso de Krishna. Y los judíos, como siempre, aguardan el advenimiento del Mesías”. Él mismo estaba esperando también que tal maestro regrese en lo que él llamó el Día de la Declaración.⁹

Algunos seguidores de la Nueva Era creían que “antes de finales del siglo la Tierra se inclinará sobre su eje, causando grandes catástrofes, matando a la mayoría de las personas en la Tierra y destruyendo la civilización tal como la conocemos”. De acuerdo con este punto de vista, sin embargo, ha de ocurrir una Gran Evacuación por medio de naves espaciales alienígenas, en un evento algo similar al Segundo Advenimiento.¹⁰ Pues bien, el siglo ha terminado, y no ha ocurrido nada de esta clase.

Una siempreviva profética que aparentemente nunca deja de excitar a cierto tipo de lectores es las *Centuries* (Centurias), profecías rimadas del astrólogo judeofrancés Michel de Nôtre-Dame (1503-66), mejor conocido por su nombre latino como Nostradamus.¹¹ Había enunciado graves predicciones para los últimos pocos años antes del 2000. Debido a que esas cosas no han ocurrido, podemos ahora tirar sin peligro también su libro a la pila de basura de predicciones fallidas.

Las interpretaciones falsas y a veces excéntricas de las profecías sobre el regreso del Señor pueden repugnar a una persona reflexiva, quien pudiera sentirse tentada a apartarse por completo de todo el tema como una pérdida de tiempo, y con todo debemos tener cuidado. Esopo, en la Antigua Grecia, solía contar la fábula de un hombre que alarmaba repetidamente a sus vecinos gritando “¡El lobo, el lobo!” Pronto aprendieron a hacer caso omiso de él, pero un día la criatura realmente saltó de detrás un arbusto y lo atacó. Mientras sus colmillos le destrozaban, gritaba y gritaba, pero nadie vino a ayudarlo.

El Segundo Advenimiento con toda probabilidad tendrá lugar cuando casi todo el mundo haya dejado de preocuparse por eso,

porque en más de un lugar el Nuevo Testamento nos advierte que será inesperado, repentino y, a escala planetaria, una sorpresa abrumadora, como ladrón en la noche.

IV

Sugerimos que ahora abramos la Biblia por nosotros mismos. Después de todo, aproximadamente el 30 por ciento de ella consiste en material profético.¹² Según volteamos sus páginas, encontramos un capítulo extrañamente convincente, Apocalipsis 13. Allí leemos acerca de un animal temible, subiendo del mar. Esta es la Bestia, con sus misteriosas señales: Una marca que trae condenación a todos cuyos cuerpos y mentes estén marcados con ella, y el acertijo del 666, el número que es un nombre.

Sabemos que éste es el Anticristo, que de la misma manera que un flautista de Hamelín moderno tentará a todo el mundo a seguirle. En la mayoría de los que viven en el planeta se cumplirá que “toda la tierra se maravilló” y estarán perdidos para siempre. Pensamos que para nosotros ésta no es una buena idea. Mejor no vayamos con esta multitud en particular, sino que hagamos lo nuestro, no siguiendo a la bestia. ¿Pero cómo? Después de todo, ni siquiera somos capaces de identificar a la criatura.

Parece un leopardo y tiene sus pies como de oso, y su boca como boca de león. También tiene siete cabezas y diez cuernos con coronas en ellos. ¡Oh, qué perplejidad! Literalmente no podemos encontrarle pies ni cabeza a la cosa. Quizás sabemos que la bestia, en épocas diferentes, ha sido asociada con el papa, con Napoleón Bonaparte, Guillermo II, Adolfo Hitler, Henry Kissinger, Mijail Gorbachov y aún con Bill Gates.

Varios escritores, como Pat Robertson¹³ y Dave Hunt,¹⁴ han interpretado su número, 666, como parte de un perverso dispositivo de monitoreo y un sistema informatizado de tarjeta de crédito, dirigidos por un consorcio de la banca internacional. Este sería poseído por el nuevo orden mundial y controlado por el Anticristo mismo. Un autor, que ha preferido permanecer en el anonimato, es muy explícito acerca de cómo cree que el sistema de la banca internacional será usado para fundar un imperio malvado sobre todo el planeta: “El Anticristo recibirá un Certificado de “Número” Ficticio para hacer negocios legalmente como 16-666 (DBA), la computadora del banco mundial”.¹⁵

¿Pero cómo podemos asegurarnos de que esta línea de pensamiento sea correcta? Echemos una mirada más de cerca a lo que la Biblia dice.

En la segunda parte de Apocalipsis 13, leemos acerca de otra bestia: Primero tiene dos cuernos como un cordero, ¡pero pronto empieza a rugir palabras como dragón parlante! También realiza milagros, como hacer llover fuego del cielo. Segunda a la infame bestia mencionada anteriormente, aplicando sanciones económicas contra todo el que no esté preparado para venerar al Anticristo.

Todo esto es misterioso y más perturbador.

Entonces volteamos la página retrocediendo a Apo. 12, donde descubrimos un gran dragón escarlata, que se parece enormemente a la Bestia con semejanza de leopardo; pues también tiene siete cabezas y diez cuernos. En este punto, nos preguntamos si hay otros animales como este en el libro de Apocalipsis.

Decidimos leer y buscar más allá del capítulo 13.

En los capítulos 14 y 16 encontramos una amenaza temible de fuego del infierno para aquellos que adoren a la bestia. Descubrimos que su castigo comenzará justo aquí en la Tierra en la época de las terribles últimas plagas. También la encontramos en compañía del “falso profeta”, presumiblemente la criatura de dos cuernos que la ayudará.

En el capítulo 17, descubrimos lo que parece ser todavía otra bestia, de color escarlata. Ella, también, tiene siete cabezas y diez cuernos, un tema apocalíptico que nos hemos encontrado ahora tres veces. Un elemento adicional es una mujer llamada Babilonia, vestida pródigamente en escarlata y adornada con joyas.

Finalmente, en el capítulo 19, leemos que Cristo vendrá y hará guerra contra cada una de estas criaturas.

¿Pero de qué se trata todo esto? Es muy desconcertante, pero a la vez tentador. Hablemos de los misterios de Apocalipsis con otras personas. Alguien dice: “¡Oh, el Apocalipsis! No se supone que puedas comprenderlo; es un libro sellado”. Nos sentimos tentados a apartarnos con disgusto.

Pero entonces otra persona, aunque quizás no capaz realmente de explicar estas extrañas criaturas, nos dice que Dios quiere que nosotros estudiemos el libro de Apocalipsis y que incluso ha prometido una bendición para aquellos que lo hagan. Efectivamente, al autor, Juan, se le dijo explícitamente que el Apocalipsis *no* debía ser sellado: “¡Dichoso el que lee las palabras de esta profecía, y dichosos los que la oyen, y guardan lo que está escrito en ella, porque el tiempo está cerca!” (Apo. 1:3). “No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca” (Apo. 22:10).

Sorprendente por sus implicaciones para nosotros son las palabras repetidas “el tiempo está cerca”. Están grabadas como una advertencia al comienzo del libro y las leemos otra vez en su final. Decidimos continuar nuestra búsqueda.

Sucede que nuestra Biblia tiene una columna al margen. En ella notamos referencias a otras partes de las Escrituras. Relacionado con Apo. 13: 1, donde primero empezamos a leer acerca de la bestia con semejanza de leopardo, vemos una referencia a Dan. 7: 1-6. Así que buscamos el libro de Daniel, que está en la segunda mitad del Antiguo Testamento.

Su séptimo capítulo retrata no menos de cuatro animales inusuales. Ellos, también, son desconcertantes, pero hay algo familiar acerca de ellos; porque también se elevan del mar, de la misma manera que la bestia de Apo. 13, y se parecen a ella en muchos sentidos.

En Dan. 7, la primera de las criaturas es un león. La Bestia apocalíptica tiene boca de león. La segunda es un oso, y la Bestia

tiene pies como de oso. La tercera es un leopardo de cuatro cabezas, y la Bestia es vista semejante a uno. La cuarta bestia es de pesadilla y en términos generales no completamente descrita, pero esta, también, tiene diez cuernos, exactamente como la Bestia.

¿Pero qué hay de las otras características, especialmente las siete cabezas, a las que hacen referencia Apo. 12, 13 y 17? Este detalle ha desconcertado a muchos estudiantes de la profecía, que lo han interpretado de maneras diferentes; pero aún una solución obvia es sumar las cabezas de las cuatro criaturas en Dan. 7. Bien, veamos. El león tiene una cabeza, no sorprendentemente, como también el oso. Pero el leopardo tiene cuatro cabezas. Esto nos da seis, a lo que añadimos la única cabeza de la cuarta criatura. Y . . . ¡tenemos un total de siete cabezas!

Parece, entonces, que la Bestia de Apo. 13 es un compuesto perfecto de los cuatro animales descritos en Dan. 7. Los dos capítulos deben tratar temas similares.

Ésto es progreso, y concluimos que si tan solo supiéramos la identidad de las bestias de Dan. 7, esto podría ayudar muchísimo para comprender las varias criaturas referidas en Apocalipsis, especialmente la Bestia. Posiblemente podría ayudarnos también a comprender el significado de su marca y de su número.

V

Un buen principio es la afirmación en Dan. 7:17 de que las cuatro bestias representan cuatro reyes o reinos destinados a gobernar en el mundo. Pero . . . ¿cuáles?

Estamos una vez más al borde de rendirnos, cuando tenemos una corazonada. Quizás otra porción en la Biblia nos ayudará a comprender Dan. 7, de la misma manera que este capítulo es por sí mismo una clave para Apo. 13. Pero ¿dónde buscar?

Bueno, ¿por qué no ir al principio de Daniel y seguir leyendo? El primer capítulo está bien e incluso es interesante, pero no dice nada de bestias, u otra cosa que pueda ayudarnos en nuestra búsqueda. Luego llegamos a Dan. 2. De este punto en adelante las cosas empiezan a caer en posición. Apropiadamente entendido, este capítulo es una llave maestra para la profecía bíblica. Por lo tanto estaremos mirándolo cuidadosamente.

Leemos acerca del sueño profético de un rey sobre una gran estatua, que hacía referencia también a cuatro reinos, justo como Dan. 7. Indudablemente, hay diferencias. Dan. 2 usa predominantemente como símbolos diferentes metales: Oro, plata, bronce, e hierro. ¿Bronce e hierro? Pero ¡la terrible cuarta criatura de Dan. 7 tiene garras de bronce y dientes de hierro!

La Biblia parece explicarse a sí misma, cuando comparamos fragmentos diferentes entre sí! Esto no será difícil en lo absoluto, especialmente si observamos la relación íntima entre los dos libros de Daniel y Apocalipsis. Por lo tanto, le daremos una muy buena mirada a Dan. 2, 3, 7-9 y 12.

Cada uno de estos capítulos crece en interés. A cada paso,

nuestro conocimiento crecerá. También estaremos notando algunos otros pasajes fascinantes del Antiguo y el Nuevo Testamento. Finalmente estaremos preparados para un estudio realmente significativo del dragón y los otros monstruos en Apocalipsis, incluyendo la horrible Bestia, a la que seguirla es la muerte.

VI

Los libros de Daniel y Apocalipsis contienen material asombroso. Uno de los temas principales es la Bestia y su persecución del pueblo de Dios, así como sus seducciones. Pero también conoceremos a su gran y maravilloso oponente, el Cordero, que es el Señor Jesucristo. Otras partes de la Biblia ayudarán enormemente a nuestro conocimiento de estos temas.

Pero no solamente conocimiento. Mucho más que Nostradamus o cualquier otra obra, la Biblia, en palabras de C. S. Lewis, nos sorprenderá (a usted también, lector) con gozo.

Cuando hayamos llegado a comprender este maravilloso Libro, no necesitaremos temer más al futuro. La Palabra de Dios no solamente ilustrará nuestras mentes, sino que traerá consuelo a nuestros, a menudo, atribulados corazones.

2 Cómo Estudiar Profecía

I

En el capítulo anterior, el lector presumiblemente utilizó una Biblia para comprobar las referencias. Obviamente, eso es lo correcto. De hecho, es esencial para una comprensión adecuada de la profecía. Pero, ¿qué traducción es la más apropiada para tal propósito?

Las Biblias amplificadas y las versiones que resultan de la equivalencia dinámica son generalmente frescas y excitantes, pero son realmente paráfrasis en vez de traducciones y pueden ser engañosas. No podemos recomendarlas. Para estudio teológico, preferimos las traducciones que se aproximen al hebreo, al arameo y a los textos griegos de las Escrituras originales tan fielmente como sea posible.

En inglés, el mejor ejemplo de esto es la famosa Versión Autorizada (AV), también conocida como Versión King James (KJV), [N. del T. : King James significa Rey James, o Rey Santiago, en la castellanización del nombre] publicada originalmente en 1611. Pero los lectores que no se han acostumbrado a ella la encuentran un poco pasada de moda. Por otro lado, lucha por conseguir equivalencia formal, traduciendo literalmente, donde la expresión del lenguaje lo permite—con una precisión en conjunto que sería muy difícil superar. En términos generales, la AV es una elección excelente, no sólo teológicamente sino también como un monumento de literatura inglesa. Es muy hermosa, y la mayoría de nuestras citas en inglés proceden de ella [N. del T.: En esta traducción al español emplearemos, por las mismas razones, la versión de la Biblia de Reina Valera Revisada en 1909, en adelante simplemente RVR 1909].

Algunos, sin embargo, sienten reparo por los manuscritos antiguos en los que se basa, como el Texto Bizantino usado por los griegos de la iglesia ortodoxa o el *Textus Receptus* similar a éste y por lo tanto preferido por Erasmo y por los protestantes del siglo XVI. Éste es un problema serio al que podemos hacer referencia en otro capítulo, pero no será abordado aquí.

No con poca frecuencia citamos la otras versiones de la Biblia, como la versión en español Dios Habla Hoy con deuterocanónicos, edición 2002, también de amplia aceptación entre católicos y protestantes por igual, además de ser bastante fiel.

Antes de que miremos más atentamente a Daniel, que es esencial para comprender otras profecías de la Biblia, tenemos que responder a algunas preguntas importantes: ¿Quién escribió el libro y cuándo? ¿Cuán confiable es el método de comparar Escritura con Escritura (un versículo con otro versículo)? ¿Y qué uso debemos hacer de la historia para desentrañar las predicciones de la Biblia?

II

Primero: ¿Quién escribió el libro de Daniel y cuándo? Los creyentes tradicionales nunca han dudado que su escritor fuera el profeta mismo, quién vivió en el siglo sexto antes de Cristo. Pero los eruditos liberales no están de acuerdo. La pregunta tiene importantes implicancias para nuestro estudio, y por ende necesita ser respondida.

Una noche en 1995, estaba dirigiendo una clase de Biblia en Inchon, en la Costa Occidental de Corea del Sur, donde enseñé por un año como misionero voluntario. Repentinamente un estudiante de teología de un seminario protestante objetó una explicación de Daniel 2 muy aceptada. “Este libro” declaró, “no pertenece a las obras proféticas del Antiguo Testamento; Daniel no fue su autor, porque estos escritos se originaron doscientos años antes de Cristo; y no fueron, como usted dice, escritos mientras babilonios y persas gobernaban el Medio Oriente”.

Como el estudiante era un creyente cristiano, estas objeciones podían, al menos para él, ser aclaradas en gran parte con un solo versículo de la Biblia: “Por tanto, cuando viereis la abominación del asolamiento, que fue dicha por Daniel profeta, que estará en el lugar santo, (el que lee, entienda), . . .” (Mat. 24:15).

Aquí Jesús autentifica el libro diciendo que Daniel era tanto profeta como autor de las escrituras que se le atribuyeron. Por lo tanto, presumiblemente las escribió en el curso de su vida, mientras que sucesivamente Nabucodonosor, Belsasar y Ciro se sentaban en el trono en Babilonia, entre 605 y 530 a.C.

Nuestro Señor no sólo creyó en Daniel, sino también formuló gran parte del cristianismo en términos apocalípticos. Se vio a sí mismo como el cumplimiento de las profecías de ese y de otros libros, que profetizaron tanto su primer como su segundo advenimiento. Ernst Käsemann pensaba en esta característica cuando escribía: “Apocalíptico . . . fue la madre de toda la teología cristiana”.¹

Pero, por supuesto, hay lectores—incluso teólogos—que no necesariamente considerarían las palabras de Cristo como una autoridad suficiente para aceptar el libro de Daniel. Para ellos también hay otras respuestas.

Es cierto que, como el estudiante coreano señaló, en el Antiguo Testamento hebreo original el libro de Daniel no aparece publicado junto con los profetas, sino en el *Kethuvim* (“Escritos”). A esto podemos añadir que la tradición judía va aún más lejos. Daniel 9: 24-27 contiene una profecía que muestra exactamente cuando el Mesías viviría y moriría; e incluso predice la destrucción de Jerusalén que seguiría a esto. Todo esto alcanzó perfecto cumplimiento en la vida de Jesucristo, pero, de acuerdo con un rabino citado por Alexander Bolotnikov, el Talmud judío lanza una terrible maldición “sobre todo aquel que trate de calcular este período de tiempo de 70 semanas”.²

Pero la objeción sobre la ubicación del libro en el Antiguo Testamento, lo mismo que la maldición talmúdica, es irrelevante. El hecho de que obviamente Daniel contiene predicciones es de primordial importancia. ¿Son ciertas o falsas? La respuesta a esta pregunta depende de si estas profecías se cumplieron o no. Para determinarlo, debemos compararlas con eventos históricos, que es lo que estaremos haciendo.

III

Algunos escritores han sugerido fechar el libro de Daniel en el siglo segundo antes de Cristo, en vez de cuatrocientos años antes. Mencionemos dos de sus argumentos:

1. *Predecir el futuro es imposible* y por lo tanto ciertos pasajes en Daniel deben haberse escrito después de ocurridos los eventos que pretenden predecir.

Esta es una idea determinada por la incredulidad, pero, sorpresivamente bastante, levanta frecuentemente su cabeza en los seminarios teológicos. Sus defensores comienzan con un espíritu de escepticismo y luego pasan a basar su lógica en este. Demostraremos, sin embargo, que para Dios es eminentemente posible no solamente revelar, sino también dar forma al futuro. Sin lugar a dudas, Él afirma explícitamente que éste es uno de sus atributos:

Yo soy Dios, y no hay más Dios,
y nada hay a mí semejante;
que anuncio lo por venir desde el principio,
y desde antiguo
lo que aun no era hecho;
que digo: Mi consejo permanecerá,
y haré todo lo que quisiere . . . ”
(Isa. 46:9, 10)

Muchos eventos predichos en el libro de Daniel tuvieron lugar algunos cientos de años después de la fecha más reciente en que los críticos dicen que el libro pudo haber sido escrito. Por ejemplo, gran parte de lo que después sería el Imperio Romano no existía todavía en el siglo segundo antes de Cristo, y su parte occidental se dividió casi medio milenio después de su nacimiento.

2. *Hay problemas históricos involucrados en asignar a Daniel al séptimo o sexto siglos antes de Cristo.* Algunos nombres que aparecen en sus escritos no son mencionados por otros escritores antiguos, y por lo tanto deben ser descartados como inexactos; y el escritor probablemente viviera en el período Macabeo, menos de doscientos años antes de Cristo.

Para algunos especialistas en estudios bíblicos, ésta es hoy una idea anticuada, que los eruditos de los 1800s usaron para ostentar entre sí, para su propia y considerable satisfacción. Pero, en el siglo que ha transcurrido desde entonces, los arqueólogos han descubierto registros de aquellos reflejados muchas veces en el libro de

Daniel, desacreditando conclusiones anteriores basadas en escritores clásicos. Estas más nuevas y más científicas conclusiones confirman el relato bíblico.³

Ahora las cartas se han virado en contra de esos críticos del pasado. Algunos detalles en el libro proveen información que solamente un escritor que vivió en la edad neo-babilónica pudo haber poseído, pues tal información se había perdido ya en el período helenístico, eso es, cuando supuestamente Daniel fue inventado.

Ilustremos brevemente este punto haciendo referencia al rey Belsasar. Ni los historiadores persas ni griegos que vivieron después de él mencionan su nombre. Debido a esto, los teólogos liberales de generaciones anteriores, prefiriendo poner su fe en escritores seculares más que en la Biblia, fueron rápidos en asumir que Belsasar nunca había existido y que el libro atribuido a Daniel era un fraude. Pero notemos la conclusión de Raymond Dougherty en su *Nabonidus and Belsasar*. Después de un estudio exhaustivo de muchas tabletas cuneiformes babilónicas en comparación con el registro bíblico, llega a la conclusión de que “*el quinto capítulo de Daniel está muy próximo en exactitud a la literatura cuneiforme en lo que concierne a los eventos destacados. La descripción bíblica puede ser interpretada como excelente porque emplea el nombre Belsasar, porque le atribuye poder real y porque reconoce que existió un gobierno doble en el reino*”.⁴

Especialmente interesante es el siguiente ejemplo de cuán exacto es Dan. 5. Los versículos 16 y 29 usan la expresión “tercer gobernador en el reino” para describir la recompensa que Belsasar estaba dispuesto a conceder a la persona que pudiera descifrar los misteriosos escritos que habían aparecido repentinamente en la pared de su palacio, donde él y sus huéspedes estaban teniendo su impío banquete. Por muchos siglos estas palabras desconcertaron a los lectores de la Biblia. ¿Qué podían representar?

La respuesta llegó a través del descubrimiento de textos cuneiformes, que establecieron que Belsasar no era el rey oficial de Babilonia, sino corregente con su padre Nabónido. Este último no disfrutaba de la administración del imperio, prefiriendo otras actividades, especialmente su gusto por la arqueología aficionada, así que puso a su hijo en el trono y luego se marchó a Arabia, donde permaneció durante diez años. Belsasar era el *segundo* gobernante del reino; por lo tanto, la recompensa más alta que podía ofrecer a cualquier otro ¡era hacerlo el *tercer* gobernante en el reino!⁵

Podemos hacer caso omiso sin peligro de las razones en cierto modo anticuadas esgrimidas por los teólogos liberales para rechazar el libro de Daniel. La arqueología confirma ahora su antigüedad y no contradice su contenido. Como lo plantea el *New Bible Dictionary*: “El autor da evidencias de tener un conocimiento más exacto de la historia neo-babilónica y persa aqueménida temprana que cualquier historiador conocido desde el siglo VI a.C.” y “debe decirse que los argumentos clásicos a favor de una datación alrededor del siglo II a.C. para el libro son insostenibles”.⁶

Mi querido amigo lector, el libro de Daniel es tan confiable como es de fascinante.

IV

Ahora consideremos nuestra segunda cuestión: ¿Cuán confiable es el método de comparar un texto bíblico con otro texto bíblico?

Éste es un enfoque antiguo y emocionante y también uno válido, siempre que se aplique sensatamente y con un poco de delicadeza. Pero los eruditos liberales, especialmente de la escuela histórico-crítica, tienden a criticarlo. Para este propósito, también se aventuran en el campo de la crítica literaria, una empresa peligrosa para los teólogos, quienes generalmente saben poco de literatura.

Comparar Escritura con Escritura es un método excelente precisamente porque los poetas hebreos y los otros escritores que crearon la Biblia era maestros en metáfora, simbolismo, tipología y otras estructuras literarias similares. Su obra es rica en citas y alusiones que unen a los libros componentes del Antiguo y del Nuevo Testamento en un todo armonioso.

Muchos de aquellos que leen con regularidad la Biblia y la aceptan completamente como la Palabra de Dios podrían tener poco interés en este tema, el cual posiblemente les recuerde demasiado a la literatura universaria. Algunos lo encontrarán absorbente, sin embargo. Pensamos que es importante para una comprensión más profunda de las Escrituras.

Una discusión algo más académica, titulada “Literatura y la Biblia”, aparece como un apéndice al final de este libro.

V

Finalmente, reflexionemos sobre la tercera y última pregunta para este capítulo: ¿cómo está relacionada la historia con la profecía? Además, ¿cuánto necesitamos ahondar hacia el pasado para ayudarnos a comprender las profecías?

El cristianismo empezó como un movimiento profético y está íntimamente relacionado con la escatología apocalíptica. La Biblia predice las carreras del Mesías y su gran rival, Lucifer o Satanás, junto con el compañero favorito del diablo, el Anticristo, desde el origen del tiempo hasta el final del mundo. Como McGinn lo ha explicado: “La revelación dada al vidente apocalíptico involucra un sentido de la totalidad de la historia mundial”.⁷

Pero eso no es todo. La historia no es una subsidiaria a la profecía, solamente es útil para demostrar que las predicciones de la Biblia son verdaderas. Es también crucialmente importante para ayudarnos a comprender los asuntos de Dios con las naciones y con las personas a nivel individual.

Por ejemplo, el libro de Daniel—como otras profecías del Antiguo Testamento—revela que el Señor determina quién reinará, no solamente sobre países individuales, sino sobre imperios. Dios es el que “quita reyes y pone reyes” (Dan. 2:21, RVR 1909). Pero las personas no son autómatas; tienen una participación esencial en dar

forma a sus destinos nacionales tanto como individuales. Para apreciar el gran panorama, debemos entonces equiparar o comparar un texto contra otro.

Por una parte, el gobierno es, en principio, una institución divina. Por esta razón, el apóstol Paul nos reprende: “Todos deben someterse a las autoridades establecidas. Porque no hay autoridad que no venga de Dios, y las que hay, por él fueron puestas” (Rom. 13: 1, DHH 2002). Por otro lado, el Señor mismo declara sobre el antiguo estado de Israel: “Ellos hicieron reyes, mas no por mí; constituyeron príncipes, mas yo no lo supe” (Oseas 8:4). Es más, el Maligno, a quien Jesús llamó “el príncipe de este mundo” (Juan 12:31; 14:30), trata de moldear activamente los asuntos de la humanidad. Es innecesario, por lo tanto, pensar que Nerón, Adolfo Hitler, Idi Amin y otros monstruos humanos fueran ascendidos a sus posiciones de gobierno por Dios mismo.

La Biblia enseña “La justicia engrandece la nación” (Prov. 14:34) mientras que la perversidad provoca declive e incluso destrucción nacional. Todo esto puede verse ilustrado ampliamente en la experiencia de naciones mencionadas en el Antiguo Testamento, incluyendo Israel y Judá. Es una ley que ha obrado a lo largo de las edades. De acuerdo con Herbert Armstrong, Abraham Lincoln comprendía claramente este hecho y lo aplicó a los Estados Unidos en su proclamación del 30 de abril de 1863, en que anunció un día nacional de ayuno y oración:

“Es el deber de las naciones, así como de los hombres, reconocer su dependencia en el poder supremo de Dios. . . y reconocer la verdad sublime, anunciada en las Sagradas Escrituras y demostrada a lo largo de la historia, que *solamente* son bendecidas las naciones cuyo Dios es el Señor. . . . Hemos sido los receptores de las bendiciones más selectas del cielo. Hemos sido preservados, estos muchos años, en paz y prosperidad. Hemos crecido en número, riqueza y poder *como ninguna otra nación ha crecido nunca*; ¡PERO HEMOS OLVIDADO A DIOS! Hemos olvidado la graciosa Mano que nos preservó en paz y nos multiplicó y enriqueció y nos fortaleció; y hemos imaginado vanamente, en la falsedad de nuestros corazones, que estas bendiciones fueron producidas por una sabiduría y virtud superiores propias de nosotros”.⁸

Un importante descubrimiento de este libro es que un tipo particular de maldad, la persecución religiosa, es especialmente aborrecible a los ojos de Dios y generalmente acarrea calamidad, incluso ruina nacional, a las naciones e imperios que la practican. No todo castigo se reserva para el más allá. Derramar la sangre de aquellos que sirven al Señor sinceramente (aunque sea en formas que los reyes o sacerdotes puedan considerar como heréticas) a menudo atrae la retribución más terrible.

Después de que los perseguidores han asesinado a los mártires, generalmente tienen que enterrar a los suyos propios: Miles, a veces millones, de ellos. Mostraremos que este patrón se repite a sí mismo una y otra vez durante toda la historia, no menos de diez veces entre la época de Cristo y el presente. Lo hará otra vez antes de que Él

regrese.

La persecución fomentada a escala nacional sucede siempre que un estado respalda una fe en particular en oposición a otras formas de religión. Esta ha sido una tentación frecuente y fatal para los gobernantes de Europa. Cediendo a esta, el Imperio Romano Occidental primero, y luego el Oriental, se arruinaron a sí mismos, mientras las iglesias católica y ortodoxa trataban de exterminar las supuestas herejías de los ostrogodos y los paulicianos. Después de que Carlos V tratara de erradicar la religión protestante, el Sacro Imperio Romano sufrió un destino similar: Bajo los Habsburgos, su poder fue resquebrajado y luego se desvaneció. Felipe II, quien no había aprendido nada de la miserable experiencia de su padre, adoptó el mismo ideal fanático e inició los eventos que finalmente redujeron a la otrora invencible España a una nimiedad militar. Cuando la primacía en Europa pasó a Luis XIV, insistió en cometer un error similar: No contento con el culto idolátrico de ser el rey Sol o el disfrute de la hermosa Versalles, tuvo que herir a los hugonotes, sus súbditos más productivos. Así atrajo consecuencias graves sobre sí, sobre sus descendientes y sobre su país. La magnífica Francia en ciertos aspectos se volvió una nación de segunda clase, y toda la monarquía murió bajo la guillotina.

Más ejemplos todos similares demuestran que mezclar los asuntos de estado con los asuntos de la iglesia, si se persigue y se persiste vigorosamente en ello, es una receta infalible para la ruina nacional.

A través de sus profetas, un Padre celestial misericordioso advierte a los gobernantes del mundo con anticipación, para que ellos puedan evitar el desastre sobre sus pueblos apartándose de la estupidez. No siente placer en castigar a los malhechores sino en su salvación. Él preferiría enormemente el bienestar antes que la declinación o la destrucción de las naciones; sin embargo, ellas tienen que evitar los errores del pasado. Por triste que sea decirlo, Estados Unidos, la hermosa nación, mucha de cuya grandeza actual es resultado de su libertad religiosa e intelectual, estará pronto enfrentando la misma tentación que otras superpotencias que le precedieron.

VI

La profecía no debe ser estudiada con abstracciones. Podemos validarla solamente en relación con la historia y los asuntos contemporáneos, con los que el escritor sobre profecías debe estar familiarizado exhaustivamente y con exactitud. No es suficiente tener un trasfondo o formación teológica.

No sólo las predicciones específicas, sino también las escuelas de interpretación prueban ser verdaderas o falsas en relación con los eventos. Creemos que éstos han vindicado claramente a la Escuela Historicista, quien entre otras cosas asevera que los pontífices son el Anticristo. Ésta es una manera muy antigua de interpretar las profecías de la Biblia. Sus raíces se remontan a los primeros tiempos

cristianos, aunque devino sumamente prominente en la Reforma protestante. Un punto de vista opuesto es el Futurismo, que insiste en que el Anticristo será una persona específica.

Esta básicamente es una escuela católica de pensamiento, aunque hoy la mayoría de los protestantes, especialmente los dispensacionalistas, también se adhieren a ella. Ésta adquirió una prominencia especial durante la Contrarreforma como un intento deliberado de desacreditar la escuela histórica.

Los méritos de cualquiera de ambos enfoques pueden ser establecidos con tan sólo discutir sobre pasajes bíblicos. Ambos deben ser sometidos a la prueba de la historia, no sólo con referencia a un suceso aquí y allá, sino a través de un escrutinio, más bien detallado, de eventos, y comparándolos contra el patrón general que éstos revelan.

Comprendemos las predicciones de la Biblia a través de un proceso de doble comparación, concretamente de Escritura con Escritura, pero también de Escritura con eventos: En la historia y en asuntos contemporáneos.

Debido a un interés considerable en profecía durante las últimas décadas, muchos se han precipitado a publicar para satisfacer la necesidad. Algunos de sus libros son valiosos, pero no pocos pueden evidenciarse como deficientes en su representación de la historia y los asuntos globales. A menudo simplemente han recogido las ideas de escritores anteriores.

Por ejemplo, algunos escritores no comprenden la verdadera relación entre el papado y los gobernantes seculares durante los 1260 años transcurridos entre 538 y 1798. Éste es un período muy significativo, directamente mencionado por siete profecías. Durante esos años, el catolicismo dominó gran parte de la religión occidental. Sin embargo, no sería exacto decir que a lo largo de todo ese tiempo la iglesia medieval también gobernó a las naciones europeas en un sentido secular.

Tal, por ejemplo, fue la enfática perspectiva del ministro presbiteriano Samuel J. Cassels, hace más de 150 años.⁹ Esta noción todavía está siendo repetida por varios escritores actuales de la Escuela Historicista.

Por ende, uno no debe exagerar el poder pontifical hasta el punto de implicar que durante 1260 años los gobernantes seculares de Europa no eran nada más que marionetas papales. Es cierto que los papas han anhelado persistentemente tal dominación e incluso han hecho un dogma de ello: *Prima sententia est, summum Pontificem jure divino habere plenissimam postestatem in universum orbem terrarum, tam in rebus ecclesiasticis quam civilibus* (“La doctrina principal es, que el sumo pontífice posee por derecho divino, poder plenario en todo el mundo, tanto en temas eclesiásticos como civiles”).¹⁰

Los gobernantes seculares han sido demasiado conscientes de este reclamo, y algunos (como Bismarck en Alemania y el Primer Ministro W. E. Gladstone de la Gran Bretaña imperial) lo han expresado francamente. Éste último escribió en 1874: “La ser-

vidumbre individual, por abyecta que sea, no satisfará a la iglesia latina. El Estado también debe ser un esclavo".¹¹

Pero de la misma manera que a los individuos, las organizaciones son a menudo frustradas en sus designios, y difícilmente ninguna lo haya sido más que el papado. Como varios de nuestros capítulos mostrarán, la mayor parte del tiempo los papas eran incapaces de dominar a los gobernantes seculares. Frecuentemente sucedía todo lo contrario: Emperadores y reyes nombraron, maltrataron, derrocaron, y ocasionalmente incluso asesinaron a los pontífices que les disgustaban; pues los monarcas europeos también reclamaban gobernar *jure divino* ("por derecho divino"). Cuando sus objetivos políticos chocaban con los del papa, sus ejércitos no con poca frecuencia invadían y despojaban el estado papal en Italia. En ocasiones, sus fuerzas saquearon y quemaron la misma ciudad de Roma.

Políticamente los hombres en el Vaticano consiguieron el dominio sobre los reyes y las reinas de Europa Occidental durante aproximadamente 230 años en la parte alta de la Edad Media. En aquel entonces mantuvieron la "monarquía papal", que se extendió desde el pontificado de Gregorio VII (1073-85) hasta el de Bonifacio VIII (1294-1303). Éste fue un período dramático. Comenzó con un emperador alemán muy humillado por un papa jactancioso y terminó algo más de dos siglos después con otro papa, aún más jactancioso arrastrado a la locura y a una rápida muerte por agentes del rey de Francia. De este modo "el poderío temporal del papado fue derribado casi melodramáticamente en el reinado de Bonifacio VIII".¹² La monarquía pontificia cubrió solamente el 18 por ciento de los 1260 años.

Por otro lado, este libro de ninguna manera subestima la influencia política del papado; efectivamente, hace hincapié en el papel clave jugado a través de los tiempos por lo que Seymour M. Lipset tan acertadamente llamó "la alianza del trono con el altar".¹³ Esta fue una relación simbiótica, los papas respaldados y sus decretos hechos cumplir por poderosos autócratas, mientras que la iglesia ayudaba a los gobernantes a permanecer en el poder. Esto eliminó mucho disenso y tendencias democráticas en sus súbditos.

Un dispositivo muy útil fue el llamado derecho divino de los reyes, ya mencionado. El fenomenal escritor y crítico social de Estados Unidos, Mark Twain, señaló que la iglesia medieval no sólo reforzaba esta idea, sino que también "predicaba (a los plebeyos) humildad, obediencia a sus superiores, la belleza de la abnegación; ella predicaba (a los plebeyos) mansedumbre bajo el insulto; predicaba (todavía a los plebeyos, siempre a los plebeyos) paciencia, la maldad del espíritu, la no resistencia a la opresión; y ella introdujo rangos hereditarios y aristocracias, y enseñaba a todas las poblaciones cristianas de la Tierra que se inclinaran ante ellos y les adoraran".¹⁴

El catolicismo, por supuesto, no inventó la subordinación social de una clase a otra; pero, heredando la idea de sociedades más antiguas, sus clérigos a menudo la han incitado y explotado para sus

propios propósitos.

En su trabajo clásico sobre la Edad Media, *The Holy Roman Republic*, el erudito italiano Giorgio Falco deja bien claro que la iglesia y el imperio eran distintos, aunque también estaban unidos por su fe y el gobierno de las personas. Esto tuvo el efecto de hacer interdependientes la religión y la política,¹⁵ un diseño cooperativo que durante 1260 años le permitió al papado subyugar y destruir a los disidentes religiosos. La profecía predice esta situación, y la historia confirma que sucedió.

Esto no es tan preciso como para cortar un cabello, pero es un importante punto de interpretación profética. Por ejemplo, revela cómo la culpabilidad del Cuerno Pequeño representado en Daniel 7 es compartida por los otros cuernos entre los que surgió y quienes lo respaldaron por mucho tiempo, proporcionando el “brazo secular” sin el que no podría haber realizado sus designios.

La idea de que durante la mayor parte de la historia medieval el Papa fue incapaz en realidad de dominar a reyes y emperadores puede coger por sorpresa a algunos intérpretes proféticos de la Escuela Historicista, ya que discrepa con creencias abrigadas por mucho tiempo. Por lo tanto, para demostrar este punto, debemos concentrarnos en los eventos del pasado en mayor detalle que lo normal para una obra sobre profecía.

VII

Somos conscientes de los peligros involucrados en preocuparse de esta manera con la historia, especialmente la crítica de los académicos. Ellos tienden a especializarse y concentrar su atención en períodos limitados de tiempo, por lo que fácilmente pecan de ser generalizadores en los detalles. Además, a menudo ven los intentos de formular una imagen histórica más abarcadora con una mirada cínica. Tres escritores del pasado, enormemente populares, han sufrido bajo su escrutinio.

En julio de 1918, mientras la Primera Guerra Mundial se acercaba a su fin, el escritor alemán Oswald Spengler (1880-1936) se volvió famoso por su libro *Der Untergang des Abendlandes* (“La declinación de Occidente”).¹⁶ Dos años después (1920), lo mismo le pasó a H. G. Wells (1866-1946) por su *Outline of History* (Generalidades de la Historia). Ambos estaban preocupados por la declinación occidental.

Spengler estaba dotado de una gran fuerza dramática y deslumbró a sus lectores. Desafortunadamente hizo caso omiso de los hechos que no apoyaban su tesis. El trabajo de Wells tenía alcance y estilo, lo que sus lectores encontraban atractivo, aunque su investigación era bastante inadecuada.¹⁷

Mucho más impresionante fue la tercera figura, Arnold J. Toynbee, cuyo trabajo en diez volúmenes *A Study of History* (Un Estudio de la Historia) apareció entre 1934 a 1954, probando ser también cautivador. A diferencia de los otros dos escritores, era maravillosamente entendido en historia. Hizo un análisis com-

parativo de veintiuna civilizaciones o sociedades para determinar los factores comunes que pueden haber causado su desintegración. Paradójicamente, combinó el pesimismo de Spengler con el optimismo de Wells. De la misma manera que el último, creyó que la solución final para nuestro planeta sería una civilización global bajo un gobierno único y con una religión, sintetizada de las fes más importantes presentes ya en el mundo entero.¹⁸

Pero, inevitablemente, Toynbee también tenía sus limitaciones. En primer lugar, a pesar de sus expertos conocimientos del griego antiguo y hasta cierto punto del mundo islámico, necesariamente tenía que depender en gran medida de fuentes secundarias.¹⁹ Ninguna mente humana, sin importar cuán erudita o brillante sea, puede comprender infaliblemente por sí misma las minucias de los milenios o conocer toda la historia de nuestra especie con exactitud. Esto indudablemente hace fácil el que un especialista en un campo limitado ataque este o aquel pequeño defecto en lo que cualquiera escriba. Ni siquiera Giambattista Vico (1668-1744), el padre de la historiografía moderna, estuvo siempre exento de errores. Él “era tan inexacto en simples detalles factuales que aún su propia fecha de nacimiento estaba mal”.²⁰ Toynbee también ha sido criticado en otra manera: “En un torrente de criticismo, algo de ello devastador, los críticos refutaron sus leyes y menospreciaron su providencial perspectiva. Fenomenal como es su libro, parece improbable que alguien quiera seguir las huellas de Toynbee”.²¹

Por momentos, este libro puede recordarle al lector los escritores mencionados anteriormente. También describe un patrón general subyacente en los eventos y retrata un mundo unido finalmente, aunque no como Wells o Toynbee esperaban que sería. Pero este libro es histórico solamente en parte. Muchos otros elementos han entrado en su diseño: No solamente profecías y preocupaciones teológicas concernientes, sino también asuntos contemporáneos y un amor hacia la literatura, por mencionar sólo algunos.

En particular, presenta una visión de la historia derivada de la Biblia misma. Creemos, como Isaac T. Hinton, un influyente clérigo bautista y un no-Millerita, creía en 1843, que la “Historia [es] la clave para la Profecía, pero la Profecía no es en menor grado la clave para la filosofía de la historia”.²²

Afortunadamente, como ha demostrado la creciente popularidad de los History Channels 1 en la televisión, los días pasados pueden ser más absorbentes, si se pone en juego un poco de imaginación. Este es el caso especialmente si su relación con el presente y su posible importancia para el futuro también son esclarecidas. Confiamos en que este trabajo despertará una cantidad justa de interés a través de su elemento histórico, nuestra “línea argumentativa”.

VIII

Los eventos predichos en la Biblia vienen a nuestra realidad y nos emocionan cuando los ponderamos teniendo en cuenta tanto los eventos del pasado distantes como los recientes. Pero más que eso,

“historia y profecía se unen para confirmar nuestra fe”.²³ Estudiadas juntas, demuestran convincentemente que “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 Ped. 1:19).

Parte 1

Las Dos Imágenes de Nabucodonosor

3 Un Antiguo Rey Sueña con el Futuro

I

Las profecías de Daniel comienzan en el capítulo 2, con una maravillosa historia. Nabucodonosor II (605-562 a.C.), el gran rey del Imperio Neo-Babilónico,¹ vivió en Mesopotamia, en el Oriente Medio, entre dos famosos ríos: El Éufrates y el Tigris. Hoy esta región es parte de un país llamado Iraq. Nabucodonosor, habiendo consolidado su poder, estaba muy preocupado por el futuro.

Los eventos descritos en Daniel 2 ocurrieron durante su Segundo año oficial como rey (vers. 1), a saber, entre 603-02 a.C.² Él había asumido realmente el poder en el año 605 a.C., después de la muerte de su padre Nabopolasar. Pero, de acuerdo con la usanza de su ciudad, su designación oficial tuvo lugar el siguiente Día de Año Nuevo, en el 604 a.C. durante una ceremonia religiosa que debían respetar todos los reyes, donde ellos “tomaban las manos del dios babilónico Bel”,³ también conocido como Marduk.

II

Una tarde, Nabucodonosor estaba angustiado en relación a los años por venir. ¿Cuánto durarían sus logros? Después de todo, su parte del mundo había visto ir y venir a muchos conquistadores. Sus imperios generalmente eran reducidos a polvo tan rápido como habían surgido. ¿Sería ese también el destino de la gran Babilonia que él había reconstruido tan gloriosamente?

Mientras daba vueltas a estos asuntos, el rey se quedó dormido y tuvo un sueño muy vívido. Pero a la mañana siguiente lo había olvidado, aunque el asunto seguía torturándolo en su subconsciente. Lo que empeoraba todo, es que él, como muchos en la antigüedad, creía que tales sueños podían dar pistas importantes sobre el futuro. Este lapso o brecha en su memoria condujo a eventos dramáticos.

Nabucodonosor recordó todas las personas inteligentes en su corte que incursiaban en lo oculto, “magos, astrólogos, encantadores y caldeos”. Estos últimos eran hombres eruditos cuyos estudios incluían matemáticas y astronomía, pero también *astrología*.⁴ Rápidamente el rey los reunió para que le ayudasen a recordar su sueño, y para que se lo explicaran (vers. 2).

¿Pero cómo podrían ellos ayudarlo? Él había olvidado su sueño. “. . . dí el sueño a tus siervos, y te mostraremos la interpretación” (vers. 4) le dijeron ellos.

Esto lo enojó en gran manera. Era precisamente el contenido mismo del sueño lo primero que quería que le dijese. En su frustración y enojo, dio órdenes de matar no sólo a las personas de estas categorías, es decir, charlatanes inútiles, sino a “*todos los sabios de Babilonia*” (vers. 12, énfasis añadido). Pero justo cuando los soldados venían a aprehenderlos, fueron salvados. ¿Qué había

ocurrido?

Entre los hombres estudiados, había un joven judío prisionero de guerra llamado Daniel, quien servía al Dios hebreo. Con él estaban sus amigos, Sadrac, Mesac y Abednego. Ellos no habían sido convocados para explicar el sueño de Nabucodonosor, pues no eran magos, encantadores, hechiceros, caldeos, astrólogos, o videntes, a quienes se les consideraba generalmente los hombres sabios.⁵ El rey, quien en otros momentos podía ser tan claro, ahora despiadadamente ordenó la liquidación de todas las personas sabias de su corte, tanto a los verdaderos intelectuales como a los psíquicos que decían poder leer el futuro.

Afortunadamente Daniel, quien también había sido sentenciado, tuvo éxito al solicitar una audiencia con Nabucodonosor y solicitar un aplazamiento temporal de la ejecución que pendía sobre todos (versículos 14-16). Junto con sus tres compañeros sentenciados, pasó la noche en ferviente oración, en el corredor de la muerte'. El Señor contestó, revelándole a él el asunto.

A la mañana siguiente Arioc, el capitán del escuadrón de ejecución, vino a por los cuatro hebreos. Pero cuando escuchó de la revelación de Dios, apresuradamente condujo a Daniel ante la presencia del rey. El joven hebreo le contó a un atónito Nabucodonosor todo lo que había soñado y después olvidado. El joven también explicó lo que significaba. Como resultado, las vidas no sólo de Daniel y sus tres amigos, sino las de todos los sabios (incluyendo a los charlatanes), fueron perdonadas.

III

Esto es lo que el rey había visto:

Erguida frente a él en su sueño había una gran estatua (o *imagen*, como la llaman algunas traducciones de la Biblia). Esta estaba hecha de diversos materiales, mayormente metales. La cabeza estaba hecha de oro, los brazos y el pecho de plata, el estómago y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies y sus dedos de hierro mezclado con arcilla. Mientras Nabucodonosor la admiraba, vino una piedra hiriéndola en los pies y destruyendo toda la estatua, moliéndola hasta convertirla en fino polvo que el viento disipó. Entonces la piedra creció y creció hasta convertirse en un monte que llenó la Tierra (vers. 32-35).

¿Qué significaba todo esto? Dios le explicó el sueño a Daniel, quien a su vez le transmitió al rey su interpretación. La estatua era una profecía de la historia humana desde aquel tiempo hasta el fin del mundo y más allá. Por ende, también es relevante para nuestros días.

IV

Daniel dijo que la cabeza de oro representaba a Nabucodonosor y su imperio neobabilónico, del cual él era el rey más grande (vers. 37-38). Embelleciendo sus santuarios, él hizo un uso extravagante de este metal, impresionando enormemente tanto a sus contemporá-

neos como a las generaciones siguientes.

Lejos, en Jerusalén, otro profeta se refirió a Babilonia como “Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová” (Jer. 51:7, énfasis añadido). Aproximadamente 150 años después, el famoso dramaturgo griego Esquilo (? 525-456 a.C.) escribió sobre Babilonia “abundando en oro” mientras que Herodoto (424 a.C.) durante una visita allí quedó asombrado ante la cantidad de oro que había en el templo de Marduk.⁶

Referencias a este metal o a las riquezas se han vuelto parte de la misma definición de Babilonia, como en el *First Dictionary of Cultural Literacy, What our Children Need to Know* (Primer Diccionario de Alfabetismo Cultural, lo que Nuestros Niños Necesitan Saber) de Hirsch: “. . . Una ciudad en el Medio Oriente antiguo que fue conocida por su gran riqueza”.⁷ El oro era indudablemente un símbolo adecuado de la opulencia y majestad de Nabucodonosor, así como de su mérito moral en comparación con los gobernadores que le sucedieron.

V

La segunda potencia mundial (vers. 39), que derrotaron a los babilonios en 539 a.C., fueron los medos y los persas. Estos comenzaron como el Imperio Medo. Luego éste fue tomado y dominado por los persas. En adelante, se convirtió en el Imperio Medopersa. En el sueño, estos dos pueblos emparentados entre sí estaban representados por los brazos y el pecho de plata.

Este imperio tuvo reyes como Ciro, Jerjes y Darío. Ocupó una extensa área, que abarcó todo el territorio desde Egipto hasta la India. Su corte también fue famosa por su riqueza material y su lujoso estilo de vida. La plata era su criterio de riqueza y medio de intercambio.⁸ Pero, desde el punto de vista de Dios, Medopersia no podía compararse en igualdad de condiciones con la Babilonia de Nabucodonosor.

VI

La tercera potencia mundial (vers. 39) fue el imperio establecido en 331 a.C. por Alejandro el Grande con sus ejércitos griego y macedonio. Él derrotó a Darío, el último de los reyes persas. Después de la muerte del Conquistador, sus generales dividieron sus dominios entre sí, estableciendo los reinos helenos o helenísticos. La última gobernadora de estos fue la hermosa e intrigante Reina Cleopatra de Egipto.

En el sueño profético, esta etapa histórica está representada por el abdomen y muslos de bronce, el que también resulta haber sido el metal más importante en la armadura griega. De acuerdo con Ezequiel, el colega profético de Daniel y compañero de exilio en Babilonia, Javán (los griegos) estaban entre aquellos que comerciaban con “vasos de bronce” (Eze. 27:13 NRV 2000).

Este metal muestra un valor reducido en comparación con los metales mencionados antes. Los antiguos griegos no eran tan

opulentos como los babilonios o como los persas. Pero demostraron ser pródigamente dotados y cultos. Sobre los antiguos atenienses, quienes florecieron antes de tiempos de Alejandro, Barbara Habenstein escribió que ellos “parecían más interesados en construir grandes mentes que grandes monumentos”.⁹ Edith Hamilton, una clasisista de renombre mundial, parece sugerir que ellos prácticamente inventaron la civilización occidental¹⁰, aunque su legado fue modificado por la cosmovisión judeocristiana.

Pero ante los ojos de Dios, los griegos fueron moralmente inferiores, a pesar de sus espléndidos logros. Una de las cosas que Dios tenía contra ellos era el estilo de vida homosexual que tanto abundaba entre ellos. En esto, también influyeron sobre otras culturas (Rom. 1:19-32).

VII

La cuarta potencia mundial (vers. 40) fue Roma, cuya ascensión en el mundo mediterráneo ha sido fechada indistintamente entre el 168 a.C. y el 31 a.C. Que el hierro la simbolizaba más apropiadamente fue algo reconocido por no menos que Edward Gibbon, el famoso historiador del siglo XVIII, quien había renunciado al cristianismo: “Los brazos de la república, algunas veces vencidos en batalla, siempre victoriosos en la guerra, avanzaron con rápidos pasos por el Éufrates, el Danubio, el Rin y el Océano; y las imágenes de oro, o plata, o bronce, que pudieran servir para representar las naciones y sus reyes, fueron sucesivamente rotas por el hierro monárquico de Roma”.¹¹

Algunos líderes romanos bien conocidos fueron Julio César, Augusto y Adriano. Sus emperadores incluyeron entre ellos algunos buenos gobernadores, pero también tiranos sedientos de sangre, de los cuales probablemente el mejor conocido sea Nerón, aunque para nada fue único. Mencionemos sólo uno más: Valentiniano I (321-75 d.C.), a quien Gibbon considera el último gran emperador occidental. Aunque en general fue un gobernante capaz, este llamado cristiano fue colérico y dado a una copiosa brutalidad: “En el gobierno de su familia, o de su imperio, las ofensas ligeras, o aún imaginarias (una palabra descuidada, una omisión casual, una demora involuntaria) eran castigadas con una sentencia de muerte inmediata. Las expresiones más a flor de labios del emperador de Occidente eran: ‘Córtenle la cabeza’, ‘Quémenle vivo’, ‘Golpenle con garrotes hasta que muera . . .’”¹²

El clasicismo, el que por muchos siglos dominó gran parte de la educación occidental, nos acostumbró a la idea de que los romanos fueron grandes civilizadores. Muchos han admirado justamente su espléndida literatura y mucho de su sistema legal. De ellos también se dice que tenían una gran genio para la administración. Por tales razones, entusiastas modernos quienes nunca tuvieron que sufrir el yugo romano los han considerado señores iluminados. Otros, sin embargo, han sido excépticos, reconociendo en estas perspectivas un remanente de la antigua propaganda, heredada hasta nosotros

tanto a través de la Iglesia Católica como de los humanistas del Renacimiento.

Rebecca West fue una de las Tomases incrédulas: “No tenemos evidencia real de que los pueblos sobre los que el Imperio Romano impuso su civilización no tuvieran civilizaciones propias de calidad, mejor adaptada a las condiciones locales”. Para respaldar este punto de vista, ella se refiere al gran historiador francés Camille Julian, quien afirmaba que en la Galia los romanos “frustraron el desarrollo de una civilización de primer orden”, y a Strzygowski, quien pensaba que ellos desorganizaron a las naciones germánicas. Lo que es más, la investigación muestra que los contemporáneos de los romanos algunas veces tenían excelentes códigos legales propios. West incluso plantea que el imperio pereció precisamente porque sus gobernantes fueron “incapaces de desarrollar una política social y económica satisfactoria para la misma Roma”. Ella concluye: “Es posible que Roma destruyera mucho más en logro humano de los que ella misma fue capaz de alcanzar”.¹³

Cultural e intelectualmente, los romanos no estaban a la par de los griegos, quienes les precedieron, aún cuando posteriormente compartieron la rama especial de inmoralidad de ese pueblo. Además, podían ser extremadamente crueles. Algunas de sus prácticas eran horribles, especialmente el empleo masivo de la crucifixión, y una pasión perversa por los juegos de gladiadores.

Tan perverso era este imperio pagano que Apo. 12:9 le identifica con el mismo diablo. En sus días, Roma fue el centro terrenal de poder de Satanás, porque a través de ella obró poderosamente. Posteriormente le entregó esta ciudad al Anticristo, quien obtuvo de él “su poder, y su trono, y grande autoridad” (Apo. 13:2).

En habilidades, los antiguos romanos fueron generalmente de un nivel inferior al de los griegos, aunque como guerreros probaron ser más destacados, de la misma manera en que el hierro es un metal mejor que el bronce en aplicaciones militares.

VIII

En esta etapa del sueño, aparece una diferencia. El Imperio Romano no debía ser seguido por otra potencia mundial unitaria. En vez de ésto, éste se desmoronaría. En Occidente, los pueblos teutónicos los agobiaron. Aquí el imperio se rompió en territorios que posteriormente se convirtieron en las naciones modernas de la Europa Occidental: Gran Bretaña, Bélgica, Francia y demás. Estas naciones están representadas por los pies y sus dedos de hierro mezclado con barro o arcilla.

Este período es datado generalmente desde el 476 d.C., cuando el líder germánico Odoacro pensionó al último emperador occidental, Rómulo Augusto. Este chico reunía los nombres de los fundadores de Roma y de su primer emperador, pero a causa de ser un niño, y sin dudas a manera de irónico comentario sobre la situación, fue apodado Rómulo Augústulo, que significa “Rómulo, el pequeño emperador”.

La estructuración resultante de la división del imperio sería en parte fuerte y en parte débil (vers. 41-43). Pero la mezcla de hierro en los pies de la estatua indicaba que persistirían elementos romanos en la fase europea subsecuente.

Por sobre todas las cosas, Daniel planteó que la Europa Occidental jamás volvería a estar completamente unida. ¡El hierro no se mezcla con la arcilla! Muchos gobernantes han tratado de amalgamar estos países o han solicitado que se acerquen todos, generalmente a través de matrimonios concertados. Lea esta maravillosa profecía: “Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; *pero no se unirán el uno con el otro*, como el hierro no se mezcla con el barro” (vers. 43, énfasis añadido).

George H. Merritt destaca las muchas relaciones sanguíneas entre los monarcas hostiles en 1914: “Europa en guerra puede ser comparada casi con una inmensa reyerta familiar. Las casas reales, especialmente los países que están más crucialmente involucrados en la guerra, son prácticamente todos de las mismas familias germánicas, y casi de una misma sangre. Han ocurrido tantos matrimonios entre estas casas que la sangre alemana domina cada trono europeo con la única excepción de los dos pequeños reinos de Servia y Montenegro”.¹⁴

Estos gobernantes emparentados incluían a los tres beligerantes más importantes. Estos eran todos primos primeros: El Rey Jorge V de Bretaña; el Zar Nicolás II, de Rusia; y el Káiser Guillermo II, de Alemania. Respecto a los ancestros teutones de Jorge y de Guillermo, añadimos los de su abuelo, el Príncipe Alberto, quien era alemán, y su abuela, la Reina Victoria, tres cuartas partes alemana.

No debe sorprendernos que esta pareja real frecuentemente hablaban entre ellos en el idioma de sus ancestros continentales. Cuando el Príncipe yacía moribundo, Victoria habló con él íntimamente y se refirió a sí misma como su *Weibchen* (“pequeña esposa”). Es más, su inglés siempre fue imperfecto.

Durante la Primera Guerra Mundial, con su trágica cifra de muertes, el hecho de que su monarquía fuera tan alemana airó de manera creciente al pueblo británico. El rey Jorge V perteneció a la Casa de Wettin von Sajonia-Coburgo-Gotha,¹⁵ en tanto que la Reina María, su consorte, “era la hija mayor de Francis (más tarde duque) de Teck, de la casa real de Württemberg”.¹⁶ Por lo tanto, el 17 de julio de 1917, por proclamación real, todos los descendientes masculinos de la Reina Victoria adoptaron el apellido “de Windsor”.¹⁷

A solicitud del rey, el Príncipe de Battenberg, un pariente y almirante de la flota, también britanizó su familia, traduciendo su título alemán a Mountbatten,¹⁸ de los que Louis, primer Conde Mountbatten de Burma, llegó a ser ilustre. Su sobrino el Príncipe Felipe, con el mismo apellido, se casó con la Reina Elizabeth II. El 8 de febrero de 1960, ella decretó que en adelante todos sus descendientes que no fueran *príncipes, princesas, o altas reales* debían adoptar el apellido Mountbatten-Windsor.¹⁹

En épocas anteriores, también, los monarcas de Europa habían

sido parientes de sangre. Pero en vez de relacionarlos más, este factor alentó muchas guerras, ya que los primos (y algunas veces hermanos y hermanas) luchaban para arrebatarse los unos a los otros provincias o países completos.

La urgencia de reunir al Occidente es resultado en parte de la herencia romana. Cuando Carlomagno fue coronado por el Papa en 800 d.C. en el día de Navidad, recibió el título de Emperador *Romano*, como hicieron luego muchos gobernantes después que él. El más prominente de estos fue Carlos V de la casa de Hapsburgo (1500-58), todavía inspirado por la idea medieval de un imperio abarcante, y el último en ser coronado por el pontífice romano.²⁰

Napoleón Bonaparte, trescientos años más tarde, resucitó este antiguo sueño, cuando en 1804 se coronó a sí mismo *emperador* de Francia. Aunque en los primeros momentos pretendió ser un hombre de pueblo, en realidad había nacido “en el seno de una familia que tenía un título nobiliario de la República de Génova”, lo que explica muchos de sus actos. En el retrato de Jean A. D. Ingres celebrando la coronación de Napoleón, vemos “objetos de utilería que evocan la grandiosidad de la Roma imperial”.²¹ Él estaba “orgulloso de su ascendencia italiana” y estaba “fascinado por el Imperio Romano”.²² Es más, como señala Hendrik Van Loon, el ejemplo de Carlomagno “estaba constantemente” ante sus ojos.²³

Todos estos hombres, y otros, se alentaban a sí mismos a reunir los territorios que habían sido gobernados por Roma, pero ninguno pudo lograrlo, ni siquiera Adolfo Hitler, a quien le encantaba hablar del “*Deutsches Reich*” (el *Imperio Alemán*) y quien envió entonces sus ejércitos a conquistar Europa. En un momento, pareció cerca de alcanzar su objetivo, y por unos pocos años dominó en realidad sobre la mayor parte del continente. Si hubiera tenido éxito, muy bien hubiera podido cambiar el título *führer* por el de emperador.

Hay una interesante historia que el erudito bíblico Gerhard F. Hasel amaba contar sobre su padre, un ministro y colportor alemán, a quien la Wehrmacht había movilizado y asignado al frente ruso: “De vez en vez cuando estaba solo obtenía valor de una descolorida representación de la imagen de Daniel 2, la que atesoraba en un bolsillo, recordándose a sí mismo que Hitler caería tarde o temprano”.²⁴

Hoy, la Unión Europea (UE) representa una ambición similar, ambicionando llegar a ser los Estados Unidos de Europa, pero en última instancia esto tampoco sucederá. Dios lo dijo por adelantado. Los países involucrados no están, después de todo, hechos completamente del hierro romano; en ellos también hay frágil arcilla, la cual se desmorona fácilmente.

Esta profecía tiene una importante implicación más amplia. Si los países europeos que eran parte del Imperio Romano no se unirán, esto también significa que ningún gobierno mundial llegará a existir antes del regreso del Señor, a pesar de aquellos futuristas que predicen que el Anticristo se convertirá en el gobernador de nuestro planeta.

IX

Hemos visto que el oro, la plata, el bronce y el hierro simbolizan a los babilonios, los medopersas, los griegos y a los romanos. ¿Pero qué representa la arcilla?

Puede suponerse que se refiere al elemento germánico, pero en alguna manera esto no suena acertado. Lejos de ser débiles como la arcilla, los pueblos germánicos han sido asociados generalmente con fortaleza, especialmente poder militar. Han sido en su mayor parte formidables luchadores.

Aún en sus mejores días, Roma en realidad nunca pudo lidiar con ellos. Cuando Augusto, el primer emperador, estaba todavía expandiendo sus territorios, planeó conquistar toda Alemania. Fue incapaz de lograrlo. Sólo nueve años después de comenzada nuestra era, Hermann, o (para emplear su nombre latino) Arminio, emboscó a Publio Quintilio Varo, quien estaba acompañado por sus tres legiones, aniquilándolos en el bosque de Teutoburgo, lo que puso un fin repentino al poder romano al este del Rín.²⁵

De esta manera Alemania permaneció en su mayor parte fuera del imperio. Desde aquel momento los romanos adoptaron una postura defensiva, obedeciendo extensamente el testamento de Augusto César, el que les aconsejaba evitar toda expansión territorial adicional.²⁶ En vez de ello, establecieron campamentos permanentes, manteniendo guarniciones contra sus formidables enemigos en el norte. Esto, finalmente, también demostró ser en vano. A medida que declinaba el poder de Roma, los pueblos germánicos invadieron y prevalecieron.

Ni el gusto por la guerra ni el valor abandonaron a sus descendientes. Estas cualidades constituyen una de las razones por las que las naciones de Europa fueron capaces, en los últimos cinco siglos, de someter la mayor parte del planeta, estableciendo vastos imperios por su cuenta.

Aún hoy, la más poderosa nación en la Tierra, los Estados Unidos de América, tienen numerosos ciudadanos descendientes de los antiguos germanos. Sus presidentes han llevado en su mayoría apellidos británicos como Washington y Lincoln, pero también apellidos holandeses como Van Buren y Roosevelt, y un nombre alemán como Eisenhower. Sorprendentemente, el mayor componente étnico de su población caucásica no es inglés, sino alemán,²⁷ si se excluye a los otros Britones. Su lengua predominante, sin embargo, se deriva de Inglaterra, cuyas trece colonias originales se convirtieron en el núcleo de los Estados Unidos.

No es viable identificar la arcilla con las naciones que conquistaron el Imperio Romano Occidental. Entonces, ¿qué representa este simbolismo?

Louis Gaussen (1790-1863), profesor del Seminario Teológico en Ginebra y predicador evangélico del Segundo Advenimiento, dijo que esta era “la unión del estado y la iglesia”.²⁸ Elena de White lo admiraba grandemente. Ella leyó y mencionó el libro en el cual él usa esta expresión;²⁹ que ella repite y expande su idea: “La unión de

la iglesia y el estado está representada por el hierro y la arcilla. Esta unión está debilitando todo el poder de las iglesias”.³⁰ Su esposo, Jaime White, identifica la arcilla en Dan. 2 con el papado.³¹ Su involucramiento e interferencia en y con los asuntos de la Europa Occidental generalmente han demostrado ser desastrosas, y probablemente esta sea una razón por la cual nunca podrán volver a unirse.

X

Un punto importante es que los dedos de los pies, desde la perspectiva de Dios, no representan una quinta etapa; pues Dan. 2 habla de sólo cuatro grandes potencias o poderes mundiales. Sin importar cuán fragmentada, y a pesar de la adición de arcilla al hierro, la Europa Occidental es en varias maneras una continuación de Roma. Todavía es llamada “el reino” (en singular) y no “reinos” (vers. 42).

El sueño de Nabucodonosor trata con los imperios y naciones poderosas del Medio Este y la Europa Occidental, los que han tenido una tremenda influencia en el mundo como un todo. Él incluso vio el tiempo en que estamos viviendo ahora. Estamos en el mismo fin de la historia, en el período simbolizado por los dedos.

XI

Pero los pies y sus dedos no representan el final del sueño. Después de la estatua, el rey vio una piedra, que se desprendió repentinamente de una montaña y golpeó la imagen en sus pies. Entonces lo aplastó todo, la arcilla, el hierro, el bronce, la plata y el oro, y lo molió hasta convertirlo en polvo fino, que fue barrido por el viento. Después de esto, la piedra creció hasta convertirse en un gran monte, que llenó toda la Tierra (vers. 34-35).

¿Cómo explica Daniel el significado de la piedra? Debe ser algo estupendo, porque destruirá todas las naciones de Europa Occidental, así como todo lo demás que la estatua pueda significar. Este es un evento que probablemente nos afectará personalmente, en un futuro no muy distante.

La piedra o roca (vers. 44) se refiere a nada menos que al Segundo Advenimiento de Jesucristo. Sí, él está regresando realmente a la Tierra, como prometió que haría (Juan 14:1-3). Él es el rey que gobernará sobre un imperio mundial eterno.

En la Biblia, Jesús con frecuencia es comparado con una piedra, como por ejemplo en 1 Ped. 2:4-8. Él es, como expresara el famoso compositor del himno, A. M. Toplady, la Roca de las Edades, y el Salvador de todos los que Le acepten y Le sigan. Pero para aquellos que persistentemente rechazan su misericordia y eligen permanecer desobedientes, Él será la piedra del sueño de Nabucodonosor, regresando para aplastarlos, junto con el resto de la estatua.

Sería prudente prestar atención a las palabras del Señor: “¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho

esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?” (Mat. 21:42).

En el versículo 44 del mismo capítulo, Jesús menciona las alternativas para cada persona y nación en la Tierra: “Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará”. Creemos que la última parte de esa afirmación se refiere claramente a Dan. 2:34-35.

No sólo las personas del tiempo de Nabucodonosor, también la mayoría de las personas desde entonces, han rechazado a Aquel convirtió en su Salvador y a quien Dios ha destinado para ser rey sobre toda la Tierra (Sal. 2:7, 8). Sin embargo, en su hora señalada, él será entronizado como el gobernador de un imperio que abarcará a todo el planeta.

Algunas formas de piedra son más duraderas, lo que es simbólicamente importante. En la entrada de la Acrópolis de Atenas, en 1985, yo me percaté de antiguos bloques de mármol que lucían como si hubieran sido cortados y tallados ayer, aunque habían sobrevivido tanto a la gloria que fue Grecia y a la grandeza que fue Roma. De aún mayor antigüedad son las grandes pirámides de Egipto, que han durado por más de cuatro mil años. Y en la naturaleza hay grandes rocas nunca talladas y caras de desfiladeros tan viejas como el mundo mismo.

Antiguo es, también, el Señor y Redentor de nuestra raza. Sus idas y venidas han sido desde los días de la eternidad, y su reino no tendrá fin.

XII

Pero ahora debemos hacer una importante pregunta: ¿Por qué querría Jesús desaparecer las naciones occidentales y su descendencia transplanetaria, incluyendo a Estados Unidos? La naturaleza de Dios no es destructiva, sino razonable, compasiva y amable. El Creador y Redentor solo destruiría como último recurso, y por muy buenas razones.

Para esta pregunta, las personas de diferentes nacionalidades darían diferentes respuestas.

Por ejemplo, los africanos y los asiáticos, todavía heridos bajo los recuerdos de los imperios del hombre blanco, pudieran señalar a la explotación y los males que se les inflingieron en los últimos cinco siglos. Algunos de ellos tienen quejas más recientes, reales o imaginarias, como Irán, quienes rutinariamente se refieren a los Estados Unidos como “el gran Satanás”.

Pero la Biblia da una razón totalmente diferente del disgusto del Señor con las potencias occidentales. Dice que ellos respaldarán al Anticristo en una coalición que se opone y lucha contra el Señor Jesús.

¿Es esto posible? Leamos acerca de su increíble y trágica apostasía en Apo. 17, donde se describen los mismos países, aunque bajo una simbología diferente: “Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un

mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles” (vers. 12-14).

Como ya hemos planteado, no habrá un gobierno mundial, porque “no se unirán el uno con el otro” (Dan. 2:43), aunque por un corto plazo de tiempo ellos formarán una alianza para luchar contra el Señor y contra aquellos que realmente le sirvan.

El pasaje de Apocalipsis nos ayuda a entender por qué la piedra primero golpea la estatua en sus pies y sus dedos: Ellos deciden convertirse en enemigos de Cristo y debe tratarse con ellos como corresponde.

XIII

Otro punto es presentado en el siguiente versículo: “Entonces *fueron* desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y *fueron* como tamo de las eras del verano, y *se los llevó* el viento sin que *de ellos* quedara rastro alguno” (Dan. 2:35, énfasis añadido).

Al final del tiempo, Roma, Grecia, Medopersia y Babilonia serán juzgadas y tratadas por la divinidad misma, al igual que también la Europa Occidental y su descendencia transplanetaria. Pero ¿cómo? Seguramente aquellos imperios, más antiguos, hace mucho desaparecieron de la existencia.

Sí, pero Dios no olvida y tiene una perspectiva del tiempo, de la historia, y de las personas, diferentes a las nuestras. Al final del mundo, todas las naciones que alguna vez existieron, y cada individuo que vivió en nuestro planeta enfrentará su escrutinio final. Habrá un juicio y una resurrección para todos. Las Escrituras lo dicen, en varios pasajes.

Además, demasiados elementos no sólo de Roma y de Grecia, sino también de Medopersia y de Babilonia han persistido en nuestra civilización hasta el tiempo presente. Mencionamos solo un pequeño ejemplo: Las torres que adornan muchas iglesias cristianas son, de acuerdo con Ralph E. Woodrow, descendientes culturales del gigantesco zigurat que acostumbraba a apuntar píamente hacia el sol en la capital de Nabucodonosor:³² Etemenanki, la misma reconstrucción de la torre de Babel, ese estúpido símbolo de nuestro orgullo humano.

A Nabucodonosor se le mostró, por así decirlo, una imagen de la raza humana, finalmente pesada en balanza y hallada mayormente falta, pues sólo aquellos que acepten a Jesús como su Salvador y Señor serán parte de su reino eterno.

La profecía de Dan. 2 es un conmovedor fragmento de las Escrituras. Es también una clave necesaria para comprender otras partes de la Biblia, tales como Apocalipsis 13, en la cual leemos acerca de la Bestia.

4 Los Cuatro Metales: Paralelos Bíblicos y de Otra Naturaleza

I

Para los reyes de la antigüedad, era algo natural pensar en términos de estatuas. Este método aseguraba que las futuras generaciones no los olvidaran a ellos ni a sus logros. Los gobernantes modernos también son recordados de esta manera, y probablemente cada político tenga un deseo secreto respecto a una o dos estatuas. Pero en tiempos de Nabucodonosor una imagen era a la vez un objeto religioso, y cada uno de los metales que él vio tenía un significado teológico.

Las personas creían que los sueños de los reyes eran una vía por la que los dioses revelaban su voluntad. Los registros mesopotámicos mencionan muchos sueños reales. En uno de ellos Gudea vio un gigantesco hombre estirándose desde la tierra hasta el cielo, con una corona real sobre su cabeza.¹ Este sueño fue 1500 años antes de Nabucodonosor. Gudea era el *ensi* o gobernante de Lagash, una ciudad al suroeste de Babilonia. Probablemente él vivió en el período en que la dinastía extranjera Guti estaba dominando sobre la región, entre el 2230-2130 a.C.²

Como hemos visto, Nabucodonosor estaba pensando en sus propias obras, el nuevo imperio babilónico y de su porvenir. Dios encontró apropiado comunicarse con él en términos de una estatua o imagen, apareciéndole en un sueño. Hasta aquí está claro. Pero, ¿y los diferentes metales? ¿Su simbolismo es simplemente arbitrario, o hay mucho más en ello?

Ocurre que esta pregunta puede ser respondida bastante acertadamente haciendo referencia a varios paralelos, tanto en la Biblia como en otras obras de literatura antigua.

II

Ya hemos señalado que el orden de los metales en el sueño está en una escala de valía descendente. De esta manera son presentados también por otros escritores del Antiguo Testamento.

En la época de Moisés, cuando Dios ordenó que los israelitas destruyeran a sus enemigos los moabitas, parte del botín fue *oro, plata, bronce, hierro . . .* (Núm. 31:22). En Josué estos mismos metales aparecen tres veces (Josué 6:19, 24; 22:8) como plata, oro, bronce, e hierro. Este último libro enumera en una lista la plata antes del oro, porque en cierto momento las personas de la antigüedad la consideraron el metal más valioso. Pero en la Biblia el bronce casi siempre es mencionado antes que el hierro. Estos dos mencionados últimos son también metales de aplicación militar.

El primer libro de Crónicas dice, en cuatro lugares, que el Rey

David, con otros israelitas ilustres, donó *oro, plata, bronce, e hierro* para el templo de Dios, que sería levantado por Salomón, su hijo y sucesor (1 Crón. 22:14, 16; 29:2, 7). Dos pasajes de 2a de Crónicas que tratan sobre los arreglos reales del edificio igual relacionan estos materiales en esa secuencia (2:7, 14).

Este parece haber sido también el orden en que los mesopotamios los mencionaban. Froom plantea que “la misma serie de oro, plata, bronce y hierro había sido enumerada ya mucho antes, en la gran inscripción triunfal de Sargón II”.³

III

La literatura griega antigua contiene un sorprendente paralelo con el simbolismo del sueño de Nabucodonosor. Aproximadamente 200 años antes, un poeta llamado Hesíodo (en el 800 a.C.) había escrito sobre estos mismos metales en su obra *Los Trabajos y los Días*, entre las líneas 106 y 201. He aquí una traducción al español: (En el original se cita una traducción al inglés por H. J. Rose):

. . . Primero . . . crearon la Edad de Oro . . . Bajo el imperio de Cronos que mandaba en el Urano, vivían como Dioses, dotados de un espíritu tranquilo. No conocían el trabajo, ni el dolor, ni la cruel vejez . . . y morían como se duerme. . . se convirtieron en Dioses, por voluntad de Zeus, aquellos hombres excelentes y guardianes de los mortales . . . y otorgando las riquezas . . . Después . . . una segunda generación muy inferior, la Edad de Plata . . . Durante cien años, el niño era criado por su madre y crecía en su morada, pero sin ninguna inteligencia; y cuando había alcanzado la adolescencia y el término de la pubertad, vivía muy poco tiempo . . . Y Zeus Cronida, irritado, los absorbió, porque no honraban a los Dioses que habitan el Olimpo. Después de que la tierra hubo escondido esta generación, estos mortales fueron llamados los Dichosos subterráneos . . . Y el Padre Zeus suscitó una tercera raza de hombres parlantes, la Edad de Bronce, muy desemejante a la Edad de Plata. Al igual de fresnos, violentas y robustos, estos hombres no se preocupaban sino de injurias y de trabajos lamentables de Ares . . . eran feroces y tenían el corazón duro como el acero. Era grande su fuerza . . . sus armas eran de bronce y sus moradas de bronce y trabajaban el bronce, porque aún no existía el hierro negro. Domeñándose entre sí con sus propias manos, descendieron a la morada amplia y helada de Edes, sin honores . . . Zeus Cronida suscitó otra divina raza de héroes más justos y mejores, que fueron llamados Semidioses . . . Pero la guerra lamentable y la refriega terrible los destruyeron a todos, a unos en la tierra Cadmeida, delante de Tebas la de las siete puertas, en tanto combatían por los rebaños de Edipo; y a los otros, cuando en sus naves fueron a Troya, surcando las grandes olas del mar, a causa de Helena la de hermosos cabellos, los envolvió allí la sombra de la muerte . . . Y estos héroes habitan apaciblemente las islas de los Bien-

aventurados, allende el profundo Océano . . . ¡Oh, si no viviera yo en esta quinta generación de hombres, o más bien, si hubiera muerto antes o nacido después! Porque ahora es la Edad de Hierro. Los hombres no cesarán de estar abrumados de trabajos y de miserias durante el día, ni de ser corrompidos durante la noche, y los Dioses les prodigarán amargas inquietudes. Entretanto, los bienes se mezclarán con los males.⁴

Aquí lo tenemos: Exactamente los mismos cuatro metales que Nabucodonosor vio en su sueño, y en el mismo orden: Oro, plata, bronce y hierro! Lo que asombra más aún, Hesíodo dijo que simbolizaban “edades del mundo”, unos doscientos años antes de que el Señor enviara al rey babilonio un sueño con un tema relacionado.

Hesíodo era griego y no babilonio. ¿Acaso Nabucodonosor había leído su poema? Probablemente no, pero este no es el punto. Lo que resulta significativo es que en el mundo antiguo estos metales habían devenido símbolos para etapas de la historia humana aún antes de que hubiera nacido el rey neo-babilonio o de que existiera su imperio.

Los griegos no vivieron aislados de otros pueblos de su tiempo, quienes influyeron en ellos en muchos sentidos. Su alfabeto, por ejemplo, fue adaptado de un sistema de escritura que recibieron de los fenicios. En la actualidad los eruditos reconocen cada vez más que la civilización griega antigua no solo estaba en deuda con Creta, sino que tuvo sus principios en el legado mediterráneo oriental, “en gran parte formado por material mesopotámico”.⁵

Leonard Woolley, el gran arqueólogo, lo planteó claramente: “Hemos dejado atrás la fase en que todas las artes se remontaban a Grecia, y en que se pensaba que Grecia había saltado, como Palas, ya adulta, del cerebro del Zeus Olímpico; hemos aprendido cómo esa nata del ingenio extrajo su savia de los lidios e hititas, de Fenicia y Creta, de Babilonia y Egipto. Pero las raíces van más lejos hacia el pasado; detrás de todos estos yacen los sumerios”⁶, más de un milenio antes del nacimiento de Nabucodonosor.

IV

Pero las influencias también obraron de manera opuesta. La magnífica cultura del Hélade había empezado a afectar el Cercano Oriente mucho antes de que Nabucodonosor apareciera en escena.⁷ Los griegos que habitaron en Chipre reconocieron la supremacía del conquistador asirio, Sargon II (722-705 a.C.). Algunos eran trabajadores y mercenarios invitados en Mesopotamia. En 694 a.C. Senaquerib atacó Elam, en el Golfo Pérsico, después de navegar río abajo el Éufrates con una tripulación de marineros griegos jónicos y fenicios.⁸ Y, de acuerdo con tabletas cuneiforme escritas durante el reinado de Nabucodonosor, algunos de los compatriotas jónicos de Hesíodo estaban entre los muchos extranjeros empleados en los proyectos reales de construcción.⁹

Empezando con Hesíodo, la idea de los cuatro metales que simbolizaban eras o edades de la vida o historia humana podía haber alcanzado gran popularidad a través de estos compatriotas suyos y haberse extendido desde Asia Menor hacia Babilonia, donde vivía. Pero la otra posibilidad es que no se originaron con él. (Hesíodo) no era un gran poeta ni muy original, y puede haber hecho referencia a una tradición ya conocida en todo el Medio Oriente de su tiempo.

Es eso exactamente lo que hizo en otro de sus poemas, reescribiendo material originado con los hititas, un pueblo antiguo cuyo imperio prosperó entre 1900 y 1200 a.C. Entre otros textos, estos habían producido la “Monarquía en el Cielo”, una obra mítica que describía cómo las deidades supremas Alalu, Anu, Kumarbi y Teshub se suplantaban unas a otras. “A través de Fenicia esta tradición llegó a Grecia y apareció en aspecto de Urano, Cronus y Zeus en el Teogonía de Hesíodo.”¹⁰

Si él tomó prestado material del Cercano Oriente en este caso, es muy posible que pudiera haber hecho lo mismo cuando describía el simbolismo de los cuatro metales. Su asociación con varios dioses, como se señaló con anterioridad, aporta mayor credibilidad a tal opinión.

Después del pasaje de Hesíodo sobre las diferentes edades, el traductor en una nota al pie añade el siguiente comentario: “¡. . . Si hubiera muerto antes o nacido después! Si debemos presionarlo, Hesíodo cree que un mejor tiempo (¿un recomienzo de todo el ciclo?) se avecina, una doctrina muy familiar en días posteriores”.¹¹

V

La noción de que la historia se repite puede arrojar luz adicional sobre el sueño de Nabucodonosor. Muestra que el cielo reconoció su reino como el origen de un nuevo ciclo histórico, pero implica que esto, también, seguiría un patrón de devolución; ya que finalmente todos los grandes estados y civilizaciones se destruyen, como Arnold Toynbee y otros autores han demostrado.

El lector habrá notado la expresión imperio *neobabilónico*, que hasta ahora hemos usado algunas veces. Empezó realmente con Nabopolasar, ayudado por su ilustre hijo Nabucodonosor. Pero más de mil años antes también había existido un imperio babilónico *viejo*, fundado por otro famoso rey llamado Hammurabi, de la primera (o “amorrita”) dinastía. Publicó uno de los más tempranos códigos legales y vivió aproximadamente en el siglo XVIII antes de Cristo.¹²

Pero su dominio, también, había sido precedido por conglomerados más antiguos. Uno de ellos fue el efímero Viejo Imperio Asirio, que se extendió desde las montañas Zagros al Mediterráneo. Su fundador había sido Shamshi-Adad, quien reinó aproximadamente en 1813-1780 a.C.¹³

E incluso este no fue el primer intento en unificar a todos los pueblos de la región. El imperio mesopotámico más antiguo fue uno

pequeño, pero de gran importancia. Abarcaba prácticamente a todo el mundo en el planeta, y por ende tenía lo que correspondía a un gobierno global, el primero y último desde el Gran Diluvio. Leemos acerca de este en Génesis 10 y 11. Su creador y gobernante fue un extraordinario hombre negro, un cusita llamado Nimrod. Fundó varias grandes ciudades que se volvieron conocidas en años posteriores, incluyendo Babel (Babilonia), que era el centro de su reinado, extendiéndose sobre toda Mesopotamia.

El Señor disolvió esta entidad política confundiendo el idioma hablado por todo el mundo hasta ese momento. Aparte de otras consideraciones, parece que hizo esto para proteger a la humanidad no apostándolo todo sobre el desempeño de una única nación o pueblo. Con el tiempo, toda sociedad humana se deteriora y sufre grandes calamidades o incluso extinción. Si un estado del mundo se vuelve corrupto, esto puede condenar a toda la raza, como evidentemente fue el caso con las personas que vivían antes del diluvio.

Nabucodonosor era un constructor fenomenal, un hecho del que se jacta: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué . . . ?” (Dan. 4:30). También era un gran *re-constructor*. “Con la ayuda de su esposa Amitis, emprendió la reconstrucción y el embellecimiento de su capital Babilonia. Siendo un hombre religioso, reconstruyó los templos de Marduk y Nabu con muchos santuarios en Babilonia. . . . También restauró templos en Sipar, Marad y Borsipa”.¹⁴ La reconstrucción de Babilonia fue tanto lujosa como impresionante.¹⁵

Y es así que el imperio neobabilónico constituyó, como su nombre indica, un nuevo comienzo, en algunos aspectos un reavivamiento de la antigua gloria. En su comunicación con el rey, Dios reconoció este hecho, usando el antiguo simbolismo de los cuatro metales.

¿Estamos sugiriendo que las cosas puedan ocurrir más de una vez? En un sentido literal no lo hacen, pero aunque la historia no se repite, la naturaleza humana lo hace, como Voltaire una vez apuntó. Barbara Tuchman, que lo cita, llega a la conclusión de que las crónicas de días pasados están llenas de “paralelos excepcionales”.¹⁶

El President Harry Truman, ese hombre maravillosamente autodidacta con un cerebro de primera clase, quien empezó a leer antes de tener 5 años,¹⁷ bastante concienzudamente utilizó la historia y la biografía para evaluar a personas contemporáneas, su carácter tanto como sus acciones. Él, también, había descubierto que la naturaleza humana nunca ha cambiado; en este sentido, realmente no hay nada nuevo bajo el sol. Como era aficionado a decir, “Lo único nuevo en el mundo es la historia que usted no conoce”.¹⁸

VI

La idea de recurrencia histórica era ampliamente aceptada y varios siglos. Quinientos años después del tiempo de Nabucodonosor, aparece en más de un pasaje del gran poeta romano Virgilio (70-17 a.C.).

Por ejemplo, en su cuarta *Églogas* o *Bucólicas*, escribió: “La

imponente línea de los siglos es renacida . . . Sea propicia al nuevo hijo nacido bajo quien la raza de hierro llegará primero a su fin, y una raza dorada se levantará por todo el mundo”.¹⁹ A propósito, esta no era, como las personas en la Edad Media comúnmente creían, una profecía sobre Cristo, sino un pensamiento esperanzado para aclamar la esperada descendencia del desafortunado matrimonio de Marco Antonio y Octavia.

Más tarde, años después de la aventura amorosa de Antonio con Cleopatra y su suicidio, Virgilio, en su gran epopeya, la Eneida, expresó un sentimiento similar para halagar a Octavio:

César Augusto, hijo de un dios, destinado a gobernar
donde Saturno gobernó antaño en Latio, y allí
traer de regreso la edad de oro. . .²⁰

El hierro indica el final de un ciclo, que será seguido por uno nuevo, iniciando otra edad de oro. Por supuesto, Virgilio estaba equivocado; aunque la era Augusta en la que vivió era un tiempo magnífico para la cultura latina, con un primer emperador a quien el mundo siempre recordaría, Roma, tanto en su etapa imperial posterior como en la republicana más temprana, era, a la vista de Dios, completamente de hierro.

Aplicando esta idea de recurrencia al tiempo de Daniel, sería viable decir que el horroroso poderío de los asirios, que precedió al imperio neobabilónico, había sido una edad o era de hierro más temprana. La caída de ese imperio llenó a todo el Medio Oriente con júbilo. Nabucodonosor inició una nueva época dorada, que no le sobrevivió mucho tiempo, sin embargo. Después de su reinado de cuarenta y cuatro años, sus sucesores fueron irrelevantes y desaparecieron rápidamente.²¹

VII

Un eco tardío de la opinión de que la historia se repite en ciclos se encuentra en el poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley (1792-1822). En un poema escrito hace aproximadamente docientos años, también hizo referencia específicamente al primer metal mencionado por Hesíodo, el que subsecuentemente apareció en el sueño de Nabucodonosor:

La gran era del mundo comienza nuevamente,
los años dorados regresan,
la tierra como serpiente se renueva
sus malezas de invierno ya obsoletas:
El cielo sonríe, y las fes y los imperios brillan
como restos de un sueño disolviéndose. ²²

Incluso hoy las personas todavía a veces hablan de una Época Dorada y ocasionalmente de una Era de Hierro. Pueden encontrarse ejemplos en el monumental análisis de Max Lerner de los Estados Unidos como civilización. Dice, “La búsqueda por América (Estados

Unidos) fue la búsqueda de una vez de oro y la era dorada”, mientras que en otro contexto hace referencia a “una señal de que la fase creativa del capitalismo estadounidense quedó en el pasado, y el futuro será el de una Edad de Hierro”.²³

Un siglo antes, Abraham Lincoln también había aplicado esta imagen metafórica a asuntos mercantiles. Su penetrante mirada quedó puesta sobre los superricos, que estaban corrompiendo al gobierno siempre que podían para proteger su desvergonzada explotación de los pobres: “El éxito financiero es puramente metálico. El hombre que lo gana tiene cuatro atributos metálicos—oro en su palma, plata en su lengua, latón [muy similar en composición al bronce] en su rostro, e hierro en su corazón”.²⁴

VIII

El antiguo rey babilónico estaba preocupado por el futuro de su imperio. Entonces soñó y vio una estatua formada por sustancias significativas para él. Lo que era diferente, sin embargo, era la combinación de éstos con nuevo material . . . y la secuela: El establecimiento del reino de Dios en la Tierra.

Como método de comunicarse con la mente de Nabucodonosor, el sueño era brillantemente apropiado. Dios le habló en términos que podía comprender y aceptar tan pronto como Daniel ofreció la explicación. Ésa es seguramente una razón por la que el rey no discutió con el joven que era, después de todo, su prisionero de guerra. Al contrario, elogió al Altísimo y recompensó tanto a Daniel como a sus amigos con puestos importantes en su gobierno.

5 La Importancia Continua de Europa Occidental

I

Algunos lectores pueden sentirse intrigados por la exclusión, en el sueño del Rey Nabucodonosor, de cualquier tipo de referencia a países afuera del Medio Oriente y Europa. ¿Qué hay, por ejemplo, del poderoso imperio Mongol de Gengis Khan (fallecido en 1227), de la China moderna, o de los Estados Unidos? La profecía de la Biblia no pasa por alto a las naciones extraeuropeas, como veremos más claramente cuando estudiemos el Dragón, la Bestia y la criatura de dos cuernos de Apocalipsis 13.

Daniel 2 es solamente una de varias profecías, que actúa como introducción. Presenta una visión general. Otros capítulos completan los detalles que faltan. Creemos, además, que los pies y los dedos de los pies incluyen algunas naciones extraeuropeas, pero descendientes de Europa.

El sueño de Nabucodonosor no predice eventos futuros en general, sino solamente aquellos relacionados con la historia de la salvación. Es también interesante señalar que Tierra Santa fue gobernada por cada uno de los poderes que revela, desde Babilonia hasta los cruzados, quienes mantuvieron su reino de Jerusalén por casi un siglo, desde 1099 hasta 1187.

La estatua profética es demolida por el Segundo Advenimiento, en un momento en que la historia pondrá su enfoque otra vez en Europa Occidental. Pensamos, por ende, que Japón y otros “Tigres” asiáticos, exceptuando—quizás—China, fracasarán en su intento de materializar sus optimistas sueños de convertirse en superpotencias a comienzos del nuevo milenio.

II

En noviembre de 1997, estos países empezaron repentinamente a experimentar una reducción drástica y vergonzosa de sus perspectivas sobre el futuro. Cuando el presidente de los EE. UU. se reunió aquel mes con diecisiete jefes de Estado del Lejano Oriente, el *New York Times* comparó su actitud con la que habían tenido en su primera reunión en 1993 y varios años después de aquello: “China, Japón y otras naciones del Cinturón del Pacífico se han pavoneado en sus reuniones anuales, casi arrogantes en su confianza de que la región sería el motor económico del siglo veintiuno y el nuevo centro de poder mundial”. Pero ahora en la ciudad de Vancouver, Canadá, se esperaba que la mayoría estuvieran “casi todas cojeando, heridas por fuerzas económicas globales más allá de su control. . . .”¹

La empresa estadounidense estaba experimentando una expansión extraordinaria. Pero en seis meses después de esa reunión en 1997, la economía y el gobierno de Indonesia colapsaron, Tailandia y Corea del Sur se tambalearon al borde, y las monedas de todos estos

y otros países habían sufrido una devaluación terrible. El 31 de mayo de 1998, el titular de un exhaustivo artículo en el *The New York Times Magazine* anunció “La Liquidación Por Quiebra Empresarial Más Grande Del Mundo”.

Este artículo reveló los secretos de la ahora desacreditada historia del éxito asiático: Las corporaciones no habían estado fundamentadas sobre principios capitalistas, sino en las elites que compraban a los gobernantes políticos y por tanto tenían acceso rápido a préstamos bancarios. Su teneduría de libros eran solamente parciales, reservadas y a veces inexistentes; bienes por valor de miles de millones de dólares estaban siendo comercializados en el extranjero sin lograr ninguna ganancia; a pesar de sus horarios de trabajo más extendidos, la productividad de los trabajadores era baja; y deudas horribles, de la misma manera que un gran tsunami, estaban amenazando a todo el sistema. Un ejemplo de esto fue el imperio financiero Daewoo en Corea del Sur. Este controlaba aproximadamente el 10 por ciento de la economía de ese país, con deudas que igualaban a cinco veces su cotización en el mercado.

Los países del Lejano Oriente, con posiblemente dos excepciones, no están a punto de volverse superpotencias financieras y políticas. Por el contrario, la influencia de la mayoría de los países orientales se ha empequeñecido, con una brusquedad dramática, bajo los violentos ataques de un capitalismo occidental victorioso.

China, es cierto, alrededor del 2005 sorprendió al mundo con su crecimiento excepcional. Sus gobernantes todavía tienen, sin embargo, desalentadores obstáculos que vencer en su intento de volverse una superpotencia en los frentes económico y político. El más importante de estos problemas es cómo equilibrar las aspiraciones de sus *nouveaux* (nuevos) ricos con las escalantes y cada vez más peligrosas demandas de los pobres. Más siniestramente, está consumiendo la materia prima del planeta a una velocidad alarmante. Tiene mucha mano de obra barata, pero Pan Yue, su Ministro de Medio Ambiente, entrevistado por la revista alemana *Der Spiegel*, admitía: “Para producir bienes por un valor de \$10,000, por ejemplo, necesitamos siete veces más recursos que Japón, casi seis veces más que los Estados Unidos y, quizás lo más vergonzoso, casi tres veces más que la India”.

Informando sobre esto, Somini Sengupta y Howard W. French pasan a decir: “Otros se preocupan por la aparente adicción de China a las grandes inversiones, que resultan en grandes desperdicios y descensos cíclicos bruscos, un sistema financiero defectuoso amenazado por una carga enorme de préstamos no redituables, y la corrupción oficial rampante”.² Tales hechos vergonzosos son grandemente ignorados en los medios de comunicación. Demasiado a menudo éstos transmiten datos favorecedores, propagandísticos, preparados y masajeados por fuentes gubernamentales comunistas sin sentido crítico. Éstos con gran sutileza pintan una imagen entusiasta para calmar a su propio pueblo y extraer dinero y experiencia adicionales del resto del mundo—especialmente de América del Norte y Europa Occidental.

La China de hoy nos recuerda a los japoneses de hace una generación: Ingeniosos y asombrosamente expertos en hacer negocios. En su búsqueda de mercados y materias primas, tanto como de pericia internacional, parecen estar recogiendo al mundo entero en la red de su siempre más grande expansionismo comercial. Por ejemplo, ha firmado varios acuerdos con la India, destinada a ser pronto el país más populoso en el planeta. Entre otras cosas, éstos apuntaban a solucionar una prolongada disputa sobre la frontera, en gran parte no señalizada, de 3550 km (2,200 millas) entre los dos estados. En 1962, esto los había conducido a una terrible guerra entre ellos. Pero lo que China más quería era un mercado aún más grande para los artículos asombrosamente baratos con los que estaba inundando al mundo, y beneficiarse de los recientes avances de la India en ciencia y tecnología, especialmente su impresionante Tecnología de la Información (IT). Visitando a su homólogo, el Premier Manmohan Singh, el supremo chino Wen Jiabao, el 10 de abril de 2005 declaró: “Si India y China cooperan en la industria de IT, seremos capaces de liderar al mundo . . . y esto significará el devenir del siglo asiático de la industria de IT”.³

Aunque no subestimamos los logros de estos dos gigantes asiáticos, cada uno de ellos con más de mil millones de habitantes, no estamos completamente convencidos; son demasiados carentes de originalidad y dependientes para su bienestar de otros países. Su recién encontrada prosperidad es alimentada en gran parte por inversiones y pericia de los Estados Unidos y Europa, donde también están sus mercados. China se está convirtiendo en la fábrica, y la India en la oficina, de los capitalistas occidentales—una dependencia peligrosa. Y recordamos cómo reventó la anterior burbuja del oriente asiático. Creemos que a la larga, el centro del poder mundial se quedará donde ha estado durante los últimos siglos: A lo largo del Cinturón del Atlántico, y no en el Cinturón del Pacífico o en el sur de Asia.

Occidente también ha vuelto a adquirir gran influencia sobre los países de tercer mundo. En África, muchos países recientemente independientes, están volviéndose otra vez (por razones económicas) estados vasallos de sus antiguos amos imperiales.

Desde 1989, algunos tiranos renuentes han estado de acuerdo con la realización de elecciones multipartidistas, con consecuencias imprevisibles para sí mismos y para sus países. Kenneth Kaunda, el dictador que había hecho quebrar Zambia, fue uno de estos que consintieron en enfrentar el reto de la opinión pública en la urna electoral. Su pueblo, habiendo sufrido mucho en sus manos, lo desechó inmediatamente. En 1997, algunos de ellos lo agredieron físicamente. En 1999, el gobierno empezó actas para privarlo de su ciudadanía, ¡debido a que había salido a la luz que no era zambiano en lo absoluto sino que había nacido en Malawi!

¿Pero por qué tales países deben pasar por el aro de sus ex amos en Europa o sus amigos estadounidenses? La respuesta es principalmente financiera, incluyendo el chantaje encubierto: Cambie a nuestro sistema y haga cuanto decimos, o no recibirá más dinero de

nosotros. Pero también está el hecho de que el equilibrio de poder militar ahora favorece de manera decisiva a los pueblos que habitan o viven cerca de las orillas del Atlántico Norte.

III

Cada reino en el sueño de Nabucodonosor era mayor que su predecesor. Medo - Persia ocupó más territorio que Babilonia, desde Egipto hasta la India. Después de las conquistas de Alejandro, el mundo griego se extendía desde Gibraltar hasta la India. Roma en cierto momento alcanzó tanto el Tigris como la frontera escocesa, aunque más tarde tuvo que renunciar a Mesopotamia. ¿Y los países occidentales?

Por separado fueron simples fragmentos de su imperio progenitor, pero luego—desde los viajes de descubrimiento del siglo quince en adelante—crecieron y crecieron, pero hacia ultramar, a través de sus posesiones coloniales e imperiales. En cada caso, las partes se volvieron más grandes que el todo del que habían surgido; los dominios de algunos se extendieron sobre territorios más grandes que el Imperio Romano.

Tales fueron las conquistas de los españoles, un imperio “sobre el que el sol nunca se ponía”, un alarde que se apropiaron los británicos más tarde para describirse ellos mismos. Aún las pequeñas Portugal y Bélgica en cierto momento tuvieron enormes posesiones en el extranjero, mucho mayores que sus propios territorios nacionales.

Europa Occidental también ha sido, para bien y para mal, la civilización madre de muchos países en el extranjero que comenzaron siendo sus colonias. Cuando el portugués Bartolomeu Dias navegó alrededor del Cabo de Buena Esperanza en 1488, abriendo la ruta marítima al lejano oriente, y el genovés Colón cuatro años después llegó al Nuevo Mundo, estaban internacionalizando el círculo de influencia de los pies y los dedos de los pies de la estatua.

Pero, pudiera alguien objetar, todos estos imperios ahora han sido abandonado y desaparecido. Eso es verdad, pero solamente desde un punto de vista político. Las banderas extranjeras de los viejos poderes imperiales han sido plegadas y apartadas en prácticamente cada país desde las Indias Orientales hasta el norte de África. Desde un punto de vista cultural, sin embargo, Europa Occidental y sus vástagos coloniales—incluyendo América—han hecho una conquista casi total de la Tierra, con resultados probablemente tan perdurable como los de la antigua Roma. Como cualquier viajero mundial observador puede testificar, la occidentalización del planeta es hoy su hecho simple más sorprendente. “La civilización moderna, encontrada por doquier, ha sido formada por ideas, instituciones, e industrias que se originaron en Europa”.⁴

Christopher Dawson ha puesto esta noción en un contexto histórico interesante. Siguiendo el origen de las naciones europeas, que desde un punto de vista cultural son una comunidad única, se extiende a los pasados tres mil años, a inicios del mundo helénico, y

dice, “En la medida en que pueda decirse que existe una sociedad global o una civilización global, esta es el niño de Europa”.⁵

Esparcida alrededor del mundo hay varias extensiones directas de esa herencia, como Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, América Latina, Canadá y los Estados Unidos. Éstos han dado forma a sociedades distintivas con características suyas propias, pero también retienen multitud de elementos europeos.

IV

En el caso de América, algunos autores han abundado mucho sobre su singularidad como para restar importancia a su deuda con Europa. El más célebre de éstos fue Frederick Jackson Turner. En 1893 defendía “que la frontera occidental (el oeste) era un lugar más importante para buscar instituciones políticas estadounidenses que la Edad Media Europea, y que la cultura estadounidense debía poco a Europa sino que era un producto indígena de una experiencia estadounidense única”.⁶ Hasta la Segunda Guerra Mundial, su teoría dominaba en gran manera los textos de historia en los Estados Unidos, aunque muchas voces críticas lo han contradicho. Una de éstas voces fue Benjamin F. Wright, posteriormente profesor de ciencias políticas en Harvard, quién en 1934 insistía en que “los cimientos, y más, de nuestra democracia fueron traídos en el *Susan Constant* y en el *Mayflower*. Esa democracia no salió de los bosques estadounidenses, a menos que primero fuera llevada allí”.⁷

Sin lugar a dudas. Los Estados Unidos, no menos que sus naciones hermanas Australia y Canadá, no sólo ha añadido muchas características suyas propias, también han conservado la cultura occidental traída por sus padres fundadores, lo que varios autores estadounidenses modernos han reconocido.

Arthur M. Schlesinger, Jr., señala que “el lenguaje de la nueva nación, sus leyes, sus instituciones, sus ideas políticas, su literatura, sus costumbres, sus preceptos, sus oraciones, provinieron principalmente de Gran Bretaña”,⁸ aunque su herencia no ha sido limitada a ese país. En *America as a Civilization* (América Como una Civilización), Max Lerner declara que los fundadores de la nueva república “eran también buenos europeos, ansiosos de tejer en la tela de su nueva empresa cada hebra de esfuerzo europeo”. Pasa a mencionar la parte jugada por las culturas griega y romana, el Renacimiento italiano, la Reforma, e incluso la Revolución Francesa. La arquitectura, los ideales educativos y las controversias teológicas de los Estados Unidos tienen sus orígenes en el viejo continente.⁹ James Baldwin, un negro estadounidense que se mudó a Europa para vivir y escribir, descubrió que esta “era parte de nuestra identidad y parte de nuestra herencia”,¹⁰ en tanto que R. R. Palmer y Joel Colton van tan lejos como para decir que “Estados Unidos . . . es en gran medida una proyección de Europa”.¹¹

Henry Hobhouse hace referencia a ciertos países como *neo-Europas* y llama a los Estados Unidos de América “la Neo-Europa más próspera”,¹² aunque el presidente Nixon algo pintorescamente

lo pone de la manera contraria. Europa, de acuerdo con él, era “una versión más vieja de Estados Unidos”.¹³

En otro lugar mostraremos con relación a una profecía en Apocalipsis que los Estados Unidos están destinados a jugar un papel fundamental en los eventos finales de la historia de nuestro planeta. La estatua de Dan. 2 no trata explícitamente con el Nuevo Mundo, porque es solamente la primera de tales predicciones; y con todo hay más sobre los símbolos de los pies y los diez dedos de los pies de lo que se ve a simple vista.

Desde 1898 y su guerra con España, el destino de Estados Unidos se mezcló con el de otros países, especialmente de Europa. Tanto las dos guerras mundiales como la Guerra Fría testifican ampliamente este hecho, pero también lo hacen las muchas influencias que ingresan a raudales a Estados Unidos con la ininterrumpida marea de nuevos inmigrantes y a causa de las comunicaciones muy mejoradas y los viajes globales.

Durante los últimos cien años, la cultura y la civilización especialmente de Alemania han ejercido una influencia tremenda sobre los Estados Unidos. De ese país, Estados Unidos recibió el automóvil, el cohete de gran altitud y una parte de su experiencia nuclear. Pero también ha habido otros resultados más problemáticos de lo que Allan Bloom llama “La conexión alemana”. Éstos incluyen la adopción a gran escala, desde la Segunda Guerra Mundial, del relativismo de los valores e ideas relacionadas con ello que se originaron en filósofos como Nietzsche (quien dijo, “Dios está muerto”) y Heidegger; en científicos de las ciencias sociales como Freud y Max Weber; e incluso en un poeta comunista como Bertold Brecht. “Nuestro horizonte intelectual se ha visto alterado por los pensadores alemanes de manera aún más radical que nuestro horizonte físico por los arquitectos alemanes”. El efecto ha provocado la aparición de dudas en los valores estadounidenses propios del país y el rechazo a las creencias en una distinción absoluta entre el bien y el mal.¹⁴

Especialmente preocupante para los creyentes en la Biblia ha sido otro producto alemán en gran parte: La teología liberal, ejemplificada por hombres como Rudolf Bultmann—a quien hacemos referencia en el apéndice de este libro.

Mientras que Occidente y sus colonias han estado siempre políticamente divididas, comparten una cultura común, lo que refuerza enormemente su impacto sobre el resto del mundo. Como Dawson comenta tan perspicazmente, hay una Europa, pero no hay una (única) Asia, la que ha estado siempre agudamente diferenciada en cuatro culturas muy diferentes: India con su Hinduismo, el Oriente con su Confucianismo, los países Islámicos y el Norte Mongol.¹⁵ De éstos, el último mencionado ha sido en gran parte absorbido por Rusia, en sí misma un país europeo derivado del viejo Bizancio.

La homogeneidad de Occidente ha facilitado mucho que su estilo de vida y especialmente su tecnología hayan transformado tantos países, incluyendo algunos que nunca fueron sus colonias, como

Japón, Taiwán y Corea del Sur. Incluso China, a pesar de su vieja aversión hacia los “demonios extranjeros” de Occidente, está empezando a ceder ante su canto de sirena.

Relacionado con el creciente círculo de influencia de los pies y dedos de los pies está la expansión del Cristianismo y la cosmovisión que este representa. La concentración más grande de Católicos Romanos ya no se encuentra en Europa sino en Latinoamérica; para el año 2000, aproximadamente la mitad de ellos estaba viviendo allí.¹⁶ El país protestante más importante es los Estados Unidos, en Norteamérica. Prácticamente toda el África subsahariana ha adoptado el Cristianismo, como por ejemplo en Sudáfrica, donde aproximadamente el 80 por ciento de los habitantes afirman practicarlo. Australia y Nueva Zelanda, así como muchas islas del Pacífico, también tienen raíces predominantemente cristianas.

Lo mismo es cierto de algunos países en y cerca de Asia. Las Filipinas son en gran parte católicas, al igual que Timor Oriental, que luchó por mucho tiempo por ser independiente de la Indonesia musulmana. El Cristianismo igual se ha vuelto la religión dominante de Corea del Sur, donde tanto el Budismo como el Chamanismo están disminuyendo. El país está lleno de centros y lugares de adoración protestantes, señalizados con cruces brillando en rojo por las noches. La Yoido Full Gospel Church en Seúl, con 700,000 miembros, es quizás la congregación cristiana más grande en el mundo.

A pesar de la opresión que a menudo sufren, los creyentes en la China Comunista han crecido dramáticamente en medio siglo, desde 1949, de menos de un millón a entre quince y treinta y cinco millones para 1998. Algunos sostienen que hay muchos más cristianos en ese vasto país de 1200 millones personas.¹⁷ El número exacto es desconocido, porque muchos creyentes son miembros de iglesias secretas, ilegales en el país asiático.

V

Pero además de, y por sobre todo esto, Europa Occidental misma está recuperando gran parte de su anterior prominencia. Dos devastadoras guerras mundiales, especialmente la segunda, la despojaron de sus imperios y redujeron su influencia política en el extranjero. Antes de mediados del siglo veinte, parecía haberse dañado de forma irreparable; porque, como lo expresa Bertrand Russell, Europa tiene “tareas comunes que cumplir” y “una guerra entre naciones europeas es en esencia una guerra civil”.¹⁸

Pero esa región se ha recuperado excepcionalmente. Y algo más, dramático y revolucionario, ocurrió el 9 de noviembre de 1989. Aquella noche, una multitud en Berlín Oriental estaba reunida con excitación al lado del infame Muro, que el comunismo había implantado en el corazón de Berlín y de Alemania. Acababan de oír en televisión que su vacilante gobierno marxista de repente estaba permitiendo el viajar libremente a Occidente y exigían por tanto que les dejaran cruzar el Muro.

En el cruce de Bornholmer Strasse, los guardias fronterizos y su superior, el Teniente Coronel Harald Jaeger, estaban en alerta— confundidos e indecisos. No habían recibido órdenes, excepto el evitar el empleo de la fuerza. Durante aproximadamente una hora, el oficial vaciló, agarrando repetidamente su teléfono portátil en espera de las instrucciones finales. No recibiendo ninguna, finalmente abrió de un golpe la puerta del muro. Con júbilo la multitud de berlineses orientales cruzó a borbotones. ¡Y entonces los jóvenes repentinamente comenzaron a destrozar a golpes el aborrecible Muro! Con prisa afiebrada, en grandes tramos lo demolieron irremediablemente.¹⁹ A medida que sus martillos golpeaban con un ruido sordo, la frontera entre las dos Alemania se derrumbaba. Cuando el nuevo día amaneció, la historia del planeta había cambiado su curso. ¿Cómo era esto posible?

La Unión Soviética se había tambaleado, debido a gastos militares excesivos, a la inherente debilidad en su economía marxista y a la presión occidental. Su nuevo jefe, Mijail Gorbachov, determinado a salvar el sueño comunista, tomó pasos cada vez más drásticos: Grandes recortes militares, destrucción del poco rentable imperio de su país en Europa Oriental,²⁰ una mayor democracia en su país, y la perestroika (“reestructuración”). Sin embargo, calculó mal cuando también lanzó una política de glasnost, o libre crítica ilimitada.

Para su consternación, esta fue aprovechada casi de inmediato no tanto para promover las reformas económicas que había esperado, sino por las Repúblicas Bálticas y los muchos de cientos de grupos de diferentes idiomas dentro de la Unión Soviética²¹ para exigir inmediatamente su independencia. Comenzó una incontrolable reacción en cadena.

Primero, en 1989, país tras país en Europa Oriental rompieron con el imperio soviético. Gorbachov no sólo había previsto que esto sucediera, sino que también lo permitió, sin embargo la desaparición del Muro fue una sorpresa desagradable. Como todos los líderes en el Kremlin desde Stalin, había estado “asustado a muerte” por la posibilidad de la reunificación alemana,²² pero terminó vendiendo virtualmente la Alemania Oriental al Canciller Helmut Kohl a cambio de “enorme ayuda técnica y financiera”.²³

También contrario a sus propósitos, las repúblicas de Lituania, Letonia y Estonia se escabulleron de su puño. Entonces, mientras aún estaba puliendo los últimos detalles de un nuevo tratado de la Unión, un frustrado golpe de estado en agosto de 1991, organizado por comunistas partidarios de la línea dura quebrantó su poder. Boris Yeltsin dio un paso al frente y entró en un tanque de guerra en Moscú para enfrentar a los soldados soviéticos enviados para aplastarlo. Estos claudicaron, y después de eso, en su hora más acertada, apareció como el nuevo hombre del destino. Yeltsin, un hombre gran bebedor y algo enfermizo, dominaría los asuntos de su país hasta su retiro el último día del año 1999.

Ya siendo presidente de la Federación Rusa, quitó los grilletos que el Bolchevismo había puesto sobre su pueblo desde 1917. Percatándose de que el partido comunista estaba en rápido declive,

los desplazó y adoptó el nacionalismo como la base de su poder. Esto, sin embargo, implicaba “la creación de un estado eslavo puro”, para lo que era aconsejable librarse de las repúblicas no rusas.²⁴

El pueblo de Yeltsin había temido durante algún tiempo la fermentativa militancia y rápido crecimiento demográfico de sus compatriotas musulmanes. También consideraban a éstos y a algunos otros grupos como un lastre económico, a los que las etnias rusas tenían que mantener. Así que Yeltsin repentinamente concedió la libertad a estas repúblicas, ahora insistentes en abandonar la Unión Soviética. Casi en una noche, llegó a la existencia una Comunidad de diez nuevas naciones a través de un acuerdo firmado en Alma-Ata, la capital de Kasajistán, el 21 de diciembre de 1991.²⁵ Cuatro días después, en lo que para él debe haber sido un amargo Día de Navidad, Mijail Gorbachov se sentó y firmó oficialmente la desaparición tanto de su presidencia como de su país. De repente, la Unión Soviética ya no existía.

Estos acontecimientos tomaron al mundo por sorpresa, confundiendo incluso a los expertos. Uno de éstos era Arkady N. Shevchenko, un Subsecretario General de las Naciones Unidas y un ruso que había desertado a los Estados Unidos. En 1985, cuando Gorbachov estaba lanzando su libro revolucionario Perestroika, Shevchenko escribió: “La Unión Soviética no empezará a rehacerse en una sociedad de libre empresa ni se desintegrará pronto”.²⁶ En 1988 el ex-presidente Nixon también era de esa opinión: “La Unión Soviética no va a colapsar, a pesar de sus enormes defectos y problemas”.²⁷ Pocos meses después, el mismo año que cayó el Muro de Berlín, Roger E. Kanet, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Illinois, en Urbana-Champaign, repitió la idea: “La Unión Soviética no está a punto de colapsar a pesar de las debilidades de su posición externa y su situación interna”.²⁸

Y con todo, como lo expresó tan bellamente el General Colin Powell, la Unión Soviética desapareció de manera inimaginable, “sin pelea, sin una guerra, sin una revolución”, en un golpe de pluma.²⁹ Repentinamente, el vasto tejido de un país transcontinental que se estiraba desde Europa al Pacífico se desenmarañó; gran parte de este simplemente se vino abajo. Esa fuerza horrorosa, que tenía oprimido o amenazada a miles de millones de personas, la segunda superpotencia del planeta y solamente contrapuesta por los Estados Unidos, había desaparecido repentinamente.

Unos meses antes de que esto ocurriera, en junio de 1991, mi esposa Ria y yo estábamos visitando las dos partes de Berlín, la Occidental y la Oriental. Recordatorios e imágenes todavía adornan nuestra casa y mentes: Un fragmento del Muro y una gorra de un piloto soviético, que nos fueron vendidos cerca del Punto de Control Charlie; el trabajo de restauración sobre el Reichstag; la estatua de Lenin erguida a un lado en un jardín de la embajada; y un contingente de soldados del Ejército Rojo en uniformes elegantes y ordenados que dan un paseo a través de la soleada Alexanderplatz camino a la iglesia, ¡cada uno con una Biblia en su mano!

Estos recuerdos se remontan hacia atrás a un día después de

Acción de Gracias en 1999, cuando compramos “*De Rusia con Amor*”. Este CD nombrado irónicamente era una selección de música de Navidad, cantadas maravillosamente por el Coro de Chicos de Moscú, el Coro Estatal Ruso y el Coro del Ejército Rojo. ¿Quién podría haberse imaginado esto una década antes?

VI

Al principio, justo después de que la Unión Soviética se autodestruyera, los Estados Unidos podían gloriarse en ser la única superpotencia mundial en la Tierra, desde un punto de vista económico, militar, e ideológico. Esta ha sido al menos la perspectiva estadounidense predominante, expresada con no poco orgullo y algo de autocomplacencia. Por ejemplo, en 1994 John Bresnan escribió: “Y la única superpotencia en el nuevo orden mundial, los Estados Unidos, no tiene paralelos en su poder”.³⁰

Esto parecía el cumplimiento final del sueño de Henry R. Luce. Influente superpatriota, quien junto a Briton Hadden fundó la revista *Time*, habló y escribió del “Siglo Estadounidense” ya en el lejano año 1941. Luce clamaba que su país debía entrar en la Segunda Guerra Mundial, no sólo para salvar a Gran Bretaña, sino “para establecer el dominio estadounidense en el mundo”. Este sería principalmente un período capitalista, el “siglo de General Motors, Standard Oil, Pan Am—y de las revistas *Time*, *Life* y *Fortune*—atrincherados en Asia y África con la protección del poder militar estadounidense”.³¹

Sin embargo, como apuntara finalmente el antes presidente Richard Nixon en 1990, Europa Occidental no sólo se recuperó de la Segunda Guerra Mundial, sino que por sí misma bastante “rápidamente avanzó hacia el convertirse en una superpotencia económica”.³²

Desde 1991, su adversario (europeo) oriental quedó eliminado en gran parte, cuando la Unión Soviética fue reemplazada por un estado sucesor mucho más débil. La virtual impotencia de Rusia, a pesar de su posesión de armas nucleares, quedaría evidente particularmente cuando el otrora poderoso Ejército Rojo se tambaleaba en una patética lucha de meses contra los rebeldes musulmanes de la pequeña Chechenia entre 1994 y 1996, y luego otra vez entre 1999 y 2009.

También quedó claro que la Guerra Fría había dañado los recursos financieros del amigo transatlántico de Europa Occidental. Estados Unidos había incurrido en un déficit federal de proporciones astronómicas, que para 1996 ascendía a casi cinco billones de dólares. Efectivamente, se había convertido en “la más grande nación deudora en la historia”.³³ Por lo tanto, no podía continuar sosteniendo por sí sola la carga de la supremacía mundial. Tampoco continuó siendo el peso pesado económico que solía ser, habiendo descendido de generar el 40 por ciento del Producto Interno Bruto del mundo durante los cincuenta y los sesenta, a sólo un 20 por ciento treinta años después.³⁴

VII

La influencia en el extranjero requiere no sólo un gasto inmenso en armamentos, sino también generosidad con la élite del poder de los países más pobres. En este renglón Estados Unidos ha sido superado dramáticamente por la Unión Europea (UE), que antes de 1996 estaba dando tres veces más ayuda al desarrollo a países del tercer mundo que los Estados Unidos, unos \$31 mil millones anualmente, en contraste con los \$9 mil millones de los Estados Unidos.³⁵

Durante la era de la Guerra Fría, Estados Unidos lideraba al mundo en este tipo de actividad, pero ahora está siendo ensombrecido por una Europa renaciente.

La potencia militar de una nación o imperio depende, en gran parte, de la tecnología relacionada con la guerra, que hoy en día es extremadamente costosa y del dinero para permitírselo. En 1981, cuando la deuda pública de Estados Unidos alcanzaba un billón de dólares, el entonces presidente Reagan “declaró esa suma ‘incomprensible’ y lo comparaba con una pila de 67 millas (unos 108 kilómetros) de altura de billetes de \$1,000 cada uno”.³⁶ Como ya mencionamos, antes de 1996 esta había aumentado a casi cinco billones. La pila metafórica se habría extendido hacia arriba a más de 330 millas (531 kilómetros) hacia el espacio exterior. Pero a finales de octubre de 2004, sólo dos semanas antes de que la elección presidencial diera un segundo mandato a George W. Bush, este endeudamiento, como consecuencia de las guerras y otros gastos en Afganistán y especialmente en Irak, había ascendido a su techo de préstamos legalmente permitidos de \$7.384 billones. La pila de billetes de \$1,000 se estaba “acercando a las 500 millas (805 kilómetros)”.³⁷

Un punto vital comprendido sólo esporádicamente por el público general es que los Estados Unidos también requieren de la ayuda de recursos humanos para aumentar su eficacia militar. Tanto en su fuerza aérea como en la marina, los Estados Unidos tienen supremacía, a la vez que también posee una superioridad nuclear abrumadora. En tierra, sin embargo, tiene un serio problema. Como George Friedman y Meredith LeBard han señalado, “los EE. UU. terminaron la Guerra Fría con la capacidad de proyectar una fuerza abrumadora hasta la orilla, pero solamente un poder limitado y marginal tierra adentro”. En la guerra convencional, sería incapaz de enfrentarse a los inmensos ejércitos de Eurasia. Aún para igualar los recursos terrestres de Irak en la guerra relámpago de enero de 1991, “tuvo que comprometer todo su poder de combate de tierra. Los EE. UU. no pueden movilizarse continuamente en esta extensión”. Esto lo hace operacionalmente vulnerable.³⁸

Con la segunda Guerra del Golfo, la escasez de recursos humanos se hizo aún peor, cuando el presidente George W. Bush atacó Irak, contra el consejo y por consiguiente sin el apoyo de aliados de la OTAN tan importantes como Alemania y Francia. Antes de junio de 2004, el Pentágono—habiendo movilizado todos sus soldados

disponibles listos—estaba arañando el fondo del barril por más. Se vió obligado a llamar de la *Individual Ready Reserve* a los 5,600 hombres y mujeres ya fuera de servicio quienes pensaban que habían terminado su tiempo de servicio dos años antes.³⁹ Otras tropas fueron reasignadas desde Corea del Sur,⁴⁰ en un momento crítico de las negociaciones con un adversario norcoreano comunista, cuyo ejército fuertemente armado—más de un millón de efectivos—están todavía atrincherados a las puertas de la Zona Desmilitarizada y preparados perpetuamente para un ataque sobre Seúl, pero poseedores ahora también de armas nucleares. Los efectos de reducir la presencia estadounidense, tanto en ese país como en sus vecinos (más notablemente Japón), son imponderables. Pocas personas hablaron de esto, aunque muchos fueron perseguidos por el fantasma de una posible guerra en dos frentes, con Los Angeles y San Francisco como blancos potenciales de bombas atómicas desde el otro lado del Pacífico.

La escasez del recurso humano del ejército es ahora de conocimiento general. El 8 de julio de 2004, un titular en la portada de *The Monitor*, el mayor periódico publicado en McAllen, en la Texas más meridional, gritaba al lector: “Legisladores: Las tropas se han dispersado hasta hacerse muy delgadas”. Relacionaba un dramático informe de Washington, DC: “En una muestra bipartidista de preocupación de que el ejército está trabajando peligrosamente en exceso, los legisladores dijeron el miércoles [7 de julio] que el Pentágono estaba forzando las tropas hasta sus límites y socavando quizás las futuras fuerzas de la nación”. Lo que los preocupaba particularmente con respecto a esto era que el reclutamiento anual de nuevos soldados ya había disminuido.⁴¹

VIII

El problema de tener insuficientes fuerzas terrestres para los conflictos más importantes en ultramar no es nada nuevo, desde que en ambas guerras mundiales los soldados estadounidenses fueron añadidos a los grandes ejércitos aliados de otras naciones. En Corea, después de 1950, una falta de recursos humanos arrebató la victoria de las manos de MacArthur.

Durante la campaña contra Japón, él había maximizado brillantemente las limitadas fuerzas de tierra a su disposición, evitando hábilmente las batallas innecesarias de la infantería. Por ejemplo, después de que sus bombarderos habían neutralizado la peligrosa base de suministros del enemigo en Rabaul, en la isla de Nueva Bretaña, cien mil soldados de infantería japoneses “empezaron a cavar nuevas trincheras y a ponerse sus cinturones de mil puntadas, jurando que pelearían hasta el último hombre cuando vinieran los estadounidenses”. ¡Pero nunca vinieron, absteniéndose de tan costosa confrontación! MacArthur siguió este método donde era apropiado.⁴² Finalmente, a sus ejércitos también se les ahorró el terrible momento decisivo de luchar contra los letales japoneses en sus propias islas (exceptuando Okinawa), cuando las dos bombas

atómicas de Estados Unidos terminaron la guerra repentinamente.

En Corea, sin embargo, ni siquiera la inteligencia de MacArthur pudo asegurar una victoria final, a pesar de su audaz y próspera estratagema de desembarcar las fuerzas de la ONU—principalmente estadounidenses—en las playas de Inchon con sus pilas de barro y estupendas mareas. Como muchos otros, me he sentido inspirado por esta hazaña. Con frecuencia, durante nuestro año en ese país, mi esposa Ria y yo observaríamos fijamente la estatua de MacArthur cerca del Parque de la Libertad, en la colina que domina al puerto.

Al principio el triunfo del gran general parecía completo. Sus soldados barrieron la mayor parte de Corea del Norte, vencedores hasta el río Yalu. Pero entonces grandes hordas del ejército chino empezaron a aglomerarse cruzando la frontera y derrotaron el ejército de MacArthur. En ese momento, los Estados Unidos bajo el presidente Truman enfrentaron una muy desagradable elección: Escalar el conflicto a una guerra nuclear o retirarse. Estados Unidos se conformó con un punto muerto en el trigésimo octavo paralelo. Allí sus tropas, reforzadas por los soldados de la R. C. (República de Corea), han estado acampados durante más de sesenta años en una confrontación, aparentemente interminable, con el norte.

Friedman y LeBard creen que para solucionar el continuado dilema de insuficientes recursos humanos, los Estados Unidos tienen cuatro alternativas estratégicas: La alianza permanente, un sistema imperial, el aislamiento hemisférico y la hegemonía oceánica.

De éstas, la primera parece ser la más viable, especialmente cuando los viejos socios de Estados Unidos al otro lado del Océano Atlántico todavía están disponibles. Kolodziej y Kanet señalan “Los contrarrestadores poderes militar y económico de los Estados Unidos y sus aliados occidentales” fueron esenciales para bloquear el avance soviético, y sigue siendo un hecho de que ningún país tiene la capacidad de establecer el dominio de un sistema occidental en el mundo en vías de desarrollo.⁴³

Europa puede continuar proporcionando fuerzas terrestres adicionales, indispensables para reforzar las de los Estados Unidos—aunque su relación está cambiando, debido al viraje del poder económico al que hemos hecho referencia, la amenaza rusa en disminución y la expansión de la OTAN hacia el este. Los europeos occidentales ya no se contentan con jugar un segundo rol mientras Estados Unidos dirige el curso de los asuntos de mundo; ahora desean igualdad.

El Presidente de Francia, Jacques Chirac, empezó a insistir en esto a comienzos de 1996, diciendo que la OTAN necesitaba renovarse como “un sistema donde Europa pueda tomar una parte igual con los Estados Unidos en las responsabilidades globales”.⁴⁴ Tres años después, en el periodo subsiguiente a la campaña contra Serbia estaba haciendo de esto una demanda más persistente. En su *News Analysis* (Análisis de Noticias) del 15 de junio de 1999, Roger Cohen reconoció que “la guerra de Kosovo había traído cambios radicales al continente europeo, impulsando a Alemania a un papel militar de

liderazgo no visto desde 1945, galvanizando los intentos de forjar una política de defensa europea común y modificando la relación de Europa con los Estados Unidos”. Después de la campaña aérea, realizada en gran parte con armamento estadounidense, treinta y tres mil soldados de ocupación empezaron a entrar a Kosovo; pero solamente siete mil eran de los Estados Unidos.⁴⁵

La UE, con 455 millones de ciudadanos en el 2004, se ha transformado en un mercado que rivaliza ahora con la Asociación de Libre Comercio norteamericana. En su corazón están Francia y Alemania. Desde la Segunda Guerra Mundial, estos dos países han forjado una relación especial con sí. El primero es una potencia nuclear; el último domina más o menos Europa Occidental debido a su fuerza económica.

Desde su reunificación bajo el gobierno de Bismarck en 1870, después de que las fuerzas lideradas por los prusianos propocionaran una derrota aplastante a Francia, contener a Alemania ha preocupado a sus adversarios en Europa y en el extranjero durante más de cien años. Contener, aplastar y reducir ese país a su anterior estado fragmentario exigió al máximo el poder de los imperios franceses, británicos, y rusos así como soviéticos—con ayuda estadounidense—en dos guerras mundiales. Pero cuando amanecía el siglo veintiuno, quedó claro que todos estos esfuerzos habían fallado. Efectivamente, son los imperios opositores mismos los que han desaparecido de Europa, y ahora está en pie una Alemania muy fuerte, sin rival en ese continente.

En 1991, Daniel Burstein defendía que era incluso una superpotencia en su propio derecho, y pensaba que “podía llegar tan lejos como convertirse en el principal poder del mundo”.⁴⁶ ¿Podría esta realmente superar a los Estados Unidos? Eso parece improbable y por el momento debe seguir siendo una especulación. Lo que es real, sin embargo, es que Alemania, ya no opuesta sino apoyada por países como Gran Bretaña, Francia y el Benelux (además de su aliada más vieja, Italia) ya se ha vuelto más fuerte que el Tercer Reich.

Todos esos países y otros están actuando en concierto para crear una Unión Europea aún más grande, para incluir Escandinavia y otros países que solían estar separados. En última instancia pueden aún forjar una relación más íntima con Rusia.

Esto traería consigo un vasto conglomerado de setecientos millones de personas. Tal fue el sueño del último presidente soviético, Gorbachov, probablemente influido por el general de Gaulle. Cuando difícilmente alguien más estaba pensando así, el presidente francés, con visión de futuro, había “estado hablando de Europa ‘desde Calais hasta los Montes Urales’ como la Europa real que una vez había prosperado bajo la protección de la Iglesia Católica y que hizo posible todo en nuestra desvaneciente civilización”.⁴⁷

En el pasado reciente, esta concepción también fue abrigada por el Papa Juan Pablo II: “La joya en el diseño internacional del Papa es una visión utópica de una Europa unida—y re-cristianizada—que se extiende desde el Océano Atlántico hasta los Montes Urales.

“La Fase uno sería poner un final para las divisiones entre Europa Oriental y Occidental. La Fase dos: La reconciliación entre los católicos romanos y los cristianos ortodoxos del Este soviético”.⁴⁸

En tal configuración, el papel de Alemania ahora, que tiene más ciudadanos católicos romanos que protestantes,⁴⁹ pudiera bien ser análogo al que solió jugar varios siglos durante la Edad Media, en la que los dos hombres más fuertes de Occidente eran el Papa y el emperador. El primero generalmente era, aunque no siempre, italiano, el último un alemán. Una situación aún más curiosa se desarrolló el 18 de abril de 2005, cuando los cardenales, en cónclave en el Vaticano, eligieron a José Ratzinger, un bávaro, para que fuera el Papa Benedicto XVI. ¡Tanto él como el Canciller Gerhard Schröder era alemanes!

La asimilación de Alemania Oriental ha probado ser mucho más difícil y costosa de lo que los observadores pensaron que sería, por lo que los escépticos llegaron a la conclusión de que no podría dar resultado. Y con todo la economía de esta región ha pasado por una transformación silenciosa y extraordinaria. Como Paul Kennedy señala, “la reconstrucción aporta un enorme ‘empujón’ de tipo Keynesiano a las compañías de servicios, las firmas de construcción de carreteras y a la fabricación en general”. Esto significa que aún si creó un déficit presupuestario grande, también, a la larga, sería económicamente beneficioso, ya que era resultado del capital adquisitivo mejorado.⁵⁰ En otras palabras, no era sólo un gasto, sino una inversión.

Ya una Alemania poderosamente reunificada está cosechando importantes beneficios. Puede volverse mucho más asertiva, además por encima de su posición actual como compañera dominante en la UE, no sólo económicamente sino también políticamente. En todo caso ya ha ganado dos triunfos de gran importancia.

Primero, jugó un papel clave en convencer a sus renuentes pares para que agrandase la Unión a través de la inclusión, en unos pocos años, de algunos países centro europeos; porque Alemania siempre ha tenido un *Drang nach Osten* (“impulso hacia el este”). Más espectacular ha sido la incorporación de la República Checa, Hungría y Polonia, tres países católicos romanos, a la OTAN.

Segundo, en 1992 Alemania también exigió con éxito el reconocimiento por la UE de la independencia de la Eslovenia y la Croacia católicas, lo que inició un plan para frustrar a la Serbia ortodoxa disolviendo Yugoslavia como país. Reconocer Eslovenia, Croacia y otros nuevos estados en Yugoslavia estaba al principio en oposición a la postura tanto de Gran Bretaña como de los Estados Unidos, así como de Rusia, un aliado tradicional de los serbios. Pero al final la visión alemana prevaleció, aunque esto a costa de un gran precio en derramamiento de sangre, desplazamientos de población y miseria a gran escala.

En octubre de 1999, Yugoslavia estaba en gran parte bajo control alemán, cuando el general Klaus Reinhardt, 58, tomó el comando supremo de K-FOR, las fuerzas de mantenimiento de la paz en

Kosovo controladas por la OTAN, de manos de Sir Mike Jackson, de Gran Bretaña. Desde noviembre de 1996 hasta junio de 1998, Reinhardt había liderado también las Fuerzas de la OTAN en Bosnia. Además, cuando tuvo éxito en Kosovo, conservó el mando de todas las Fuerzas Terrestres Aliadas para Europa Central (Landcent).⁵¹

El 2 de diciembre de 2004, la UE reemplazó a la OTAN en Bosnia Herzegovina, desplegando 7, 000 soldados de EUFOR provenientes de 30 países (incluyendo de algunos estados no miembros como Turquía y Canadá), bajo un nuevo comandante, el Mayor General británico David Leakey. Aproximadamente un 80 por ciento de los soldados eran los mismos que habían servido allí antes. Sólo cambiaron sus insignias de la OTAN por insignias de EUFOR.⁵²

Estados Unidos, presionado por su escasez de soldados, tuvo que retirar la mayor parte de su personal—como lo hizo también de Alemania—para servir en algún otro lugar del mundo, especialmente en Irak.

Desde un punto de vista estratégico, agrandar la OTAN y extender sus operaciones en Yugoslavia eran actividades interrelacionadas. Esto no sólo armonizaba con cómo Alemania y sus aliados veían a Europa; sino que también tiene una asombrosa semejanza con los planes papales, como fue explicado por Malachi Martin, pensador católico y exjesuita: “En el análisis geopolítico de Juan Pablo, Europa, desde el Atlántico hasta los Montes Urales, es un gigantesco sube y baja de poder. Europa, desde el Báltico hasta el Mar Adriático es el centro de ese poder. La batalla del Santo Padre era controlar ese poder”. Martin también llama a la Europa Central desde el Mar Báltico hasta el Mar Adriático “la bisagra del poder”.⁵³

La parte sureña de esa área, habitada por la Yugoslavia serbia, también fue en tiempos remotos la frontera entre los Imperios Romanos Bizantino y Occidental, cuyos descendientes religiosos son la iglesia ortodoxa y el catolicismo latino. Antes de los episodios bosnio y Kosovo de la guerra balcánica, esta también constituía una brecha geográfica que separaba Grecia y Turquía del resto de la OTAN y de los países de la UE.

Estados Unidos no tenía ningún deseo intrínseco de verse involucrado en la devastadora guerra que el reconocimiento de Croacia y Eslovenia desencadenó, pero descubrió que no podía abstenerse indefinidamente de enviar soldados a Bosnia. Posteriormente también condujo una campaña aérea OTAN-USA contra Serbia, cuando esta trató de aplastar la insurrección albanesa en su provincia de Kosovo.

En ambos casos la participación estadounidense se justificó con un argumento moral: Prevenir el genocidio a manos de los serbios, aunque las personas responsables de tomar decisiones y la mayor parte de los medios de comunicación hicieron caso omiso de la despiadada limpieza étnica realizada por su aliado Franjo Tudjman, el dictador croata, contra los serbios. Él era un monstruo humano a la par de Milošević, pero la televisión de los EE. UU. y la mayoría de los periódicos casi nunca lo mencionaron. El objetivo real de la UE

en Yugoslavia era anular las aspiraciones serbias y ocupar la bisagra del poder. Esto ha provocado la posterior expansión hacia el este de las influencias occidentales y católicas, un objetivo que alemanes, austriacos y el Vaticano han estado persiguiendo por más de uno siglo.

¿Pero por qué los Estados Unidos se involucrarían en lo que parecía ser de incumbencia exclusivamente europea? Parte de la respuesta es que de no hacerlo habría puesto en peligro la supervivencia de la OTAN, cuyas fuerzas terrestres Estados Unidos necesita para futuros conflictos en otros lugares del mundo.

Estos eventos han señalado un cambio de poderes que favorece a Alemania como árbitro de los asuntos europeos, con implicaciones trascendentales para el futuro.

IX

Sin embargo, hay una grave objeción para el escenario de una Europa totalmente unida, incluyendo a todos sus países occidentales. Entra en contradicción con la profecía a la que ya hemos hecho referencia: “. . . No se unirán el uno con el otro” (Dan. 2:43, RVa). De acuerdo con esto, el sueño geo-religioso del Papa no puede realizarse completamente, porque las setecientas millones de personas que habitan el viejo continente, desde el Atlántico hasta los Montes Urales, nunca serán uno. Tampoco Europa Occidental será unificada.

No siendo profetas nosotros mismos, no sabemos exactamente qué va a ocurrir, aunque el poder e influencia de Europa Occidental se están restableciendo a una extensión asombrosa. Aún así, con base en la predicción divina hecha hace 2,600 años, aseveramos con fiabilidad que el antiguo Imperio Romano nunca será restaurado, aunque algunos intérpretes de profecías insisten en una opinión contraria.

De éstos hacemos mención a Wim Malgo,⁵⁴ quien piensa que debe ser resucitado como el reinado del Anticristo, y David Hunt, que tiene una visión similar pero afirma que este imperio llegará a incluir al mundo entero.⁵⁵

Acercándose el final del año 2000, ya había señales de que el ideal de unificación total de Europa podría verse pronto frustrado.

Una potente mezcla de nacionalismo étnico y dudas financieras ya han provocado que los daneses, a través de un referéndum, mantengan su sistema monetario tradicional y rechacen el euro, que no estaba yendo bien en los mercados internacionales. Cinco años antes Helmut Kohl, el ex canciller alemán, veía en la adopción de esta moneda común el instrumento para integrar irreversiblemente Europa Occidental. Este punto de vista es reconocido en todos esos países, como quedó claro de una fotografía en el *New York Times* del 30 de septiembre de 2000. Mostraba un manifestante danés en Copenhague celebrando la negativa de su país hacia el euro pisoteando la bandera de la UE.⁵⁶

El ejemplo de Dinamarca puede ser seguido por Suecia y el Reino

Unido, que todavía están aferrándose a su corona y libra esterlina respectivamente. Lo que Gran Bretaña determine al final con toda probabilidad será particularmente influyente. Durante los últimos siglos, ese país ha tratado de limitar su participación con el continente más allá del canal, prefiriendo sus enlaces con otros países de habla inglesa alrededor del mundo, especialmente Estados Unidos. El sueño pan-europeo podría ser hecho fracasar mortalmente si los británicos también ceden ante el euro-escepticismo.

Otro centro de problemas en la aprobación de una constitución. Antes de 2004, ésto se ha agravado por las ampliaciones de la UE para incluir a no menos de veinticinco países. Esto hace que alcanzar un consenso sea difícil. Un punto pegajoso es un desacuerdo sobre adoptar una estipulación, muy favorecida por el Vaticano, para enfatizar el carácter cristiano de Europa, que es en gran parte católica. Potencialmente este pondría una barrera a la admisión de la Turquía musulmana, un país de la OTAN. Otro es la demanda de algunos estados de que se les permita conservar sus derechos a veto en áreas que afectan su soberanía.

El 18 de junio de 2004, la cadena de noticias BBC informó que los jefes de estado de los países de la UE habían estado de acuerdo con una “constitución histórica”, expresada en un tratado de compromiso. El Primer Ministro británico, Tony Blair estaba particularmente complacido. Dijo que esta “había satisfecho las demandas del R. U. de mantener su derecho a veto en asuntos como la política económica, la defensa y las relaciones internacionales”. De acuerdo con él, esto “pavimentó el terreno para una Europa flexible de *estados nacionales fuertes* cooperando juntos” (énfasis añadido). Este tratado todavía tendría que ser ratificado democráticamente por los pueblos de todas las veinticinco naciones “en sus parlamentos nacionales o a través de referéndums públicos”.⁵⁷

La Constitución de compromiso acordada estaba lejos de crear un verdadero Estados Unidos de Europa. La parte occidental de ese continente sigue siendo un tapiz de naciones fuertes y soberanas, pero no unificadas, que cooperan, especialmente en el campo económico. Continúa siendo en gran parte, como mismo empezó, un Mercado Común.

Pero todavía recibió un serio, quizás fatal golpe el 29 de mayo de 2005 de uno de sus miembros fundadores. En un referéndum, el pueblo de Francia rechazó la nueva Constitución, aunque moderadamente, con una mayoría de casi el 55 por ciento. Debido a una tasa de desempleo de más del 10 por ciento, su preocupación era en gran parte económica; entre otras cosas temían a la competencia de los artesanos de Europa Oriental, preparados para trabajar por sueldos inferiores, así como por la globalización. Pero también había otras razones para decir “no”. Una era la aversión a tener demasiados extranjeros, especialmente musulmanes. Se opusieron a la planificada admisión de Turquía en la Unión. Fuerte, también, era un deseo ferviente de mantener la soberanía de Francia, que teme a la dominación anglosajona, a través del capitalismo de libre comercio así como a la potencia militar estadounidense. Un día antes del

voto, un manifestante gritaba a voz en cuello, “¡No a Bush, no a la OTAN, no al tratado, sí a la paz!”⁵⁸ Él y otros como él estaban evidentemente deseosos de vengar los muchos insultos contra todo lo francés, que emanaron del otro lado del Atlántico, cuando su país se negó a apoyar la decisión estadounidense de atacar Irak por supuestamente poseer armas de destrucción masiva.

Algunos días después, el 1 de junio, los holandeses en su referéndum también dijeron “No”, aún más rotudamente. Esta vez, la mayoría negativa era de casi el 62 por ciento. Las razones no eran todas las mismas, aunque en muchos sentidos coincidían con las de los franceses. La mayoría de las personas en Holanda descargó su cólera porque su prosperidad ya se había visto minada por el euro, con un poder adquisitivo inferior al de su confiable florín. Se dieron cuenta muy bien que la admisión en la comunidad de diez países pobres más de Europa Oriental el 1 de mayo de 2004 podía inundar el Occidente con personas deseosas de trabajar por sueldos mínimos. Si éstos y los turcos musulmanes podían viajar libremente a los Países Bajos, podían arrastrar al abismo el alto nivel de vida que los holandeses habían disfrutado cuando la vieja y más pequeña Unidad Económica todavía estaba en funciones. No querían ver disminuido el papel de su país en tal conglomerado expandido, con una pérdida de la soberanía nacional y de la identidad cultural.⁵⁹

Hubo otro rechazo por parte de uno de los seis países originales que habían fundado la Comunidad de Carbón y Acero Europea en abril de 1951, que condujo al Tratado de Roma en marzo de 1957, lanzando la Comunidad Económica Europea. Además de Francia y Holanda, los otros cuatro signatarios fueron Bélgica, Luxemburgo, Alemania, e Italia.⁶⁰

Richard Bernstein sostiene que los votos de “no” en Europa reflejan cólera hacia la élite política—como la de Alemania, Francia, e Italia—cuyas agendas chocan con los deseos del pueblo común. Estos líderes todos dicen “que las dolorosas reformas económicas del libre mercado son el único sendero hacia el rejuvenecimiento, más empleos y mejores futuros”. Pero “los pueblos, que han llegado a igualar la idea de una Europa ampliada con un desafío a la protección social ‘desde la cuna a la tumba’, están dando la misma respuesta: No creemos en ustedes”.⁶¹ Ellos también observan que los supranacionales son frecuentemente personas ricas o muy adineradas que pueden beneficiarse convenientemente de los nuevos arreglos.

Bernstein piensa que las personas que dicen “no” están equivocadas. Y con todo su argumento básico está llamando la atención, al menos para ellos. Si pueden quitar de sobre sus hombros la carga económica de subvencionar a los países más pobres en la Comunidad Europea, especialmente en el Este, pueden tener más para sí mismos, especialmente si añaden a esto algo de proteccionismo contra la competencia exterior de China y de los Estados Unidos. Pueden entonces continuar protegiendo a su clase obrera y subvencionando su comunidad agrícola, como solían hacer en el pasado.

En una cumbre de la UE que terminó el 18 de junio de 2005, sus

líderes decidieron posponer todo intento posterior de ratificar la Constitución, abandonando su plazo original de hasta el 2006. Una conmoción adicional, sin embargo, fue el fracaso de llegar a un acuerdo sobre el presupuesto de siete años programado para entrar en vigor en 2007. Las “conversaciones fracasaron debido a una amarga brecha entre el R. U. y Francia”, que el presidente, Jean Claude Juncker de Luxemburgo, sin vacilar llamó “una profunda crisis”.⁶² Jacques Chirac “requería que Gran Bretaña renunciara a parte del reembolso de miles de millones de dólares anuales que ha recibido de la Unión Europea durante más de dos décadas”. Pero Tony Blair se negó a hacer esto, “a menos que hubiera un recorte correspondiente en los subsidios agrícolas pagados por la Unión Europea. Francia recibe aproximadamente \$13 mil millones en subsidios agrícolas anuales, más que cualquier otro miembro”. También involucrada en esta diatriba en que se enzarzaron ambas cabezas de gobierno estaba la ayuda financiera que había sido anunciada para los diez nuevos estados miembros de la UE en Europa Central y Oriental. Chirac tenía el respaldo de Alemania en Gerhard Schröder. Este último hizo referencia a “‘la terquedad’ de Gran Bretaña y de Holanda, y acusó en particular a Gran Bretaña de ‘no ayudar a los nuevos países’”.⁶³

Cualquier esfuerzo futuro que pueda hacerse, es improbable que sea viable en la comunidad expandida. Su flamante Constitución es, pensamos, ya anticuada, como lo es el sueño papal de una Europa unida abarcando desde el Atlántico hasta los Montes Urales. Nunca habrá unos Estados Unidos en esa parte del mundo. Otra vez será como cuando el joven cautivo hebreo dijo a Nabucodonosor hace veinticinco siglos, “no se unirán el uno con el otro” (Dan. 2:43, RVA).

X

Este tema tiene graves implicaciones para la teoría futurista de que la tierra será unificada bajo un único gobierno, confabulado con el Anticristo. No tiene, creemos, ningún apoyo bíblico para esta idea. Las Escrituras dicen que Europa Occidental no se volverá a unir. Si es así, ¿cómo puede llegar a existir un gobierno planetario?

Indudablemente hay profecías que muestran que casi todos seguirán y aún venerarán a la bestia (Apocalipsis 13:3, 8), pero esto no justifica la idea de un gobierno mundial. Por el contrario, la Biblia nos dice que justo antes de y en la Segunda Venida todavía habrá tres poderes distintos aunque aliados dispuestos contra el Señor: El dragón, la bestia y el falso profeta.

Para obtener cooperación internacional espíritus demoníacos, que representan a cada uno de éstos, “van a los reyes de todo el mundo, para reunirlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apoc. 16:14). Más adelante, vemos “a la bestia, y a los reyes de la tierra con sus ejércitos, reunidos para combatir” al retornante Cristo (19:19). Están aliados en oposición al Señor, temporalmente unidos para un propósito común, pero permanecen diferenciados. Las palabras reyes y ejércitos muestran que habrá

una pluralidad de naciones soberanas hasta el final del mundo.

Sin embargo, incluso con su configuración actual, Europa Occidental posiblemente podría, como piensa Daniel Burstein, volverse otra vez “el más grande poder del mundo; el centro de la riqueza, la prosperidad y el aprendizaje mundiales; el influenciador de eventos a lo lejos y a todo lo ancho, desde Asia hasta los Estados Unidos—justo como era antes de 1914”.⁶⁴ Es, después de todo, la civilización madre del Mundo Occidental.

Solamente el tiempo dirá si este razonamiento es correcto. Quizás el respectivo poderío económico y militar de Estados Unidos y Europa no cambiará; pero en última instancia el Anticristo, entronizado al Este del Atlántico, disfrutará de apoyo internacional. Sus aliados incluirán no sólo las naciones de la vieja y tradicional Europa, sino también aquellas de las neo-Europas, especialmente los Estados Unidos.

Nota: Después de que este capítulo fuera primero escrito, la Gran Recesión de 2008 y otros desarrollos impactaron la economía mundial. Por consiguiente, hemos echado una nueva mirada a la Unión Europea, la que creemos que está ahora en crisis, aunque aún es oscuro lo que depara el futuro.

6 Un Rey Rebelde

I

Las personas a menudo tienen reconsideraciones, y así lo hizo el Rey Nabucodonosor. Abrumado por la asombrosa capacidad de Daniel de decirle exactamente lo que había soñado, y por la explicación profética, confesó: “Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios . . .” (Dan. 2:47). Luego hizo del joven su Primer Ministro, y también nombró a los tres compañeros de Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego, para que administraran la provincia de Babilonia.

Pero, dadas las consecuencias, Nabucodonosor ya no estaba tan feliz por ese sueño. Es verdad que fue estupendo oír que él era la cabeza de oro, pero la trampa era que *después* de él otro reino surgiría para reemplazar a Babilonia como superpotencia. Sus obras no durarían mucho tiempo, lo que era muy decepcionante.

También había otros problemas. Más serio era el potencial del sueño de restar fuerzas a su posición política. Daniel había dado la interpretación en público, así que a duras penas podría ser mantenido confidencial. Otras personas en la corte y en Babilonia se sintieron limitados al haber encontrado muy preocupante oír que después de Nabucodonosor podrían ser sometidos a dominación extranjera. Esto indudablemente habría consternado a sus herederos potenciales. Indudablemente hubo muchas especulaciones sobre la identidad del próximo reino; y un candidato probable estaba evidentemente disponible, concretamente los medos, cuyo imperio se había levantado al Oriente.

Como explica C. W Ceram, fue en una alianza con estos pueblos que los babilonios derrotaron al último rey asirio, Sin-shar-ishkun (627-12 a.C.).

Su capital, Nínive, fue consumida por las llamas. El padre de Nabucodonosor, el general caldeo Nabopolasar, había traicionado a su jefe supremo asirio.¹ Por ayudar a derrocarlo, fue recompensado con grandes partes del reino de su amo, incluyendo la parte baja de Mesopotamia. Esto preparó el terreno para que su hijo guerrero creara un inmenso imperio que se extendió desde el Golfo Pérsico hasta el Mediterráneo.

Pero los medos, cuya ciudad capital era Ecbatana,² también poseían vastos territorios, y eran de hecho para ser temidos. Incluso algunos de sus pueblos súbditos, como los persas, eran formidables.

Es cierto que por el momento había buenas relaciones entre ellos y Babilonia. De hecho, la reina de Nabucodonosor, Amitis, era la hija de Astiages, el rey de Media. Para complacerla, Nabucodonosor construyó los espléndidos jardines colgantes, una de las siete maravilla del mundo antiguo,³ “supuestamente para calmar su nostalgia por las colinas de Media”.⁴

El rey neobabilónico no podía saber que dentro de algunos años Astiages sería vencido y privado de su imperio por su nieto persa

Ciro, quien resultaba también ser sobrino de Nabucodonosor. Aún así, los medos eran rivales potenciales, y sólo podían haber sido animados por los rumores desde Babilonia sobre una revelación divina que indicaba que estaban quizás destinados a gobernar la región después de la muerte de Nabucodonosor. La idea podía ser solamente mala para la moral y promover la traición por medio de oportunistas propensos a negociar con potencias extranjeras.

Tales factores ciertamente presionaban de manera considerable sobre el rey.

También estaba el problema de deslealtad a Marduk, el dios principal del imperio babilónico. Las personas en la capital lo consideraban el “señor de los dioses del cielo y de la tierra, rey de todos los dioses y los reyes y señor de todos los señores”.⁵ Pero el sueño contradecía esta creencia. Y encima de todo, Nabucodonosor había aclamado a la deidad *hebrea* en palabras que prácticamente parafraseaban esta fórmula: “Dios de dioses, y Señor de los reyes” (Dan. 2:47).

Desde un punto de vista meramente humano, esto debe haber sido de lo más inapropiado para la posición de Nabucodonosor. Los gobernantes babilónicos recibían supuestamente su monarquía de Bel (a saber, Marduk), y eran coronados por sus sacerdotes. Éstos ejercían gran poder y vivían bajo el zigurat Etemenanki, o Torre de Babel, que había sido reconstruido por Nabopolasar y el mismo Nabucodonosor.

Los recintos del atrio a su alrededor eran “una especie de Vaticano babilónico”.⁶ Ceremonias anuales reafirmaban que el rey estaba obligado al dios que le había dado su poder. “Nabucodonosor incluso había convertido la calle principal de Babilonia en la vía pública más magnífica del mundo antiguo, más grande que cualquier vía romana, más grande quizás que cualquier avenida de tiempos modernos, si el esplendor no es medido por su longitud. La función principal de la calle no era acomodar el tráfico diario, sino servir como ruta de la procesión dedicada al gran Señor Marduk, cuando era adorado por toda la población de la ciudad, incluyendo a Nabucodonosor, en la Torre de Babel”.⁷

¡Pero ahora el rey había aceptado una declaración hecha por un prisionero de guerra judío de que su soberanía era obsequio de una desconocida deidad palestina, Yahweh, “el Dios del cielo”, y no Marduk!

Esto golpeaba la misma raíz del poder sacerdotal y tenía grandes implicaciones para la cosmovisión babilónica. Lo que era más pertinente es que su confesión lo dejó en posición lábil a la acusación de herejía, lo que significaba que quizás podía ser derrocado. O asesinado.

Grande era el prestigio de Marduk. Incluso los gobernantes no babilónicos creían que la monarquía era su don. Éstos habían incluido a los asirios, cuyo imperio precedió al de Nabucodonosor. Babilonia era un centro religioso, donde incluso los reyes en Nínive consideraban sabio asistir a una ceremonia de toma de posesión. Aún desde que Senaquerib había sido asesinado por sus hijos

aproximadamente setenta y cinco años antes de la entronización de Nabucodonosor, los sacerdotes usaron este hecho para fortalecer su posición. Dijeron que esto ocurrió porque el emperador asirio no se había sometido a Marduk.⁸

La historia posterior también muestra cuán peligroso era descuidar a Marduk a favor de alguna otra divinidad. No muchos años después de Nabucodonosor, Nabónido (556-539 a.C.), el último rey babilónico, estaba en gran desfavor por preferir al dios lunar Sin.⁹ En su época, Gobrias (un gobernador babilónico) unió fuerzas con Ciro el Grande. Fue este traidor quien marchó con sus propios soldados y parte del ejército persa hacia Babilonia, sin oposición.¹⁰

En ese momento, Ciro se hizo a sí mismo amo de la ciudad, la que casi no ofreció resistencia; posó como la persona señalada por Marduk, a quien adoraba diariamente.¹¹

Nabucodonosor tenía buenas razones para estar preocupado, percatándose (dos milenios antes de que un personaje del inimitable Shakespeare lo dijera) cuán “incómoda yace la cabeza que lleva una corona”.¹²

Nabucodonosor también había sufrido serios contratiempos.

En 601 a.C., los egipcios bajo el gobierno del faraón Neco derrotaron su ejército tan contundentemente que el año siguiente no pudo realizar otra campaña; tuvo que permanecer en casa, reconstruyendo sus ejércitos. Mientras tanto, las pequeñas naciones en la costa oriental del Mediterráneo, incluyendo Judea, con regocijo se habían librado de su yugo y se habían unido al enemigo.¹³

Algunos años después, Nabucodonosor recuperó el control, tomando Jerusalén una segunda vez el 16 de marzo de 597 a.C. Sus soldados capturaron a Joaqueim, a quien deportó a Babilonia, con muchas otras personas, incluyendo la élite militar, religiosa y tecnológica. Entonces Nabucodonosor instaló un rey marioneta, Sedequías, para asegurar la lealtad de los judíos. (2 Reyes 25: 11-21)

Pero la leyenda de la invencibilidad del emperador ya se había desvanecido, y su próximo desafío fue una rebelión en casa. De acuerdo con una tableta de arcilla, traducida y publicada en 1956, un serio motín estalló en el ejército babilónico en diciembre de 594 a.C.,¹⁴ que él aplastó.

La situación era obviamente peligrosa, y se había hecho consciente de las intrigas sacerdotales en el trasfondo; así que Nabucodonosor se dio cuenta de que tenía que hacer algo para parar la putrefacción. Decidió poner una estatua de sí mismo, en oposición a la que había visto en su sueño, con una diferencia dramática. No solamente la cabeza de su imagen estaría hecha del oro; cada parte de esta constaría de ese metal noble.¹⁵

Los artistas de Nabucodonosor crearon en consecuencia una deslumbrante estatua de oro y la levantaron en la llanura de Dura, en alguna parte en la provincia de Babilonia. Esta se destacaba con sus sesenta codos (casi 30 m o 100 pies) de altura por sobre la tierra (Dan. 3:1). Esto probablemente incluía el pedestal. Aún así, todavía era inmensa.

Ordenó a todos los dignatarios más importantes del imperio que

asistieran a su inauguración. A una señal musical de la orquesta real, tendrían que postrarse y adorar la estatua, reafirmando su lealtad al rey y a Babilonia. Cualquier falla en ejecutar esto sería considerada traición e incurriría en la inmediata muerte en el fiero horno, cerca de donde Nabucodonosor estaría sentado.

La convocatoria a comparencia no era un asunto local, meramente mesopotámico. Incluía “a todos los gobernantes de las provincias” (vers. 2), desde lugares tan lejanos como el mediterráneo occidental, a más de mil millas de la capital. Sabemos de la visita a Babilonia de al menos uno de éstos: Sedequías de Judea, el virrey de Nabucodonosor recientemente nombrado en ese difícil país. Sedequías hizo este viaje en su cuarto año (Jer. 51:59). La fecha era 594/93 a.C.¹⁶

Esto fue aparentemente justo después del motín ya mencionado. No es por lo tanto descabellado ver una conexión entre estos dos eventos, y fechar el episodio de la estatua de oro por ellos. Esto fue aproximadamente diez años después del sueño sobrenatural de Nabucodonosor.

Lo que ocurrió en la llanura de Dura ha sido a menudo contado y ha fascinado a generaciones de creyentes en la protección de Dios. La dramática historia está completamente registrada en el tercer capítulo de Daniel, que sugerimos que lea por usted mismo.

Los altos funcionarios incluían a los amigos más íntimos de Daniel: Shadrac, Mesac y Abednego. Bajo el rey, gobernaban la provincia más importante en el imperio, la misma Babilonia. Estaban entre los notables que tuvieron que asistir, y estaban en problemas; porque la orden de Nabucodonosor entraba en contradicción con su religión. El segundo de los Diez Mandamientos claramente prohíbe postrarse y adorar cualquier imagen hecha por manos humanas.

Pronto los músicos golpearon su tonada. Toda la asamblea de funcionarios hizo como se les había mandado y se postraron, rebajándose inmediatamente hasta el polvo. Uno de estos hombres probablemente fue el rey judío, Sedequías. Él también sabía muy bien que la Ley de Dios prohíbe la idolatría, pero era un debilucho, con muy pocos principios.

Todas estas personas importantes adoraron la estatua de oro sin retraso, todos ellos, eso sí, a excepción de Sadrac, Mesac y Abednego. Fueron inmediatamente avistados y se alertó sobre ello a Nabucodonosor, indudablemente con gran satisfacción, por enemigos resentidos hacia estos extranjeros que habían sido ascendidos por sobre ellos.

El rey estaba furioso. Los tres renuentes eran, sin embargo, personas importantes y habían probado ser excelentes gobernadores. No eran fácilmente reemplazables, así que Nabucodonosor decidió darles otra oportunidad; pero todavía se negaban.

Su abierta insubordinación lo puso aún más enfadado. Ordenó que fueran atados y que el horno fuera puesto siete veces más caliente. En cuanto estuviera listo, serían lanzados adentro. Ellos tuvieron que esperar y mirar, sabiendo muy bien que no había

garantía de que su Dios los liberaría. El burlesco desafío de Nabucodonosor todavía resonante en sus oídos: “¿Y qué dios será aquel que os libre de mis manos?” (Dan. 3:15).

Entonces manos fuertes los agarraron y los alzaron, después de lo cual soldados musculosos los llevaron hacia el horno. Tan grande era su calor que mató a estos captores en el mismo acto de empujar a los tres hebreos hacia el fuego.

Momentos después el rey saltó desde su trono con asombro. “¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?” preguntó retóricamente. “Es verdad, oh rey. “, respondieron sus consejeros. Pero con asombro replicó: “He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses” (vers. 24-25).

Ésta fue la Persona divina que después de su encarnación llegaría a ser conocida como Jesucristo. Por supuesto, estos eventos ocurrieron más de quinientos años antes de su nacimiento en Belén; pero en su divinidad ha existido siempre. Ahora vino a confortar a los hijos afligidos de Dios en el fuego y ayudarlos cuando todos los demás parecían estar contra ellos.

Con asombro, Nabucodonosor se apuró a ir tan cerca de la entrada del horno como el punzante calor se lo permitió. Pronto ordenó a los tres hebreos que salieran.

Esto hicieron ellos, aunque deben haberse sentido renuentes a dejar atrás a su maravilloso compañero. Una multitud de excitados VIPs los empujó, revisándolos atentamente. El rey, al igual que sus funcionarios, estaba asombrado. Encontraron que ningún pelo en estos hombres se había chamuscado. Ninguna parte de su ropa se había quemado. ¡Ni siquiera olían a fuego!

En su reacción, Nabucodonosor emitió un decreto muy estricto de imponer una pena de muerte cruel sobre aquel que se atreviera a hablar insultantemente del Dios hebreo. Esto no quiere decir que estuviera abandonando el servicio de Marduk o de las otras deidades babilónicas en ese momento, pero reconoció que Aquel a quien los judíos adoraban era alguien muy especial.

La fidelidad de Sadrac, Mesac y Abednego fue vindicada, y la inauguración de la estatua resultó ser un fiasco.

II

Generalmente esta historia es contada para demostrar cómo el Todopoderoso puede intervenir para salvar a sus hijos perseguidos, y presentar a estos tres hombres como los ejemplos más admirables. Esta es, por supuesto, una interpretación válida, pero no va suficientemente profundo.

El punto principal de los eventos descritos es lo que Nabucodonosor estaba tratando de hacer con su imagen dorada. Quería repudiar la otra estatua que había visto en su sueño haciendo una declaración muy evidente: Su imperio estaba allí para quedarse y nadie lo reemplazaría. La Dorada Babilonia no sería sucedida por una Media de plata, o por nadie más. Al mismo tiempo, la nueva

estatua rechazaba a Yahveh, la deidad extranjera, a favor de los dioses tradicionales, cuyo servicio estaba evidentemente involucrado en su adoración.

Este hecho es mencionado tres veces: Primero por los enemigos de los tres judíos (vers. 12), luego por el rey (vers. 14) y finalmente por Sadrac, Mesac y Abednego mismos, cuando dijeron: “No serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (vers. 18).

La Biblia no dice qué representaba la estatua. Algunos han supuesto que era una imagen de Nabucodonosor mismo, pero esto es más bien improbable. No hay pruebas de que él se considerara divino o que exigiera adoración a su persona. Él y todos los demás sabían que no era inmortal; pues, como Lewis Mumford señala, “en Mesopotamia el rey no era un dios”.¹⁷

La estatua toda de oro simbolizaba algo que supuestamente duraría para siempre, a saber el imperio mismo. Pero Babilonia era en sí una entidad algo abstracta para la adoración. Los ancianos preferían deidades más concretas. Ese era todo el punto de la idolatría, pues encontraban la idea de un Dios invisible (como el adorado por los judíos) un poco difícil y no de su gusto.

Probablemente la estatua representaba a Babilonia a través de uno de sus dioses. Para este propósito Marduk, el jefe de su panteón, salta a la mente como la opción obvia. Después de todo, el sueño del rey, como fuera interpretado por Daniel, era un repudio de todo lo que Nabucodonosor había defendido, y una herejía, desde la perspectiva de los babilonios.

Si es así, la adoración de la estatua equivaldría a la siguiente declaración: “Es sin dudas Marduk, el dios de dioses y dios de reyes, el que ha dado la soberanía a Nabucodonosor y ha hecho grande a Babilonia, para siempre”.

Esto es, por supuesto, una deducción sin pruebas bíblicas; pero aún así hay al menos soporte circunstancial para ello.

Herodoto, el antiguo historiador griego, visitó Babilonia aproximadamente 150 años después de estos eventos, a saber, en 458 a.C. Mientras una nueva potencia mundial, el imperio medoperso, había aparecido; pero la Torre de Babel, espléndidamente reconstruida, todavía estaba en pie, como en tiempos de Nabucodonosor, para honrar a Marduk. Su planta inferior “alojaba al dios en una semejanza mitad de animal, mitad de ser humano, hecha de oro puro, sentado sobre un trono al lado de una mesa grande de oro puro y con un escabel de las mismas cosas preciosas. De acuerdo con la descripción encontrada en Herodoto, el peso total de la estatua y sus accesorios ascendía a 800 talentos, 800 talentos de oro puro . . . aproximadamente unos 23,700 kilogramos, o 26.07 toneladas. ¡De oro puro!”¹⁸

Algo similar, pero aparentemente a una escala todavía más ambiciosa, estuvo una vez en pie en la llanura de Dura ese día bajo un sol despiadado, cuando Nabucodonosor y todos sus máximos funcionarios se reunieron para desafiar al Dios del cielo y sus profecías, y sus tres siervos fueron lanzados al horno recalentado.

III

Luego está la pregunta que ha atormentado a generaciones de lectores de la Biblia: ¿Dónde estaba Daniel cuando estas cosas estaban ocurriendo?

Posiblemente él, como Primer Ministro, tuvo que sentarse con el rey y mirar cómo el sueño enviado del cielo era desafiado. Nabucodonosor podría haber mirado hacia delante con deleite para desconcierto del hebreo.

La construcción de la imagen no pudo haberse librado de la atención del profeta, ni tampoco Nabucodonosor podía ser inconsciente de su desaprobación. Daniel pudo incluso haberse quejado con el rey. Este pudo haber replicado: “Sólo espera y verás. ¡Ya te lo mostraré!”

Si así es cómo ocurrió, Daniel habría presenciado personalmente los asombrosos eventos a los que hemos hecho referencia y que posteriormente registró tan gráficamente, pero escapó a la necesidad de postrarse ante la estatua porque no estaba en la llanura sino en frente, con Nabucodonosor.

Por otro lado, podría haber estado ausente por disposición real, para ahorrarse el rey una posible vergüenza, porque este temía que la presencia del profeta pudiera incitar una reacción del Dios de los hebreos.

Pero el Señor intervino a pesar de todo. No sólo fueron sus fieles tratados vilmente, sino que el verdadero Dios también estaba siendo desafiado públicamente por la máxima súperpotencia en la Tierra. Así había ocurrido en la Torre de Babel, tantas generaciones antes; y ahora (en la misma región geográfica en términos generales) estaba ocurriendo otra vez. El retador era el más grande rey vivo, el hombre que había reconstruido Etemenanki para honrar a un ídolo.

IV

El cielo es paciente y, en aparente silencio, tolera mucha arrogancia y perversidad; pero hay veces cuando el desafío de los gobernantes humanos no es aceptado, ya que es dirigido contra Dios como creador y soberano del universo. Esto lo descubrió Nabucodonosor cuándo hizo una imagen de la estatua profética.

La Biblia nos dice que esto va a ocurrir otra vez, cuando una súperpotencia moderna, desafiando otra profecía, hará una imagen de la Bestia, obligando a todo el mundo a que participe en la idolatría, desafiante a Dios, de adorarla (Apo. 13:12-15).

Escribiendo hace más de noventa años en su conmovedor libro sobre Daniel, Steven N. Haskell hizo hincapié en que estarían involucrados principios idénticos. De la misma manera en que la antigua Babilonia mezcló política con religión, el mundo de nuestros días mezclará la política con los asuntos de la iglesia. “En Apocalipsis se muestra a la vista una imagen a la bestia, los gobiernos de la Tierra aprobarán leyes contrarias a los requerimientos de Dios. Se les dará vida y poder a esta imagen, y hablará y decretará que todos los que no la adoren serán condenados a

muerte”.¹⁹

Otro ángulo para el libro de Daniel es que muestra cómo un obstinado monarca pagano fue convertido por etapas, aceptando finalmente al Dios verdadero. En esto, también, demostró ser la cabeza de oro; porque ningún otro emperador en esos tiempos precristianos tan remotos estuvo listo para llegar tan lejos. Las experiencias de su vida llegaron a su clímax cuando, haciendo eco de las palabras del Rey David, escritas cuatrocientos años antes (Sal. 145:13), el orgulloso babilonio por fin se humilló a sí mismo y en adoración alabó al Altísimo:

Cuyo dominio es sempiterno,
y su reino por todas las edades.
(Dan. 4:34)

Esta última historia sobre Nabucodonosor no constituye parte de nuestro estudio, pero pensamos que muchos encontrarán inspirador estudiarla por sí mismos. Está registrada en el cuarto capítulo de Daniel.

El imperio neobabilónico con toda su gloria se desintegró en polvo mesopotámico. Etemenanki es ahora solamente un recuerdo deslucido y un sitio arqueológico. La estatua de oro de Marduk ha desaparecido, al igual que la que se erigió en la llanura de Dura. Pero el sueño profético descrito en Dan. 2, la imagen de oro, de plata, de bronce, de hierro y de hierro mezclado con barro ha sido vindicado por la historia. Todo ha ocurrido, exactamente como se predijo.

Solamente la piedra, la que representa a Cristo regresando como el rey eterno de la Tierra, todavía falta por aparecer.

Parte 2

Las Bestias Feroces

7 Cuatro Bestias Emergen del Mar

I

Medio siglo había pasado desde el sueño de Nabucodonosor. Nueve años después de su muerte. Daniel era ahora un ciudadano jubilado, de aproximadamente setenta años de edad.¹ Pero por el momento todavía atendía “los negocios del rey” (Dan. 8: 27), aunque la parte mayor de su carrera como un alto funcionario yacía detrás de él. Principalmente fue dejado con sus recuerdos.

Pero sus astutos y experimentados ojos podían ver que Babilonia estaba declinando, después del largo y próspero reinado de cuarenta y cuatro años de Nabucodonosor.

Aquellos que le sucedieron fueron todas una decepción y descendieron tempranamente a sus tumbas. En sólo seis años hubo tres reyes con nombres pomposos pero poca sustancia: Amel-Marduk (562-60 a.C.), Nergal-shar-usur (559-56 a.C.) y Labashi-Marduk (556 a.C.). El último mencionado, heredero legal pero menor de edad, fue asesinado.²

Ahora el imperio incluso tenía un rey ausente, Nabonido (556-39 a.C.), un usurpador. Recién había nombrado a su hijo, Belsasar, como su co-regente y representante en la capital.³ Él mismo luego salió para Arabia. Después de dos años, conquistó el oasis de Tema, en el noroeste de ese país. Allí, aunque Daniel no podía saberlo en ese entonces, estaba destinado a quedarse por otros diez años.

Nabonido tenían poco interés en la política, pasando mucho tiempo en reconstrucciones de templos y el dios lunar Sin, de quién su madre era la suma sacerdotisa en Harran.⁴ De allí en adelante el destino de Babilonia dependió del ejército y de Belsasar, su comandante en jefe.⁵ Era el año 553 a.C.⁶

Para Daniel, ya probablemente se había vuelto claro que el rey en funciones, aunque descendiente del grande Nabucodonosor (Dan. 5: 18), no lo equiparaba en sus importantes responsabilidades; así que el profeta se preguntaba cuánto más tiempo el imperio neobabilónico podría durar. Estaba especialmente preocupado por su pueblo y sus iguales exiliados, los judíos. Siendo la clase de hombre que era, habría orado a menudo, pidiéndole a Dios que le diera claridad sobre estos asuntos.

Lo que ocurrió después está descrito en el séptimo capítulo de Daniel. Una noche, sin dudas pensando todavía en la situación en Babilonia y en el Medio Oriente, el profeta se quedó dormido; y entonces “tuvo Daniel un sueño, y visiones de su cabeza” (Dan. 7:1). Su sueño fue inquieto, interrumpido intermitentemente por imágenes adicionales. Parecía estar parado en una orilla distante “y he aquí que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar” (ver. 2). Guthrie se inclina por la interpretación de que esto se refiere al gran mar, un símbolo de la humanidad, como en Apoc. 17:15: “Las

aguas que has visto [. . .] son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”.⁷

Por otro lado, el Gran Mar era un nombre del Mediterráneo, especialmente utilizado por los escritores del Antiguo Testamento para describir las fronteras de Canaán, y su distribución a las diferentes tribus de Israel cuando estaban a punto de establecerse allí. Vemos esto en otros tres libros del Antiguo Testamento.

Dos de ellos tratan de la situación justo después del Éxodo, a saber, Num. 34:6, 7 y algunos pasajes en Josué, por ejemplo 1:4; 15:12 y 23:4. El otro libro es Ezequiel, escrito en Babilonia por el contemporáneo de Daniel. Este trata sobre la re-ocupación de la tierra prometida por el pueblo elegido en sus áreas tribales (Eze. 47:15, 19, 20; 48:28).

De conformidad con el principio de comparar escritura con escritura, pensamos que “el gran mar” en Dan. 7:2 se refiere al Mediterráneo, y especialmente su orilla oriental, donde bordeaba con la patria del profeta, la que no había visto desde su juventud. En el momento en que tuvo su visión, estaba pensando en ella y el retorno de su pueblo desde el exilio.

Grandes vientos, variables, que en la profecía simbolizan guerra (Jer. 49:36, 37), parecen estar soplando de cada punto cardinal, agitando las picadas olas. Entonces, mientras Daniel miraba, cuatro grandes criaturas carnívoras emergieron del agua, una después de la otra. Cada una en su turno chapoteó a través de las oleadas y tomó su lugar en la playa.

Los primeros tres eran animales reconocibles, aunque todos tenían características anormales. El cuarto era de pesadilla.

Primero, vino un león, poderoso e imponente, pero con una rara adición: Dos alas de águila. Mientras Daniel miraba, este animal sufrió un cambio repentino. Manos invisibles arrancaron sus alas y lo jalaban parándolo erecto, sobre sus patas traseras. Se le dio una mente humana o, como expresa la Reina Valera Revisada en 1960, un “corazón de hombre”. Ya no era el rey de las bestias. Había sido transformado en una criatura humana torpe, intrigante pero temerosa (vers. 4).

El segundo animal que salió del mar fue un oso poderoso, pero también él era algo anormal, con un costado que se alzaba más alto que el otro. Entre sus mandíbulas había tres costillas. En el sueño, una voz gritó: “Levántate, devora mucha carne” (vers. 5).

El tercer animal era realmente extraño. Era un leopardo, pero con cuatro cabezas así como cuatro alas de ave en la espalda, “y le fue dado dominio” (vers. 6).

En este punto es probable que ocurriera una interrupción en la secuencia del sueño, pues Daniel escribió: “Después de esto miraba yo en las visiones de la noche . . .” (Vers. 7).

Saliendo pesadamente del agua emergió la cuarta criatura, de la que él dijo era “espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba”. Además, tenía garras de latón o, como expresa la RV60, de bronce. También tenía diez cuernos (vers. 7, 19, 20).

Mientras que sus predecesoras fueron presentadas como adoptando poses bastante estáticas, ésta era sumamente activa. Una de las cosas que hizo perturbó tremendamente al profeta: “Lo *sobrante* lo pisoteaba con sus patas” (v. 19, énfasis añadido). Por *sobrante* se quiere decir “lo remanente”. En otros lugares en las Escrituras, como por ejemplo en Apoc. 12:17, a este se le llama el *remanente*. Hace referencia a los hijos de Dios, perseguidos por la Bestia. Esto atrajo la mayor atención del profeta, llenándolo con ansiedad y temor.

Teniendo la vista clavada en ello, un movimiento atrajo su atención a los diez cuernos. En medio de estos, algo se agitaba. Era otro cuerno. Al principio era pequeño, pero pronto creció haciéndose más grueso y más alto que todos los otros, desarraigando tres de aquellos. Daniel miró y miró, porque estaba buscando detalles adicionales. El nuevo cuerno tenía ojos que ardían con inteligencia, igual que los de un hombre, y una boca que decía y pronunciaba “grandes cosas” (vers. 8). Era jactancioso, blasfemando contra Dios.

En este momento, la escena cambió repentinamente de la costa. El profeta se encontró en un espacio vasto, celestial. Entonces:

Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos,
y se sentó un Anciano de días,
cuyo vestido era blanco como la nieve,
y el pelo de su cabeza como lana limpia;
su trono llama de fuego,
y las ruedas del mismo, fuego ardiente.
Un río de fuego procedía
y salía de delante de él;
millares de millares le servían,
y millones de millones
asistían delante de él;
el Juez se sentó,
y los libros fueron abiertos.
(vers. 9-1, RV60)

Aquí Daniel fue llevado en visión al tiempo del fin y el día del juicio final. Tronos fueron traídos especialmente y organizados. El Anciano de Días, que es Dios el Padre, se trasladó desde su lugar anterior y tomó su asiento en la sala del tribunal cósmico. Los registros de las personas fueron escudriñados.

En el capítulo apropiado, se dirá más del juicio, el que tiene varias fases; aquí nos concentramos solamente en su resultado para el jactancioso y blasfemo cuerno y la terrible bestia en la que creció. También en esto era donde yacía la atención principal de Daniel, como podemos ver de sus palabras: “Yo entonces miraba . . . miraba . . .” (vers. 11).

Debido a las blasfemias del cuerno y las terribles persecuciones, la bestia misma será quemada con fuego. Éste no es, sin embargo, el destino de los primeros tres animales. Los inusuales león, oso y

leopardo serían desprovistos de su dominio pero no de su existencia; a cada uno le sería permitido sobrevivir por un tiempo.

Después el profeta, quieto en el lugar del juicio, vio el hermoso plan final de Dios para el mundo. Una Persona muy especial apareció, transportado en las nubes del cielo. Es llamado “el Hijo de Hombre”, es decir un ser humano, pero no uno corriente.

Aquellos puestos al tanto de la biografía de Jesús reconocerán inmediatamente que esta expresión, porque para él ésta era su descripción favorita de sí mismo. En los evangelios, de acuerdo con Mervyn Maxwell, el Redentor dijo que él era “el Hijo del hombre” no menos de cuarenta veces.⁸ Un lector ha señalado, sin embargo, que la expresión en realidad aparece en los evangelios ochenta y cuatro veces y ochenta y ocho veces en el Nuevo Testamento, de acuerdo con la concordancia de Strong. Pero la discrepancia aparente entre estas cifras puede ser explicada por el hecho de que los evangelios se traslapan y se citan a menudo unos a otros.

Aunque, antes de su encarnación, nuestro Señor existió eternamente como una Persona divina, Cristo es ahora también, y será para siempre, un ser humano: “Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mat. 1:23).

En Dan. 7, el Señor se muestra viniendo, aún no a la Tierra, sino a su Padre—durante el juicio, en una fase que precede a su segundo advenimiento—y recibiendo “dominio, gloria y reino” (vers. 14). Después de que la brutal perversidad del mundo haya sido erradicada y la Tierra renovada, Cristo será el rey final e inmortal. Acompañado por el Padre, gobernará sobre sus redimidos con justicia, amor y sabiduría, por la eternidad.

Las palabras “Mírabala yo en la visión de la noche” (vers. 13) indican otro cambio en la secuencia del sueño. Daniel primero presencié cómo Dios trataría con las bestias, especialmente la cuarta, la parte horrorosa del asunto—y luego el final feliz, el que, a decir verdad, no terminará; ya que será para los salvados el inicio del gozo eternal.

II

¿Pero cuál era el significado de las bestias? Daniel, con sus ojos todavía fijos en la escena celestial ante él, se acercó a uno que estaba parado allí y le preguntó sobre ello. El mensajero de Dios resumió la situación en las siguientes palabras: “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre” (vers. 17 y 18)

Del uso sinónimo de la palabra *reino* en el vers. 23, sabemos que la expresión “cuatro reyes” no se refiere simplemente a personas individuales.

Para este momento, ya debemos habernos imaginado la identidad de estas criaturas, si recordamos el sueño de Nabucodonosor. Más temprano, encontramos que Dan. 2 era la llave maestra para las profecías de la Biblia. Esto puede revelar ahora la visión a nuestro conocimiento.

En lugar de sólo usar nuestras propias palabras, sin embargo,

citamos a Hipólito (c. 165-c. 235), un temprano obispo cristiano que vivió solamente dos siglos después del nacimiento de nuestro Señor. Se opuso al papado de Urbano I y Ponciano, aunque acompañó a este último a Sardinia, muriendo la muerte de un mártir en 235, cuando Maximino era emperador.⁹ Antes de eso, Hipólito parece haber sido obispo de Porto, el antiguo Portus Romanus, un pueblo costero a aproximadamente veinticuatro kilómetros (quince millas) de Roma, al lado norte del estuario del Tiber.¹⁰

Un erudito muy estudiado y teólogo anterior a Nicea, escribió varias obras que trataron con la interpretación profética. Éstos incluyen un comentario sustancial sobre el libro de Daniel,¹¹ un tratado perdido en gran parte sobre el Apocalipsis, y su *Treatise on Christ and Antichrist* (Tratado sobre Cristo y Anticristo).¹² Este último mencionado contiene un pasaje asombroso: “La cabeza dorada de la imagen y la leona señalaba a los babilonios; los hombros y los brazos de plata, y el oso, representaban a los persas y lo medos; el vientre y los muslos de bronce, y el leopardo, representaban a los griegos, que retuvieron la soberanía desde los tiempos de Alejandro; las piernas de hierro, y la bestia horrible y terrible, reflejaban a los romanos, que actualmente ostentan la soberanía. Los pies y los dedos de los pies que eran parte de arcilla y parte de hierro, y los diez cuernos, eran emblemas de los reinos que habrán de surgir; el otro cuerno pequeño que crece entre otros representa al Anticristo en medio de ellos; la piedra que golpea la Tierra y trae el juicio al mundo era Cristo. . .”¹³

El punto más extraordinario de este pasaje es el tiempo en que fuera escrito, hace más de 1750 años. Roma todavía era gobernado por paganos; Constantino no había aceptado todavía el cristianismo; y la desintegración del imperio occidental yacía a más de dos siglos en el futuro. Hipólito, sin embargo, vivió en un período muy inestable que los historiadores llaman el Siglo Angustioso. Numerosos asesinatos atormentaron el trono de los Césares, mientras los bárbaros invadían repetidamente el imperio.

Dicho sea de paso, rindamos homenaje al valor de este estudioso hombre, porque sabía que expresándose en tales términos, se estaba exponiendo al martirio,¹⁴ del que en última instancia no pudo escapar. La capital estaba solamente a 24 kilómetros (quince millas) de su casa, y era traición predecir el final de la dominación romana, precisamente porque en ese momento tal cosa parecía muy plausible.

Basándose sólo en las profecías de la Biblia, Hipólito predijo audazmente “los reinos que habrán de surgir”; y, efectivamente, el libro de Daniel dice que las bestias representan cuatro reyes o *reinos* (véase los vers. 17 y 23). Estos serían los poderes europeos de su futuro. Hipólito también dijo que el Anticristo aparecería “en medio de ellos”. Sabía por lo tanto que estos diferentes estados sobrevivirían hasta el fin, cuando Cristo regresaría. Es casi asombroso cuán estrechamente los acontecimientos han confirmado su interpretación.

Siendo muy versado en las Escrituras, indudablemente habría

sabido que el último apóstol había escrito: “. . . Según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos . . .” (1 Juan 2:18). Habría reconocido por ende que esta palabra podía ser aplicada a más que a un sistema apóstata. La preocupación de un Juan envejecido había sido el Gnosticismo, pero Hipólito, como la mayoría de los creyentes de todos los tiempos, sabía que las profecías de la Biblia se concentraban especialmente en un Anticristo en particular.

Antes de Hipólito, los rabinos judíos habían hecho una identificación similar a la suya. Luego de la destrucción de Jerusalén por Tito y sus legiones en 70 d.C. , así como por el fracaso de la rebelión de Bar Kokhba sesenta años después, “el reinado romano fue considerado con poco entusiasmo, el ‘reinado de Esau’ o la Cuarta Bestia de Daniel, y se ofrecieron oraciones en las sinagogas para que terminara”.¹⁵

En su comunicación con el rey neobabilónico, el Señor tácticamente había usado símbolos apropiados y significativos a su mente pagana. A su profeta, sin embargo, le retrató los reinos de la Tierra como bestias, carnívoras y crueles; aunque después de que éstas tuvieran su día, un gobierno planetario eterno sería fundado por “uno como un Hijo de hombre” (Dan. 7:13, 14), compasivo e infinitamente sabio.

Un estudiante de historia política no puede dejar de ver la justicia de estas imágenes metafóricas de animales. En sus tratos unas con otras, y especialmente con sus enemigos, las naciones de la Tierra sólo esporádicamente están movidas por una verdadera inteligencia o compasión, mucho más frecuentemente por un egoísmo perverso y por sobre todo con una ferocidad insensata.

En partes de Daniel y en gran parte de Apocalipsis, comunicado a otro profeta más de medio milenio después, el Señor presenta repetidamente reinos y algunas instituciones en estos términos. Cuando los hombres actúan de la manera en que a menudo lo hacen, son, ante Dios, meras bestias y brutos, y finalmente los impenitentes deberán ser tratados como tales.

Permitásenos ahora, en mayor detalle, considerar las cuatro criaturas que emergieron a esa playa en el sueño de Daniel.

III

El primero era un león alado. Su equivalente es la cabeza de oro de la estatua mostrada a Nabucodonosor. Este representa el imperio neobabilónico, cubriendo el período 606-539 a.C. Al igual que el oro es el metal más fino y máspreciado, el león es mirado tradicionalmente como el animal más magnífico, el rey de los animales.

En Babilonia, era un gran favorito como motivo de decoración, como por ejemplo a lo largo de la Vía Sagrada, que corría desde las murallas exteriores de la ciudad hasta la puerta de Ishtar. Como lo describe Ceram, había un “desfile de 120 leones, cada uno de casi siete pies (unos dos metros) de largo, adornando las paredes en vítreos relieves coloreados, y pareciendo marchar hacia el enemigo.

En esplendor y orgullo acechan la longitud del friso—sus fauces abiertas para enseñar sus dientes—con pieles blancas o amarillas, melenas amarillas o rojas, contra un plano de fondo de esmaltados celestes o azules”.¹⁶

El león de la visión tenía alas de águila. Esta ave es otro símbolo de elevada soberanía, velocidad y resistencia en el vuelo. Los ejércitos de Nabucodonosor eran capaces de realizar movimientos rápidos, y construyó un imperio que se extendió bien lejos, desde el Golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. El león alado también puede encontrarse en objetos de arte babilónicos. A veces es explícitamente un león con alas de águila.¹⁷

Aparte de Daniel, otros escritores bíblicos de la época también aplicaron estos símbolos a los babilonios. Ambos, Jeremías y Ezequiel, contemporáneos de Nabucodonosor, lo describieron como un león (Jer. 4:7; 50:44; Eze. 17:3, 12). Habacuc, un poco antes, comparó a los babilonios con un águila (1:8).

Demasiado pronto, sin embargo, mientras el profeta miraba, el león sufrió un cambio sorprendente. Sus alas fueron arrancadas, y fue erguido en una postura desgarbada sobre sus patas traseras. Su valiente corazón de león fue retirado y reemplazado con el de un ser humano tímido. Lo que vemos ahora ya no es un hombre con corazón de león, como el rey inglés del siglo doce Ricardo, o—aún más apropiadamente—el rey Nabucodonosor, sino un “león corazón-de-hombre”.¹⁸

Tal fue la condición posterior de una Babilonia antes real, después de que su gran rey (la “cabeza de oro”) hubo muerto. La visión fue dada al profeta en el primer año de Belsasar (Dan. 7:1), cuando ambos, él y su padre, el rey Nabonido, estaban temerosos de la superpotencia invasora de las montañas iraníes más allá del Tigris. Por esta razón, el final último de los babilonios fue añadido ahora al escenario profético. Aunque las visiones en gran parte pueden cubrir el mismo terreno, casi nunca se repiten con exactitud. En vez de ello, las representaciones posteriores añaden detalles adicionales y se centran con mayor precisión en lo que el Señor está comunicando. En este proceso, el simbolismo es ampliado, a veces modificado incluso, para señalar con precisión aspectos del siempre clarificador escenario y su cumplimiento.

Lo llamamos principio de aumento profético, el cual opera a través de toda la Biblia y se manifiesta particularmente tanto en Daniel como en Apocalipsis. También interactúa dinámicamente con los eventos históricos mientras se desarrolla el destino de la humanidad. En la visión de las cuatro bestias, el aumento profético se manifiesta particularmente añadiendo a los diez poderes europeos un undécimo, el Cuerno Pequeño, así como el juicio. Tampoco tiene un paralelo en el sueño de Nabucodonosor. Éstos son temas infinitamente importantes, desarrollados más adelante en otros capítulos tanto de Daniel como de Apocalipsis. A un nivel menos manifiesto, señalamos en el ejemplo actual que el debilitado león babilónico obviamente no sería par para su sucesor, el más robusto y fuerte oso medopersa.

El reino de Nabucodonosor lo sobrevivió por solo veintitres años. En 539 a.C., cayó frente a las fuerzas armadas de Ciro el Grande, y el Nuevo Imperio Babilónico dejó de existir.

IV

La segunda criatura que surgió del mar fue un oso grande, con tres costillas en su babeante boca. Su equivalente en el sueño de Nabucodonosor era el pecho y los brazos de plata, un símbolo de los medopersas (539-331 a.C.). El oso se elevaba asimétricamente, de un lado.

Esto indica que en primer lugar el nuevo imperio fue fundado y gobernado por los medos. Luego fue controlado por los persas, con quienes, como lo expresa William Culican, tenían una “estrecha afinidad étnica”. El cambio de poder fue provocado por Ciro II, el Grande, un persa—aunque Mandane, su madre, era hija de Astiages, el rey medo. En 553 a. C, con la asistencia de Nabonido,¹⁹ el último rey babilónico, Ciro se alzó contra su soberano y abuelo, derrocándolo en 550 a.C.²⁰

El nuevo emperador fue generoso con la conquistada capital meda, Ecbatana, que siguió prosperando. Incluso perdonó a su perverso abuelo Astiages, aunque este hombre había hecho todo lo posible para asesinar a Ciro en su infancia.²¹

Los medos, experimentados en el gobierno, probaron su utilidad después del cambio de régimen. “En el nuevo imperio conservaron una posición prominente; en honor y guerra estuvieron junto a los persas; el ceremonial de su corte fue adoptado por los nuevos soberanos que en los meses de verano residían en Ecbatana, y muchos nobles medos recibieron trabajo como funcionarios, sátrapas y generales”.²² También, junto con los persas, integraban el ejército permanente.²³ La legislación imperial fue llamada “la ley de los medos y los persas” (Dan. 6:12).

Y así que “para el mundo exterior el imperio medo no cayó en realidad; simplemente pasó por un cambio de dirección”.²⁴ Por las razones mencionadas, preferimos hablar del Imperio Medopersa, aunque la mayoría de los historiadores lo llamen sólo el Imperio Persa.

Algunos estudiantes de profecía han interpretado las tres costillas en la boca del oso como las potencias más importantes conquistadas por los persas, a saber Babilonia, Lidia y Egipto.²⁵

A pesar de la extensión del nuevo imperio, “Los persas eran una pequeña minoría. Eran, además, inferiores en civilización a las antiguas naciones que yacían al oeste de Irán”.²⁶ Una de estas era Babilonia. Note la palabra *inferior*; usada en el pasaje recién citado. Ésto es precisamente lo que Daniel le había dicho a Nabucodonosor: “Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo” (Dan. 2:39). La plata es menos valiosa que de oro, y el oso es supuestamente menos noble que el león.

V

Una historia asombrosa trata de Ciro, a quien el Gobernador de los cielos había escogido para ser un líder mundial. No menos que a su tío Nabucodonosor, Dios le había hablado a través de la palabra profética. Mucho antes de su nacimiento, la Biblia predijo que Ciro tomaría Babilonia, y cómo lo haría. Las murallas eran impenetrables y por tanto sus fuerzas primero tuvieron que desviar el agua del Éufrates, que fluía por la ciudad. Entonces marcharon por el lecho expuesto. Pero ni aún eso, sin embargo, normalmente hubiera hecho mucho bien, porque al reconstruir Babilonia el astuto Nabucodonosor también había pensado en tal posibilidad. Se añadieron fortificaciones interiores impresionantes. Solamente en la noche, mientras Belsasar estaba realizando su impío banquete (Dan. 5), las puertas internas de bronce fueron inexplicablemente dejadas abiertas. Así los juerguistas podían pasar de un lado al otro lado del río. También los invasores entraron por allí. Esta victoria había sido decretada por el Señor, 160 años antes que ocurriera. He aquí el asombroso pasaje del profeta Isaías donde lo predijo:

Así dice Jehová a su ungido,
a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha,
para sujetar naciones delante de él
y desatar lomos de reyes;
para abrir delante de él puertas,
y las puertas no se cerrarán:
Yo iré delante de ti,
y enderezaré los lugares torcidos;
quebrantaré puertas de bronce,
y cerrojos de hierro haré pedazos;
y te daré los tesoros escondidos,
y los secretos muy guardados,
para que sepas que yo soy Jehová,
el Dios de Israel, que te pongo nombre.
Por amor de mi siervo Jacob,
y de Israel mi escogido,
te llamé por tu nombre;
te puse sobrenombre, aunque no
me conociste.
Yo soy Jehová, y ninguno más hay;
no hay Dios fuera de mí.
Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste,
para que se sepa desde el nacimiento del sol,
y hasta donde se pone, que no hay más que yo;
yo Jehová, y ninguno más que yo,
que formo la luz y creo las tinieblas,
que hago la paz y creo la adversidad.
Yo Jehová soy el que hago todo esto.
(Isa. 45:1-7)

Imagine el asombro de Ciro, probablemente al corto tiempo de haber ocupado Babilonia, cuando alguien—posiblemente Daniel—le leía estas palabras en un rollo bien preservado. El que lo traía insistía en que la profecía tenía ya más de 150 años.

Al principio, el rey naturalmente habría sospechado de una intriga política y una falsificación; pero pronto quedó claro que el anuncio era genuino. ¡Dios lo había predestinado para ser gobernante del Imperio Medopersa y conquistador de Babilonia! Más asombrosamente, incluso su *nombre* había sido escrito allí mucho tiempo antes de su nacimiento.

El pasaje estaba, además, especialmente adaptado a su manera persa de pensar. Termina en una manera no típica del hebreo, con expresiones de la religión propia de Ciro, el antiguo dualismo Iraní—en el que la luz y la oscuridad tenían sentido muy prominentemente como símbolos del bien y del mal. También se inclinaba hacia el politeísmo. Así es cómo el Todopoderoso atrapó su mente: “(Yo Jehová) formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto” (vers. 7). Y aún se le dice a Ciro repetida y claramente: “Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí” (vers. 5).

El Dios de los hebreos tenía una obra especial para él: Liberar a los judíos y dejarlos marchar a su país, del que los conquistadores babilonios los habían exiliado. En el vers. 13, la profecía pasa a decir:

Yo lo desperté en justicia,
y enderezaré todos sus caminos;
él edificará mi ciudad,
y soltará mis cautivos,
no por precio ni por dones,
dice Jehová de los ejércitos.

Josefo dicen que cuando Ciro interiorizó estas palabras, “un ferviente deseo y ambición echaron mano de él para cumplir lo que así estaba escrito”.²⁷ La historia testifica que ésto fue efectivamente lo que el emperador y sus sucesores hicieron. Leemos acerca de eso en los libros de Esdras y Nehemías.

Desafortunadamente, sin embargo, Ciro en su vida privada resultó no ser un hombre del mismo calibre que Nabucodonosor, quien finalmente fue transformado y sirvió al verdadero Dios. El monarca persa era demasiado intrigante y lleno de sabiduría mundana. Parecía haber comprendido exactamente “cómo ganar amigos e influir sobre las personas”,* muchos siglos antes de que alguien escribiera un libro sobre este tema. Ganó una extraordinaria ventaja política de su gran don para atraer a las gentes hacia sí.²⁸ Aún sus adversarios encontraban cautivante su personalidad.

[*Aquí el autor hace referencia a un famoso libro, *How to Make Friends and Influence People*, del autor Dale Carnegie. Según la Wikipedia, este “es uno de los primeros libros superventas de

autoayuda jamás publicados . . . publicado por primera vez en 1936, se han vendido 15 millones de copias a nivel mundial” (Nota del Trad.)]

Anteriormente, cuando salió a luchar contra el ejército medo, este apenas se le opuso. En vez de ello, sus soldados se rebelaron contra su rey, Astiages; y “en cadenas lo entregaron a Ciro”.²⁹ Más tarde su carisma pareció entrar en juego otra vez: Babilonia cayó con muy poca oposición. Fue uno de sus propios gobernadores, Gobrias, el que traicioneramente condujo su ejército y algunas fuerzas persas al interior de la ciudad.

Y de la misma manera Ciro cometió su mayor error. En vez de reconocer completamente que fue Dios realmente el que lo había hecho tan exitoso, tomó mucho del crédito. También abusó de su extraordinario don de influencia. Al tomar Babilonia, se presentó como una persona elegida por Marduk, el supuesto hacedor de reyes de esa ciudad. Después de todo, su anterior gobernante, Nabonido, había preferido al dios lunar Sin, en lugar de la gran deidad de la ciudad, lo que había ofendido a muchos sacerdotes.

La actitud de Ciro resultaba naturalmente atractiva para los babilonios.³⁰ Cuando entró en su ciudad, fue la suya “una bienvenida generosa. ‘Ramas verdes fueron arrojadas a su paso’”. ¿Qué hizo después de esto? Veneró a Marduk, todos los días,³¹ a pesar del hecho de que la profecía de Isaías con respecto a él le había sido claramente presentada.

Ciro no dio el honor a Aquel que realmente le había garantizado la victoria y lo había puesto sobre el trono de un poderoso imperio. En vez de eso, le dijo a los babilonios que Marduk lo había nombrado para reinar sobre ellos.³²

En esto, repitió lo que también había sido, al principio, el error de Nabucodonosor, a saber una terca falta de predisposición para agradecer al Dios de los cielos, pero con una diferencia: Ciro carecía de un corazón arrepentido. No vivió mucho más allá de la conquista de Babilonia. En 530 a.C., solamente nueve años después de haber tomado esa ciudad, murió durante una expedición a Oriente.³³

VI

Después del oso, un leopardo corrió de la presentación en la playa. Tenía múltiples cabezas y alas, cuatro de cada una, lo que era de lo más raro. Este animal representaba el tercer reino: El dominio de los griegos antiguos (331-30 a.C.). Su paralelo en el sueño de Nabucodonosor es el vientre y los muslos de bronce.

Los griegos irrumpieron en la escena internacional con las conquistas relámpago de Alejandro el Grande, su rey macedonio. Repentinamente quebró el poder del imperio medopersa en tres grandes batallas: En el río Granico (334 a.C.) en Asia Menor; cerca de Issos (333 a.C.), que está justo al norte de la antigua Fenicia; y en una llanura mesopotámica llamada Gaugamela (331 a.C.), entre Nínive y Arbela.

Esta última mencionada fue el encuentro decisivo de la guerra. A esto siguieron operaciones de limpieza, hasta que para el 328 a.C. Alejandro había conquistado ya todo el imperio medopersa.

En 327 a.C., irrumpió incluso en la India, donde en la primavera del siguiente año libró su última gran batalla, junto al río Jhelum (Hidaspes para los griegos). Pero después de esto, sus tropas, hartas de la guerra, se amotinaron, negándose a continuar bajo la lluvia tropical. Aunque todavía deseoso de seguir presionando, Alejandro se vio obligado a dar media vuelta.³⁴

Cuatro años habían sido suficientes para hacer añicos los osunos fuertes, pero lentos y pesados ejércitos con los que Darío, el último monarca persa, trató de oponerse. Siete años fueron suficientes para dominar toda oposición, incluyendo las provincias que trataron de aprovechar el colapso del imperio como una oportunidad para conseguir su independencia. Alejandro había conquistado un vasto territorio que se extendía desde el Mediterráneo oriental hasta el río Indo.

Varios escritores han comentado sobre la felina rapidez con la que él y sus ejércitos se movían. J. B. Bury menciona “la asombrosamente rápida y diestra maniobrabilidad de los muy entrenados soldados macedonios”.³⁵ Botsford y Robinson también incluyen esta característica en su visión de toda la operación militar hacia la India y de regreso a Babilonia: “El Gran Ejército estaba destinado a marchar muchos miles de millas bajo (*el mando de*) Alejandro, a menudo con gran velocidad”.³⁶

¡Cuán acertadamente, en la visión, estaba reflejada esta velocidad por las cuatro alas de ave del leopardo!

Alejandro murió en Babilonia, un 13 de junio de 323 a.C., exhausto por sus excesivos esfuerzos y sufriendo de una vieja herida,³⁷ después de una enfermedad de diez días. Esta fue la conclusión de un prolongado banqueteo y una borrachera incesante. Estaba solamente en su trigésimo tercer año de vida.³⁸

Un gran conquistador de otros hombres, pero aún así incapaz de dominarse a sí mismo. Podía ser sumamente simpático y tenía otras cualidades cautivadoras. Pero era también excesivamente inmoderado, rápido en la cólera, despiadado, y voluntarioso. “Tenía una propensión creciente al terror, no mostrando titubeo alguno al eliminar a hombres en los que había dejado de confiar, tampoco con o sin la apariencia de un juicio imparcial”.³⁹ Sus victorias se le subieron a la cabeza, de manera que exigió adoración como si fuera un dios, imitando a otros monarcas del Oriente Medio, como los antiguos faraones egipcios.

Por tales razones, Alejandro no fue bien considerado por el Cielo, habiendo demostrado ser inferior a Nabucodonosor o incluso a Ciro. De forma semejante a los antiguos griegos, aunque intelectualmente admirables, moralmente eran de menor calibre que los babilonios y los medopersas, quienes les habían precedido.

VII

Alejandro fue un rey macedonio. ¿Es entonces correcto describir el tercer reino de la profecía bíblica como un imperio *griego*?

Aunque es una pregunta legítima, esto refleja realmente un antiguo prejuicio. Los macedonios eran rechazados por sus vecinos del sur, las muy cultas ciudades-estado griegas a las que ellos habían subyugado (especialmente los orgullosos atenienses). Estas personas llamaban “bárbaros” a todas aquellas personas de origen no helénico.

Enormes valoradoras de su cultura tanto como de su independencia, las ciudades griegas también aplicaron esta palabra a los algo toscos macedonios. Pero aunque el desarrollo de estos últimos fue indudablemente “retrasado en comparación con la civilización helénica”,⁴⁰ no eran realmente extranjeros. Botsford y Robinson son muy francos al respecto: “Los macedonios eran griegos”.⁴¹ Conscientes de su atraso relativo, aún así estaban enamorados de la cultura superior de sus parientes del sur y anhelaban ser aceptados por aquellos.

Filipo, el padre y predecesor de Alejandro, sabía que Macedonia, por sí sola, no podría derrotar a los persas. Por lo tanto, no redujo a las conquistadas ciudades-estado de Grecia a un vasallazgo total. En vez de eso, las transformó en una unión conocida como la liga de Corinto. Fue muy cuidadoso al declararse su presidente, y no su dictador.⁴² Alejandro continuó esta política. Camino a Persia cruzó el Helesponto a Asia en 334 a.C. en capacidad dual, como rey de Macedonia y como general de la alianza griega.⁴³

La conquista del imperio medopersa, “esencialmente el mundo civilizado”,⁴⁴ lograda por su Gran Ejército, tuvo tremendas consecuencias para las edades futuras.

Hasta ese momento, las influencias helénicas habían estado mayormente limitadas a las áreas alrededor del Egeo, así como a Italia, Sicilia y Massalia (el nombre antiguo de Marsella).⁴⁵ Pero ahora, con la adición de los antiguos territorios medopersas, que eran inmensos, repentinamente un área aún mayor se había abierto a estas influencias. El poder europeo estaba extendiéndose, por primera vez, hacia el corazón de Asia.

La efímera unión política de los griegos no sobrevivió por mucho tiempo a la muerte de Alejandro. Su reinado se rompió en varios reinos helenos, como estaba sugerido por las cuatro alas y las cuatro cabezas del leopardo. Dos de estos estados fueron Siria y Egipto, que ejercieron una fuerte influencia sobre el Medio Oriente. Alejandría en el Nilo se volvió la capital cultural y científica del mundo mediterráneo, una posición que mantuvo por aproximadamente seiscientos años. En capítulos futuros, incluyendo en nuestro análisis de Daniel 8, tendremos más que decir de los griegos y su duradero legado.

La carrera del conquistador macedonio, “creada, si no política, al menos económica y culturalmente, un único mundo que se extendía

desde Gibraltar hasta el Punjab, abierto al intercambio comerciales y cultural, y con una considerable superposición de civilización común y koiné griego como una lengua franca. No es erróneo decir que el Imperio Romano, la expansión del Cristianismo como religión mundial, y los largos siglos de Bizancio fueron todos, en algún grado, frutos de los logros de Alejandro”.⁴⁶

VIII

Las primeras tres bestias del sueño de Daniel habían sido más o menos identificables como animales familiares: Un león, un oso y un leopardo, aunque con algunas características inusuales. Pero la cuarta criatura que salió del mar era todo un monstruo. Aunque presumiblemente era un ser de carne y hueso, tenía algunas partes metálicas: Grandes dientes de hierro y garras de bronce. Era una clase de ciborg profético. También tenía cuernos—no dos como tienen la mayoría de los animales, sino diez, al principio. Luego vino un undécimo abriéndose paso a empujones entre los otros. Este cuerno era lo más extraño de todo, pues tenía inteligentes ojos humanos y una boca blasfema y parlanchina.

La bestia era terriblemente fuerte, e incluso los sucesores helenos del leopardo de cuatro cabezas no pudieron, con todo y que era ágil, pudo enfrentársele. Al final, todo el mundo estaba destinado a convertirse en su presa (vers. 23), incluyendo los santos de Dios, como a menudo se les llama en el Nuevo Testamento a todos los fieles creyentes (por ejemplo, en Rom. 1:7; 1 Cor. 2:2; Efe. 1:1). Otra característica atroz fue la asombrosa duración de su vida, que se extendería hasta el final de la historia como la conocemos. Ninguna otra criatura terrenal podría oponérsele con éxito, hasta que su perversa carrera se desplome por intervención divina. Su destino final es morir en el fuego que Dios encenderá en el final del mundo, cuando destrucción se derrame desde el cielo.

¿Qué poder profético representa este símbolo? Podemos comenzar a responder a esta pregunta comparando los siguientes pasajes de Daniel 2 y 7:

“Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo” (2:40). “. . . y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba . . .” (7:7). Una característica adicional es que tenía garras de bronce (7:19, NVI).

Notamos la sorprendente semejanza de la redacción en los versículos de estos dos capítulos: “fuerte . . . en gran manera fuerte . . . como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas . . . dientes grandes de hierro . . . desmenuzaba”. No puede haber duda alguna de que representan el mismo poder, o uno muy similar.

En cuanto a los cuernos de la bestia, observemos que en la Biblia son un símbolo del poder para gobernar a otros. Esto queda claro al estudiar un hermoso pasaje que canta las alabanzas del rey David y su descendiente, el futuro Mesías, donde el salmista cita al Señor

como diciendo:

Y mi verdad y mi misericordia
[serán] con él;
y en mi nombre será ensalzado su *cuerno. . . .
Yo también le pondré [por] primogénito,
alto sobre los reyes de la tierra.
(Salmo 89: 24, 27 NRV 2000)

[*Aunque la traducción es inusual (pues la mayoría de la traducciones al español utilizan la acepción ‘poder’ en vez de cuerno), según el diccionario Strong, se ajusta a la traducción del hebreo *qeren*, (קֶרֶן) un *cuerno* (como *proyectándose*); por implicación una *corneta*; por semejanza un *colmillo* de elefante (es decir, *marfil*) una *esquina* (del altar), un *pico* (montañoso), un *rayo* (de luz); en sentido figurado *poder*: Colina de poder, cuerno de poder. (Nota del Trad.)]

IX

Coleridge, el poeta romántico y crítico inglés, en el siglo diecinueve, señaló que los “cuernos eran el emblema del poder y la soberanía entre las naciones orientales, y todavía siguen siéndolo en Abisinia”.⁴⁷

Alejandro Hislop dijo que este simbolismo existía “en muchos países, bastante separados entre sí”.⁴⁸ Según él, se originó con Nimrod, el poderoso cazador y creador del primer estado mesopotámico, un hijo de Cus (Gén. 10:8-10) y por lo tanto un hombre negro. Para respaldar su idea, Hislop hace referencia a grabados en madera y a las ideas de Sir Austen Henry Layard (1817-94), el arqueólogo británico que excavó Nínive y escribió *Discoveries in the Ruins of Nineveh and Babylon* (Descubrimientos en las Ruinas de Nínive y Babilonia, 1853).⁴⁹ Pareciera que Nimrod, a quien la Septuaginta llama ‘un gigante’, no sólo cazaba animales y hacía la guerra a sus enemigos; también venció a un toro a mano limpia. Orgullosa de este logro, se puso sus cuernos sobre la cabeza como “trofeo de victoria y símbolo de poder”. Hislop sostiene que incluso los bordes cerrados de las coronas reales son una evolución de los cuernos que decoraron originalmente las cabezas de los gobernantes antiguos.⁵⁰ El cuerno era, en todo caso, un símbolo bien conocido de monarquía en el tiempo de Daniel.

Hipólito, a quien citamos en el capítulo anterior, pensaba que la cuarta etapa de la estatua en el sueño de Nabucodonosor, y la cuarta bestia, representaban ambos al Imperio Romano.

Los reformadores protestantes, y también Urías Smith (1832-1903), una gran autoridad en profecía bíblica hace más de cien años, sostenían una interpretación similar. Pero él también señaló que en algunos aspectos el cuarto poder de Dan. 7 debía ser algo más que sólo el Imperio Romano, pues continuaría “hasta que la bestia sea entregada al fuego consumidor”.⁵¹

Efectivamente, esto muestra que la cuarta bestia no es idéntica a las piernas de hierro de la estatua mostrada a Nabucodonosor, sino

que se corresponde más a las piernas y a los pies y los dedos de los pies. Estos últimos mencionados guardan un gran paralelo con los cuernos.

Cuando analizábamos Dan. 2, notábamos que los pies y los dedos de los pies, desde el punto de vista de Dios, no representaban una quinta etapa, ya que la Biblia habla de solamente cuatro poderes mundiales predominantes. Aunque fragmentada, Europa Occidental es, en muchas maneras importantes, una continuación de Roma. Todavía se habla de ella en singular como “el reino” (vers. 42) y no como “los reinos”.

Clifford Goldstein lo pone de esta manera: “Roma, simbolizada por el hierro, se extiende a lo largo de toda la historia hasta el final. Al principio, el hierro era puro; después se mezcla con la arcilla. Sin embargo, todavía es hierro” y “el poder que viene después de Grecia permanece hasta el fin del tiempo, aunque en una forma diferente”. Aunque en sus estados iniciales el cuarto reino es la Roma pagana, la bestia es también la Roma papal más Europa.⁵

A esto debemos añadir, sin embargo, un punto adicional: Uno debe evitar una tendencia a confundir el Imperio Romano con sus provincias occidentales; estas también incluían otros países alrededor del Mediterráneo, como Palestina, Asia Menor y partes de Europa Oriental. Proféticamente esto es de esencial importancia, cuando consideramos la trascendencia de emperadores como Constantino y Justiniano. Ninguno gobernó desde Roma. Ambos eran bizantinos, su capital era Constantinopla, una ciudad sobre el Bósforo, un estrecho marino que divide Europa de Asia.

Estos emperadores y sus sucesores no eran ni paganos ni papales, pero aún así jugaron roles importantes en la historia de la iglesia.

De vez en cuando, este libro tendrá como protagonista al Imperio Bizantino o Romano Oriental, que por mucho tiempo incluyó a Asia Menor. Esta parte de la bestia tuvo poder hasta 1453. En el siglo sexto, el Emperador Justiniano I envió ejércitos que abrieron el camino al triunfo papal en Occidente. Sus representantes también siguieron persiguiendo a los cristianos disidentes en Asia Menor y en los Balcanes. Duró como entidad romana casi mil años más que el imperio occidental—su herencia todavía hoy no está extinta, ya que sus herederos espirituales todavía están con nosotros, entre otros los griegos, los rusos y los serbios.

Éstos son de profesión ortodoxa más que católica, pero a pesar de ello deben ser vistos como extensiones de la cuarta bestia de Dan. 7. La ortodoxia oriental a menudo discrepaba con, y fue distanciándose cada vez más de la iglesia romana, hasta culminar en el cisma de 1054. La metrópolis eclesiástica de todas las iglesias ortodoxas está en Estambul, a la que los griegos continúan llamando Constantinopla. Después de casi mil años, a pesar de alguna cordialidad ocasional, estas dos tradiciones todavía están divididas, en gran parte acerca de su relación con el papa. Los católicos lo miran como a la cabeza de la iglesia, pero cuanto más, los europeos orientales lo reconocen solamente como un arzobispo superior, y

enfáticamente no como legislador sobre ellos. Por demás su teología es muy similar. Creemos que la ortodoxia oriental probablemente llegará a un arreglo con el papa dentro de no muchos años. Si es así, esto revigorizaría a toda la bestia de Dan. 7. Tenemos que recordar, sin embargo, que los europeos orientales no son una parte de los cuernos, aunque podrían pertenecer a las garras de bronce.

X

Que la cuarta bestia de la visión de Daniel represente tanto la etapa romana como la posterior etapa europea podrían parecerle algo extraño a alguien; pero la perspectiva de Dios es diferente a la nuestra. Aunque está bien consciente de la desunión política posterior de Europa, sabe que en otras maneras es un todo coherente. T. S. Eliot también se dio cuenta de esto, señalándolo en su transmisión de 1951 por la BBC “Virgilio y el Mundo Cristiano”. Dijo: “Somos todos, mientras herederos de la civilización en Europa, todavía ciudadanos del Imperio Romano”.⁵³

Es todo un poder ininterrumpido, un único animal—aunque, indudablemente, no fácil de darle un nombre. Podemos llamarlo Roma-Europa, o incluso Civilización Europea. Más allá de su etapa inicial como Roma pagana, un nombre razonablemente acertado sería Cristiandad, aunque esta palabra aparentemente no fue usada antes del siglo noveno.⁵⁴

La carrera de la cuarta bestia, en su segunda y más prolongada etapa (desde la conversión de Constantino), ha durado hasta ahora casi 1700 años. Una de sus características principales ha sido siempre su ferocidad y disposición a participar en conflictos, a lo que Cristo hizo referencia cuando predijo el futuro: “Y oiréis de guerras y rumores de guerras . . . Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino . . .” (Mat. 24:6, 7). Durante todo ese largo período una u otra parte de Europa ha resonado con alarido de peleas y gritos, mientras las personas segaban las vidas de otras o expiraban ellas mismas en agonía.

Por ejemplo, “grandes campañas fueron desplegadas por los principales poderes en tres de cada cuatro años entre el origen de las guerras italianas en 1494 y el final del siglo XVI”. Ese siglo, que vio el surgimiento del Protestantismo como una fuerza mayor, se vio convulsionado casi ininterrumpidamente por la guerra. Solamente Inglaterra, protegida por el canal, disfrutó de una pequeña paz.⁵⁵

Los diez cuernos de la bestia hacen referencia a los mismos reinos europeos que los pies y los dedos de los pies de la estatua en el sueño de Nabucodonosor. ¿Pero qué puede representar el undécimo, el Cuerno Pequeño? Se eleva al poder poco después de que los pueblos germánicos establecieran sus reinos entre los escombros del destrozado Imperio Occidental. Creemos que simboliza al papado.

La profecía da una atención especial a esta entidad, señalando que apareció y actuó entre los reinos representados. Este detalle es más que sólo una enunciación de su localización física; también sugiere cooperación.

Los papas constantemente han interactuado con y demostrado su

dependencia del apoyo de otros poderes políticos. Es por lo tanto un error concentrarse en el undécimo, el Cuerno Pequeño, hasta el punto de pasar por alto los otros diez poderes. Por sí solo, el papado ha sufrido mucho porque rara vez ha poseído un ejército eficaz propio. Generalmente el genio de su éxito ha sido alianzas con, o una manipulación de, gobernantes seculares, aún el enfrentarlos entre ellos. Emperadores, reyes, o presidentes son virtualmente indispensables para su éxito.

A menudo los papas han sido débiles y dominados—intimidados, derrocados e incluso asesinados—por poderosos gobernadores seculares. Por otro lado, éstos han sido generalmente buenos católicos. Hasta la Reforma, incluso los monarcas de Europa que se opusieron y lucharon contra los pontífices por razones políticas respaldaron a sus iglesias, en una relación simbiótica.

El Cuerno Pequeño puede ser identificado por tres de sus características más sobresalientes: Un espíritu persecutor, una boca jactanciosa y blasfema, y especialmente una tendencia a “cambiar los tiempos y la ley” (Dan. 7:25, RSV). Los eventos de más de un milenio han cumplido estas especificaciones de forma evidente. El papado alega una autoridad sin precedentes, divina, y se considera infalible. Ha oprimido a los santos de Dios por “un tiempo, tiempos, y medio tiempo” (RV 60). Es decir, tres años y medio de días proféticos, o 1260 años literales. Ha cambiado también el calendario religioso del Cristianismo, decretando que la Pascua debe caer siempre en un domingo, modificando el día semanal de descanso exigido en los Diez Mandamientos, y sustituyendo el calendario Gregoriano por el Juliano. Capítulos posteriores analizarán estos asuntos en detalle.

XII

Después de describir la carrera de la cuarta bestia y la sentencia pronunciada en su contra, Dan. 7 dice que el cielo concedería un poco más de vida a sus predecesores. Es decir, el león alado, el oso y el leopardo de cuatro cabezas, simbolizando a los babilonios, los medopersas y los griegos, sobrevivirían a su eclipse como superpotencias (vers. 12).

Posterior a su conquista por los medopersas en 539 a.C., la ciudad de Babilonia duró aproximadamente otros docientos años. Al principio su prosperidad continuó. En el nuevo imperio, se convirtió incluso en uno de los centros de gobierno, pero después cedió su orgullo a Susa, una antigua ciudad elamita, que Darío transformó en su capital administrativa principal.⁵⁶

Alejandro el Grande tomó Babilonia en 330 a.C. Pero la fundación de nuevas ciudades helenas para los soldados macedonios, especialmente Seleucia del Tigris, condujo a su deserción.⁵⁷ Esta nueva ciudad fue la capital oriental del rey heleno Seleuco I Nicátor (312-280 a.C.). La construcción de Seleucia, “principalmente con materiales traídos de Babilonia”, marcó el destino final de esta última ciudad.⁵⁸

De este modo, la historia cumplió otra profecía extraordinaria de la Biblia: “Por tanto, allí morarán fieras del desierto y chacales,

morarán también en ella polluelos de avestruz; nunca más será poblada ni se habitará por generaciones y generaciones. Como en la destrucción que Dios hizo de Sodoma y de Gomorra y de sus ciudades vecinas, dice Jehová, así no morará allí hombre, ni hijo de hombre la habitará” (Jer. 50:39, 40).

En la última parte del siglo veinte, el presidente iraquí Saddam Hussein intentó recrear el imperio de Nabucodonosor, pero las Guerras del Golfo destruyeron tanto este sueño como a él. La Babilonia que él había empezado a reconstruir permanece siendo un cascarón vacío. Como el Señor dijo a través de su profeta: “Nunca más será poblada ni se habitará por generaciones y generaciones”.

Más afortunada fue la historia subsiguiente de Persia y Grecia.

La primera, en varias oportunidades, experimentó resurgimientos de su poder. Esto muy bien puede haber sido una recompensa del SEÑOR porque los persas permitieron que su antiguo pueblo regresara a su país después de la cautividad babilónica. Por cuatrocientos años, desde 250 a 600 AD, los partos, un pueblo relacionado, fueron adversarios temibles de los romanos y del Imperio Bizantino.⁵⁹ Persia misma fue regenerada y bajo el dominio musulmán permaneció siendo un centro de la civilización. Esta continúa hasta el día de hoy, como la nación de Irán.

Separadamente de su legado para el mundo antiguo y el moderno, los griegos también fueron capaces de sobrevivir como un pueblo por su propio derecho. Durante casi cuatro siglos, sin embargo, fueron dominados por los turcos. Finalmente, en marzo de 1821, se rebelaron.

Tuvieron algunos éxitos iniciales, pero luego la marea de la fortuna se volvió contra ellos. Un ejército egipcio, solicitado por Turquía, atracó en el Morea (Peloponeso). Desafortunadamente los griegos habían cometido atrocidades, desencadenando las represalias más horribles: Sus “hombres fueron pasados a espada, y las mujeres vendidas en esclavitud”.⁶⁰ Atenas fue tomada. Pronto fueron dominados y se les hizo pagar aún más retribución.

Los griegos estaban bajo fuerte presión del enemigo. Al principio, estaba en contra de la política de los principales poderes el intervenir, pero luego vino un giro repentino de acontecimientos. Lord Byron, el poeta romántico y mujeriego inglés (famoso en toda Europa) se había ofrecido para ayudarlos en sus luchas. Como muchos en Gran Bretaña y en otros lugares, fue inspirado por ideas liberales y filhelénicas. Pero en 1824 contrajo fiebre y murió en Mesolongi, el último bastión griego.

Van Loon explica qué ocurrió después: “Su solitaria muerte captó la imaginación del pueblo. En varios países, se formaron sociedades para ayudar a los griegos . . . Dinero y suministros llovieron a raudales sobre los hambrientos hombres de Mesolongi”. Éste fue un momento decisivo. El 20 de octubre de 1827, una flota integrada por británicos, franceses y rusos destruyó la marina turca en la bahía de Navarino.⁶¹

Finalmente, en 1829, por el tratado de Adrianópolis, los griegos consiguieron su independendencia.⁶² Después de escaramuzas posterior-

res, quedaron establecidas sus fronteras actuales. Y así los griegos, también, en cumplimiento de una profecía hecha hace 2600 años, vieron su existencia nacional “prolongada . . . hasta cierto tiempo” (Dan. 7:12).

8 Dientes de Hierro y Uñas de Bronce

I

Una característica muy significativa de la cuarta bestia es que no solo tenía enormes dientes de hierro, sino que también tenía uñas (garras, en otras versiones) de bronce.

Ya hemos hecho referencia a los primeros. Hierro es el metal que compone las piernas de la estatua en el sueño de Nabucodonosor. Es una característica específicamente romana. Pero, ¿qué hay con las uñas de bronce? Escritores como Smith, Nichol, Maxwell y Clifford Goldstein aparentemente no han abordado este detalle, y tampoco (por lo que parece) lo hizo su lejano precursor, Hipólito. De hecho, no tenemos conocimiento de nadie que lo haya hecho anteriormente. La razón probablemente sea porque bronce significa *griego*, lo que otros escritores sobre profecía bíblica pueden encontrar desconcertante. Ciertamente no se aviene con una identificación de la cuarta bestia exclusivamente Romano Occidental. De manera que las uñas de bronce demandan una explicación especial.

Creemos que esta puede ser provista por un concepto bien conocido, expresado en la palabra *Greco-Romana*. Ni el imperio antiguo ni el mundo moderno fueran inteligibles sin este concepto. Lo mismo es cierto para una mejor y más completa comprensión de varias profecías en Daniel y Apocalipsis, tales como Dan. 8 y Apoc. 13 y 17.

Los lectores relacionados con la literatura o la historia antigua saben que los romanos tenían una gran deuda con los griegos. Al mismo tiempo, pueden haber estado acostumbrados a una interpretación profética que pone a estos dos pueblos en compartimentos separados y aislados el uno del otro. Pero esta idea no tiene soporte ninguno ni en la historia ni en las Escrituras.

II

Los romanos obtuvieron la parte más esencial de su cultura de los griegos, con quienes—de principio a fin—su destino estuvo estrechamente entrelazado. Bury afirma que “la historia italiana . . . se abre realmente con la llegada de los griegos”.¹ Su influencia tanto sobre la civilización como el lenguaje de los romanos fue, de acuerdo con L. R. Palmer, profunda, continua y perdurable.²

Los griegos se habían asentado en la costa de Campania en el occidente de Italia en un lugar llamado Cime, antes de mediados del siglo VIII a.C. Aquí los latinos, incluyendo a los romanos, de ellos aprendieron a usar el alfabeto y acerca de los dioses del Olimpo, quienes influyeron enormemente en su propia religión. Un poco más tarde los griegos, ampliando sus asentamientos italianos, fundaron Neapolis, que en su idioma significaba “Nueva ciudad.”³ Hoy todavía existe, bajo su nombre italiano de Napoli, o Nápoles.

Más al sur había una presencia helénica realmente masiva, en la isla de Sicilia y también al noreste de esta, en tierra firme, más allá del angosto estrecho de Mesina. Durante nuestra visita en 1994, mi esposa Ria y yo podíamos mirar fácilmente a la orilla opuesta de este y distinguir los edificios en la costa de Calabria. Los griegos antiguos de Sicilia pronto se asentaron a lo largo de la bota de Italia y en dirección norte, tan densamente que el sur de Italia pronto fue conocida como Magna Graecia,⁴ una expresión latina que significa *Gran Grecia*.

Primero colonizada desde ciudades como Corinto, toda esta área fue, para las más antiguas ciudades de la Hélade, el maravilloso Oeste: Un tipo de América, donde sus colonias, alentadas por el comercio con Sicilia y el sur italiano, podían expandirse y crecer hacia la grandeza de un nuevo mundo suyo propio. Desde la Magna Graecia y desde ciudades sicilianas como Siracusa, una helenización tremenda irradió en dirección norte.

Los romanos ya habían pasado por esta influencia indirectamente, a través de sus anteriores señores, los etruscos. M. I. Finley explica que cuando estos pueblos conocieron a los griegos de Italia del sur, aproximadamente en 700 a.C., “comenzó una invasión cultural a una escala, intensidad y duración para las que no puedo pensar en un paralelo”.⁵

Después de que los romanos hubieran expulsado al último rey etrusco, el tirano Tarquinio el Soberbio (en latina, Tarquinius Superbus, 534-510 a.C.), y establecido una república propia, la asimilación cultural simplemente continuó. “Los griegos italianos y sicilianos fueron un factor muy fuerte en la civilización de Italia, y, a través de Italia, de Europa Central y Occidental”.⁶

Como Norwich señala, la mayoría de los pueblos en el sur fueron romanizados sin perder su lenguaje, una situación que sobrevivió al imperio occidental. Incluso tan tarde como el siglo XI, la vasta mayoría de las personas en el sur de Italia todavía hablaba griego.⁷ *Los romanos eran en parte de ascendencia griega*. Para la comprensión de varias profecías, en Daniel así como en Apocalipsis, éste es un concepto clave.

En el clímax de la cultura helénica, toda Italia copió la civilización griega,⁸ de lo que es difícil sorprenderse; porque “la revelación de los tesoros culturales amasados por el pueblo más talentoso del mundo a lo largo de una historia larga y llena de acontecimientos tenía un efecto abrumador”.⁹

Con el establecimiento del Imperio Romano, esto no disminuyó, sino que más bien aumentó. En su introducción al *The Penguin Book of Greek Verse* (Libro Penguin de Poesía Griega), C. A. Trypanis dice que “después de la conquista romana de Grecia y del este heleno, el centro de la cultura griega se mudó al Occidente, a Roma”.¹⁰ Por lo tanto, para la época del emperador Augusto, el sabor griego “prevalcía en todas las creaciones artísticas y poéticas de los romanos”.¹¹ El famoso poeta latino Horacio (65-8 a.C.), que vivió en este período, generosamente reconoció la deuda de su pueblo con la Hélade:

Grecia, conquistada Grecia, a su conquistador sometió
y al bufonesco Latium con sus artes saturó.¹²

El Helenismo devino un aspecto perdurable de la literatura latina. Los más grandes escritores romanos admiraron, estudiaron atentamente, e imitaron modelos griegos. A través de sus páginas, hay una abundancia de alusiones a caracteres e ideas presentes en Homero, en los dramaturgos atenienses, en los poetas desde Safo hasta Teócrito, en los filósofos, y en muchos otros.

El latín mismo fue transformado. Palmer habla de la influencia helénica sobre el lenguaje y la literatura de los romanos como “fortísima”.¹³ El pueblo culto en la capital devino “totalmente bilingüe”.¹⁴ Adoraban hablar no sólo su latín nativo, sino también griego. Algunos incluso escribían en él. Entre estos se incluyen al menos cuatro emperadores. Tres volvieron sus manos a la poesía: Trajano (53-117),¹⁵ Adriano (76-138), a quién Rose llama un poeta menor,¹⁶ y Juliano el apóstata (331-63), quién fue también un escritor de prosa, entre otras de algunas cartas interesantes.¹⁷ El cuarto era el filósofo-emperador, Marco Aurelio (121-80), quién usó el griego para sus *Meditaciones*, todavía hoy un libro famoso.¹⁸

Sin embargo, la helenización no estuvo limitada a una élite bien instruída. Froom señala que “Roma misma bajo los emperadores era esencialmente una ciudad griega, con el griego como su segundo lenguaje” porque “la mayor parte de la población más pobre, entre quienes el Cristianismo echó raíz, hablaban predominantemente el griego”.¹⁹

Que los romanos educados pudieran enamorarse del lenguaje de la Hélade es una cosa, pero ¿por qué había tantas personas comunes en la capital que lo hablaban? La razón es que, según el imperio se expandía, este “recibía un influjo de personas del origen más variado, incluyendo finalmente cantidades inmensas de Asia y África”.²⁰ La mayoría provenían de países antes helenos fundados por los sucesores de Alejandro Magno.

Aparte del idioma y la literatura, la Roma imperial también era afectada profundamente en otras maneras. Como Toynbee dice, en su apogeo su organización era, donde esto fuera viable, basada en gran parte en el concepto griego de ciudades estados autónomas.²¹ En oriente, estas eran simplemente conquistadas de anteriores reinos helenos, y conectadas en una federación relajada conocida como el Imperio Romano. S. Katz incluso piensa que una de las cosas que después salieron mal con esto fue el apartarse de este patrón: “Los emperadores interfirieron más y más en la libertad municipal y socavaron así una civilización que había estado basada en una asociación de ciudades-estado autónomas”.²²

Toynbee ve al Imperio Romano como la culminación de la sociedad helénica, “el estado helénico universal”.²³ En esto no estaba solo, pues C. H. King habla de esto como el “estado greco-romano”,²⁴ mientras que H. Trevor-Roper, abordando la manera de vivir en esa sociedad más que su aspecto político, lo caracteriza

como una “cultura greco-romana cosmopolita”.²⁵

Esto fue real para todo el imperio, afectando a todos los países alrededor del Mediterráneo, aún a las tierras semitas como Palestina. He aquí un pasaje sorprendente de la obra muy traducida de Werner Keller, *The Bible as History* (La Biblia como Historia), con más de diez millones de copias vendidas:

La vida en el Imperio Romano tomó más y más la impronta de Grecia. La civilización romana era en gran parte la civilización griega: El griego fue el lenguaje mundial que unió a todos los pueblos sometidos del Oriente.

Alguien que pasearía por Palestina . . . podría haber imaginado que estaba en Grecia. Al otro lado del Jordán se extendían más y más ciudades griegas. Las “Diez Ciudades” [Decapolis] de los evangelios (Mat. 4:25; Mar. 5:20) tomaron a Atenas como su modelo: Tenían templos consagrados a Zeus y a Artemisa, tenían su teatro, su foro con columnas, su estadio, su gimnasio y sus baños. Griegas en su arquitectura tanto como en los hábitos de sus ciudadanos también eran Cesarea, el centro de gobierno de Pilato, que yacía al sur mediterráneo del Carmelo, Séforis y Tiberias, que yacían a poco kilómetros al norte de Nazaret en el Lago de Galilea, Cesarea de Filipos, erigida a los pies del Hermón, e igual Jericó. Solamente los muchos pueblos pequeños y villas en Galilea, como en Judá, habían conservado su arquitectura de estilo judío. Fue en estas comunidades judías genuinas que Jesús vivió y trabajó, y nunca mencionan los autores de los evangelios de que alguna vez Él haya vivido en alguna de las ciudades griegas, sino solamente en su vecindario (Mar. 7:31).

Sin embargo, la vestimenta griega y gran parte del estilo de vida griego habían penetrado en las comunidades puramente judías, mucho antes de los días de Jesús. Naturales de Galilea y Judá llevaban la misma clase de ropa que se usaba en Alejandría, Roma o Atenas. Ésta constaba de túnica y capa, zapatos o sandalias, con un sombrero o una gorra para cubrir la cabeza. El mobiliario incluía una cama y el hábito griego de reclinarse en las comidas fue en general adoptado.²⁶

III

Aquí, sin embargo, no estamos interesados solamente en Roma como tal, sino también en el Cristianismo y en los reinos europeos que emergieron en etapas posteriores. Las mismas influencias aparecen entre ellos.

Aunque la religión de los apóstoles era esencialmente semita, “el carácter de la civilización greco-romana condicionó la textura de la iglesia cristiana en muchos sentidos . . . La iglesia primitiva era la heredera de Roma”.²⁷ Aquí King está haciendo referencia a las tradiciones ortodoxas y católicas. Otras ramas del cristianismo, como las iglesias siríacas y etíopes, conservaron una mayor parte de su herencia semita. A. H. M. Jones explica que después de sus comienzos entre judíos de habla aramea en Palestina, la nueva

religión se “extendió gradualmente primero entre las clases medias y bajas en los pueblos, principalmente en el este grecoparlante”. Incluso en Roma, “el lenguaje de la iglesia fue el griego hasta principios del siglo IV”.²⁸

Ésta es la razón principal por la que el Nuevo Testamento fue escrito en griego *Koiné*, o variante común del lenguaje, una lengua franca ampliamente usada basada en el habla ateniense simplificada y enriquecida con nuevas palabras.²⁹ De manera significativa, la epístola de Pablo a los romanos fue escrita en griego, no en latín, como de otra manera hubiéramos esperado.

Según pasaba el tiempo y se desencadenaban grandes controversias religiosas, las ideas principales de la iglesia fueron formuladas primero en griego. “Las teologías Trinitaria y Cristológica de los siglos IV y V. . . eran producto completamente del este griego”.³⁰ En ese momento el más retrasado Occidente tenía solamente dos pensadores originales: Agustín y su adversario teológico Pelagio.

Otra gran transformación tuvo lugar en 330 d.C. cuando Constantino cambió de lugar la capital. Así es como Paul K. Conkin y N. Stromberg lo ponen: “En una época en que la mayoría de los pueblos de Europa Occidental estaban viviendo en cabañas de barro, el Imperio Romano se retiró a los bancos del Bósforo, se volvió completamente griego (su lado intelectual había sido siempre principalmente griego), y llevó las tradiciones clásicas antiguas ahí en la gran ciudad de Constantinopla durante varios siglos”.³¹

Al principio, sus gobernantes hablaron el latín; “pero la mayoría de sus ideas venían del Oriente . . . una mezcla de influencias griegas, judías, e iraníes”. Constantino quería hacer de su capital un centro de cultura y aprendizaje para todo el imperio. Hizo saquear las ciudades de Grecia y Asia en busca de sobresalientes piezas de arte griego. Aproximadamente, cuatrocientas estatuas fueron erigidas en frente de la Iglesia de la Sabiduría Sagrada. A donde quiera que se mirase había recuerdos de su origen griego. El emperador también construyó bibliotecas, llenas de manuscritos, para reforzar la influencia del griego clásico.³²

Poetas como Agatías, Paulos, Macedonio y otros respondieron, a veces magníficamente. Muy educados y “conscientes de la herencia griega que le daba su carácter a la ciudad”, trabajaron deliberadamente para revivir el antiguo lenguaje literario. No fueron vanos sus esfuerzos, pues bajo Justiniano I (483-565) Bizancio vio el florecimiento final del epigrama, ese formato sutil y a menudo espléndido, de la poesía griega.³³

Trypanis concluye correctamente que fundar Constantinopla “ha probado ser equivalente a la creación de un nuevo estado griego”.³⁴ En el siglo sexto, sus emperadores usaban latín, sin embargo de manera decreciente, para insistir en su carácter romano. Pero la ciudad misma vivió un rápido cambio de lenguaje. Finalmente Justiniano tiró la toalla.³⁵ “El gradualmente dejó de hablar y escribir en latín”.³⁶ En todo caso, él no era italiano, habiendo “nacido cerca de las ruinas de Sardica (la Sofía moderna), de una oscura raza de bárbaros”, en la que hoy es llamada Bulgaria.³⁷

Al estado resultante a menudo se hace referencia como el Imperio Romano Oriental, o Imperio Bizantino. El último nombre es obtenido de Bizancio, el nombre de una ciudad más antigua que se erguía en el sitio donde se construyó Constantinopla. Notamos que cuando el emperador se trasladó al este, fue la capital de *todo* el imperio la que se mudó. Política y culturalmente, la ciudad de Roma había sido en gran parte reemplazada.

Había también, es cierto, un emperador occidental que gobernaba desde Milán y posteriormente Rávena por razones militares, ya que estas ciudades estaban más cerca de la frontera; pero estaba sujeto al de Constantinopla, y su desaparición en 476 no afectó inmediatamente a la política internacional de la época.

La preponderancia de la influencia griega en el mundo romano resultó, no sólo de una cultura superior, sino del hecho de que “dos tercios de su población vivían en las provincias orientales . . . Eran también el corazón comercial e industrial del imperio.”³⁸

Fue desde una Constantinopla totalmente helenizada que los ejércitos de Justiniano en el siglo sexto partieron para reconquistar África del Norte e Italia. Las personas de esa ciudad todavía se llamaban a sí mismas romanas, pero eran realmente griegas. Un emperador bizantino fue el que tuvo una participación de gran importancia en reforzar el poder del papado, más de medio siglo después de 476, cuando Italia había sucumbido a sus nuevos gobernantes germánicos.

Incluso en Roma persistió la influencia de los griegos, hasta principios del siglo VIII. Solamente se desvaneció hasta cierto punto cuando el Islam conquistó grandes partes del Imperio Bizantino, y los lombardos estaban abrumando las partes norteñas de la península italiana. El sur de Italia y Sicilia, sin embargo, permanecieron completamente grecoparlantes.

Y también muchos pontífices. Paul Johnson, el eminente historiador católico, registra que “entre 654 y 752 solamente cinco de diecisiete papas fueron de origen romano—tres eran griegos, cinco sirios, tres de la grecoparlante Sicilia, y uno de algún sitio en Italia”.³⁹ Efectivamente, el papa era no sólo la cabeza de la Iglesia Católica, sino también “un duque bizantino y gobernante de parte de los territorios imperiales en Italia”, se esperaba que pagara impuestos a Constantinopla.⁴⁰

El creciente aislamiento del imperio oriental causó que Roma diera un nuevo énfasis al latín, que hasta entonces había sido oscurecido por el griego y la cultura superior expresada en este idioma.

Suficientemente curioso, el surgimiento del latín como idioma de la iglesia debe mucho a Cartago en el Norte de África, comenzando con Tertuliano (c. 160-240), quién había nacido allí. En esa área el griego ya había desaparecido.⁴¹ El más grande padre latino, Agustín de Hipona, era otro norafricano.

En el Oscurantismo, el latín, que había sido más fuerte en las provincias occidentales, se estableció a sí mismo como lenguaje de la iglesia y la élite dirigente. Pero es un anacronismo pensar que el Imperio Romano, o incluso el catolicismo, fueron siempre tan

latinos. El gran cambio vino cuando Constantinopla, abrumada por problemas propios y cada vez más impotente, tuvo que abandonar el Occidente a sus nuevos gobernantes germánicos.

Durante varios siglos, los emperadores bizantinos siguieron persiguiendo y matando a los disidentes cristianos de sus provincias asiáticas, hasta que la llegada del Islam trajo un muy apreciado descanso a los supuestos herejes.

En el Bósforo, los romanos grecoparlantes, como todavía se llamaban a sí mismos, retuvieron su herencia helénica hasta 1453, cuando los turcos finalmente consiguieron tomar su ciudad. Pero antes de que esto ocurriera, era un poderoso centro de propagación tanto de civilización como del Cristianismo, de la variedad ortodoxa más que de la variedad católica romana, en toda la península balcánica y la Europa Oriental.

De esto, la insignia más conspicua es el alfabeto cirílico, nombrado así por Cirilo, el famoso misionero del siglo noveno. Junto a Metodio, tradujo la Biblia a la antigua iglesia eslava, inventando un nuevo sistema de escritura, basado en el griego.⁴² La mayoría de los países que usan el alfabeto cirílico obtuvieron su civilización y estructura eclesiástica de Constantinopla, en vez de Roma. Éstos incluyen a los búlgaros, los serbios y los rusos. Los occidentales son propensos a olvidar que éstas y otras importantes naciones también son europeas y herederas del antiguo Imperio Romano.

Como Richard W. Southern señala correctamente, Occidente por siglos ha sido curiosamente ciego a la gran contribución histórica de los griegos bizantinos y su imperio.⁴³ Y nosotros pensamos que los escritores sobre profecía han sido de forma semejante ciegos al papel que las naciones ortodoxas han tenido y probablemente tendrán en Europa Oriental, una vez que su iglesia haya hecho las paces con Roma.

Aunque después de la época de Justiniano, Constantinopla en Occidente gobernaba realmente sólo a Sicilia y partes de Italia, continuó ejerciendo una influencia muy marcada sobre Europa. Su helenismo nunca se extinguió en Italia, e incluso demostró ser un factor importante en el Renacimiento del siglo quince. Recibió un ímpetu adicional después de 1453, dado que muchos eruditos griegos huyeron a occidente con preciados manuscritos de la antigua Hélade.

IV

Los descendientes de los pueblos germánicos que habían conquistado Italia y las provincias occidentales demostraron ser más abiertos a todas estas influencias civilizantes.

Incluso en el principio, sus pueblos no habían, como expresa King, entrado en el imperio para destruir, sino para disfrutar.⁴⁴ Habían sido cautivados por los ideales de una civilización grecorromana superior, a la que trataron de imitar lo mejor posible. Es también lo que había pasado antes a los habitantes latinos de Italia, después de encontrarse con el helenismo en Cime, en Magna Grae-

cia y en Sicilia.

Cuando el imperio occidental se desmoronó, los viejos valores no fueron abandonados. “En la iglesia cristiana que trascendió al estado romano había mucho que todavía era romano”.⁴⁵

Malachi Martin, antes profesor jesuita, pone esto en términos aún más grandilocuentes. Hablando del catolicismo y refiriéndose a su variante romana, dice: “La iglesia provee el enlace continuado único entre el presente y el mundo antiguo de Grecia, Roma y el judaísmo de quienes emergen las dos bases—ciencia y democracia—de la única civilización real que podemos encontrar en 8,000 años de historia humana. La iglesia ha sido el depósito de esa civilización así como el molde de cuál ha nacido todo lo que reconocemos como arte y literatura, como ley y decencia, como vivir gracilmente”.⁴⁶

Hay algo de verdad en esta afirmación, a pesar de sus excesivas pretensiones. Pero el catolicismo a veces también se *opuso* a la ciencia y especialmente a la democracia, y lo que dice sobre la “única civilización real” no puede dejar de ofender a los chinos y a otros orientales.

Después de principios de la Edad Media, emperadores e intelectuales restablecieron concienzudamente la arruinada civilización occidental. En diferentes etapas, “las reliquias europeas del fallecido Imperio Romano fueron reanimadas para volverse el corazón del mundo moderno”.⁴⁷

Al principio, por varios siglos, el idioma latín fue su vehículo en Occidente. Y entonces llegó el siglo quince, cuando los eruditos también redescubrieron el helenismo.

En el desarrollo de Europa, esto no fue, por supuesto, el único factor importante, como algunos autores, como Frances y José Gies, han dejado claro. A través de las épocas medievales hubo un desarrollo ininterrumpido de tecnología por parte de los pueblos germánicos y sus descendientes, que han demostrado un don especial para ello. Europa también está en gran deuda con el Lejano Oriente, especialmente China.⁴⁸ La gran Ruta de la Seda, abierta por 4,000 años entre el Oriente y el Occidente, trajo en sus caravanas tanto artículos lujosos como invenciones muy útiles de ese antiguo país en el Pacífico. Dos que han cambiado el mundo son la pólvora y el papel. Este último es indispensable para la imprenta.

Sin embargo, la civilización en Europa e incluso en el resto del mundo hoy fue erigida en gran parte sobre las ideas generadas originalmente por los griegos.⁴⁹ Los principales intermediarios que transmitieron esta herencia a Occidente fueron los cristianos siríacos, los árabes y los judíos. Estos últimos vivieron en tierras tanto católicas como musulmanes, especialmente en la España medieval, cuya cultura prosperó durante su prolongado período islámico. El Occidente les debe a estos pueblos en gran parte semitas una deuda incalculable, porque sin este renacimiento del pensamiento helénico o heleno, la era en la que vivimos no podría haber llegado a existir.

Koestler también hace hincapié en la continuidad entre el antiguo Imperio Romano, incluyendo su aspecto helénico, y los tiempos modernos, “Europa no se barbarizó—fueron los bárbaros

quienes se europeizaron. Después de un largo y oscuro interludio, Europa había renacido redescubriendo su pasado—su herencia griega temporalmente perdida”.⁵⁰

V

¿Por qué esto es tan importante? Para responder a esta pregunta, echemos brevemente un ojo a los asombrosos logros de los antiguos griegos. Comenzamos con Atenas, que al final del siglo quinto antes de nuestra era llegó a alturas deslumbrantes en los campos de literatura, artes y filosofía. Estos logros nunca serían superados y solamente rara vez han sido igualados; además han influido en cada nación de Europa, desde la época romana hasta la actualidad.

La literatura inglesa provee amplias pruebas. Hasta el siglo diecinueve, escritores en Gran Bretaña y América podían leer normalmente a los escritores latinos, quienes a su vez habían sido profundamente afectados por sus predecesores griegos. Una élite influyente de intelectuales, como John Milton, también leía griego. En una antología que cubre a más de noventa poetas del medioevo hasta el siglo veinte, Stuart Gillespie demuestra el enorme impacto de esta tradición. Concluye: “Los materiales suministrados por los poetas tradicionales no han sido segundos en importancia a nada, y su influencia sobre los escritores ingleses sólo puede ser ignorada al riesgo de distorsionar gravemente la naturaleza de los logros literarios ingleses”.⁵¹

Pero la influencia griega no ha sido limitada a la literatura, las artes visuales y la filosofía; ha tocado cada círculo del intelecto, la vida y la organización social occidentales.

La ciencia, tal como la conocemos, empezó con los griegos; porque nació en Ionia, entre 600 y 400 a.C. Dos destacados hombres de ese período fueron Demócrito de Samos (c. 460-c. 370 a.C.), quien propuso por primera vez la teoría atómica,⁵² y Pitágoras de Abdera en Tracia (c. 580-c. 500 a.C.), todavía famoso por un teorema que tiene su nombre, y con quien se originó “la tradición moderna del argumento matemático, esencial para toda ciencia”.⁵³

Aparte del método experimental, la ciencia occidental no podría haber existido sin las contribuciones de la lógica y especialmente las matemáticas, ambas originadas con los griegos antiguos. Las leyes científicas no podrían haber sido descubiertas sin un hábito radical de abstracción, requiriendo “la voluntad de traspasar la confusa diversidad del mundo visible y expresar sus regularidades observadas en fórmulas matemáticas. Esto fue posible a través de la recuperación de la matemática griega en el siglo XVI”.⁵⁴

Atenas inventó la democracia, pero los reinos helenos añadieron el federalismo, el que los romanos usaron extensamente para forjar su imperio. Este se aplicó después más perfectamente en Suiza, Holanda y los Estados Unidos.⁵⁵

La cuarta bestia de Daniel 7 tenía grandes dientes de hierro para simbolizar el estado romano, pero las uñas (garras) de bronce para indicar el elemento griego; porque en carácter era y permanece

grecorromano. Con sus dientes romanos, devoró a los hijos de Dios, y los aplastó con sus bronceas garras bizantinas. Esta criatura representa a Roma-Europa, junto con su descendencia, la neo-Europa de dimensión global analizada en un capítulo anterior.

Percatarse de que la civilización occidental clara y prominentemente tiene una imagen helénica puede ayudar a solucionar varios acertijos proféticos. Uno trata de un pequeño cuerno *romano* que parece surgir de parte de la nación *griega*, como se retrata en Dan. 8:9-11. Otro es el por qué la Bestia Anticristiana de Apoc. 13 se parece tanto a un *leopardo*.

En capítulos posteriores, estaremos escudriñando a la bestia de Dan. 7 y sus cuernos más atentamente. Pero primero tenemos que considerar el otro ser poderoso al que las profecías hacen referencia, el Mesías, que es también el Cordero de Dios, y la iglesia cristiana, que él fundó.

Parte 3

El Cordero de Dios

9 La Historia que Nunca Fue

I

Hay otra profecía en el Antiguo Testamento que menciona a un animal con partes de bronce y de hierro. Lo encontramos en el libro de Miqueas, quien vivió aproximadamente en 742-687 a.C., cuando Jotám, Acaz y Ezequías todavía estaban reinando Judá. Miqueas, un contemporáneo de Isaías, pero más joven,¹ escribió aproximadamente cien años antes que Daniel.

En su libro, encontramos varias profecías interrelacionadas, las que contrastan y con todo parecen repetidas en las de Daniel 2 y 7. Brevemente, esto es lo que Miqueas dijo: Debido a la perversidad en Judá bajo el liderazgo de sus gobernantes, Jerusalén “vendrá a ser montones de ruinas” (Miq. 3:12). Más aún, claramente se insinúa que la ciudad sería reconstruida. Bueno, todo esto ocurrió. Hasta ahora, por lo menos, no hay discrepancia con nada de lo que Daniel escribiera. Pero desde este punto en adelante, en su cuarto capítulo, Miqueas predice un futuro muy diferente.

El Señor reinaría sobre su pueblo vuelto a reunir en el monte Sion, para siempre. Un período de paz universal empezaría. Muchas naciones subirían a Jerusalén y pedirían ser instruidas en su religión. Para ellos, también, el templo se volvería el centro de adoración. El Señor sería el juez sobre muchas naciones, las que se volverían a la búsqueda de la paz,

forjarán ellas sus espadas en azadones,
y sus lanzas en podaderas.
No blandirá más la espada nación contra nación,
ni se adiestrarán más para la guerra.
(Miq. 4:3)

Seguiría un maravilloso tiempo, pues Dios habría restituido el “señorío primero” de Sion; “el reino de la hija de Jerusalén” (vers. 8). Su rey sería el Mesías, nacido en Belén, y su reinado se extendería “hasta los fines de la tierra” (Miq. 5:2-4). Los hebreos tendrían dominio universal sobre todo el planeta, en liga con otras naciones convertidas.

II

Isaías especificó dos de ellas: “En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra; porque Jehová de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad” (Isa. 19:24, 25).

Estos otros pueblos antiguos ya no existen, pero Dios—quien anhelaba su salvación—los habría protegido y bendecido para siempre, como suyos si no hubieran rechazado sus intentos por salvarlos.

Algunas naciones se negarían a aceptar el reino mesiánico. Ellas

pelearían, pero, viniendo al ataque contra Jerusalén, descubrirían que el Señor tiene sus propios planes para ellos, pues Él “los juntó como gavillas en la era” (Miq. 4:12). Ahora notemos el siguiente pasaje, que contiene expresiones evocadoras de la redacción que después sería utilizada para describir la visión de Daniel:

Levántate y trilla,
hija de Sion,
porque haré tu cuerno como de *hierro*,
y tus uñas de *bronce*,
y *desmenuzarás* a muchos pueblos;
y consagrarás a Jehová su botín,
y sus riquezas al Señor de toda la tierra.
(Miq. 4:13, énfasis añadido)

Esto es sorprendente. La hija de Sion tiene tres de las mismas características que la cuarta bestia de Dan. 7, concretamente el hierro, el bronce y la noción de desmenuzar a otras naciones. Pero Miqueas retrata al pueblo de Dios como una novilla, eso es, como un animal limpio, a diferencia de los carnívoros impuros que simbolizarían después a los imperios no judíos.

III

Como un exiliado en Babilonia, Daniel naturalmente estudió las promesas de Dios de una restauración gloriosa de la nación judía. Nos dice sobre estas en el capítulo 9:2, haciendo referencia a las predicciones de Jeremías. También, con su muy aguda mente y su acostumbrada diligencia, habría reflexionado sobre los escritos de otros profetas. Las palabras de Miqueas que hemos citado, escritas un siglo antes del tiempo de Daniel, ciertamente podrían haberle sido familiares.

Daniel habría quedado particularmente perplejo respecto al por qué las predicciones acerca del Mesías no se habían cumplido. El Prometido debía haber nacido en Belén en tiempos de los asirios. Tales naciones temibles habrían sido derrotadas bajo su liderazgo, sus países devastados (Miqueas 5:2). La Biblia lo dice así, explícitamente (vers. 5, 6).

IV

Varias hermosas profecías de Isaías acerca del Mesías, también apuntaban a ese período. El hijo de la virgen, que sería conocido como Emanuel (Isa. 7:14) habría nacido en la época del perverso rey Acáz, si este se hubiera arrepentido. Durante su reinado, el reino norte de Israel, en coalición con Siria, estaba amenazando Jerusalén . . . mientras los asirios esperaban, preparados para abalanzarse sobre todos ellos (vers. 5, 6, 18-20). Ese era también el marco de tiempo para el nacimiento del niño cuyo nombre sería “Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isa. 9:6, 9-14), a quién otra profecía llama “vara del tronco de Isái” (Isa. 11:1)

que los libraría de los enemigos norteños de Judá (vers. 11-16).

V

Pero cuando Daniel tuvo sus visiones, todos estos estados ya habían desaparecido. Siria, tanto como el estado norte de Israel, habían sido barridos de la faz de la tierra por los asirios, y luego éstos, a su vez, desaparecieron cuando los babilonios, confabulados con los medos, atacaron y destruyeron su imperio. Finalmente, Nabucodonosor conquistó a Judá y en varias etapas la desalojó de sus gentes, especialmente después de la destrucción de Jerusalén. Con estos eventos, aparentemente el momento para el nacimiento del Mesías también se había ido.

El Hijo de Dios efectivamente podía haber nacido en la época del rey Acaz, siete siglos antes de nuestra era, de acuerdo con Miqueas e Isaías—si ese monarca y otros que le sucedieron no hubieran sido tan incrédulos. Por supuesto, el Señor supo todo el tiempo que su pueblo tristemente renunciaría a sus planes de curarlo de su apostasía espiritual y salvarlo de las naciones que estaban amenazando su supervivencia nacional. El futuro no ocurriría de ese modo. Sin embargo, había estado preparado y deseoso de cumplir esas promesas, si tan solo . . .

Pero ¡cómo debe haber preocupado a Daniel esta falta de cumplimiento! Y poco asombra que él tuviera “deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies” (Dan. 7:19).

En lugar de la novilla Sion, con sus cuernos de hierro y pezuñas de bronce, desmenuzando a muchas naciones, vio a una bestia muy diferente que interpretaría un papel similar. Aún peor, hollaría “las sobras (residuo). . . con sus pies”. En la mente de Daniel, esto sólo podía significar que su pueblo también sería su víctima, pues *residuo* significa “remanente”, una palabra que la Biblia generalmente aplica al pueblo de Dios.

Quedó pasmado por este cambio en el escenario profético.

VI

Y usted, estimado lector, podría estar perplejo también. ¿Las profecías se contradicen? ¿Podemos depender de la Biblia, que las contiene?

Indudablemente, podemos, pero tenemos que darnos cuenta de que los eventos históricos a los que las profecías hacen referencia son conformados, no sólo por Dios, sino también por personas, quienes son voluntariosas y frecuentemente desobedecen o se resisten a Su conducción. Hay una maravillosa interacción de lo divino con lo humano, que trae a la mente la rueda que giraba dentro de otra rueda, que Ezequiel vio (1:16).

Elena de White explica esto de forma maravillosa en el siguiente pasaje, profundo y sublime: “En los anales de la historia humana, el

crecimiento de las naciones, el levantamiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas del hombre. Los sucesos parecen ser determinados, en gran parte, por su poder, su ambición o su capricho. Pero en la Palabra de Dios se descubre el velo, y contemplamos detrás, encima y entre la trama y la urdimbre de los intereses, las pasiones y el poder de los hombres, los agentes del Señor misericordioso, que ejecutan silenciosa y pacientemente los consejos de la voluntad de Dios".²

Dios no es un simple espectador de lo que ocurre en el mundo; es el supremo moldeador de la historia, y con todo las personas no son marionetas. Pueden resistirse y retrasar a veces sus propósitos, aunque éstos al final prevalecerán. Ocasionalmente, los seres humanos incluso los aceleran, aunque lo hacen sin darse cuenta. Como la compasión del Señor sobrepasa todo entendimiento, Él, incluso, de vez en cuando hará algunos cambios en su programa.

Consideremos dos historias adicionales en la Biblia que ilustran claramente este punto.

VII

La primera se encuentra en el libro de Jonás.

Un día este profeta recibió una instrucción del Señor: "Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama contra ella que su maldad ha subido hasta mí" (Jon. 1:2).

Era esta una comisión de lo más inoportuna, pues Nínive era la más antigua y al final la ciudad más grande de los talentosos pero crueles asirios, que por siglos habían estado aterrorizando el Medio Oriente. También representaban una amenaza para el reino norte de Israel, el país de Jonás. Al final, en 721 a.C., destruirían Samaria y con gran derramamiento de sangre y atrocidades terribles arrasarian con las diez tribus. Los supervivientes serían deportados y esparcidos entre las naciones, donde la mayoría de ellos desaparecerían sin dejar rastro. Aunque Jonás vivió antes de estos eventos, probablemente tuvo un presentimiento, y quizás incluso iluminado por el Señor, de que esto finalmente le acontecería a su pueblo.

Y así, cuando Dios le ordenó que visitara Nínive y predicara en esta, el profeta quedó consternado. Es cierto, su mensaje sería fiero, prediciendo la destrucción de esa ciudad perversa; pero Jonás sabía que esto era realmente un intento de Dios por evitar el desastre. Lo que el Señor estaba planeando era un tratamiento de choque para salvar a las personas de esa ciudad atroz. Pero como buen israelita patriótico, el profeta había estado esperando (e indudablemente orando por) la destrucción de Asiria.

No, ¡él no iba a ir a entregar el inconveniente mensaje! En lugar de viajar hacia el este, se apuró a marchar al puerto de Jope en el Mediterráneo, donde abordó un velero que navegaba en dirección opuesta. Se sentía atraído—o así pensaba—por Tarsis, también conocida como Tartessos o Tartésida, una antigua ciudad que yacía más allá de Gibraltar en la costa occidental de España,³ tan lejos de

Nínive como uno podía normalmente llegar en aquellos días.

Generaciones de lectores de la Biblia se han sentido intrigadas por los espectaculares eventos que siguieron, especialmente el fastidioso viaje de Jonás a las profundidades marinas en un animal marino gigante, que el Señor utilizó para conseguir que el profeta desobediente regresara al buen comportamiento. Desafortunadamente, muchos han sido tan fascinados por este inusual pez que pierden el punto principal de la historia, que es la compasión y la renuencia de Dios de ejecutar su sentencia contra los transgresores.

Como Jonás había temido, el rey y el pueblo de Nínive se arrepintieron cuando escucharon que su ciudad sería destruida dentro de cuarenta días. “Vio Dios lo que hacían, cómo se convirtieron de su mala conducta, y se arrepintió Dios del mal que había determinado hacerles, y no lo hizo” (Jon. 3:10).

Esto disgustó enormemente al profeta, cuya predicción ya no se vería cumplida—y cuyo nacionalismo israelita se había visto frustrado. Dios, sintió, lo había hecho pasar por tonto, tal como había sospechado que ocurriría. Jonás, incluso airadamente, reprochó a su Creador: “Y oró a Yahveh diciendo: “¡Ah, Yahveh!, ¿no es esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Fue por eso por lo que me apresuré a huir a Tarsis. Porque bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal” (4:2).

En una generación posterior, a Jeremías, el Señor confirmó explícitamente el carácter condicional de sus amenazas, cuando eran pronunciadas como profecías:

“De pronto hablo contra una nación o reino, de arrancar, derrocar y perder; pero se vuelve atrás de su mal aquella gente contra la que hablé, y yo también desisto del mal que pensaba hacerle” (Jer. 18:7, 8). Porque “yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva” (Eze. 33:11).

La conversión de los asirios no duró por mucho tiempo. Fallaron al no convertirse en la obra de las manos del Señor y co-herederos con Egipto e Israel en la historia que nunca fue, la que Isaías había predicho y Dios había planeado. Los ninivitas pronto regresaron a su perversidad cruel, y al final la profecía de Jonás se cumplió; porque en 612 a.C. Nínive—que mientras tanto se había vuelto la capital de Asiria—perdió contra los ejércitos combinados de los medos y los babilonios. Estos quemaron su palacio con todas las personas adentro, incluyendo a Sin-shar-ishkun, el último rey de Asiria.⁴

Pero a esas alturas Jonás ya había estado muerto por varias generaciones. El Señor retrasó la destrucción de Nínive por 150 años.

VIII

La segunda historia que muestra cómo a veces Dios cambia su programa profético concierne al buen rey Ezequías (n. 729—f. 686

a.C.), quién había realizado reformas religiosas en Judá, liberándolo de las prácticas paganas con las que su pueblo había mezclado ecuménicamente su religión.

Después, cuando devino gravemente enfermo, el profeta Isaías vino para decirle que pusiera sus asuntos en orden, porque iba a morir. Esto causó mucha pena al rey. Llorando amargamente, suplicó a Dios. El Señor se conmovió y ordenó a Isaías que volviera y le informara a Ezequías que quince más años serían añadidos a su vida. Es una historia estupenda, registrada en 2 Reyes 20.

Pero habría sido mejor si hubiera aceptado la decisión de Dios, como podemos ver en el capítulo 21; porque durante esos quince años adicionales nació su hijo Manasés.

A la muerte de Ezequías, este muchacho, de sólo doce años, heredó el trono y durante cincuenta y cinco años causó estragos en Judá. Manasés resultó ser un rey particularmente corrompido. Reintroduciendo prácticas paganas, condujo a su pueblo a una apostasía manifiesta. Aquellos que se opusieron a su perversidad fueron ejecutados. De acuerdo con una tradición antigua, una de sus víctimas fue el profeta Isaías, quien fue serrado por la mitad.⁵

La única característica redentora y extraordinaria de la carrera de Manasés fue que después, en años avanzados de su vida, se arrepintió, pero ni él ni sus sucesores—incluyendo Josías, un rey maravillosamente piadoso—pudieron quitar la corrupción que ahora infectaba tan profundamente al país. El único remedio de Dios fue entregar Judá al poder de Nabucodonosor y tener un remanente de su pueblo deportado a la lejana Babilonia.

No debemos, sin embargo, deducir demasiado de esto. Incluso si Manasés nunca hubiera nacido, probablemente el pueblo de Judá habría terminado como exiliado. Pero a través de su nacimiento los propósitos de Dios parecen haberse acelerado.

IX

Observamos, entonces, que hay un elemento condicional en la profecía; porque lo que los seres humanos deciden y hacen es importante, aunque demasiado a menudo apenas se benefician por la indulgencia del Señor.

Aparte de ejemplos menores de profecía condicional, un estudio cuidadoso también revela una desviación muy seria y grave de lo que el Señor había planificado originalmente para su pueblo.

El Antiguo Testamento contiene toda una serie de predicciones muy diferentes a las que encontramos en Daniel. Al menos una docena de profetas, incluyendo Miqueas e Isaías, retratan una nación judía obediente, que crecería espectacularmente en una máxima potencia mundial, incluyendo finalmente a todas las naciones del planeta. Sus gobernantes serían el mismo Mesías y Dios.

Ésta es la historia que nunca fue, la que el Señor por mucho habría preferido a lo que ocurrió en realidad. Pero depende de la fidelidad de su pueblo, el que tan a menudo—desde tiempos del

Éxodo en adelante—lo ha decepcionado.

Después de casi mil años, en un esfuerzo final por traerlos a sus cabales, dejó que Jerusalén y su glorioso templo, aquel en el que sus habitantes habían confiado, fueran destruidos, consumido por las llamas. Muchos perdieron sus vidas, pero los supervivientes fueron llevados a Babilonia. Era el propósito de Dios que ahí cambiaran, separados ya de la contaminación de la religión corrupta y cruel, pero atrayente, de los cananeos.

Pero aún así Él sabía que incluso después de este período del exilio, los judíos no cumplirían realmente el plan de Dios para ellos. Como también le había dicho a Jeremías, “Y de pronto hablo, tocante a una nación o un reino, de edificar y plantar; pero hace lo que parece malo desoyendo mi voz, y entonces yo también desisto del bien que había decidido hacerle” (Jer. 18:9, 10).

En Babilonia, al menos, los judíos fueron destetados de la idolatría antes de regresar a su país, pero habían contraído otros defectos. Uno era el materialismo. En lugar de dar prioridad a la restauración del templo del Señor, se concentraron en ponerse cómodos (Hag. 1:4). Aún más gravemente, continuaron ignorando el propósito de su existencia nacional, concretamente traer el conocimiento de Dios a las naciones circundantes, como se define en varias escrituras del Antiguo Testamento, especialmente en Isaías, a quien los cristianos llaman el profeta evangélico. Temiendo problemas adicionales por el relacionamiento con los paganos, los judíos se fueron ahora al extremo opuesto: Evitando el contacto con ellos tanto como fuera posible.

Por lo tanto, desconocido para ellos, el Señor ya había decretado que la primacía y dominio mundial pretendidos para Israel pasarían sucesivamente a Babilonia, a Medopersia, a Grecia y a Roma, hasta que el Mesías asumiera el reinado sobre el planeta.⁶

A pesar de todo, para alentar al pueblo elegido, un mensajero inspirado tras otro todavía predecían los resultados gloriosos de obedecer a Dios en todas las aspectos; pero—es triste decirlo—estas predicciones favorables fueron todas frustradas, como el Todopoderoso sabía que lo serían.

X

En torno a la época en que el Señor estaba revelando la horrorosa alternativa a Daniel, estaba dándole visiones a Ezequiel sobre una magnífica nueva Jerusalén y templo que serían levantados una vez que los judíos hubieran regresado a su nación. Registrando todo esto en los capítulos 40 al 48, este profeta abunda en maravillosos detalles.

Desafortunadamente poco resultó de ese templo, ni salió de él un río milagroso hacia el este hasta el Mar Muerto, curando sus aguas (Eze. 47:1-12). Pero un día, un río similar, al final de la historia, sí fluirá por la nueva Jerusalén que descenderá de Dios en los cielos. Pero el santuario que Ezequiel describió no será nunca construido; porque Juan, quien escribió el Apocalipsis, dice muy específica-

mente: “Pero no vi Santuario alguno en ella” (Apoc. 21:22).

La oportunidad final de dominio mundial antes del Segundo Advenimiento terminó para la nación judía cuando rechazaron a Jesús, el Mesías que había venido a cumplir las Escrituras del Antiguo Testamento.

Sin embargo, finalmente Dios traerá en esencia todo lo que ha planeado y predicho, aunque está claro que las acciones humanas pueden afectar los detalles. En última instancia el Altísimo no está limitado por lo que las personas hacen; aunque en el corto plazo permite que ellos a veces afecten sus planes, a nivel táctico, pero no estratégico.

XI

Algunos estudiantes de profecía, pertenecientes a la escuela Futurista, insisten en que todos los eventos predichos por Ezequiel, incluyendo los capítulos 38 y 39, se cumplirán en la historia del Israel actual para que la gloria de Dios se ponga entre las naciones (39:21), cuando haya restaurado las fortunas de su pueblo (39:25-28).

Puede encontrarse un ejemplo en una de las fallidas predicciones de Hal Lindsey, donde intentó identificar a enemigos como Gog, Togarma y Ros. Este último, sostuvo él, era Rusia, quien invadiría Israel. Esto debió, de acuerdo con sus cálculos, haber tenido lugar aproximadamente en 1988: “Una generación en la Biblia es algo así como cuarenta años. Si ésta es una deducción correcta, entonces dentro de cuarenta años más o menos, partiendo de 1948, todas estas cosas podrían tener lugar. Muchos eruditos que han estudiado toda su vida las profecías de la Biblia creen que esto será así”.⁷

Como sabemos, no ocurrió de ese modo. Tan sólo un poquito después de 1988, la temible Unión Soviética se separó y repentinamente dejó de ser una potencia mundial. Desde entonces, como ya hemos visto, un desarrollo aún más sorprendente ha tenido lugar: El ateísmo fue repudiado en 1997 cuando Rusia restituyó legalmente la iglesia ortodoxa como su religión oficial.

¿O puede creer todavía seriamente cualquier cristiano, o cualquier judío, que los animales serán sacrificados otra vez en un templo en Jerusalén—del que fluirá ese río de agua curativa, con el árbol de la vida en sus orillas? (Eze. 47:1-12).

Aquellos que insisten en que todo lo predicho en el Antiguo Testamento deba cumplirse en el detalle más diminuto son confrontados con varios problemas, como el glorioso papel predicho para el Egipto faraónico y la antigua Asiria.

No, Ezequiel—como otros profetas antes y después de él—retrató una historia que nunca fue, y en su sentido original, literal, nunca ocurrirá.

XII

Cuando estudiamos los profetas del Antiguo Testamento como Miqueas, Isaías, Ezequiel, Hageo y Zacarías, tenemos que reconocer

el elemento condicional en sus predicciones. Dios estaba ansioso de cumplir su parte del trato con su pueblo, pero este siguió frustrando sus propósitos para él, desde la época del Éxodo hacia adelante.

Esto no pretendía ser una sorpresa no anunciada, pues hasta eso el Señor predijo. Primero leemos acerca de eso en Lev. 26, que contiene no sólo una lista maravillosa de las bendiciones para Israel si observaban el solemne pacto con Él—especialmente guardando sus Sábados y absteniéndose de la idolatría—sino también un sorprendente catálogo de desgracias y calamidades nacionales si no lo hacían. Luego, un poco antes de la muerte de Moisés, Dios le informó que desafortunadamente ellos escogerían la senda de la desobediencia. “He aquí, tú vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para estar en medio de ella; y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él; y se encenderá mi furor contra él en aquel día; y los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro, y serán consumidos; y vendrán sobre ellos muchos males y angustias, y dirán en aquel día: ¿No me han venido estos males porque no está mi Dios en medio de mí?” (Deut. 31:16, 17).

Moisés diligentemente animó a las personas a ser fieles a Dios, quien les prometió muchas bendiciones si lo eran. El gran líder también previó que después de instalarse en Canaan imitarían a las naciones circundantes nombrando un rey. Para disminuir los males que esto implicaría, dio instrucciones específicas de que tal monarca no debía militarizarse o feminizarse. Tenía que abstenerse de multiplicar sus caballos, esposas, o riqueza (Deut. 17:14-17). Alguien familiarizado con la historia posterior de Israel se sorprendería por esta representación exacta de la carrera de Salomón, presentada siglos antes de su nacimiento.

En un capítulo maravilloso pero terrible, Deut. 28, Moisés reenfatiza los temas de Lev. 26, abundando tanto en las bendiciones que resultarían de la obediencia como las maldiciones que seguirían a la transgresión. Predijo la realeza futura en Israel (vers. 36), los horrores posteriores al asedio por un país extranjero muy lejano (vers. 49-57), y el exilio (vers. 63). Predijo incluso el miedo constante e intranquilo de una diáspora por toda la tierra (vers. 63-67).

En dos períodos de su historia, los judíos sufrieron una calamidad nacional terrible. La primera vez fue en 586 a.C. cuando el ejército babilónico de Nabucodonosor destruyó Jerusalén junto con su templo. La segunda vez fue 600 años después, en el 70 y el 135 d.C., cuando las legiones romanas repitieron la devastación.

La tragedia final fue que, a pesar de la cautividad babilónica y las lecciones de sometimiento a Dios para cuya enseñanza esto había sido diseñado, la nación judía asumió un curso que los hizo rechazar a su Mesías cuando finalmente vino a ellos. Jesús, destinado a sentarse en el trono de David, podría haber elevado a su pueblo a una grandeza sin precedentes si lo hubieran aceptado en sus propios términos.

La historia que nunca lo fue habría sido implementada, muy rápidamente. Entonces Sion, como una novilla simbólica, sin dudas

habría tenido cuernos de hierro y pezuñas de bronce y habría desmenuzado a muchos pueblos recalcitrantes. El primer señorío habría regresado, porque su rey de Belén habría sido grande “hasta los fines de la tierra”, exactamente como Miqueas había predicho.

Pero no es así cómo ocurrió. En vez de ello, la mayoría de los judíos persistieron en frustrar los designios celestiales, justo hasta el tiempo en que Jesús, el Mesías, finalmente vino. Entonces, finalmente, la paciencia divina se agotó, después de quince siglos de desobediencia repetida y persistente de Israel a los mandamientos de Dios. Y así fue que implementó completamente su alternativa: La historia de la que nosotros—quienes nunca debimos haber existido—somos una parte.

XIII

Es interesante reflexionar sobre la trascendencia del bronce y el hierro en la historia que nunca fue. Los mejores elementos de la herencia griega y romana, exactamente como aquellas de Egipto y Asiria, indudablemente habrían sido preservados e incluidos en esta versión alternativa de la humanidad.

Como hemos visto, el Señor era bien consciente de que su maravilloso plan para su pueblo sufriría un revés importante. Por lo tanto, mientras que otros profetas estaban animando a los judíos a cumplir su destino glorioso, Él reveló a Daniel lo que ocurriría en realidad, como hemos leído en el capítulo siete y en cualquier otra parte de su libro. Pero para ahorrarle un desaliento excesivo al pueblo del Antiguo Testamento, Dios, en su sabiduría y piedad, selló algunas partes de esta revelación por los siglos venideros (Dan. 12:9).

En su primer advenimiento, el Mesías no sería aceptado por su pueblo, sino que fue despreciado y matado. En lugar de que una Jerusalén reconstruida fuera la amante del mundo, en retribución sería destruida y la nación judía derrocada una segunda vez.

Y así Dios dio dos juegos de predicciones, prediciendo historias completamente diferentes para el mundo: Dos mundos paralelos, por así decirlo. Cuál se volvería realidad dependería de cómo su pueblo reaccionara frente a su Mesías, con quien toda profecía está en última instancia relacionada.

No podemos dudar que el Señor habría preferido la primera alternativa, en la que los judíos aceptaron a Jesús totalmente; pero sabía que no sería así. Por ende tenemos que señalar una diferencia importante entre las profecías que conciernen a la historia que nunca fue, y las de Daniel y Apocalipsis, prediciendo la historia como en realidad ocurriría.

XIV

Como W. Richard Leshner y Frank B. Holbrook lo expresan, la condicionalidad de las primeras derivaba de “las promesas y juicios (bendiciones/maldiciones) *conocidas* que surgieron de la relación de pacto con Dios”. Pero las profecías de Daniel y Apocalipsis son

diferentes. No son condicionales; su base no era una falible elección humana, sino el total conocimiento previo de Dios. Además, ya han sido en gran parte cumplidas y validadas por los eventos.⁸

El destino que el Omnisapiente ha trazado para este planeta será cumplido. Sus redimidos heredarán la tierra: Aquellos salvos del Israel y Judá antiguos tanto como todas las personas a quienes ha alcanzado a través de su instrumento posterior y alternativo, la iglesia cristiana. Porque la tradición de Sion no debe ser olvidada, sino que se unirá con la de los apóstoles, como Apoc. 21:12-14 evidencia. En esta gran consumación, todas las líneas de la profecía convergen, incluyendo los elementos esenciales de la historia que nunca fue.

Primero, sin embargo, el dominio que el Israel y el Judá antiguo habían sido destinados a disfrutar pasaría a las bestias retratadas en Dan. 7, especialmente la longeva cuarta y terrible con dientes de hierro y garras de bronce.

10 Una Biografía Profética del Mesías

I

Nada es más fascinante que una comparación de las profecías del Antiguo Testamento sobre el Mesías con las escrituras del Nuevo Testamento que registran la vida de Jesucristo. Los textos son tan abundantes y detallados que de ellos solos podemos construir a una biografía breve pero asombrosamente completa.

Al ojo casual, los siguientes párrafos podrían parecerle una seca colección de referencias. Cuando son escudriñados y leídos revelan, sin embargo, una historia cautivadora—con poder para asombrar la mente y transformar el corazón. Muestran que Jesús era más que sólo un ser humano extraordinario, más que un maestro maravilloso. Se alza revelado como el amigo incomparable de la raza humana, el Salvador del mundo. Seguir la manera misteriosa en la que el hombre de Nazaret cumple tantas predicciones puede también tener otro efecto: El escéptico llega a comprender que la Biblia es verdadera y contiene una oferta increíble de vida eterna para todo el que la lee.

Pero, ¿tal engrane de pasajes del Antiguo con el Nuevo Testamento, de tantas profecías con su cumplimiento, no sería todo resultado de absoluta casualidad o coincidencia? Matemáticamente, las probabilidades están totalmente en contra de ello. También, a veces los eruditos envueltos en estudios bíblicos hacen referencia a la tensión entre las escrituras hebreas y cristianas, como si a través del Buen Libro se enseñara la existencia de dos deidades: Un dios del Antiguo Testamento, estricto y más bien terrible, con un Señor cariñoso y misericordioso en el Nuevo Testamento. Para los fieles creyentes que estudian cuidadosamente y ponderan la Palabra, no existe tal tensión. La misma misericordia mezclada con la ley (justicia) se encontrará en todas sus páginas sagradas.

En la lista a continuación, la primera mitad que antecede al símbolo ‘/’ presentará siempre una profecía del Antiguo Testamento que predice un evento, y la segunda mitad, que aparece después de ese símbolo, un pasaje o pasajes del Nuevo Testamento que registran su cumplimiento.

II

El Mesías nacería de una mujer (Gen. 3:15/Gal. 4:4), la semilla de Abraham (Gen. 17:7/Gal. 3:16) y un descendiente real de Judá, el hijo de Jacob (Gen. 49:10/Mat. 1:1-3). Sería un príncipe de la línea del rey David (Jer. 23:5, 6/Hechos 13:22, 23). Su madre, todavía virgen y nunca tocada por hombre alguno, lo concebiría antes de casarse (Isa. 7:14/Mat. 1:18). Aunque humano, sería también divino y sería portador de los títulos más impresionantes: “Emanuel”, es decir, Dios con nosotros (Isa. 7:14/Mat. 1:21-23), “Dios Fuerte,

Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isa. 9:6/Juan 20:28); pues la persona enviada para ser el Mesías ha existido siempre. El Todopoderoso se refiere a él incluso como “el hombre compañero mío” (Miqueas 5:2, Zac. 13:7/Juan 8:56-58).

Nacería en Belén (Miqueas 5:2/Mat. 2:1) en una fecha calculable (Dan. 9:24-27/Gal. 4:4). Personas importantes llevarían obsequios y vienen para adorarlo (Sal. 72:10/Mat. 2:1-11), pero muchos niños pequeños en esa área serían asesinados (Jer. 31:15/Mat. 2:16-18). Como Israel antes de él, el Mesías sería llamado desde Egipto (Os. 11:1/Mat. 2:15).

Para preparar al pueblo para su arribo, aparecería un augurio (Mal. 3:1/Mat. 3:1-3), un predicador poderoso como Elías (Mal. 4:5/Mat. 11:7-14). El propio ministerio del Mesías comenzaría en Galilea (Isa. 9:1, 2/Mat. 4:12-16). Ungido con el Espíritu Santo (Isa. 61:1/Hechos 10:38), sería un profeta poderoso, como Moisés, a través del que el Señor habló en Sinai (Deut. 18:15-18/Hechos 3:20-22; Mat. 5:1-7: 29). En su manera de trabajar, el Mesías sería sumiso (Isa. 42:2, 3/Mat. 11:29), tierno, y compasivo (Isa. 40:11; 42:3/Mat. 12:15, 20), pero lleno de celo por la casa del Señor (Sal. 69:9/Juan 2:17). Enseñaría por parábolas (Sal. 78:2/Mat. 13:34, 35) y obraría grandes milagros (Isa. 35:5, 6/Mat. 11:4-6).

Cargaría sobre si reproche (afrenta, vituperio) (Sal. 69:7, 9, 20/Rom. 15:3), sufriría rechazo por sus hermanos (Sal. 69:8/Juan 7:3-5) al igual que por aquellos que dirigían su nación (Sal. 118:22/Mar. 12:10-12). Muchos de su propio pueblo lo odiarían (Sal. 69:4/Juan 7:3-5) y sus jefes conspirarían contra él en contubernio con gobernantes gentiles (Sal. 2:1, 2/Hechos 4:27). Un amigo de confianza, uno que había partido el pan con él, lo traicionaría (Sal. 41:9/Juan 13:18, 21) y lo vendería por treinta piezas de plata (Zac. 11:12/Mat. 26:15). Este dinero de sangre sería usado después para comprar el campo del alfarero (Zac. 11:13/Hechos 1:18, 19). Cuando sus ene-migos vinieron para hacer violencia contra el Mesías, sus seguidores huirían (Zac. 13:7/Mat. 26:31, 56).

Permanecería en silencio bajo el abuso (Isa. 53:7/Mat. 26:63; 27:12-14); el juez de Israel lo golpearía en su mejilla y cabeza (Miqueas 5:1/Mat. 26:67; 27:30), escupido, y azotado (Isa. 50:6/Mar. 14:65). Sus enemigos lo atravesarían (Zac. 12:10/Juan 19:34, 37), especialmente sus manos y pies (Sal. 22:16/Juan 19:18; 20:25). Soportaría una tremenda agonía y moriría (Sal. 22:14, 15/Lucas 22:42, 44) mientras los espectadores se burlaban de él (Sal. 22:7, 8/Mat. 27:39-44). Burlándose de él para despreciarlo y citando involuntariamente las mismas palabras de la profecía, sus enemigos exclamarían: Confió en Dios; libréle ahora si le quiere” (Sal. 22:7, 8/Mat. 27:43). Se sentiría tan abandonado que un grito de amarga angustia escaparía de sus labios: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Sal. 22:1/Mat. 27:46). Algunos le ofrecerían hiel y vinagre para beber (Sal. 69:21/Mat. 27:34) y repartirían sus vestiduras entre muchos (Sal. 22:18/Mat. 27:35). Sería contado entre criminales (Isa. 53:12/Mat. 27: 38), derramó su vida hasta la muerte (Isa. 53:12/Mat. 27:50); pero ni uno de sus huesos sería

fracturado (Sal. 34:20/Juan 19:33, 36). En su entierro, sería con los ricos (Isa. 53:9/Mat. 27:57-60).

Pero el Señor no permitiría que la carne de su Santo viera corrupción, sino que prolongaría sus días (Sal. 16:10; Isa. 53:10/Hechos 2: 31, 32); pues el Mesías estaba destinado a levantarse nuevamente (Sal. 16:10/Lucas 24:6, 31, 34) y ascendería a las alturas con trofeos humanos de su victoria (Sal. 68:18/Mat. 27:52-53; Efe. 4:8).

Con un pequeño reordenamiento y algunas adiciones, hemos extraído esta biografía profética de cincuenta artículos de *Fundamentals of Bible Doctrine* (Fundamentos de Doctrina Bíblica) de Alonzo J. Wearner.¹ Su lista, que puede haber sido compilada en aproximadamente 1930, el año anterior a la aparición de su libro, ha cautivado a sus lectores por más de ochenta años. El Nuevo Testamento muestra, además, que este método de presentar el evangelio es mucho más antiguo.

III

Después de la resurrección, cuando los apóstoles empezaron su predicación, usaron exactamente tales comparaciones de las profecías del Antiguo Testamento con los eventos en la vida de Jesús para traer a Cristo primero a los judíos y después a los gentiles, los no judíos. Un ejemplo destacado de esto es el abordamiento de Pablo a sus compatriotas en Antioquía, en Pisidia (Hechos 13:26-38).

La biografía profética del Mesías, delineada y utilizada como herramienta evangélica, no era, sin embargo, ni siquiera invención de los apóstoles y otros cristianos primitivos. Les vino de alguien mucho mayor que ellos mismos, en una tarde y una noche luego de la resurrección, cuándo el Señor resucitado apareció a sus seguidores. Dos veces en esas horas relacionó su vida y muerte con las profecías de las Escrituras Hebreas.

Primero, se reunió con dos discípulos sumamente tristes que caminaban despacio desde Jerusalén hacia su casa en Emaús, a siete millas de distancia. Se acercó a ellos como un desconocido, porque fueron impedidos de reconocerle. Les preguntó por qué estaban tan tristes, y le hablaron de su terrible desilusión: Jesús, quien habían esperado fuera el Redentor, había muerto en una cruz romana el viernes por la tarde anterior. Todas sus esperanzas fueron aplastadas. A esto Él respondió: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:25-27).

Pronto llegaron a casa y le invitaron a que pasara la noche allí, ya que la tarde estaba cayendo. En la mesa para comer, Él dio las gracias sobre el alimento; y entonces, cuando partió el pan en su manera característica, repentinamente vieron quién era. En ese momento, se esfumó.

Inmediatamente, no más temerosos sino llenos de júbilo indescriptible, saltaron de la mesa, y regresaron corriendo a Jerusalén, y con excitación dijeron a los once apóstoles y a los otros reunidos con ellos que se habían encontrado al Resucitado (vers. 28-33).

Pero éstos ya sabían que Jesús había resucitado, porque mientras tanto había aparecido no sólo a María Magdalena y a otras mujeres, sino también a Pedro. Mientras los recién llegados y el grupo con los apóstoles estaban compartiendo su emoción, Jesús apareció repentinamente entre ellos.

Después de demostrarles que no era una aparición sino un ser humano muy físico, con un cuerpo de carne y huesos, explicó otra vez las profecías mesiánicas y su cumplimiento en su vida, muerte, y resurrección. Dejó claro que ésta era la misma esencia del evangelio que tenían que predicar al mundo entero. Incluso antes de su crucifixión, había tratado de explicar qué ocurriría, pero entonces no estaban todavía listos o dispuestos a comprenderlo—sus mentes demasiado atestadas con sus propios asuntos y ambiciones insignificantes.

“Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: Que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas” (Lucas 24:44-48).

IV

La biografía profética es la historia más maravillosa alguna vez contada.

11 En el Cumplimiento del Tiempo

I

Clifford Goldstein, un judío convertido, está fascinado por Dan. 9:24-27, porque contiene “una predicción casi increíble . . . más de 500 años antes de que Jesucristo naciera, el profeta Daniel dio el año exacto en que el Salvador empezaría su ministerio terrenal”.¹

No hay profecía más importante que ésta, porque determina con precisión la fecha del primer advenimiento del Mesías y trata con muchos otros temas vitales.

Que este pasaje se refiere, sin lugar a dudas, a él, apenas puede discutirse, pues la palabra hebrea *Meshiach* (“Mesías”) como aplicada al Entregador aparece solamente en Dan. 9:25, 26.² En cualquier otro lugar hace referencia a gobernantes humanos. Significa “El Ungido”. La traducción griega de *Meshiach*, significando exactamente lo mismo, es Χριστός (“Cristos”), que aparece en todo el Nuevo Testamento. El español lo ha abreviado a Cristo. Hablar de Jesucristo es otra manera de decir Jesús el Mesías. A decir verdad, siempre que un creyente pronuncia estas palabras, son una profesión de fe.

Muchos judíos modernos, si es que aunque sea la han considerado, parecen estar menos que entusiasmados con la profecía de Dan. 9. De acuerdo con algunos cristianos, esta prueba concluyentemente que Jesús de Nazaret es el Mesías; pero si éstos tienen razón, su pueblo antiguo cometió un error terrible y en gran parte se desearon a sí mismos hace casi dos mil años, cuando lo rechazaron a Él. Probablemente por esta razón, el Talmud maldice enérgicamente a “cualquiera que trate de calcular este lapso de tiempo de 70 semanas”.³

Estudiando los Rollos del Mar Muerto, algunos eruditos ahora creen que en el período entre el Antiguo y El Nuevo Testamento muchos judíos estaban esperando que el Mesías viniera. Como Hershel Shanks apunta, en ese entonces “la escatología, el apocalipticismo, y el mesianismo eran todos una parte del judaísmo convencional”. Desafortunadamente, en los siglos diecinueve y veinte, los autores judíos influyentes han tendido a desestimar este elemento en la historia de su religión, en perjuicio de la verdad.⁴

II

Cuando Jesús nació, al menos algunos de sus compatriotas estaban esperando fervientemente el advenimiento de su Señor: Si no los teólogos líderes, al menos aquellos que estaban bien despiertos y servían devotamente a Dios. Obviamente, habían estudiado las profecías sobre el Prometido, incluyendo a Dan. 9. Dos de ellos, Simeón y Ana la profetisa, asistieron a la dedicación infantil de Cristo en el templo, y lo reconocieron por lo que era (Lucas 2:25-

38).

Después un poderoso profeta, Juan el Bautista, apareció y anunció dramáticamente que había sido enviado para preparar la senda para el Señor, quien estaría apareciendo pronto (Marcos 1:2-8; Lucas 3:2-17). Su voz poderosa, alzándose en los lugares desolados de Judea y a lo largo del río Jordán, era, por así decirlo, el clamor de medianoche del primer movimiento adventista. En respuesta a su prédica, una multitud aguardaba al Redentor, bien con expectación o llenos de temor. En tono desafiante, el Bautista clamaba: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2).

Cuando Jesús comenzaba su ministerio, hizo suyas estas palabras pero las precedió con un anuncio aún más dramático, “*El tiempo se ha cumplido*, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14, énfasis añadido). Después Pablo, en su carta a los Gálatas, abundaría en el mismo punto: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo . . .” (Gal. 4: 4). Tanto él como su Señor hicieron hincapié no solamente en lo que ocurriría, sino también en el cuándo.

¿Cómo ellos y otros podían haber sabido esto? Porque Dan. 9: 24-27, que ellos (de la misma manera que muchos en su nación) debieron haber estudiado, es una profecía de tiempo. Dios a través de su profeta le había dicho al pueblo escogido cuándo vendría exactamente el Mesías—y había reforzado su mensaje a través de Juan, el anunciador, y a través de Jesús mismo. El Cristianismo empezó con aquellos que creyeron en este mensaje profético sobre el primer advenimiento y perseveraron en su fe.

III

Cuando Daniel tuvo esa importante visión, estaba entrando en su vejez. Tanto Nabucodonosor como Belsasar estaban muertos; y Ciro el Grande, un emperador persa, había conquistado Babilonia recientemente. Para representarlo, acababa de poner en el trono a Darío, posiblemente un pariente medo.

Muy lejos en Canaan, el templo de Dios y Jerusalén todavía yacen en ruínas, pero el cambio de régimen había traído esperanza a los judíos exiliados en toda Mesopotamia. Para ahora, probablemente todos sabrían que al tomar Babilonia Ciro había cumplido una asombrosa profecía escrita algunas generaciones antes por Isaías, quien dijo: “Él edificará mi ciudad, y soltará mis cautivos” (Isa. 45:13).

Daniel recordó que a través de Jeremías, el Señor había pronosticado lo mismo: Su pueblo regresaría a su país después de setenta años, cuando los babilonios mismos hubieran sido derrocados (Dan. 9:2; Jer. 25:8-12; 29:10).

Sabía que la nación judía había acarreado su perdición sobre sí a través de la desobediencia a su pacto. Dios había visto estos eventos con anticipación, mucho tiempo antes que Jeremías se hiciera su profeta. Habló de ellos con Moisés primero, poco después del Éxodo, incluso antes de que los israelitas entraran en Canaan.

Amenazó con la devastación de sus ciudades y lugares sagrados, así como con el exilio si persistieran en violar sus mandamientos y pacto (Lev. 26:31-33). Pero Daniel fue animado a saber que el Señor no sólo había ordenado la cautividad como castigo final; también prometió dejarlos regresar a su país, si tan solo se arrepentieran:

Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí; y también porque anduvieron conmigo en oposición, yo también habré andado en contra de ellos, y los habré hecho entrar en la tierra de sus enemigos; y entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado. Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré, y haré memoria de la tierra. Pero la tierra será abandonada por ellos, y gozará sus días de reposo, estando desierta a causa de ellos; y entonces se someterán al castigo de sus iniquidades . . .

. . . Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desearé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos; porque yo Jehová soy su Dios. Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones, para ser su Dios. Yo Jehová.

(Lev. 26:40-45)

El Eterno no olvida sus promesas a sus siervos fieles, o sus oraciones—ni siquiera siglos después de su muerte. Al buscar las Escrituras Hebreas, Daniel también debe haber descubierto que cuando Salomón dedicó el templo cuatrocientos años atrás, recordó lo que Dios le había dicho a Moisés. Por lo tanto, el rey incluyó una petición especial en su oración de dedicación:

“Si pecaren contra ti (pues no hay hombre que no peque), y te enojares contra ellos, y los entregares delante de sus enemigos, para que los que los tomaren los lleven cautivos a tierra de enemigos, lejos o cerca, y ellos volvieren en sí en la tierra donde fueren llevados cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de su cautividad, y dijeren: *Pecamos, hemos hecho inicuaemente, impiamente hemos hecho*; si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma en la tierra de su cautividad, donde los hubieren llevado cautivos, y oraren hacia la tierra que tú diste a sus padres, hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que he edificado a tu nombre; tú oírás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, su oración y su ruego, y ampararás su causa, y perdonarás a tu pueblo que pecó contra ti” (2 Cron. 6:36-39, énfasis añadido).

Pronto después de esto, Dios apareció a Salomón y empezó a hacer su obra; sin embargo, también advirtió al rey contra la apostasía, que en última instancia acarrearía la ruina del templo y la expulsión del pueblo de su tierra (2 Cron. 7: 12-22).

Reflexionando sobre estas Escrituras, Daniel recurrió a Dios para reclamar las promesas mencionadas en ellas. Ayunó y, vestido con saco y ceniza, derramó su corazón en completo arrepentimiento. Como el Señor había enseñado a través de Moisés, el profeta oró no sólo por sí sino también de parte de sus antepasados, reconociendo los pecados que durante siglos habían llevado a su pueblo a la ruina nacional. Entonces pidió que tanto el santuario como la ciudad sagrada fueran restituidos: “Porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias” (Dan. 9:18). En su intercesión, cuidadosamente incluyó las palabras que Salomón había dicho que los exiliados debían usar: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente” (vers. 5).

Inmediatamente el Señor comisionó a Gabriel, su ángel más poderoso, que marchara y confirmara a su siervo sobre el amor del cielo para él y para instruirle acerca del futuro (vers. 22, 23). Ésto es lo que el mensajero celestial le dijo:

24 Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.

25 Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.

26 Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.

27 Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.

(Dan. 9:24-27)

El pasaje que acabamos de citar, tomado de la versión Reina Valera 1960, es en general una buena si no una traducción perfecta. Con el uso ocasional de un diccionario, el lector moderno debe poder comprenderlo fácilmente.

Pero hay un problema con las “setenta semanas”. Este período estaba programado para comenzar con la restauración y reconstrucción de Jerusalén y su hermoso templo, destruido por el ejército de Nabucodonosor en 586 a.C. ¿Qué representan esta expresión y otras como ella?

IV

Es intrínsecamente improbable que el Señor estuviera haciendo

referencia a setenta semanas literales, porque éstas hacen sólo poco más que un año; y Daniel escribió esta profecía más de quinientos años antes de la era cristiana. ¿Podía Jerusalén ser reconstruida, venir el Mesías, y la ciudad ser destruida otra vez en tan breve período de tiempo?

Muchos comentaristas y traductores de la Biblia por esto están de acuerdo en que éste no es un período literal sino uno simbólico. Las setenta semanas o 490 días deben representar 490 años literales. Por lo tanto, algunas traducciones de la Biblia, como por ejemplo la RSV, o versión Revisada, en inglés, dicen “setenta semanas de años”, aunque en el resto del pasaje utiliza solamente “semanas”. La Biblia versión *Good News* (también en inglés) consistentemente habla de “siete veces setenta años . . . siete veces siete años . . . siete veces sesenta y dos años . . . siete años”.

Esta equivalencia de tiempo profético y literal puede ser encontrada en dos maneras, que se complementan. La primera es de acuerdo con un principio bíblico de que en profecía un día representa un año, de lo que hablaremos en un capítulo posterior. La otra está sugerida por la palabra hebrea *shabua'* en el texto original. Puede ser interpretada igualmente como *semanas* o *sietes*. William H. Shea prefiere la primera traducción, ya que también puede representar “años sabáticos”,⁵ y Guthrie et al. prefieren la segunda traducción.⁶ Consideremos primero la segunda idea, la que nos daría la expresión “setenta sietes”.

Una versión particularmente fina de Daniel 9:24-27 es la del Dr. Ludovic L. Zamenhof, quien creó el Esperanto, el lenguaje internacional, y que posteriormente tradujo el Antiguo Testamento a este idioma. Era un judío muy talentoso y políglota con unos conocimientos magníficos del hebreo. En su versión, “Setenta sietes” deviene *sepdek jarsepoj*.⁷ Esto significa “setenta año-sietes”. Ahora, *jarsepoj* es un compuesto interesante, pero ¿hay un equivalente en español para esta palabra? Tenemos una palabra similar, la palabra culta *septenio* (del latín *septennium*, *septem* = “siete” + *annus* = “un año”). Un septenio es “un período de siete años”.

En la Reina Valera, el pasaje citado sería mucho más claro si sustituyéramos con esta palabra donde quiera que aparezca *semanas*: “Setenta septenios están determinados sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad . . .” (vers. 24). Es decir, después de regresar de su cautiverio en Babilonia, los judíos habitarían una Jerusalén reconstruida por un período adicional de 490 años. Al final de este período, enfrentarían otra crisis nacional, involucrando al Mesías mismo.

Shea, sin embargo, cree que *shabua'* debe ser traducida como “semanas” en lugar de “sietes”, e interpreta éstos de acuerdo con el principio de que un día profético es igual a un año literal. Esta línea de pensamiento lleva al mismo resultado, según el siguiente cálculo: 70 semanas = 490 días = 490 años. Pero Shea va más lejos; él sostiene, de la convergencia de varias líneas de evidencia diferentes, que *shabua'* hace referencia a años sabáticos. Él señala que 457 a.C., 27 d.C., y 34 d.C., tan vitales para una comprensión de Dan. 9:24-

27, eran todos, como fuentes extra-bíblicas muestran, años sabáticos.⁸

¿A qué se refiere esto? Como es de conocimiento general, los judíos estaban obligados a guardar el sábado, el día séptimo de cada semana, como día de descanso, porque había sido el día santo del Creador desde que el mundo empezó (Gen. 2:2, 3). Todo el mundo en Israel, incluyendo los no judíos extranjeros y los esclavos, tenía que descansar del trabajo secular. Incluso los animales debían cesar de sus labores (Ex. 20:8-11). Pero además de la semana de siete días, el Todopoderoso instituyó un ciclo de siete años, y el último de éstos era llamado también un Sábado. Este, también, debía ser observado como un descanso, no sólo por las personas agricultoras, sino también por la tierra misma. Leemos acerca de esto en Lev. 25:

Jehová habló a Moisés en el monte de Sinaí, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra guardará reposo para Jehová. Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos. Pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para Jehová; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña. Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segarás, y las uvas de tu viñedo no vendimiarás; año de reposo será para la tierra. Mas el descanso de la tierra te dará para comer a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu criado, y a tu extranjero que morare contigo . . . Y si dijereis: ¿Qué comeremos el séptimo año? He aquí no hemos de sembrar, ni hemos de recoger nuestros frutos; entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años. (Lev. 25:1-6, 20, 21).

En el año Sábado (o sabático), no estaba permitido sembrar, plantar, o una cosecha formal. La tierra debía recuperarse yaciendo sin cultivar, y cualquiera—especialmente los huérfanos, las viudas, y los extranjeros—tenían derecho a comer lo que creciera por sí mismo. Éste era también el tiempo para la condonación general de las deudas y para liberar a los hebreos esclavizados por sus acreedores. Después del séptimo año sabático, en la celebración (jubileo) del quincuagésimo año, toda propiedad rural volvía a sus propietarios originales o a sus herederos, sin compensación.

Esto formaba parte del extraordinario sistema económico de Dios para Israel, que obviamente no era ni capitalista ni socialista; porque su base no era el estado sino la familia extendida. También tenía un fuerte énfasis rural, con preferencia por el pueblo agrícola en vez de por un proletariado urbano; porque el Señor quería que tantos como fuera posible vivieran de la tierra, para prevenir los males de la urbanización excesiva. Un beneficio adicional del sistema era asegurar la estabilidad financiera, anticipándose a la inflación y a las depresiones. Si se hubiera adoptado globalmente, habría eliminado el gran desequilibrio económico entre ricos y pobres que ha atormentado a la raza humana durante toda su historia hasta el presente.

En “Dios cuida de los pobres”, un capítulo maravilloso de *Historia de los Patriarcas y Profetas*, Elena de White aborda este sistema económico y concluye:

“Los principios que Dios prescribió impedirían los terribles males que en todos los siglos resultaron de la opresión de los pobres a manos de los ricos y del recelo y odio del pobre hacia el rico. Al paso que impedirían la acumulación de grandes riquezas y la gratificación del deseo ilimitado de lujo, impedirían también la consiguiente ignorancia y degradación de millares cuya mal recompensada servidumbre es indispensable para acumular esas fortunas colosales. Representarían la solución pacífica de aquellos problemas que en nuestros días amenazan con llenar el mundo de anarquía y efusión de sangre”.⁹

Esta última oración es ominosa, ya que el libro que la contiene fue publicado en 1890, sólo unos pocos años antes del siglo veinte. En 1903, en un tiempo de optimismo general, cuando parecía que la educación y la tecnología producirían un siglo de paz y abundancia para todos, ella pronunció una advertencia aún más diáfana:

“La concentración de la riqueza y el poder, las vastas combinaciones hechas para el enriquecimiento de unos pocos a expensas de la mayoría; la unión de las clases más pobres para organizar la defensa de sus intereses y derechos; el espíritu de inquietud, desorden y derramamiento de sangre; la propagación mundial de las mismas enseñanzas que produjeron la Revolución Francesa, tienden a envolver al mundo entero en una lucha similar a la que convulsionó a Francia”.¹⁰

Esto es exactamente lo que ocurrió. El Marxismo, pidiendo explícitamente continuar la lucha que había empezado con la Revolución Francesa, estaba a punto de estallar en un planeta sobresaltado. Primero en su fracasado intento de 1905 y luego su triunfo de 1917, los trabajadores se pusieron en pie en Rusia. Esto permitió que Lenin lanzara el sueño comunista, que tenía por objetivo destruir a los ricos capitalistas y conquistar la Tierra. Después de la Segunda Guerra Mundial, por casi cincuenta años, esta lucha devino el centro de la historia humana. Y así, efectivamente, el mundo del siglo veinte estuvo llenó “de anarquía y efusión de sangre”.

V

Antes de su exilio babilónico, el pueblo elegido era muy propenso a violar el Sábado. Hacían negocios y cualquier otro trabajo secular en el séptimo día. Jeremías les advirtió que si continuaban con este hábito, el Señor destruiría Jerusalén con fuego. (Jer. 17:21-27)

También descuidaron las provisiones del año sabático, especialmente la condonación de las deudas, que entre otras cosas requería la liberación de los esclavos hebreos que habían sido vendidos por sus acreedores.

Los babilonios estaban ya a las puertas de la ciudad cuando el rey Sedequías se impuso sobre su pueblo para que liberaran a estos deudores esclavizados. Sus propietarios incluso renovaron su pacto

con el Señor a través de solemnes sacrificios, pero pronto subyugaron nuevamente a sus esclavos hebreos, lo que Dios dijo profanaba Su Nombre (Jer. 34:11-16) Esto causó que él pronunciara el terrible destino de la nación rebelde:

“Por tanto, así ha dicho Jehová: Vosotros no me habéis oído para promulgar cada uno libertad a su hermano, y cada uno a su compañero; he aquí que yo promulgo libertad, dice Jehová, a la espada y a la pestilencia y al hambre; y os pondré por afrenta ante todos los reinos de la tierra” (vers. 17).

La idolatría y la profanación del día Sábado y del año Sabático fueron muy importantes razones del exilio en Babilonia. Dios no sólo castigaría sus malas acciones sino que también exigiría compensación por hacerlo. Por lo tanto, los judíos permanecerían en tierra extranjera fuera de Canaan “hasta que la tierra cumplierse sus sábados; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos” (2 Cron. 36: 21, NRV 2000).

VI

Hasta ahora hemos establecido que las setenta semanas o setenta sietes de tiempo profético en Dan. 9 representan 490 años literales. Ahora necesitamos una fecha de inicio para este período. Los siete septenios estaban programados para comenzar con “la orden para restaurar y edificar a Jerusalén . . .” ¿Cuándo fue dada esta orden?

Los emperadores persas hicieron públicos tres decretos importantes para asegurar el regreso de los judíos a Canaan/Palestina. Los libros de Esdras y Nehemías relatan cuán difícil fue restablecer al pueblo elegido en su tierra; sufrieron una oposición tremenda de los locales no judíos que mientras tanto habían ocupado la zona. La restauración completa demoró aproximadamente ochenta años, con repetidos reveses e interrupciones.

Escribiendo sobre el templo, Esdras dijo que los exiliados que regresaban de Babilonia “Edificaron, pues, y terminaron, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro [f. 537 A.C.], de Darío [después 520 a.C.], y de Artajerjes [458/57] rey de Persia” (Esdras 6:14). El trabajo en la reconstrucción del templo fue terminado en gran parte bajo Darío I, el segundo de estos reyes (vers. 15), pero su terminación ocurrió bajo Artajerjes, quien emitió una orden “para honrar la casa de Jehová” (Esdras 7:21-27).¹¹

¿Con cuál de estos tres decretos empiezan los 490 años? Debe ser el último, porque la profecía no sólo llama a la reconstrucción del templo, sino a “la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén” (Dan. 9:25, énfasis añadido).

¿Cómo podemos estar seguros de que Artajerjes emitió esta orden en 457 a.C.? Por la claridad sobre este punto, debemos reconocer nuestra deuda con Sir Isaac Newton, quizás el científico más grande que alguna vez haya vivido. “Sus descubrimientos abarcan todos los aspectos del mundo físico con especial énfasis en la física y la química experimental y teórica y en matemáticas aplicadas y la mayor parte de la ciencia de la óptica. Durante su trabajo, desarrollo

tales matemáticas según sus necesidades científicas, incluyendo la disciplina conocida como cálculo”.¹²

Newton también leía las Escrituras todos los días, y desde la edad de doce años hasta su muerte con 85 años reflexionó sobre las profecías. “Era un erudito bíblico formidable, fluido en lenguas antiguas, y tenía amplio conocimiento sobre historia antigua”. Las notas resultantes de sus estudios ascienden a más de un millón de palabras. El fruto principal de este estudio fue sus *Observations upon the Prophecies of Daniel and the Apocalypse of St. John* (Observaciones sobre las Profecías de Daniel y el Apocalipsis de San Juan, 1733).¹³

A propósito, la reimpresión en facsímil de 1991 de la que estaremos citando estaba basada en una copia que contiene las iniciales de Thomas Jefferson, su propietario original.¹⁴ Aquí tenemos la convergencia de dos de los intelectos más poderosos que este planeta ha producido. También lanza una luz sorprendente sobre Jefferson, quien no sentía ningún amor por los clérigos, y es con frecuencia considerado virtualmente como un infiel. Y aún así, como Lincoln, quien en cierto momento también se veía a sí mismo como un deísta¹⁵ y evitó su membresía en la iglesia, estudió la Biblia y por lo tanto no pudo evitar su influencia sobre su vida. Tal es el calibre de algunos que han inclinado sus mentes para escudriñar las Escrituras en sus esfuerzos por comprender las profecías.

Los cálculos de Sir Isaac Newton sobre los 490 días serían difíciles de cuestionar:

“Ahora los *judíos* dispersados se convirtieron en un pueblo y ciudad cuando regresaron primero a un sistema de gobierno o cuerpo político; y esto fue en el séptimo año de *Artajerjes Longímamo*, cuando *Esdras* regresó con un grupo de *judíos* de su cautividad, y reavivó la adoración *judía*; y por decreto del rey creó Magistrados en toda la región, para juzgar y gobernar al pueblo de acuerdo con las leyes de Dios y del rey, *Esdras vii. 25*. Hubo dos regresos diferenciados de su cautividad, el de *Zorobabel* y el de *Esdras*; en el de *Zorobabel* [sic] tenían solamente autorización para construir el Templo, en el de *Esdras* primero se hicieron un sistema de gobierno o ciudad con un gobierno propio. Ahora los años de este *Artajerjes* empezaron aproximadamente dos o tres meses después del solsticio de verano, y su séptimo año cayó en el tercer año de la octogésima *Olimpiada*; y esta última parte, en la que *Esdras* subió a *Jerusalén*, fue en el año del *Período Juliano* de 4257”.¹⁶

El año 4257 del período Juliano fue el 457 a.C. LeRoy Edwin Froom observa que “al determinar cuándo comenzaron los años del reinado de Artajerjes, Newton no siguió la costumbre común de calcularlos desde diciembre, de acuerdo con los años canónicos (egipcios), porque sabía que Ptolomeo los había ajustado al calendario egipcio; tampoco los trató en sus cálculos como años lunares persas . . . Newton asumió que la ascensión de Artajerjes había sido retrasada siete meses después de la muerte de su padre”. . .¹⁷ “Su 7º año empezó por lo tanto después de mediados del verano del *Año del Período Juliano* (An. J. P.) 4256 [458 a.C.]; y el viaje de *Esdras*

a *Jerusalén* en la primavera que siguió al comienzo del *An. 4257* [457 a.C.]”.¹⁸

El punto de partida para los 490 años es el otoño de 457 a.C. Desde esta fecha, 70 setenios nos traen al otoño del 34 d.C. Ahora miremos el pasaje profético en mayor detalle.

VII

Dan. 9:24-27 consta de dos partes. El versículo 24 presenta una visión general de lo que ocurriría en los 490 años; los versículos 25-27 dan más detalles. Aparte del elemento tiempo, tres eventos destacan. Primero, los 490 años “para terminar la prevaricación”. ¿Qué prevaricación y de quién? El texto concierne a “Tu pueblo” y “Tu santa ciudad”; es decir el pueblo de Daniel y Jerusalén. Por lo tanto, significa la transgresión de los judíos. A través de los siglos, muchos de los descendientes de Abraham a menudo decepcionaban al Señor. Él los había llamado para que le representaran en el mundo como una luz para las naciones; en vez de ello, siguieron apostatando, lo que estableció un muy mal ejemplo. Les dio muchas, muchas oportunidades; pero al final de los 490 años su tiempo como su agencia especial para transformar el mundo habría terminado. En ese momento sus líderes cometerían un pecado mucho más grande que profanar el Sábado: Rechazarían al Mesías y presionarían a un gobernador romano para que lo ejecutase.

Segundo, los 490 años eran para “expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable . . .” Esto se cumplió en el ministerio de Jesús como Redentor del mundo. En la cruz del Calvario, se hizo el gran sacrificio para expiar por toda la raza humana. Su muerte hace posible el perdón del pecado y restituye nuestra relación con el Creador, perdida por la transgresión de nuestros primeros padres en el paraíso. Se trata con la iniquidad eficazmente, de manera que todos los que realmente creen reciben tanto el perdón y la victoria sobre el pecado.

En tercer lugar, los 490 años lograrían “sellar la visión y la profecía”. Esto debe tener un significado especial más allá de sólo decir que la predicción tenía que validarse a través de su cumplimiento, lo que es cierto de toda profecía. No, aquí hay otro significado más. El versículo 24 se refiere a otra visión, mencionada en el capítulo previo, Daniel 8. Allí leemos sobre los actos de un Cuerno Pequeño creciendo inmenso, y otra profecía de tiempo: “Hasta dos mil trescientos tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (vers. 14).

En ese capítulo, Gabriel había llegado tan lejos como para decirle cómo este Cuerno Pequeño “destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos . . . se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana” (Dan. 8:24, 25). El ángel también dijo, “La visión de las tardes y mañanas que se ha referido es verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días futuros” (vers. 26). Sin embargo, no había entrado en detalles sobre los 2300 días, ya que se detuvo cuando vio cuán profunda-

mente Daniel estaba conmovido por las terribles noticias sobre la destrucción de su pueblo. Repentinamente el profeta se desmayó y estuvo enfermo por varios días (vers. 27).

Creemos que a través del principio del aumento profético, Dan. 9 se expande sobre un asunto vital planteado en el capítulo 8; las setenta semanas o 490 años sellarían “la visión y la profecía” validando la primera parte de los 2300 días.

En cuarto lugar, los 490 años adicionales asignados a los judíos eran para “ungir al Santo de los santos”. Muchos han interpretado que esto se aplica al Mesías. Otros comentaristas, sin embargo, han señalado que en otro lugar en el Antiguo Testamento las palabras hebreas *qodesh qodeshim*, las que son usadas en este pasaje, nunca describen a una persona; hacen referencia exclusivamente a objetos conectados con el tabernáculo o el templo, especialmente el “Lugar Santísimo”.¹⁹ Ya discutiremos acerca de la relación del Mesías con el servicio del santuario cuando tratemos con los 2300 días.

Las imágenes de un santuario devastado y restaurado se extienden por todo Dan. 9. Su trasfondo era el destructivo ataque final del ejército de Nabucodonosor sobre Jerusalén cuando esta insistió en rebelarse contra él. ¿Se repetirían estos eventos? La historia contesta enfáticamente que ciertamente se repitieron, por los terribles romanos, en el año 70 d.C. y luego otra vez en el 135 d.C.

El versículo 25 da más detalles sobre la primera y más extensa parte de los 490 años: “Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos”. Ambos períodos son traídos a la vista.

Durante el primero y más breve, el templo y Jerusalén serían restaurados y reconstruidos. Esto tomaría siete septenios, o 49 años, un décimo de los 490 años. Los judíos que regresaban desde Babilonia acabarían las calles y la ciudad “en tiempos angustiosos”. Los libros de Esdras y Nehemías detallan muchos problemas que tuvieron que enfrentar, especialmente con los samaritanos y otros, quienes hicieron todo a su alcance para entorpecerlos. Neh. 4:16-23 cuenta cómo los constructores que completaban la muralla tenían que llevar espadas junto con las palas, y estar acompañados con guardias armados en estado de alerta. ¡Cuán exactamente la profecía predijo este detalle dramático!

Al restablecimiento le seguiría un período mucho más largo de sesenta y dos septenios, o 434 años, antes de la llegada del Mesías Príncipe. Debemos sumar este tiempo a los 49 años, lo que nos da 483 años. Desde 457 a.C. los sesenta y nueve septenios llegan hasta el 26 d.C. Los exiliados, sin embargo, no regresaron al principio sino en el otoño de 457 a.C. Por lo tanto, tenemos que añadir otro tres trimestres al año 26 d.C., lo que nos trae al otoño del año 27 d.C. ¿Qué ocurrió en ese entonces?

Ese fue el año cuando Jesús de Nazaret se volvió el Mesías a través de su unguimiento con el Espíritu Santo en su bautismo

(Hechos 10:38) y le dijo a su audiencia: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado” (Marcos 1:15).

Jesús empezó su ministerio público cuando tenía aproximadamente treinta años (Lucas 3:23). Pero ¿cómo entonces su bautismo pudo haber tenido lugar en una fecha tan temprana como el 27 d.C.? Como se menciona en el primer capítulo de este libro, la iglesia primitiva calculó mal nuestra era. El Señor había nacido un poco más temprano de lo que habían pensado, aproximadamente en el 4 a.C.

El versículo 26 predice lo que ocurriría *después* de los 62 setenios adicionales, en el periodo que seguiría al 27 d.C. “Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones”.

Los dos eventos principales a los que se hace referencia aquí son la muerte del Mesías y otra destrucción de Jerusalén junto con su santuario.

Cuando Jesús murió en la cruz, incuestionablemente no lo hacía para su propio beneficio, “no por sí”, sino para salvar al mundo—y a usted, estimado lector. Mientras colgaba del madero, retorciéndose en agonía, “los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (Mat. 27:41). ¡Cuán acertados estaban!

Jerusalén y su segundo templo, al que el Salvador visitó repetidamente, serían *destruidos* por “el pueblo de un príncipe que ha de venir” (Dan. 9:26). Tito y sus legiones romanas cumplieron esta profecía en 70 d.C., al final de una terrible guerra que había comenzado en 66 d.C. En 135 d.C., se repitieron los horrores del asedio y la masacre, y miles más fueron vendidos como esclavos, después de una nueva rebelión de los judíos, inspirada y liderada por un “luchador conocido como Bar Kokba, o Hijo de la Estrella, y aclamado por muchos como el tan esperado Mesías”.²⁰

En la última semana de su vida terrenal, nuestro Señor repitió la profecía de Daniel, porque también predijo estos eventos, en los siguientes pasajes:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mat. 23:37-39)

“Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (Mat. 24:1, 2).

También los advirtió: “Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en

ella. Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas” (Lucas 21:20-22).

El evangelio de Mateo contiene una importante idea adicional: “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda)... Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo” (Mat. 24:15-20). ¿Qué pasajes de ese libro tenía Él en mente? Daniel 8:11, 9:27, 11:31 y 12:11. Todos ellos hacen referencia al mismo evento.

La historia atestigua que todo ocurrió exactamente como Daniel y Jesús habían predicho.

VIII

Los romanos dos veces rodearon Jerusalén durante la guerra judía de 70 D.C., poco menos de cuarenta años después de la crucifixión.

A comienzos de 66 d.C., su comandante Cestio avanzó con sus legiones sobre Jerusalén. Los cristianos vieron cuando los soldados se desplegaron alrededor de la ciudad y plantaron sus odiosos, profanadores estandartes, en tierra santa, la que se extendía a cierta distancia más allá de las murallas. Ésto era lo que Jesús había predicho. ¡Esta era la señal para salir rápido y huir! ¿Pero cómo podrían escaparse? Entre ellos y la libertad yacía una barrera impenetrable de aguerridos y feroces guerreros, tanto judíos como romanos.

Una muerte casi certera aguardaba a cualquier cristiano que tratara de dejar la ciudad, no solamente a manos de los legionarios, también de sus fanáticos compatriotas. En su odio por los extranjeros, los judíos ya habían matado grandes cantidades de griegos sirios y otros gentiles en toda Palestina; tampoco sentían amor hacia los seguidores de Jesús. Por varios días, mientras la pelea arreciaba en los muros, los indefensos cristianos solamente podían mirar y orar.

Entonces ocurrió una cosa extraña. Los asediados ya estaban perdiendo toda esperanza de éxito y pronto se habrían rendido, pero repentinamente Cestio vaciló. Empezó a sobreestimar la fuerza de la resistencia judía, lo que lo asustó. Acto seguido, como Josefo lo escribe, “sin saber los ánimos del pueblo, ni la desesperación de los cercados, hizo retraer su gente, y sin alguna esperanza, muy desacordada e injustamente, sin algún consejo partió”. Su retirada se volvió una desbandada, con los triunfales judíos tras los talones. Pronto los dos ejércitos desaparecieron en el horizonte en dirección a Antipatris. En total, los romanos perdieron a 5,300 soldados de infantería y 380 de caballería, pero la mayoría de ellos huyó. Un día después de dejar Jerusalén, los guerreros judíos volvieron corriendo y cantando con júbilo, con el botín y las noticias de su victoria.²¹

Mientras tanto, todos los cristianos habían salido sin peligro, a través de esta ventana de breve oportunidad. El campo estaba abierto, carente de los soldados pero también de judíos antipáticos,

que podían haberlos dificultado. La mayoría de éstos, habiendo ido a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos, todavía estaba encerrada dentro, preguntándose sobre su futuro. Los cristianos tenían solamente ese único día para escaparse. Dejándolo todo, como Cristo les había dicho, huyeron rápidamente a Oriente y se apuraron al otro lado del río Jordán, ya fuera de Judea. Antes de que el día siguiente amaneciera, habían encontrado el refugio en la ciudad de Pella, Perea.²²

Elena de White, de manera sorprendente, narra en detalle lo que ocurrió finalmente en Jerusalén.²³ Los siguientes párrafos están en gran parte basados en su narración.

Hacia el final de la guerra, los romanos sitiaron nuevamente la ciudad, bajo el comando de Tito, un general muy valiente y resuelto. Pero esta vez no habría escape para nadie. Dentro, los seguidores de varios líderes de facciones judías peleaban entre sí y se asesinaban. Como era tiempo de la Pascua, como cuando Jesús murió, varios millones de personas estaban atestadas en Jerusalén. Pronto empezó el hambre. Hubo muchos incidentes horribles. Los líderes torturaron a gente hambrienta para arrebatarles sus alimentos escondidos. Como en todos los asedios prolongados, al menos algunos recurrieron al canibalismo. Muchos trataron de huir de la ciudad pero fueron capturados y crucificados inmediatamente por los romanos, justo frente a las murallas. A menudo desde los parapetos, horrorizados observadores podían ver una figura diminuta forcejeando con musculosos soldados que le sujetaban. Entonces, escucharían los gritos cuando un martillo golpeaba con un ruido sordo sobre clavo tras clavo en la carne estremecida y delicados huesos astillados.

El valle de Josafat y la zona alrededor del Gólgota, donde Jesús había muerto, estaba tan poblado de cruces y cadáveres hediondos que apenas se podía caminar entre ellos.

Mientras tanto, Tito y sus fuerzas avanzaban sistemáticamente y capturaban la ciudad pedazo a pedazo. Los legionarios, enfurecidos por la feroz resistencia de los judíos, desinhibieron su sed de sangre. Masacraron por igual a civiles y a los luchadores por la libertad. Cuando alcanzaron el hermoso templo que Cristo y sus apóstoles tan a menudo habían visitado, los romanos enfurecidos lo entregaron a las llamas, haciendo caso omiso de su general, que en vano les había suplicado que lo salvaran.

Más de un millón de judíos fueron asesinados. Algunos de los capturados fueron arrastrados a Roma para adornar el triunfo del general y masacrados después ceremoniosamente para honrar a los dioses paganos. Estos cautivos todavía pueden verse sobre el arco triunfal de Tito entre las ruinas del Fórum. Muchos terminaron en los anfiteatros para entretener a una multitud odiosa, que miraba y se reía cuando bestias despiadadas se lanzaban sobre ellos. Grandes números abarrotaron los mercados de esclavos del mundo romano, sus precios por debajo de los acostumbrados treinta piezas de plata. Otros vagaron sin hogar y tristes como refugiados en toda la Tierra. Una nueva y terrible diáspora de casi dos milenios había comen-

zado.

Jesús había predicho todo esto, al principio de la semana de su Pasión, desde el Monte de los Olivos, en el mismo lugar en donde Tito y sus fuerzas acamparían años después. Aquel viernes, también mientras luchaba exhausto bajo su propia cruz a lo largo de la Via Dolorosa, su mente saltó a estos acontecimientos cuando respondió acongojadamente a algunas mujeres compasivas: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos” (Lucas 23:28).

Pero ni un solo cristiano murió en el sitio de Jerusalén.

Elena de White señala que esos eventos no deben ser visto sólo como un fragmento de historia antigua. Pues “La profecía del Salvador referente al juicio que iba a caer sobre Jerusalén va a tener otro cumplimiento, y la terrible desolación del primero no fue más que un pálido reflejo de lo que será el segundo. En lo que acaeció a la ciudad escogida, podemos ver anunciada la condenación de un mundo que ha rechazado la misericordia de Dios y pisoteado su ley . . . horrendas han sido las consecuencias de haber rechazado la autoridad del cielo; pero una escena aun más sombría nos anuncian las revelaciones de lo porvenir”.²⁴

En el final del mundo, ahora acercándose rápidamente, un momento fatal vendrá cuando el Señor ya no suplicará más a una generación perversa. El tiempo se habrá acabado para los desobedientes cristianos e iglesias enteras, como ya ocurrió una vez con los desobedientes judíos.

“Nada refrena ya a los malos y Satanás domina por completo a los impenitentes empedernidos. La paciencia de Dios ha concluido. El mundo ha rechazado su misericordia, despreciado su amor y pisoteado su ley. Los impíos han dejado concluir su tiempo de gracia; el Espíritu de Dios, al que se opusieron obstinadamente, acabó por apartarse de ellos. Desamparados ya de la gracia divina, están a merced de Satanás, el cual sumirá entonces a los habitantes de la tierra en una gran tribulación final. Como los ángeles de Dios dejen ya de contener los vientos violentos de las pasiones humanas, todos los elementos de contención se desencadenarán. El mundo entero será envuelto en una ruina más espantosa que la que cayó antiguamente sobre Jerusalén”.²⁵

Esa última oración contiene una terrible predicción. No es simplemente una imagen de lo que Dios hará activamente para castigar a los perversos a través de las siete últimas plagas (Apo. 16). Muestra que el diablo desencadenará conflictos humanos y guerra a una escala inimaginable, posiblemente en otra guerra mundial, realizada con armas de destrucción masiva, que muchas naciones siguen fabricando. Pero todavía Aquel que salvó a los cristianos primitivos estirará su mano otra vez para proteger y rescatar a su fiel remanente de la generación final. En ese momento, el Señor honrará una antigua promesa:

Caerán a tu lado mil,
Y diez mil a tu diestra;

Mas a ti no llegará.
Ciertamente con tus ojos mirarás
Y verás la recompensa de los impíos.
(Salmo 91: 7, 8)

IX

El versículo 27 de Dan. 9 da más detalles sobre la última semana profética o el séptimo septenio, el período entre el 27 d.C. y 34 d.C.: “Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador”.

En 31 d.C., a la mitad del septenio final, Jesús fue crucificado. En ese momento, el sistema completo de sacrificios de animales llegó a su fin. Todos éstos habían prefigurado a Cristo, así que cuando murió, ya no había más necesidad de ellos. El versículo 27 arroja más luz sobre la afirmación en el versículo 24, que un propósito de los 490 años fue el de “poner fin al pecado, y expiar la iniquidad . . .” La palabra hebrea traducida aquí como *pecado* también puede significar *ofrecimientos por el pecado*,²⁶ lo que para este contexto es significativo.

Cuando Jesús murió en las afueras de la puerta de Damasco, tuvo lugar un evento dramático en la ciudad: “Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo;” (Mat. 27:51), ¡por una mano sobrenatural y celestial! Esto fue inmediatamente después de la exclamación agonizante del Mesías: “¡Consumado es!” (Juan 19:30).

El griego original es muy poderoso, una palabra única y tremenda, τετελεσται (“tetelestai”). Está conugado en tiempo perfecto, que en ese idioma (a diferencia del español) siempre tiene un significado *presente*, ya que expresa un resultado constante de una acción en el pasado. *Tetelestai* también puede significar “es [y permanece] *cumplido*” o “está *completo*”. Hace referencia a la satisfacción o cumplimiento, por parte del Señor, de todas las profecías que apuntaban a Él, incluyendo aquella en Daniel 9. “Jesús había completado la obra que su Padre le había dado para que hiciera (cap. 4:34). De acuerdo con lo establecido, se había cumplido cada paso del plan de la redención forjado antes de la fundación del mundo”.²⁷

Pero esa palabra de triunfo también tiene una implicancia adicional. El Nuevo Testamento enseña que “sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (Rom. 6:9-10). En contraste con las prácticas del Antiguo Testamento, “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí

mismo” (Hebreos 7:27). ¡*Tetelestai!* En vano, entonces, intentan los sacerdotes que creen en la transustanciación matarlo una y otra vez en lo que llaman el *sacrificio* de las misas.

Pero, ¿cuál es el *pacto* que el Mesías “por otra semana confirmará . . . con muchos”, y cómo podía hacer esto después de haber muerto a mitad del septenio final, en 31 d.C.?

En la noche antes de su crucifixión, cuando Jesús estaba instituyendo el servicio de la comunión, ofreció la copa a sus apóstoles y dijo: “Esta copa es el nuevo διαθηκη [“diathēkē”] en mi sangre” (Lucas 22:20). “Diathēkē” significa *testamento* o *pacto*. Su muerte por los pecados del mundo forma la base del proyecto de Dios para perdonarnos y para regenerarnos por su gracia. Éso es lo que Jeremías había predicho: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo . . . porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:33, 34).

La mayoría de los líderes judíos habían condenado y habían entregado a Jesús a los romanos para que fuera crucificado, pero es un error el suponer que la nación como un todo era culpable de rechazar y asesinar a su Mesías. Por ejemplo, los judíos de la diáspora (los millones viviendo fuera de Palestina) no habían estado involucrados. Uno de estos grupos era un gran asentamiento en Mesopotamia, descendientes de los judíos que no habían regresado a Palestina al final de la cautividad babilónica. Todavía estaban practicando fielmente la religión de sus antepasados.

Por lo tanto, todos los judíos tenían que ser informados más completamente, teniendo en cuenta las profecías en el Antiguo Testamento tanto como la vida y muerte del Mesías. Necesitaban un tiempo adicional para aceptarle o rechazarle. Por lo tanto, después de su resurrección, a través de sus discípulos, el Señor continuó trabajando por su antiguo pueblo. Por tres años y medio, Él había presentado personalmente el evangelio, el que culminó en su muerte sacrificial. Ahora, por otros tres años y medio, sus seguidores debían presentar el nuevo pacto a sus parientes hebreos. Pero en 34 d.C. el septenio final había terminado.

¿Hubo algún evento que marcara este hecho? Efectivamente lo hubo. Fue el martirio de Esteban. “En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles” (Hch. 8:1).

X

Desde este momento en adelante, los cristianos se concentraron cada vez más en evangelizar a los no judíos, los gentiles. Todavía trabajaban por los judíos, donde éstos quisieran escucharles, aunque la mayoría se resistía a la idea de que Jesús de Nazaret fuera el Mesías esperado. En Palestina, el punto decisivo empezó con la conversión de Cornelio, un centurión romano, a cuya familia el

Señor había enviado a Pedro a través de una revelación especial. Allí, para asombro del apóstol, el Espíritu Santo ungió a estos gentiles. Pedro exclamó, “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10:47).

Aún incluso después de 34 d.C., los apóstoles siguieron trabajando por sus iguales judíos. Cada vez más, sin embargo, fueron gentiles los que aceptaban a Jesús. Esto ofendió enormemente a muchos judíos de la diáspora. Al final, Pablo y Bernabé les dijeron: “A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles” (Hch. 13:46).

Finalmente, en 70 d.C., todo acabó, cuando el segundo templo—como el primero—fue arrasado hasta sus cimientos, para nunca ser reconstruido. En la Versión Autorizada (en inglés), la última parte de Dan. 9:27 es algo oscura para los lectores que no pueden reconocer “determinado” y “desolador” (en inglés “el desolado”) como sustantivos. Aquí la traducción española tradicional de las Sociedades Bíblicas Unidas es considerablemente más clara; habla de “el Desolador”, sobre quién “lo que está determinado” se derrame.²⁸ Este pasaje predice el destino final del poder romano.

XI

La interpretación de Daniel 9:24-27 dada en este capítulo armoniza en general con el de la mayoría de los escritores teólogos a través de los siglos, quienes reconocieron que Cristo fue crucificado “a la mitad o al final de la semana 70^a. La interpretación Historicista estándar desde la Reforma ha sido que la semana 70^a sigue inmediatamente a la semana 69^a, sin intervalo de tiempo entre estas, y que los eventos predichos que tendrían lugar en la semana 70^a encuentran su cumplimiento en relación con la vida de Cristo”.²⁹

Esta explicación sencilla, sin embargo, es contradicha por el Preterismo y el Futurismo, dos escuelas alternativas de interpretación esencialmente Jesuitas, lo que ha sido tratado más completamente en nuestro capítulo sobre el Cuerno Pequeño.

Según pretende el Preterismo, el enemigo al que hace referencia el vers. 27, quien “hará cesar el sacrificio y la ofrenda” no es Cristo, but Antíoco IV, “Epifanes” (c. 215-164 a.C.), un rey grecomacedonio de Siria. En 168-65 a.C., este hombre profanó el templo y suspendió sus servicios, incluyendo los sacrificios.³⁰ De acuerdo con Josefo, también robó del santuario, así como de Jerusalén, todos los tesoros sobre los que pudo poner sus manos, y destruyó los edificios más finos, junto con los muros de la ciudad.³¹

Pero bajo los Macabeos los judíos se rebelaron con éxito y expulsaron al tirano de su ciudad.

Que Antiocho Epifanes no cubre completamente las especificaciones de las profecías de Daniel queda claro de los siguientes hechos: Primero, sus acciones en contra del templo y de Jerusalén

duraron aproximadamente tres años y no tres y medio. Segundo, el versículo 26 habla de “el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario”. Aunque Antíoco y su ejército saquearon, profanaron, y dañaron, no destruyeron la ciudad ni su santuario. En tercer lugar, Jesús, quien vivió 160 años después, aplicó esta y otras profecías similares a eventos del futuro.

El otro punto de vista que se opone al historicista es el Futurismo, una antigua escuela católica de interpretación profética, precedente a la Contra Reforma pero revitalizada en ese tiempo por un erudito español jesuita, Francisco Ribera (1537-91). Esto fue una respuesta de la iglesia romana a la inconveniente idea, extensamente compartida y proclamada por los reformadores del siglo XVI, de que el papado es el Anticristo.

Asombrosamente, sin embargo, desde comienzos de los 1800's, los protestantes han abandonado cada vez más la escuela historicista en favor del futurismo. Esto fue acelerado por las tendencias procatólicas del Grupo de Oxford y del movimiento ecuménico resultante.

Especialmente los dispensacionalistas son futuristas prominentes. Éstos podrían coincidir con nuestra interpretación sobre los 69 septenios o 483 años, incluso si sus fechas son un poco diferentes. Pero separan el último septenio o 7 años y lo catapultan aproximadamente 2,000 años en el futuro, con el propósito de acomodar en él su teología del tiempo final. Esto incluye el Rapto Secreto y un Anticristo más bien individual que papal.

Una característica notable del dispensacionalismo es la teoría del intervalo, que desafía todas las leyes conocidas de la aritmética y del sentido común, así como lo que la Escritura enseña.

Sakae Kubo cita las siguientes analogías extraídas de un escritor de esta escuela: “Como consecuencia del rechazo de Cristo y Su crucifixión, el reloj de Israel se detuvo y el Misterio de la Gracia, la iglesia, fue introducido. Israel, como un tren, fue quitado de la línea principal y desviado a una línea secundaria donde ha permanecido por 1900 años. Su vapor está activo otra vez; su campana está sonando; está serena, listo para terminar su corrida. Como el período de la iglesia es atemporal y sin señales, estos 1900 años pasados son como un período ‘de descanso’ similar al que existe en fútbol y en baloncesto”.³²

Eso es indudablemente pintoresco y, para cierto tipo de mente, cautivador. Pero hay algunas cosas mal en esta descripción.

Primero, el período de la iglesia no es “atemporal y sin señales”. La Biblia menciona un buen número de señales específicas, como en Lucas 2:12, Mat. 24:30 y Lucas 21:25. También trata con muchos períodos de tiempo de diferente duración, especialmente los 1260, 1290, 1335, y 2300 años.

Segundo, el pasaje citado depende en exceso de analogías y muy poco de los hechos y del sentido común. Las grandes profecías de tiempo del Señor no son realmente un tren o un partido de fútbol. Y no hay nada en ninguna de estas profecías, y especialmente no lo hay en Dan. 9:24-27, que indique una brecha o intervalo temporal.

Dios piensa y se expresa claramente, coherentemente, sin ambigüedades teológicas.

Suponga que un amigo invita a nuestra familia a que lo visitemos por una semana. Vamos a su casa, pero entonces el sexto día, en la mesa del desayuno, anunciamos que el séptimo día de nuestra visita será dentro de un año. Por esa razón, mientras llegue ese tiempo tan sólo nos quedaremos aquí en su casa y en su propiedad. En la vida diaria, difícilmente podamos salirnos con las nuestras con tales ideas raras, pero aún así es la manera en que razonan los intérpretes dispensacionalistas. No, cuando el mensajero del Señor dijo a Daniel, “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad” (Dan. 9:24), estaba tratando de explicar, no oscuramente, la profecía. Obviamente dio a entender que se refería a siete septenios consecutivos, exactamente 490 años, no 2490 años o más.

Si hubiera querido poner la nación judía en espera por dos milenios, lo habría dicho muy claramente, porque “no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amos 3:7). El hecho es que después de 34 d.C., ya no obraría más a través del pueblo escogido como en épocas pasadas, sino a través de la iglesia cristiana que consta de judíos y gentiles, todos convertidos.

XII

Los setenta septenios eran más que un período de tiempo profético. También representan la paciencia y la dulce amabilidad de un Dios que perdona una y otra vez—hasta que incluso Él debe dibujar una línea en la arena.

Vemos esto por una respuesta que Jesús le dio a Pedro a cuándo éste un día le preguntó: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?”

Jesús le dijo: “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mat. 18:21, 22). Steve Wohlberg señala que “Jesús siempre escogió sus palabras cuidadosamente. Su respuesta para Pedro contiene una lección importante. “Setenta veces siete” es igual a 490, ¡que es una referencia perfecta a la profecía de las 70 semanas del capítulo 9 de Daniel!”.³³

Si consideramos la historia completa de Israel desde la época de Moisés, descubrimos en realidad no uno sino tres períodos de 490 años. El primero consistió en 40 años vagando en el desierto en la Península del Sinaí, mas aproximadamente 450 años en Canaan, cuando las tribus eran gobernadas por jueces, hasta la época de Samuel (Hch. 13:17-20). En los segundos 490 años, la nación tenía reyes. Este período terminó con los 70 años de cautividad babilónica. Los 490 años finales eran el tema de la profecía de Daniel.

Éstos serían la última oportunidad para los judíos como nación de cumplir su destino nacional en el mundo actual, de manera que, como el Señor había prometido a Abraham,—“serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gén. 12:3). Sus muchos fracasos hasta la cautividad babilónica habían resultado en la destrucción de

su ciudad y su templo. A través de Daniel, el Todopoderoso anunció su oportunidad final; aunque tristemente sabía que estropearían ésta también. Terminaría con otra destrucción de tanto su ciudad y su templo. Después de eso, su tiempo de prueba nacional terminaría, porque ellos iban a “terminar la prevaricación”. Nunca el Señor había sido tan paciente y sufrido hacia un pueblo errado y a menudo rebelde.

A pesar de todas estas consideraciones, los dispensacionalistas son propensos a considerar que los judíos en Israel reconstruirán el templo. Por ejemplo, Wesley G. Pippert sostiene que “Muchos judíos y cristianos creen que el templo debe ser reconstruido como un precursor de regreso del Mesías (¡para los judíos, por primera vez, y para los cristianos, por segunda!). Basan esto en Daniel 9:25-27, que habla de restaurar Jerusalén antes del regreso del “Ungido”. Este es el por qué algunos judíos ultra-ortodoxos han tramado volar el Domo de la Roca y “limpiar” así el Monte del Templo.

XIII

Algunos fundamentalistas cristianos en los Estados Unidos han recaudado dinero para respaldar un proyecto para reconstruir el templo. Éste es el propósito central de un grupo llamado “Fundación El Templo de Jerusalén”, que está registrado en los Estados Unidos. Su tema es “Construir Tu Templo Velozmente”.³⁴

Pero, como hemos mostrado, la reconstrucción descrita en Dan. 9:25-27 tuvo lugar hace mucho, cuando un remanente de los judíos regresó de la cautividad babilónica. Este pasaje también predice el primer advenimiento y muerte del Mesías por nosotros. Continúa prediciendo la destrucción de ese segundo templo y de la misma Jerusalén. Además, el pasaje no trata sobre un *tercer* templo.

Como cristiano judío, Wohlberg encuentra esta idea ofensiva:

“Piense ahora por un momento. ¿La providencia de Dios alguna vez llevaría a los pueblos judíos a reconstruir un tercer templo? ¿El Padre alguna vez indicaría el reinicio de los sacrificios que terminaron con la muerte de su Hijo? Cuando Jesús gritó, “Consumado es” (Juan 19:30), Él abolió todos los sacrificios. ¡Él era el sacrificio final! Por lo tanto, ¿no sería el reinicio de los sacrificios una negación abierta de que Jesucristo es el Mesías? Si Israel alguna vez construyera un tercer templo y empezara a ofrecer sacrificios, ¿no sería esto otro rechazo oficial y nacional del Salvador? ¿Qué ocurrió hace 2,000 años cuando los líderes de Israel rechazaron oficialmente a su Mesías? ¡El resultado fue el desastre! Más de un millón de judíos falleció”.³⁵

Recomendamos encarecidamente leer todo el libro de Wohlberg, *Exploding the Israel Deception* (Haciendo Estallar el Engaño de Israel).

Pero la teoría del intervalo presenta un error aún más grande y más sorprendente que un tercer templo completo con sacrificios de animales incluidos. Los dispensacionalistas piensan que las palabras “hará cesar el sacrificio y la ofrenda” se refieren a las obras del

hombre de pecado, el hijo de perdición, descrito en 2 Tes. 2:2, 3, en lugar de referirse al gran sacrificio del Señor a nuestro favor. ¡Confunden a Cristo con el Anticristo!

Por ejemplo, LaHaye mantiene que la septuagésima semana de Dan. 9 se refiere a la gran tribulación después del Rapto, poco antes del Segundo Advenimiento. Dice que en medio de ese período de siete años el Anticristo morirá, pero Satanás lo resucitará y vivirá en él, realizando grandes milagros.³⁶ ¡Qué clase de idea! El diablo, un ser mortal él mismo, que está condenado a destrucción final (Eze. 28:17-18), no puede levantar (resucitar) a los muertos. Ésta es prerrogativa de Dios y de su Cristo (Juan 5:25-26), quién declaró, “Yo Soy la resurrección, y la vida” (Juan 11:25).

Dan. 9:24-27 no puede acomodar éstos y otros elementos de lo que los dispensacionalistas enseñan sobre el tiempo del fin, como por ejemplo un ataque de Gog, a quien interpretan como Rusia, sobre un Israel revitalizado. A todo esto se hace referencia en Ezequiel, y hemos tratado con algunos de ellos en nuestro capítulo sobre “La Historia que Nunca Fue”. Pero todo esto es superfluo para la profecía de los 70 septenios, que la escuela historicista interpreta en una manera que es tanto sincera como lógica.

XIV

¿No es esta una triste nota para terminar este capítulo? ¿Puede ser cierto que Dios ha rechazado permanentemente a la nación judía? Esto no es, sin embargo, lo que hemos estado diciendo. Nuestra conclusión, más bien, es que por el resto de la historia, hasta que el Señor establezca su gobierno en la Tierra recreada, no serán más su instrumental corporativo para evangelizar el mundo. Y con todo, como veremos, más allá del final de la historia, un futuro glorioso también aguarda a los redimidos de entre los descendientes literales de Abraham.

12 El Remanente de Israel

I

Después de su rechazo nacional al Mesías, los judíos todavía podían ser salvados como personas independientes, aunque de ahora en adelante la agencia señalada por el Cielo para bendecir y evangelizar el planeta sería la iglesia cristiana. Como Pablo anunciara dramáticamente, el nombre *Israel* no sería aplicable ahora para todos los creyentes: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gál. 3:28, 29).

Notemos cuidadosamente qué quiso decir el apóstol. Todavía se refiere a Israel. También lo hace Pedro al dirigir su primera epístola “a los expatriados de la dispersión” (vers. 1), que eran cristianos. Les dijo que ellos, como seguidores de Jesús el Mesías, eran ahora “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa” (1 Ped. 2:9). Aquí prácticamente cita la declaración del Señor a los israelitas en Sinaí: “Me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Ex. 19:6). ¿Pero cómo los gentiles podían hacerse israelitas? ¡Seguramente esto, como las expresiones “Israel espiritual” o “Nuevo Israel”, es sólo una metáfora!

No lo es. Los apóstoles quisieron decir que la iglesia cristiana se originó y continuó por ende como un remanente de Israel. Esos primeros creyentes eran lo que hoy podemos llamar judíos mesiánicos. En un pasaje muy importante, Pablo explica: “Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció. ¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura, cómo invoca a Dios contra Israel, diciendo: Señor, a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme? Pero ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal. Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia” (Rom. 11:1-5).

A pesar de la respuesta decepcionante y defectuosa de la mayoría, Israel como un todo no había fallado. A través de los tiempos, con todos sus altibajos, el pueblo elegido—o, más bien, una minoría fiel dentro de este—había preservado los oráculos de Dios y por último trajo al Mesías. Aunque impedido por un tiempo de fundar su reino en la tierra, el Salvador aceptó al remanente como Israel por excelencia y lo modeló en el instrumento alternativo del Cielo para cumplir sus propósitos con la raza humana.

¿Quién era este remanente? Originalmente consistía completamente de judíos creyentes. Jesús, el Mesías, es (no era) un judío. En su único debate teológico con un gentil, la mujer en el pozo de Samaria, él incluso dijo: “La salvación viene de los judíos” (Juan

4:22). Cada uno de los apóstoles era judío. El Nuevo Testamento es un libro judío, escrito por hebreos—con la posible excepción de Lucas. El cristianismo comenzó en Palestina con el remanente de Israel y no como una institución gentil.

Los creyentes que leen los primeros capítulos de Hechos se sienten emocionados por el rápido progreso de esos primeros judíos mesiánicos que fundaron la iglesia cristiana. Pero solamente unos pocos hoy tienen alguna idea de cuántos de los descendientes literales de Abraham aceptaron al Señor Jesús; ni perciben ellos las implicancias profundas de este factor.

Cuando Pablo hizo su visita final a Jerusalén, probablemente alrededor del 58 d.C.,¹ “muchos miles” de judíos palestinos se habían hecho cristianos (Hch. 21:20). Ocho años después, cuando comenzó la guerra romano-judía, quizás no menos de “setenta a noventa mil judíos cristianos” huyeron al otro lado del Jordán, a Pella.²

Aquí se multiplicaron, y en Decápolis crearon “comunidades cristianas grandes y cultas” de judíos, aumentadas por muchos conversos del paganismo. Esta comunidad también ejerció una influencia sobre otras iglesias al norte.³

DeLacey O'Leary aporta datos importantes y fascinantes: “La mayoría de los nuevos creyentes, sin embargo, en la región siria norteña eran de entre los hijos de Israel. Esta última comunidad reconoció a los habitantes en Decápolis. Por consiguiente, descendientes de éstos que originalmente huyeron de Jerusalén dejaron Pella y sus regiones para enriquecer y multiplicar centros cristianos al norte tan lejos como el río Éufrates”.⁴

F. J. Foakes-Jackson menciona otra fuente de conversos judíos: “La caída de Jerusalén causó su efecto más grande sobre los millones de judíos que no residían en Palestina. Aturdidos por este evento, escucharon el evangelio, y números no revelados se volvieron a Cristo. Éstos hicieron una gran obra estableciendo la iglesia en todo el mundo”.⁵ Pareciera que en aquellos días, los judíos eran más abiertos al evangelio que, por ejemplo, los europeos modernos, quienes en gran parte han vuelto la espalda a la religión.

La madre del cristianismo no fue Roma sino Jerusalén, no la Iglesia Católica sino la Iglesia de Oriente. Sobre esta última, Wilkinson dice que “esos primeros seis siglos y medio del cristianismo sirio fueron maravillosos fundando la iglesia del Nuevo Testamento, no sólo en oriente sino también en occidente. La mezcla de grandes comunidades evangélicas gentiles y judías en esta región, unido con el magnífico trasfondo espiritual del entrenamiento que los judíos tenían bajo el Antiguo Testamento en cosas divinas, dotó ricamente este productivo terreno para la extensión del cristianismo”.⁶ La influencia de esa iglesia continuó por muchos, muchos más siglos. De vez en cuando, su evangelio más puro extendía la mano hacia el occidente para contrarrestar el trabajo del Anticristo, mucho después de que su componente judío específico hubiera desaparecido mezclándose con otros creyentes.

Cuando Pablo y Pedro describieron al cristianismo como el Israel

de Dios, no estaban usando una metáfora, ni se les hubiera ocurrido a ellos subestimar el papel de los judíos convertidos. No, la iglesia era por sí misma el maravilloso remanente, que había heredado todos los derechos del antiguo pueblo de Dios. No era simplemente un Israel “espiritual” en algún vago sentido simbólico y ciertamente tampoco uno “nuevo”. Era, en todo lo que era realmente importante para el Cielo, Israel mismo.

Posteriormente, por supuesto, los gentiles conversos se volvieron el factor dominante en el cristianismo. Después de que Jerusalén fue destruida una última vez en 135 d.C., otros judíos fueron menos y menos inclinados a unirse a la iglesia. Para esto, hubieron algunas razones. Las siguientes son dos de las más importantes: Muchos cristianos, especialmente aquellos en Roma, estaba apostatando de la religión de la Biblia corrompiéndola con ideas y rituales paganas; y los cristianos se volvieron antisemitas, por lo que a menudo persiguieron a los judíos.

II

¿Los seguidores modernos de Jesús todavía pueden considerarse como Israel? Siempre que se adhieran a lo que la Biblia enseña y renuncien a doctrinas y tradiciones no basadas en las Escrituras, la respuesta del Nuevo Testamento a esta pregunta es un resonante “¡Sí!”. Pablo explica el estado de los cristianos gentiles haciendo referencia a un símbolo antiguo y sugerente en las Escrituras hebreas: El árbol de olivo.

Al igual que el viñedo y la higuera, el olivo es muy característico de Tierra Santa. Puede vivir por siglos, incluso milenios. En el verano de 1985, visité Getsemaní y vi asombrado antiguos olivos que pudieron haber sobrevivido desde la época de Cristo. Más viejos que los Estados Unidos de América, más viejos que la Europa Occidental tal como la conocemos hoy, callada pero elocuentemente atestiguaron del evangelio eterno.

En las Escrituras hebreas, el olivo simboliza majestad real (Jueces 9:8) y la santidad relacionada con el santuario (Sal. 52:8). La madera de olivo fue usada para el *Kodesh haKodashim* (שֶׁדֶר הַקֹּדֶשׁ אוּלֵּן o lugar santísimo), incluyendo los querubines cubridores a ambos lados del arca (1 Reyes 6:23, 31-33). Como proporcionaba el aceite para ungir tanto a reyes como también a sacerdotes, el olivo como símbolo tiene connotaciones mesiánicas. También representa la palabra profética de Dios (Zac. 4:2-6).

Pablo relaciona a los cristianos gentiles con Israel en relación con tal árbol antiguo y maravilloso. Rom. 11:16-18 refleja especialmente a Jer. 11:16-19, con una obvia referencia al versículo 16: “Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer, llamó Jehová tu nombre. A la voz de recio estrépito hizo encender fuego sobre él, y quebraron sus ramas” (vers. 16).

Jeremías estaba advirtiendo al pueblo elegido sobre la angustia babilónica, que pronto los afligiría por su perversidad. Los judíos incrédulos de su tiempo, atacados y casi totalmente destruidos por

los ejércitos de Nabucodonosor, eran ramas rechazadas repentinamente separadas de Israel. Esto era, a la vez, una separación individual y corporativa, aunque un remanente sobrevivió y finalmente fue restablecido en su país.

Pablo aplicó la misma idea a sus propios compatriotas, justo antes de que los romanos debieran repetir la destrucción de Jerusalén y su templo. Sabía, sin embargo, que esta vez no habría retorno para los pueblos judíos después de sólo unas pocas generaciones. En vez de ello, el Señor ya había decidido cumplir sus propósitos a través de otra agencia, la iglesia cristiana. Por lo tanto, el apóstol enriqueció el símbolo de Jeremías diciendo que los gentiles que aceptaron al Mesías fueron injertados en Israel.

Pero también advirtió a estos recién llegados: "Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará" (Rom. 11:17-21).

Dotado con el don de profecía, Pablo sabía que esta separación que había afligido dos veces a los judíos podía y sería también el destino de muchos cristianos que apostatarían. También en este caso, el rechazo afectaría no sólo a los gentiles conversos como individuos que provocaran al Señor a arrancarlos de su árbol; sería también algo corporativo. Es decir, el rechazo de la "iglesia" judía y su período subsiguiente de destrucción en 70 d.C. podían y serían repetidos en la cristiandad.

Y con todo siempre habría un remanente fiel a Dios. Son éstos a los que Jesús tenía en mente cuando dijo de su iglesia "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mat. 16:18, NRV 2000). En este pasaje, la palabra para *infierno* es la familiar palabra griega Hades. Hace referencia al reino de los muertos y por lo tanto a la muerte misma. Nuestro Señor sabía cuántos de sus amados serían asesinados a través de los tiempos. Pero aunque especialmente el Anticristo próximo mataría, o de alguna otra manera, eliminaría a tantos de ellos, un remanente sería preservado y perduraría por siempre—siempre que este estuviera realmente "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo" (Efe. 2:20).

Israel, a través de los tiempos, es uno. La salvación viene a través de Jesús el Mesías, la simiente de Abraham; y los gentiles creyentes son adoptados en la familia de ese antiguo patriarca, porque "si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gál. 3:29). Todos aquellos, sin embargo, que apostaten de su Señor y a sabiendas se desvíen de la Biblia, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, necesitan percatarse de la advertencia sobre ser rechazados o desgajados. Fuera del pacto original con Abraham, cumplido y confirmado en el

Mesías, no hay salvación. Es peligroso para los creyentes no-judíos despre- ciar y renunciar a esta herencia hebrea.

III

Es esto precisamente lo que el Anticristo ha hecho a través del antisemitismo teológico e inventando un evangelio alternativo, con muchos elementos paganos que Dios rechaza.

Un ejemplo temprano fue la demanda del Papa Víctor I (189-99) de que todos debían celebrar la Pascua en domingo. Fue más lejos: Excomulgó a los cristianos en la provincia romana de Asia, que continuaron observando la Pascua el 14 de Nisan, la fecha de la Pascua judía.⁷ Ellos insistían en seguir un calendario que Dios mismo había instituido hacía más de mil quinientos años (Ex. 12:2). Efectivamente, estaban haciendo hincapié en la crucifixión más que en la resurrección. Por esta razón, fueron etiquetados burlonamente Quartodecimanos (“Décimocuartoceavos”), por la palabra latina para *decimocuarto*.

La invención papal del Domingo de Pascua fue matizada con paganismo. Sin embargo, en el concilio de Nicea, el emperador Constantino lo respaldó y lo impuso en todos sus territorios. Su razonamiento era también descaradamente antisemita. Escribió, “No tengamos entonces nada en común con la detestable multitud judía; porque de nuestro Salvador hemos recibido una vía diferente”.⁸

Esto, sin embargo, era una mentira. Jesús, el Mesías y judío él mismo, instituyó el servicio de la comunión en el día de la Pascua de los judíos, pero nunca un Domingo de Pascua del tipo que fuera.* En vez de ello, esperaba con ansias observar la Pascua judía en el más allá, en el reino de Dios (Lucas 22:14-18). La Pascua de los judíos, no el Domingo de Pascua**.

[*En el original en inglés, hay una diferencia muy clara entre la Pascua judía, cuyo nombre es la palabra en inglés *Passover*, y la Pascua católica actual, cuyo nombre es la palabra en inglés *Easter*. El español no tiene dos palabras diferentes, ambas son llamadas *Pascua*. Por ello, aún cuando el texto original inglés diferencia el *Passover*, creado por el Señor, del *Easter*, creado por los hombres, sin hacer referencia al pueblo judío específicamente, nos vemos obligados a añadir un apellido a ambos para diferenciar: Pascua de los judíos (siendo en realidad la Pascua del Señor), y Domingo de Pascua, para la pascua creada por los hombres (y que no sólo guarda la iglesia católica, sino la mayoría de las iglesias protestantes, de ahí que no la llamemos Pascua católica). N. del T.

**Como ejemplo de la nota anterior, en el original en inglés, la frase sería: “El *Passover*, no el *Easter*”.]

Los teólogos en Nicea también aplicaron otra regla antisemita: “Para prevenir que la fiesta coincida con la Pascua judía o con las celebraciones de los Quartodecimanos, se ha hecho una previsión

especial, si la luna llena inicia realmente en un domingo, se diferirá la celebración del Domingo de Pascua hasta el próximo domingo”.⁹ Esto ocurrió en 2001 cuando yo (el autor) estaba terminando este volumen. La luna llena cayó en domingo, 8 de abril, por lo que coincidía con la Pascua de los judíos. El Domingo de Pascua fue entonces (de acuerdo con lo decidido en el concilio de Nicea) retrasado por una semana y celebrado el domingo, 15 de abril.

En esto y otros temas, incluyendo una flagrante alteración de los mandamientos del Señor, el catolicismo y sus semejantes teológicos se jactaron en contra del olivo de Israel. Muy deliberadamente, se desasociaron de él; y Dios ha honrado esta decisión. Colectivamente no son ya más, por lo tanto, parte de su pueblo. Individuos católicos todavía pueden ser salvos, pero también deben apurarse en abandonar un sistema eclesiástico condenado a la destrucción (Apo. 18:4).

Los teólogos que en Nicea y en otras eras negaron las raíces judías del cristianismo no parecen haber comprendido la advertencia paulina contra ser “jactanciosos”. Efectivamente, habían dejado de preocuparse. Pero todavía el Señor requiere de todos sus creyentes que permanezcan siendo una parte humilde del olivo genuino de Israel y que no anden inventando su propia religión.

IV

Hoy, los futuristas, como el papado del siglo segundo y la iglesia imperial fundada por Constantino, también se han ido por el mal camino con respecto a esto. La idea de dos dispensaciones totalmente diferentes para Israel y la Iglesia, es simplista, antibíblica, y ha dado oportunidad a muchos errores.

Desde que Adán y Eva cayeron, sucumbiendo a los engaños de Satanás, ha habido solamente un plan de salvación para todos sus descendientes. Su esencia fue y sigue siendo la misma en todas las épocas: Su estado como pecadores que han violado la Ley de Dios y la redención a través del sacrificio, centrado en la muerte de Jesús en la cruz. Este fue el pacto de expiación y restauración para todos los que creyeron y aceptaron las provisiones del Señor para ellos.

Antes de que el Salvador naciera y pudiera cumplir su destino junto con las profecías que hacían referencia a él, el plan de salvación se desarrolló a través de puntos históricos diferentes. Primero hubo sacrificios simples para cada nación de la tierra, llevados a cabo por las cabezas de familias y patriarcas, desde la época de Adán hasta Noé y su primera posteridad. Después de que el resto de la humanidad había apostatado, el Señor llamó a Abraham—a través de cuya simiente toda la Tierra sería bendita—para continuar este sistema. Finalmente, en Sinaí, el Señor introdujo una gran variedad de sacrificios y el elaborado sacerdocio levítico. Esto ha sido llamado la Dispensación Mosaica, que permaneció en acción hasta la crucifixión.

Todos estos arreglos en el período precristiano pueden ser descritos apropiadamente como prefiguración. Cada sacrificio, si era

llevado a cabo apropiadamente, era un símbolo profético que señalaba al futuro, al redentor, al Deseado de todas las naciones, quien un día vendría y daría sustancia a la promesa que el Señor había hecho a nuestros primeros padres antes de expulsarlos del paraíso (Gén. 3:15). Cuando finalmente Jesús vino, esta prefiguración terminó, porque Él trajo la realidad de la salvación. Pablo, haciendo referencia al sistema del Antiguo Testamento y a sus sacrificios en el templo, dijo que este había sido “sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Col. 2:17).

Solamente en este sentido la palabra *dispensación* puede ser significativa. La prefiguración no es obviamente lo mismo que la realidad, ni la profecía que su cumplimiento. La diferencia fundamental es que antes del sacrificio en el Calvario los creyentes estaban mirando hacia el futuro, pero desde entonces han estado mirando al pasado, recordando ese inspirador evento.

Algunos, sin embargo, han pervertido la idea de las dispensaciones tratando de hacerlas representar una interrupción fundamental entre el judaísmo bíblico y el cristianismo. Frecuentemente, el motivo subyacente ha sido justificar falsas doctrinas, tales como apartarse de, y desobedecer los Diez Mandamientos. Nos gusta la formulación de Elena de White: “No existe el contraste que frecuentemente se afirma que hay entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, entre la ley de Dios y el Evangelio de Cristo, entre las ordenanzas de la dispensación judaica y la cristiana. Cada alma salvada en la primera dispensación fue salvada por Cristo tan ciertamente como somos salvados por él ahora. Los patriarcas y los profetas eran cristianos. La promesa evangélica fue dada a la primera pareja en el Edén, cuando debido a la transgresión se separaron de Dios. El Evangelio fue predicado a Abrahán. Todos los hebreos bebieron de la Roca espiritual que era Cristo”.¹⁰

V

Hasta principios del siglo diecinueve, la mayoría de los protestantes compartían este punto de vista, pero chocan con el dispensacionalismo moderno. Este empezó realmente con el futurismo católico formulado por Francisco Ribera (1537-91) durante la Contra Reforma hace cuatrocientos años. Incluso en un disfraz protestante, básicamente sigue siendo escatología católica romana. Para elaborarlo, aquel erudito jesuita español saqueó el pasado buscando ideas de los hombres que habían engendrado la gran apostasía mediterránea, incluyendo a Agustín de Hipona, y algunos escritores anteriores. En 1826, el inglés Samuel R. Maitland (1792-1866) y su discípulo irlandés James H. Todd (1805-86) rompieron la barrera que separaba las opiniones protestantes y las católicas acerca del final del tiempo.

También rechazaron la enseñanza crucial de los reformadores de que el papa es el Anticristo. Esto preparó el camino para el dispensacionalismo, que se desarrolló en el ambiente del Trinity College de Dublín, iniciado entre otros por otro irlandés, Juan Nelson Darby

(1800-82), quien pasó a ser un pastor de los Hermanos de Plymouth. Otra parte de la herencia de Maitland fue alentar el catolizante movimiento de Oxford durante el siglo diecinueve, así como el ecumenismo durante los siglos veinte y veintiuno.¹¹ El dispensacionalismo podría haberse quedado como una secta anglo-irlandesa con un atractivo limitado, confinada a las Islas Británicas, si no hubiera saltado al otro lado del Océano Atlántico, a los Estados Unidos y en la mente de Cyrus Ingerson Scofield (1843-1921).

Desde su más temprano período colonial, los Estados Unidos han tenido una fuerte obsesión con Israel. Al principio, tomó la forma de una tipología nacional, que iguala al país propio con el pueblo elegido del Señor para nuestros días, un mito antibíblico heredado del medioevo católico. Para el siglo diecinueve, estas ideas habían mutado para designar a algunos o a todos los estadounidenses como descendientes literales de las Diez Tribus Perdidas de Israel. Los mormones los compararon con los estadounidenses nativos. Otros, sin embargo, creyeron que estos israelitas antiguos eran los antepasados de las naciones anglosajonas. Apareció una variedad asombrosa de grupos para propagar tales ideas. Debatimos este fenómeno en “Historia y Profecía como Mitología Cristiana”, un capítulo del libro *The Use and Abuse of Prophecy* (El Uso y Abuso de la Profecía).¹²

Scofield, un ex-abogado, político, fallido fiscal de distrito de los Estados Unidos para Kansas y convertido clérigo, estaba indudablemente familiarizado con todo de esta naturaleza. Aunque carente de entrenamiento teológico formal, se volvió un escritor religioso prolífico e influyente. Leyendo extensamente, como comúnmente hacen todos los escritores exitosos, era, como Autólico, el personaje de Shakespeare, “un arrebatador de insignificancias insensatas”¹³, y asombrosamente hizo mucho de esto. Scofield fue el que sembró las semillas del dispensacionalismo de Darby extendiéndolas en la fértil tierra de la imaginación estadounidense, y en todas partes del Imperio Británico. El instrumento principal para hacerlo fue su Biblia de Referencia, suntuosamente comentada y enormemente popular, impresa por la Oxford University Press en 1909, con revisiones en 1917 y 1967. En ese último año mencionado, se imprimieron para todo el planeta no menos de tres millones de copias en inglés y otros dos millones en otras lenguas.¹⁴

Las ideas de Scofield fueron elaboradas posteriormente por su protegido y sucesor, Lewis Sperry Chafer (1871-1952), quien fundó el Seminario Teológico de Dallas y escribió sus ideas en su *Systematic Theology* (Teología Sistemática) en ocho volúmenes.¹⁵

Para estos hombres, han existido siete dispensaciones, de las que solamente nos preocupa tratar aquí las últimas tres: (5) El hombre bajo la ley: Desde el Sinaí hasta el Calvario; (6) El hombre bajo la gracia: Desde la crucifixión hasta el Rapto; y (7) El hombre bajo el reinado personal de Cristo: Desde Su retorno y durante todo el milenio, cuando Israel será restaurado.¹⁶

Especialmente problemático es el contraste dispensacionalista entre las dispensaciones (5) y (6), donde leemos que la ley en el

Antiguo Testamento supuestamente está basada en el concepto de “ojo por ojo, y diente por diente” mientras que la gracia del Nuevo Testamento trae el perdón junto con el mandamiento de “ama a tus enemigos”. Ésta es teología confusa. Para el antiguo Israel—como para nosotros—la ley ha estado siempre conectada con el perdón y la gracia; encima de la tapa del arca que contenía los Diez Mandamientos estaba el asiento de la misericordia (Ex. 25:17-21).

Entonces, también, la enseñanza de que debemos amar a Dios supremamente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, los dos grandes principios sobre los que se basa el Decálogo, no fueron introducidos por Cristo, sino que nos fueron dados a través de Moisés (Deut. 6:4, 5; Lev. 19:18). El primero forma parte del *Shema* (“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”). Hasta el día de hoy, constituye el credo básico, la esencia misma del judaísmo—y Jesús lo estaba reafirmando. A decir verdad, al menos en una ocasión recitó el *Shema* completo (Marcos. 12:29, 30).

La teología dispensacionalista no ha sido estática, ni es ahora tampoco una tradición totalmente unificada. Sin embargo, siempre insiste en que la iglesia es totalmente distinta de Israel. El dispensacionismo corregido o modificado (período 1950-85) todavía enseña que esta diferencia “continuará durante toda la eternidad”. El dispensacionismo progresista (1986—hasta el presente) concede una mayor continuidad entre Israel y la iglesia. Sin embargo, sus defensores “no igualan la iglesia a Israel en este tiempo y todavía ven una identidad y función futuras distintas para el Israel étnico en el reinado milenarista próximo”.¹⁷ Las ideas planteadas en las notas de Scofield son “influyentes entre los cristianos fundamentalistas en los EE. UU. “. Su efecto ha estado limitado a la teoría religiosa pero se extienden a la política práctica, pues el dispensacionismo es “uno de los fundamentos intelectuales del Sionismo Cristiano, la creencia de que los cristianos están obligados a respaldar al moderno estado judío de Israel (como el pueblo de Dios)”.¹⁸

Huelga decir que nuestras ideas, como se han expuesto en este capítulo, representan un punto de vista muy diferente.

Particularmente peligroso es el error dispensacionalista que divide el Segundo Advenimiento en dos eventos: El Rapto, seguido siete años después por el retorno en gloria de nuestro Señor. Millones se perderán mientras esperan el Rapto, pensando, “Cuando mis amigos cristianos desaparezcan, ¡tendré una segunda oportunidad de siete años más para prepararme antes de que Él venga!”

Pero, ¡ay!, no habrá Rapto alguno, solamente un único Segundo Advenimiento, que caerá como un trueno repentinamente sobre un mundo sobresaltado, como el relámpago que ilumina el cielo (Mat. 24:27). Jesús e incontables ángeles radiantes descenderán con clamor y las trompetas tronarán para anunciar el día de la salvación y la perdición, invadiendo la atmósfera con esplendor inimaginable (Mat. 16:27; Lucas 21:27; 1 Tes. 4:16-18). Todo ojo le verá, y las

naciones de los perdidos aullarán por él (Mat. 24:30; Rev. 1:7); porque ahora es demasiado tarde para aceptarlo como Salvador. Gritan a las rocas y a las montañas que caigan sobre ellos y los escondan de Su rostro (Apo. 6:14-17).

El Rapto no es una doctrina del Nuevo Testamento; es una necesidad de la teología dispensacionalista. Para aquellos que están preocupados por él, también recomendamos el capítulo anterior, "La Historia que Nunca Fue", y mi estudio en una publicación independiente "Dos Mil Años de Interpretación Profética".¹⁹ Algunos de los asuntos involucrados son, además, discutidos en el capítulo 23 de La Séptuple Profecía, que muestra que no es posible que los 1260 días / 42 meses / 3 y ½ años sean lo mismo que el 70º septenio o última semana profética de Dan. 9. Identificar uno de estos períodos con el otro implica un error de cálculo.

Cuando Jesús, el Mesías, establezca su reino eterno en el planeta Tierra, esto será, como evidentemente indican los dos capítulos finales de Apocalipsis, una organización muy israelita. La ciudad capital será llamada nuevamente Jerusalén. En su trono se sentará el Salvador, el Señor Jesús, rey de los judíos, "la raíz . . . de David" (Apo. 22:16). Inscritos sobre las puertas de la ciudad estarán "los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel" y sobre sus cimientos "los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero" (Apo. 21:12-13). A éstos, Él hizo una promesa especial mientras todavía estaba con ellos: "Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel" (Lucas 22:28-30). Ellos, los compañeros de su amoroso ministerio y sus amigos para siempre, serán sus cogobernantes como príncipes de su pueblo.

Allí, también, estarán los antiguos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob; Moisés, el gran legislador; los mejores de los reyes, David y Josías; los profetas fieles, incluyendo Isaías, Jeremías y Daniel. Una multitud de israelitas y judíos que sirvieron al Señor por casi dos mil años antes de que el Mesías viniera. Pero con ellos, también, estará el remanente de Israel, formado de no sólo gentiles sino también judíos cristianos, quienes atestiguaron fielmente de él—a menudo como mártires llevados hasta la muerte por paganos o por el Anticristo—por otros casi dos mil años.

VI

Y con todo estamos tristes por la nación judía actual y su continuada diáspora. ¿No tiene este pueblo parte alguna en la preparación del mundo para el regreso de su rey?

La profecía de Dan. 9:24-27 es clara. Como nación, no se les ha asignado tal papel, ni el estado israelí aceptará al Redentor; pero aún así confiadamente esperamos que antes del segundo advenimiento habrá otro gran llamado a los judíos. Ésta era también la convicción de esa profunda escritora cristiana, Elena de White, la

que algunos creen fue una escritora inspirada. Ella instó a todos los que sirven al Señor a que hicieran una obra especial por los judíos, y repetidamente dijo que muchos, muchos de ellos aceptarían a su Mesías y también tendrían una participación prominente en la preparación de un pueblo para el Segundo Advenimiento. Notemos algunas de sus extraordinarias predicciones:

“Hay una grandiosa obra que ha de hacerse en nuestro mundo. El Señor ha declarado que los gentiles serán reunidos, y no solamente los gentiles, sino también los judíos. Hay entre los judíos muchas personas que serán convertidas, y por medio de las cuales veremos cómo la salvación de Dios avanzará como una lámpara que arde. Hay judíos por todas partes, y a ellos ha de serles llevada la luz de la verdad presente. Hay entre ellos muchos que vendrán a la luz, y que proclamarán la inmutabilidad de la ley de Dios con maravilloso poder. El Señor Dios obrará. El hará cosas maravillosas en justicia”.²⁰

“Entre los judíos hay algunos que, como Saulo de Tarso, son poderosos en las Escrituras, y éstos proclamarán con maravilloso poder la inmutabilidad de las leyes de Dios”.²¹

“Habrá muchos conversos de entre los judíos, y estos conversos ayudarán a preparar el camino para el Señor, aparejando calzada en el desierto para nuestro Dios. Los conversos judíos han de tener una parte importante en la gran preparación que ha de hacerse en el futuro para recibir a Cristo, nuestro Príncipe. Una nación nacerá en un día. ¿Cómo? Por medio de hombres a quienes Dios ha señalado como convertidos a la verdad”.²²

Una proporción considerable de los hijos de Abraham se unirán, por lo tanto, a la iglesia remanente del final del tiempo, reinjertados milagrosamente en su propio olivo. De este modo, el Señor cumplirá su palabra a través de Saulo de Tarso, ese agitador convertido desde la ortodoxia judía dos milenios atrás, quien nunca dejó de amar a sus semejantes, sin importar cuánto lo odiaran o lo persiguieran: “Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (Rom. 11:28-32). ¡Qué paradoja tan asombrosa!

No, no creemos que el Todopoderoso haya desechado a su antiguo pueblo, a pesar del rechazo al Mesías dos milenios atrás. Como nación, ya no son más su agencia para evangelizar al mundo, aunque al final, como al principio de su historia, la verdadera Iglesia tendrá otra vez un componente judío digno de atención, quizás enorme. Junto con otros cristianos, éstos darán con gran júbilo la bienvenida a su Mesías que regresa, y así verán hechos realidad sus sueños más preciados; pues el rey de los judíos, quien es también la

cabeza de la Iglesia, cumplirá sus promesas a su remanente fiel.

Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra
que yo hago
permanecerán delante de mí, dice Jehová,
así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre.
Y de mes en mes,
y de sábado en sábado,
vendrán todos a adorar delante de mí,
dijo Jehová.
(Isa. 66:22)

Todos los que han aceptado al Mesías, la simiente de Abraham, Isaac y Jacob, compartirán la herencia del verdadero Israel de Dios. El Señor nunca ha olvidado a su antiguo amigo, a quien llamó de Ur de los caldeos a Canaán; por lo tanto, no dejará de cumplir su promesa: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gén.12:2, 3).

Entronizado en la Nueva Jerusalén, esa ciudad brillante y resplandeciente, estará el Cordero de Dios, que es también el León de Judá, junto con el Padre eterno. “Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella” (Apo. 21:24).

13 El Primer Protestante

I

Cuando la segunda Persona de la Deidad se hizo ser humano y residió en el planeta Tierra como Jesús el Nazareno, tuvo una misión doble.

Primero, quería ser el Salvador del mundo. En más de una manera, se sacrificó por la raza humana. No sólo murió por todos nosotros en la amarga cruz; también aceptó las limitaciones de un cuerpo material existiendo en el espacio y tiempo. Tampoco Dios nos lo dio prestado; lo dio a nuestra especie como posesión eterna: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado . . .” (Isa. 9:6). En esta parte de su misión, Jesús fue sumamente exitoso.

Pero adicionalmente vino para convertir a los líderes de su nación, los judíos, y provocar una reforma completa en Israel. Después de eso, intentó establecer su reino inmediatamente, si lo aceptaban como su Mesías y Redentor.

Esta parte de su misión no tuvo éxito, no debido a falta alguna en él, sino porque los escribas y los fariseos endurecieron sus corazones e influyeron sobre las mayorías para rechazarlo. Ningunas palabras en las Escrituras son más tristes que éstas: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

Los cuatro evangelios cuentan una espléndida historia de Jesús haciendo el bien en una manera en que nadie antes de él hubiera hecho alguna vez, y pronunciando palabras que ninguno de sus predecesores alguna vez hubiera hablado, todo mientras llevaba una vida de pureza incomparable. Pero el relato de su vida está lleno también con imágenes de conflicto, ilustrando su declaración de que no había venido a traer paz paz al mundo, sino espada, porque sabía cuán terrible división aparecería entre aquellos que realmente lo aceptaron y aquellos que no. (Mat. 10:34)

La oposición para el Señor de la vida no se originó con aquellas personas consideradas el desecho de la sociedad: Los borrachos, las prostitutas, o los cobradores de impuesto que explotaban a sus ciudadanos judíos, colaborando con los odiados señores romanos. Tampoco se habían preparado estos para actuar contra él, hasta que los fariseos chantajearon al gobernador, Poncio Pilatos, con amenazas de denunciarlo al emperador. Los verdaderos asesinos de Cristo fueron los “clérigos”, las personas profesionalmente buenas de su tiempo.

¿Por qué? Nuestro Señor los ofendía enormemente por varias razones, especialmente porque no se ajustaba a sus preconcepciones teológicas sobre el Mesías.

II

La primera gran confrontación se presentó una mañana de sábado en la sinagoga de su pueblo natal, Nazaret. Sus antiguos vecinos habían oído hablar de su prédica y milagros en toda Galilea

y estaban curiosos de escucharlo hablar, así que le pidieron que leyera del Antiguo Testamento y dijera algunas palabras para los feligreses.

El desplegó las Escrituras en un capítulo de Isaías que predecía muchos detalles del ministerio del Mesías. Jesús leyó el siguiente pasaje del sexagésimo primer capítulo:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
Por cuanto me ha ungido
Para dar buenas nuevas a los pobres;
Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
A pregonar libertad a los cautivos,
Y vista a los ciegos;
A poner en libertad a los oprimidos;
A predicar el año agradable del Señor.
(Lucas 4:18, 19)

Esto era muy excitante. ¡Jesús, el chico local, estaba afirmando ser el Mesías! Los reportes que alcanzaban a los líderes religiosos y las personas de esta congregación decían que él indudablemente había estado haciendo esas mismas cosas acerca de las que estaba leyendo. Sí, en los pueblos cercanos había predicado buenas nuevas sobre la misericordia de Dios hacia los pobres, había liberado a los cautivos del diablo expulsando a los demonios que los poseían y había anunciado que el reino de los cielos se había acercado.

Lo que muchos en la congregación de la sinagoga estaban realmente esperando escuchar, sin embargo, eran las próximas palabras en el texto de Isaías: “. . . Y el día de venganza del Dios nuestro” (61: 2), que a su parecer significaba la liberación de los odiados conquistadores romanos. Esto, especialmente, es lo que estaban esperando del Mesías.

Pero Jesús los decepcionó. Repentinamente cerró el rollo y lo tendió al encargado. Se sentó; hubo un largo silencio; todos los ojos permaneciendo fijos en él. Entonces habló: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:21). Esto fue maravilloso, pero no suficiente. Sin embargo, por un momento parecía como si todos estuvieran satisfechos.

Pronto, sin embargo, una nota discordante se deslizó hacia la multitud. Algunos empezaron a murmurar entre dientes sobre su origen humilde e incluso cuestionable como “el hijo de José”. Jesús aceptó el desafío y molestó enormemente a sus semejantes nazarenos haciendo referencia a los incidentes en el Antiguo Testamento que demostraban cómo Dios a veces había ignorado a su propio pueblo para favorecer a no judíos (gentiles) más rectos. Para los judíos de ese entonces, ésta era una idea aborrecible. Espoleados por sus líderes, toda la congregación se volvió en su contra, “le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle” (vers. 29).

Durante mi visita a Israel en 1985, caminé por la parte baja de Nazaret y encontré que tres denominaciones—incluyendo al cato-

licismo romano y la ortodoxia oriental—habían, según se cree por rivalidad, erigido iglesias para conmemorar la Anunciación. Cada una señala un sitio distinto donde el ángel Gabriel supuestamente visitó a la Virgen para decirle que iba a alumbrar un hijo que sería el Redentor. También vi el pozo de María y encontré un santuario con un nombre de lo más peculiar: “La iglesia de la sina-goga”. Está en pie sobre las ruinas de un edificio en el que se dice que el Salvador había adorado y donde presumiblemente tuvo lugar esta confrontación. La identificación indudablemente es incorrecta, como tantos otros lugares presuntamente sagrados en Israel. La sinagoga mencionada en Lucas 4 y el pueblo mismo (así como la casa de José, María y Jesús) estaban en lo que hoy es la parte alta de Nazaret, en la cima de la colina con su precipicio. El despeñadero todavía está ahí; en la tarde avanzada, casi noche, pude verlo desde el ómnibus en mi viaje de regreso a Haifa.

Los teólogos del tiempo de Jesús así como la mayoría de los judíos corrientes se habían enfocado demasiado exclusivamente en la idea de que el Mesías los liberaría de la esclavitud política. En el plan de Dios, sin embargo, esto no tenía una prioridad. Por sobre todo, quería liberar a su pueblo de la esclavitud del pecado y demostrarles el amor del Señor, al que la mayoría había perdido de vista. Para muchos, especialmente para los religionistas profesionales, este énfasis diferente hacía inaceptable al hombre de Nazaret. Especialmente enfurecedor era la manera en la que Él simplemente hacía caso omiso y a veces incluso contradecía sus enseñanzas. Miremos dos maneras en las que lo hizo.

Primero, hizo un punto de convertir precisamente a los pecadores supuestamente endurecidos: Prostitutas, cobradores de impuestos, y otros personajes desagradables a quienes los sacerdotes, escribas y fariseos consideraban más allá de toda redención posible. Jesús trató gentilmente con ellos y trajo el perdón a cada alma realmente penitente, pero sus acciones implicaron una crítica al clero oficial y su teología, la que colocaba a estas personas más allá de la raya. También tenía el hábito de condenar abiertamente la hipocresía, la que a menudo caracterizaba a escribas y fariseos.

En tales momentos, podía ser muy franco. En una confrontación final con ellos, desenmascaró a estos honrados líderes religiosos como “insensatos y ciegos” (Mat. 23:17) “guías ciegos” (vers. 24), “llenos de robo y de injusticia” (vers. 25). No eran para nada lo que aparentaban ser. El Señor los comparó con “a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia”, es decir por debajo de su aparente bondad, eran sumamente perversos (vers. 27-28). Eran “serpientes” venenosas, una “generación de víboras” (vers. 32, 33) camino al infierno, porque eran asesinos, igual a sus antepasados que habían matado a los profetas y a los hombres verdaderamente justos del pasado (vers. 29-36). Sin dudas lo eran, porque muy pronto los líderes escribas y fariseos se encontraron en el palacio de Caifás, el sumo sacerdote, para planear cómo “para prender con engaño a Jesús, y matarle” (Mat. 26:4).

Dos de los pecadores a quienes estos líderes religiosos imaginaban ser tan malos que Dios no podía seguir perdonándolos, eran María Magdalena y Zaqueo.

María parecía demasiado sumergida en la senda de la prostitución e incluso había caído presa de demonios, pero el Salvador expulsó de ella a siete demonios y la trajo a la pureza y a Dios. Después que Él se levantó de la tumba, ella fue la primera persona a la que habló y el primer misionero en anunciar su resurrección (Marcos 16:9, 10).

Zaqueo no era solamente un recolector de impuestos colaborando con los odiados conquistadores romanos; en realidad dirigía la Oficina de Recolección de Impuestos en Jericó. Tales personas eran odiosas no sólo para los judíos, también para otros pueblos subyugados por algo más que razones puramente nacionalistas. Geoffrey E. M. de Ste. Croix pinta un cuadro horroroso de los cobradores de impuesto que trabajaban para los romanos. Respaldados por los soldados y la junta local de recaudaciones, a menudo trataron a los morosos en maneras abominables. Éstos recibían una paliza y eran encarcelados o veían sus casas totalmente quemadas; si huían, los agentes del cobrador de impuestos podían torturar a sus parientes o vecinos para obtener su paradero.¹

Para pertenecer a tal profesión y ser ascendido a una posición importante como tal, Zaqueo debía haber sido un hombre endurecido y a veces brutal; pero incluso esta sinvergüenza no estaba más allá del alcance de la redención. El Espíritu de Dios, quien lucha para traernos de regreso al Padre Celestial, lo estaba ablandando y trabajando en su corazón. Zaqueo escuchó hablar de un compasivo maestro llamado Jesús, que trataba a su clase como a seres humanos. ¡Incluso se rumoreaba que uno de sus discípulos había sido un cobrador de impuestos! Anhelaba enormemente conocer a este tan diferente tipo de rabino. Entonces, un día, alguien le dijo que el nazareno se estaba acercando a Jericó. Como era pequeño físicamente, Zaqueo trepó a un árbol de sicómoro para ver al Señor pasar, pero casi se cae de asombro cuando Jesús paró debajo de las ramas, miró hacia arriba, y le dijo, “Zaqueo, date prisa, descendiendo, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa” (Lucas 19:1-5).

Para los escribas y fariseos, tanto María Magdalena como Zaqueo eran irremediabilmente malos: El peor tipo de hombre y el peor tipo de mujer; pero ambos se arrepintieron y se volvieron de sus pecados. Dios los perdonó, y por casi dos mil años sus nombres han adornado el Nuevo Testamento y han sido honrados por incontables cristianos, mientras que la memoria de sus enemigos piadosos (los que luego pasaron a asesinar al Señor) está marcada con la infamia eterna.

La segunda manera en la que Jesús ofendía al clero era rechazando la tradición como fuente de doctrina y autoridad religiosa. Él reconocía solamente al Antiguo Testamento, la Biblia de su tiempo, y a su Padre celestial. Como podríamos ponerlo hoy, era un protestante en relación con su herencia judía, la que quería reformar.

Aquellos que controlaban el judaísmo sostenían que además de las Escrituras había muchas reglas no escritas que debían obedecer. Por ejemplo, algún rabino antiguo había cavilado sobre Ex. 23:19: “No guisarás el cabrito en la leche de su madre”, y se inventó la explicación de que la carne y la leche no debían ser ingeridos utilizando los mismos utensilios. A esto, otro teólogo añadió que para la Pascua de los judíos la loza y los cubiertos corrientes (de uso cotidiano) eran inadecuados y por ende tenían que ser reemplazados con otros dos juegos. ¡Esto quiere decir que la familia judía ordinaria necesitaba *cuatro* juegos de cuchillos, de ollas, de cacerolas y cuatro vajillas! Afortunadamente algún otro rabino, sintiendo piedad hacia los pobres, decidió que para la Pascua de los judíos la familia podía enterrar, y después desenterrar, y luego reusar sus utensilios. Hasta el día de hoy, los judíos ortodoxos se adhieren a esta pizca de teología inusual.

Para la época de Jesús, la pureza ritual se había vuelto un fetiche, dando origen a tabúes no mencionados en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, los escribas y fariseos creían que comer con manos sucias era un pecado y por lo tanto criticaron a algunos de los discípulos del Señor por dejar de observar esta regla (Marcos 7:1-5).

Pero Jesús hacía caso omiso y a veces desdeñaba este tipo de cosas, que eran completamente invención humana. Por otro lado, se adhirió muy estrictamente a cada precepto del Antiguo Testamento. Es decir, diferenciaba claramente lo que Dios había ordenado de lo que los líderes religiosos requerían.

III

El principio que hombres como Lutero un día llamarían *Sola Scriptura* (la Biblia y la Biblia solamente), era fundamental en las enseñanzas de Jesús. ¿Pero no trajo nuestro Señor verdades adicionales? Lo hizo indudablemente, pero nunca contradijo el Antiguo Testamento. En vez de ello, estas nuevas verdades eran construidas sobre esas antiguas Escrituras y eran un cumplimiento de las mismas.

Muchos de sus contemporáneos vieron a Jesús como un innovador teológico; en realidad, era un conservador radical. Extendiéndose hasta los profetas y Moisés, abrigaba todo en su Biblia judía mientras dejaba de lado toda costumbre y práctica que no estuviera claramente justificada en ella. Repudió todos los comentarios y opiniones meramente rabínicas, especialmente los de la variedad minuciosa, que añadían o quitaban de la Palabra de Dios. Él creía que el trabajo de los líderes religiosos era enseñar lo que la Biblia requería, pero que no tenían derecho de manufacturar su propia teología. Esta actitud enfurecía a los clérigos de su tiempo.

De la misma manera que sus antepasados hebreos y los eruditos alrededor de él, Jesús trataba las palabras de la Biblia con el mayor respeto. Antes de que la imprenta fuera inventada, los escribas eran sumamente cuidadosos cada vez que tenían que copiar las Escrituras. Para evitar complicaciones, ni siquiera rectificaban el error

más leve que uno de sus predecesores hubiera cometido. Si descubrieran tal error, lo reproducían cuidadosamente, pero también ponían una nota de rectificación *en el margen*.

Éstos eruditos temerosos de Dios siempre recordaron lo que el Señor había instruido a través de Moisés: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deut. 4:2).

Este principio de no alterar la Palabra de Dios sino obedecerla fielmente también sirvió de guía a Jesús.

Observemos a nuestro Señor en un encuentro con clérigos que criticaron a sus seguidores por hacer caso omiso de costumbres extra-bíblicas del judaísmo. Regresamos al episodio de las manos sucias de los discípulos: “¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas?”

En su respuesta, Jesús fue al punto rápidamente: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito:

Este pueblo de labios me honra,
Mas su corazón está lejos de mí.
Pues en vano me honran,
Enseñando como doctrinas
mandamientos de hombres”.
(Marcos 7:5-8)

Los escribas y fariseos eran los líderes religiosos legítimos de la verdadera “iglesia” en el tiempo de Jesús. ¿No estaba Él, nuestro ejemplo, rechazando su autoridad? No, en un sentido absoluto, pero rechazaba la idea de que los teólogos y los líderes de la iglesia pudieran inventar su propia religión.

Los cuatro evangelios muestran claramente que Jesús estaba completamente en contra de la tradición como sustituto para la Palabra de Dios. En la continuación del pasaje citado, Jesús añadió: “Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre . . . Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas”. (Marcos 7:9-13)

Jesús rechazó todas las alteraciones a la Palabra de Dios hechas por los líderes religiosos. En esto, fue un verdadero protestante, intolerante con cualquier artefacto humano inventado para modificar la religión apartándola a como fue revelada por Dios. También hizo la siguiente predicción: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada” (Mat. 15:13).

IV

Los cristianos defensores de la tradición pueden argumentar que aquí estaba hablando solamente de los líderes judíos de su tiempo, y no de los padres de la iglesia, de los grandes teólogos como Tomás de Aquino (1225-74), de los concilios de la iglesia como el que se realizó intermitentemente en Trento (1545-63), o de cada papa. Todos estos promovieron y reforzaron la tradición eclesiástica a expensas de las Escrituras, supuestamente guiados por el Espíritu Santo.

La objeción más seria a la tradición eclesiástica como base de fe y doctrina es que generalmente contradice a la Biblia, la que no cambia, porque su Autor, Dios, es siempre el mismo. Es especialmente inverosímil suponer que Jesús les haya dado derecho a los cristianos, católicos o protestantes, a cambiar los Diez Mandamientos, después de rechazar las tradiciones judías que los habían socavado. Ésto era algo que Él obviamente odiaba.

De hecho, Él miró al futuro y, como Daniel, vio a aquel que “pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Dan. 7:25), un tema que estaremos abordando atentamente en el lugar correcto.

Cristo estaba zarandeando el barco de lo establecido contradiciendo los dogmas hechos por el hombre y condenando las acciones malvadas de sus líderes religiosos. Este es el por qué tramaron su muerte y lo hicieron ejecutar por los romanos que gobernaban su país. Esta reacción no tiene que desconcertarnos, pues tal ha sido a menudo el destino de pueblos idealistas que se atrevieron a hablar la verdad y resistieron la perversidad, que frecuentemente defiende errores arraigados y antiguos. La historia nos provee con muchos ejemplos, que no están limitados a la historia del cristianismo o la religión.

V

Ya hemos mencionado a Sócrates, a quien los atenienses sentenciaron a muerte presuntamente por corromper a la juventud. Su delito real fue enseñarles a pensar.

No ha sido diferente en épocas posteriores y en cada nivel de la vida. Por ejemplo, en 1930, el reportero Harrison E. Salisbury, quien estaba trabajando en United Press, reportó con demasiada exactitud sobre la extensión de la gran depresión en Minneapolis, la que carecía de organismos de asistencia social y de ayuda por desempleo. Esto enlodó los intereses de las empresas y a los concejales de la ciudad, los que influyeron en la *Minneapolis Journal* para exigir que fuera despedido. Por muy poco logró escapar de la destrucción de su carrera en sus mismos inicios. Años después, escribiría en su autobiografía: “La verdad, aprendí finalmente, es la cosa más peligrosa. No hay límites ante los que los hombres de poder cierran los ojos”,² porque “la verdad es peligrosa; arruina los planes”.³

Los cristianos creen que a través de su muerte el Señor Jesús trajo la salvación a todos los que la aceptan. Pero para los escribas y

los fariseos, los que vieron y se burlaron de su agonía final, él era más que un aspirante a reformador; era un hereje, sufriendo el destino de los herejes. Igual que muchos después de él, murió la muerte de un mártir.

¿Pero ésta no es una manera extremista de ponerlo? Para nada, porque el Nuevo Testamento claramente dice que la jerarquía del judaísmo muy pronto comenzó a usar la palabra *herejía* para describir lo que Jesús y sus seguidores creían. Esto es evidente de un examen del original griego. Este usa la palabra αἵρεσις (“haireisis”), de la que se deriva la palabra *eretge* del provenzal, de donde se derivan a su vez las palabras *herejía* y *hereje* en español.

Por ejemplo, leemos que después del arresto de Pablo, el sumo sacerdote Ananías y otros religionistas principales vinieron de Jerusalén al cuartel general romano en Cesarea y lo acusaron de herejía ante Félix, el gobernador. Hicieron que su abogado por contrato dijera que el apóstol era un “cabecilla de la secta de los nazarenos” (Hch. 24:5). Esta palabra *secta* es una traducción española para *haireisis* (“herejía”) en su forma genitiva. Pablo no negó el cargo pero dijo, “Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía αἵρεσιν [*haireisin*], así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas” (vers. 14). Cuando el apóstol finalmente llegó a Roma, invitó a los líderes judíos locales a que lo vinieran a ver. Descubrió que sabían poco sobre el cristianismo, excepto algunos rumores, “porque de esta secta [*herejía*] nos es notorio que en todas partes se habla contra ella” (Hch. 28:22).

Originalmente la palabra *herejía* sólo significaba una “elección” u “opción”, lo que en términos eclesiásticos se convirtió en una “escuela” o secta “religiosa”.⁴ El adjetivo αἱρετικός (*hairetikos*, “herético”) significaba “capaz de elegir”.⁵ En otras palabras, los herejes o sectarios eran personas que se desviaban de la religión establecida de su comunidad atreviéndose a pensar por sí mismos—y sufriendo persecución por haberlo hecho.

VI

Esto empezó con el Protestante original, el archi-hereje, Jesucristo. A él los líderes judíos le adjuntaron incluso etiquetas más feas. Se burlaban de él con su “nacimiento ilegítimo”, sugiriendo que había nacido fruto de fornicación (Juan 8:41). Lo llamaron samaritano, es decir, miembro de una raza que despreciaban completamente, porque él también amaba a estas personas. Incluso dormía en sus casas. Estos líderes también dijeron que estaba poseído por el diablo (vers. 48).

También habían otros factores que lo hacían inaceptable para los escribas y fariseos. Por ejemplo, porque pertenecía a la tribu de Judá y no era un levita, Jesús no podía ser sacerdote, de acuerdo con el sistema judío. Para sus contemporáneos, la única otra posibilidad era que pudiera ser un profeta o un rabino.

La jerarquía, sin embargo, cuestionó su derecho a enseñar, ya

que no había tomado un curso teológico en uno de sus seminarios y por lo tanto carecía de las credenciales necesarias requeridas para un predicador. De acuerdo con su sistema, era un laico, aunque se maravillaron de sus conocimientos y su perspicacia (“¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?” Juan 7:15), y así los líderes lo enfrentaron y exigieron saber con qué autoridad se atrevía a enseñar (Mat. 21:23; Mar. 11:28).

Pero el problema era más profundo que eso. Para ellos, la posición en la vida estaba determinada, como lo es para tantos hoy, por la educación académica, por las riquezas, o por el poder político. Este arribista de Nazaret también encantaba a la multitud común con su charla socialmente inquietante. Decía que Dios había impedido que personas más inteligentes y estudiadas comprendieran sus palabras, pero que le había concedido inteligencia a las mentes humildes (Mat. 11:25); que los pobres entrarían en el reino de los cielos más fácilmente que los ricos, para quienes esto sería casi imposible (Mat. 19:23, 24); y que no los orgullosos, sino los mansos, heredarían la tierra (Mat. 5:5). Para ponerle la tapa al pomo, predijo un mundo patas arriba en el que los primeros serían los últimos y los últimos serían los primeros (Mar. 19:30; 20:16). Ésto era exactamente lo contrario de lo que la élite judía esperaba o deseaba.

Y encima de todo, ¡la charla revolucionaria del nazareno incluía la muy ridícula idea de que un día él, un carpintero y trabajador de la construcción, sería rey, y sus apóstoles, gente simple, pescadores, se sentarían sobre doce tronos para juzgar al pueblo elegido! (Mat. 19:28)

Para los cristianos, el Señor Jesús es el verdadero Mesías, el Hijo de Dios, y la luz del mundo, Aquel que necesitamos para nuestra salvación personal y vida eterna. Pero cuando apareció, la mayoría de su propio pueblo lo repudió. Durante su vida terrenal, el judaísmo—pervertido sin embargo por las tradiciones humanas—era todavía la única religión verdadera, establecida por Dios mismo. Pero el Señor puede (y a veces lo hace) descartar incluso religiones originalmente verdaderas cuando se desvían demasiado lejos de la verdad, mientras que aquellos que las practican se niegan a arrepentirse y lo desobedezcan tercamente.

Aunque muchos se regocijaron en la revelación adicional que Jesús trajo, los líderes oficiales de “la Iglesia” lo rechazaron y lo entregaron a los gobernantes seculares, los romanos, para ser ejecutado como un hereje. Así es cómo empezó el Cristianismo, como una secta, una forma de judaísmo herético.

A pesar de todo, los tres años y medio de su ministerio se volvieron la bisagra de la historia en la que el futuro se balancearía. El asesinato del Mesías, junto con la persecución de su iglesia recién nacida, le impidió a Dios implementar sin retraso sus planes para Israel. Jerusalén no podría, en un futuro inmediato, volverse la capital del mundo, ni el pueblo judío se volvería una máxima potencia mundial. Su maravilloso destino como nación, predicho en tantas profecías del Antiguo Testamento, no encontraría su

satisfacción en la manera que el Señor hubiera preferido; quedaría reducido a la historia que nunca fue.

En vez de ello, nuestro Padre Celestial implementó su plan alternativo para lograr su propósito con el mundo. La iglesia, el Remanente de Israel, reemplazaría a los judíos, los que perderían su posición como el pueblo más favorecido por Dios.

VII

Pronto, como ya se describió, tuvo lugar un terrible giro de acontecimientos. Aproximadamente cuarenta años después de la crucifixión, los judíos se rebelaron contra sus gobernantes y opresores romanos. En 70 a.C., Tito y sus legiones invadieron Jerusalén, reduciendo gran parte de esta a escombros junto con su hermoso templo. Sesenta años después, los nacionalistas judíos trataron otra vez, bajo Bar Kojba, un falso Mesías. Otra vez perdieron, y en 135 d.C. Jerusalén sufrió una segunda, aún más minuciosa destrucción, cuando el Emperador Adriano aniquiló el estado judío. Por casi 1900 años los descendientes de Abraham fueron esparcidos entre las naciones sin un país propio.

El cristianismo, sin embargo, sobrevivió. Pero pronto se dividió en dos grupos principales: Aquellos que se adherían atentamente a las Escrituras, como Jesús y los apóstoles habían hecho, y aquellos que mezclaron su religión con elementos que ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento autorizaban. De manera muy similar a como los escribas y fariseos en la época de nuestro Señor, estos últimos se desviaron del principio *Sola Scriptura*, añadiendo muchas tradiciones humanas, algunas tomadas del paganismo.

Estos creyentes eran la mayoría y se volvieron la rama dominante del cristianismo, inclinados a perseguir a aquellos que no los acompañarían en su apostasía. Otra vez la palabra *herejía* se puso de moda.

La fase de persecución por los judíos había terminado junto con su estado, aquellos que seguían a Jesús tenían dos tribulaciones mucho más grandes que sufrir. Primero, los romanos paganos trataron de exterminarlos, y luego—más increíble de contar—emperadores o reyes ortodoxos y católicos continuaron oprimiendo y asesinandolos por otros mil quinientos años.

Fue una repetición curiosa de la situación que el Señor y sus apóstoles tuvieron que enfrentar. Solamente que era mucho, mucho peor, porque la persecución de cristianos por cristianos duraría mucho más tiempo y asumiría proporciones más horrendas.

El homicidio judicial de Jesucristo por desviarse de la religión establecida estableció el patrón para incalculables millones que se volverían sus discípulos en los siglos por venir. Una y otra vez, personas y grupos a veces enteros testificarían de su fe en él a través tanto de sus vidas como de sus muertes en agonía.

Fueron repetidamente atacados por la cuarta bestia feroz y terrible que Daniel había visto en su visión; porque cuando la nación judía perdió su primacía en el cumplimiento del designio de Dios

para la raza humana, esta criatura horrenda fue liberada.

Por aproximadamente docientos años, los gobernantes paganos del Imperio Romano, quienes odiaban el cristianismo, hicieron todo lo posible para desaparecerlo. La persecución, aunque difícil de resistir, no llegó por sorpresa, ya que Cristo había advertido sobre ella, de antemano, a sus seguidores. A decir verdad, mostró brevemente todo lo que le pasaría a la iglesia entre su ascensión y su regreso a la Tierra.

VIII

En un día soleado en Jerusalén, justo antes de su crucifixión, sus entusiastas discípulos le preguntaron sobre la fecha del Segundo Advenimiento. En su respuesta dijo, con inconfundible claridad: “Aún no es el fin” (Mat. 24:6). Luego explicó que muchos eventos se intervendrían. Los detalles son dados en Mat. 24, Lucas 21 y Marcos 13.

Habría numerosas guerras, hambrunas, y terremotos, así como muchos falsos maestros religiosos (Mat. 24:6-13). Pronto Jerusalén sería rodeada por ejércitos y desolada, resultando en una gran masacre y el exilio para la nación judía (Lucas 21:20-24).

Jesús pasó a decir que después habría un tiempo de “gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mat. 24:21). Su idea fundamental sería la persecución de sus verdaderos discípulos: “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (vers. 9). Indicó claramente que éste sería un período de duración muy larga. Si no fuera acortado, nadie se salvaría (Mar. 13:20).

Las palabras “seréis aborrecidos de todas las gentes” muestran que estaría involucrado mucho más que el martirio a manos de los romanos paganos. Es también una referencia futurista a los tiempos medievales y una clara pista de que Jesús no estaría con la iglesia dominante y su Inquisición, sino con sus semejantes herejes.

El problema fundamental es que la Biblia, el único registro auténtico de lo que el cristianismo debiera ser pero que frecuentemente no es, ha permanecido siendo un libro herético. Por las edades, ha sido la fuente de toda protesta en oposición a, y de las desviaciones desde el catolicismo, tanto como de otras iglesias que se desviaron de lo que el Fundador y sus apóstoles habían enseñado. A menudo se ha quemado a personas por leer o por tan sólo poseer una Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamento contienen las mismas doctrinas más tarde predicadas por gentes como Wycliffe, Huss y Lutero, quienes causaron la rebelión contra el papado e iniciaron la Reforma.

Aunque hoy la iglesia romana ha relajado su tabú contra la lectura de la Biblia por la gente común, las Escrituras son a menudo tratadas todavía con sospecha. Por ejemplo, Roman Mazierski, un sacerdote polaco que se convirtió al protestantismo en el siglo veinte, cuenta cómo el clero superior en su país difunde la idea de

que “leer la Biblia era una cosa peligrosa, ya que contenía las semillas de varias herejías, siendo la iglesia solamente la única capaz de discernir y elegir de esta lo que era lo suficientemente sano y adecuado para ser la lectura desde los púlpitos durante los servicios dominicales”.⁶

IX

Hay un inconfundible vínculo entre el libro de Daniel y este vistazo previo a la historia que el Señor presentó a sus discípulos en Mat. 24:1-25:46, Mar. 13:1-37 y Luc. 21:5-38. Estas Escrituras registran lo que los eruditos estudiantes de la Biblia llaman El discurso del Monte de los Olivos, El Discurso Escatológico de Jesús, El Pequeño Apocalipsis,⁷ o El Apocalipsis Sinóptico.⁸

En un capítulo titulado “La Comprensión de Cristo de las Profecías de Daniel”, La Rondelle demuestra convincentemente cómo el todo del discurso del Monte de los Olivos se relaciona estrechamente con las visiones de ese profeta. Esto deviene en abundancia claro cuando comparamos la estructura, la cronología, y las ideas fundamentales que ambos expresan; porque “Jesús tomó prestado algunas frases apocalípticas claves de Daniel y las aplicó a sí mismo como Mesías, y otras frases las aplicó a Jerusalén y sus seguidores”.⁹

Las palabras de Cristo, además, son obviamente un puente entre Daniel y Apocalipsis. De acuerdo con McGinn, también provienen el plano de fondo para las predicciones paulinas sobre los últimos días en 1^a y 2^a de Tesalonicenses.¹⁰ Edwin Thiele señala que nuestro Señor estaba particularmente interesado en Dan. 7:13, 14, y 12:1-2, pasajes que tratan sobre el juicio y el final del mundo. No menos de siete de las declaraciones de nuestro Señor hacen eco de estos versículos: Mat. 13:43; 16:27, 28; 24:21, 30, 64; 25:31; y Juan 5:28, 29.¹¹ Incluidas están su título favorito para sí mismo, “El Hijo de hombre”, y la expresión “en las nubes del cielo”. Ambos son de Dan. 7:13.

La gran tribulación de los fieles creyentes que Jesús predijo en el discurso del monte de los Olivos es evidentemente la misma experiencia que el hollado con los pies del remanente y el quebrantamiento de los santos del Altísimo predichos en Dan. 7:19, 25.

No es cierto, como muchos escritores han sugerido, que en su mayor parte los cristianos primitivos creyeron que el final del mundo estaba justo al doblar de la esquina. Algunas personas enseñaron esto, pero Jesús había dicho muy claramente: “Aún no es el fin” (Mat. 24:6). A esto añadimos el testimonio del apóstol Pablo, quien rechazó enfáticamente cualquier sugerencia de que “la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él” (2 Tes. 2:1) estaba cercano, porque—como él mismo insistió—“porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tes. 2:3,

4). Esto, todo el mundo lo entiende así, hace referencia al Anticristo próximo.

La palabra usada aquí para apostasia es ἀποστασία (“apostasia”). Significa una *deserción*, una *revuelta*, una *desviación* de la fe: Apostasia. No estaría limitada al Anticristo, aunque este estaba destinado a liderarla. Y esto es exactamente lo que ocurrió, como la historia evidentemente atestigua. Surgió una forma apóstata del cristianismo, dirigida por el papado. Muchas han sido sus desviaciones de la verdad bíblica. Pero lo más ofensivo a Dios son sus modificaciones de Su santa ley, manifestándose el “misterio de la iniquidad”. Esta iglesia espuria pero poderosa ha continuado, siglo tras siglo, destruyendo las multitudes que se atrevieron a hacerle frente. Persistirá hasta el Segundo Advenimiento, cuando, como Pablo predijo, habrá una confrontación final entre Cristo y el Anticristo, “a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tes. 2:8).

Así que los primeros creyentes sabían por adelantado que habría muchos problemas: Un tiempo de espera por su Maestro y Señor, guerras, y muchas calamidades, pero especialmente persecución. Esta se originaría no sólo de un entorno pagano y hostil, sino también dentro de la iglesia misma.

Naturalmente esperaban que el Segundo Advenimiento no estuviera demasiado lejos. Era algo por lo que podían orar y acelerar: Jesús había dicho que el evangelio del reino sería predicado en todo el mundo, como testigo a todas las naciones, y *entonces* sería el fin (Mat. 24:14, énfasis añadido). Mientras tanto, sus seguidores tenían la seguridad de la vida eterna, un pensamiento maravilloso, que los sostuvo a través de cada terrible experiencia.

Parte 4

El Factor Romano

14 La Bestia Pagana y los Cristianos Primitivos

I

Imagine ser un creyente en Jesús cuando el apóstol Pablo todavía estaba vivo y ese maniático Nerón estaba sentado en el trono del imperio. Habiendo enfurecido a su pueblo quemando la mayor parte de Roma, acusó a los cristianos del crimen. Fueron acorralados inmediatamente.

Tácito, el famoso historiador romano, retrata gráficamente las atrocidades que siguieron: “En primer lugar, entonces, algunos fueron arrestados y obligados a confesar. Sobre su testimonio se condenó a una inmensa magnitud, no tanto de su responsabilidad por el fuego sino por odio hacia la raza humana. Fueron condenados y asesinados con burlas e insultos. Los vestían con pieles de animales salvajes y eran arrojados a los perros para ser destrozados; eran clavados a cruces o condenados a las llamas; y cuando la luz del día declinó, fueron quemados para alumbrar la noche. Nerón había concedido el uso de sus jardines para esa exhibición, y daba una representación de circo, mezclándose con la gente común y corriendo vestido como un cuadriguero sentado en su carroza”.¹

O piense en vivir en cualquiera de los próximos docientos cincuenta años, porque este emperador fue solamente el primero de muchos perseguidores paganos. El cristianismo era ilegal, y cada creyente era considerado un criminal permanente. Los cristianos en la Unión Soviética tuvieron cierta idea sobre cómo debió haber sido. La persecución comunista en ese país duró aproximadamente setenta años, pero la opresión de la iglesia por la Roma pagana continuó, con intensidad variable, durante dos siglos y medio. La cuarta y terrible bestia “devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies” (Dan. 7:7).

Es cierto que hubo períodos en que las autoridades no buscaban activamente a los cristianos, y algunos emperadores fueron propensos a la indulgencia, a su manera de verla. Un ejemplo temprano fue Nerva (96-98 d.C.), quien liberó al apóstol Juan de la isla de Patmos, y Trajano (98-117 d.C.).

Este último se escribía con Plinio el Joven, quien se había metido en problemas por investigar a los cristianos. Él descubrió que no cometían crímenes secretos, como aseveraban sus maliciosos enemigos. Pero no supo realmente cómo tratar con esta secta ilegal. El consejo del emperador fue ignorar totalmente a los informantes anónimos. No debía haber ninguna inquisición general para hallar quién era cristiano. Pero las acusaciones de gente responsable debían investigarse. Si los cristianos hacían los sacrificios requeridos, debían ser dejados en paz.

Algunas personas más o menos justas, igual que Trajano, trataron de mirar a otro lado, no queriendo una cacería de brujas

organizada contra los cristianos. Sin embargo, el “cristianismo declarado seguía siendo un delito punible con la pena de muerte”.² En una primera reflexión, podemos encontrar esto desconcertante, porque los romanos, con sus muchos dioses, eran en general tolerantes con la religión de otros pueblos, incluyendo el judaísmo. Pero, de acuerdo con Gibbon, el cristianismo era diferente de todos estos en una manera importante. Para los antiguos, una religión estaba conectada con un grupo étnico o cultura particular y las costumbres ancestrales de uno. Por mucho tiempo, esto incluso era aplicable a los judíos. El cristianismo, sin embargo, trascendió escandalosamente toda diferencia de raza, nacionalidad, clase social tradición. Los romanos creían que esto amenazaba el orden normal de las cosas. Además, los cristianos desobedecían las leyes que prohibían las reuniones públicas de grupos no autorizados por el estado.³

La inconformidad siempre ha sido la insignia de los perseguidos, mientras que sus opresores frecuentemente pertenecen a una religión o ideología apoyada por el estado.

Las excepcionales dificultades que los cristianos experimentaron no se originaban a menudo con el emperador, sino con sus vecinos, quienes agitaban los problemas. Para éstos, los seguidores de Cristo eran ateos, ya que no venerarían a los dioses romanos o sus imágenes. De acuerdo con Robin Fox, los paganos creían que esto era muy malo; porque supuestamente sus dioses eran sumamente celosos de sus derechos. Si alguien los deshonrara, podían volverse muy molestos y castigar a toda la comunidad con hambrunas, plagas, o sequías. “No llueve por culpa de los cristianos” se volvió un dicho común.⁴

Además, “la eucaristía era insultada como canibalismo; se les acusó de practicar incesto y homicidios de niños en sus reuniones secretas y de recurrir a relaciones sexuales grupales cuando las luces se apagaban en la iglesia”. Aunque los paganos educados no creían en estas calumnias, muchas personas ordinarias sí lo hacían.⁵

Luego estaba también la cuestión especial del patriotismo romano.

Hoy la lealtad de un ciudadano a menudo se expresa rindiendo homenaje a la bandera de su país, o cantando el himno nacional. Pero para las personas del imperio era un poco diferente: Uno tenía que venerar a Roma como la diosa Roma o al emperador mismo.

Era irrelevante si este era un hombre bueno o malo; su oficio lo hacía divino. Por ejemplo, Domiciano, que gobernó del 81 al 96, era cruel, vanidoso y propenso a la exaltación propia, como Nerón.⁶

Incluso los romanos se resentían por la “insistencia a ser tratado como *dominus et deus* [señor y dios]” de este hombre infame,⁷ pero no obedecer era arriesgado, y aduladores nunca faltaron. “Los poetas de la corte de Domiciano competían en sus exageradas expresiones de adulación. ‘Pueda mirarte, Esperanza de la humanidad y Favorito de los dioses’, dijo uno. Otro escribió:

Vea que hay Dios,
allí está establecido con supremo poder
por el Padre en el cielo,
para gobernar la tierra afortunada.

Los cristianos concienzudos no podían venerar a ningún ser humano, bueno o malo. En cuanto a Domiciano, en una generación posterior algunos creyentes “usaron sus características de cabeza calva, panza pesada y piernas delgadas como modelo para el Anticristo”.⁸

Los jueces romanos, a quienes no les gustaba el publicitado martirio de los cristianos, a menudo trataban de facilitarles las cosas. Sólo imagine, estimado lector, que usted tuviese que hacer un pequeño gesto para mostrar que usted reconoce a los dioses, o que una pizca de incienso en un brasero para honrar al emperador salvará su vida. A usted quizás se le permitiría conservar su religión, con sólo una pizca de paganismo añadida.

Un pellizquito de incienso a cambio de la vida no suena como un mal negocio. Pero los creyentes fieles en Cristo no se cederían, sabiendo que tal transacción estaba prohibida por el primero de los Diez Mandamientos. Ciertamente no querían la condenación en el próximo mundo.

Aceptar a Jesús como Señor y ser bautizado era realmente un negocio muy peligroso. Si los romanos estaban en uno de sus arrebatos anticristianos y usted terminaba atrapado en su red, tenía que elegir: Entre ofrecer un sacrificio pagano, o pagar con su vida en una manera muy desagradable.

De acuerdo con W. Warde Fowler, los romanos eran horriblemente crueles e insensibles hacia los pueblos conquistados y sometidos,⁹ igualmente contra alguien que tan solo pareciera rebelarse contra Roma. Los ciudadanos romanos, como el apóstol Pablo, eran más o menos afortunados; porque podían ser decapitados. Pero para el resto, un destino más común era la crucifixión, o ser quemado vivo. A menudo los cristianos eran traídos a la arena como espectáculo público. Allí eran destrozados y devorados vivos por animales salvajes, aplaudidos por entusiastas espectadores.

Y con todo, increíble como pueda parecer a muchas personas hoy, los cristianos primitivos generalmente preferían tal destino a dejar su relación con Aquel a quien habían aceptado como su Señor. Por lo tanto, eran desmenuzados por los dientes de hierro y hollados por las garras de bronce de la Bestia terrible.

Así es como muchos cristianos dieron testimonio de su fe. El impacto sobre los no creyentes era tremendo, y muchos fueron convertidos. ¿Por qué?

En lugar de injuriar a sus perseguidores, los mártires ponían la otra mejilla como Jesús les había dicho que debían hacer, y oraban por sus atormentadores. Ésto era algo que los romanos nunca habían visto y no podían comprender. Además, nadie podía dudar de la superioridad de la ética o de las relaciones humanas de los cristianos. Con asombro, los paganos observaban el amor de unos

por los otros, expresado prácticamente en ayuda material hacia los menos afortunados entre ellos.

En esto, también, los creyentes estaban siguiendo el ejemplo y la enseñanza de su Señor, cumpliendo su oración por ellos. Él había hecho una petición a su Padre celestial “que sean uno, así como nosotros . . . para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” (Juan 17:11, 26). Tertuliano (c. 200) menciona el asombro de los paganos que exclamaban “¡Cuánto se aman estos cristianos!”¹⁰

Pero no todos los paganos romanos respondían favorablemente. Muchos se resentían profundamente tanto por las enseñanzas como por el ejemplo de los cristianos, que eran una reprimenda viva a sus propias vidas sucias e inmorales. La firmeza de los creyentes los arrastraba a un odio y un deseo consumidor de arrasar a estas personas.

Sin embargo, hasta la primera parte del siglo segundo, la persecución fue en gran parte esporádica. Pero empezaba un tiempo de angustia mucho más grande.

II

En 161, Marco Aurelio (121-80) asumió el púrpura. Era un erudito, un filósofo ético (el último de los estoicos romanos importantes), y un hombre con una dulce disposición—cuya conducta estaba maravillosamente libre de defectos discernibles. El poeta británico Mateo Arnold lo llamó “quizás la figura más hermosa en la historia”.

Los puntos de vista de este emperador sobre la vida eran también excepcionalmente cultos. Por ejemplo, hizo referencia a “La idea de un sistema de gobierno en el que hay una misma ley para todos, un sistema de gobierno administrado con respecto a la igualdad de derechos e igualdad de libertad de expresión, y la idea de un gobierno real que respete la mayoría de las libertades de los gobernados”.¹¹ Aquí parece estar anticipando algunos de los principios que más de 1600 años después llegaron a adornar la Declaración de Derechos estadounidense y que son justamente admirados en todo el mundo.

Habríamos esperado que este emperador fuera más tolerante que el resto de los romanos. Pero no lo fue, porque “parece que la sangre cristiana fluyó más profusamente en el principado de Marco Aurelio el filósofo que nunca antes”.¹²

Que él, de todos los romanos antiguos, también pudiera ser un perseguidor implacable ha desconcertado a sus admiradores en épocas posteriores. Algunos han tratado en vano de negar el hecho mismo. Otros (como Matthew Arnold), quien no puede hacerlo, se ha referido a los prejuicios convencionales que dieron forma a Aurelio, así como a los defectos de aquellos a quienes persiguió: “¿Quién duda que entre los cristianos confesos del siglo segundo, como entre los cristianos confesos del decimonoveno, hubo plenitud de sinsentidos, plenitud de disparates rabiosos, plenitud de puro fana-

tismo?”¹³

Eso está todo muy bien, pero esta crítica a las víctimas difícilmente constituye una excusa. Ni en la Inglaterra del siglo diecinueve ni en los Estados Unidos del siglo veinte los excesos religiosos resultaron normalmente en homicidios judiciales.

No, no puede haber atenuante de lo que Marco Aurelio hizo. Como jefe de estado y filósofo, sabía quiénes y qué eran los cristianos, más que cualquier otro romano. Pudo estudiar su ética elevada y considerar las vidas excelentes de los más educados entre ellos. Sin dudas lo hizo, y luego decidió asesinarlos por razones de estado.

Sólo debemos aceptar que sin importar cuánto las ideas, e incluso la vida de Marco Aurelio se parecían a las de los cristianos, los veía como enemigos que amenazaban la estabilidad de Roma. Por lo tanto, razonó, tenían que ser eliminados. Quizás su intolerancia también provenía de una confrontación personal con Cristo y su negación a aceptar sus reclamos. Para el resto, sólo podemos ponderar el trágico hecho de que los perseguidores, condenados a la perdición, son a menudo personas muy respetables y aparentemente virtuosas.

Hasta el primer año de Marco Aurelio, la vida en el imperio había sido segura y agradable, al menos para el séptimo superior de la sociedad. El mundo estaba en paz, y el placer parecía reinar supremo. Pero hacia finales del próximo año, “se escuchó un retumbar en oriente. Los partos estaban atacando el imperio”.¹⁴

El ejército fue debidamente enviado, pero nadie estaba realmente alarmado. Después de todo, “durante toda su historia Roma estuvo casi constantemente en guerra en algún lugar a lo largo de sus fronteras en permanente expansión o contracción”.¹⁵ Parecía sólo una expedición militar más.

Los soldados volvieron vencedores, como era de esperar, pero con ellos trajeron una enfermedad que causó muchas muertes.

Entonces, sólo cinco años después, en 167 los germanos y los eslavos, quienes vivían allende el Danubio, también atacaron e invadieron el imperio.¹⁶ Ellos, también, fueron repelidos, pero por las siguientes generaciones la sociedad romana no experimentó otra vez nada como la paz. Marco Aurelio tuvo que pasar la mayor parte de su reinado “luchando las guerras en la frontera y combatiendo los efectos de la plaga y la desmoralización”.¹⁷

Imprudentemente había asociado a su hijo Cómodo (161-92) consigo como co-gobernante. Cuando Marco Aurelio murió en 180, este hombre subió al trono, pero demostró ser “débil y cruel”.¹⁸ Era totalmente lo contrario de su padre, exhibiendo orgullosamente su fuerza física en juegos de gladiadores, y vistiéndose como Hércules. Su reinado de doce años terminó cuando su amante y sus amigos lo estrangularon.¹⁹

III

Con Cómodo empezaron cien terribles años, conocidos por los historiadores como la Centuria Angustiosa. Hubo invasiones de godos, francos, alamanes, sajones, bereberes y persas. Hubo

rebeliones en Galia y Palmira.

En el frente doméstico, empezó un tiempo de gran inestabilidad. En la centuria entre 180 y 284, hubo veintinueve emperadores, que vinieron y se fueron en breves intervalos. La mayoría de ellos fue asesinados.²⁰ Veintiséis gobernaron en los últimos cuarenta y nueve años de este período. “Sólo uno logró librarse de una muerte violenta”.²¹

Éstos no eran todos hombres crueles. Algunos, especialmente cerca del final de la Centuria Angustiosa, demostraron ser generales muy capaces, como Claudio, Aureliano y Probo, que consiguieron victorias rotundas para Roma. Pero, de acuerdo con Gibbon, “tal era la condición desdichada de los emperadores romanos que, sin importar cuál fuera su conducta, su destino comúnmente era el mismo. Una vida de placer o virtud, de severidad o moderidad, de indolencia o gloria, de igual manera conducían a una tumba prematura; y casi cada reinado era cerrado por la misma repetición repugnante de traición y asesinato”.²²

La plaga traída a casa por la primera expedición que Marco Aurelio había enviado a Mesopotamia creció para convertirse en un azote terrible, que obró su barrida destructora a través del imperio. A mitad del siglo III regresó. Estas dos visitas destruyeron aproximadamente un tercio de la población, diezmaron el ejército necesario para luchar contra los bárbaros, y a gran escala barrieron con los esclavos. El trabajo de estas desgraciadas personas era vital para la economía y especialmente la agricultura, la que producía los alimentos que suplían a los pueblos. Al mismo tiempo, descendió la natalidad.²³

La economía estaba en el caos. “Entre los 250’s y los 280’s, el sistema monetario imperial romano se había degradado en una espectacular fase de inflación”.²⁴

Fue un tiempo muy malo para todos. Esto coincidió con un aumento en el número de cristianos, los que, a mediados del siglo III, ya no podían seguir guardando un perfil bajo. Eran “mucho más numerosos, mejor ordenados y más homogéneos en sus opiniones y prácticas” que antes.²⁵ Cada vez más ciudadanos romanos en el nivel superior de la sociedad adoptaban esta religión. Un gran enfrentamiento se hizo inevitable.

Hubo personas que sentían que el imperio estaba siendo gravemente amenazado, y los cristianos eran unos de los factores que lo socavaban. En primer lugar, su actitud hacia la celebración del aniversario 1000 de Roma en 248 fue enormemente resentida. Aún peor que eso, desde un punto de vista pagano, era que su falta de devoción hacia los dioses tradicionales invitaba al desastre para todo el mundo.

En 249, el emperador Decio lanzó un ataque letal en contra de ellos, especialmente sobre los obispos.

La vida romana, en los años que siguieron, siguió deteriorándose. Parecía que el final de este gran estado estaba cerca.

IV

¿Fueron los horribles años que empezaron con Marco Aurelio una crisis fortuita, o agotaron los romanos la paciencia divina, a través de su persistente maltrato y asesinato de cristianos, bajo el gobierno de un supuesto culto emperador?

La Biblia enseña que el Señor es la autoridad final que no sólo recompensa la generosidad sino también castiga el mal de gobernadores y naciones. En el Antiguo Testamento, descubrimos que varios estados paganos tuvieron que sufrir por su crueldad en contra de otros, especialmente contra aquellos a quienes Dios consideraba como sus elegidos. Claros ejemplos son presentados en los primeros dos capítulos de Amós, que hacen referencia a Damasco, a las ciudades filisteas, a Tiro, a los amonitas, y a los moabitas.

Lo mismo era aplicable incluso al estado teocrático del Israel antiguo cuando David, un hombre conforme al corazón del propio Dios (1 Sam. 13:14), era su gobernante. Su país una vez sufrió, creía él inexplicablemente, una hambruna por tres años. Cuando le preguntó al Señor, recibió su respuesta, “Es por causa de Saúl, y por aquella casa de sangre, por cuanto mató a los gabaonitas” (2 Sam. 21:1).

Éstos eran un pueblo cananeo que había sobrevivido a la época de la conquista de Josué, porque engañaron a los israelitas haciéndoles jurar solemnemente el perdonarles (Jos. 9). El rey Saul había infringido este pacto nacional, hecho en el nombre de Dios, quien estaba actuando ahora para vengar la injusticia. El país entero estaba sufriendo porque el crimen del predecesor de David en contra de un pueblo inocente nunca había sido expiado. El resultado fue que, de conformidad con una costumbre judicial antigua, siete hijos de Saul fueron entregados a los gabaonitas para su ahorcamiento (2 Sam. 21:2-9).

Quizás el más famoso lector de la Biblia que creyó que Dios está dispuesto a infligir calamidades a toda una nación como castigo por homicidio y crueldad en su medio fue Abraham Lincoln. Mientras la terrible Guerra Civil norteamericana se desarrollaba, “él se hacía más profundamente religioso, creyendo que la esclavitud siempre había sido un pecado por el que el país estaba siendo castigado”.²⁶ Descubrimos evidencias de esto en su segundo discurso de toma de posesión el 4 de marzo de 1865, en el que dijo: “Acariciamos la esperanza—y fervientemente oramos—que este terrible azote de la guerra pueda terminar rápidamente. Pero, si Dios desea que continúe hasta que toda la riqueza apilada por los deudores de docientos cincuenta años de trabajo no correspondido se hunda, y hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo sea pagada por otra derramada por la espada, como fue dicho hace tres mil años, así debe decirse todavía, ‘Los juicios de Jehová son verdad, todos justos’”.²⁷

El Todopoderoso se preocupaba por los gabaonitas, a quien los israelitas despreciaron, y los vengó. También intervino por los negros oprimidos y explotados de los Estados Unidos, incluyendo

aquellos que no necesariamente le estaban sirviendo. Si esto es así, ¿qué hará cuando sus elegidos y especialmente amados de cualquier color sean exterminados, aquellos a quienes el mundo desprecia pero las Escrituras aclaman como los santos del Altísimo, contra los que la bestia terrible de Daniel 7 tan a menudo ha descargado su cólera? A muchas personas de nuestro tiempo, especialmente a aquellos que están en contra de la pena de muerte, la doctrina de la deuda de sangre es tanto repugnante como incomprensible. Algunos la consideran incluso una idea no cristiana, pero es claramente enseñada en las Escrituras.

El Señor dijo a Noé, nuestro antepasado común: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre” (Gén. 9:6). Se instruyó al antiguo Israel: “Y no tomaréis precio por la vida del homicida, porque está condenado a muerte; indefectiblemente morirá” (Num. 35:31). Un homicida no intencional podía correr a una ciudad de refugio, pero un asesino no estaría protegido ni siquiera en un templo o iglesia; “de mi altar lo quitarás para que muera” (Ex. 21:14). Si no, el país podía sufrir, “porque esta sangre amancillará la tierra, la tierra no será expiada de la sangre que fue derramada en ella, sino por la sangre del que la derramó” (Num. 35:33).

Pero la pena de muerte no podía ser impuesta sin testigos; y de éstos tenía que haber allí dos o más (vers. 30). Además, para protegerse contra el falso testimonio, Israel tenía otra ley que era completamente justa tanto como maravillosamente sabia: “Y si aquel testigo resultare falso, y hubiere acusado falsamente a su hermano, entonces haréis a él como él pensó hacer a su hermano; y quitarás el mal de en medio de ti” (Deut. 19:18, 19).

Una más vieja América estaba bien al tanto de estas ideas. Luego del asesinato del presidente Lincoln, el 20 de abril de 1865, Edwin M. Stanton, el Secretario de la Guerra, ofreció una recompensa de \$100,000 por EL ASESINO, y cantidades más pequeñas por dos de sus cómplices. El anuncio imitaba al Antiguo Testamento: “Que la mancha de la sangre inocente sea lavada de la tierra por el arresto y castigo de los asesinos”.²⁸ Muy pronto después, Juan Wilkes Booth fue ajusticiado. Cuatro de sus cómplices fueron ahorcados sólo dos meses después del funeral de Lincoln en Springfield.

La muerte de los antiguos gabaonitas, al igual que el asesinato de Lincoln, debía ser vengada. En cuanto a aquellos que asesinan a los hijos de Dios por haberle servido, un salmo antiguo nos informa:

Estimada es a los ojos de Jehová
La muerte de sus santos.
(Sal. 116:15)

Esta no es una enseñanza exclusiva del Antiguo Testamento. Jesús preguntó y respondió a una pregunta similar a la nuestra: “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? [. . .] Os digo que pronto les hará justicia” (Lucas 18:7, 8).

Apoc. 13 es aún más específico. A la Bestia anticristiana, sucesora e imitadora de la Roma pagana, se le permitiría “hacer guerra contra los santos, y vencerlos” (vers. 7), pero también sufriría el castigo apropiado por hacerlo. “Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto.” (vers. 10)

Como este libro mostrará en un buen número de lugares, la persecución religiosa está frecuentemente, si no regularmente, seguida por grandes calamidades para cualquier nación que persista en ello. En ocasiones, la consecuencia es la ruina nacional. Creemos que es una ley de la historia.

La retribución a menudo toma la forma de pestilencia, hambruna, ruina financiera, e invasión. A medida que nuestra historia avance a siglos posteriores, descubriremos que éste es un patrón recurrente. Por ejemplo, la mayoría de estos desastres durante y después del reinado de Marco Aurelio (incluyendo la plaga) se repiten en el siglo sexto bajo el gobierno de Justiniano, y luego otra vez en el siglo decimocuarto. En estos casos, tales calamidades siguieron a períodos de intensa persecución.

V

La Centuria Angustiosa no demolió al tambaleante Imperio Romano; se le permitió continuar por otros casi docientos años. Un nuevo capítulo de la historia estaba a punto de abrirse, introducido por Diocleciano (284-355), un soldado de Iliria (posteriormente Yugoslavia) a quien el ejército llevó al púrpura.²⁹ Gobernó por veinte años.

Encontró la economía romana en una condición horrenda. En palabras del nuevo emperador, la hiperinflación generó increíbles “aumentos en los precios, no sólo año tras año, sino también mes tras mes, día tras día, casi hora tras hora y minuto tras minuto”.³⁰ Pero a través de muchas drásticas reformas económicas, administrativas, y políticas, salvó al mundo romano del colapso y también puso fin a la rápida sucesión de emperadores asesinados.

Diocleciano prácticamente creó un segundo Imperio Romano (el “Imperio inferior”), distinto del “Principado”, que Augusto había fundado justo antes de la época de Cristo.³¹ La nueva configuración era un sistema realmente totalitario, al que A. Piganiol ha descrito como “socialismo estatal”.³² Al final fallaría, como la Unión Soviética en el siglo veinte, pero (reforzado por medidas draconianas) proveyó una solución temporal tanto como el contexto para que pronto fuera creada una iglesia estatal bajo el gobierno de Constantino.

Diocleciano dividió el Imperio Romano en un sector oriental y uno occidental, con dos *Augusti* (Augustos) o emperadores mayores, asistidos por dos dignatarios menores llamados *Caesars* (Césares). También había cuatro capitales. Las dos más importantes eran Nicomedia en Asia Menor, no lejos de la posterior Constantinopla, y Milán, en Italia del norte. Esta última le permitió a su emperador

estar más cerca de las tribus germánicas, contra quienes debían defender la frontera. Milán “siguió siendo durante todo el siglo IV la residencia preferida de los emperadores occidentales”.³³ La ciudad de Roma se devino un lugar atrasado, al menos políticamente hablando.

En la última parte de su reinado, Diocleciano también persiguió a los cristianos, probablemente influido por su colega, el César Galerio. Aparte de las razones acostumbradas para acosarlos, había un motivo adicional: El emperador favorecía la adoración del dios solar Mitras, una religión soldadesca que se originó en Persia. Para Diocleciano, le parecía que en el nuevo orden que estaba creando éste sería un buen sustituto para el paganismo más viejo, que estaba perdiendo su agarre. Pero, igual que Marco Aurelio y Decio antes de él, no toleraría al cristianismo.

Por un período de diez años, entre 303-13, los seguidores del Nazareno fueron cazados y afligidos de forma intensa. El angustioso clamor de los mártires aumentó del final de un imperio al otro. Su sangre fluyó abundantemente, y los paganos se regocijaron.

VI

De acuerdo con Dowley, la escala y duración de las primeras persecuciones en contra de los cristianos “parecen haber sido exageradas”.³⁴ Esta idea bien pudiera haber sido obtenida de Gibbon, quien estima que hacia la mitad del siglo III no más de cincuenta mil de ellos vivían en Roma.³⁵ Fox, quien analiza el asunto en mayor detalle, piensa que habían aún menos.³⁶

Maxwell hace referencia a las estimaciones hechas por W. H. C. Frend de Cambridge University, quien concluyó que “el total de mártires bajo la Roma pagana no excedió los 5000, una cifra mucho más pequeña que los millones que algunas personas han imaginado”.³⁷ Eso da un término medio de aproximadamente veinte mártires por año, o menos de dos por mes durante los aproximadamente docientos cincuenta años desde Nerón hasta Diocleciano. Debido a que algunos emperadores persiguieron menos que otros, pudiera (de acuerdo con esta opinión) no haber existido ningún mártir en absoluto por años enteros.

Estas cifras son intrínsecamente improbables, dados los desesperados relatos cristianos y la eficiencia con la que los romanos normalmente actuaban contra sus enemigos, masacrando fácilmente a miles de personas de una vez. Dan. 7:19 describe a la bestia como “espantosa en gran manera” porque “devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies”.

Pensamos que es más razonable estar de acuerdo con autores anteriores, como Elena de White y Urias Smith. Ella hace referencia a “muchos” sellando su testimonio con su sangre,³⁸ mientras que él escribe: “Se estima que tres millones de cristianos fallecieron en los primeros tres siglos de la Era Cristiana”.³⁹

Los investigadores del siglo veinte tampoco coinciden con los estimados conservadores de Gibbon acerca de los cristianos en el

Imperio Romano. Por ejemplo, Cheetham sostiene que antes de la mitad del siglo III, ellos “superaban en número a los partidarios de cualquier otra religión, menos el viejo paganismo oficial”.⁴⁰ Giorgio Falco, un importante historiador italiano, hasta cierto punto corrobora esta idea: “Entre mediados del siglo III y principios del cuarto, los cristianos representaban entre un vigésimo y una decimoquinta parte de la población total del imperio; esto ascendía a varios millones, y en algunas ciudades en el este los cristianos eran la mayoría, o incluso los únicos habitantes”.⁴¹ La rápida evangelización y las explosiones de temible persecución armonizarían mejor con el antiguo testimonio de Tácito, ya citado. Dijo que “una vasta magnitud” fue quemada por Nerón (37-68),⁴² uno de los primeros enemigos de los cristianos, quien gobernó el imperio docientos años antes de Diocleciano. Indudablemente Tácito era propenso a la dramatización, pero “sus hechos son en general precisos”.⁴³

La discrepancia entre los dos conjuntos de cifras a las que hemos hecho referencia podría ser más aparente que real; porque los cristianos se difundieron de manera desigual en el mundo mediterráneo. Esto aclarado en abundancia por el mapa de Guy Fleming titulado “El Imperio en Días de Diocleciano”.⁴⁴

Este muestra que una gran parte de Occidente contenía una pequeña minoría de cristianos. En algunas áreas no había prácticamente ninguno, como por ejemplo, en la costa atlántica de Iberia (la actual Portugal), en aproximadamente la mitad de Galia, y en el noroeste de Italia. Excepciones eran las regiones a lo largo de las costas mediterráneas del norte y del sur, donde los cristianos eran más numerosos, aunque todavía una minoría. La única parte de Occidente donde probablemente fueran la mayoría de los habitantes era Cartago, al Norte de África, y el área circundante.

Pero el instructivo mapa de Fleming muestra muchos más de ellos en el imperio oriental. Una proporción considerable de Egipto, Palestina, Siria y Asia Menor y Mesopotamia era cristiana. En su mayor parte, lo mismo era cierto del sur de Grecia y Macedonia oriental. En Armenia y gran parte de Anatolia Occidental, los cristianos eran probablemente mayoría.

También hay otra explicación fea para el número relativamente pequeño de crímenes vivos varias veces, como cuando terminó la muy prolongada persecución de Diocleciano. Un porcentaje considerable de ellos habría sido liquidado con éxito. Algunos emperadores estaban muy resueltos, y la policía romana podía ser sumamente eficiente. Además, una gran cantidad de cristianos renunciaron a su religión para salvar sus vidas, y quedaban, por un tiempo, demasiado avergonzados para reincorporarse a sus antiguas congregaciones. Las estadísticas relacionadas con la iglesia temprana son dudosas. No podemos asumir un aumento firme e ininterrumpido de su membresía, sobre la base de la evangelización. Quizás, por tiempos, los cristianos eran asesinados casi tan rápido como eran convertidos. En algunos periodos, su número podría en realidad haberse reducido.

Poco después de iniciar la persecución final, Diocleciano en 304

contrajo una enfermedad grave y prolongada, que los cristianos indudablemente vieron como un castigo de Dios. El año siguiente su condición le obligó a abdicar y se retiró a su magnífico palacio cerca de la actual Split⁴⁵ en la costa Adriática, no lejos de la moderna Sarajevo. Allí se ocupó en fruslerías en su jardín.

Mientras se jactaba de los grandes repollos que se habían vuelto su orgullo y placer, los múltiples sucesores de Diocleciano maniobraban por posición. Los Augustos y los Césares se estaban masacrando con entusiasmo, igual que los emperadores de la Centuria Angustiosa. Y el sufrimiento de los cristianos continuaba.

Entonces, en 313, escucharon noticias asombrosas: Constantino, el nuevo emperador en Occidente, repentinamente se había convertido . . . Y también había convencido a Licinio, su co-emperador pagano en Oriente, de que se uniera a su nueva política de tolerar todos los cultos, incluido el cristianismo.⁴⁶ Esto fue contenido en el llamado edicto de Milán de 313, el que en realidad fue emitido en Nicomedia, Asia Menor occidental.

Después de esto, se desarrolló una lucha por el poder entre Constantino y Licinio, culminando en una guerra civil. Para el 324, este último había sido eliminado, y Constantino sobrevivió como único emperador. Parecía que la carrera de la bestia terrible había terminado. El problema de la persecución para los cristianos era ahora una cosa del pasado.

O así hubiera uno esperado. Pero los eventos resultaron de manera muy diferente. Para comprender qué ocurrió después, debemos primero retroceder en nuestra historia y estudiar los orígenes y el desarrollo temprano de la iglesia en Roma.

15 Cómo Comenzó el Papado

I

Un suceso religioso muy importante en el año 2000 fue una celebración especial (Jubileo) para celebrar lo que la Iglesia Romana tan grandiosamente llamó dos mil años de Catolicismo. Esto sugería que este título es sinónimo de Cristianismo, y que databa del tiempo de Jesús mismo.

La idea es contradicha por las grandes discrepancias entre el dogma católico y las doctrinas de la Biblia. Pero, ¿por qué, cuándo, y por quién fue introducido el primero de estos cambios? Para responder a esta pregunta, debemos escudriñar los primeros años del cristianismo, especialmente la primera parte del siglo segundo, justo después de que el último apóstol falleciera.

Cinco factores interactuaron en el desarrollo del papado: Los obispos se convirtieron en monarcas eclesiásticos; la iglesia romana se desarrolló en la capital imperial; el cristianismo devino en gran parte una religión gentil (no judío) más que judía; los romanos paganos cambiaron su calendario semanal; y una crisis específica causó que el papa desligara su religión de sus raíces judaicas.

II

Primero, el papado no podría haberse desarrollado sin obispos autocráticos. El Nuevo Testamento menciona su oficio (la palabra griega ἐπίσκοπος, *episkopos*, que significa “contraamaestre” o “supervisor”), pero ninguno de sus impresionantes poderes posteriores. La metamorfosis empezó poco tiempo después de que el último apóstol, Juan, fuera al descanso—alrededor del 100 d.C. Él vivió hasta el reinado del emperador Trajano (98-117).¹

Cristo había advertido a sus apóstoles: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mat. 20:25-28). Él también les dio a los apóstoles un ejemplo memorable de humildad lavando sus pies (Juan 13:3-17).

Pedro advirtió a los líderes en la iglesia sobre el mismo tema. Ellos debían supervisar sus congregaciones “no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1 Ped. 5:1-3). Si, como algunos mantienen, el hombre que escribió estas palabras fuera también el primer pontífice y permaneciera siendo la cabeza de todos los papas, le convendría a la iglesia romana prestar atención a sus instrucciones.

El gran colega de Pedro, Pablo, tenía un grave presentimiento

sobre la tendencia de elevar a un cristiano sobre los demás; porque sabía que esto era precisamente lo que el Anticristo trataría de hacer, exaltarse a sí mismo por sobre todos los demás—hasta “que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios”. Observando las pequeñas iglesias que él mismo había fundado, Pablo podía ver cómo esta apostasía estaba empezando a levantar cabeza, y por tanto advirtió: “Ya está en acción el misterio de la iniquidad” (2 Tes. 2:3-7).

Pero las exhortaciones de humildad fueron pronto ignoradas, porque los cristianos primitivos existían en un mundo que favorecía la concentración del poder, tanto eclesiásticamente como políticamente. Ya lo habían visto en el Sanedrín judío. Este fue también el espíritu dominante de Roma.

III

En todas las naciones y en todas las edades, uno de los peligros más grandes para la religión verdadera ha sido una inclinación plausible pero perjudicial de llegar a un compromiso con la cultura predominante; pues cada sociedad humana tiene actitudes y prácticas que discrepan con la religión de nuestro Señor.

Pablo rogó a los creyentes en Roma: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento . . .” (Rom. 12:2). Sin dudas estaba recordando las palabras de su Maestro, quién en su oración final por la iglesia declaró: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:16). Pero, probablemente, el apóstol estaba pensando también en la gran apostasía que se extendía adelante, dándose cuenta con el corazón encogido que su centro principal sería Roma, ¡donde vivían los lectores de su carta!

Sin embargo, la iglesia estuvo pronto recontextualizándose en grecorromana y, por ende, bajo términos paganos. Una de sus desviaciones del cristianismo del Nuevo Testamento fueron líderes autocráticos, aunque éstos, de ninguna manera, quedaron confinados sólo a Roma.

Para el 110 d.C. Ignacio, el influyente obispo de Antioquía, envió cartas a las congregaciones más importantes de Asia. Uno de sus temas era cómo la iglesia debía ser gobernada. Exaltó la autoridad del obispo a una extensión que debe haber consternado a toda una generación entre los que al menos algunos habrían conocido personalmente al dulce y apacible Juan, el último apóstol, quien se había convertido en alguien muy parecido a su Maestro. De acuerdo con Ignacio, “el obispo es el representante de Dios en la Tierra, una contraparte terrenal correspondiente al Monarca celestial, así que “debemos considerar al obispo como al Señor mismo”.² Esto era un alejamiento sorprendente de las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Una vez consagrados, los obispos retenían su oficio de por vida. A medida que pasaron las décadas, su estatus creció, en proporción directa a sus supuestos poderes para perdonar los pecados de la gente y determinar qué debían creer. De acuerdo con Robin Fox, su

eventual dictadura sobre la iglesia fue promovida en parte por las terribles persecuciones y por herejías peligrosas.³

En el siglo segundo, una de éstas fue el Gnosticismo. Willis Lindquist piensa que la iglesia temprana no tenía todavía un canon terminado del Nuevo Testamento para combatir tal desviación. Ireneo quería que los cristianos presentaran un frente común, con mejor organización y uniformidad doctrinal. Por lo tanto, sostuvo, no deviarían fácilmente por el mal camino “si se pusiera mayor importancia sobre la tradición”. Una tarea muy importante del obispo sería la de salvaguardar las enseñanzas tradicionales, y por lo tanto todos los miembros de la iglesia debían ser guiados por él.⁴ Esto, sin embargo, es exactamente lo contrario de lo que Jesús había enseñado. Como mostramos en un capítulo anterior, el Redentor enfatizó la Biblia y la Biblia solamente—*sola scriptura*, como un día lo llamarían los protestantes. La cura que Ireneo estaba proponiendo al final demostró ser más peligrosa que la enfermedad; pues el resultado fue amordazar tanto al laicado como al clero inferior.

“Podemos ver cómo estos tiranos se desarrollaron. Más que cualquier Emperador, obispos combinaron la asequibilidad con el ejercicio de un poder impresionante. Ellos ‘gobernaban en lugar de Dios’. Podían suspender a un clérigo o a un cristiano corriente, prohibirle la entrada a la iglesia y condenarlo al castigo eterno. Era difícil para un hombre permanecer siendo abierto y humilde cuando la calumnia en contra de su persona era considerada una calumnia contra Dios”.⁵

El poder del obispo estaba vinculado con la consideración que recibía de ser una orden sacerdotal más alta; el laicado e incluso los clérigos normales implícitamente tenían que obedecerle. Como príncipe de la iglesia, el arzobispo llegó a tener una posición todavía más elevada. Tal continúa siendo la situación en algunas denominaciones hoy.

El ascenso episcopal sentó el trabajo preliminar indispensable para el desarrollo del papado.

IV

El segundo factor favorecedor fue el hecho de que el papa empezó su carrera como obispo en Roma, la capital imperial.

El origen de la iglesia en esa ciudad es oscuro, más allá del hecho de que sus miembros fundadores probablemente fueron “visitantes llegados de Roma”, que habrían escuchado predicar a los apóstoles en Jerusalén en el día de Pentecostés (Hechos 2:10, NVI). Está claro, sin embargo, que ni Pablo ni Pedro, cuyos nombres son a menudo relacionados con ellos, pudieron haberla fundado.

La epístola de Pablo para los romanos fue escrita durante el tercer viaje misionero, en Corinto,⁶ hacia el final de su carrera. No había visitado aún a los creyentes en Roma, aunque a través de contactos previos en otros lugares conocía a un número de ellos, como muestra el último capítulo de su carta. Gran parte de esta

consta de saludos, en los que menciona muchos nombres. Pero no hay ninguna referencia a Pedro, lo que indica que en este momento tampoco estaba todavía en Roma.

El capítulo 16 de la epístola contiene datos intrigantes sobre la iglesia en esa ciudad. Inmediatamente después de recomendar a Febe, probablemente la portadora de su carta, Pablo hace referencia a dos viejos amigos: “Saluden a Priscila y a Aquila, mis compañeros de trabajo en Cristo Jesús. Por salvarme la vida, ellos arriesgaron la suya. Tanto yo como todas las iglesias de los gentiles les estamos agradecidos. Saluden igualmente a la iglesia que se reúne en la casa de ellos” (vers. 3-5).

Esta era una casa iglesia, como en la China comunista actual—posiblemente la única en Roma en ese momento. Su funcionario más importante era Priscilla, ya que el apóstol la menciona antes que a su esposo. En pasajes anteriores que se refieren a su carrera más temprana (Hechos 18:2, 18 y 26; 1 Cor. 16:19), se mencionan siempre en el orden opuesto: Aquila primero. En Roma, sin embargo, ella podría haberse vuelto la compañera dominante en su matrimonio, un papel que las mujeres a menudo asumen cuando los maridos, más viejos, se vuelven decrepitos. Ella también parece haberse vuelto la líder de esa incipiente iglesia cristiana en su hogar.

No existen pruebas de que en el tiempo de Priscilla, o en los próximos ochenta años, haya existido un obispo en Roma. En la lista de pontífices de Paul Johnson, leemos que el supuesto sucesor de Pedro, Lino (67-76), fue “probablemente una persona histórica, pero técnicamente todavía no era un obispo”. Solamente el número diez, Pío I (140-55), sería designado como tal; pues sobre él la nota acompañante dice: “El primer líder de la iglesia romana razonablemente identificable como un obispo”.⁷

Para aquellos que sin embargo insisten en que la Ciudad Eterna debe haber tenido un pontífice desde el mismo origen de la religión cristiana, sugerimos que su nombre fue el Papa Priscilla.

La tradición dice que Pedro fue crucificado allí alrededor del 67 d.C., lo que sugiere que tanto él como Pablo fueron martirizados más o menos a la vez.⁸ Esto tuvo un gran impacto sobre la iglesia de Roma.

Pero también obtuvo prestigio y autoridad por ninguna otra razón que por quién fue su obispo o incluso por la presencia y muerte de los dos apóstoles. Después de todo, uno más grande que Pedro sufrió y murió, y resucitó en Jerusalén. Él ascendió desde el Monte de los Olivos, quien observa a la ciudad desde lo alto, y su tumba vacía todavía está en esa ciudad. Hasta el día de hoy, permanece siendo el centro más importante de peregrinación cristiana en nuestro planeta. Es también donde estuvo ubicada la iglesia madre original. ¿Por qué, entonces, Jerusalén no devino como el punto focal del papado?

La respuesta es que la primacía del obispo romano en el Imperio Occidental se desarrolló a partir de su situación geopolítica. Él y su congregación pudieron haberse preguntado, a la manera de decir de Merle d' Aubigné, “Si Roma es la reina de las ciudades, ¿por qué no

debería ser su pastor el rey de los obispos?”⁹

Pero Malachi Martin cree que había mucho más involucrado: “Es cierto que, como punto de origen físico sagrado, la iglesia madre de todo el cristianismo estaba en Jerusalén. Pero también era cierto que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, el cristianismo había renunciado hacía mucho a todo derecho sobre esos lugares hechos santos por la presencia terrenal de Cristo como hombre mortal. En la óptica cristiana principal, fue sobre una de las siete colinas de Roma—sobre el *mons vaticanus*, la Colina del Vaticano—donde Dios había reclamado su derecho perpetuo a 110 acres (44½ hectáreas) como centro geográfico y espiritual preciso de su Iglesia visible como única fuente de bendición y salvación”.¹⁰

V

Algunos, sin embargo, encuentran en esto una idea problemática; porque recuerdan leer en el Apocalipsis sobre una mujer llamada Babilonia, a quién la Biblia acusa de grave inmoralidad y de asesinar a los hijos del Señor (Apoc. 17:5, 6). Se sienta exactamente donde Martin localiza el centro del cristianismo: “Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer” (vers. 9), incluyendo el *mons vaticanus*—permaneciendo allí hasta el tiempo del juicio final cuando el Señor regrese (Apoc. 14:8-10; 16:19-21). Ella es explícitamente identificada como “la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (Apoc. 17:18), representada en Roma, tanto en su fase pagana como papal.

Esta imagen no es originaria del Apocalipsis; ya preexistía a la visión del profeta desde varios años antes. Froom recuerda que en el Museo Británico “hay una moneda extraordinaria de Vespasiano, emitida el 79 d.C., que muestra a Roma como una mujer sentada o reclinada sobre sus siete colinas”.¹¹ Una fotografía en el primer volumen de *Prophetic Faith of our Fathers* (La Fe Profética de Nuestros Padres) de Froom muestra la palabra *Roma* apareciendo explícitamente debajo de la mujer. Había sido acuñada sólo algunos años antes, y todavía estaba en uso cuando Juan tuvo su visión. Probablemente utilizara incluso alguna vez una moneda de este tipo.

Diecisiete siglos después, en 1825, el Papa León XII expidió una medalla similar para celebrar un jubileo católico. En una cara lleva su imagen y en la contraria una mujer sentada sobre el globo. En su mano izquierda ella sostiene una cruz, pero en su mano derecha una copa; alrededor de su cabeza tiene un halo o diadema de siete puntas. Alrededor de ella hay una inscripción, *sedet super universum* (“ella se sienta encima del mundo”).¹² La copa, el número siete, y estas palabras latinas recuerdan, para el lector atento, los textos en Apoc. 17:3-5, 9, 18.

Para tiempos de Constantino, Roma había perdido su supremacía política. El centro del imperio había cambiado hacia una embellecida y cambiada de nombre Bizancio, en el Bósforo. Como pudiera esperarse, pronto la recién establecida diócesis de Constantinopla rivalizó con el Vaticano. Además, también estaban todavía otros

centros antiguos: Jerusalén, Antioquía y Alejandría, cada uno celoso de sus propios derechos.

Pero para la época con la que estamos tratando, a saber, el siglo II d.C., Roma todavía era el centro del imperio. Sencillamente por estar donde estaba, esta congregación disfrutó de un prestigio considerable, y su obispo adquirió gran influencia en el mundo mediterráneo.

VI

El tercer factor que promocionó el surgimiento del papado fue una distanciamiento siempre creciente entre el judaísmo y el cristianismo.

Desde el principio, la relación había sido una incómoda. El Salvador y sus apóstoles, siendo judíos, rechazaron los elementos antibíblicos en el judaísmo de su tiempo. Además, los cristianos creyeron que el Mesías había venido como Jesús de Nazaret, quien era también el Hijo de Dios. Esto implicaba el final de todo el sistema sacrificial centrado en el templo en Jerusalén, al que había dado cumplimiento ofreciéndose a sí mismo en la cruz.

Ya hemos señalado que antes de 70 d.C. miles de judíos se hicieron cristianos, quizás no menos de setenta o noventa mil tan sólo en Judea.¹³ Sin embargo, la mayor parte de los escribas y fariseos y la población general en Judea rechazaron estas ideas nuevas. Luego los apóstoles fueron más lejos y enseñaron que el Señor no podía obrar más por la nación judía, porque se había negado a aceptar al Salvador. Ellos tenían una idea aún más revolucionaria: La admisión a gran escala de los no judíos (gentiles) como iguales en el evangelio, y que estos ya no necesitaban de la circuncisión o de otros ritos especiales que marcaran a una persona como hebrea.

Si la mayoría de los descendientes literales de Abraham hubiera aceptado el cristianismo, la nación judía habría permanecido intacta. El sistema sacrificial habría desaparecido naturalmente, después de ser cumplido en Cristo, aunque otros elementos podrían haberse conservado.

Una conversión general de la nación judía habría traído a la existencia la historia que nunca fue. El misterio de la iniquidad no habría inducido a tantos cristianos a apostatar de la Biblia y de su religión. En vez de ello, el Mesías se habría sentado en su trono en Jerusalén, y su pueblo fiel al final habría traído a todo el mundo bajo su dominio. Esto, sin embargo, no es lo que ocurrió. En el esquema alternativo de los eventos, no Jerusalén, sino Roma, se volvió el centro principal para el cristianismo occidental.

Desafortunadamente también fue el centro del paganismo imperial. Como Antolín Diestre Gil señala en su monumental obra *El Sentido de la Historia y la Palabra Profética*, esta religión pervertida se heredó originalmente de Babilonia, Egipto y Persia. Implicaba la adoración de un dios sol llamado Mitra.¹⁴

En Italia, los cristianos pronto se convirtieron en una iglesia predominantemente gentil (no judía), más propensa a las influen-

cias paganas y al nacionalismo romano que los creyentes de oriente. Percatándose cómo Jesús y los apóstoles habían desechado un grupo de ritos judaicos no requeridos por el Antiguo Testamento, algunos romanos imaginaron audazmente que podían descartar aún más. ¿Cuán lejos podrían llegar? Quizás, en principio, nada en la Biblia era sacrosanto. Si fuera necesario, sus enseñanzas más importantes podían ser modificadas incluso o abandonadas.

VII

Como judíos, los apóstoles nunca entraron en compromisos con el paganismo de los griegos y los romanos, o ni siquiera con su cultura en cuanto esta tenía asociaciones idólatras. Un ejemplo sorprendente fue Pablo. Cuando visitó la plaza del mercado y la acrópolis de Atenas, éstos todavía estaban intactos con sus maravillosos templos y estatuas. Para los turistas modernos, éste todavía es un lugar encantado. El apóstol, sin embargo, no quedó embobecido ni se entretuvo frente a estas imágenes de los dioses, a pesar de su propia inmensa erudición y cultura. En vez de ello, “su espíritu se enardeció viendo la ciudad entregada a la idolatría” (Hechos 17:16). Él sabía cuánto vacío y maldad acechaba desde debajo de la belleza marmólea de un pueblo brillante.

Pero antes del segundo siglo, la iglesia—al menos en Occidente—estaba formada en gran parte por los gentiles convertidos, propensos a admirar su herencia grecorromana. Por lo tanto, personas educadas que aceptaron el evangelio eran a menudo incapaces de volver sus espaldas a la cultura prevaleciente y trataron de preservar tanto de ella como les era posible. También reconocían que algunos de sus antepasados paganos habían sido gentes buenas y piadosas.

Como Justino Mártir (100-65) señaló, “incluso los paganos tienen algún conocimiento de la verdad: ‘Todos aquellos que han escrito han sido capaces, gracias a las semillas de la razón naturalmente innata en ellos, de percibir oscuramente lo que es. Aquellos que han vivido con la Palabra son cristianos, aún cuando han sido considerados ateos; Sócrates y Heráclito, por ejemplo, entre los griegos, y aquellos que eran semejantes a ellos’”.¹⁵

Esto se acerca a la verdad pero es una exageración, y pronto los gentiles cristianos se volvieron demasiado ansiosos a encontrar puntos en común entre sí y sus vecinos incrédulos, engañados tanto por los cultos romanos nativos y por los del Oriente Próximo. El liberalismo teológico y un espíritu ecuménico provocaron que ellos tomaran el paso final y fatal del sincretismo: Mezclando la religión de la Biblia con elementos paganos.

El arte, la filosofía y la literatura paganas todavía pueden cautivar a sus estudiantes modernos. Para los gentiles cristianos cultos de tiempos remotos, su belleza y brillantez se volvieron una trampa. A menudo, los clásicos que siempre habían adorado como paganos los engatusaban a conservar doctrinas paganas como la reencarnación y el purgatorio. Éstos son retratados ambos en la *Eneida*, de Virgilio, la epopeya nacional romana. El libro más grande escrito

originalmente en lenguaje latín, era también su fuente más importante de ideas religiosas, junto con la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, sobre las que se basaba en parte.

El purgatorio es un dogma desagradable con el que la iglesia romana ha atormentado a millones de católicos fieles durante los siglos, provocando su terror y preocupación por sus seres queridos como renta constante para sus cofres. Ellos debían pagar a la iglesia por una liberación temprana de ese terrible estado aplicando los supuestos méritos adicionales, supuestamente ganados por los santos.

Como doctrina, el purgatorio está totalmente ausente en la Palabra de Dios. La Biblia enseña que la justicia de los mejores entre nosotros es como “trapo de inmundicia” (Isa. 64:6); la salvación viene solamente a través de la sangre y los méritos de Jesucristo. Pero el sexto libro de la *Eneida* dice que antes de que los espíritus en el Hades puedan reencarnarse, deben ser limpiados de todas las injusticias cometidas en sus vidas anteriores.¹⁶

Los muertos son disciplinados en el purgatorio y pagan la culpa de los viejos males. . .¹⁷

como lo expresa C. Day Lewis en su legible y amena traducción. Purgatorio no aparece en el texto original como palabra, pero como concepto está presente de modo inconfundible.

Justino Martir y otros como él encontraron muchos puntos en común entre el cristianismo y el mitraísmo, el culto al *Sol Invictus* (“El sol inalcanzable”). Importado de Persia, había empezado a echar raíces en el mundo romano para el siglo I AD; para el segundo ya estaba prosperando. Siendo originalmente una religión de la soldadesca, se extendió ahora por la capital, donde el gran Imperator (“General”) vivía.

“La Roma misma, y su puerto marítimo Ostia, fue siempre un gran centro del culto, el que llegaba hasta Numidia en el sur y tan lejos al norte como el muro romano en Gran Bretaña”.¹⁸ Durante la Segunda Guerra Mundial se descubrió en Londres un templo dedicado a Mitras.¹⁹ Este descubrimiento mostró cuán extensamente se había extendido su culto.

Su popularidad en Roma era prácticamente tan vieja como el cristianismo mismo, porque Nerón empezó a adherirsele.²⁰ Dos siglos antes de Constantino, Adriano (117-38) también se identificó a sí mismo con el sol, como atestiguan sus monedas.²¹

De acuerdo con los clasicistas M. Cary y T. J. Haarhoff, un britano y un sudafricano, “De todos los cultos paganos, el de Mitras era el rival más temible del cristianismo, sobre el que ejerció una influencia perceptible”.²² Para enfatizar este punto, los autores citan al célebre erudito británico Gilbert Murray, quien tenía cosas esclarecedoras que decir sobre esta religión pagana, así como del sincretismo del período en cuestión:

“Muchas de nuestras prácticas actuales provienen del mitraísmo. El 25 de diciembre era la natividad de Mitras; el primer día de la

semana, estaba dedicado al Sol, era su día sagrado, a diferencia del Sabbat (Sábado) judío. Los mitraicos también practicaban el bautismo (con sangre de toro) y la confirmación, y esperaban la salvación a través de una Última Cena eucarística. La ética mitraica, al igual que la cristiana, era ascética y pura”.²³

Kenneth A. Strand señala que el cambio hacia la Pascua moderna (*Easter* en inglés) también podría haber tenido raíces judías. De acuerdo con el calendario religioso judaico, el día que seguía a la Pascua de los judíos empezaba la fiesta de la cosecha, también conocida como la fiesta del pan sin levadura, cuando una gavilla era mecida ante el Señor (Lev. 23:6, 11). Los cristianos pudieron haber relacionado entonces los primeros frutos de la cosecha con la resurrección (1 Cor. 15:20). Esto habría implicado una celebración el 15 de Nisán.²⁴

La mayoría de los judíos y los cristianos primitivos siguieron la teología de los fariseos, calculando esta fecha de acuerdo con el calendario lunar hebreo, basado en los movimientos de la luna. Por lo tanto, de año a año, tanto el 14 de Nisán como el 15 de Nisán caían en un día diferente de la semana. Algunos judíos, sin embargo, prefirieron la postura de los esenios y de los saduceos betusianos, quienes interpretaban “‘La mañana después del sábado’ como *el día después de un sábado semanal—siempre un domingo*. Su día de Pentecostés también caía siempre en domingo—‘La mañana después del séptimo sábado’ desde el día de la ofrenda de las primicias (ver Levítico 23:15, 16)”.²⁵

De acuerdo con esta posición, los cristianos que apoyaban el minoritario punto de vista de los esenios y los saduceos betusianos, muy naturalmente, habrían celebrado la Pascua y posiblemente incluso el Pentecostés en el primer día de la semana.

Como la de Alejandría, la iglesia en Roma podría haber pertenecido a esta tradición. En todo caso, tomó el paso de cambiar el énfasis de la crucifixión a la resurrección, que sería celebrada siempre en un domingo. De acuerdo con Frank H. Yost, este cambio se originó con Sixto I (115-25), el obispo o papa de la ciudad capital. “Pero esto al principio no era un rito semanal, celebrándose una vez a la semana después del Sábado, como llegó a ser más tarde, y como es hoy. Era anual. Se celebraba una vez al año, en el tiempo del despertar de la primavera”.²⁶

Guardar el domingo semanalmente evolucionaría a partir de esta práctica. Anthony J. Wilhelm, un escritor católico moderno, lo expresa en una cápsula: “Cada Domingo es una ‘pequeña Pascua’”.²⁷

Celebrar un solo primer día en el año es una cosa. Después de todo, incluso algunos judíos hicieron esto. Pero hacer de esto una fiesta semanal y sustituir con esto el Sábado es un asunto completamente diferente. ¿Cómo y por qué sucedió esto?

VIII

Para responder a esta pregunta, consideremos el cuarto factor que promovió el desarrollo del papado: en el siglo segundo los

romanos paganos cambiaron su calendario semanal de siete días. Hasta ese momento, su deidad solar tradicional, Apolo, no había sido el jefe de los dioses—Júpiter lo era; por consiguiente el segundo día de la semana había estado dedicado al sol. El primer día era el día de Saturno*. Pero ahora, debido al mitraísmo, el dios sol se había vuelto mucho más importante. Acto seguido, en un gesto drástico de reforma del calendario, los romanos pasaron el día del sol hacia la primera posición, llamándolo *dies solis* (“día del sol”)**. Así es cómo el domingo llegó a la existencia con un nombre que ha retenido hasta el presente***.

[*En inglés *Saturday*, sábado, deriva de la combinación *Saturn-day*, día de Saturno (N. del Trad.).

**En inglés *Sunday* (domingo) es una combinación de las palabras *Sun* (sol)—*day* (día), o día del sol (N. del Trad.).

***Ha sido así en varios idiomas, como por ejemplo inglés, alemán y holandés, pero en idiomas de origen latino, como español o portugués, *domingo* proviene del latín *dies Dominicus* (día del Señor, o sea “Señor sol”) (N. del Trad.)].

La tesis de doctorado de Samuele Bacchiocchi, basada en cinco años de investigación, cita las pruebas más convincentes y concretas para este intrigante cambio. Entre las más sorprendentes están las pinturas murales en Pompeya y Herculano, hoy Ercolano (enterradas y preservadas por la lava y la ceniza volcánica del Vesubio en 79 d.C.), que muestran claramente el día del sol como el *segundo* en el calendario. Luego, provenientes de un período ligeramente posterior, hay “varias *Mithraea* o santuarios del Dios Solar pagano Mitra” que lo representan como el *primer* día.²⁸ Este cambio en el calendario semanal de los romanos pudo servir para unir a cristianos y paganos, pues ambas religiones tenían celebraciones en el primer día: Los mitraicos observaban todos los domingos; y los cristianos romanos celebraban la Pascua en él una vez al año. Pronto los eventos causarían que ellos hicieran un ajuste aún más drástico.

IX

El quinto factor en la evolución de la iglesia romana fue el antisemitismo, que empezó con los problemas de la iglesia primitiva. Desde el principio, la iglesia fue resistida y a veces perseguida por los judíos, cuya mayoría se aferraba todavía a sus creencias tradicionales y rechazaba la idea de que Jesús era el Mesías.

Debido a la semejanza entre el cristianismo y el judaísmo, los paganos a menudo confundían ambas religiones. Al principio, esto era en gran parte una molestia menor, aunque no en todos los casos. En su ensayo “Concerning the Jews” (Con Respecto a los Judíos), Marcos Twain habla de las razones para el sentimiento antisemita desde las épocas de los faraones que gobernaron Egipto hasta justo antes de y durante el Éxodo. Luego dice: “Quisiera avanzar mil ochocientos años y hacer referencia a un comentario hecho por uno de los historiadores latinos. Lo leí en una traducción hace muchos

años, y me vuelve a la memoria ahora con fuerza. Estaba aludiendo a un tiempo en que todavía vivían personas que pudieron haber visto al Salvador en carne. El cristianismo era tan nuevo que las personas de Roma apenas hubieran oído hablar de él, y sólo tenían confusas nociones de qué era. La sustancia del comentario era esta: Algunos cristianos fueron perseguidos en Roma por error, siendo ellos ‘*confundidos con judíos*’.²⁹

Una razón adicional habría sido que tantos de los cristianos mismos más tempranos eran judíos. El Nuevo Testamento nos informa que en Corinto el apóstol Pablo . . . halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma” (Hechos 18:2). Después, como hemos visto de la epístola a los Romanos, regresan a aquella ciudad como líderes cristianos.

La guerra judía de 66-70 d.C. despertó un antisemitismo tremendo en Roma. No se limitó a los paganos. Lo mismo ocurrió con la segunda revuelta judía en 132-35 d.C., provocada por el mismo emperador Adriano; quien estaba planeando construir una ciudad pagana sobre las ruinas de Jerusalén.³⁰

En 135 d.C., hacia la conclusión de esa guerra, en la que muchos romanos fallecieron, un furioso emperador Adriano “prohibió la práctica de la religión judía, particularmente la observancia del Sábado”³¹ lo que desencadenó “una crisis enorme para los cristianos, que se sintieron obligados a distanciarse totalmente de su herencia hebrea”.³²

Dos factores facilitaron su decisión. Una fue que Bar Kojba, líder de la revuelta judía en Palestina, había lanzado una persecución contra los cristianos y hecho ejecutar a un grupo de ellos.³³ La otra fue una política algo favorable para ellos, expresada en la carta de Adriano para Fundano, un gobernador de Asia, en 125 d.C.:

“Si nuestros súbditos de las provincias pueden mantener con evidencias esta petición suya contra los cristianos, como para acusarlos ante una Corte de Justicia, no tengo ninguna objeción a que ellos sigan este curso. Pero no permito que ellos usen demandas y protestas meramente clamorosas con este propósito . . . Usted, por otro lado, por Hércules tendrá cuidado especial de que si alguien demanda una orden judicial de inculpación contra cualquiera de estos cristianos, simplemente por el propósito de difamarlos, usted procederá contra ese hombre con penas más fuertes de conformidad con su atroz culpabilidad”.³⁴ Teniendo en cuenta este edicto, las congregaciones romanas no eran inclinadas a perder el favor del emperador.

La ley antisabática de Adriano fue la primera que la iglesia tuvo que enfrentar. En ese momento, los creyentes en general todavía estaban observando el séptimo día de conformidad con uno de los Diez Mandamientos. En lugar de soportar la prueba, sin embargo, el papa—respaldado, quizás, por una mayoría en las congregaciones romanas—dio un paso radical: Cambió el día de adoración para el domingo, extendiendo la celebración de la Pascua convirtiéndola en

un rito semanal.

Esto involucraba más que un día alternativo en que los creyentes debían guardar el Sábado: Ignorando la ley de Dios, el pontífice estaba cortando el cordón umbilical entre el catolicismo y la Biblia. Para hacer esto, se apoyó en su poder como obispo y la afirmación de que el Señor había dado toda la autoridad necesaria a los pontífices cuando le entregó las llaves del reino a Pedro.

Precedente y racionalización tuvieron indudablemente un papel fuerte: El estado ya había demostrado su capacidad de cambiar el calendario semanal. ¡Si los romanos paganos pudieron cambiar el día del sol de la segunda a la primera posición, entonces seguramente los cristianos romanos podían cambiar de lugar el día del Señor del séptimo al primero!

Esto indudablemente destruiría la sincronización con el Sábado observado por los judíos, pero ¿a quién le importaban todavía estas gentes rebeldes? Además, el cumplimiento de la nueva ley imperial salvaría a los cristianos de una persecución adicional.

De este modo, la voluntad del papa—en vez de las Escrituras—se volvió la base principal para determinar lo que debían creer los fieles. Y así, a sólo un siglo después de la crucifixión, los pontífices apostataron, abandonando la idea de que la Biblia era la única autoridad de fe y doctrina. Mil cuatrocientos años después, Lutero la pondría nuevamente en alto de manera poderosa para perseguirlos.

Naturalmente algunos creyentes en Roma no podían aceptar tan cambio drástico sólo porque el liderazgo eclesiástico lo quisiera. Por lo tanto, “para desarrollar una justificación teológica para adorar en el día del Sol, los cristianos apelaron a la creación de la luz por Dios en el primer día y a la resurrección de Cristo como el Sol de Justicia, ya que ambos eventos coincidían con el Día del Sol. Se relacionó a este último con el primer día de la semana de la creación, porque la creación de la luz en el primer día proveía lo que parecía a muchos una justificación providencial para observar el Día del Sol”.³⁵

La fatal decisión de implantar la observación del domingo fue tomada en el tiempo en que Telesforo (125-36) dirigía la iglesia en Roma. Murió un año después del edicto de Adriano. Su sucesor fue Higinio (136-40). El nuevo día de adoración estaba ya firmemente arraigado para el tiempo de Pío I (140-55).³⁶

Debido a que cambiar el Sábado contraviene directamente la ley de Dios, el domingo es, de una manera especial, una marca de autoridad papal, en contraste con el séptimo día, que la Biblia designa como el sello de Dios (Eze. 20:12, 20). Es también una pieza de anti-semitismo teológico erigido en los mismos cimientos de la cristianidad. Sorprendentemente, este desarrollo cumple la profecía de que el Cuerno Pequeño “pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Dan. 7:25).

En su *Apología*, Justino Martir, un contemporáneo de Pío I, proveyó la primera razón cristiana para la observancia del domingo: “El domingo (*dies solis*) es el día en el que todos celebramos nuestra asamblea común, porque es el primer día en el que Dios, habiendo traído un cambio en las tinieblas y la materia, hizo el mundo; y Jesu-

cristo nuestro Salvador en el mismo día se levantó de los muertos”.³⁷

La *Apología* estaba “dirigida al Emperador Antonino Pio (en 150 d.C.)”.³⁸ La elección de palabras de Justino es importante: El *dies solis* (“día del sol”) mitraico, en lugar del “séptimo día de la semana” semita del Nuevo Testamento”. Esta pretendía congraciarse, tanto a él como a otros cristianos, con su importante destinatario romano. No sabemos la respuesta de este emperador, si es que hubo alguna; pero Justino estaba malgastando su tiempo, porque sufrió la muerte de un mártir bajo Marco Aurelio, quien ascendió al trono en 161.³⁹

Siendo un nacionalista romano con tendencias sincréticas, Justino compartía el antisemitismo de sus compatriotas. De acuerdo con Bacchiocchi, él “argumenta en su *Dialogue with Trypho* (Diálogo con Trifo), que la observancia del Sábado era una ordenanza mosaica temporal que Dios impuso exclusivamente a los judíos ‘como marca para separarlos como el castigo que tan bien se merecen por sus infidelidades’.”⁴⁰ ¡Qué hombre tan ignorante!

Esto era característico de toda una teología, que duraría por siglos, una supuesta “separación y desagrado (*cristianos*) hacia los judíos. Las características costumbres judías como la circuncisión y la observancia del Sábado fueron proclamadas como señales de la depravación judía”.⁴¹

Sin embargo, un grupo de cristianos en Roma se rehusaron a entrar en compromiso con el paganismo y a abandonar el Sábado. Por lo tanto, este sobrevivió junto con el domingo, pero fue gradualmente suprimido.

Un paso muy importante fue hacerlo desagradable: Un día de ayuno, lo que también tenía una intención abiertamente antisemita: “Como se declara enfáticamente en el decreto papal del Papa Silvestre (314 - 35 d.C.), el ayuno sabático fue diseñado para mostrar ‘desagrado por los judíos’ (*execratione Judaeorum*) y por su ‘festín’ sabático (*destructione ciborum*). La tristeza y el hambre que resultaría del ayuno permitirían que los cristianos eviten ‘parecer observar el Sábado con los judíos’ y los animaría a entrar en la observancia del domingo más ansiosa y alegremente”.⁴²

En el Concilio de Laodicea, entre 343 y 381, el catolicismo trató de eliminar completamente la observancia del séptimo día. Esto, a propósito, es parte de las evidencias de que incluso en aquellos años algunos cristiano persistían en observar el séptimo día.⁴³

X

Celebrar los dos mil años de catolicismo en el año 2000 fue cronológicamente prematuro. Pero el papado comenzó muy temprano en nuestra era, surgiendo de las tendencias ya en operación en tiempo de los apóstoles, y llegando a su consecución a comienzos del siglo segundo. En 135 d.C., el papa separó deliberadamente su

iglesia, no sólo de los judíos, sino también del árbol de olivo de Israel. De este modo, el pontificado se volvió el Anticristo. Este y el sistema que encabezaba perdió los derechos del pacto del Israel de Yahweh, anunciado a Abraham, la fuente de bendiciones para “todas las familias de la tierra” (Gén. 12:3)—y cumplido en el Mesías, quien es también el Creador y Señor del Sábado (Marcos 2:28).

16 La Bestia Convertida

I

Pocos períodos han probado ser tan trascendentales para el cristianismo y el mundo como el que empezó con el edicto de Milán en 313 y terminó en 476, cuando el último emperador romano en Occidente fue derrocado y reemplazado por un rey germano. Estos 163 años estamparon su modelo en la historia europea para las muchas edades por venir.

La iglesia, tan repentinamente aceptada por su perseguidor de antes, el estado romano, fue—en cuestión de meses—encontrada cargada de tendencias que arruinarían a ambos.

El reino caería al final dividido en dos imperios de facto, uno en Oriente y el otro en Occidente. En menos de doscientos años, este último se desintegraría. Su colapso tuvo muchas causas. La principal de éstas probablemente fue la relación entre el gobierno y la iglesia, que preparó el camino para lo que Gibbon llamó “el triunfo de la barbarie y la religión”.¹

Incluso peor que esta desintegración imperial fue el atractivo pero fatal ejemplo de Constantino, porque cada vez que hay una unión entre la iglesia y el estado, le sigue casi inevitablemente el maltrato a las minorías discrepantes. También le siguen el retroceso y la ruina finales que esto trae a país tras país, como la historia ha demostrado.

El propósito original del emperador había sido la tolerancia para todas las religiones, pero pronto él mismo lo reemplazó con medidas para imponer no sólo el cristianismo, sino una rama particular de este. La política se mezcló con los asuntos eclesiásticos, lo que no trajo el final de la persecución, con excepción de aquellos que se alinearon con ellos. La Bestia imperial aparentemente había sido transformada, para ser adulada por los eclesiásticos, pero su naturaleza no había cambiado realmente.

Anteriormente, una de las razones más importantes para la intolerancia de Roma había sido una anterior mezcla de la política con la religión pagana. Esta situación persistió, siendo la única novedad que los gobernantes sustituyeron ahora el paganismo por el cristianismo. Aunque descartaron los aspectos más inadmisibles de adoración al emperador, “la idolatría más profunda, de modelar a Dios en los gobernantes egipcios, persas, y de la Roma imperial, fue conservada”.²

Habría paz para aquellos que aceptaran la nueva religión del estado romano. Pero los creyentes disidentes todavía serían perseguidos y reducidos a pedazos, pues ahora el gobierno y la iglesia podían cooperar en la persecución de los cristianos. . . por los cristianos. Eso, por supuesto, no es la manera en que los perpetradores lo llamarían. La persecución misma había sido bautizada. En este momento, y para las edades por venir, esta tendría siempre un nombre más justo, como combatir la herejía o defender la fe.

De generación en generación, miembros de ambas, la iglesia ortodoxa oriental y católicas continuarían esta actividad. A veces también los protestantes participarían en ella.

II

Muchos se han preguntado si la conversión de Constantino fue genuina o sólo un truco ingenioso para usar el cristianismo como un instrumento de gobierno. Algunos, sin embargo, han rechazado esta idea como improbable, debido a que los miembros de la iglesia “eran una minoría pequeña y sin importancia”.³

Los cristianos *eran* una minoría, especialmente en Occidente, pero en manera alguna sin importancia; porque, debido a su estilo de vida y martirio, tenían un impacto tremendo. Para el 112 d.C., cuando Plinio el Joven escribió al emperador Trajano (98-117) desde Bitinia, en la parte oriental del imperio, el cristianismo se estaba extendiendo desde los pueblos a las zonas rurales. Él dijo que los templos estaban vacíos y que se estaba volviendo difícil vender la carne de los animales de sacrificio.⁴

Para mediados del siglo III, cincuenta años antes de Constantino, los creyentes se habían multiplicado. Su organización era excelente. También, de acuerdo con Johnson, “las barreras de clase y de educación fueron derribadas y el cristianismo penetró profundamente en los círculos que conformaban la política secular y la cultura imperial. La era de Origen, de un cristianismo que había conseguido la madurez intelectual en términos del mundo antiguo, hizo inevitable una confrontación directa y final con el estado. Era ahora una alternativa universalista a la religión civil y una mucho más dinámica (y mejor ordenada); debía ya sea exterminada o aceptada”.⁵

Hemos visto cómo reaccionaron emperadores anteriores, e incluso el temible Diocleciano no pudo erradicar a los cristianos. Era, por lo tanto, lógico, quizás inevitable, que Constantino debiera intentar su propia y mucho más audaz opción.

A pesar de su conversión, él era “casi indudablemente un mitraico”. Su arco triunfal, construido para él después de su conversión, “testifica al Dios Sol, o ‘sol inconquistado’”. Él nunca dejó de honrarlo, manteniendo su imagen en sus monedas. También “puso una estatua del sol—dios, portando sus características, en el Fórum; y otra de la madre—diosa Cibele, aunque ella fue presentada en una postura de oración cristiana”.⁶

Esto ocurrió en Nueva Roma, o Constantinopla, cuya inauguración como capital imperial tuvo lugar el 11 de mayo de 330. Presuntamente “fue desde el principio una ciudad cristiana, inmaculada de sacrificios paganos y ampliamente dotada con magníficas iglesias”.⁷

Su creación promovió la fisión amébrica del imperio que había comenzado bajo Diocleciano, gobernando desde Nicomedia en Asia Menor mientras otro emperador tenía su capital en Milán. No es literalmente correcto decir que construyendo su ciudad sobre el

Bósforo, Constantino estaba cambiando de lugar la capital fuera de Roma, como algunos autores aseveran, por ejemplo Maxwell⁸ y Hardinge;⁹ pues en ese momento la Ciudad Eterna ya había perdido gran parte de su significado político.

Y con todo, en cierto sentido, la idea es válida; porque la fundación de Constantinopla trajo un cambio de poder definitivo desplazándolo fuera de Italia. Esto representaba disminuir la influencia pagana que Roma con su clase senatorial podía todavía ejercer sobre los emperadores. Por otro lado, separó físicamente a los papas de los emperadores, lo que aseguraría cada vez más la independencia del papado, especialmente cuando el imperio occidental se desintegró y dejó de existir.

Johnson considera a Constantino un “megalómano raro” y sospecha de un regateo deliberado entre él y los clérigos. Llamando a este arreglo un “matrimonio impropio”, se pregunta, “¿el imperio se rindió al cristianismo, o el cristianismo se prostituyó al imperio?”¹⁰ Hunt cita a Durant diciendo “mientras el cristianismo transformó al mundo, el mundo convirtió al cristianismo”.¹¹

Creemos que la unión corrompió a ambos, el estado y la iglesia, por igual, quizás más a esta ya que también involucraba mucho sincretismo.

Para el 274, el mitraísmo, que tanto Nerón como Adriano habían tratado con favoritismo, se había vuelto sumamente popular, así que el emperador Aureliano lo declaró la religión estatal oficial. A principios de los 300's este “amenazó seriamente al cristianismo”.¹² En 307, bajo Diocleciano, una dedicación a Sol Invictus Mitra aclamó a esta deidad como “un protector del imperio”.¹³ Esto, como hemos visto, coincidió con—y estaba indudablemente relacionado con—la campaña del emperador para eliminar a los cristianos como una influencia rival.

Como Gilbert Murray, citado en el capítulo previo, Johnson hace referencia al sorprendente sincretismo que resultó del contacto entre estas dos religiones: “Muchos cristianos no hicieron una distinción clara entre este culto solar y el suyo propio. Se referían a Cristo ‘conduciendo su carroza a través del cielo’; celebraban sus servicios el domingo, se arrodillaban hacia el oriente y tenían su cena navideña los 25 de diciembre, el nacimiento del sol en el solsticio de invierno”.¹⁴

En una leyenda a una de sus ilustraciones, Trevor-Roper dice: “En el Imperio Romano tardío las religiones rivales a menudo se fusionaban. Este mosaico del antiguo mausoleo debajo del de San Pedro, Roma, muestra a Cristo con los atributos del dios sol pagano”.¹⁵ Roland H. Bainton lo expresa de manera muy sintética: “Mitrás se había vuelto cristiano”.¹⁶

III

El culto mitraico había asimilado otros cultos que involucraban al dios sol, tal como una deidad grecoegipcia, Serapis-Horus.¹⁷ Esto incluía la veneración de su madre, la diosa Isis, como la Madonna

que amamantaba a su hijo.¹⁸ En *El Mito de María*, César Vidal muestra que la adoración de la madre de Cristo por los católicos contiene elementos tomados no solamente del culto de Isis-Horus, sino también de otras deidades de sexo femenino, como la Deméter (o Demetra) griega y la Cibele frigia, a quienes el pueblo en Roma se refería como *Magna Mater* (“gran madre”)¹⁹ o por su título completo: *Magna Mater Deorum* (“gran madre de los dioses”).²⁰ Esta última mencionada tiene un pariente interesante, la antigua mesopotámica Ishtar, a quien sus fieles a menudo llamaron “la Santa Virgen” y “la Madre Virgen”, porque sus “amoríos estaban libres de todo tinte matrimonial”.²¹

Aplicar el título *Mater Dei* (“Madre de Dios”) a María suena sospechosamente similar a llamarla *Mater Deorum* (“Madre de los Dioses”), como si ella fuera Cibele. En el siglo quinto, esta expresión y la palabra *Theotokos* (“Portadora de Dios”, es decir, la que llevó a Dios en su vientre) condujo a un cisma entre el catolicismo y la iglesia de oriente, después de que Nestorio, líder en Constantinopla, hubiera atacado dicha terminología.

IV

Bajo el paganismo, Roma se volvió “la Heliópolis de Occidente . . . la ciudad del sol y asiento de los emperadores deificados (*divi*)”.²² El culto solar y los dioses relacionados con este permanecieron sumamente fuertes en Roma. Podemos verlo en el interesante hecho de que cuando el primer emperador cristiano finalmente murió, “el senado lo declaró *divus*”, es decir, ¡lo proclamaron un dios!²³

Esto hizo posible unirse a la iglesia y avanzar incluso a una posición alta en ella, mientras encubiertamente uno seguía siendo no creyente o pagano. Un ejemplo de esto fue el obispo de Troya. Durante el breve reavivamiento del paganismo que siguió al reinado de Constantino, este hombre le dijo al emperador Juliano que ¡siempre había rezado en secreto al sol!²⁴

Aquellos que ven una discrepancia entre el relato de la conversión de Constantino y sus persistentes rasgos mitraicos, deduciendo de esto que debió haber sido un hipócrita o un cínico, so se están dando cuenta del detalle. Para ese tiempo, la iglesia principal ya había asimilado por sí misma elementos de la religión romana, incluyendo el mitraísmo.

Varios autores católicos, como los cardenales Nicholas Wiseman y Newman, han reconocido abiertamente que muchas prácticas cristianas se originaron en el paganismo.²⁵

Constantino continuó una tendencia ya en existencia. Sólo la llevó un poco más lejos. Tuvo lo que algunos psicólogos han llamado una experiencia de descubrimiento. Mientras que sus predecesores imperiales habían perseguido el cristianismo en vano, él lo adoptaría; pero en lugar de sustituirlo por su mitraísmo rival, mezclaría ingeniosamente las dos religiones.

Cuando en 321 el emperador hizo la primera ley para imponer la

observancia del domingo, este todavía no era llamado *dies Domini* (“día del Señor”) sino *dies solis* (“día del sol”), es decir, el dios sol. Esto fue para ganar el apoyo de sus súbditos paganos. Pero, ¿y los clérigos? Ellos aceptaron esta fraseología puramente mitraica sin un murmullo, y respaldaron completamente el enfoque de Constantino; porque él estaba practicando un subterfugio: La ley era aparentemente puramente pagana, pero los cristianos podían reinterpretarla para sus propósitos.

Elena de White señala que los líderes de la iglesia estaban jugando un juego aún más profundo. “El día del sol fue reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos; pues era política del emperador conciliar los intereses del paganismo y del cristianismo que se hallaban en pugna. Los obispos de la iglesia, inspirados por su ambición y su sed de dominio, le hicieron obrar así, pues comprendieron que si el mismo día era observado por cristianos y paganos, estos llegarían a aceptar nominalmente el cristianismo y ello redundaría en beneficio del poder y de la gloria de la iglesia”.²⁶

Pero el resultado de este sincretismo fue algo diferente de lo que los clérigos habían planeado: “El paganismo que parecía haber sido vencido, vino a ser el vencedor. Su espíritu dominó a la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones se incorporaron a la fe y al culto de los que profesaban ser discípulos de Cristo”.²⁷

Por algo, a la observancia del primer día de la semana todavía se le llama en inglés guardar el *domingo* (Sunday), una expresión que hasta el día de hoy conserva su significado original: “Guardar el día del sol”, es decir, honrar a una deidad solar antigua.

¿Es demasiado decir que la fusión constantiniana entre la religión de la Biblia y el paganismo también introdujo el tradicional odio de los paganos contra el cristianismo apostólico, pasado de moda, directamente al seno de la iglesia?

En algunos aspectos los obispos en la época de Constantino eran un grupo ecuménico, iguales a los sacerdotes romanos paganos antes que ellos. Demostraron ser asombrosamente tolerantes, excepto hacia otros creyentes cuya interpretación de la Biblia era diferente a la de ellos mismos.

V

También, con todo derecho, podemos preguntar por el carácter de Constantino. Él “difícilmente se merecía el título de ‘el Grande’”, y aún menos el de santo, como lo considera la iglesia ortodoxa.²⁸ Por el contrario, como Michael Grant explica, era un hombre completamente despiadado. Para proteger su puesto o avanzar en sus propios fines, ejecutó a muchos consejeros, amigos y parientes—incluyendo a su hijo mayor, Crispo y a su segunda esposa, Fausta.²⁹ También pudo haber sido traicionero, como cuando prometió perdonar a Licinio, un rival derrotado y emperador igual que él (también era su cuñado), y luego lo hizo asesinar.³⁰ Él cometió todos estos homicidios después de su conversión.³¹

Grant dice que a pesar de hacerse cristiano, Constantino siguió siendo “un autócrata total” y “creía que podía matar a cualquiera”.³² Hendrik van Loon, sin pelos en la lengua, llama al emperador “un rufián terrible”.³³

También era “propenso a los halagos, y caprichoso . . . y carecía de firmeza y constancia de propósito”.³⁴ Además, demostró ser muy emotivo y supersticioso.³⁵ En manos diestras, tal hombre podía ser manipulado. Uno de sus amigos y aduladores fue el obispo Eusebio de Cesarea (c. 260—c. 340).³⁶ Él también defería un gran trato a Osio (Hosio), obispo de Córdoba, su consejero eclesiástico.³⁷

Pronto Constantino, después de relacionarse con los obispos, dió pasos adicionales. Uno fue ofrecer incentivos de toda clase para que las personas se volvieran cristianas. Algunos tuvieron que ser sobornados en una manera muy material. El emperador era cínicamente franco acerca de esto: “Los no creyentes deben ser salvados de cualquier manera. No es que cada uno será transformado aprendiendo y razonando. Algunos se nos unirán por el deseo del sustento, algunos buscando una posición más honrosa, algunos por los regalos; nada es tan poco frecuente como un amante legítimo de la verdad. Debemos ser como médicos, y acomodar nuestras medicinas a la enfermedad, nuestra enseñanza a las diferentes mentes de todos”.³⁸

Los resultados fueron espectaculares; multitudes acudieron en tropel para llenar las congregaciones. Indudablemente, como A. T. Jones mordazmente lo expresa, los métodos seguidos por Constantino con el acuerdo de los obispos trajeron a la iglesia “a cada hipócrita del Imperio Romano”.³⁹

Habiendo decidido promover el cristianismo como religión oficial, Constantino también quiso normalizarlo; porque “había sido convencido, indudablemente por Osio, que la disensión en su iglesia desagradaba profundamente a Dios”.⁴⁰ También, una iglesia dividida en diferentes sectas parecía “mala para el éxito y la prosperidad del imperio”.⁴¹

El 10 de noviembre de 316—tres años después del Edicto de Tolerancia—el recién convertido emperador empezó a perseguir a los Donatistas,⁴² los cuales eran activos principalmente en el norte de África.

¿Cuál había sido su crimen? Estos cristianos eran demasiado escrupulosos acerca del comportamiento de los creyentes, especialmente del clero. Si, en el tiempo precedente a la persecución, un sacerdote o un obispo negaba a su Señor o comprometía su fe (en lugar de acceder al martirio) él, de acuerdo con los donatistas, se había descalificado de administrar el bautismo y las ordenaciones.

Para muchos clérigos los donatistas representaban tanto una afrenta religiosa como una amenaza personal. Algunos que, llegando a un acuerdo, hubieron salvado su carne del penetrante acero o de la llama devoradora eran ahora personas importantes. Uno de éstos era el historiador de la iglesia, el obispo Eusebio.⁴³ En este tiempo más justo bajo un emperador cristiano, los líderes eclesiastas eran más renuentes a dejar sus prometedoras carreras y el encanto de una creciente riqueza, que la alianza con el estado romano había

traído. Esto era comprensible pero quizás no muy espiritual de su parte.

Y por lo tanto, bajo Constantino y por las décadas venideras, los puritanos donatistas fueron perseguidos, hasta que sus enemigos los erradicaron.

La fecha en la que el estado, inspirado por la iglesia, empezó a suprimir a estas personas, 316, es de cierta importancia para la interpretación profética. Smith, en su comentario sobre Apo. 17:8, sostiene que “cuando el imperio fue convertido nominalmente al cristianismo . . . Durante un breve período, . . . podía hablarse de la bestia que no era. Según el tiempo pasó, se transformó en el papado y asumió otra vez su carácter sanguinario y opresivo”.⁴⁴

Si es así, ese período de no persecución fue tan breve como para considerarse prácticamente inexistente, durando aproximadamente tres años. Es cierto que requirió un tiempo considerable el que el papado adquiriera una posición dominante en todo Occidente, pero—como ya hemos mostrado—la bestia de Dan. 7 es más que la iglesia romana. Incluye la tradición ortodoxa oriental.

Aunque los clérigos en días de Constantino habían sufrido privaciones muy recientemente a manos de los perseguidores paganos, ellos mismos estaban ahora comprometidos en vergonzosas y despiadadas campañas contra cristianos discrepantes o disidentes.

Los protestantes no están solos en llamar la atención sobre este punto. En su *Jews, God and History* (Judíos, Dios y la Historia), Max Dimont, un escritor judío, evidentemente está asombrado ante tal giro de los acontecimientos. También hace referencia a un estimado de Gibbon de que “los cristianos mataron más de su propio número en el primer centenar de años después de llegar al poder que los romanos durante los tres siglos anteriores”.⁴⁵

Después de los donatistas, otros grupos discrepantes también fueron perseguidos. Entre estos, de acuerdo con el libro *Life of Constantine* (La Vida de Constantino) de Eusebio, estuvieron los Novacianistas, los Valentinianos, los Marcionitas, los Paulistas, los Catafrigios y “todos los que crearon y respaldaron herejías por medio de reuniones privadas”.⁴⁶

A través de un edicto hecho público justo después de que hubiera destruido a su rival y cuñado Licinio en 323, el emperador ordenó que estos grupos abandonaran todos sus servicios religiosos. Con ese fin, ordenó “que usted sea absolutamente privado de todo punto de reunión para sus reuniones supersticiosas; queriendo yo decir todas las casas de oración (si tales son dignas del nombre) que pertenecen a los herejes, y que estas sean entregadas sin retraso a la Iglesia Católica; que cualquier otro lugar sea confiscado para el servicio público, y que ninguna otra instalación sea dejada para alguna reunión futura . . .”⁴⁷

Podemos imaginar la consternación de estos pobres cristianos y el júbilo de los obispos, que pensaban que podrían librarse de ellos robando sus iglesias.

En 333, el emperador también utilizó su poder para eliminar a los tercios arrianos, los que no aceptarían la doctrina trinitaria,

creyendo que la segunda persona de la Divinidad (Jesús) no había existido eternamente, sino que era un ser creado, y por lo tanto inferior al Padre.

Una razón crucial para el famoso Concilio de Nicea, que se desarrolló entre el 20 de mayo y el 19 de junio de 325, era combatir la herejía, especialmente el arrianismo. Sentado en una silla baja hecha de oro forjado, Constantino lo presidió personalmente, “como un ángel celestial de Dios, vestido con vestiduras que emitían destellos como si radiaran luz, reflejando el brillo de una sotana púrpura y adornado con el brillante esplendor del oro y las piedras preciosas”.⁴⁸ A pesar de su deficiente griego, el emperador mismo propuso “la fórmula crucial que expresaba la relación de Cristo con Dios en el credo que fue publicado”, probablemente sugerido por Osio.⁴⁹

Inmediatamente después del Concilio, Constantino hizo público el siguiente edicto: “Decreto que si alguien fuera detectado ocultando un libro compilado por Arrio, y no lo trajera al instante y lo quemara, la condena para esta ofensa será la muerte; porque inmediatamente después de la condena el criminal sufrirá la pena de muerte”.⁵⁰

El motivo de Constantino era en gran parte político. Sobre todo, seguía siendo un emperador romano, y por lo tanto quería que una iglesia unida reforzara al estado. No siendo muy bueno en griego, probablemente ni siquiera comprendía las sutiles diferencias involucradas en el instruido debate de los obispos. Intrínsecamente no podría haberle importado si Cristo era *homoousios* (“de una sustancia”) con el Padre, algo en que los trinitarios insistían, o *homoiousios* (“de sustancia semejante”), lo que los arrianos encontraban aceptable. Pero para él como emperador era conveniente proponer e insistir en lo primero. La mayoría se alineó con él porque “casi nadie habría tenido el valor de contradecirlo”.⁵¹

De este modo, la iglesia cristiana dominante asumió gran parte de su credo básico bajo el liderazgo de un emperador medio pagano quien, a pesar de no haber sido bautizado sino justo antes de morir, devino e indudable permaneció siendo su cabeza. Es significativo que, desde el principio al fin, “controló totalmente a los obispos . . . y fue él mismo el que escogía a los obispos cada vez que aparecía una vacante”.⁵²

¿Cuán intensas fueron las campañas en contra de los cristianos disidentes que se negaron a aceptar el credo niceno en cada detalle?

Juliano (331-63), el emperador pagano que siguió después de Constancio II, el hijo de Constantino, escribió una reveladora carta donde expresaba su horror sobre lo que había ocurrido: “Muchas comunidades completas de supuestos herejes . . . fueron realmente masacrados, como en Samosata y a Cícico en Paflagonia, Bitinia y Galacia, y entre muchos otros pueblos tribales fueron saqueados y destruidos; mientras que en mi tiempo el exilio ha terminado y las propiedades restituidas”.⁵³

En su infancia, Juliano había sido criado como cristiano, pero no encontraba esta rama de la religión atractiva así que regresó a su

paganismo ancestral. Para las edades por venir, sería llamado el Apóstata, y ha sido seriamente distorsionado. “Era en realidad un hombre moral e intelectual y un autor brillante”.⁵⁴ También demostró ser más humanitario y culto que su tan elogiado tío, Constantino; porque toleró todas las formas del cristianismo. Juliano era, sin embargo, un fenómeno pasajero, que reinó por solamente diecinueve meses y medio.

Bajo los emperadores subsiguientes, todos ellos “buenos cristianos”, las persecuciones continuaron implacables. A la opresión física se añadió la censura eclesiástica, la que en 380 se volvió ley. Una ley imperial prohibió explícitamente los debates religiosos y las actividades apartadas de los canales oficiales.⁵⁵

VI

De sus predecesores paganos, Constantino heredó el título *Pontifex Maximus* (“sumo sacerdote”), al que añadió “Obispo de los obispos” y *Vicarius Christi* (“El Vicario de Cristo”).⁵⁶ Durante sus años finales, fue también conocido como *Isapostolos* (“Igual a los apóstoles”), y se hizo enterrar en la Iglesia de los Santos Apóstoles entre una docena de sarcófagos.⁵⁷

Mientras fueron paganos, los emperadores romanos se consideraban a sí mismos como dioses, una idea que se originó antes en Mesopotamia, Egipto y el Medio Oriente heleno. El propósito de este culto, que estaba generalmente relacionado con la adoración al sol, era político: Un endoso divino que aseguraba la ciega obediencia a un soberano supuestamente infalible.⁵⁸ Cuando los césares se volvieron cristianos, tuvieron que modificar hasta cierto punto esta idea, aunque solamente en parte; ellos estaban determinados a conservar tanto como fuera posible de su supuesto carácter sagrado, debido a su resultado político. Por lo tanto, “los emperadores bizantinos presidieron sobre todos los sínodos de la iglesia y fueron considerados ‘Dios en la Tierra’”.

Lo mismo sería cierto de los zares rusos, quienes después de la caída de Constantinopla en 1453 reclamaron todas sus prerrogativas. En el siglo diecinueve, “Cuando Napoleón se encontró con Alejandro I en Prusia Oriental, Napoleón dijo: ‘Veo que usted es un emperador y un papa al mismo tiempo. ¡Qué útil!’”⁵⁹

VII

En su cooperación con los obispos de la iglesia del estado para imponer el catolicismo y la ortodoxia oriental, los emperadores eran principalmente políticos. Aunque insistieron en la uniformidad doctrinal y pusieron a disposición de la iglesia el poder de Roma para eliminar las herejías, no podía dependerse de ellos para refrenarse a sí mismos. Cuando Constantino fue finalmente bautizado al final de su vida, el obispo oficiando era Eusebio de Nicomedia,⁶⁰ ¡un arriano!

Constancio II (317–61), el hijo y heredero de Constantino, podría haber sido influido por este hecho y por la tendencia que el mismo representaba. Era, en todo caso, un arrianizador. Más que eso: Le

volteó la mesa enérgicamente a los clérigos que habían manipulado a su padre. Rechazó las decisiones alcanzadas en el consejo de Nicea. “Se realizaron numerosos sínodos y concilios durante su reinado, y muchos obispos fueron exiliados, incluyendo a Liberio, el obispo de Roma”.⁶¹

Otra de sus víctimas fue el consejero eclesiástico de Constantino, el obispo Osio (Hosio). “Fue él quien primero alentó a Constantino contra los donatistas, muchos de los cuales fueron enviados al exilio, es más, y algunos incluso sentenciados a muerte; y llevados al lugar de su ejecución”.⁶² Instado por sus favoritos, Constancio hizo todo esfuerzo posible por asegurarse su respaldo, aunque al principio se había sentido inclinado a dejar tranquilo al anciano, permitiéndole regresar a Corduba (Actual Córdoba) en España septentrional. “Primero le envié cartas halagadoras y persuasivas; y cuando éstas fallaron, prosiguió con amenazas. Pero todas fueron inútiles, y Hosio fue desterrado a Sirmio en el Danubio (Hoy la actual Sremska Mitrovica, en Serbia), lejos de casa. Sus amistades fueron despojadas de todas sus posesiones y reducidas a la miseria, pero todo sin resultado. El siguiente paso fue confinarlo a prisión—todavía se negaba. Entonces fue golpeado cruelmente, y finalmente amarrado a la barra y torturado de la manera más inhumana. Bajo estas torturas terribles, el envejecido obispo se rindió, en 356 d.C., y firmó”.⁶³

Esta es la manera en que los monarcas cristianos usaron la religión. Como políticos, eran intolerantes con los herejes, quienes se atrevían a pensar por sí mismos y socavaban el consenso teológico que reforzaba al estado. Al mismo tiempo, las casas reales distaban mucho de ser predecibles. Por siglos, en ocasiones los líderes eclesiásticos tuvieron que pagar un precio terrible por la ayuda secular que empleaban contra sus oponentes.

Tal fue el destino no sólo de obispos católicos, sino a veces también de líderes protestantes. Dos ejemplos de ésto fueron el obispo anglicano Hugh Latimer (?1485–1555) y Thomas Cranmer (1489–1556), arzobispo de Canterbury. Florecieron y murieron cuando los vástagos Tudor del muchas veces matrimonio Enrique VIII reinaban Inglaterra.

Latimer y Cranmer son famosos justamente por adherirse firmemente a sus convicciones y por morir en la estaca en tiempos de la reina María Tudor, quien pertenecía a la iglesia romana. Desafortunadamente, sin embargo, durante el reinado de su hermano, el niño—rey Eduardo VI, a la sazón protestante (1537–53), ambos hombres habían martirizado a católicos romanos por negarse a abandonar su religión. “Cranmer mismo había, para consternación de Eduardo, insistido en quemar a Joan Bocher, y Latimer había sido despiadado en la muerte del padre Forrest cuando interpeló al ya anciano capellán de Catherine de Aragón para que abjurara mientras la agonizante víctima se quemaba lentamente hasta morir en una jaula suspendida sobre las llamas”.⁶⁴

Nos preguntamos cuáles fueron los últimos pensamientos de Osio en el siglo IV. Mientras sufría punzadas horribles y se sumergía en la obscuridad y la desgracia, ¿se arrepintió de su crueldad hacia

los donatistas? Y cuando las llamas estaban lamiendo profundamente las carnes de Latimer y Cranmer mil doscientos años después, ¿en arrepentimiento recordaron ellos a la pobre Joan Bocher y al padre Forrest?

Quizás éstas y otras personas como ellos con arrepentimiento también ponderaron la antigua sabiduría del salmista que escribió: “No confiéis en los príncipes” (Sal. 146:3), y la propia advertencia del Señor: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo” (Jer. 17:5).

VIII

Los emperadores cristianos del Imperio Romano, como muchos monarcas desde entonces, imaginaron que eran una raza especial, elevados enormemente por sobre las personas ordinarias; y por lo tanto, no pudieron reconocer que para subordinados, también, debía existir algo como la libertad de conciencia. ¡No, ellos pensarían por sus súbditos y decidirían por ellos!

En Constantinopla, los gobernantes bizantinos pudieron continuar esta despótica tradición hasta 1453, cuando fueron eliminados por los turcos. Pero en Occidente, los emperadores romanos desaparecieron mucho antes, en 476. Sin embargo, las prerrogativas imperiales y los títulos religiosos—tales como *Pontifex Maximus*, *Vicarius Christi* y *Dios en la Tierra*—fueron heredados por los papas.

Las vestiduras costosas y reales, la actitud real y a veces arrogante, la intolerancia hacia los disidentes, y la santidad institucional de los pontífices, todas ellas fueron heredadas de los precedentes romanos. Estos atributos no le deben nada a la conversación, a menudo citada, entre Jesús y uno de sus humildes apóstoles (Mat. 16:15-19). El supuesto trono de San Pedro es realmente el trono de los césares, al que ese humilde pescador nunca aspiró.

Para contrarrestar una equivocación común, y por el bien de una mejor perspectiva sobre las profecías de la Biblia, enfatizamos que la estructura creada por Constantino y los obispos no era la Iglesia Católica Romana. Fue la iglesia *imperial*. Por supuesto, esto incluía a Roma, pero también a los arzobispos de Jerusalén, Alejandría, Antioquía, y—después de su fundación—Constantinopla.

Los arzobispos no romanos pertenecían, y algunos de ellos todavía son miembros, no de la católica, sino de la estrechamente relacionada ramificación cristiana ortodoxa. Desde los días de Constantino, esta ha prosperado y se vuelto la religión dominante de Europa Oriental. Representando aproximadamente una sexta parte de los cristianos en el mundo entero, la ortodoxa consta de trece iglesias nacionales, incluyendo la Iglesia Ortodoxa Rusa. Todas ellas son autocéfalas; es decir, en los asuntos de la iglesia son autogobernadas y no sujetas a un clérigo extranjero, como el papa, sin importar cuánto puedan respetarlo.

Ésta es realmente una familia de iglesias federadas. Su cabeza es todavía el patriarca ecuménico de Constantinopla, a la que los turcos

llaman Estambul. Es, sin embargo, solamente su *primus inter pares* (“primero entre iguales”). En los Estados Unidos, la iglesia ortodoxa es uno de los cuatro cuerpos religiosos más importantes.⁶⁵

Teológicamente, las iglesias ortodoxas orientales son diferentes del catolicismo romano en que ellos bautizan por inmersión, siempre le han dado acceso al laicado tanto al pan como al vino de la Eucaristía, y permite que la mayoría de sus sacerdotes se casen. Aún más, insisten en que el Espíritu Santo procede solamente del Padre, y no así del Hijo. Sobre todo, se niegan a reconocer al papa como cabeza del cristianismo, aunque lo reconocen como un arzobispo superior.

Pero aún así estas son diferencias relativamente menores, en comparación con las creencias que ellos y católicos comparten. Como Anthony Wilhelm señala, “Las iglesias ortodoxas tienen las mismas doctrinas básicas, código moral, misa, sacramentos, devoción a María y a los santos, etcétera, que la iglesia católica romana”.⁶⁶

Este popular escritor sobre el catolicismo se equivoca, sin embargo, cuando dice que “las iglesias ortodoxas orientales aparecieron cuando ciertas iglesias antiguas, principalmente del Medio Oriente, se separaron en el siglo XI de la autoridad del papa”.⁶⁷ Por el contrario, algunas de ellas—como la de Antioquía—son al menos tan antiguas como la iglesia en Roma. La de Jerusalén es más antigua. Y no, como implica la cita, “se separaron” ellas mismas de la autoridad del papa, como si lo hubieran reconocido primero; porque ellas nunca lo habían aceptado como algo más que el primero entre semejantes.

Hasta el siglo XI, los cristianos ortodoxos habían estado en comunión normal y completa con la iglesia romana; pero cuando un arrogante pontífice exigió su subyugación completa, anatematizándolos por su espíritu independiente, un cisma tuvo lugar. Esto quiere decir que desde 1054 hasta el presente, ellos simplemente continuaron a su manera, pero con una mayor y más feroz independencia y una crecida determinación de resistir todos los intentos papales de tratarlos como subordinados.

La iglesia constantiniana puede ser descrita tanto ortodoxa como católica, ya que cada una de estas ramas descende de ella; así que llamarla simplemente católica *romana* es incorrecto, aunque doctrinalmente la iglesia imperial comenzó como una religión. Su cabeza era, sin embargo—como hemos visto—el emperador, no el papa; y sus prioridades no eran necesariamente las mismas que las de los pontífices en Occidente.

Pero volvámosnos nuestra atención ahora en esa dirección.

IX

Encontramos doloroso recordar que el célebre y fascinante Agustín (354–430) “cabeza intelectual de África del Norte y de la iglesia occidental”,⁶⁸ devino no solamente un gran arquitecto de gran parte de la teología tanto de los católicos como de muchos

protestantes, sino también de una cruel intolerancia.

Él que escribió de manera inolvidable sobre el Señor y rogó: “Nos has hecho para Tí mismo, y nuestros corazones están intranquilos hasta que encuentran su descanso en Tí”,⁶⁹ también condonaba métodos atroces contra sus hermanos y hermanas separados, incluyendo la tortura. Rebecca West asevera que no era un santo, sino solamente un genio con apetito para la crueldad, enamorado del amor pero incapaz de sentirlo. El Dios a quien sirvió era bueno pero no esencialmente amable, extremadamente airado con los pecadores, en cuyo castigo encontraba deleite. Agustín “odiaba todos los aspectos más apacibles de la virtud, despreciaba el espíritu que dejaba todas las cosas florecer de acuerdo con su esencia”.⁷⁰

También creemos que cerró su mente a lo que los supuestos herejes tenían que decir, a pesar de su aparente declaración liberal de que “la verdad, donde pueda ser encontrada, *debe* ser aceptada ávidamente” (énfasis añadido).⁷¹ Sus famosas *Confesiones* revelan un conocimiento de la depravación humana, y a pesar de ello parece que no se percató lo suficiente de que “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9). Sin la ayuda del Espíritu Santo, somos incapaces de comprendernos a nosotros mismos.

Es una pena que Agustín pasara por alto la reprimenda de su Señor a Santiago y a Juan por instarle a la destrucción de un pueblo samaritano que lo había rechazado: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas” (Lucas 9:55, 56). ¿Y por qué no reflexionó sobre el peligro personal que implicaba? El Salvador, muy claramente, había dicho: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mat. 25:40). Especialmente debió haber recordado qué dijo Jesús cuando le apareció repentinamente en el camino a Damasco a un rabino judío fanático, cuya ortodoxia lo había hecho acosar a la joven iglesia cristiana (Hech. 22:7). ¿Es que no escuchó la misma voz exhortándole en las cámaras secretas de su mente: “Agustín, Agustín, por qué me persigues?”

En vano declaró su compasión hacia un obispo donatista a quien estaba persiguiendo, cuando dijo, “Si usted pudiera ver la pena en mi corazón y mi preocupación por su salvación, usted quizás tendría piedad de su propia alma”.⁷² ¡Nos preguntamos si el desafortunado hombre respondió en un murmullo “*Tu quoque*” (lo mismo para usted)! En vez de ello, Agustín debió haber obedecido el mandamiento “No matarás” (Ex. 20:13) que obedecer a su conciencia, la que obviamente estaba bastante impedida.

Haciéndose el teórico más grande de la persecución, Agustín elaboró argumentos para la Inquisición, que aparecería siglos después,⁷³ haciéndose merecedor de la descripción que Johnson haría de él como “la mente oscura del cristianismo imperial”.⁷⁴ Froom, en su libro, más antiguo que el de Johnson, utiliza un lenguaje curiosamente similar cuando dice que actuando de este modo Agustín “lanzó una sombra oscura sobre la iglesia”.⁷⁵

Agustín devino, *inter alia* (entre otras cosas), mentor espiritual del gran clérigo medieval Tomás de Aquino, quien vivió más de ochocientos años después y quien en su *Summa Theologiae* dijo: “La herejía es un pecado que merece no sólo la excomunión, sino también la muerte”.⁷⁶ Éste es un dogma que el catolicismo nunca ha negado.

Pero la intolerancia no estuvo confinada a esa religión. Incluso los primeros reformadores protestantes en ocasiones mancharon sus reputaciones persiguiendo a los cristianos cuyas doctrinas eran diferentes a las suyas, como por ejemplo a los anabaptistas. Al final, sin embargo, muchos abdicaron de esta parte de su herencia medieval. Algunos, como Roger Williams, no podían imaginar un pecado más grande. Condenando la persecución de los disidentes de los Puritanos en América, dijo que “violiar y forzar” la conciencia de otra persona era peor que cualquier forma de inmoralidad, ya fuera adulterio, incesto, sodomía, o bestialidad—además de ser blasfemamente herético.⁷⁷

En *The Grand Inquisitor* (El Gran Inquisidor), “Dostoievsky deplora el ansia por una comunidad de adoración . . . y por una unidad universal”, atribuyéndole a esto “la miseria de cada hombre por separado y de toda la humanidad desde el principio de los tiempos”, debido a que ha sido “la fuente de todas las guerras religiosas y la raíz de todos los intentos por establecer un estado universal”.⁷⁸

Creemos que hay mucho por decir sobre esta perspectiva, aunque el gran escritor ruso no va tan lejos como la Biblia en su intento de explicar por qué la persecución se volvió en realidad una *doctrina* y “una parte integral del cristianismo medieval”.⁷⁹ El apóstol Pablo nos presenta una clave para comprenderlo cuando advierte sobre una próxima apostasía caracterizada por “doctrinas de demonios” (1. Tim. 4:1). La raíz de este problema yace mucho más profunda que en la psicología humana meramente.

Agustín continuó la persecución de los donatistas, la que ya había durado ochenta años. Antes de ser obispo de Hipona (395), su iglesia era “inmensa, próspera, rica y profundamente arraigada”, pero su columna fue rota a la fuerza⁸⁰ aunque en el período vándalo posterior las cosas darían un vuelco por un siglo en contra de los perseguidores católicos.

Antes de desaparecer de la historia, los donatistas dejaron un monumento teológico. Uno de sus autores, Ticonio, fue el primero en aplicar Apoc. 13 y 17 a sus perseguidores, la iglesia romana, a quien identificó respectivamente como la Bestia y Babilonia.⁸¹ En los siglos por venir, esta interpretación sería retomada por otros grupos de personas acosados por la iglesia oficial.

Esta devino la respuesta clásica para hombres como Agustín, quien sostuvo que “Los donatistas eran herejes, porque el obispo de Roma lo había dicho”.⁸² Pero el papa, habrían replicado ellos, era la Bestia, que había obtenido su posición no (como alegaba) del Cordero, sino de la serpiente antigua y del Dragón, el diablo mismo (Apoc. 13:2, 9).

Notemos que aunque los donatistas fueron exterminados, su

manera de pensar no desapareció; reformadores de edades siguientes que enseñaron que un comportamiento despojado de la gracia descalificaba a un obispo, un pontífice, o incluso a una iglesia, han sido uno de ellos espiritualmente. Uno de éstos fue Juan Wycliffe (c. 1330–84), quién dijo, “Si el papa no es un buen hombre . . . entonces no es en realidad un papa”.⁸³ Otro fue el reformador checo, Jan (Juan) Hus (c. 1370–1415), quién siguió sus huellas, sosteniendo que “si el papa viviera inmoralmente, no era un verdadero papa en lo absoluto”.⁸⁴

Entre los argumentos que éstos y otros reformadores han usado estaba que Dios siempre ha insistido en la santidad personal de sus sacerdotes. Por ejemplo, Él ordenó a Moisés que dijera a Aaron el sumo sacerdote que “todo varón de toda vuestra descendencia en vuestras generaciones, que se acercare a las cosas sagradas que los hijos de Israel consagran a Jehová, teniendo inmundicia sobre sí, será cortado de mi presencia” (Lev. 22:3).

Ya antes luego que descendió del Señor había incinerado a Nadab y Abiú, dos de los hijos de Aaron, por hacer desobedientemente un sacrificio inaceptable. En esa ocasión Él dijo, “En los que a mí se acercan me santificaré” (Lev. 10:3). Algunas generaciones después, Elí—sumo sacerdote y juez sobre Israel—falleció, con Ofni y Finees, sus perversos hijos, por no contener su conducta impía e inmoral (1 Sam. 2:12–17, 22–34; 4:1–11, 17, 18). Finalmente, el rey Salomón quitó el sumo sacerdocio al descendiente de Elí, Abiatar, por traición, y nombró a Zadok en su lugar (1 Reyes 2:26, 35).

En agudo contraste con esto, la iglesia de Roma siempre ha sostenido—como monseñor Perras le explicó a Charles Chiniquy — que su “infalibilidad y perpetuidad . . . no se basa en la santidad personal de sus sacerdotes; sino que se basa en las promesas de Jesucristo”, que no pueden ser invalidadas ni siquiera por una franca inmoralidad de parte de estos sacerdotes.⁸⁵ Es decir, de conformidad con la postura del siglo cuarto de la Iglesia Católica, un sacerdote es un sacerdote y un papa es un papa, ordenados de por vida; y nada de lo que hagan como persona puede invalidarlos en la ejecución de su oficio.

Esto implica un cambio en la actitud del Santísimo desde la época del Israel antiguo.

Y con todo el Nuevo Testamento enseña lo mismo que el Antiguo. Jesús mismo rechazó a los maestros religiosos cuyas vidas corrompidas los desacreditaban: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus *frutos* los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”. (Mat. 7:15–18, énfasis añadido)

Finalmente Dios, después de casi dos mil años, se apartó de los judíos, el pueblo elegido, por rechazar al Mesías. Gran parte de este pecado concernía a su clero, cuyo sumo sacerdote Caifás lo condenó a muerte (Juan 18:13–24; Mat. 27:63–65). Y así, está claro que toda

una iglesia puede apostatar y ser reemplazada por otra.

X

Agustín también persiguió a Pelagio, britano de nacimiento, y a sus seguidores, cuyas células en su madre patria, así como en España, Sicilia, Rodas y Palestina, fueron identificadas y disueltas.⁸⁶

A esta distancia en el tiempo, no siempre es claro qué creía este grupo. Solamente han sobrevivido fragmentos limitados de las ideas de Pelagio. Éstos son citados en documentos hostiles, escritos para refutarlos.⁸⁷ Sus seguidores rechazaban la doctrina de la predestinación, tan estimada por Agustín (y su gran discípulo Calvino). También se negaban a creer en el pecado original como algo inextirpable, sosteniendo que por el poder capacitador del Señor el creyente podía superar su aptitud hacia el pecar.

Creemos que los pelagianos han sido vilipendiados. Incluso un autor generalmente comedido tal como Bede hizo referencia a “su nociva y abominable enseñanza de que el hombre no tenía necesidad de la gracia de Dios”, y con el visto bueno citó aleluyas religiosas de un Próspero:

Contra el gran Agustín véale gatear,
¡Este escritorzuelo desgraciado con su pluma del descaro!
¿En qué negras cavernas fue esta serpiente criada
que de la tierra se atreve a alzar su cabeza?⁸⁸

Pero esto es excesivamente injusto, porque “Pelagio nunca afirmó expresamente que el hombre podía ser bueno sin Dios”. Después de su excomunicación, dijo que la gracia divina “era necesaria, no solamente para cada hora o momento, sino para cada acción individual de nuestras vidas”, aunque esta confesión no fue aceptada.⁸⁹

En su trato con los pelagianos, el catolicismo en África no fue equilibrado ni por compasión ni por escrupulo. Johnson narra que “Exitosamente presionaron, primero al obispo de Roma, luego al emperador. Finalmente, recurrieron al soborno directo: Ochenta finos sementales numidianos, criados en propiedades episcopales en África, fueron enviados a Italia y distribuidos entre los varios comandantes de la caballería imperial cuyos escuadrones, en última instancia, impusieron la teoría de la gracia de Agustín”. En su fervor por destruir a estos disidentes, los clérigos también excitaron prejuicios sociopolíticos en su contra difamándolos como “perturbadores de la paz pública, innovadores peligrosos, hombres ansiosos por despojar a los ricos y redistribuir las propiedades”.⁹⁰

Acusar a los adversarios religiosos de desorden, socialismo, o tendencias democráticas no deseadas son un argumento que se repetiría en los muchos siglos por venir. Indudablemente, demostró ser eficaz para ayudar a eliminar a los pelagianos.

XI

Como a menudo le pasa a los perseguidores, les siguió su némesis, esta vez en forma de herejes menos gentiles: Los vándalos germánicos, que invadieron ahora el imperio occidental. África del Norte, aparentemente muy segura detrás de su foso mediterráneo, fue una de las áreas peor afectadas. En 429, los vándalos machacaron a través de todas las defensas que los romanos habían levantado contra ellos. Como guiados por una mano invisible, se abrieron paso hacia la diócesis de Agustín, barriendo sus iglesias y trayendo indescriptible congoja a los pueblos y granjas de esa área. Entonces entraron rápidamente a Hipona, donde estaba su casa.

En 430, mientras yacía en su lecho de muerte, pudo escuchar el chocar de los arietes destruyendo los muros con un ruido sordo, y el tumulto del asedio. Sus últimos pensamientos fueron oscurecidos por la pérdida de su país y esta derrota de su amado catolicismo. Pronto después, los vándalos arrasaron la ciudad. Nadie sabe si él estaba preparado para encontrarse con el Juez del Universo.

17 Crecimiento Papal y Declive Occidental

I

Cuando Constantino aceptó el cristianismo, él mostró cierta estima hacia el obispo de Roma, Miltiades (ofició como tal entre 311-14), pero consideró a su sucesor, Silvestre I (quien ofició como tal entre 314-35) como alguien inexistente. Y aún así, la iglesia romana le rendiría un día grandes honores a este hombre como a un pontífice muy especial.

También hizo público un decreto para convertir el Sábado en un ayuno, planeando que el desagrado hacia los judíos se volviera parte de la teología cristiana.

Uno de sus sucesores lo canonizó y otros han adornado su memoria con muchas leyendas. Por ejemplo, hay un relato pintoresco de San Silvestre librando a Roma de un dragón que escupía veneno. Presuntamente tuvo una participación muy importante en la conversión y bautismo de Constantino. También lo curó de la locura.¹ De acuerdo con otra versión, lo curó de la lepra.²

Éstos son todos mitos. Silvestre murió en 335, así que no hay posibilidades de que bautizara a Constantino. Tal ceremonia tuvo lugar en 337, dos años después, y no en Roma, sino en un pueblo asiático cerca de Nicomedia. El obispo oficiante era Eusebio, de esa diócesis³—quien, como ya señalamos, eran un arriano.

No habríamos sacado a colación estas pías fabulaciones sobre el papa Silvestre y el emperador si no hubieran sido parte integral de La Donación de Constantino. Este documento fue una peligrosa falsificación del siglo octavo, de acuerdo con la que el primer emperador cristiano había elevado a Silvestre y a sus sucesores por sobre todos los arzobispos, dándoles también “dominio temporal sobre Roma, Italia y todo el mundo occidental”.⁴ El siguiente párrafo detalla éstos y otros reclamos radicales:

“Nosotros [Constantino] atribuimos a la Sede de San Pedro, toda dignidad—toda potestad—todo poder imperial. Además, le damos a Silvestre y a sus sucesores nuestro palacio de Letran—le damos nuestra corona, nuestra mitra, nuestra diadema, y todas nuestras vestiduras imperiales—le remitimos la dignidad imperial. Damos, como un obsequio puro, al santo pontífice, la ciudad de Roma y todas las ciudades occidentales de Italia, así como las ciudades occidentales de otros países. Para darle puesto, cedemos nuestro dominio sobre todas estas provincias, trasladando el asiento de nuestro imperio a Bizancio, teniendo en cuenta que no es correcto que un emperador terrestre deba ostentar el más mínimo poder, donde Dios ha establecido la cabeza de la religión”.⁵

Por setecientos años, la Donación sería utilizada para reforzar la posición del papa. De vez en cuando, personas inteligentes expresaron sus dudas sobre esto, aunque tal cosa podía ser sumamente

peligrosa. Por ejemplo, “en 1478, fueron quemados cristianos en Estrasburgo ¡por haberse atrevido a dudar de su autenticidad!”⁶ Sin embargo, en ese mismo siglo, eruditos del Renacimiento valientemente lo expusieron como un tejido de mentiras. Pero esto no podía deshacer retrospectivamente su efecto histórico en promover los objetivos y reforzar la posición del papado. En otro capítulo, tendremos más que decir sobre este documento.

La iglesia imperial de Constantino y sus sucesores en realidad trataron de limitar el poder del papado, no de incrementarlo. Por lo tanto, para alcanzar la autonomía y un estatus más grande, el Vaticano necesitaba un cambio en la situación política de Italia y de los territorios adyacentes.

Esto comenzó alrededor de tiempos de Silvestre, y por ende su oficio es importante, porque inauguró una fase diferente del desarrollo del Cuerno Pequeño; pero realmente no hubo ninguna Donación. Con el traslado del emperador hacia la nueva capital en el Bósforo, por razones que nada tenían que ver con el papado, su poder mermó en Occidente, dejando un vacío político que los papas pudieron llenar. Esto, sin embargo, no ocurrió de la noche a la mañana; requirió varios siglos.

II

Los cada vez menos representativos emperadores de Occidente, representantes de aquel en Constantinopla, no podían lidiar más con los invasores germanos. En 476, Rómulo Augústulo fue derrocado oficialmente. Desde entonces, los emperadores orientales fueron incapaces de intervenir en los asuntos italianos, excepto esporádicamente.

Esto era lo más ventajoso para el obispo en Roma. Podía controlar el catolicismo sin una interferencia efectiva del emperador cristiano bizantino, quien insistía en ser la cabeza de la iglesia él mismo y era por lo tanto capaz de dominar a los obispos orientales siempre que decidía hacerlo. En Italia, sin embargo, el papa podía aspirar con éxito al púrpura y convertirse en un rey secular con un territorio propio, además de ser la cabeza espiritual de la iglesia romana.

Pero el crecimiento del poder papal emergió no sólo como respuesta a eventos exteriores. Era algo persistente y enérgicamente perseguido por ambiciosos obispos y pontífices, especialmente por Dámaso y por León I, quienes vivieron en el siglo final del imperio occidental.

III

Dámaso (366–84) se hizo obispo de Roma triunfando sobre Ursino, otro aspirante a papa, después de tres días de sangrientos enfrentamientos entre sus facciones rivales.⁷ Afortunadamente para Dámaso, tenía el apoyo del emperador, y su pontificado de dieciocho años demostró ser más influyente para los años posteriores.

La iglesia imperial acababa de sufrir una resquebrajante aunque

temporal, reversión de fortuna, marcada por el gobierno del emperador Juliano (331–63), quién había renunciado al cristianismo y regresado al paganismo.

Para reforzar su posición, Dámaso trató de enérgicamente de mostrar que el cristianismo ya era muy antiguo; sostuvo que había estado relacionado no solamente con Roma, sino incluso con los triunfos del imperio por más de trescientos años.⁸

Esta es una idea rara, ya que en las épocas más tempranas la única asociación importante del imperio con los cristianos era sus intentos de exterminarlos. Pero en cierto sentido el papa tenía razón. El cristianismo en Roma había hecho tantas concesiones a la cultura pagana que se estaba mezclando con ella. Deidades paganas devinieron santos, sus santuarios se convirtieron en lugares de adoración para los cristianos. “Un templo romano para Apolo es reemplazado por una iglesia de Santo Apolino. El templo de Bona Dea, la Buena Diosa, está ahora dedicado a la Madonna (la Virgen María)”.⁹

Durante mi visita en 1985 a Monte Cassino y los pueblos aledaños, Amerigo Iannacone (un poeta de Ceppagna cerca de Venafro) me informó que la iglesia de su pueblo había sido levantada sobre los restos del templo de Apolo. A esto añadió una afirmación asombrosa y posiblemente exagerada: “Supongo que usted sabe que *todas* las iglesias católicas en Italia fueron erigidas sobre las ruinas de templos paganos”.

La costumbre se extendió a otros países. Durante 1994, en la antigua ciudad de Siracusa, en Sicilia, tomé una fotografía de un templo de la diosa griega Minerva. Es ahora una iglesia católica, pero gran parte de la estructura original todavía es claramente visible. Esta mezcla del cristianismo con la tradición clásica no estuvo limitada a los aspectos externos; penetró mucho más profundo y ha perdurado a través de los tiempos. De acuerdo con una nota al pie en Seznec, tan tarde como 1296 “El capítulo de Noyon rodeaba a una Minerva con la inscripción: ‘*Ave Maria gratia plena*’” (Salve María, llena eres de gracia).¹⁰

En los tiempos en que Agustín de Canterbury (607 d.C.) y sus sucesores lucharon por convencer a Bretaña a favor de la iglesia romana, una instrucción papal aprobó la usanza de cristianizar a deidades y templos paganos. A menudo, esta ha sido la práctica de los misioneros católicos.

Pablo Johnson relata que Dámaso resaltó mucho la presencia temprana en Roma de los apóstoles Pedro y Pablo. Sobre esta base, trató de promover la importancia de su iglesia. Estos santos, insistía él, dieron la preeminencia a Roma sobre Oriente, y eran también su título para requerir el sometimiento de los obispos occidentales. El papa exigió esto en un sínodo en 378 en lo que fue, por primera vez, llamada la “sublime y santa Sede Apostólica” [NR1].¹¹

La discusión sobre el papel de Pedro y Pablo es todavía de importancia crucial para el catolicismo moderno, como lo son los santuarios y las reliquias que los conmemoran en Roma y el Vaticano. Esto puede medirse por la brusca reacción hacia una

conclusión en particular del historiador francés Goguel, en *The Primitive Church* (La Iglesia Primitiva).

De acuerdo con M. I. Finley, este hombre pasó toda su prolongada beca académica en sólo el primer siglo y medio de nuestra era: Hasta 150 d.C. Investigando críticamente las fuentes, Goguel concluyó por expresar un escepticismo extremo, no solamente por las excavaciones del Vaticano donde afirmaban haber descubierto la tumba de Pedro, sino de la idea misma de que el apóstol hubiera visitado Roma en algún momento: “Y pudiera ser que Pedro nunca vino a Roma o, si vino, solamente tuvo una participación oscura allí. Ciertamente, él no fundó la Iglesia; ni influyó en su desarrollo o determinó su orientación”.¹²

Finley añade que ninguna otra cosa de lo que Goguel escribió “sea probablemente más detestable para muchos que esta valoración en particular”.¹³

Efectivamente, pues en última instancia la presencia de la tumba de Pedro era mucho más que un argumento teológico sobre su vida y obra en Roma. De acuerdo con Southern, “el cuerpo dentro de la tumba, que un día pudo haber tenido el portero del cielo, era el vínculo entre la presencia en el cielo y la iglesia en la Tierra”; se creía que el apóstol todavía trabajaba potentemente desde su tumba, aunque su *persona** fuera adosada al papa.¹⁴

Esto fue estimado importante porque, entre otras cosas, el catolicismo es una religión de los muertos, incluso—como Diestre Gil ha argumentado—un tipo de espiritualismo, con su culto a los santos, los ángeles y la Virgen;¹⁵ los fieles no solamente honran a seres humanos muertos, sino que a través de invocaciones se comunican con ellos. Sus reliquias son supuestamente un puente místico entre lo visible y lo invisible, lo material y lo espiritual.

IV

Los clérigos también reforzaron la atribución de Roma sobre una superioridad eclesiástica recurriendo a falsificaciones, entre otras una supuesta correspondencia entre el apóstol Pablo y el filósofo pagano Séneca.¹⁶ El lector recordará cómo tal inventiva mal utilizada, la que alteraba los hechos históricos, operó desde la época de Ireneo en el siglo segundo hasta Eusebio en el cuarto. El futuro, también, mostraría frecuentemente (como en el caso ya mencionado de la *Donación*) que los llamados siervos del Señor son a veces más ingeniosos que amantes de la verdad. Esta tendencia ha falsificado gran parte de la historia, extendiéndose hasta los tiempos modernos. No sólo protestantes, sino también católicos concienzudos, han notado este hecho.

*Palabra del latín cuya acepción original era una máscara llevada por un actor en el teatro. Su significado hoy est: Identidad, función o rol. N. de T.

“Entre el liderazgo del laicado inglés, el historiador liberal Lord Acton, quien tenía extensivos contactos académicos y políticos en el continente, hizo un recorrido por los archivos de los estados europeos entre los años 1864–8, que lo despertaron a lo que llamó “la vasta tradición de la falsedad convencional”, incluyendo la disposición de un papado triunfalista a emplear la mentira y la violencia para imponer políticas esencialmente seculares”.¹⁷

Lord Acton fue él mismo un miembro de la iglesia romana hasta el día de su muerte, al igual que Pablo Johnson, quien en el párrafo precedente hace referencia a él. Dentro del catolicismo también hay eruditos excelentes y honestos, incluyendo estos hombres. Como hemos señalado antes, hacemos una clara distinción entre la persona y el sistema que ésta respalda.

V

Asumiendo funciones medio siglo después de Dámaso, León I fue papa por veintiún años plenos de acontecimientos, en el período 440 a 461. Como pensador y escritor, fortaleció su oficio, aumentando aún más el prestigio de la iglesia occidental. En las negociaciones con los enemigos de Roma, exhibió una capacidad considerable como diplomático y demostró que el pontífice era un hombre políticamente confiable.

Tratando de dignificar su oficio, León también apeló al papel del apóstol Pedro.

Por supuesto, había algunas dificultades con esto de invocar al gran pescador como una fuente de autoridad. Pedro había sido un judío palestino y no un romano; aún así, siguiendo las huellas intelectuales de Dámaso, León sostuvo que la visita de Pedro y Pablo a Roma, y su muerte en la ciudad, le daban una importancia especial a la congregación allí. Más aún, se asumió que los poderes que Cristo supuestamente había otorgado a Pedro se iban transfiriendo a sus supuestos sucesores, los obispos de Roma.

La Biblia no dice nada de una autoridad eclesiástica para toda la vida, transmitida de una persona a otra, o centrada en la capital imperial; así que los clérigos produjeron aún otra falsificación, “una carta completamente espuria del papa Clemente, del siglo primero, que informaba a Santiago, el hermano de Jesús, en Jerusalén, que San Pedro había traspasado sus poderes a Clemente y a sus sucesores en presencia de la comunidad cristiana en Roma”.¹⁸

La referencia a Santiago, sin embargo, es algo inoportuna; porque deferirle revela que la iglesia temprana lo consideraba como su autoridad humana más alta. Sobre esto la Biblia y la historia de la iglesia primitiva concuerdan, como queda claro tanto en Hechos 15 y de los escritos del obispo Eusebio de Cesarea. Escribiendo la historia de su iglesia en tiempos de Constantino, informa a sus lectores que “Este Santiago, a quien los cristianos primitivos apodaron el Justo debido a su virtud sobresaliente, fue el primero, según nos dicen los registros, en ser elegido al trono episcopal de la iglesia de Jerusalén. Clemente, en *Outlines* Libro VI, lo pone en estos términos: ‘Pedro,

Santiago y Juan, después de la Ascensión del Salvador, no reclaman preeminencia porque el Salvador los había honrado especialmente, pero escogió a Santiago el Justo como obispo de Jerusalén”.¹⁹

Todavía citando a Clemente, Eusebio también menciona el estado marital de Pedro, para desacreditar a aquellos que estaban propugnando el celibato.²⁰ El Nuevo Testamento deja bien claro que él y otros apóstoles, así como los hermanos de Cristo, continuaron sus matrimonios. Y encima de todo, cuando fueron en viajes ministeriales, sus esposas los acompañaron (1 Cor. 9:5). Todo esto debilita la posición de que el gran apóstol fue el primero y más importante pontífice, como también lo hace el relato del historiador de la iglesia sobre la relación entre el papa Víctor I (c. 186/89–196/99) y otros obispos.

Como ya se ha dicho, el papado estaba inclinado a excomulgar las diócesis asiáticas por negarse a celebrar la Pascua los domingos, ya que su celebración coincidía con la Pascua de los judíos. Los colegas de Víctor también habían defendido el cambio, pero se sentían perturbados por su inflexibilidad, y horrorizados por la idea de desarraigar a todas aquellas iglesias, de donde ellos “lo reprendieron muy severamente” por ser tan carente de piedad.²¹ Dificilmente un subordinado asumiría ésta clase de actitud.

Para el tiempo de León, sin embargo, ese episodio yacía ya a 250 años en el pasado, y podía ser convenientemente pasado por alto, al igual que la referencia a la prioridad episcopal de Santiago sobre Pedro y el matrimonio del apóstol. Además, el pontífice hizo caso omiso de los obispos orientales, quienes se negaron a reconocer la supremacía de la iglesia romana.

León también trató con el problema de los papas indignos. Ya había quedado claro que los pontífices no siempre eran hombres piadosos. Algunos llevaban vidas terribles. ¿Acaso no se descalificaban a sí mismas estas personas? Después de todo, en Tito 1:5-10 el apóstol Pablo había establecido un estándar muy alto al que los líderes eclesiásticos supuestamente debían ajustarse: “Por-que es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hos-pedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo” (vers. 7, 8).

También tenía que cumplir el interesante requisito de estar casado con sólo una esposa y tener hijos obedientes (ver. 6).

¿Acaso estos requisitos no se aplicaban al obispo de Roma?

Bueno, no mucho, de acuerdo con León y sus herederos intelectuales, quienes frecuentemente encontraban conveniente hacer caso omiso de las enseñanzas de los apóstoles. El obispo de Roma supuestamente obtenía sus poderes de su oficio, y no de su carácter como individuo. “Cualquier Papa, sin importar sus defectos personales, estaba tan legítimamente dotado para desempeñar sus funciones y gobernar la iglesia como el individuo moralmente e intelectualmente más perfecto”.²² Sin importar si era un santo o un sinvergüenza, era, cuando ejercía su oficio, completamente infalible, y nadie tenía el derecho de juzgarle.²³ Mil años después, Gregorio

VII, en su *Dictatus papae*, reiteraría esta idea y añadiría: El pontífice “una vez ordenado de acuerdo con la ley canónica, deviene indubitablemente santo por los méritos de San Pedro”.²⁴

Esta conveniente doctrina de teología defensiva tuvo su origen antes de León I, en una generación anterior que persiguió a los donatistas precisamente por sostener que la perversidad o apostasía de un clérigo lo descalificaba del oficio sagrado. Los obispos católicos no coincidían con esta idea bíblica tan pasada de moda, y para tiempos de León los papas habían alcanzado una finalidad fatal sobre el asunto; ni siquiera un concepto como “los méritos de San Pedro”, en vez de los del Salvador, les parecía algo peculiar.

De ahora en adelante ninguna crítica a los pontífices individuales tendría peso teológico, excepto por aquellos que la expresaran. Éstos a veces incluyeron a grandes emperadores, quienes eran perfectamente buenos católicos y a veces mejor cristianos que los papas con los que tenían que tratar. Pero cada vez que fuera viable, tales críticos sólo serían tratados como herejes y se les hacía callar para siempre, o así esperaban los clérigos.

León, siguiendo en las huellas de Agustín y otros antes de él, otra vez puso el sello sobre este horripilante procedimiento. Aproximadamente ochenta años antes de que su pontificado comenzara, en 384, el Concilio de Burdeos había condenado a Prisciliano y a sus seguidores como herejes. Él “mismo, dos presbíteros, dos diáconos, Latroniano, un poeta, y Eucrocía, la viuda de un orador de Burdeos, siete en total, fueron decapitados mientras que otros fueron expulsados”. En 447, León “justificó la ejecución de Prisciliano y sus asociados herejes y declaró la justedad de la pena de muerte por herejía”.²⁵

La pretensión de infalibilidad del pontífice también creó un conveniente precedente para el futuro. Se volvió una doctrina católica oficial en 1870.

VI

Pocos fueron los papas que hubieran renunciado a esta idea voluntariamente. Pero Merle d'Aubigné hace referencia a un hombre tal: El papa de nacimiento holandés Adriano VI (1459–1523), de Utrecht. “Justo, activo, erudito, piadoso, sincero y de moralidad irreprochable, no se permitió ser cegado ni por el favoritismo ni por la pasión”. En un libro reimpresso en Roma, declaró: “Es cierto que el papa puede equivocarse en temas de fe, defendiendo herejías por sus opiniones o decretos”.²⁶

Merle d'Aubigné añade un argumento interesante: “Si los ultramontanistas responden que Adriano estaba equivocado en este punto, por esta misma circunstancia afirman lo que niegan, es decir, la falibilidad de los papas”.²⁷

Pero una golondrina no hace verano, y pronto, después de sólo un año sobre el trono de San Pedro, el holandés había desaparecido. Los papas que le sucedieron fueron aún más entusiastas de la doctrina en la que León había insistido antaño. Los italianos,

además, decidieron proteger su iglesia contra los clérigos excesivamente concienzudos de Europa del Norte, asegurándose de que por los siguientes cuatrocientos años (hasta Juan Pablo II) ningún extranjero fuera elegido al oficio papal.

León I no tenía ninguna duda sobre quién debía ser supremo. Enérgica y totalmente, subordinó a sí las iglesias del Norte de África y de Occidente, aunque los arzobispos del Mediterráneo oriental se negaron a reconocerlo como su superior; porque “nunca admitieron que otra diócesis consiguiera tan singular éxito”.²⁸

VII

Durante el siglo quinto, el imperio occidental se estaba desmoronando rápidamente. Como Barbara Habenstein lo describe en su libro sobre ciudades “la sociedad urbana casi desapareció cuando las personas se dispersaron hacia el campo. Del quinto al noveno siglos, las ciudades se redujeron a pueblos y los pueblos en villas, a medida que las personas se retiraban hacia un estilo de vida agrícola”.²⁹ Cada vez más, Roma tenía que enfrentar a sus enemigos sin una ayuda imperial eficaz. En estas circunstancias, el papado se encargó de muchas funciones normalmente relacionadas con el estado secular. Para esta tarea estaba bien equipado.

Al principio, la membresía de la iglesia en Roma había estado constituida en gran parte por esclavos e inmigrantes greco-parlantes. Sin embargo, según el tiempo pasaba, el cristianismo penetraba en círculos latín-parlantes, incluyendo las clases altas. Después de la conversión de Constantino, el liderazgo de la iglesia se asoció con la aristocracia, especialmente la clase senatorial. Estas personas eran increíblemente adineradas, cultas y muy romanas. También poseían pericia administrativa.

Johnson cuenta cómo “este estrato social, con sus tradiciones de autoridad y toma de decisiones, suministró obispos no sólo para Roma misma, sino también para muchas otras diócesis italianas”, porque “de la misma manera que la clase alta romana una vez había estado relacionada con el paganismo estatal, ahora lo estaba con el cristianismo”. En muchos casos, los aristócratas también transfirieron sus inmensas propiedades a la iglesia, aunque sus descendientes todavía las administraran.³⁰ Gran parte de los bienes raíces en Italia fueron finalmente manejados por los eclesiásticos. En tiempos de León, la iglesia se estaba “volviendo la propietaria más grande en la península”.³¹

Este patrón continuó en los siglos que siguieron. La disminución de la autoridad imperial en Occidente le permitió al papado encargarse de grandes extensiones de territorio romano junto con su aparato administrativo. De este modo, el Cuerno Pequeño estaba finalmente estableciendo un estado en el traspatio del imperio—especialmente desde que llegó a poseer gran parte de Italia. El filósofo Thomas Hobbes (1588–1679) lo expresó bastante pintorescamente hace trescientos años: “El papado no es más que el fantasma del fallecido Imperio Romano, sentado coronado sobre su

tumba”.³²

Eso, sin embargo, concierne solamente al aspecto temporal, que apenas puede explicar el poder total de los papas. Después de todo, el estado papal en Italia terminó en 1870, y con todo el pontífice hoy es potencialmente el hombre más poderoso en la Tierra.

Clave para comprender la abarcante potencia del catolicismo a través de los tiempos es que en los temas eclesiásticos el papa es un rey, un monarca total. Esto quiere decir que por prácticamente mil años la mayor parte del cristianismo occidental estuvo, en temas de conciencia, sujeta a la dictadura más perdurable que nuestro planeta alguna vez ha conocido. La razón básica es que el pontífice supremo supuestamente tiene, como se le exige creer a todo católico sincero, una capacidad impresionante de abrir o cerrar las puertas del más allá.

Esto asegura la obediencia, incluso de aquellos a quienes el sistema papal desagrada sumamente. ¿Quién, después de todo, quiere ser arrojado en un infierno eterno?

La idea de que los clérigos pueden controlar el destino futuro de las personas comenzó con la perversión del oficio del obispo y culminó en la dominación papal. La dictadura de los papas, en diferentes momentos de la historia, ha causado un enorme derramamiento de sangre y otros excesos, que tal forma de gobierno necesariamente implica. Un ejemplo notorio ha sido las operaciones de la Inquisición. Lord Acton puso su dedo sobre la llaga cuando pronunció sus famosas palabras: “El poder tiende a corromper, y el poder total corrompe totalmente”.

Esto va más allá del hecho bien conocido de que un buen número de papas han sido hombres perversos, cometiendo crímenes horribles. Después de todo, muchos pontífices han sido sinceros y sumamente trabajadores, dotados de cualidades personales admirables. Pero ese no es el punto realmente. Los dictadores no son todos malvados, pero la dictadura siempre lo es y resulta en abusos inhumanos. El defecto principal del catolicismo es la institución del papado mismo.

VIII

El Cuerno Pequeño se benefició enormemente de la conversión de Constantino y del vacío político dejado en Italia cuando estableció su capital en el Bósforo. Sin mucha interferencia imperial, el papado pudo crecer en un sistema que fusionaría peligrosamente el poder religioso y secular.

18 Palabras Contra el Altísimo

I

Nada sorprendió a Daniel más que las jactanciosas palabras habladas por el Cuerno Pequeño, porque se refiere a ellas repetidamente, no menos de cuatro veces en el capítulo siete. Cada vez ellas son vinculadas estrechamente con la destructividad de ese poder, en el desarraigamiento de otros tres cuernos o en la guerra contra “los santos”, es decir, los fieles de Dios. Esta última frase es utilizada con un énfasis considerable, apareciendo seis veces.

También leemos que “este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas” (vers. 8). También que “pensar en cambiar los tiempos y la ley” (vers. 25).

Después de contemplar horrorizado a la bestia terrible y su arrogante cuerno, Daniel vio la corte celestial en sesión. Se preguntó sobre el destino final de la criatura “a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno” (vers. 11) y escuchó el juicio del Señor pronunciado a favor de sus santos. Entonces la bestia fue muerta y su cuerpo consumido en fuego abrasador.

Algunos de los detalles sobre las escenas que pasaban ante él desconcertaron al profeta, así que en su visión se acercó a un espectador que también estaba presenciando el juicio. Pidió una explicación de la cuarta bestia y sus cuernos, especialmente el último de que “tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas” (vers. 20). Se le dijo que sus habladurías constituían “palabras contra el Altísimo” (vers. 25), es decir, blasfemia.

La persecución religiosa, las palabras presuntuosas y una tendencia a alterar los mandamientos de Dios eran detalles todos para caracterizar a este poder. Continuando nuestra identificación del Cuerno Pequeño como el papado y el sistema construido a su alrededor, nos permite en este capítulo inquirir si ha ido más allá de la señal permitiéndose hablar blasfemamente.

Sostenemos que lo ha hecho.

Desde tiempos de Ireneo a fines del siglo II, los obispos (especialmente aquellos en Roma) hicieron afirmaciones bien pretenciosas. Insistieron en que tenían el derecho de determinar lo que los cristianos debían creer, que tenían capacidad para perdonar los pecados y el poder de enviar a laicos o clérigos ofensores al castigo eterno. En pocas palabras, estos poderosos superintendentes de la iglesia presuntamente “gobernaban en lugar de Dios”, ¡y hablar mal de ellos era difamar al mismo Dios!¹

A través de los tiempos, esta idea extraordinaria ha dado como fruto declaraciones sorprendentes. He aquí sólo dos de ellas, procedentes de una enclopedia católica del siglo dieciocho: “El Papa es de tan gran dignidad y tan eminente que no es un simple hombre, sino como Dios y vicario de Dios”, y “el Papa está coronado con una

triple corona, como rey del cielo y de la Tierra y de las regiones inferiores”.²

La primera de estas presunciones imita una oración pronunciada por el prelado veneciano Christopher Marcellus (1512-17) en un Concilio de la iglesia justo antes de la Reforma protestante. Dirigiéndose a ese belicoso pontífice Julio II (1503-13), quién a menudo vistió armadura e incluso montó a caballo en el campo de batalla, Marcellus exclamó con entusiasmo, “Tú eres nuestro pastor, tú eres nuestro médico, tú eres nuestro gobernante, tú eres nuestro esposo, tú eres, definitivamente, otro *Dios en la Tierra*” (énfasis añadido).³ Como mostramos en un capítulo anterior, “La Bestia Convertida”, los pontífices heredaron este título, al igual que el de *Pontifex Maximus* (“sumo sacerdote”) y *Vicarius Christi* (“el Vicario de Cristo”)—no del humilde Pedro ni de Jesús, sino de los emperadores romanos, especialmente de Constantino.

El 18 de marzo de 1871, pocos meses después de que el catolicismo hubiera decretado la infalibilidad del papa, *La Civiltà Cattolica* lo alabó diciendo: “Él es el vicegerente de Cristo, y no solamente es un sacerdote para siempre, sino también Rey de reyes y Señor de señores”.⁴ Esta última expresión es un impresionante título que será investido por Jesús cuando regrese a salvar a sus santos y a destruir a sus enemigos (Apoc. 19:16).

El 20 de junio de 1894, el Papa León XIII (1878-1903) en una Carta Encíclica repitió la idea de que el pontífice era prácticamente divino: “Tenemos en esta Tierra el lugar del Dios Todopoderoso”.⁵

Pero el apóstol Pedro, de quien los pontífices presuntamente obtienen su posición, se negó a ser tratado como un dios o un semidios. Vemos esto de su encuentro con Cornelio, el oficial romano a cuya familia llevó el mensaje de salvación. Cuando el apóstol llegó a su casa en Cesarea, el centurión cayó a sus pies y trató de venerarlo. “Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre” (Hech. 10:26). No “otro dios en la Tierra”. Sólo un ser humano.

¿No será este discurso papal, que empezara en el pasado distante y que ha persistido hasta tiempos modernos, un cumplimiento de la profecía de que el Cuerno Pequeño tendría “una boca que hablaba grandes cosas” (Dan. 7:8)?

Ya estaba sucediendo así cuando el Papa León I (440-61) apareció en escena, hace aproximadamente mil quinientos años. De acuerdo con Cheetham, este pontífice hizo hincapié en la opinión de que los papas habían sucedido a la autoridad de Pedro, a quien Cristo presuntamente nombró para dirigir la iglesia.⁶ También volvió a enfatizar otra idea, inicialmente desarrollada para contrarrestar los ataques donatistas contra los obispos indignos, la de que éstos derivaban sus poderes de su *oficio*; por lo tanto, sin importar cuán deficientes pudieran ser sus caracteres personales, por la razón citadas eran inmunes a la crítica. Nadie tenía el derecho de juzgarlos. Basándose en esta tradición, León aseveró que nadie tenía el derecho de juzgar a los papas ¡porque ellos eran *infalibles!*⁷

II

En nuestro tiempo, estas ideas todavía yacen en el corazón de la teología católica. Malachi Martin, por ejemplo, sostiene que el pontífice “es el único representante viviente de Dios entre los hombres; está investido con autoridad absoluta para enseñar la salvación de Dios como fue revelada a través de su hijo, Jesucristo, quién fue y es Dios mismo hecho hombre . . . La enseñanza católica sostiene que cualquier católico romano, cualquier cristiano no católico, o cualquier no cristiano de cualquiera otra religión que reciba la salvación de Dios, la recibe a través del oficio espiritual de ese hombre en Roma y de los méritos de su iglesia de creyentes”.⁸

El 5 de septiembre de 2000, el Vaticano reafirmó esta doctrina bajo el título *Dominus Jesus*. Aunque el documento trata de ser generoso con los creyentes que no pertenecen a la iglesia romana e incluso con los no cristianos, mantiene que “la Iglesia de Cristo . . . continúa existiendo completamente sólo en la Iglesia Católica”.⁹ Otras comunidades que también creen en la sucesión apostólica y practican “una Eucaristía válida” son reconocidas como “verdaderas iglesias particulares”, pero que “las comunidades eclesíásticas que no han preservado el episcopado legítimo y la verdadera e integral sustancia del misterio eucarístico . . . no son iglesias en el sentido correcto”.¹⁰

Esta última oración no menciona a los protestantes por nombre, pero obviamente hace referencia a ellos. Estos, así como los judíos y los musulmanes, se han visto impactados por estas ideas. Probablemente, los más ofendidos sean los obispos anglicanos, enfadados porque el clero romano no servirá la comunión a los miembros de su iglesia. A los católicos tampoco se les permite recibirla de manos de los sacerdotes anglicanos.¹¹ Ni la gran semejanza doctrinal entre las dos denominaciones, ni un siglo de apertura ecuménica, pueden ayudar a cerrar esta brecha. El problema básico es la demanda que los anglicanos, como todos los protestantes, deben renunciar a la Reforma sometiéndose y reconociendo la supremacía del papa.

Los no católicos no deben estar disgustados ni incluso sorprendidos por las declaraciones del *Dominus Jesus*, porque ésto es lo que el Vaticano siempre ha enseñado. Sin embargo, necesitan reconsiderar el movimiento ecuménico. Para el catolicismo, este es mayormente un juego de citas: Sonrisas, y flores a la luz de las velas; una música seductora e incienso; el encanto de adorar juntos a veces, para cortejarlos de regreso al seno de la iglesia romana.

III

Los cristianos que creen completamente en la Biblia rechazan los reclamos arrogantes del papado. Algunos de éstos, creen ellos, son blasfemos, como por ejemplo la idea de que un ser humano común pueda perdonar todo y cada uno de los pecados, o que deba ser tratado como si fuera semejante a Dios.

Los teólogos judíos criticaron a Jesús sobre este mismo punto. En una ocasión preguntaron, “¿Quién puede perdonar pecados, sino

sólo Dios?” (Marcos 2:7). En otro momento dijeron, “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (Juan 10:33).

El Altísimo considera en tan alto grado su divinidad que los primeros tres mandamientos del Decálogo están diseñados para construir una protección a su alrededor. A los creyentes no se les permite adorar a alguien o a algo más que a Él; tampoco se les permite adorar una imagen. Incluso su nombre debe ser tratado con sumo cuidado. Este concepto también se resume en el *Shemá*, el núcleo del credo del judaísmo: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deut. 6:4, 5). Jesús también citó y calificó estas palabras como el “principal mandamiento” (Marcos 12:29, 30). Llamar Dios a un ser humano corriente es una violación de esta ley tan sagrada.

Hechos 12:20-23 registra el destino del rey Herodes (Agripa I), el tirano que había asesinado al apóstol Santiago y estaba amenazando la vida de Pedro. Un día apareció en prendas reales de vestir, resplandecientes, y se sentó en su trono ante una multitud de aduladores, quienes escucharon su arenga, y luego exclamaron: “¡Voz de Dios, y no de hombre!” Los paganos honraban a sus reyes, y especialmente al emperador romano, con tal frase, pero Herodes conocía la ley de Dios y debía haber rechazado esta adulación. Desafortunadamente para él, fue indulgente con su vanidad y calló, disfrutando de su elogio. Un destino terrible lo sorprendió: “Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos”.

Había llenado la copa de sus transgresiones y murió cuando hizo caso omiso del Decálogo. Su primer mandamiento dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Exo. 20:3), y el segundo que Yahweh es un Dios “celoso”, que no tolerará idolatría de ningún tipo (vers. 5). Ningún mero ser humano puede ser llamado o tratado como “otro dios en la Tierra”, sin incurrir en la ira del cielo, sin importar si esa persona es un rey, un papa, o cualquier otro.

C. S. Lewis nos ha regalado penetrantes comentarios acerca del reclamo de Jesús sobre su divinidad. Esto perturbó profundamente a sus contemporáneos judíos, porque “Dios, en su lenguaje, significaba el Ser fuera del mundo Quien lo había hecho y era infinitamente diferente de cualquier otra cosa. Y cuando usted haya entendido eso, verá que lo que este hombre dijo fue, muy llanamente, la cosa más terrible que alguna vez hubiera sido pronunciada por labios humanos”.¹² Por eso, nuestro Señor fue condenado y crucificado.

La capacidad de perdonar o no perdonar pecados es una prerrogativa divina. Todos podemos perdonar a un semejante que nos haya agraviado personalmente. Pero nadie puede hacerlo más allá de eso, en relación con otros cuyas actitudes y acciones no han tenido un impacto personalmente sobre él. “A menos que el que habla sea Dios, esto es tan ridículo que llega a ser cómico”.¹³

El Cuerno Pequeño ha obtenido mucho poder de esta idea “ridí-

cula”, y por lo tanto el Cielo no considera que sea motivo de risa.

Nuestro Señor tuvo buenas respuestas al encontrarse con sus contemporáneos críticos que lo acusaron de blasfemia. Sobre todo, había sido enviado desde el cielo y él *era* Dios. Pero Jesús no hubiera tolerado la exaltación de sus apóstoles a un estatus similar o igual, con títulos elevados que a menudo constituyen una declaración de señorío. También les dijo que en la iglesia ningún ser humano debía dominar; porque la dictadura teológica usurpa las prerrogativas de Dios. Por lo tanto, dijo, “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros” (Marcos 10:42, 43).

También les advirtió que ni siquiera usaran títulos como *rabbi* (“mi maestro”), porque “uno es vuestro Maestro, el Cristo”, y especialmente no hacerse llamar *padre*, “porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (Mat. 23:8, 9). ¡Y con todo, la palabra “padre” se usa frecuentemente para referirse a los sacerdotes, mientras que el papa es llamado el “Santo Padre”!

En cuanto a Pedro, con quien, según el catolicismo, el papado comenzó, nuestro Señor le ordenó específicamente que no interfiriera en los asuntos de otros apóstoles. Leemos esto en el último capítulo del cuarto Evangelio, el que registra cómo Jesús restituyó al hombre que lo había negado durante su juicio ante el sumo sacerdote. Después de esto Pedro dio media vuelta y vio al “discípulo a quien amaba Jesús” (es decir, el apóstol Juan) y preguntó con curiosidad: “Señor, ¿y qué de éste?” (Juan 21:20-21)

Notemos cuidadosamente la respuesta del Salvador. Él no dijo, “Pedro, como tú estarás encabezando mi iglesia, déjame decirte que . . .” No, Jesús dijo: “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a tí? Sígueme tú” (vers. 22, énfasis añadido). En otras palabras: Tus colegas apóstoles quedan fuera de tu jurisdicción, así que ni siquiera necesitas saber qué tengo en mente para Juan.

IV

Pero, ¿no dijo Jesús que construiría su iglesia sobre Pedro, de acuerdo con Mat. 16:18? Los protestantes generalmente han respondido a esta pregunta con una franca negación, como si esto no pudiera ser cierto en algún sentido. Y con todo, como los sabios antiguos griegos—tan propensos a la moderación—acostumbraban decir: μηδεν άγαν (mēden agan, “nada demasiado”), no llevemos nosotros esto al extremo. El Señor bendijo al apóstol por su gran confesión. Sobre esto no puede haber ninguna duda.

Notamos, sin embargo, que hay más en esta frase que lo que salta a la vista “tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia” (Mat. 16:18). En el original, las palabras “Pedro” y “roca” son deliberadamente contrastadas. La primera, πέτρος (petros) significa “una piedra” (en el sentido de guijarro, piedra pequeña) y la segunda, πέτρα (petra), “una roca inamovible”.¹⁴ Y aunque estas formas son similares (la palabra castellana “petrificado” puede haber procedido

de cualquiera de ellas), hay una diferencia, que es la base para un importante juego de palabras. *Petros* es el apodo de Jesús para el apóstol, cuyo nombre era oficialmente Simon Bar-Jonás. Pero para cualquiera que sepa griego, evidentemente la oración dice: “Y yo también te digo, que tú eres un guijarro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia”. Esta afirmación incluye un elemento admonitorio, para advertir al apóstol contra su frecuente exceso de confianza y presunción.

Miremos el contexto más atentamente. El mismo capítulo demuestra que las puertas del infierno casi inmediatamente después prevalecieron contra Pedro, lo que provocó que el Señor, al menos por el momento, lo repudiara de una manera sorprendentemente brutal. Poco después de la gran confesión del apóstol, de acuerdo con el mismo capítulo, Jesús había pasado a decirles a sus discípulos “que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (Mat. 16:21). En ese momento, Pedro presuntuosamente rechazó la palabra de su Señor e incluso lo reprendió. Inmediatamente el Salvador dijo: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mat. 16:23).

Cuando fue inspirado por el Padre celestial, Pedro la piedra (el guijarro) inestable pudo asociarse con Jesús, la roca verdadera e inalterable. Pero cuando cedió ante la influencia del diablo, se volvió el portavoz de Satanás. Lo mismo es cierto para todos los cristianos, incluyendo al papa en Roma.

La iglesia fue construida no precisamente sobre Pedro, sino igualmente también sobre los otros apóstoles. Uno de ellos, Natanael, mucho antes había incluso reconocido y aclamado al Nazareno como el Mesías divino. Eso ocurrió en su mismo primer encuentro con Jesús. Notemos las muy similares confesiones de fe de estos dos apóstoles. Natanael exclamó: “Tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (Juan 1:49). Fue algún tiempo después de él que Pedro declaró: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mat. 16:16).

Este último estaba hablando en nombre de todos los apóstoles, y el Señor, como destacamos, nunca dijo que construiría su iglesia sobre la *petros*, sino exclusivamente sobre la *petra*. Pero, ¿es que Jesús no le hizo también una promesa personal: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mat. 16:19)? Sí, lo hizo. Pero también en este caso, le habló a Pedro como portavoz de todos los apóstoles e incluso de los discípulos actuando en concierto. ¿Cómo podemos saber esto? Sólo dos capítulos después, encontramos un texto estrechamente paralelo, donde se utilizan pronombres plurales: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mat. 18:18).

La iglesia cristiana como institución divina fue, además, erigida no sólo sobre la confesión de los apóstoles, sino también sobre las

Escrituras del Antiguo Testamento, escrito por Isaías, Daniel y los otros profetas. ¿Es ésta algún tipo de nueva doctrina extraña? Para nada. Pablo lo dice muy explícitamente cuando informa a sus conversos cristianos que están “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efe. 2:20).

La última parte de esta afirmación está basada en un pasaje en Isaías, que escribió, “por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable” (Isa. 28:16), que Pedro también cita (1 Ped. 2:6).

V

Justo antes de su crucifixión, Jesús anunció que después de su regreso al cielo la iglesia tendría una nueva cabeza para representarlo en la Tierra: Ni un apóstol ni un papa, sino el Espíritu Santo (Juan 14:16-25; 16:7-14). No sería un Vicario humano, porque la tercera Persona misma de la divinidad enseñaría la verdad, convertiría al pecador, y conectaría al creyente con el cielo.

Durante los primeros siglos, en que el catolicismo occidental era solamente una ramificación de la iglesia imperial, no era una creencia general que todo dependiera de ese apóstol. “León I fue el primer pontífice romano en alegar (alrededor del 445 d.C.) que su autoridad venía desde Cristo, a través de Pedro”.¹⁵ Ya hemos tratado con este presuntuoso papa, arriba y en un capítulo anterior, “Crecimiento Papal y Declive Occidental”. Por eso, nos limitaremos ahora a solamente algunos comentarios adicionales—sobre la sucesión apostólica y su sustentación: La ordenación de clérigos.

La iglesia romana e incluso muchas iglesias protestantes hacen gran cosa de esta ceremonia. Sin ella, nadie puede volverse un sacerdote católico, un obispo, o un papa. Se dice que la ordenación cristiana comenzó cuando Jesús escogió a los apóstoles originales, y que su oficio solamente podía ser transferido a través de un rito similar. Por lo tanto, el lector podrá sentirse sorprendido, o al principio incluso incrédulo, de aprender que en referencia a los Doce el Nuevo Testamento griego nunca usa la palabra “ordenación”, ni dice que el Señor colocó sus manos sobre ningunos de ellos. En todos los cuatro evangelios, leemos que él los hizo o los nombró como apóstoles, no que los “ordenó”. Lo mismo se aplica a Matías, a quien los creyentes eligieron para sustituir a Judas Iscariote (Hech., 1:26).

No negamos que los doce apóstoles fueran ordenados a través de la imposición de manos. Pero el hecho de que ninguno de los evangelios mencione tal detalle es sorprendente, si el acto físico fuera realmente tan importante. Pensamos que el Espíritu Santo no quería que esta información fuera incluida en la Biblia, porque Él sabía que la gran apostasía mediterránea (y otras, también) abusaría del rito de la ordenación. Entre los apóstoles y los pontífices hay una incómoda brecha, más destacada por cuanto el Nuevo Testamento

calla totalmente sobre la sucesión apostólica, la cual es un mito. El apóstol Pedro era únicamente Pedro, y todos los papas igualmente eran sólo ellos mismos.

VI

Pero ¿Qué de la idea de que nadie tiene el derecho de juzgar al pontífice? Muy curiosamente, la Biblia en cierto sentido también trata sobre este asunto, donde menciona cómo Pablo reprendió a Pedro, el “primer papa”, en público:

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?” (Gál. 2:11-14)

Para este pasaje, algunas Biblias (como la BJ, la DHH, en español, la Vulgata en latín y la RSV en inglés) usan el nombre Cefas, que es una transliteración del nombre arameo original de Pedro.¹⁶ De acuerdo con la tradición católica, él fue el primero y más grande de los pontífices. Por lo tanto, debe haber sido infalible, y tampoco podía ser juzgado por alguien.

Pero aquí encontramos a Pablo, otro apóstol—bajo la inspiración del Espíritu Santo—que señalaba que Pedro cometió no sólo un pecado personal sino también un error teológico. Además, el gran apóstol lo reprochó en público. ¡Ciertamente eso fue juzgar al “Papa”, que en este caso demostró estar muy lejos de ser infalible!

El estado eclesiástico de Pablo era inusual. Su bautismo, ordenación y estado ministerial fueron todos (desde un punto de vista ulterior) irregulares. Primero, no fue bautizado por un sacerdote o pastor sino por un miembro aparentemente común, “en Damasco un discípulo llamado Ananías”, divinamente enviado a él (Hech. 9:10-18, RSV). Segundo, ninguno de los apóstoles y nadie de las “oficinas centrales” en Jerusalén estuvo involucrado en su ordenación; los “profetas y maestros” en una congregación local en Antioquía impusieron sus manos sobre él y lo enviaron como un misionero (Hech. 13:1-3). Aún incluso esto, como él es cuidadoso en señalar, no lo envestía con su apostolado. Dice esto audaz y claramente, en Gál. 1:1, donde se llama a sí mismo “Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)”. En tercer lugar, no recibió sueldo regular de la iglesia sino que era un trabajador de sostén propio: Un laico, por así decirlo. Sin embargo, insistió en que su oficio era tan importante como el de los Doce originales: “Y pienso que en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles” (2 Cor. 11:5), lo que, por supuesto, incluía a Pedro.

En el argot católico, Pablo era ajeno a y estaba desconectado de la sucesión apostólica. Esto, sin embargo, no le ha impedido a la iglesia romana apropiarse de este hombre extremadamente importante como uno de los suyos. Todo un grupo de pontífices ha (hasta nuestros tiempos) tomado para sí su nombre. Pero cierto simbolismo no intencionado quizás esté expresado por el hecho de que la tumba tradicional de Pablo no está ubicada en ninguna parte del Vaticano o de Roma, sino considerablemente lejos de ellos. La iglesia donde sus restos, ya sean reales o míticos, yacen silenciosamente y aguardan la resurrección es llamada Basílica de San Pablo Extramuros, la que visité en 1985.

Este inusual apóstol ocupó una posición única en la iglesia primitiva. Fundó gran parte de esta, era su teólogo principal y escribió 100 capítulos del Nuevo Testamento, con 2,325 versículos. Pedro produjo solamente 8, con 166 versículos. Esto es algo extraño siendo este último supuestamente el “primer papa”. Si lo era, ¿por qué tenía tan poco que decirle a la iglesia?¹⁷ A propósito, sólo tres hombres escribieron la mayor parte del Nuevo Testamento: Pablo, Lucas y Juan.

No solamente los protestantes modernos reconocen la preeminencia de Pablo. Los padres de la iglesia también pensaban que era una persona muy especial, el Apóstol por excelencia. Agustín de Hipona (354-430) escribió: “Entonces cuando se diga ‘apostol’, si no se aclara qué apóstol, no se sobreentiende ninguno, sino Pablo”.¹⁸ Su contemporáneo, Crisóstomo (c. 347-407), patriarca de Constantinopla, expresó la misma opinión: “Cuando usted dice apostol, inmediatamente todos piensan en Pablo, igual que cuando usted dice Bautista todos piensan en Juan”.¹⁹

Y aún así no hizo alarde de su autoridad para aumentar su propia importancia. Por el contrario, la usó para defender la pureza del evangelio, y rechazar la idea de que la posición eclesiástica de alguien podía justificar doctrinas desviadas. Pablo se disgustaba especialmente cuando alguien trataba de introducir doctrinas falsas en la iglesia.

De acuerdo con él, ningún rango ni posición podía disculpar esta actividad; condenaría a cualquiera que participara en ella, incluyendo a cualquier apóstol e incluso a un ser celeste—porque escribió a los gálatas: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gál. 1:8). Su interés primordial no era su posición en la iglesia, sino el papel central de la verdad tal como es en Cristo Jesús.

En Hechos 20, leemos acerca del viaje final de Pablo a Jerusalén, donde sería arrestado y enviado después a Roma. Estaba profundamente preocupado por el futuro de las congregaciones que había fundado. Desafortunadamente no podía pasar tiempo en Asia Menor, pero quería despedirse especialmente de los líderes de la iglesia de Éfeso, donde había trabajado por tres años. Así que les envió un mensaje para que se encontraran con él en el pueblo de puerto Mileto, a treinta millas de distancia, donde habló con ellos detalladamente. Aparte de hacer referencia a las aflicciones que

probablemente le aguardaban, tenía un último e importante mensaje para ellos, ya que “no verían más su rostro” (vers. 38).

Lucas, el escritor de Hechos, se refirió a estos hombres como “ancianos”, pero Pablo dijo que el Espíritu Santo los había hecho “obispos” (RV60) o “pastores” (PDT) de la iglesia de Dios (vers. 28). Hablando griego, usó el plural de ἐπίσκοπος (*episkopos*), la palabra original para *obispo* o *supervisor*. Destaquemos también que “En el siglo I d.C. ‘anciano’ (véase ver. 17) y ‘obispo’ eran términos prácticamente intercambiables”.²⁰

Uno de las cosas importantes que el apóstol dijo a sus amigos de Éfeso fue que algunos líderes de la iglesia renunciarían a la verdad. Incluso “Algunos de ustedes se convertirán en líderes malos y empezarán a enseñar lo que no está bien para desviar del camino de la verdad a los seguidores y llevárselos. Por eso tengan cuidado . . .” (vers. 30, 31). Efectivamente, *fueron* los obispos en particular los que provocaron la gran apostasía apartándose del cristianismo del Nuevo Testamento. Un obispado estaba destinado a albergar al Anticristo.

En tiempos de Pablo, muchas personas pensaban que el Segundo Advenimiento de Cristo estaba cercano. Pero él rechazó esa idea, porque, como advirtió a sus lectores del siglo primero “. . . porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tes. 2:3, 4).

VII

El Anticristo no sería un intruso sino que aparecería desde adentro de la iglesia, donde se exaltaría a sí mismo. Llamándolo “el hijo de perdicción”, Pablo lo compara con el falso apóstol que traicionó a su Señor y lo vendió por treinta piezas de plata, pues solamente otra persona utilizó esta expresión: Jesús, cuando se dirigió a su Padre celestial en su última oración antes de la pasión (Juan 17:12). El hijo de perdicción era Judas Iscariote, quien amaba al dinero más que a Dios.

Pablo tenía algo similar en mente cuando, hacia el final de su ministerio, se despidió de los ancianos de Éfeso: “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hechos 20:29, 30). El Forajido sería incluso más que otro Judas. Su carrera repetiría en cierto sentido la historia de Lucifer, el ángel que cayó por inventar “un evangelio” contrario a la verdad, por lo que un día sufrirá la condena final. Fíjese cómo 2 Tes. 2:3, 4 en su redacción es paralelo a las siguientes líneas de Isa. 14:

Tú que decías en tu corazón:
Subiré al cielo;

en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono,
y en el monte del testimonio me sentaré,
a los lados del norte;
sobre las alturas de las nubes subiré,
y seré semejante al Altísimo.
(vers. 13, 14)

Pablo dijo que el Anticristo vendría por la actividad de Satanás. También afirmaría ser “semejante al Altísimo” y se sentaría en una posición religiosa elevada, engañando a muchos pueblos. Finalmente, sin embargo, sería exterminado por el Señor Jesús en Su regreso (2 Tes. 2:8-12).

Algunos pueden preguntarse sobre si es apropiado aplicar la palabra “anticristo” al papado, ya que este seguramente no está *contra* nuestro Señor. Tal objeción está parcialmente basada de una mala comprensión del prefijo *anti-*. En español tiene generalmente el sentido de “en contra”, pero en griego, el idioma del Nuevo Testamento, también significa “en vez de, en el lugar de”.²¹ Y estos dos sentidos podrían ser aplicables simultáneamente; el gran adversario del Redentor puede ser “uno que, asumiendo la apariencia de Cristo, se opone a Cristo”.²²

Mientras nos hemos estado centrando en el papa, tenemos que percatarnos de que todo el sistema del cuál él es el vértice está basado en esta noción de que el clero puede sustituir al Señor. Notemos cómo el catecismo de McGuire lo expresa: “Obispos y sacerdotes de la Iglesia son llamados ‘otros Cristos’. Ellos en sí mismos tienen el poder de representar o sustituir a Cristo, en la predicación de su evangelio y en el ofrecimiento de Su sacrificio para la gloria de Dios y la salvación de los hombres”.²³ A través de su ordenación, un sacerdote supuestamente recibe “poderes sobrenaturales especiales”, particularmente “para transformar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo en el Santo Sacrificio de la Misa, y perdonar los pecados en el sacramento de la Penitencia”.²⁴ Aquí tenemos dos alegaciones asombrosas: Que cada sacerdote católico es otro Cristo y que, al igual que Dios, puede perdonar el pecado.

En términos estrictamente teológicos, nuestros pecados pueden ser perdonados sólo si hablamos directamente con nuestro padre celestial, suplicándole en el nombre de Jesús. Aunque otros oren por nosotros y pueden ayudarnos a orar, este enfoque personal es indispensable.

No nos atrevemos, en un asunto tan importante como nuestra salvación eterna, a confiar en ningún ser humano mortal, muerto o vivo: Ni en María, la madre del Salvador, ni en ningún sacerdote o ministro. “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Tim. 2:5, 6). Este rescate tampoco puede venir a través de la Eucaristía, sino solamente por el sacrificio único e irrepetible de Aquel que colgó de los clavos sobre una cruz romana cuando ofreció su vida por nosotros.

Es terrible que millones hayan confiado, durante toda su vida y hasta el amargo momento de la muerte, en un sacerdote meramente humano y que hayan confiado en su palabra cuando les decía: “¡Le absuelvo!” Como protestantes, creemos que Dios no reconoce tales palabras dichas por un sacerdote, quien blasfemamente está usurpando la autoridad divina. Entonces, ¿están perdidos estos millones, incluyendo nuestros antepasados católicos por muchos, muchos siglos?

Espero y creo que no, aunque muchos no coincidirán conmigo. El Señor que nos ama no está limitado por la teología. Aquellos que se van a la tumba dependiendo de las afirmaciones infundadas de un sacerdote están en una posición similar a los paganos que fallecen sin Cristo, y con todo el Salvador murió por todos ellos. Por lo tanto, creo que, por su propia iniciativa, también sin embargo en sus propios términos, tomará el caso de todos aquellos que terminaron sus vidas en honesta ignorancia, pero verdaderamente arrepentidos, anhelando la salvación. Pero no hay esperanza para aquellos que a sabiendas se apartaron de la Fuente de la Vida en pos de las cisternas secas y rotas de un clero humano.

Muchas más dulces son las perspectivas de todos aquellos que confían en las Escrituras, como Augustus M. Toplady, quien escribió en 1776, el año especial de América:

Roca de las Edades, partida para mí,
Déjame esconderme en tí;
Que el agua y la sangre,
Fluyendo de las orillas de Tu río,
Sean del pecado doble cura,
Límpiame de su culpa y poder . . .

Escribiendo sobre el Anticristo, Pablo no sugirió que este crearía un sistema ateo, como el Comunismo, que niega totalmente la religión. Por el contrario, se alzaría dentro de la iglesia misma. Este poder se opondría al Señor suplantándolo, porque se establece a sí mismo *en el lugar del Altísimo*.

Hay títulos o descripciones papales que incorporan esta idea, por ejemplo *vicarius filli Dei* “el vicario del hijo de Dios” y “el vicario de Dios”. La palabra “vicario”, forma hispana de la palabra latina *vicarius* (originalmente un adjetivo), significa alguien “en representación de, puesto en lugar de”²⁵, “que tiene las veces, poder y facultades de otra persona o la sustituye” (DRAE).

John Cornwell, un escritor católico moderno, ha destacado una sorprendente frase de Giovanni Montini, posteriormente Papa Pablo VI (1963-78), quién incluso escribió sobre los pontífices como “¡los sucesores de Cristo!”²⁶

La presunción papal pareciera no tener límites, como Juan Henry Newman, el más famoso converso de Gran Bretaña para la iglesia romana, fue capaz de observar en su tiempo. Poco después de que se volvió un católico en 1845, empezó el pontificado más largo en la historia: El reinado de 32 años de Pío IX (1846-78), a quién con

frecuencia se hace referencia por su nombre italiano, Pio Nono.

En 1870, este hombre se declaró a sí mismo (y a todos los papas) infalible por el primer Concilio Vaticano; es decir, que él no podía equivocarse cuando expresaba oficialmente opiniones sobre fe y moralidad. Desde los tiempos más antiguo, a los pontífices les había gustado creer esto de sí mismos, pero a lo largo de los siglos muchos reyes y obispos, desde hace mucho descompuestos en polvo, los habían contradicho o resoplado burlescamente en sus picheles ante tal idea.

Pero ahora, finalmente, los papas lograron el deseo de su corazón. Pio IX también trató de centralizar todo el poder en sí, especialmente adquiriendo un nuevo y más importante monopolio: el nombramiento de los obispos en todo el mundo. Antes esto había sido prerrogativa a menudo de la jerarquía católica y de otros en los varios países donde vivían y trabajaban.

Todo esto elevó el oficio papal a una posición incluso más elevada de lo que había disfrutado en la Edad Media.

Señalando la carrera de Pio Nono, el pobre Newman—siempre el pensador, siempre el corazón liberal—tomó su pluma y angustiado escribió: “No es bueno que un Papa viva veinte años. Es una anomalía y no produce buenos frutos; se vuelve un dios, sin nadie que lo contradiga, desconociendo los hechos, y haciendo cosas crueles sin pretenderlo”.²⁷ En siglos anteriores, un rasgo positivo había sido la corta esperanza de vida de los pontífices, quienes generalmente empezaban como hombres de edad y a menudo morían a los pocos años. La medicina moderna ha abolido, en gran parte, este beneficio.

La historia revela que en la iglesia romana el poder eclesiástico se volvió una usurpación de las prerrogativas propias del Señor por seres humanos que pensaban que podían cambiar incluso la Ley de Dios.

Ya hemos señalado el entusiasmo de Lucius Ferraris, quien decía que el papa no era “meramente un hombre, sino como si fuera Dios” y el “rey de los cielos y de la Tierra y de las regiones inferiores”. Sería interesante conocer la reacción de los ángeles, para no mencionar la de Cristo y del Padre divino, ante este reclamo. ¿Reconocen ellos el derecho de los pontífices romanos a enseñorearse incluso sobre ellos? Esto es difícil de imaginar.

La frase “hombre de pecado” (en el original *sin ley*), en la profecía de Pablo, requiere algunas explicaciones. También es utilizada por otro apóstol, quien escribió: “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). La transgresión es siempre una negación a someterse a la voluntad de Dios como está declarada en su Palabra. Se opone a la Ley que Él ha dado para gobernar a todos los seres inteligentes. Cada acción equivocada constituye una repetición en pequeña escala de la caída de Lucifer. Como lo pone Roy Adams: “La tentación de autonomía y de hacerse independiente de Dios es la esencia del pecado, y yace en la raíz de toda la tragedia del mal”.²⁸

En el próximo capítulo, hablaremos de cómo el Anticristo no sólo violó la ley de Dios, sino que también trató de cambiarla.

VIII

Finalmente, preguntemos sobre el punto de vista del apóstol Pedro, quien supuestamente otorgó poderes a sus “sucesores” para hacer lo que quisieren. Después de todo, en su nombre se han enseñado muchas desviaciones de la Biblia. ¿Cuál era su actitud general hacia las Escrituras? En su primera carta, el apóstol señala: “. . . Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Ped. 1:23-24 RV 60). Pasa a hacer hincapié en esta idea citando libremente a Isaías 40:6-8:

Toda carne es como hierba,
y toda la gloria del hombre como flor de la hierba.
La hierba se seca, y la flor se cae;
mas la palabra del Señor
permanece para siempre.

En ningún lugar Pedro sugiere que tuviera derecho alguno o inclinación a cambiar o alterar las Escrituras, una idea que lo habría horrorizado. En vez de ello, cuando escribió su segunda carta, él (como Pablo) predijo una próxima apostasía en la iglesia: “Habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras” (2 Ped. 2:1). Pasa a describir una imagen terrible de las corrupciones que darían como resultado. Finalmente advirtió de los juicios de Dios contra tales personas.

Enfatizó que el Señor castigaría a todos los que se rebelaron contra él. Al igual que Pablo, afirmó que ni aún los ángeles—perteneciendo a un orden más alto que nosotros—fueron perdonados cuando se levantaron contra Dios; fueron arrojados del cielo, para aguardar el juicio de los condenados (vers. 4). Esto incluye a Lucifer, el más elevado de todos los seres creados, el querubín cubridor, que solía estar en la misma presencia de Dios.

Pedro dijo que los falsos maestros se volverían “atrás del santo mandamiento que les fue dado” (vers. 21), que es lo que el Cuerno Pequeño ha hecho, como mostraremos. Por esto, merece su parte amarga en el día del juicio final.

Pero también deseamos repetir lo que dijimos también en otro capítulo: Nada de lo dicho aquí o en ningún otro lugar pretende atacar a ningún individuo como católico. Es el sistema el que está equivocado. Sus miembros a menudo son sinceramente ignorantes de su verdadera situación, o del desagrado extremo de Dios con la gran apostasía que el Cuerno Pequeño representa. Muchos que pertenecen a sus iglesias son sinceros, aunque engañados, hijos de Dios—y él los ama profundamente.

Entonces es necesario dirigirlos a las palabras que Pablo habló primero a los hombres sabios de Atenas: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia” (Hech. 17:30, 31 RV 60).

19 Adulterando la Ley de Dios

I

Los Diez Mandamientos son la única parte de la Biblia escrita por Dios mismo. Las escrituras constan de sesenta y seis libros, conteniendo cientos de capítulos. Para comunicarse directamente con el mundo, el Señor usó a los profetas y a otros escritores inspirados—excepto por su Ley, que ocupa solamente diecisiete versículos de Éxodo 20.

Ni siquiera a Moisés se le permitió el privilegio de escribirlas, para que nadie pudiera decir que los Diez Mandamientos fueron invención de este gran hombre. No, en este caso Dios se decidió por un procedimiento completamente diferente y extraordinario.

Primero, como queda evidenciado en Ex. 19 y 20, descendió en persona, majestuosamente, sobre el Monte Sinaí, para dirigirse a toda una nación en palabras audibles. Este fue quizás el suceso más extraordinario en la historia de nuestro planeta, aparte de la Encarnación, cuando Dios se hizo hombre. Luego de descender, el Todopoderoso escribió su ley con su propio dedo (Ex. 31:18). Para esto, no usó papiro, pergamino, o metal, sino piedra*, el material más duradero disponible en los tiempos remotos.

También leemos, sin embargo, que Moisés hizo añicos el primer juego de tablas en su descenso desde Sinaí, cuando vio a los israelitas cabriolando en adoración ante un becerro de oro (Ex. 32:19). Intencionalmente rompió las tablas para simbolizar la cancelación de su pacto solemne con Dios, por el que habían aceptado servirle solamente a Él (Ex. 19:5-8).

Después de esto, heabría esperado que el Señor le dijera, “Bien, Moisés, como tú rompiste esas tablas en las que he invertido de mi valioso tiempo, ¡tú mismo tendrás que reescribirlas!” Pero no es así cómo ocurrió. En vez de ello, Dios le mandó, “Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste” (Ex. 34:1).

Dios no estaba preparado para asignar la escritura de su ley básica para la raza humana ni siquiera a un hombre eminente tal como Moisés, porque sabía que en las edades por venir los teólogos interferirían con los Diez Mandamientos, a menudo en los lugares más improbables: Las sinagogas judías y su continuación, las iglesias cristianas.

*Varios estudiosos opinan que no era cualquier piedra, sino zafiro, uno de los minerales más duros y de los más hermosos conocido por el pueblo hebreo, pues el trono de Dios se asentó sobre un embaldosado de zafiro (Ex 24:10; Ez. 1:26). N. del T.

Ésta última produciría al Anticristo (2 Tes. 2:4). Que el Señor mismo reescribiera su ley dejaría sin excusas a estos descarados religionistas, incluyendo al hijo de perdición (el ilegal, o el sin ley), en el día final de la retribución.

Moisés también tuvo que advertir a los israelitas: No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deut. 4:2). Modificar la religión introduciendo ideas y ritos adicionales no enseñados en la Biblia, es a menudo el primer paso hacia cambios más lamentables. Por lo tanto, las Escrituras contienen una admonición adicional: “Toda palabra de Dios es limpia; Él es escudo a los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso” (Prov. 30:5, 6).

II

El cielo dió aún otra advertencia, cuando Jesús el Mesías vino y, sobre el monte de las bienaventuranzas anunció: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. (O como lo expresa Lucas 16:17: “Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustré una tilde de la ley”.) De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mat. 5:17-19)

El Salvador reprendió a los líderes religiosos de su tiempo por enfatizar oficialmente la ley de Dios cuando, a través de sus costumbres, realmente la socavaban. “Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre . . . Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas” (Mar. 7:9-13)

Estos teólogos también sabotearon el Sábado anexándole multitud de tabúes, de manera que los Judíos lo encontraban casi imposible guardar, y los no judíos inteligentes podían ridiculizarlo. Pero Jesús dijo que las acciones de naturaleza humanitaria, como curar a los enfermos, estaban permitidas en el día santo de Dios. También enseñó que el Creador lo había instituido para ser de gozo y bendición a la raza humana. “El sábado”, insistió, “fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado”, (Mar. 2:27, RVa).

En los 1960s, todavía jugaba al ajedrez, y a menudo con un comerciante judío del que primero aprendí cómo él y su pueblo

todavía gemían bajo una carga autoimpuesta, que Jesús deseaba retirar de sobre ellos. Este hombre tenía un intrigante enfoque sobre las muchas reglas y regulaciones con las que los rabinos habían sobrecargado el cuarto mandamiento. Me dijo, “¡Es imposible guardar el Sábado; pero afortunadamente no necesitamos guardarlo, si le damos apoyo financiero a otra persona que sí lo guarde!” Por lo tanto, su tienda permanecía abierta durante el séptimo día como en cualquier otro.

Mientras que probablemente esta clase de razonamiento no es parte oficial del Judaísmo, es un hecho que muchos judíos realmente no observan el Sábado y se alegran de encontrar alguna coartada para excusarse, aún cuando es una señal eterna y obligatoria de la relación de pacto solemne de Israel con el Señor (Ex. 31:16, 17).

Eso, desafortunadamente, no fue mi primera experiencia con las actitudes hebreas hacia el Sábado.

A mediados de los 1950s, los directores de una firma editorial judía me invitaron a que trabajara para ellos. Su negocio estaba abierto seis días a la semana, pero por un preacuerdo mutuo me permitieron mantenerme apartado y observar el Sábado. Después de trece meses, sin embargo, reorganizaron sus horarios para los correctores, que tenían que trabajar en pares. Elogiaron mi trabajo (“¡Pensábamos que solamente mujeres podían soportar el monótono y esmerado trabajo de corregir guías telefónicas!”), pero a pesar de ello me informaron que después de diciembre de 1956 no podría ausentarme más del trabajo en el séptimo día. Como nunca me he comprometido en este asunto, fui despedido graciosamente, por los judíos, por observar el día del Sábado.

Esto ocurrió en Sudáfrica, que carecía de protección constitucional para las minorías religiosas así que no tenía amparo legal; a menudo en el lugar de trabajo soporté discriminación, burla y abuso por mis convicciones. ¡Cuánto quiero a los Estados Unidos de América, mi nuevo país, y su Declaración de Derechos, por proteger legalmente a personas como yo!

En días de Jesús, los religionistas estaban interfiriendo con los Diez Mandamientos y a veces los dejaban sin efecto, a través de la tradición y la sabiduría rabinica. Cuando al final lograron que un procurador romano asesinara al Mesías por ellos, una de las razones fue que Él los había irritado profundamente siendo de pensamiento tan literal en lo referente a la ley que el Todopoderoso había entregado a sus antepasados en el Sinaí, mientras que ignoraba la simple tradición clerical.

Pero en Dan. 7:25, leemos acerca de una agresión posterior y más directa sobre el Decálogo, pues el Cuerno Pequeño “pensará en cambiar los tiempos y la ley”. Esto sería un ataque audaz, por la iglesia romana, sobre el Decálogo y la autoridad de Dios. Algunos de sus efectos persistirían aún en el Protestantismo.

Miremos esto más íntimamente.

III

En la Biblia, las palabra *tiempos* se usa a veces para representar “años”, como en Dan. 7:25 y Apoc. 12:14. Esto sugiere que el Cuerno Pequeño cambiaría el calendario.

Antes de la era cristiana, los paganos romanos ya habían estado ocupados con tales actividades. Bajo Julio César, se abandonó el año lunar y se instaló en su lugar un calendario solar. Entre otras cosas, modificó la posición de los meses. Antes, el año romano había empezado con marzo, pero este fue cambiado de lugar ahora hacia el tercer puesto. A propósito, todavía podemos reconocer los puestos anteriores de varios meses por sus nombres originales, derivados de los numerales latinos: Septiembre (*septem* = “siete”), octubre (*octo* = “Ocho”), noviembre (*novem* = “nueve”) y diciembre (*decem* = “diez”).

A comienzos del siglo II, los romanos hicieron otro cambio, este más drástico: Interfirieron con el ciclo semanal. Como Bacchiocchi ha establecido, y nosotros hemos señalado en el capítulo titulado “Cómo Comenzó el Papado”, el dios sol solía ser conmemorado en el segundo día. Pero en honor a Mitras, la nueva deidad solar del emperador, el *dies solis* (domingo, en inglés “día del sol”, *sun-day*) fue cambiado de lugar hacia el primer lugar.

La osadía con la que los romanos modificaron la posición de los meses e incluso la de los días en la semana estableció indudablemente un precedente para el papado, cuando este introdujo después cambios adicionales propios. Igual que Julio César, los papas abandonaron el calendario lunar, que el cristianismo había heredado de los judíos. A través de un ajuste sincrético, también empezaron a sustituir con el domingo el Sábado de los Diez Mandamientos.

Esto empezó con la introducción de la Pascua un sólo domingo al año. Así, con el correr del tiempo, el primer día fue observado semanalmente.

Teológicamente la obsesión papal con la Pascua es extraordinaria, porque en ningún lugar del Nuevo Testamento en el griego original hay referencias a la misma. Su celebración es en realidad superflua, porque el Redentor instituyó otras dos ordenanzas para conmemorar su pasión, entierro y resurrección.

Para recordar la muerte de Jesús, todos los creyentes deben tomar la Sagrada Comunión, en ambas clases. La Palabra de Dios exige que todos coman el pan que representa su cuerpo quebrantado y beban el vino que significa la salvación a través del nuevo pacto en su sangre (1 Cor. 11:23-26). El Señor dijo, “Beban de ella *todos* ustedes” (Mat. 26:27, NVI, énfasis añadido). Pero aún así, por muchos siglos, el sistema papal desobedeció el mandamiento explícito del Señor y solamente le permitió a los miembros del sacerdocio que bebieran el vino, estando limitado el laicado al pan.¹ Es triste pensar que, de este modo, millones de católicos comunes fueron excluidos simbólicamente de la gracia de Dios a través de una Eucaristía parcial. Podían solamente mirar al sacerdote cuando

bebía de la copa. Durante las últimas décadas, sin embargo, también se les ha permitido a los miembros comunes el uso tanto del pan como del vino.

Para identificarse personalmente con la crucifixión, el entierro y la resurrección del Señor, también tenemos que pasar por el bautismo de los creyentes (Rom. 6:3-5). Primero, sin embargo, debemos ser convertidos, lo que presupone una disposición de renunciar al pecado y producir frutos de arrepentimiento (Mat. 3:7-10). Desgraciadamente, el cambio del bautismo de adultos a la aspersión de los menores dejó a este símbolo sin efecto.

Estos dos sacramentos bíblicos, la Sagrada Comunión y el bautismo del creyente, hace superflua la Pascua, excepto para aquellos que han desechado lo que Dios requiere.

IV

Muchas iglesias, especialmente en Asia Menor, se negaron a aceptar la práctica romana de la Pascua de observar siempre el domingo. Permanecieron siendo *Quartodecimanos* (“catorceavos”). Continuaron su celebración del sacrificio del Salvador en Nisan 14, el primer mes del calendario hebreo antiguo, introducido por Dios mismo (junto con la Pascua de los judíos) como un memorial al Éxodo (Ex. 12:1, 2). El Papa Víctor I (189-99) tenía un sentir tan enérgico sobre esta material que excomulgó a todas las iglesias en Asia que hicieron caso omiso de sus instrucciones.² En el concilio de Nicea en 325, la iglesia imperial fundada por Constantino decidió seguir el ejemplo romano. El concilio “ordenó que el día de Pascua debía ser celebrado desde entonces en el domingo siguiendo inmediatamente o bien la luna llena que ocurriera en el día del equinoccio de primavera o, si no había luna llena en ese día, entonces en el domingo que siguiera a la primera luna llena después del día del equinoccio de primavera”. Los *Quartodecimanos* fueron declarados herejes.³

Esta Pascua romana o Easter, en inglés, (a diferencia de la Pascua judía) tiene raíces paganas, precristianas; es parte de ese sincretismo entre el evangelio y el paganismo solar al que ya hemos hecho referencia. No sólo los pueblos en el mundo mediterráneo, sino también los antiguos alemanes, observaron el día. Las palabras *Eostur*, *Eastur*, *Ostara*, *Ostar* fueron usadas por ellos para “designar el Festín de Nueva Vida en la primavera. La misma raíz se encuentra en el nombre para el lugar por donde sale el sol (el este, *Ost*)”.⁴

Desde Nicea en adelante, el catolicismo pasó apuros con un difícil problema autoinfligido: Cómo coordinar el año, los meses y la semana. Para hacerlo, tenían que armonizar en el calendario los movimientos de la luna con los del sol, y el Domingo de Pascua debía ser el punto crucial.

Finalmente la iglesia romana resolvió su problema a través de un intrincado sistema conocido como el calendario Gregoriano, nombrado en honor al Papa Gregorio XIII, quien decretó su introducción

en marzo de 1582. Los astrónomos que lo aconsejaron incluían al “jesuita y matemático alemán Christopher Clavius (1537-1612), quién verificó todos los cálculos y desarrolló las reglas”.⁵ El calendario Gregoriano, que hoy es prácticamente universal, es un logro extraordinario, pero quedan muy pocas personas conscientes todavía de sus raíces religiosas y sincréticas.

V

Así, el Cuerno Pequeño empezó a “cambiar los tiempos”, y asombrosamente tuvo éxito. Pero, ¿también cambió la ley en el proceso? Indudablemente lo hizo. Para hacerlo, siguió el ejemplo romano cambiando el ciclo semanal que Dios había introducido en la creación. Para muchos, el domingo se volvió el séptimo día, una idea que ha persistido hasta el día de hoy. Los que viajan por primera vez a Europa a veces se sobresaltan por el calendario ampliamente utilizado en ese continente. A diferencia del que es impreso en países protestantes en gran parte, como los Estados Unidos, presenta un orden diferente para los días de la semana. Esta se ha cambiado para empezar por el lunes y terminar con el domingo. Recientemente recibí desde Sudáfrica un calendario de escritorio con este mismo arreglo de la semana, que solía estar muy energicamente arraigado en el Protestantismo. Mostrar el domingo como el séptimo día es un obvio intento de presentarlo como el Sabbath (Sábado). Éste es el calendario del Anticristo.

Introducir una alternativa al día de descanso que Dios había instituido también cumple la profecía de que el Cuerno Pequeño “pensaría en cambiar” no sólo los tiempos sino también *la Ley*.

La sustitución del Sábado con el domingo es bien conocida para los católicos educados. Algunos están bastante orgullosos de ello, como prueba de la autoridad de su iglesia, la que creen que en este tema está reconocida por cada Protestante que descansa en ese día.

Este libro ya ha descrito cómo Telesforo (125-36), obispo de Roma, transfirió el día de adoración del sábado al recién inventado *dies solis* (domingo), en respuesta a varias presiones: Influencias mitraicas, el antisemitismo y el edicto del Emperador Adriano que prohibía guardar el Sábado.

Muchos más detalles sobre este tema aparecen en el excelente y erudito trabajo de Samuele Bacchiocchi *From Sabbath to Sunday: A Historical Investigation of the Rise of Sunday Observance in Early Christianity* (Del Sábado al Domingo: Una Investigación Histórica Del Surgimiento de la Observancia del Domingo en el Cristianismo Primitivo).

Después de declarar la observancia del domingo como un rito cristiano, la gran apostasía mediterránea consideró necesario erradicar el sábado. Aunque pronto se abocarían a ello, esto no era trabajo de una o dos generaciones, sino de siglos, porque había mucha resistencia a la innovación romana.

En 321, el emperador Constantino ordenó a todos sus súbditos guardar el domingo. Veinte años después, el consejo de Laodicea

(entre 343 y 381) fue aún más lejos y prohibió el Sábado bíblico, con las siguientes palabras: “Can. 49. Los cristianos no judaizarán ni estarán ociosos el sábado, sino que trabajarán en ese día; pero el Día del Señor lo honrarán especialmente, y, como cristianos, no deberán, si es posible, hacer ningún trabajo en ese día. Si, a pesar de esto, son hallados judaizando, serán expulsados [griego *anathema*] de Cristo . . .”⁶

Esta prohibición prueba que muchos cristianos en el mundo mediterráneo todavía estaban observando el Sábado original de la Biblia más de docientos años después de que el último apóstol muriera. Pruebas irrefutables de este hecho se hallan en los lenguajes de la región, lo que indica un período aún más largo de observancia del Sábado fuera de Roma.

VI

En griego moderno, la palabra para sábado es το σαββατον o σαββατο (*savaton/savato*), en italiano *sabato* y en español, al igual que en portugués, sábado. Todas estas palabras significan “Sábado”. Como ninguno de los países involucrados tenía una población predominantemente judía, solamente podemos llegar a la conclusión de que fueron cristianos los que introdujeron estos nombres, lo que no hubieran hecho si en cierto momento no hubieran observado el séptimo día Sábado.

Los griegos hasta el día de hoy escriben o hablan de το σαββατον o σαββατο, *to savaton/savato* (el Sábado), como en el Nuevo Testamento, que es, sin embargo, seguido ahora por η Κυριακη, *i kiriaki* (“el [día] del Señor”). Esto indica un paso de transición desde un tiempo posterior, reflejando la coexistencia de la observancia del domingo con la observancia del Sábado. El lunes es η Δευτερα, *i dheftera* (“el segundo [día]”), martes η Τριτη, *i triti* (“el tercer [día]”), miércoles η Τεταρτη, *i tetarti* (“el cuarto [día]”) y jueves η Πευτ, *i pempti* (“el quinto [día]”). Pero el viernes tiene un nombre especial: η Παρασκευη, *i paraskevi*, con el estrés sobre la última sílaba.⁷

Durante 1990, le pedí a Petros, un amigo griego y miembro de la iglesia Ortodoxa Oriental, en mi Sudáfrica natal, que me explicara las palabras *savato/savaton* y *paraskevi*. Con la primera no tuvo problemas. “¡Oh!”, dijo sin vacilar, “*savato* significa ‘Sábado’”. Pero él no sabía, como sus antiguos antepasados indudablemente sí lo sabían, a qué hacía referencia *paraskevi*. Parecía perplejo. “¿Paraskevi, paraskevi? Bien, ¿significa ‘viernes’!”

Este, también, está definido por el Nuevo Testamento en relación con el Fin de Semana de la Pasión. Luc. 23:54 nos informa que la crucifixión tuvo lugar en el *paraskevi*, el que nuestra Biblia traduce como “el día de Preparación”, ya que el *savaton*, “el sábado” estaba por comenzar. El apóstol Juan dice que estos eventos tuvieron lugar en “el día judío de Preparación (19:42)”, el que Marcos explica como “el día antes del sábado” (15:42).

Los griegos modernos, quienes en su mayoría han abandonado el

Sábado bíblico, todavía preservan su nombre, e incluso un memorial para aquellos que consideraban el sexto día (viernes) como un día para prepararse para guardarlo. En su alfabeto, *paraskevi* se escribe exactamente como en la Biblia. Lo mismo se cumple con *savaton*, siendo *savato* una variación menor. Después de casi dos mil años, estos nombres han permanecido intactos, aunque su pronunciación probablemente haya cambiado.

Aparte de la interpretación post-bíblica de *i kiriaki* como domingo, todos los demás se basan en la Biblia. Aquellos desde el lunes hasta el jueves, citados antes aparecen en los primeros dos capítulos de la Biblia, de acuerdo con la Septuaginta: La traducción del Antiguo Testamento al griego que los apóstoles y los primeros cristianos no judíos usaron en todo el mundo occidental. Por su significado, estos nombres tienen una fuerte semejanza con los que son usados en el hebreo moderno, que todavía se adhiere a los nombres originales en Génesis 1 y 2, así como en Éxodo 20:10, a saber, *Primer Día, Segundo Día, Tercer Día, Cuarto Día, Quinto Día, Sexto Día, Sábado*. Para el primero de éstos, ninguno de los cuatro evangelios usa ἡ Κυριακή, *i kiriaki*. Todos le llaman: μία των σαββατων (*mia tōn sabbatōn*), “un (día) después (o desde) los sábados”. *Mia* no significa “primero” sino “uno”. Esto parece una variante rara, hasta que regresamos a Génesis 1:5, en la historia de la creación.

Como la mayoría de las traducciones, la King James para esto traduce “el primer día”; pero ésa no es la manera en que el original hebreo lo expresa. Dice, *yom echad* (día uno). E igual lo hace la Septuaginta: ἡμέρα μία, *hēmera mia*, y también los escritores de los evangelios, que la citan. En el cuarto mandamiento la Septuaginta usa la palabra *Sábado* en plural (Ex. 20:10). Esto también llegó a significar “semana”. Ése es el por qué los cuatro evangelios al hablar de lo que llamamos domingo, lo nombran *mia tōn sabbatōn*, día uno desde los Sábados/semana.

Juan en Apocalipsis hace referencia a ἡ Κυριακή, *i kiriaki*, pero la idea de que allí significa “domingo” es anacrónica y se contradice por el uso que hace de ella en su evangelio. También escribió este libro hacia el final de su vida, y era por lo tanto más o menos contemporáneo con el Apocalipsis. En su registro de la vida y muerte de Jesús, como los otros escritores del Nuevo Testamento, se adhiere escrupulosamente a los nombres originales para el domingo y el sábado derivados del Antiguo Testamento. Por tanto, para Juan el día del Señor solamente podía haber sido el que el Creador había bendecido y santificado (Gén. 2:2, 3) y el que había ordenado observar a su pueblo (Ex. 20:10, 11).

En la tradición ortodoxa, el Séptimo día sábado sobrevivió más tiempo que en occidente. Evidencias de ello existen en los lenguajes europeos centrales y orientales.

Los rusos adoptaron la versión del cristianismo de Constantino solamente en 988-89, bajo Vladimir (m. 1015) “gran príncipe de Kiev y de toda Rusia”.⁸ Ellos hablan de *subbóta*, el que J. L. I. Fennell explica como “sábado”.⁹ Con algunas variaciones, esta

palabra también encontró su camino hacia otras lenguas europeas del este y del centro, como por ejemplo *súbuta* en servocroata, *sobota* tanto en polaco como en checo y *szombat* en húngaro.¹⁰

Este fenómeno no puede ser explicado de otra manera que a través del hecho de que la iglesia Ortodoxa Oriental todavía, hasta cierto punto, reconoció el Sábado de los Diez Mandamientos hasta aproximadamente mil años después de la crucifixión. Pero el Occidente experimentó una transición mucho más rápida y agresiva hacia la adoración dominical (guardar el domingo).

Algunos lectores podrían preguntarse, sin embargo, si es correcto atribuir al papado el cambio del Sábado. ¿No hemos establecido que la iglesia imperial a la que Constantino perteneció incluía no sólo la occidental, sino también otras ramas del cristianismo, y que el emperador no era, por lo tanto, específicamente un católico romano?

Esto es muy cierto, y el guardado del Domingo de ninguna manera quedó confinado a Occidente. Sin embargo, como institución cristianizada se originó en la iglesia en Roma, donde fue introducido después de 135, como una consecuencia de las nuevas fiestas del Domingo de Pascua.¹¹ En ese momento, la vieja ciudad todavía era la capital indiscutible del imperio, y por lo tanto todavía ejercía una influencia considerable. Incluso disfrutaba cierta primacía,¹² aunque esta nunca fue total ni permaneció sin ser desafiada. Su gran rival, el arzobispado en el Bósforo, todavía no existía; porque Constantinopla fue inaugurada solamente el 11 de mayo de 330.

¿Pero les resulta incómodo a los católicos que en el proceso estuviera involucrado también el paganismo? No realmente. Este hecho podría perturbar a algunas personas de manera individual, pero no disuade a la iglesia romana como un todo. En otro lugar mencionamos la referencia de Montañó a varios escritores católicos que admitían que muchas prácticas cristianas se originaron en el paganismo.¹³

Permitámonos también citar la siguiente franca confesión de John Henry Newman (1801-90), originalmente un líder del grupo de Oxford y un famoso converso a la iglesia romana:

“Se nos dice en distintas maneras por Eusebio, que Constantino, con el propósito de recomendar la nueva religión a los paganos, transfirió los ornamentos exteriores a los que ellos mismos habían estado acostumbrados. No es necesario entrar en un tema que la diligencia de escritores protestantes ha hecho familiar para la mayoría de nosotros. El uso de templos, y éstos dedicados a santos especiales, y la decoración en ocasiones con ramas de árboles; incienso, lámparas y velas; ofrecimientos de votos por la recuperación de la enfermedad; agua bendita; asilos; *días y estaciones festivos, el uso de calendarios*, las procesiones, las bendiciones sobre los campos; las vestiduras sacerdotales, la tonsura, el anillo matrimonial, volverse hacia el oriente, imágenes en fechas posteriores, quizás los cantos eclesiásticos y el Kyrie Eleison, son todos de origen pagano y santificados por su adopción en la iglesia”¹⁴ (énfasis añadido).

Newman escribió el ensayo en el que aparece este párrafo poco tiempo antes de que renunciara a la iglesia anglicana para volverse católico,¹⁵ el 9 de octubre de 1845. Pronto fue ordenado como sacerdote y al fin y al cabo recibió el nombramiento de cardenal. Fue un hombre de considerable intelecto y múltiples talentos. También escribió novelas y poemas, incluyendo el famoso himno “Lead, Kindly Light”, que registra su experiencia mientras se volvía hacia la iglesia romana. (¡Encontramos irónico que se ha abierto paso en muchos himnarios protestantes!)

La actitud del catolicismo es simplemente: Sí, adoptamos estas cosas del paganismo, pero teníamos una buena razón para hacerlo. Como explica Hobert Seymour: “En Inglaterra, los romanistas generalmente se indignan cuando se les dice que sus ceremonias fueron originalmente paganas. En Italia, por otro lado, ese origen es reconocido como prueba de la sabiduría de la iglesia, que ha convertido a un pagano pueblo y sus costumbres también paganas en un pueblo cristiano con las mismas ceremonias, pero ahora cristianas”.¹⁶

El Cuerno Pequeño realmente no se averguenza ante la publicidad por su eliminación del Sábado, ya que esto le da una ventaja en su enfrentamiento con oponentes (o, por lo menos, con la mayoría de ellos). ¿Cómo puede ser ésto?

En tiempos de la Contrarreforma, el asunto del Sábado-Domingo se volvió un argumento crucial contra la insistencia de los reformadores sobre la *sola scriptura* (la Biblia solamente).

El Dr. Martín Lutero, de la universidad de Wittenberg, creía que la Palabra de Dios era evidente por sí misma como base de la teología. Merle D’Aubigné registra cómo esta idea puso al reformador en conflicto con el brillante rector de la Universidad de Ingolstadt, el Prof. Johann Meyer, comúnmente conocido como Dr. Eck, ya que había nacido en Eck, un pueblo suevo. Él y Lutero eran los dos teólogos más eruditos en Alemania. Poco tiempo antes de esto, su asociación había estado madurando hacia la amistad, pero ahora, como portavoz del papa, el Dr. Eck se volvió el enemigo implacable del reformador.¹⁷

En algunos aspectos, el párroco finalmente llevó la mejor parte en el debate con Lutero. Después de su maratónica sesión de debate de dieciocho días,¹⁸ Eck siguió insistiendo que la iglesia era superior a las Escrituras. Como prueba citó el mandamiento del Sábado.

En su *Enchiridion Locorum Communium . . . Adversus Lutheranos* (“Manual de Lugares Comunes en Contra de los Luteranos”), publicado después, Eck razona como sigue: “Cristo le dijo a sus discípulos en el monte: ‘No vine para abrogar la ley sino para cumplirla’; y con todo la iglesia de los Apóstoles en el primer concilio ha hablado claro con respecto al cese de las cosas legales. . . El Sábado es un mandato repetido muchas veces por Dios; ni en los Evangelios ni en Pablo se declara que el Sábado ha dejado de ser; sin embargo la iglesia ha instituido el día del Señor a través de la tradición de los Apóstoles sin la Escritura . . .”¹⁹

No fueron, sin embargo, los apóstoles sino sus supuestos sucesores, los papas, los que alteraron los Diez Mandamientos.

El catolicismo había sido realmente señalado por la insistencia de los protestantes en la *sola scriptura*. Esto se vio muy claramente en el Concilio de Trento, cuyos encuentros pretendían proveer una respuesta a este enfoque teológico. Aquí los partidarios más leales del papa estuvieron en cierto momento confrontando un incómodo problema.

“Había una fuerte representación aún entre los católicos en el concilio que estaban a favor de abandonar la tradición y adoptar *las Escrituras solamente*, como el estándar de autoridad. Esta concepción fue sostenida tan decididamente en los debates en el concilio que los delegados del papa realmente le escribieron que había ‘una marcada tendencia de apartar totalmente la tradición y reconocer las Escrituras como el estándar único de apelación’. Pero hacer esto podría manifiestamente acercarse demasiado a justificar los reclamos de los protestantes. Por esta crisis se delegó sobre la parte ultra-católica del concilio la tarea de convencer a los otros que ‘las Escrituras y la tradición’ eran el único terreno seguro sobre el que afirmarse”.²⁰

Llegado este punto, Gaspar de Fosso, Arzobispo de Reggio, se levantó y cambió la marea con un enfoque interesante. Primero hizo referencia al hecho de que la Iglesia Católica en el pasado *había* cambiado lo que la Biblia exigía y había tenido éxito. Concluyó que esto en sí era prueba de que poseía el derecho a hacerlo. “La autoridad de la iglesia podía, por ende, no estar atada a la autoridad de las Escrituras, porque la iglesia había transformado la circuncisión en bautismo, el Sábado en domingo, no por mandamiento de Cristo, sino por su propia autoridad”.²¹

En sí, este es un argumento débil, circular, completamente dependiente del precedente en lugar de la lógica. Es más, ante los ojos del Cielo esto era realmente una admisión de culpabilidad por parte del Cuerno Pequeño. Y aún así los clérigos en Trento lo consideraron una idea poderosa, y así resultó (en relación al problema que estaban tratando de resolver), ya que sus adversarios protestantes no habían abandonado el domingo, como la *sola scriptura* hubiera requerido, sino que se aferraban a este por razones no bíblicas.

“No había rodeo posible de esta posición, pues la propia declaración de fe de los protestantes (la Confesión de Ausburgo, 1530) admitía claramente que ‘la observación del día del Señor’ había sido señalada por ‘la Iglesia’ solamente.

“El argumento fue aclamado en el concilio como proveniente de la Inspiración solamente; la parte de representantes a favor de ‘las Escrituras solamente’, se rindió; y el concilio unánimemente condenó el protestantismo y toda la Reforma como solamente una revuelta injustificada contra la comunión y la autoridad de la Iglesia Católica”.²²

Este voto tuvo lugar el 16 de marzo de 1562, durante el decimoséptimo período de sesiones del Concilio Tridentino. Ese día, la iglesia romana se percató con júbilo que la mayoría de los protestantes no creían completamente en *sola scriptura*, ya que también

basaban importantes doctrinas en la tradición, tradición católica.

Aunque el héroe del momento fue el arzobispo de Reggio, gran parte del trabajo preliminar había sido hecho por el viejo adversario de Lutero, el Dr. Eck. Su *Enchiridion*, del que tomamos la cita arriba, había sido publicado en Venecia veintinueve años atrás, en 1533, sólo tres años después de la confesión de Ausburgo.

Lo que el Concilio de Trento determinó en ese día fatal en 1562 devino un argumento estándar para los católicos, quienes frecuentemente han desconcertado a sus adversarios con este. Un buen ejemplo viene de un panfleto del siglo diecinueve, específicamente de 1869, titulado “¿Por Qué No Guardas Como Santo el Día Sábado?”

Su anónimo autor hecha por tierra la mayoría de los argumentos que los protestantes presentan para validar la santidad del domingo a partir de la Biblia. Ningún Adventista del Séptimo Día, decidido a defender el Sábado bíblico, podría argumentar más elocuentemente. Este teólogo católico demuestra en una manera magistral que las Escrituras no contienen evidencias y que no dan autorización ninguna para descansar en el primer día de la semana. Pero entonces pasa a decir:

Ahora, ¡cuidado!, en todo esto podrían malinterpretarme enormemente si supusieran que estaba discrepando con ustedes por actuar en este asunto sobre un principio verdadero y correcto, en otras palabras, un principio católico, viz., la aceptación, sin titubeo, de eso que se les ha dado por una tradición continua. No arrancarí de ustedes una sólo de esas hebras o fragmentos de verdad Divina que han conservado. ¡Dios lo prohíba! Son las cosas más preciadas que ustedes poseen, y por la bendición de Dios podrían servir como pistas para sacarles de ese laberinto de errores en el que se encuentran involucrados, mucho más por la culpa de sus antepasados de hace tres siglos que por ustedes mismos. Por lo que peleo con ustedes no es por su inconsistencia al actuar ocasionalmente en base a un principio cierto, sino por la adopción que hacen, como regla general, de uno falso. Ustedes guardan el Domingo, y no el Sábado; y lo hacen con toda razón, porque esto es lo que practicaron todos los cristianos desde que el protestantismo comenzara; pero ustedes han abandonado otros ritos católicos que eran igualmente universales en aquellos días, prefiriendo las novedades introducidas por los hombres que inventaron el protestantismo, a la tradición, invariable por los últimos 1500 años. No les culpamos por hacer del Domingo vuestro día santo semanal, en lugar del Sábado, sino por rechazar la tradición, que es la única regla segura y clara por la que puede justificarse esta observancia. En acto exterior hacemos lo mismo que ustedes en este asunto; tampoco observamos más el Sábado judío, sino el Domingo en su lugar; pero luego existe esta importante diferencia entre nosotros, que no fingimos, como ustedes, que obtenemos de *un libro* autoridad para hacerlo, sino que la obtenemos de *un maestro viviente*, y ese maestro es la

iglesia.²³

Aquí debemos señalar que en muchas iglesias las ideas de los guardadores protestantes del Domingo, son diferentes de las del catolicismo.

Como hemos visto, en el período que siguió a la muerte de los apóstoles, la observancia del domingo fue introducida por tres razones principales: El miedo al emperador, el antisemitismo y los compromisos con los mitraicos, para quienes era importante el *dies solis* (“día del sol”).

Pero incluso después de la ley dominical de Constantino, el primer día de la semana no era realmente un Sábado; sino más bien un *anti-Sábado*. Aunque la iglesia romana lo consideró importante para los servicios religiosos, nunca era observado de la misma manera que el día al que Dios hacía referencia en los Diez Mandamientos.

Owen Chadwick pinta un cuadro interesante de la situación justo antes de la Reforma: “Aunque el domingo había sido un día de adoración, también había sido un día de banquetes, y estelas, peleas de gallos, mercadear, cazar, jugar a los dados, a los bolos, poner trampas, y de cervezas en la iglesia, las que eran maneras contemporáneas de recaudar dinero para las reparaciones de la iglesia, los barriles de cerveza fuerte vendidos al público en el patio de las iglesias, beneficiaba a los fondos de la iglesia”.²⁴ Eran como bares cristianos.

Estremecerse por tales actividades porque uno piense que los católicos medievales estaban profanando un día santo es anacrónico. Su iglesia insistió en el domingo solamente como un día de adoración y no de descanso total de las actividades seculares, a pesar de los requisitos de la Biblia para el Sábado, según exige Exo. 20:8-11. En otras palabras, antes de la década final del siglo veinte, el catolicismo nunca cometió el error de confundir el domingo con el Sábado bíblico.

Pero para los protestantes era incompatible con *sola scriptura* aceptar este enfoque católico del tema. Por lo tanto, han luchado valientemente, sin embargo, en vano, para relacionar su santificación del domingo con los Diez Mandamientos. Este enfoque teológico es una invención protestante de los últimos cientos de años, lo que lo hace una idea bastante reciente. Lo vemos en su expresión más clara en el “sabatarianismo (que se convirtió en una insignia del partido puritano en Inglaterra después de 1585)”.²⁵

Como señala el teólogo británico Bryan W. Ball, esto había sido formulado veinte años antes como una doctrina de la Iglesia Elizabetana. Un libro de sermones de 1563 lo pone de la siguiente manera:

“Dios ha dado responsabilidad expresa a todos los hombres, que en el día Sábado, que es ahora el Domingo, deben cesar de todo trabajo semanal y laboral, con la intención de que como Dios mismo trabajó seis días, y descansó el séptimo, y lo bendijo y lo santificó, y lo consagró a la quietud y descanso de todo trabajo, de manera que

el pueblo obediente de Dios debe usar el domingo santamente, y descansar de sus negocios comunes y diarios, y también entregarse a sí mismos completamente a los ejercicios divinos de la verdadera religión y el servicio a Dios”.²⁶

¿Es una coincidencia el que este trabajo en el que aparece este argumento anglicano fuera divulgado sólo un año después del fatal voto de los obispos en Trento, o—como parece probable—acusa su influencia?

De todos modos, tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo, se volvió una práctica muy común sustituir la palabra *Sábado* por Domingo. Por ejemplo, el estadounidense Samuel Sewell lo usó para los encabezamientos de su *Diario* (1674-1729), como en la siguiente anotación, escrita durante su visita de un año a Inglaterra: “Sábado, 5 de mayo de 1689”.²⁷ A mediados del siglo veinte, este uso había sido abandonado en gran parte, aunque todavía ocurre ocasionalmente, como en la descripción de William Manchester de las deliberaciones finales que causaron la declaración “Sin lugar” para Douglas MacArthur como comandante supremo de los Estados Unidos en Corea y Japón. Haciendo referencia a una alargada reunión dominical, dice: “La gran discusión que ocurrió ese Sábado en el Pentágono”.²⁸

Buscar autoridad para guardar el Domingo en los Diez Mandamientos es un enfoque típicamente protestante y no católico originalmente. Una ley que ordena la observancia del *séptimo* día, porque conmemora el descanso del Creador en el final de la semana de la creación, no puede ser aplicada legítimamente al *primer* día como un memorial de la resurrección de Cristo.

Éste fue un error que el papado acostumbraba evitar; sin embargo, como señalaremos en un capítulo posterior, el papa ahora también ha adoptado la posición protestante, especialmente para reforzar la asistencia a las iglesias—que en países católicos es a menudo inferior al 10 por ciento, y a veces incluso al 5 por ciento.²⁹

VII

La evidencia final de que el Cuerno Pequeño ha tratado de cambiar la ley de Dios están basada en más que argumentos históricos. Podemos observarlo directamente comparando el Decálogo, o los Diez Mandamientos, como aparecen registrados en Ex. 20:1-17, con los catecismos de la iglesia romana. En contraste con su traducción de la Biblia, éstos todos hacen cambios peculiares al texto de la Ley de Dios. Gran parte de ésta es eliminada. En unos pocos casos, se añaden palabras que no aparecen en el Decálogo original. Y algunas explicaciones lo contradicen directamente.

Vemos esto en diferentes catecismos católicos desde el siglo diecinueve hasta el presente, culminando en el más reciente *Catecismo de la Iglesia Católica* (1994), promulgado por el Papa Juan Pablo II, con la aprobación oficial del Cardenal José Ratzinger, representando a la Comisión Interdicasterial. El 19 de abril de 2005, éste último devino Papa Benedicto XVI. En este libro exhaustivo y

altamente autoritario, los Diez Mandamientos aparecen primero en tres columnas: El texto íntegro de Ex. 20:2-17 reproducido de una traducción Católica de la Biblia; Deut. 5:6-21 con gran parte de su redacción desechada; y “Una Fórmula Catequética Tradicional”, que es una versión muy abreviada de la columna uno.³⁰ A esto le siguen artículos separados con encabezamientos como “El Primer Mandamiento”, “El Segundo Mandamiento”, “El Tercer Mandamiento”, etcétera. Bajo éstos, las partes de Ex. 20:2-17 en varias partes no están citadas en su totalidad, aunque la redacción es a veces ligeramente diferente de la Fórmula Catequética Tradicional. Pero como las explicaciones en los artículos dejan claro, no hay discrepancias entre el Catecismo, más largo, y la Fórmula Catequética Tradicional de la columna 3. Efectivamente, el último resume y ejemplifica admirablemente el dogma católico sobre la Ley de Dios. Es evidente que el papado ha modificado más de la mitad del Decálogo, especialmente los cuatro mandamientos que tratan de regular nuestra relación con Dios. También cambió el último mandamiento.

Ley de Dios (Ex. 20:1-17)

Catecismo de la Iglesia Católica con Correcciones Papales (1994)

I

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí.

I

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás.

II

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; ~~porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan~~

~~mis mandamientos.~~

III

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.

II

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano.

IV

Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, ~~tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.~~

III

Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna.

X

No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

IX

No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

X

No codiciarás . . . cosa alguna de tu prójimo . . . No desearás la casa de tu prójimo, su campo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Especialmente notables son las siguientes características de este más reciente catecismo católico. Primero, ha omitido partes del segundo, tercero y cuarto mandamientos tal como aparecen en la Biblia. Segundo, une el primero junto con el segundo—después de cortar una parte de él, lo que resulta en una re-enumeración del Decálogo. Esto, sin embargo, no nos deja con diez sino con nueve

mandamientos. En tercer lugar, para evitar esta vergonzosa consecuencia, el décimo mandamiento es dado dos veces, pero la segunda vez sin ninguna referencia a la esposa del prójimo.

Todo esto es extremadamente extraño. Los artículos explicativos del catecismo católico son, en parte, una disculpa por estas modificaciones. A veces contradice rotundamente la Biblia, como con la declaración: “De acuerdo con la tradición cristiana, la Ley es sagrada, espiritual y buena, no obstante, es *imperfecta*”.³¹ Esto sugiere que nuestro Dios creador hizo un pobre trabajo legislativo, que es presumiblemente la causa por la que los teólogos pueden mejorarla alterando su texto. Pero la Escritura dice: “La ley del SEÑOR es *perfecta*” (Sal. 19:7) (énfasis añadido en ambos casos).

Otra contradicción aplastante niega la validez del segundo mandamiento como fuera dado por el legislador en el Sinai. Al lector se le dice que mientras que en tiempos remotos era malo hacer una imagen del Dios “completamente trascendente que se reveló a Israel”, la encarnación de Cristo como ser humano legitimó los ídolos. “Fundamentándose en el misterio de la Palabra encarnada, el séptimo concilio ecuménico en Niza (787) justificó contra los iconoclastas la veneración de iconos—de Cristo, pero también de la Madre de Dios, de los ángeles y de todos los santos. Encarnándose, el Hijo de Dios introdujo una nueva “economía” de imágenes”.³²

Igual que el cambio del Sábado, que también fue introducido desde el paganismo, éste es un antiguo error sincretista de la gran apostasía mediterránea. De acuerdo con Bob Bush, un ex sacerdote y jesuita que se convirtió al protestantismo en 1970, “virtualmente la totalidad” de los catecismos católicos para personas comunes sencillamente “eliminan el segundo mandamiento de la Biblia”.³³ Pero incluso aquellos a quienes les gusta el más reciente catecismo exhaustivo que lo cita, también tratan de anularlo. Parte del procedimiento es empujar la inconveniente prohibición hacia el fondo uniéndolo al primer mandamiento, haciéndolo así un poquito más oscuro.

Pero en su Ley y en todo el Antiguo Testamento, el Señor prohíbe la confección de cualquier imagen que provoque que el fiel honre a la criatura en vez de al Creador. La prohibición, de ninguna manera, se limita a representar a Dios. No debe representarse ningún objeto o ser de la naturaleza para propósitos de devoción. Entonces, desde luego, es un pecado no solamente servirles (aunque los teólogos desean interpretar esta palabra), sino también incluso inclinarse ante ellos.

El Catecismo de 1994 señala que Dios “ordenó o permitió” imágenes como “la serpiente de bronce, el arca del pacto y los querubines”.³⁴ Pero yerra al no mencionar que cuando los israelitas empezaron a venerar esa imagen de la serpiente, el rey Ezequías la hizo destruir; pues él “hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel” (2 Reyes 18:4). Ese recto monarca llegó a ser un iconoclasta, si alguna vez existió alguno, siendo su acción mencionada en la Biblia con tácita aprobación.

Es por razones como éstas que en Ex. 20 hay un mandamiento separado, muy explícito y detallado contra la idolatría, que no es una simple extensión del primero. Sobre este asunto, el Señor tiene sentimientos muy fuertes, como remarca sobradamente el Antiguo Testamento.

Eliminar o reducir el alcance de la ley contra las imágenes crea un problema vergonzoso: Deja de ser un Decálogo, porque esta palabra hace referencia a las “diez palabras” de Dios, no sólo nueve. Para llenar el agujero en los Diez Mandamientos, todos los catecismos católicos dividieron el último mandamiento en dos.

El nuevo Catecismo hace esto en una manera particularmente torpe. Primero cita al décimo original como si fuera un noveno mandamiento, pero en su explicación hace caso omiso de la mayor parte del mismo, concentrándose solamente en lo que dice sobre la “esposa del prójimo”. Y ni siquiera trata apropiadamente con lo que la ley prohíbe con respecto a esto, limitando sus comentarios al deseo lujurioso por cualquier mujer (¿u hombre?), casada o soltera. Como lo expresa el resumen, “El noveno mandamiento advierte contra la lujuria o la concupiscencia carnal”. Pero el Decálogo de Ex. 20 concierne no simplemente al deseo lujurioso, sino a la codicia, un concepto algo diferente. Ya regresaremos a este punto.

Para elaborar un décimo mandamiento, el Catecismo cita otra vez a Ex. 20:17, pero lo abrevia enormemente omitiendo la mayor parte del versículo, especialmente el fragmento sobre la esposa del prójimo. Se añade entonces Deut. 5:21, pero otra vez se abandona toda referencia a la esposa del prójimo.

VIII

Toda esta manipulación con el Decálogo se hace incluso más manifiesta si contrastamos la tercera columna del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en sus páginas 496-97, con Éx. 20:2-17:

La Ley de Dios Dada Originalmente con supresiones papales

I
Yo soy el SEÑOR tu Dios. ~~Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo.~~ No tengas otros dioses además de mí.
(NVI 99)

II
~~No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No~~

La Fórmula Catequética Original

I
Yo soy el SEÑOR tu Dios. No tendrás dioses extraños delante de mí.

~~te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.~~

III

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano;

II

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano.

IV

~~Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.~~

III

Acuérdate de santificar el día del Señor [sic].

V

~~Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.~~

IV

Honra a tu padre y a tu madre.

VI

No matarás.

V

No matarás.

VII

No cometerás adulterio.

VI

No cometerás adulterio.

VIII	VII
No robarás.	No robarás.
IX	VIII
No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.	No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.
X	IX
No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.	No codiciarás la mujer de tu prójimo.
	X
	No codiciarás los bienes de tu prójimo [sic]. ³⁵

¿Qué se pretende decir con la expresión “una Fórmula Catequética Tradicional”? Veamos. *Catequética* es, como lo explica el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (DRAE), un adjetivo Perteneiente o relativo a la catequesis, que es la instrucción oral de un *catecúmeno*. Tal persona es o bien “un converso al cristianismo que recibe adiestramiento en la doctrina y la disciplina antes del bautismo” o uno “recibiendo instrucciones en las doctrinas básicas del cristianismo antes de su admisión para comulgar como membresía en una iglesia”.³⁶

Los catecúmenos de la iglesia romana, que a menudo son muy pobres, normalmente no pueden poseer o ser cuestionados sobre el catecismo completo de 1994, un libro largo y costoso con más de novecientas páginas. En la mayoría de los casos, él o ella podrían ser instruidos por medio de “una Fórmula Catequética Tradicional”. Por lo tanto, hasta que la iglesia romana la repudie explícitamente, con legitimidad podemos ver esta como otra versión oficial, aunque abreviada. Para la mayoría de las personas, esta es una alternativa al libro más grande, con la que, en todo caso, armoniza perfectamente.

Urías Smith, cuya gran obra sobre Daniel y Apocalipsis apareció por primera vez hace más de uno siglo, conecta los cambios que el Anticristo haría en la ley—predichos en Dan. 7:25—con el Decálogo abreviado en los catecismos formularios que la iglesia romana estaba usando en sus días. Se refiere, entre otras cosas, a los de Keenan y Geiermann “y muchos más como ellos”.³⁷ Todavía existía un *Catecismo Doctrinal* por Stephan Keenan en 1851.³⁸ El catecismo de Geiermann, similar, ha tenido una larga vida en los estantes de venta, y fue publicado otra vez en 1930 bajo el título del *Catecismo del Converso de la Doctrina Católica*. Su reimpresión de 1946 contiene la aprobación oficial del Arzobispo Joannes J. Glennon, S.T.D., en 1945.³⁹

En una edición previa de este libro, reprodujimos los Diez Mandamientos de acuerdo con Keenan y Geiermann, “con supresiones papales”. Un revisor del libro objetó este como un catecismo

“arcaico”. Dijo, de hecho, que era “obsoleto” y creía que ya no era válido. Keenan y Geiermann usaron una traducción más antigua de la Biblia con varias formas arcaicas del inglés, lo que constituye el total de su supuesto carácter arcaico. Su texto, sin embargo, es idéntico al de la Fórmula Catequética Tradicional dada en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, de 1994, exceptuando Éx. 20:8. Keenan y Geiermann todavía tuvieron la gentileza de decir: “Acuérdate del día sábado para santificarlo” (NRV 1995), aunque también omitieron el resto del mandamiento.⁴⁰ Para este, la “Fórmula Catequética Tradicional” lo ha sustituido con la más audaz alteración “Acuérdate de santificar el día del SEÑOR”.

¿Cuándo se hizo esto? Pareciera, al menos en el mundo anglófono, que esto ocurrió hace aproximadamente sesenta años, a mediados del siglo veinte, pues la sustitución aparece en el *Nuevo Catecismo de Baltimore y Misa*, por el Padre McGuire, en 1949. Este lleva, entre otros, la aprobación oficial del Cardenal Francis Spellman, Arzobispo de Nueva York (quien encabezó la iglesia romana en Norteamérica) y presenta los Diez Mandamientos con la misma redacción que Keenan y Geiermann, excepto por aquel que hace referencia al Sábado.

La versión de McGuire es, entonces, “Acuérdate de santificar el día del Señor”.⁴¹ A los niños y a otros a quienes apunta este catecismo, esto se les explica por medio de las siguientes preguntas y respuestas:

234. ¿Cuál es el tercer mandamiento de Dios? El tercer mandamiento de Dios es: Acuérdate de santificar el día del Señor.

235. ¿Por qué la iglesia nos ordena que guardemos el Domingo como el día del Señor? La iglesia nos ordena guardar el Domingo como el día del Señor, porque en Domingo Cristo resucitó de entre los muertos, y en Domingo el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles.

236. ¿Qué nos ordena el tercer mandamiento? Por el tercer mandamiento se nos ordena adorar a Dios en una manera especial el Domingo, el día del Señor.

237. ¿Cómo nos ordena la iglesia que adoremos a Dios el Domingo? La iglesia nos ordena que adoremos a Dios el Domingo asistiendo al Sacrificio Sagrado de la Misa.⁴²

IX

Notamos que en su artículo titulado “El Tercer Mandamiento” el Catecismo de 1994 básicamente ha regresado a la redacción de Keenan y Geiermann, “Acuérdate de santificar el día de reposo”. Habla ahora de seis días hábiles y de descansar en el séptimo día, pero todavía oscurece el asunto eliminando la referencia a la semana de la creación. Además, dice ligeramente que el Sábado “ha sido reemplazado por el domingo”.⁴³ Al decir esto y citar la Fórmula Catequética Tradicional, reenfatiza su antigua postura sobre el cambio de la Ley.

Todo esto está en contradicción total con Éx. 20:8-11. La irrevocable Ley de Dios deja claro que el Sábado, el séptimo día de la semana, conmemora la creación. Su observancia es una señal eterna entre el Señor y su pueblo del pacto e invoca su poder santificador sobre sus vidas (Éx. 31:15-18; Eze. 20:12-20).

El Decálogo no dice nada acerca del “Domingo, el día del Señor”, la resurrección, ir a misa, ni nada semejante.

Notemos también cómo el *Nuevo Catecismo de Baltimore y Misa*, de McGuire, usa repetidamente las palabras “mandamientos” y “la iglesia nos ordena”.

Pero Jesús ha rechazado toda idea similar de antemano: “En vano me honran, cuando enseñan como doctrinas *mandamientos de hombres*” (Mar. 7:7, énfasis añadido). Indudablemente, la legislación religiosa que contradice la Biblia es iniquidad. Esto es parte del lenguaje de Pablo en su predicación sobre el Anticristo, cuya carrera retrató como inminente: “Porque el misterio de *iniquidad* ya está obrando, sólo espera que sea quitado de en medio el que ahora lo detiene. Entonces se manifestará aquel *inicuo*, a quien el Señor matará con el aliento de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.” (2 Tes. 2:7, 8) (Énfasis añadidos).

X

Comparemos ahora la Fórmula Catequética Tradicional con Ex. 20:1-17 secuencialmente, en mayor detalle:

Incluso una mirada superficial revela que esto es muy diferente a la Ley entregada a Moisés en el monte Sinaí. Más sorprendente son las muchas omisiones (más de 75% del total del texto). El segundo mandamiento en contra de la idolatría desaparece completamente. El resto ha sido reenumerado. Solamente cuatro de los mandamientos del Señor quedaron inalterados. Los otros seis han sido modificados todos, con más del 50 por ciento eliminado en cada caso.

Los Diez Mandamientos abreviados de la iglesia romana introducen—directamente o por implicación—no menos de quince cambios. Primero, las versiones católicas más breves omiten la identificación del legislador como el Dios del Éxodo. El Decálogo truncado podría bien ser la Ley de Moloc, de Baal, o del Señor Mitra.

Segundo, la abreviación deja fuera el hecho vital de que Dios no impone arbitrariamente los Diez Mandamientos; los enuncia, no sólo como el Creador sino también como el Dios Salvador de Israel. Es decir, primero redime y solamente después legisla a su pueblo. Esto enseña lo que los teólogos llaman gracia preventiva y la amante compasión de Dios, la que también es una doctrina del Nuevo Testamento.

En tercer lugar, omitir el segundo mandamiento legitima la idolatría. La Ley de Dios dice que ni siquiera se les permite a las personas hacer imágenes talladas para propósitos religiosos, y no deben arrodillarse ante ellas o “servirlas” de ninguna manera. Esto también es aplicable a la adoración de los santos—quienes son

realmente los espíritus de los muertos—y a María, la madre de Jesús. Dios siempre ha tratado con fuerza la idolatría de cualquier tipo. En tiempos remotos, provocó que él destruyera el reino del norte de Israel (1 Reyes 12; 28-32; 17:7-12).

En cuarto lugar, el omitido segundo mandamiento no habla solamente de la severidad del Señor hacia los idólatras y su descendencia que siguiera tras sus pasos; también menciona su misericordia por miles de generaciones de los que lo aman y obedecen. Jesús prácticamente estaba citando este pasaje cuando dijo, “Si me amáis, guardaréis mis Mandamientos” (Juan 14:15). Esto se desecha.

En quinto lugar, el catolicismo omite la advertencia de que aquellos que tomen el nombre de Dios en vano serán castigados.

En sexto lugar, el mandamiento sobre el Sábado ha sido mutilado exhaustivamente para ocultar su identidad como séptimo día de la semana, como quedó definido por la creación del mundo. En Keenan y Geiermann, solamente ocho (8.5 por ciento) de sus noventa y cuatro palabras originales fueron conservadas. La más reciente Fórmula Catequética Tradicional es aún peor. De Éx. 20:9-11, el mandamiento más largo del Decálogo, ha retenido solamente cinco palabras: “Acuérdate del . . . para santificarlo . . .”—y oblitera toda referencia sobre el Sábado bíblico. Sustituirlo con: “Acuérdate de santificar el día del Señor” es una alteración total. A pesar de todo el Señor, quien hizo los cielos y la tierra, insiste en que debemos descansar en el séptimo día de la semana. La razón que da para instituir el Sábado es que entonces descansó, regocijándose de la obra que había creado, y quiere que nosotros todos conmemoremos algunos hechos muy importantes. Éstos son que: Él es el creador, el propietario y por lo tanto el legislador legítimo para este planeta. ¿Pero qué ocurre si lo abreviamos como en todos estos catecismos, culminando en la Fórmula Catequética Tradicional? Los clérigos pueden engañar a los catecúmenos a creer que el Decálogo que el Todopoderoso dio en el Sinaí hace referencia al Domingo, el primer día de la semana.

De acuerdo con la profecía de Dan. 7:25, el Cuerno Pequeño pensaría en cambiar los tiempos y la Ley. Ambos elementos están involucrados en la adulteración del cuarto mandamiento. La Fórmula Catequética Tradicional, incluyendo sus versiones más antiguas—como Keenan y Geiermann—constituyen evidencias documentales sólidas de que éste ha hecho exactamente esto, por mucho tiempo.

En séptimo lugar, ocultando la identidad del legislador, la revisión católica del cuarto mandamiento puede, como en el primero, ser un mandamiento de cualquier deidad, como Moloc, Baal, o el Señor Mitra. Históricamente, el *dies solis* (día del sol), que Constantino instituyó en 321 d.C. con el apoyo entusiasta de los obispos de su tiempo, transformó al Sábado del Dios creador y de su Mesías en un memorial al dios sol. Y éste es el por qué, hasta el día de hoy, la iglesia romana abrevia el cuarto mandamiento.

Octavo, la compasión de Dios no se menciona otra vez; él tiene

compasión de los siervos—aún de los esclavos—y de los animales, porque ordena que también a ellos debe permitírseles descansar.

Noveno, esta drástica cirugía del cuarto mandamiento extirpa importantes vínculos entre Israel y los creyentes no judíos (los gentiles). Éx. 20:10-11 demuestra que todas las personas deben guardar el Sábado. Aquel que había hecho el mundo lo pronunció santo, instituyéndolo al final de la creación y de la primera semana de tiempo (Gen. 2:2-3), antes de que hubiera un solo israelita o judío en el mundo. Los únicos que descansaron aquel primer Sábado, cuando el mundo era nuevo, fueron Adán y Eva, los antepasados de toda la raza humana. En consonancia, Dios en el Sinaí decretó que el cuarto mandamiento era aplicable no sólo a todo el mundo de ascendencia hebrea, sino también al “extranjero que está dentro de tus puertas”. Por doquier la Biblia pronuncia una bendición especial sobre los gentiles que observan el Sábado, porque ellos “abrazan mi pacto” (Isa. 56:2, 6).

Esta última Escritura los conecta con las promesas del Señor a Abraham, a través de quien “todas las familias de la tierra” serían bendecidas (Gén. 12:3), porque el Redentor es su descendiente. El apóstol Pablo escribió, “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gál. 3:29). Pero con las relevantes palabras omitidas en el mandamiento del Sábado, el Decálogo—tanto como el Viejo y el Nuevo pacto formulados en relación con él—es solamente para israelitas y judíos literales, siendo excluidas del reino de Dios otras nacionalidades. Su única esperanza sería convertirse al judaísmo. Esto es exactamente lo que muchos judíos en ocasiones han creído, incluyendo cristianos judaizantes, que consternaron a los gentiles a quienes Pablo y Bernabé habían convertido en su primer viaje misionero: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1). Una reliquia moderna de esta idea son los Gentiles del Sábado, a quienes los judíos ortodoxos emplean para cumplir algunas funciones en el séptimo día, necesarias para la vida cotidiana, pero que ellos creen que la Ley no les permite hacer a ellos. Éstos, a propósito, también es mirar con un ojo ciego a las palabras “ni. . . tu siervo, ni tu criada”.

En décimo lugar, se pone a un lado la ética del trabajo. El mandamiento del Sábado no sólo le ordena a cada ser humano que descansa en el séptimo día, sino también hacer “toda tu obra” durante el resto de la semana—cada cual de acuerdo con sus talentos, habilidades, estado de salud y circunstancias. La ociosidad está prohibida, como lo está el aprovechamiento parasitario del trabajo de otras personas. El apóstol Pablo exhorta a sus lectores a que “ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos” (1 Tes. 4:11). Tales ideas, que han hecho prosperar a personas, familias y naciones enteras, están respaldadas por el cuarto mandamiento.

En undécimo lugar, en su Fórmula Catequética Tradicional el Cuerno Pequeño ha borrado la promesa de longevidad para los hijos e hijas que honren realmente a su padre y a su madre, junto con la

implicación de que dejar de hacerlo puede acortar sus vidas. En el caso de aquellos que toman votos monásticos, tal omisión le permite a la iglesia privar a sus padres del apoyo físico y financiero al que están autorizados. Jesús mismo condenó un abuso similar por los escribas y fariseos de su tiempo (Marcos 7:9-13). Otra vez, la compasión de Dios ha sido plenamente omitida.

En duodécimo lugar, el último mandamiento del Decálogo ha sido dividido en dos. Este trata de encubrir el hecho de que omitir la prohibición contra la idolatría ha eliminado una décima parte de la Ley de Dios—lo que a propósito, quiere decir que la iglesia romana tiene solamente nueve en lugar de diez mandamientos.

Decimotercero, se invierte el orden de las prohibiciones en contra de la codicia, pues Éx. 20:17 menciona la casa del prójimo *antes* que la esposa del prójimo.

Decimocuarto, omitir las palabras “tu siervo o tu criada” estrecha el foco del mandamiento en su aplicación directa a los seres humanos.

Decimoquinto, dejar afuera “ni cosa alguna de tu prójimo” y usar la palabra “bienes” limita la prohibición a las cosas materiales, aunque su intención sea más abarcante.

Estos muchos cambios han corrompido gravemente la Ley de Dios como ha sido a menudo enseñada a niños y a adultos desprevenidos, por muchas generaciones.

XI

Miremos un poco más de cerca el curioso tratamiento del último mandamiento, que la iglesia romana ha dividido en dos. Encontramos un foco extrañamente angosto sobre “la esposa de tu prójimo” en el *Catecismo Católico de Bolsillo* (1989) por John A. Hardon, S.J. (1914-2000). De acuerdo con el tributo a la memoria de este hombre por Dave Armstrong, Hardon era un erudito sacerdote jesuita, profesor de universidad y escritor prolífico muy preocupado por la ortodoxia en su iglesia—así como “un asociado y consejero cercano” tanto del Papa Pablo VI como de Juan Pablo II. “Era uno de los principales catequistas del mundo (quien influyó grandemente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*) . . .”⁴⁴

Hardon limita la prohibición sobre la codicia al *deseo lujurioso*, en relación con la esposa del prójimo: “En la versión católica del Decálogo, el sexto y noveno mandamientos son acoplados juntos. Ambos prescriben la práctica de la castidad”.⁴⁵ Él se explaya bastante en el concepto, diciendo, entre otras cosas, que “Jesús repitió el Sexto y Noveno Mandamiento pero los elevó en tal manera que había sido el precepto más absorbente de la Nueva Ley”.⁴⁶ Visto desde el punto de vista de sacerdotes, monjes y monjas católicos, que a menudo luchan duro para conservar su celibato, esto es indudablemente cierto. Sin embargo, cuando el Redentor habló en contra de desear lujurisamente a una mujer, no estaba haciendo referencia a dos mandamientos, sino solamente a uno, concretamente “No cometerás adulterio” (Mat. 5:27).

Permanece el hecho de que el último mandamiento dice que uno no debe *codiciar* a la esposa del prójimo, lo que es un concepto mucho más amplio que desearla lujuriosamente. Un hombre es más que un animal sexual. Su interés en una mujer a menudo va más allá del simple deseo físico. Puede apreciar su gracia, su amistad, su inteligencia, su generosidad, su espíritu de abnegación . . . y codiciar todas estas cosas en una a quien admira, aún cuando ya esté casada con otra persona—es decir, puede quererla por más que solamente su cuerpo. La Ley de Dios prohíbe todo esto, y no solamente la lujuria. Codiciar a la esposa de otro para algo más que propósitos sexuales puede incitar a que un hombre la separe de su marido y se case con ella él mismo, quizás cometiendo primero un homicidio, algo que ha ocurrido a menudo. El mandamiento, por ningún medio, está limitado a prescribir castidad.

Y encima de todo, el deseo por las pertenencias terrenales de otra persona, incluido en la misma prohibición, puede y de hecho se torna amenaza más grande que el erotismo en muchas mentes. Es por eso que los Diez Mandamientos, como su autor los escribió originalmente, mencionan la casa del prójimo antes que su esposa. Nótese cómo el gran apóstol advirtió que “raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim. 6:10).

El mandamiento en contra de la codicia no está, como sí lo tiene la Fórmula Catequética Tradicional, limitado a la esposa o los bienes del prójimo. Esta palabra insertada no puede, por ejemplo, sustituir al “siervo” o a la “criada”, lo que puede incluir a un empleado valioso. ¿Puede estar mal un interés envidioso por tal persona? La Biblia dice que es posible. Por ejemplo, es pecado codiciar y luego de manera inmoral atraer a a un ejecutivo del más alto nivel de otra compañía—quizás con la intención de robar también sus secretos comerciales, conocidos por tal “siervo” o “criada”.

Además, la frase “ni cosa alguna de tu prójimo” va mucho más allá del significado concreto de *bienes* como se sobreentienden normalmente. Entre otras cosas, estas palabras cubren la propiedad intelectual de otra persona, si está protegida por patentes o derecho de autor. También prohíbe que un gobierno codicie un territorio que pertenece a otro país, pues abrigar tal idea puede resultar en una guerra de conquista, que es robo a mano armada, robo en el grado más alto.

Acortar y dividir el último mandamiento ha reducido enormemente su alcance.

XII

Un teólogo de la iglesia romana puede argüir que la Fórmula Catequética Tradicional era sólo un resumen de los Diez Mandamientos, cuyo texto completo aparece en las traducciones de la Biblia Católica. Pero ése no es el punto. Como hemos notado, resúmenes como éste han recibido respaldo oficial en forma de aprobación oficial de un obispo, y han sido muy “utilizados para enseñar al laicado”.⁴⁷ Y ahora, siendo también citada en el más reciente y abarcante Catecismo, todavía disfruta de la autorización

de su iglesia.

Imprimir una abreviación de la Ley de Dios en un libro dedicado a enseñar a los creyentes es un error que desviará al confiado. Cuando la exactitud es crítica para una discusión, los estatutos deben ser citados literalmente, y siempre en su totalidad; porque su redacción específica es enormemente importante, como a menudo demuestran los casos en tribunales. Añadir a, eliminar de, o tan siquiera distorsionar algunas palabras puede cambiar o frustrar totalmente cualquier elemento de legislación.

Por ejemplo, Marchetti y Marks señalan cómo la Agencia Central de Inteligencia (CIA) cambió profundamente de ser un organismo para coordinar y analizar la inteligencia a disposición de departamentos gubernamentales a ser un instrumento de acciones encubiertas, asumiendo “el derecho de intervenir en secreto en los asuntos de otras naciones”.⁴⁸ Esta modificación resultó de añadir sólo diecinueve “palabras inocuas” al Acta de la Agencia Central de Inteligencia de 1947, concretamente “dichas otras funciones y servicios relacionados con la inteligencia según el Consejo de Seguridad Nacional pueda orientar de vez en cuando”.⁴⁹ Esto provocó que la organización se desviara abruptamente de su propósito original. La conclusión de estos escritores es que “La tarea principal de la CIA no es coordinar los esfuerzos de inteligencia de los EE.UU., o ni siquiera producir conclusiones de inteligencia nacional para los políticos. Su trabajo es, para bien o para mal, dirigir la política exterior encubierta del gobierno”.⁵⁰

El presidente Truman, que después llegó a lamentar el haber creado la Agencia, dijo lo mismo de una manera más enérgica: “Esos tipos en la Agencia Central de Inteligencia no sólo informan sobre las guerras y conflictos semejantes, también salen y hacen sus propias guerras”. Él incluso pensaba que esta se había “convertido en un gobierno en sí mismo y completamente confidencial”, lo que era muy peligroso para una sociedad democrática.⁵¹

Los resultados han sido dramáticos, como se muestra en el documental de televisión “La CIA: Guerreros Secretos de Norteamérica”, emitido por el Discovery Channel el 2 de abril de 1997.⁵² Para promover los intereses de los Estados Unidos, estos operadores incluso entrenaron contra-terroristas en el extranjero y pusieron a tiranos en algunos países. A menudo esto desencadenó la ley de las consecuencias no intencionadas, o *golpe de retroceso*, como lo llama la CIA—por ejemplo, crear en el Golfo Pérsico dos importantes enemigos para los Estados Unidos: Irán e Irak. Todo esto ha sido consecuencia de modificar una ley añadiendo sólo diecinueve palabras adicionales. Aún más graves han sido los resultados de adulterar eclesiásticamente la ley fundacional de Dios para la raza humana. El catecismo abreviado del Cuerno Pequeño, citado anteriormente, ha eliminado más de 240 palabras (¾ partes de la Ley), ha reordenado el texto, y sustituido palabras individuales. ¡Imagine a alguien tratando de hacer eso a la Constitución de los Estados Unidos!

XIII

Las críticas en contra de todos estos cambios a la Ley de Dios no han pasado inadvertidas por la iglesia romana. Encontramos un interesante intento de refutación en el catecismo de Hardon, que ya hemos citado anteriormente. Dice:

“Hay cierta diferencia en la numeración de los Diez Mandamientos. En las iglesias griegas, anglicanas y protestantes—excluyendo la luterana—la prohibición de la falsa adoración se convierte en dos mandamientos; hay un mandamiento separado sobre ‘imágenes talladas’. Entonces, para mantener el número diez, el precepto en contra de la codicia se combina con la prohibición de deseos lujuriosos”.⁵³

Superficialmente éste es un argumento bastante ingenioso. Dice, “No, el resto de ustedes está equivocado. Es *usted* el que ha cambiado la Ley, poniendo un énfasis excesivo sobre la parte que trata con los ídolos, y es *usted* quien ha combinado los últimos dos mandamientos”.

Pero eso es descaradamente falso. Los mandamientos como salieron del dedo escribano de Dios permanecen inalterados en las Escrituras Hebreas, cuidadosamente guardados por el pueblo israelita y judío desde mucho antes de la aparición del Cuerno Pequeño. Las versiones protestantes tradicionales, incluyendo la King James (Rey Santiago), reflejan fielmente el original. Incluso muchas traducciones bíblicas de la iglesia católica lo han hecho, pero—como hemos visto—sus catecismos no se basan en éstas. El lector no necesita dudar de esto: La iglesia romana y el papado *sí* dividieron el último mandamiento y también invirtieron el orden de “la casa de su prójimo” y “la esposa de su prójimo”.

Por supuesto, también en la Biblia hay diferencias entre el Decálogo que aparece en Éx. 20 y el que aparece en Deut. 5:6-21, donde Moisés citó la Ley algo liberalmente. Pero es importante notar que aquí no estaba legislando; no se habría atrevido a pecar haciendo lo que corresponde sólo a Dios. Él estaba, más bien, predicando un sermón y aplicando el Decálogo a la situación específica de Israel. En todo caso, ¿debemos dar prioridad a Moisés o a Dios, el autor de los Diez Mandamientos?

XIV

Sin embargo, los teólogos de la iglesia romana insistirán en que el Señor Jesús y sus apóstoles les dieron a sus supuestos sucesores, los pontífices, el poder para abolir el mandamiento contra las imágenes, para cambiar el Sábado, y para modificar el Decálogo en cualquier manera en que quisieran hacerlo. Por ejemplo, Lucius Ferraris, un escritor católico del siglo XVIII, afirma que “El Papa es de tan gran autoridad y poder que puede modificar, explicar, o incluso interpretar leyes divinas”.⁵⁴

Esta línea de pensamiento es, sin embargo, contradicha por el propio veto de Dios, dado con anticipación a través de Moisés, para proteger a su Decálogo contra el Cuerno Pequeño y otros blasfemos.

Citémoslo otra vez: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deut. 4:2).

Incluso un escritor corriente y humano no le gusta ser tratado injustamente al ser citado de manera incorrecta. Esto incluso puede ser base para una demanda judicial. ¿Cómo entonces el autor de los Diez Mandamientos—quién como hacedor y propietario del universo es su supremo legislador—va a considerar la adulteración de su Ley?

Algunos, protestantes incluidos, se atreven a argumentar que Jesús hizo cambios en los Diez Mandamientos, cuando estuvo en la Tierra. Otros incluso enseñan que los abolió totalmente al morir en la cruz. Pero en el inolvidable Sermón del Monte, Jesús dejó sumamente claro que no estaba socavando las Escrituras del Antiguo Testamento en ninguna manera. Exaltó la Ley, que permanecerá inalterable hasta el final de los tiempos: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mat. 5:17, 18).

Cuando él tomó sobre sí nuestra naturaleza, el Redentor tuvo que honrar y obedecer los Diez Mandamientos como cada hijo de la humanidad. Hacerlo de manera diferente lo habría descalificado a Él como nuestro Salvador. Él fue “nacido bajo la Ley” (Gal. 4:4), así que violarla o adulterarla lo habría hecho caer en pecado y lo habría convertido en un rebelde contra su Padre celestial. Así lo hizo Lucifer.

Cuando el Salvador murió en la cruz, estaba haciendo más que proveer perdón para los pecadores arrepentidos. También estaba confirmando la santidad de una Ley inalterable. De las razones para la encarnación del Mesías, leemos: “Has amado la justicia, y aborrecido la maldad” (Heb. 1:9). Para mantener simultáneamente la compasión y la justicia de la sagrada Trinidad, Jesús tenía que morir. Si hubiera existido otra manera, el Altísimo seguramente la habría escogido, para ahorrarle a su Hijo y a Sí mismo tal agonía. Pero no había alternativa. La crucifixión es el argumento afianzador contra todos los que tan ligeramente desean apartar su obligación de, a través de la gracia habilitante de Dios, guardar los Diez Mandamientos, con todo lo que implican. Esta Ley es tan inalterable como el Todopoderoso mismo. Hace mucho Él dijo, “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Mal. 3:6), y el Nuevo Testamento nos dice “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Heb. 13:8). Es poco sabio pasar por alto este hecho crucial cuando reflexionamos sobre el estatus del cuarto mandamiento, pues “El Hijo del hombre es Señor aun del sábado” (Luc. 6:5, RV 95).

También es incorrecto hablar, como hacen los católicos y otros cambiadores de la Ley, de una Vieja Ley y la Nueva Ley. En este contexto, el Todopoderoso reconoce solamente sus Diez Mandamientos originales con exactamente la redacción que grabó en las dos tablas de piedra hace más de tres milenios. Fueron y todavía son

perfectas. Él no es un hombre que se equivoca y necesita cortar y cambiar.

La tradición es una base inaceptable de fe y doctrina, porque a menudo contradice a la Biblia. Es también inverosímil suponer que Jesús les hubiera dado a los cristianos el derecho de cambiar la Ley, después de rechazar enfáticamente las tradiciones judías que la socavaban. Y encima de todo, cuando miró al futuro, vio—como Daniel—un poder que “pensará en cambiar los tiempos y la Ley” (Dan. 7:25). Los clérigos se atreverían orgullosamente a intentar forzar la única parte de la Biblia escrita por Dios mismo. Fue esta presciencia, creemos, que incitó a Jesús a decir, “cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mat. 5:19). Él no se refería a que los transgresores impenitentes de la Ley estarían en el reino, simplemente dijo cómo Dios, los santos ángeles y los seres de otros mundos los tratarían en contraste con los seguidores obedientes del Señor. El Hijo de perdición y todos los que sigan sus pisadas serán despreciados por la eternidad. Esta idea también se encuentra en Dan. 12:2: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”.

XV

Las formas acortadas del Decálogo en la actualidad ya no están limitadas a los católicos. También los protestantes las están usando. Notemos aquí brevemente sólo dos ejemplos.

Hace algunos años en una tienda, vi entre sus ornamentos religiosos lo que parecía ser una réplica de la Ley. Estaba grabada en dos pequeñas tablas de piedra, y se leían de la siguiente manera:

I

No tendrás otros dioses delante de mí.

II

No te harás imagen de adoración.

III

No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios.

IV

Acuérdate del día sábado, para santificarlo.

V

Honra a tu padre y a tu madre.

VI

No matarás.

VII

No cometerás adulterio.

VIII

No robarás.

IX

No dirás falso testimonio contra tu prójimo.

X

No codiciarás.

El origen del texto sobre el que se basaba este adorno es oscuro. Es, sin embargo, tan similar a la Fórmula Catequética Tradicional de la iglesia romana, especialmente como fuera presentada por Keenan y Geiermann, que su deuda con la tradición papal apenas puede ponerse en duda. Sin embargo, su numeración, así como la manera en que divide el Decálogo en Diez Mandamientos es puramente protestante. Pudiera considerarse, por lo tanto, una versión ecuménica. Por sus muchas omisiones, más de 75% del Decálogo, manifiesta casi todos los defectos detallados anteriormente.

Se acerca mucho al texto que adornaba el monumento de granito de 2395 kilogramos (5,280 libras) que Roy Moore, Presidente de la Corte Suprema de Alabama, puso en su juzgado de Montgomery en agosto del 2001. Aunque fuera “pagado por un grupo evangélico”, llegó a ser conocido rápidamente como la Roca de Roy, porque nadie y nada pudo prevalecer contra él para quitarlo otra vez. El 18 de noviembre de 2002, el juez federal Myron H. Thompson le ordenó que lo retirara, porque infringía la Constitución de los Estados Unidos, que en su Primera Enmienda prohíbe el establecimiento de la religión por el estado. Moore decidió hacer un llamamiento contra ese fallo,⁵⁵ pero todos sus intentos en esta dirección fracasaron. En agosto de 2003, el monumento finalmente fue removido, y en noviembre del mismo año la Corte Suprema de los Estados Unidos se negó a reconsiderar el caso.

Lo que ningún juez, ni Moore ni Thompson, parecen haber notado en su argumentación es que esta no era realmente la Ley de Dios como fuera declarada y escrita en el Sinaí. No como ningún abogado la hubiera visto e indudablemente no de acuerdo con cualquier judío cuidadoso, digamos, como el rey David o su descendiente Jesús de Nazaret, quienes se adhirieron estrechamente al Antiguo Testamento, escrupulosos sobre cada jota y cada tilde. Lo que el Señor había grabado en las tablas de piedra y había entregado a Moisés no estaba limitado a las palabras que pudieran aparecer en los catecismos católicos o que alguien un día cincelaría en la Roca de Roy. Y esto hace una gran diferencia, como un solo ejemplo ilustrará.

Para los autobuses llenos de evangélicos del sur que vinieron para admirar el monumento y en algunos casos incluso se arro-

dillaron en oración ante él,⁵⁶ el precepto abreviado “Acuérdate del día Sábado para santificarlo” seguramente significaba descansar el domingo. Pero, en su texto bíblico más completo de Éx. 20:8-11, el Dador de la Ley dejó muy claro que tenía algo más en mente: El santificar el *séptimo* día, Sábado, algo por lo que la mayor parte de la Norteamérica protestante y católica no haría.

Sin embargo, nuestro Salvador estará junto a la Ley, como fuera anunciada sobre el Sinaí y después reafirmada en el Sermón del Monte. El que se atreviere a añadir a, restar de, o en cualquier manera tratare de anular los mandamientos de Dios, no podrá hacerlo con impunidad.

XVI

El Cuerno Pequeño se ha atrevido a modificar el Decálogo, tal como la profecía de Dan. 7: 25 había dicho que lo haría. En un tiempo final de pruebas, él y muchos aliados ecuménicos y protestantes también se asociarán con los esfuerzos de Satanás, una vez más determinados a perseguir a la verdadera iglesia y “a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12:17). Éstos son, en los últimos días, los “santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apoc. 14:12). Avanzando hacia el conflicto final, ellos están vestidos de “toda la armadura de Dios”, y poderosamente equipados con “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efe. 6:11-17). Él ha hecho su pacto eterno con ellos. Habiendo quitado sus pecados, ha escrito sus leyes en sus mentes y corazones (Heb. 8:10-12); y como Sir Galahad, aquel tipo medieval de Cristo, podrán decir, “¡Mi fuerza es como la fuerza de diez, porque mi corazón es puro!”

A medida que la última gran tribulación se estrecha alrededor de ellos con su sufrimiento, recordarán las palabras que el Salvador pronunció justo antes de volver sus pasos hacia el Getsemani: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Además, saben que sin importar cuánto la bestia con dientes de hierro y garras de bronce pueda golpearlos, esta vez no le será permitido prevalecer como en épocas pasadas. Finalmente, Babilonia ha caído y está pronta a perecer. El Segundo Advenimiento está cerca, y el poderoso Ayudador está en camino a liberarlos.

“Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Sal. 119:165).

Parte 5

Once Cuernos

20 Los Diez Cuernos

I

Un rasgo peculiar de la visión de la cuarta bestia en Daniel eran sus diez cuernos, más tarde reducidos a siete. Ahora, miremos éstos más atentamente.

Es obvio el paralelo entre los diez cuernos y los diez dedos del pie de la imagen de Nabucodonosor. Ambos símbolos representan a los pueblos germánicos (llamados a menudo *germanos*) que conquistaron al Imperio Romano Occidental y posteriormente se convirtieron en naciones europeas que todavía existen.

Su historia comienza aproximadamente en 1800 a.C., en la costa oriental del Mar del Norte, cuando los pueblos megalíticos se mezclaron con inmigrantes de lo que después sería la Alemania media.¹ Primero se expandieron hacia el sur de Escandinavia y hacia el resto de Alemania. Después se movieron hacia áreas cercanas. Pero por mucho tiempo el camino hacia el sur, más cálido, estuvo bloqueado por estados poderosos, especialmente el Imperio Romano.

Los antiguos germanos, luego, emigraron desde el noroeste de Europa, hablando al principio una sola lengua. Ya en días de Cristo, todavía podían, más o menos, comprenderse mutuamente sus dialectos. De éstos dialectos se derivó posteriormente el alemán moderno—pero también las lenguas escandinavas, así como el afrikáans, el inglés, el holandés, etcétera.

En épocas de paz, no había autoridad central que uniera a los varios clanes de la tribu. Manejaban sus propios asuntos a través de consejos locales y líderes elegidos. Cuando un conflicto requería la opción de un jefe de la guerra, también tenía que ser votado.² Esta democracia, primitiva pero genuina, fue gradualmente socavada cuando apareció la monarquía, aunque gran parte de ella perduraría hasta que la monarquía cayera bajo influencia católica.

Estos germanos eran esencialmente lo que hoy llamaríamos una nación del tercer mundo. En muchos sentidos, su estilo de vida se parecía al de muchos africanos. Naidis dice: “La sociedad de los pueblos germánicos se basaba en la familia extendida, en la que varias familias formaban un clan, y varios clanes una tribu”.³ Originalmente, su principal fuente de alimento no eran los cultivos, sino el ganado vacuno de propiedad privada.⁴ Practicaban una agricultura primitiva comunitaria. La tierra no pertenecía a individuos sino a la tribu; todos los años los jefes germanos reasignaban porciones de esta a las familias.⁵

Esto evoca las costumbres xhosa y zulú en Sudáfrica. Como en cualquier otro lugar del mundo, era un sistema más bien improductivo, viviendo las personas a un nivel de subsistencia, es decir, sobreviviendo apenas. Esto, con condiciones climáticas que empeoraban y una población siempre creciente, ejerció la presión que generó un movimiento migratorio. Por mucho tiempo, sin embargo, se vieron demorados en el Rin y en el Danubio, donde guarniciones

romanas vigilaban la frontera. De acuerdo con una versión más vieja de la historia, generalmente enseñada en la escuela, el imperio cayó en el año 476 porque los bárbaros lo invadieron. Pero esa afirmación es muy engañosa; contiene cuatro imprecisiones, a saber, la idea de un imperio derrocado, la fecha, que etiqueta a todos los germanos como bárbaros, y la teoría de la invasión. Tratemos brevemente con estos puntos.

II

Primero, el imperio no *cayó* de repente; se fragmentó en pedazos, muchos de los cuales trataron de permanecer tan romanos como les fuera posible. Este proceso comenzó en el siglo IV de nuestra era, cuando Diocleciano dividió el reino en los sectores Oriental y Occidental. Luego, en el siglo quinto, el Occidental se fragmentó en reinos distintos.

Segundo, 476 no es una fecha tan importante como solía pensar la gente de una generación anterior. Es cierto que en ese año Italia pasó por un cambio de dirección, cuando el ya bastante inútil emperador occidental fue derrocado, de manera que Odoacro—un hérulo—pudo declararse rey. Pero éste último todavía reconocía como su jefe supremo al emperador superior y *real*, quien gobernaba desde Constantinopla. Odoacro le envió incluso la insignia imperial de Occidente.⁶

Los bizantinos, aunque a veces impotentes, todavía jugaron un papel importante en los asuntos italianos por varios siglos después de 476. Un ejemplo sorprendente fue el emperador Zenón. Usando su puesto y el inmenso prestigio de ser romano, fue capaz de tramar la caída de Odoacro dirigiendo contra él las energías de Teodorico, el ostrogodo.

En 476, el último gran emperador romano, Justiniano I (483-565), no había nacido todavía. Gobernando desde Constantinopla, finalmente habría de reconquistar a Italia. Después el poder bizantino sufriría serios retrocesos, aunque bajo Heraclio (c. 575-41) se restableció a tal extensión que antes de principios del siglo VIII la mayoría de los papas eran grecoparlantes,⁷ y Roma estaba siendo rehelenizada.⁸

Con dos excepciones, las que trataremos con posterioridad, se suspendieron los intentos germanos de dominar Italia. Entonces, por extraño que pudiera parecer, la península en su mayor extensión permaneció siendo parte del Imperio Romano *Oriental*, hasta la época cuando el papa, oprimido por los lombardos y exasperado por la incapacidad de los bizantinos para ayudarlo, buscó apoyo en una nueva superpotencia en occidente: Los francos. Cuando el pontífice coronó a Carlomagno como emperador en 800 d.C., Constantinopla finalmente dejó de jugar un papel importante en Italia.

En tercer lugar, un vasto número de germanos, habiendo vivido en el imperio por generaciones, no eran realmente bárbaros. Ésa era solamente una manera en que los romanos prejuiciosos los llamaban.

Originalmente la palabra *bárbaro* significaba alguien cuya lengua materna no era griega y era, por lo tanto, incomprendible para aquellos que crecieron bajo ese idioma.⁹ Presuntamente, tal persona hablaba diciendo “bar-bar” todo el tiempo. Pero pronto la palabra *bárbaro* adquirió la mayor parte de su connotación actual: Alguien que es salvaje, poco cultivado, toscos.

Al principio, los griegos también aplicaron esta palabra a los romanos, quizás no injustamente; por su crueldad absoluta éstos siempre superaban a cualquier pueblo meramente retrasado de Europa. Además, su grosero materialismo era repelente. Basil Davenport es muy presumido sobre ellos: “El Rey de Brobdingnag, mirando a Roma con la superioridad que resulta de tener sesenta pies de estatura, podría haber dicho que, desde las guerras púnicas, su historia interna es la de una próspera pandilla de degolladores peleándose por la división del botín”.¹⁰

Pero después de que estos occidentales habían conquistado incluso a los griegos, ya no era una idea muy segura el llamarlos bárbaros. En vez de ello, los romanos, cada vez más helenizados, asumieron *su* superioridad natural y cayeron en el hábito de usar esa palabra para describir a otros pueblos a los que miraban con superioridad.

A veces éstos realmente eran atrasados, pero los romanos también desarrollaron un generalizado estereotipo de “nativos toscos, bebedores de cerveza, libertinos y destructores”.¹¹ Simplemente se negaron a creer que los germanos pudieran, alguna vez, llegar a ser realmente civilizados. Al final, la palabra *bárbaro* era sólo un comentario racista.

En Italia tales insultos sobrevivieron por siglos. Dos ejemplos de eso pueden ser muy instructivos.

Cuando finalmente los descendientes de los germanos desarrollaron una arquitectura propia y construyeron sus maravillosas catedrales, los italianos se referían socarronamente a estas como edificios *góticos*. Esta palabra no tenía una connotación favorable en aquel entonces, como sí la tiene ahora, al evocar visiones de una belleza singular—como en dos iglesias incomparables, ambas llamadas *Nôtre Dame*: Una en París y la otra en Chartres. Todo lo contrario, en aquel entonces *gótico* significaba “tosco”, “barbárico”, un esfuerzo hacia atrás, tal como uno que podía asociarse con un godo “incivilizado”.¹²

Estas encantadoras catedrales, delicia a mis ojos en 1985 y 1991, no deben prácticamente nada a la tradición clásica, aún así los romanos nunca construyeron nada que las igualara. Ni siquiera los más talentosos atenienses pudieron hacerlo mejor. La *Nôtre Dame de Paris* es arquitectónicamente tan perfecta como el Partenón en la Acrópolis, pero todavía está intacta y no en ruinas. Y allí tenemos el grito de guerra *fuori i barbari* (“afuera los bárbaros”) de Julio II (1503-13), el culto papa guerrero quien personalmente hizo una campaña a caballo contra sus enemigos. ¿Quiénes, podríamos preguntar, eran los bárbaros a quienes estaba tan deseoso de expulsar de Italia? Los franceses,¹³ a las órdenes del futuro Fran-

cisco I—un príncipe “al que una educación particularmente cuidadosa había pulido”,¹⁴ devino después “preeminentemente el rey del Renacimiento francés”.¹⁵

Cuando él aplicó la palabra *bárbaros* a la misma nación que ya había construido las catedrales más hermosas del mundo entero, el papa solamente estaba haciendo eco de los prejuicios de los romanos, quienes no siempre fueron más cultos que aquellos a quienes despreciaban.

La cuarta razón para rechazar el punto de vista tradicional sobre por qué el imperio llegó a su fin, es que solamente algunos de los germanos eran invasores. En un examen más cercano, muchos de ellos resultaron haber sido inmigrantes, personas en general tranquilas. Fueron admitidos e incluso traídos en ocasiones por los mismos romanos.

Las verdaderas invasiones bárbaras caracterizaron el problemático siglo que comenzó en la época de Marco Aurelio, pero pronto se desarrolló una relación algo diferente.

Los germanos siguieron penetrando en el imperio por razones puramente económicas, “los hábiles comerciantes tribales—carpinteros, jardineros, herreros, etcétera . . . en busca de sueldos en efectivo, o sueldos más altos. Y se habían unido al ejército romano, como personas y como unidades”.¹⁶ Para 476 d.C., ya habían estado en el imperio por trescientos años, pues “tan temprano como en el reinado de Marco Aurelio (121-80) se les permitió a grupos de germanos asentarse en la región y unirse al ejército romano ellos mismos”.¹⁷

La razón para esto es que desde tiempos tan remotos como el de Augusto, el imperio había estado padeciendo de una muy declinante tasa de natalidad, lo que despobló las zonas rurales, perjudicó la economía, e incrementó las cargas tributarias. Las más afectadas fueron las clases altas, que producían la mayoría de los intelectuales y personas educadas. Esto minó insidiosamente la eficiencia administrativa e incrementó la tendencia a la guerra civil. Presionante era, sin embargo, la escasez de soldados.

Eileen Power aporta un resumen gráfico de la situación: “Para curar esta enfermedad poblacional los gobernantes romanos no conocían ninguna otra manera que medicarla con el vigor bárbaro. Sólo una pequeña inyección para comenzar, y luego más y más hasta que al final la sangre que fluyó en sus venas no era romana sino bárbara. Atraer a los germanos para colonizar la frontera, para labrar los campos, para alistarse los primeros en las tropas auxiliares y luego en las legiones, para llenar las grandes oficinas del estado . . .”¹⁸

Antes del siglo IV, el proceso ya estaba bien avanzado. Grant dice que Constantino importó hacia el imperio grandes números de vándalos, godos, tafaldi y sármatas. De los últimos mencionados puede haber sido no menos de 300,000, incluyendo mujeres y niños.¹⁹ El elemento romano original quedó diluido, especialmente en el ejército.²⁰ Los asociados militares más cercanos al emperador eran comandantes teutónicos, ya romanizados. Regimientos enteros

constaban de germanos. Incluso el ejército de Constantino que derrotó a Maxentio en la crucial y célebre batalla cerca del Puente Milviano estaba formado en gran parte por ellos.²¹ Esta tendencia continuó. “Tropas y comandantes germanos llegaron a dominar los ejércitos romanos a fines del siglo IV”.²² Al final, varios millones de estas personas deben haberse establecido en el imperio. Se asimilaron grandes números. Muchos “romanos” tenían antepasados “bárbaros”. De acuerdo con Johnson, “Los miembros tribales góticos y vándalos eran incapaces y, probablemente, no dispuestos a resistir la tendencia hacia la romanización; el latín o las lenguas romances devinieron lengua materna para la segunda generación y las sucesivas”.²³

Eso es muy sorprendente, y nada parecido a lo que leímos en los libros de historia más antiguos. Los inmigrantes pronto abandonaron su cultura original y hablaron una u otra variedad del latín. Y encima de todo, aunque sus parientes más allá de la frontera seguían siendo una amenaza, “fue solamente por la ayuda germana que el imperio pudo sobrevivir tanto tiempo”.²⁴

No refutamos la idea de pueblos teutónicos ejerciendo una presión ininterrumpida sobre la frontera romana, ni siquiera de invasiones reales. Para el imperio éstas fueron, a través de una gran parte de su historia, un simple hecho cotidiano. Al final los germanos, por supuesto, dismantelaron y conquistaron una estructura ya tambaleándose, pero no provocaron su caída. Hasta el día de hoy, los habitantes de Europa, incluyendo sus nortños, tienen una actitud en gran parte positiva hacia los romanos, la que heredaron de sus antepasados germánicos. Trevor-Roper deja claro que éstos nunca se vieron a sí mismos como destructores del imperio, sino que pensaban que lo estaban continuando. Aún más, “los reyes cristianos bárbaros que reinaron sobre Italia, Francia y España en los siglos quinto y sexto todavía se veían a sí mismos como romanos”.²⁵

Y con todo había algo desconcertante sobre los inmigrantes germánicos. Antes y después habían solicitado y adquirido la residencia permanente. En 212, el emperador Caracalla concedió la ciudadanía romana a cada habitante del imperio nacido libre,²⁶ incluyendo muchas personas cuyos antepasados habían sido “bárbaros”. Incluso algunos emperadores, como Constantino, pertenecieron a esta categoría. Ser romano ya no representaba necesariamente tener ascendencia italiana.

Todos estos germanos pudieron haber perdido su identidad original, como les ha sucedido a numerosos inmigrantes a los Estados Unidos en los cuatro siglos anteriores—aunque la situación de los hispanos actuales indica que un grupo grande con parientes más allá de la frontera no siempre es fácil de asimilar.

Tampoco fueron tan numerosos los miembros de las tribus germánicas que entraron después. Chester Starr comenta que “el mejor estimado del número de invasores los pone en un 5 por ciento de la población imperial” y señala que en todo el imperio su idioma desapareció, excepto en Gran Bretaña.²⁷

Sin embargo, más allá de cierto punto, los germanos no fueron asimilados o aceptados. ¿Por qué no?

III

El imperio posterior, reorganizado por Diocleciano y continuado por Constantino, eliminó la igualdad que Caracalla había establecido. La motivación fue en parte económica. “Las medidas coercitivas por las que el estado pudo mantenerse a sí mismo, dividieron nuevamente la población en clases hereditarias de acuerdo con su trabajo; y los bárbaros, principalmente germanos, que fueron admitidos en el imperio en números más grandes, permanecieron en sus propias asociaciones tribales como súbditos o como aliados”.²⁸

De este modo, conservaron su identidad e incluso un sistema jurídico propio. El crisol romano ya no fundía, y la identidad étnica se convirtió en un factor cada vez más importante.

Pero la razón más crucial que evitaba la asimilación de personas teutónicas era la intolerancia religiosa. La mayoría de estos inmigrantes creían en una rama del cristianismo que era repugnante a la iglesia dominante. “Los dos pueblos se vieron divididos por la religión por todos lados, siendo los romanos católicos y los germanos restantes arrianos por doquier”.²⁹

Su diferencia fue aún más marcada por una ley de apartheid que prohibía la asimilación biológica, hecha por Valentiniano I (364-75), quién era célula por célula tan cruel como Nerón. Su ley “prohibió, bajo pena de muerte, el matrimonio mixto de romanos y bárbaros”.³⁰ Más de ciento cincuenta años después todavía estaba en vigor, incluso cuando Teodorico el Ostrogodo (454-526) fue rey de Italia.³¹ Ocasionales excepciones no disminuyen su consecuencia general: Ambos pueblos no se mezclaron más.

El Imperio Romano se parecía a los Estados Unidos por ser meta para un gran número de inmigrantes. Al principio fueron bienvenidos y fácilmente absorbidos. Al final, sin embargo, los habitantes más antiguos—a disgusto con el estilo de vida y religión de los recién llegados—hicieron leyes discriminatorias en contra de ellos, lo que al final produjo la desintegración de esa sociedad.

Una política diferente habría asegurado una asimilación mucho más profunda de los germanos, los que pudieron haberse vuelto todos buenos romanos. Pero éso no es lo que ocurrió, y demostró ser un error fatal. Al final, este elemento étnico separado ya dentro del imperio se uniría y reforzaría con muchas nuevas personas de más allá de la frontera.

IV

Se han trazado listas diferentes para mostrar quiénes eran los diez pueblos germánicos. La siguiente es representativa: Ostrogodos, visigodos, francos, vándalos, alamanes, sajones, hérulos, lombardos, burgundios y suevos, también llamados swevos, o suevos.³²

Algunos escritores se refieren a ellos como *tribus*, pero esto es incorrecto; pues éstos pueblos formaban a menudo grandes conglomerados. Cada uno de ellos generalmente constaba de varias tribus, como indican los siguientes ejemplos.

Los alamanes siempre fueron “una confederación de tribus (*pagi*) no muy sólida—los jutungos, los lentienses, los bucinobantes y otros”.³³ Incluso su nombre, *al-manes* (en su forma original, “todos los pueblos”), traicionan este hecho. Los suevos eran “un grupo de pueblos germánicos . . . Varias tribus suevas tienen su propia historia separada”.³⁴ Los sajones llegaron al Rin en el siglo IV, “absorbiendo a muchas tribus antiguas en el camino”.³⁵

La profecía de Daniel no menciona tribus, pero habla de los diez cuernos como *reinos*. Este es un punto importante, con sus propios problemas. A través de los siglos, las fronteras de Europa han cambiado y cambiado repetidamente. Incluso sus países no siempre han permanecido iguales. ¿A qué pueblos y reinos se refirió la visión? El concepto clave es la división del Imperio Romano Occidental, lo que señala a los germanos con toda precisión en tiempo y espacio. Debemos concentrarnos, por lo tanto, en los siglos quinto y sexto, cuando ocurrió la desintegración. Al mismo tiempo, tenemos que limitarnos a nosotros mismos a áreas que constituían parte del imperio. Dinamarca, por ejemplo, debe ser excluida. Veamos, entonces, cómo el Imperio Occidental fue esculpido entre los pueblos teutónicos.

V

Incluso antes de la época de Constantino en el siglo IV temprano, los germanos más influyentes eran los godos, a quienes ya nos hemos referido. Originalmente vinieron desde Escandinavia, en el siglo III. Todavía hay una provincia o región en el sur de Suecia llamada Gocia o Gotland.

Ida y vuelta, lucharon contra los romanos durante aproximadamente cien años, con ejércitos y flotas atacando Tracia, Dacia y ciudades a lo largo de la costa egea de Asia Menor. En 267-68 tomaron y saquearon Atenas e incluso amenazaron Italia. Con otras tribus, bajo el rey Ermanarico (fl. 350-76), al final crearon un reino unido que abarcaba desde el Báltico al Mar Negro; pero aproximadamente en 370 d.C. los godos se partieron en dos grupos.³⁶

La división oriental, los ostrogodos, gobernaba ahora un considerable imperio suyo propio entre el Don y el Dneister, y desde el Mar Negro hasta la Ucrania. Sus parientes occidentales, los visigodos, se habían instalado como agricultores al norte del Danubio en Dacia, el área que posteriormente se convirtió en Rumania. Para ese entonces, básicamente había coexistencia pacífica con los romanos.

Esta situación continuó hasta la llegada de los hunos, esos terribles jinetes que llegaron a galope desde Asia, cuyas precisas flechas—apuntadas a lomo de caballo—derribaron a todos los que se

opusieron a ellos. Detrás de los invasores, un rastro de cadáveres hediondos ensució las estepas y los valles. Por delante de ellos, su nombre sembraba el pánico y la desesperación.

Los hunos eran un pueblo oriental que “invadió el sudeste de Europa en 370, [y] construyó un imperio enorme allí y en Europa central en los años siguientes”.³⁷ Por mucho tiempo, los pueblos de Occidente fueron incapaces de lidiar con sus técnicas militares nuevas y eficaces. Al final, sin embargo, los hunos bajo Atila, su gran líder, fueron derrotados en Galia en 451 por un ejército romano combinado con los visigodos,³⁸ y derrotados finalmente en Panonia cuatro años después por una alianza germana.³⁹

Pero antes de eso, los hunos habían golpeado el imperio de los ostrogodos y los habían derrocado rápidamente. Aproximadamente en 376, irrumpieron en el territorio de los visigodos, a quienes también derrotaron, y luego dirigieron hacia el Danubio, la frontera romana.

Huyendo ante ellos iban las fragmentadas huestes de visigodos y sus familias, prestos a unirse a los restos de ostrogodos y otros refugiados. Estas personas suplicaron urgiendo a los romanos a dejarlos ingresar al imperio y asentarse como aliados. Por razones políticas y humanitarias, accedieron a su pedido. La multitud que cruzó el Danubio, sumando casi un millón,⁴⁰ era cristianos,⁴¹ presuntamente de la variedad arriana.

Éstos, también, claramente no eran invasores, sino pacíficos refugiados, un hecho inalterado por los eventos subsiguientes—ni por la propaganda romana, en la que no estamos obligados a creer. Debido al desplazamiento causado por los invasores hunos, los godos y los otros pueblos del siglo quinto necesitaban alimentos y tierras para reasentar sus gentes. Estas estaban disponibles. En algunas áreas, incluyendo Italia y Norte de África, en ese entonces todavía mucho más fértiles que hoy en día, había tierras agrícolas abandonadas.⁴² Debido a su decreciente tasa de natalidad, el Imperio Romano tenía abundante espacio para estas personas, especialmente porque “los nuevos colonos no ascendían a nada más que un pequeño porcentaje de la población como un todo”.⁴³

Johnson deja claro que la mayor parte de los germanos, incluso de un periodo posterior, eran asombrosamente respetuosos de la ley y rara vez violentos. Principalmente buscaban alimentos y tierras, las que a veces incluso compraron y cuyas propiedades les transfirieron legalmente.⁴⁴

Sin embargo, pagaron sólo “en algunos casos”, y naturalmente los bienes raíces confiscados ya tenían propietarios, especialmente senadores. Durante el siglo quinto, había aproximadamente dos mil de estos aristócratas en el imperio occidental; ellos obtenían sus riquezas de sus propiedades en tierras. Algunos de estos hombres eran casi increíblemente ricos. “Un historiador de principios del siglo quinto menciona a algunos senadores occidentales que recibían unas ganancias anuales de 1,000 ó 1,500 o incluso 4,000 libras de oro, junto con ingresos del mismo tipo representando un tercio de estas cantidades”.⁴⁵

Estos propietarios, que como clase también produjeron la mayoría de los papas, de modo comprensible no eran entusiastas de renunciar a sus tierras. Esto indudablemente añadió a su gran aversión hacia los germanos.

VI

Los eventos dramáticos que comenzaron en los bancos del Danubio en 376 iniciaron una nueva era. Antes, los germanos se habían desplazado poco a poco o se habían asentado ordenadamente como grupos de inmigrantes. Pero ahora a éstos se les unió una inundación de refugiados desordenados.

Al principio, permitir que los visigodos cruzaran el Danubio parecía sólo otro arreglo con los germanos. Como se ha señalado, muchos godos ya habían sido parcialmente romanizados para tiempos de Constantino, medio siglo antes.⁴⁶ Además, el asentamiento de los recién llegados parecía tener sentido desde un punto de vista militar. Podían ser incluidos en un baluarte contra los hunos en avance, cuya llegada significaba problemas para todos.

Pero los romanos eran arrogantes e insensibles, como era su costumbre histórica. Tontamente Lupicino y Maximo, a cargo del gobierno militar traciano, estaban empeñados en el enriquecimiento propio a expensas de los godos, a quienes desvergonzadamente explotaban.

Esta es la manera como Gibbon retrata la atroz situación: “En lugar de obedecer las órdenes de su soberano, y satisfacer las demandas de los godos, con liberalidad decente, impusieron un impuesto abusivo y sofocante que se sumó a las necesidades de los hambrientos bárbaros. Los alimentos más infames eran vendidos a un precio exorbitante, y, en cuanto a provisiones sanas y sólidas, los mercados estaban llenos de carne de perros y de animales inmundos que habían muerto de enfermedades. Para obtener la valiosa adquisición de una libra de pan, los godos renunciaban a la posesión de un costoso pero útil esclavo, y una pequeña cantidad de carne era codiciosamente comprada con diez libras de un metal precioso pero inútil. Cuando sus propiedades quedaron agotadas, continuaron este necesario tráfico por la venta de sus hijos e hijas; y a pesar del amor a la libertad que animaba cada pecho gótico, se sometieron a la máxima humillante de que era mejor para sus niños ser mantenidos en una condición servil que fallecer en un estado de independencia desgraciada e indefensa”.⁴⁷

Habían sufrido tanto a manos de los hunos, ¡y ahora sus salvadores también los estaban oprimiendo! Cuando no pudieron soportarlo más, los visigodos—unidos bajo Fritigern—se rebelaron. Mientras tanto, sus números habían crecido, con la adición de ostrogodos así como “godos al servicio imperial, esclavos germanos, colonos, mineros, y finalmente incluso enjambres de alanos y hunos que habían cruzado el Danubio”.⁴⁸

Se invocó al ejército, pero los visigodos lo derrotaron desastrosamente en Adrianópolis el 9 de agosto de 378. Dos tercios del ejército

romano fueron masacrados, incluyendo a Valente, el emperador oriental, cuyo cadáver nunca fue encontrado.⁴⁹ A diferencia de las derrotas más tempranas en la historia romana, éste no era meramente otro revés; aquel día empezó el proceso de desmantelación del imperio. La culminación vendría un siglo después de la llegada de los visigodos, en 476, cuando el emperador occidental fue derrocado y un germano fue coronado rey sobre Italia.

Ahora los visigodos no fueron más considerados como refugiados, lo que por supuesto habían sido, sino como invasores⁵⁰—aunque incluso después de Adrianópolis aceptaron, por un tiempo, la propuesta del nuevo emperador oriental, Teodosio I, el Grande (347-95), de asentarse pacíficamente y ser incluidos en las legiones romanas.⁵¹ Se volvieron federados, es decir, “aliados bajo un tratado, *foedus*, para defender las fronteras”.⁵²

Su nueva residencia estaba en Moesia, la provincia al sur del Danubio; sin embargo, ahora poseían el conocimiento fatal de que podían derrotar al ejército romano. Finalmente, los visigodos dejaron de estar satisfechos con su situación y por tanto pusieron sus deseosos ojos sobre otras partes del imperio, en pos de un mejor lugar para asentarse.

Después de la muerte de Teodosio, negaron su lealtad, entronizando a Alarico I (c. 370-c.410). Su motivación no fue “derrocar el imperio, sino establecer una residencia permanente para sus gentes dentro de éste”.⁵³ Pero ni el emperador occidental ni el senado romano estaban interesados en este hecho.

Alarico empezó su carrera merodeando en Grecia y saqueando varias ciudades, aunque durante un tiempo encontró la horma de su zapato en Flavio Estilicón (c. 359-408), quién dirigió al ejército romano y derrotó sus fuerzas dos veces.⁵⁴

A pesar de todo, esto había requerido el desplazamiento de las legiones en la frontera norte, lo que las dejó abiertas para otros germanos como los vándalos, los alanos, los suevos y los burgundios, que fluyeron hacia la Galia.⁵⁵ Éstos, sin embargo, eran mantenidos a raya. Por el momento, parecían tablas.

Pero entonces los romanos, tontamente, crearon una oportunidad para el rey visigodo. Estilicón era “un comandante excepcionalmente capaz” y el suegro del emperador Honorio, pero los romanos lo trataron con sospecha, puesto que era medio vándalo.⁵⁶ Creyeron que abrigaba ambiciones imperiales para su hijo, Euquerio; por eso finalmente Honorio los hizo encarcelar y decapitar en 408.⁵⁷

Debido a que los romanos no pudieron encontrar ningún sustituto eficiente como general para Estilicón, este acto fue equivalente a cortar la cabeza del ejército mismo. Olimpio, el adulador del emperador, también se aseguró de la masacre de los amigos y eminentes oficiales de Estilicón. Además, Honorio decidió “excluir a todas las personas que eran opuestas a la iglesia católica, de retener cualquier oficio en el Estado, rechazó obstinadamente el servicio de todos aquellos que disientían de su religión, y descalificó impetuosamente a muchos de sus oficiales más valientes y más diestros que se adherían a la adoración pagana o quienes había asimilado las

opiniones del arrianismo”.⁵⁸

Como si tal estupidez no fuera suficiente, los romanos extendieron estas operaciones contra sus propios soldados germanos, que eran inmigrantes establecidos, robándoles y matando a sus familias. Treinta mil de estos hombres transfirieron inmediatamente su lealtad a Alarico.

Ahora el emperador cometió un error que no podía permitirse. De acuerdo con Starr, los visigodos, en busca de un mejor hogar, exigieron la provincia de Noricum, un antiguo nombre para la región sur de Austria; pero a pesar de su impotencia militar, Honorio se negó. Acto seguido, Alarico y su ejército marcharon sobre Roma.⁵⁹ El emperador podía haber liberado a sus habitantes pagando un rescate, pero también se negó a hacerlo. En vez de ello, merodeó detrás de los pantanos y las fortificaciones de Rávena.⁶⁰

En 410, los visigodos embargaron y saquearon totalmente la capital de todas sus riquezas. También liberaron, por insistencia de Alarico, a cada bárbaro esclavizado en Roma.⁶¹ Pero ordenó respetar las iglesias católicas.⁶² Él era, después de todo, cristiano, aunque rechazara la teología del papa.

No debemos exagerar la clemencia de los visigodos, sin embargo. La ciudad no fue solamente saqueada, sino que sufrió muchas bajas; porque las fuerzas de Alarico incluían a miles de hunos y otros paganos que no se contuvieron.⁶³ Entre los asesinos más crueles estaban los cuarenta mil esclavos que se encontraron repentinamente libres para vengarse de sus antiguos amos y amas.⁶⁴

El antiguo asiento del poder había permanecido seguro contra las agresiones extranjeras durante ochocientos años; por lo tanto, su captura envió ondas expansivas de terror que abarcaron todo el imperio. Algunos, como el poeta Rutilio Claudio Namantiano, sostuvieron que este fue uno de esos reveses temporales que la ciudad a veces sufría y escribió su famoso elogio a Roma:

Has vivido un milenio
más dieciséis décadas y ahora nueve años más.
No necesitas temer a las Furias; los años que quedan
no tienen más límites que la firmeza de la Tierra y
la fuerza del Cielo que sostiene a las estrellas.⁶⁵

Pero la mayoría de las personas sabían mejor que esto. El saqueo de 410 no fue ningún evento ordinario, e incitó muchos intentos ingeniosos de explicar la calamidad.

Los paganos aseveraban que esto, y las invasiones germánicas en general, eran resultado de abandonar a los dioses antiguos. Los católicos proveyeron otras razones. Ambrosio pensaba que Dios los estaba castigando debido a su cólera con los arrianos, mientras que Agustino—quien en esta ocasión escribió su famoso libro, *La Ciudad de Dios*—supuso que era la retribución contra el Imperio Romano por robar las tierras de otros pueblos.⁶⁶

Incluso Alarico tenía una explicación. Dijo haber “sentido un impulso secreto y preternatural, que lo dirigió, e incluso obligó, su

marcha hacia las puertas de Roma”.⁶⁷ No conocemos el trasfondo de esta interesante declaración, pero podemos estar razonablemente seguros que él y sus godos tenían una pobre opinión del catolicismo como fuerza para el bien en la sociedad. Después de todo, sus obispos—entrando en una íntima asociación con Constantino y sus sucesores—habían hecho muy poco para reparar las injusticias del imperio o para prevenir el tratamiento atroz a los visigodos antes de la batalla de Adrianópolis. Estos y otros actos, incluyendo el traicionero homicidio de Estilicón, habían sido perpetrados por así llamados *cristianos*.

De acuerdo con la Biblia, el evangelio trae no sólo el perdón divino, sino también un poder de transformar las vidas de todos los que realmente lo aceptan. A pesar de la bondad de algunas personas que pertenecían a ella, la iglesia imperial tenía poco más que una forma de religión, mientras negaba su poder (1 Tim. 3:5). Los males del imperio persistieron, mientras que los generales que aspiraban al púrpura siguieron masacrándose entre sí como lo habían hecho en épocas paganas.

Algunos godos bien pudieron haber argumentado que al permitir el Señor la captura de Roma, indicaba su desagrado con sus supuestos siervos por perseguir a los disidentes religiosos. ¡Ahora estaba recompensando a estos últimos dándoles incluso la victoria sobre sus enemigos!

Para los miembros y, especialmente para los líderes de la iglesia imperial, y su rama católica occidental en particular, éste era un tiempo muy angustioso. No estaban solamente experimentando la desintegración de la sociedad romana, sino que habían venido a enfrentarse cara a cara con herejes vencedores.

VII

Los visigodos que cruzaban el Danubio practicaban una forma más primigenia del cristianismo que la forma oficialmente acreditada en días de Constantino. El lector recordará que el emperador alentó la amalgamación del mitraísmo con la religión de la Biblia como una política gubernamental deliberada—incitado por los obispos de sus días, siervos de su tiempo. Pero los godos no podían estar de acuerdo con tal arreglo.

Generalmente su forma de cristianismo es descrita como arrianismo, pero esto difícilmente puede ser cierto, ya que su conversión precedía esa importación al ingreso de esa creencia desde Capadocia en Asia Menor oriental, un área que los visigodos habían invadido en 250 d.C., capturando a varios cristianos a quienes llevaron a casa con ellos.⁶⁸

Entre los capadocios, el cristianismo había sido encendido por el Espíritu Santo mismo, justo después de la Resurrección, cuando los judíos de su provincia presenciaron el derramamiento del Espíritu en Pentecostés en Jerusalén y escucharon predicar al apóstol Pedro (Hechos 1:5-8). Algunos de estos conversos habrían regresado para proclamar las buenas nuevas a sus parientes y amigos. En un paso

posterior, parece que Pedro también hizo la obra evangélica en Capadocia, ya que su primera epístola está dirigida a ésta y a otras provincias cercanas (1 Ped. 1:1). Otra influencia irradió probablemente del primer viaje misionero de Pablo, ya que evangelizó a Iconio, Listra y Derbe (Hechos 14), a solamente unas cien millas al oeste.

La iglesia de Capadocia era más antigua que la de Roma, entre otras cosas porque estaba mucho más cerca de Palestina, donde comenzó el cristianismo. Sus mentores más ilustres fueron Pedro y Pablo.

Cuando fueron capturadas por los visigodos, los capadocios cristianos compartieron su fe; de su esclavitud nació la iglesia germánica en Europa. Los descendientes espirituales de estas personas también enviaron misioneros a los ostrogodos en Ucrania y a los Gepidos en las montañas al norte de Transilvania.⁶⁹

En este trabajo, podrían haber sido precedidos por cristianos procedentes de Galacia—vecina de Capadocia—quien trabajó para sus semejantes celtas en Europa Oriental antes de que los germanos vinieran y los absorbieran. En un volumen posterior, tendremos más que decir de los misioneros gálatas.

Después de la introducción del cristianismo capadocio entre los godos, pasaron cincuenta años antes de que Arrio (m. 335) entrara en escena en la segunda década del siglo IV, cuando empezó a proclamar la errada doctrina de que nuestro Señor había sido *creado* por Dios el Padre antes de su encarnación. A esa altura, sin embargo, el cristianismo ya se había establecido entre los germanos. “Tan temprano como en 325 un obispo de Gotia (es decir, Crimea) ciertamente asistió al concilio de Nicea”,⁷⁰ que había sido convocado para tratar con esta desviación teológica. Era cronológicamente imposible para el cristianismo visigodo haber empezado como una forma de arrianismo, como se asevera comúnmente.

El misionero Ulfilas o Wulfila (c. 311-82), justamente famoso porque creó un alfabeto para la lengua gótica y tradujo las Escrituras al mismo, fue aparentemente influido por una variedad moderada de arrianismo—aunque esto no se refleja en ninguna parte de su traducción de la Biblia. No obstante, él no fundó el cristianismo germánico, el que echó raíces entre los visigodos sesenta años antes de su nacimiento. Efectivamente, era “descendiente de una rama de su familia descendiente de prisioneros capadocios que habían sido llevados del pueblo de Sadagoltina”.⁷¹

Además, su tiempo como obispo activo estuvo limitado a aproximadamente seis años. Ulfilas fue consagrado en 341 por Eusebio de Nicomedia (el mismo hombre que había bautizado a Constantino) y trabajó entre los godos; pero un juez persecutor lo expulsó del país en 347.⁷² Incluso escritores protestantes bien-intencionados han reflejado involuntariamente la propaganda católica tradicional que retrata a los godos—como a otros pueblos germánicos—como arrianos. Uno de éstos fue George Storrs,⁷³ un ministro metodista convertido millerista, aunque nunca llegó a ser Adventista del Séptimo Día. Su interpretación de 1843 fue adoptada

por Urías Smith,⁷⁴ quien tenía tendencias arrianas él mismo y podría haberlo encontrado agradable. Él a su vez legó la idea a muchos trinitarios, entre otros Roy Allan Anderson⁷⁵ y Leslie Hardinge. Esta última los llama arrianos guardadores del Sábado, y los compara con los trinitarios guardadores del domingo de la iglesia romana.⁷⁶

Sidonio Apolinario sugirió que los godos, con toda probabilidad, observaron el Sabbath en sábado,⁷⁷ pero el cargo de arrianismo es un engaño católico; porque “ninguno de los artículos de la vieja herejía, hechos explícitos por los anomianos, fueron declarados por ellos. Eran más bien semiarrianos, que se negaron a llamar criatura al Hijo, estaban preparados para reconocer una Trinidad, e incluso aceptarían cierta ‘unidad’ de sustancia, aunque creían que esto significaba ‘semejanza’ de sustancia y afirmaba una gradación de seres dentro de la Trinidad”.⁷⁸

Notemos específicamente que los godos se “negaron a llamar criatura al Hijo”, así que creían en una segunda Persona, no creada y eterna, de la divinidad.

Pero ¿quiénes fueron los *semi-arrianos* a los que se refiere el pasaje?

Ellos “consistían principalmente de obispos orientales conservadores, que básicamente coincidían con el credo de Nicea pero estaban inseguros sobre el término *homoousios* (consustancial), ajeno a las Escrituras, usado en el credo”.⁷⁹

Esta palabra podía ser objetada con varios fundamentos. Uno es que estaba matizada de sincretismo, porque “había sido introducida a la teología cristiana por los gnósticos”.⁸⁰ Aún más problemática es su raíz subyacente, la palabra griega οὐσία (ousía), que significa *ser*. Esta se relaciona con ούσα (ousa), el participio femenino de εἶμι (eimi), “Yo soy”.⁸¹ “Los escritores del Nuevo Testamento nunca dijeron nada sobre la *ousia* [esencia] ni del Padre ni del Hijo”,⁸² lo que creemos que es muy afortunado.

Ousia y su traducción latina *substantia* (“sustancia”) son conceptos metafísicos que han estado desconcertando a los filósofos más inteligentes desde los tiempos de los antiguos griegos hasta el presente.

El problema es que *ousia* se basa en el verbo *ser*. ¿Pero qué significa?

Para los hablantes y escritores de griego antiguo, como para los del alemán o español modernos, este tiene sinónimos convenientes: *το εἶναι* (to eínai), *das Sein*, *el ser*. Pero todas estas expresiones interesantes evaden la cuestión; sólo significan “el ser”. El inglés carece de este tipo de construcción—y le va perfectamente bien sin ella.

Los académicos medievales especularon incesantemente sobre este tema, debatiendo las diferencias entre “sustancia” y “accidente”. Pero desde el siglo XVIII hacia adelante los filósofos han sido cada vez más escépticos sobre la *ousia*/sustancia. David Hume (1711-76) negó totalmente su existencia. Immanuel Kant (1724-1804) llegó a la conclusión de que sustancia y accidente no se referían “a nada en el mundo, sino más bien a la forma humana de ordenar su

experiencia". Es decir, son sólo categorías de la mente humana.⁸³

A menudo el verbo *ser*, sobre el que se basa *ousía*, es sólo un guión verbal. Sin las palabras antes y después de él, no representa nada. Algunas lenguas lo omiten totalmente. Los rusos, por ejemplo, no dicen: "Él es un turista", sino "él turista". Esto también ocurre en el hebreo, idioma en que fue escrito la mayor parte del Antiguo Testamento.

¿Qué sabían los hombres de Nicea, y—para lo que concierne qué sabemos—sobre la naturaleza misma de las cosas y especialmente de Dios? Hace mucho, Moisés advirtió a los israelitas: "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley" (Deut. 29:29).

Tales eran los minuciosos temas que preocupaban a los teólogos en época de Constantino y durante los siglos venideros. Hicieron bien en rechazar las ideas arrianas de que la segunda Persona de la Divinidad era un ser creado. Pero perseguir a sus semejantes cristianos por estas e incluso otras diferencias menores de opinión fue despreciable. Los hombres de Nicea más bien debieron haberse concentrado en lo que Jesús llamó "lo más importante de la ley: La justicia, la misericordia y la fe" (Mat. 23:23). También podían haberse colocado fructíferamente contra la creciente apostasía de la verdad bíblica que caracterizaba la línea principal de la iglesia de su tiempo.

Podría ser cierto que los godos no aceptaran cada jota y cada tilde del credo establecido en Nicea, un documento católico y ortodoxo. A pesar de todo, la teología germánica parece haberse ajustado más estrechamente al Nuevo Testamento que la de las personas que primero se les opusieron y después los eliminaron. Pero los descendientes de sus exterminadores encuentran conveniente seguir atacando su memoria con la brocha del arrianismo.

Los lectores modernos deben mantener en mente que las controversias de la iglesia primitiva estaban también estrechamente vinculadas con la política. Teodosio el Grande no sólo hizo un tratado con los visigodos; el 29 de febrero de 380, también estableció el catolicismo como religión exclusiva del imperio y "ordenó a todos los súbditos de su reino suscribir los dogmas de Nicea".⁸⁴

Sajones y francos paganos aparte, los pueblos teutónicos siguieron el ejemplo gótico, no dispuestos a aceptar al papado. "En todos estos casos parece probable que la conversión fuera llevada por germano-parlantes, y no por misioneros romanos, y los sacerdotes visigodos deben haber tenido una participación muy importante en el proceso".⁸⁵

Incluso mientras los visigodos estaban merodeando en Italia, el imperio—repentinamente impotente—estaba experimentando problemas adicionales. Otros pueblos germánicos también habían sido desplazados por los hunos.

VIII

Los suevos originalmente vivían alrededor del río Elba, pero algunos ya habían emigrado más hacia el sur. En 406 un grupo de ellos, acompañado de dos hordas de vándalos y los alanos, cruzó el Rin cerca de Mainz. Tres años después, barrieron España, donde los ejércitos romanos no podían enfrentárseles.

Los visigodos todavía estaban buscando una buena área para asentarse, y Alarico había muerto meses después del gran saqueo. Los romanos, manipuladores astutos, se las arreglaron para persuadir a estas personas a volver a su estado como federados imperiales, a cambio de tierras. Starr dice que también fueron chantajeados “por amenazas en relación a su abastecimiento de alimentos”.⁸⁶

El área designada estaría fuera de Italia, pero en la atractiva provincia de Galia. Sin embargo, había un precio: Derrotar a los germanos que habían invadido España. Los visigodos estuvieron de acuerdo con esto, y cumplieron escrupulosamente su parte del trato. Dejaron Italia y en 418 aplastaron a los alanos, conduciendo a los vándalos con los suevos hacia el noroeste de la Península Ibérica. Luego restablecieron la autoridad romana en España, después de lo cual el emperador Constancio III los reclamó para vivir en Aquitania Secunda.⁸⁷ Esto estaba en el litoral occidental de Galia, lo que es ahora Francia, entre las bocas del Garona y el Loira.⁸⁸

Aquí los visigodos se asentaron y permanecieron durante casi cien años. En 451, soldados visigodos se combinaron con el ejército romano y otros germanos para derrotar a Atila y sus hunos,⁸⁹ en las llanuras catalaunianas de Galia—lo que aseguró que Europa no fuera dominada permanentemente por un pueblo asiático.

Aunque en esta lucha los visigodos perdieron su rey, Teodorico I,⁹⁰ deben haber encontrado la victoria sumamente satisfactoria. Setenta y cinco años antes los hunos habían derrotado a sus antepasados y los habían arrojado en una huida atropellada sobre el Danubio en el Imperio Romano. Ahora “fueron los visigodos los que llevaron la parte más violenta de la batalla”,⁹¹ y su destreza demostró ser superior.

Durante el reinado de Alarico II (484 -507), los visigodos migraron a España en cantidades muy grandes,⁹² siendo presionados por los francos, más fuertes, quienes finalmente establecieron su reino galo en 507.⁹³ Pero al sur de los Pirineos el poder de Roma se había desintegrado, los vándalos con los vestigios de los alanos habían migrado a África, y los suevos eran incapaces de resistirles. La historia de España como país independiente empieza con los visigodos.

IX

Los burgundios fundaron un poderoso reino que para el 406 ya se extendía hasta el Rin. Pero entonces chocaron tanto con los hunos como con los romanos, que destruyeron su reino entre 435 y 437. Algunos años después, para el 443, el general romano Aetio

atrajo a los restos de los burgundios hacia el imperio y los asentó como federados en Savoya.

La palabra *invasor* también es inapropiada cuando se aplica a estas personas. Solamente después del declive del poder imperial, los burgundios gradualmente asumieron el control de las áreas al norte y al oeste de Savoya. En 456, extendieron su poder sobre la mayor parte del valle del Ródano.⁹⁴

Fundaron un reino conocido como Borgoña en el sudeste de Galia. Deviniendo ducado, fue absorbido al final por Francia. Pero después se extendió en dirección norte para incluir los Países Bajos, en cuya creación la conexión burgundia tuvo un papel crucial.

X

Por mucho tiempo, los alamanes habían estado viviendo en el Bosque Negro y colindando con áreas del suroeste de Alemania. Desde el siglo III, habían mostrado ser problemáticos para los romanos en la Galia oriental. Con el debilitamiento de la autoridad imperial en el siglo quinto, ampliaron su territorio hacia Alsacia y hacia el norte de Suiza.

En Galia, finalmente fueron conquistados por los francos,⁹⁵ que después también los subyugaron en Alemania. Hasta el día de hoy, los franceses se refieren a un hombre de ese país como un *allemand*, mientras que los españoles lo llaman un *alemán*, proveniente del nombre antiguo de los alamanes. Esto, sin embargo, es un nombre algo inapropiado, porque representa solamente una hebra—y no necesariamente la más importante—en la eventual conformación de Alemania.

Sin embargo, hay un país moderno en el que sus descendientes todavía predominan: Suiza. El idioma a menudo referido como alemán suizo no es realmente alemán sino alamánico. Como los banqueros de Zürich lo hablan, gran parte de los negocios mundiales se realizan en este idioma.

En su lista de los diez pueblos germánicos, Smith originalmente prefería los hunos a los alamanes,⁹⁶ una idea que había heredado sin sentido crítico de los milleritas⁹⁷ pero con la cual nosotros—como A. T. Jones—no podemos estar de acuerdo; ya que esos invasores orientales no lograron mantenerse como una nación independiente. Como hemos visto, fueron derrotados primero por los visigodos germanos confabulados con los romanos, y finalmente por los germanos solos.

El lector debe ser consciente, además, de dos nombres poco apropiados que pueden oscurecer este asunto.

El primero es el nombre *Hungría*. Aunque parece conmemorar a los hunos, ese país fue fundado y hasta hoy habitado, no por la nación de Atila sino por un pueblo totalmente diferente: Los magiars, cuya llegada posterior no tenían nada que ver con la fragmentación del Imperio Romano Occidental. Invadieron la actual Hungría al final del siglo noveno y derrotaron al ejército germano que se les opuso en 907.⁹⁸

El otro nombre poco apropiado devino prominente para la Primera Guerra Mundial y aún más durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los británicos se deleitaban al referirse a los germanos como *hunos*. Eso fue indudablemente pintoresco, pero históricamente muy impreciso.

XI

Los visigodos, los burgundios y los alamanes todos habían codiciado partes de Galia, una de las provincias más favorables y más civilizadas del mundo romano. Pero aquí fueron los francos los que al final prevalecieron. Originalmente vivieron cerca del Rin y estaban formados por los salios, los hesianos y los ripuarios. Todos ellos migraron hacia la Galia en diferentes momentos de la historia. Éstas eran tribus distintas, aunque emparentadas, quienes generalmente se gobernaban a sí mismas, excepto en tiempos de guerra. Al final, los francos salios se volvieron dominantes.

Éstos residían al principio en los Países Bajos, en el norte del Rin inferior entre los ríos Waal y Lek, en un área todavía llamada Salland, en la provincia holandesa de Overijssel.⁹⁹ Eran holandeses, por así decirlo. El grupo de lenguas neerlandesas, habladas hasta el día de hoy por los holandeses, los flamencos y los afrikáners en Sudáfrica, “desciende principalmente del habla de los francos”.¹⁰⁰

Ahora, éstos fueron efectivamente invasores del Imperio Romano, y no meramente inmigrantes como muchos de los godos habían sido. En el siglo IV, el emperador Juliano había sido incapaz de expulsarlos, y por tanto se les permitió conservar Taxandria, entre el Mosa y el Escalda, donde vivían como federados romanos—aunque con tendencia a rebelarse.

Mientras declinaba el gobierno de Roma, los francos extendieron sus territorios hacia el sur. En 481 ó 482, Clovis se convirtió en rey sobre una tribu de francos salios. Siendo un poderoso legislador, conquistó la parte más grande de la Galia.¹⁰¹ Aplastó a los visigodos en Vouillé, cerca de Poitiers, en 507,¹⁰² después de lo cual la mayoría de ellos emigraron hacia España.

Un nuevo nombre, Francia (de la palabra latina *Francia*), se acuñó finalmente en la región de Galia, para demostrar quién la poseía ahora. El nuevo país estaba destinado a jugar una parte de gran importancia en la historia de Europa. Su origen está evidentemente demostrado por sus nombres en holandés, afrikaans y alemán: *Frankrijk*, *Frankryk*, y *Frankreich*, todos los cuales significan el “imperio de los francos”.

XII

El debilitamiento del poder romano en Italia y las provincias adyacentes tuvo un efecto devastador sobre Bretaña, abandonada cada vez más a su propio destino. En 410, los cuarteles imperiales fueron retirados para luchar contra los visigodos de Alarico, y los sajones se instalaron en Bretaña.

Al principio del siglo quinto, estos pueblos ya se habían exten-

dido desde Schleswig y la costa báltica, su hogar original, al Mar del Norte. Aquí su piratería era tan vigorosa que, en latín, al área de Galia y Bretaña próximas al canal se les nombraba el *litora Saxonica* (“el litoral sajón”).

Los sajones fueron los primeros en cruzar y empezar la conquista de lo que después sería llamado Inglaterra, pero también se extendieron hacia el norte de Alemania y hacia el trecho costero desde el Elba hasta el Escalda. Aquí se mezclaron con los frisios, sobre quienes influyeron enormemente.

Entrando en Gran Bretaña alrededor del 450 d.C., a los sajones se les reunieron dos tribus estrechamente emparentadas. El nombre de una, los jutos, casi ha desaparecido por completo, pero los anglos todavía son recordados espectacularmente en el nombre Inglaterra (*England*, en inglés). Estas tres tribus hablaban todas dialectos bajos germanos relacionados, los que se mezclaron y se convirtieron en lo que hoy se conoce como inglés antiguo.¹⁰³ Esto nos trae un problema menor de interpretación profética.

En su lista de los pueblos germanos que invadieron al Imperio Romano Occidental, un Comentario de la Biblia se refiere a los *anglo-sajones* en vez de a los sajones.¹⁰⁴ Esta palabra, sin embargo, puede ser engañosa. Pone demasiado énfasis en la importancia de los británicos y los supuestos anglos en América, mientras que hace caso omiso de los holandeses, los flamencos, los afrikáners y los germanos, quienes también tienen parte de ascendencia sajona.

Nuestra autoridad más importante sobre la Inglaterra de esa era es Bede, quien vivió en el siglo octavo. Él “no siempre es cuidadoso al distinguir entre anglos y sajones”.¹⁰⁵ En ocasiones habla incluso de los anglos como si fueran sajones: “Anglorum sive Saxonum gens” (la nación de los anglos o los sajones). Los escritores celtas de Inglaterra “usan *sajones* de todos los invasores germanos”.¹⁰⁶

Preferimos, entonces, la palabra simple *sajones*, aunque proféticamente hablando este es un punto de menor importancia.

XIII

El último pueblo germano en establecer un reino en el Imperio Romano Occidental fueron los lombardos.

En el siglo I, probablemente todavía vivían en el noroeste de Alemania, en el banco izquierdo del Elba inferior, como una de las tribus que formaban parte de los suevos. Por último también emigraron hacia el sur. Poco después de 536, Justiniano los movilizó contra los gópidos, al norte del Danubio.

Lo que realmente querían era tierras en Italia, pero mientras ese emperador estuviera vivo, no habrían sido contrincantes para sus poderosos ejércitos bizantinos. Pero los generales de Justiniano, Belisario y Narsés, hicieron añicos el poder de los ostrogodos, dejando un vacío que los lombardos podía llenar finalmente.

En 568, el tiempo fue propicio para ello. Dos años antes Justiniano había muerto, con su imperio exhausto; y los lombardos invadieron Italia, donde encontraron poca oposición. Antes de

septiembre de 569, habían tomado toda el área al norte del Po y todas las ciudades importantes, excepto Pavia.¹⁰⁷ En 751, terminaron su conquista del norte de Italia tomando Rávena, después de lo que pusieron a la misma Roma bajo considerable presión, especialmente porque habían creado dos ducados en Spoleto y Benevento, al este y al sur de esa ciudad.¹⁰⁸

Lombardía, en el norte de Italia, todavía lleva el nombre de este pueblo germano. Aquí encontraron vestigios de los ostrogodos con su cristianismo no católico, el que también preferieron y perpetuaron. Finalmente, los lombardos fueron detenidos en su expansión por los ejércitos de Pipinio el Breve, quien los derrotó en dos campañas (754 ó 755, y 756); después Carlomagno los venció y sometió en 773¹⁰⁹—aunque ni siquiera esto fue el final de su poder o influencia.

Por un lado, el ducado de Spoleto había sobrevivido con éxito a la conquista franca y “se consideraban a sí mismos como mantenedores de las tradiciones antiguas de los pueblos lombardos”.¹¹⁰ Por otro, nunca desaparecieron; con el paso de los tiempos, simplemente se transformaron en los italianos del norte y tuvieron una participación importante en la fundación de las ciudades-estado que caracterizaron su región.

A diferencia de muchas otras partes de la península, los territorios lombardos mayormente mantuvieron su independencia del estado papal medieval. Los descendientes de estos pueblos hicieron contribuciones importantes tanto al Renacimiento como a la unificación de Italia en 1870. Bajo la casa de Savoya, los lombardos de épocas posteriores fundaron el reino de Piamonte, que junto con su capital Turín incluía a Milán y a Génova. Después añadieron Cerdeña y, con la ayuda inspirada de Garibaldi, pasaron a conquistar el resto de Italia, arrasando con el estado papal. Acto seguido, Víctor Manuel II, el rey piamontés, ascendió al trono sobre todo el país.¹¹¹

Hasta el día de hoy, los lombardos conservan varios rasgos obtenidos de sus antepasados teutónicos. Haciendo referencia al siglo quince milanés, E. R. Chamberlin los describe como “un pueblo trabajador y algo severo, gente más bien poco imaginativa, físicamente algo más altos y fornidos que el italiano corriente”¹¹² y habla de ellos como “una raza eminentemente práctica”.¹¹³

Al actualizar esta descripción, nos opondríamos al punto sobre su imaginación presuntamente deficiente. Después de todo, personas con antepasados lombardos tuvieron una participación notable en el Renacimiento, que floreció en el norte de la Italia del siglo decimocuarto hasta principios del decimosexto. Económicamente, el área donde viven es hoy la parte más próspera de Italia.

Aparte de las diez naciones germanas mencionadas antes, había otras agrupaciones que se mezclaron con ellas, dejando de mantener una identidad individual. Una de éstas fueron los alanos, “un conglomerado asiático de tribus de origen sármata”.¹¹⁴ Finalmente, la mayoría de ellos cruzaron hacia África con los vándalos, que los asimilaron, aunque su gobernante todavía era oficialmente llamado

“rey de los vándalos y los alanos”.¹¹⁵

XIV

Señalamos particularmente que la profecía de los cuernos está limitada al oeste romano. Escritores como Hunt niegan esto, señalando que el imperio también tenía una división oriental.¹¹⁶ Es cierto, pero este no quedó dividido hace mil quinientos años, ni tampoco el otro cuerno que Daniel ve en su visión creció en esa área. No eran los territorios de Constantinopla, sino los del imperio occidental, los que se dividieron en distintos países.

La historia y destino final del Imperio Bizantino u Oriental fue bien diferente. Sobrevivió por otro milenio, con Constantinopla como su capital. Como Grant dice: “Durante la mayor parte de ese período (a diferencia de lo que se nos enseñó a la mayoría en la escuela) fue, con mucho, la ciudad más importante en Europa”.¹¹⁷

El imperio oriental no se dividió, pero fue gradualmente engullido por sus enemigos musulmanes. La ciudad capital, al final sólo una pequeña ciudadela, fue tragada por los turcos en 1453—una fecha algo reciente históricamente. Por mil años después del final del Imperio Romano Occidental, la iglesia y la civilización de Constantinopla tuvieron un enorme impacto sobre algunos estados que surgieron en Europa Oriental, como Bulgaria y Rusia; pero éstas no eran divisiones del Imperio Bizantino. Eran nuevos países que se desarrollaron junto con él. Cuatro siglos y medio antes de que Constantinopla cayera, Bulgaria ya había alcanzado y pasado su cenit bajo Simeón I el Grande (893-927), el monarca más poderoso en Europa Oriental.¹¹⁸

Rusia fue fundada por la Rus, una tribu de varegos relacionada con los suecos, anglos y norteamericanos. Su primer *koning*, o príncipe, fue Rurik, que llegó a Novgorod en 862. En ese momento, Constantinopla todavía conservaba su independencia, y lo haría por otros seiscientos años.

La Rusia moderna surgió bajo Iván III, el Grande. Antes de 1505, no solamente había preparado el terreno para una futura expansión, sino que se había casado con Sofía, la sobrina del último emperador bizantino. Iván, por ende, se veía a sí mismo como heredero de la segunda o nueva Roma, el nombre original de Constantinopla.¹¹⁹

La palabra *zar* significa “César”, e incluso desde tiempos de Iván Moscú a menudo se ha considerado como tercera Roma;¹²⁰ pues se convirtió en el centro más poderoso de la iglesia ortodoxa. Por esta razón, Rusia—así como Grecia, Bulgaria, Serbia y otros países en Europa Oriental—quizás puede ser considerada parte de la bestia retratada en Dan. 7. Ellos aún pudieran tener una participación importante en la futura historia de la iglesia, especialmente si el catolicismo romano se unifica con el cristianismo ortodoxo, pues han estado separados durante más de mil años.

Sin embargo, los países de Europa Oriental no pueden ser contados entre los diez cuernos de la bestia. Es un hecho histórico que los germanos establecieron sus reinos en lo que solía ser el Imperio

Romano *Occidental*.

Creemos que ellos cubren las especificaciones de la profecía en una manera admirable.

“Pero . . .” el lector observador puede protestar, “Usted ha tratado solamente de siete tribus germanas. ¡Había diez cuernos! ¿Y los otros tres?” Éstos eran reinos germanos que una vez existieron, pero que no sobrevivieron, siendo desarraigados por el último, o undécimo, cuerno—cuyo desarrollo ellos dificultaban.

Este otro poder se convirtió en su enemigo mortal. Consideremos ahora a todos ellos.

21 Otro Cuerno

I

En todo Occidente en los siglos quinto y sexto, se desarrolló el mismo escenario: Los reinos germanos reemplazaron las estructuras imperiales establecidas por Roma. Esto ocurrió por todos lados, excepto en Italia y en el borde mediterráneo de África del Norte.

Allí los germanos solamente tuvieron un éxito temporal, porque la región estaba destinada a volverse el lugar predilecto de otro poder, que comenzó como un remanente del mismo viejo imperio. En la profecía de Daniel, esto es representado por un undécimo cuerno que surgió entre los diez originales, desarraigando a tres. Al principio era pequeño, pero después creció hasta ser más robusto que cualquiera de sus compañeros.

Para identificar al undécimo cuerno, no necesitamos buscar otro reino germano, ya que éste “será diferente de los primeros” (Dan. 7:24). Sin embargo, aparecería *entre* ellos, es decir, se desarrollaría en la misma área y el mismo tiempo que ellos—pero llegaría al poder solamente *después* de ellos (vv. 8, 24).

Como ya señalamos, el temprano comentarista cristiano Hipólito, quien murió la muerte de un mártir en 235,¹ sostuvo que este “otro cuerno pequeño . . . representa al Anticristo en medio de los diez reinos venideros”.² Su contemporáneo norteafricano, Tertuliano (c. 160-240), hace una interpretación idéntica: “El estado romano, cuya caída en declive, siendo esparcido en diez, introducirá al Anticristo”.³ Ésta fue también la idea de Lactantio (c. 250-c. 330), una generación después.⁴

Entre los cristianos pre-constantinios, esto se había convertido en una expectativa, extensamente aceptada, de lo que traería el futuro.

Ya fuera en relación con la bestia o con su cuerno adicional, algunos cristianos medievales continuaron la tradición de identificar al Anticristo con la iglesia romana. Estos intérpretes incluían los albigenses del sur de Francia⁵ y los valdenses.⁶

Por siglos, desde un período temprano, poderosas voces también se levantaron dentro del catolicismo mismo para comparar al Anticristo con malvados pontífices.

Un ejemplo sorprendente fue Arnulfo, obispo de Orleans. Durante un concilio organizado por el rey francés en 991, atacó a los papas degenerados que entonces estaban deshonorando al Vaticano. Arnulfo le dijo al pontífice reinante que: “Vestido con púrpura y oro, era ‘el Anticristo, sentado en el templo de Dios, y mostrándose a sí mismo como Dios’”.⁷ Docientos cincuenta años después, otro católico ilustre que hizo esta identificación fue Eberardo II, arzobispo de Salzburgo. En apoyo de su emperador, el famoso Federico II, este clérigo se distanció del pontífice romano y declaró rotundamente que el papado era el Cuerno Pequeño en el Concilio de Ratisbona en

1240.⁸ Esto no fue un caso aislado, tampoco era un tema limitado a escritos teológicos. En la edad media alta, varios poetas católicos—incluyendo a algunos de los más famosos que hayan vivido—retrataron a papas específicos como Anticristos. Entre otros están Jean de Meun (c. 1275), el francés que terminó el *Romance de la Rosa*, una obra infinitamente popular en aquella época, y dos grandes escritores italianos, Jacopone da Todi (c. 1230-1306) y Dante Alighieri (1265-1321).⁹

En la *Divina Comedia*, Dante se aira contra los papas simoníacos Nicolás III, Bonifacio VIII y Clemente V, a quienes consigna al infierno, “invertido en agujeros angostos con sus pies torturados por las llamas, imágenes del falso Simon Mago cayendo desde el cielo—él mismo una figura del Anticristo que acarreará fuego sobre sus seguidores en una parodia del Pentecostés (XIX. 22-30)”.¹⁰ En Infierno XIX, Dante también se refiere a “la ramera de Babilonia de Apocalipsis 17 como un símbolo de la iglesia actual corrupta (XIX.103-17)”¹¹:

... Colei che siede sopra l'acque
puttanegiar coi regi . . .

(. . . Aquella que asienta sobre el agua
él vio prostituida con los reyes . . .)

Esta línea de interpretación fue continuada por los reformadores, quienes mayormente—no lo olvidemos—empezaron sus carreras como clérigos de la iglesia romana. Al identificar al Anticristo no sólo con papas en particular, sino con el papado mismo, estaban construyendo sobre los fundamentos puestos por los más tempranos expositores cristianos y escritores católicos medievales, así como por grupos disidentes como los albigenses y lo valdenses.

John Wycliffe (Juan Wiclef, 1330-84), el lucero del alba de la Reforma, se adhirió a la Escuela Histórica o a la perspectiva continuista, y también lo hizo el noble mártir Jan Hus (Juan Hus, 1372/73-1415).¹² Un siglo más tarde, Martín Lutero (1483-1546) también compara al Cuerno Pequeño con los pontífices. Efectivamente, como Froom apunta, en todas las naciones los reformadores eran “unánimes en aplicar la mayoría de las profecías sobre el Anticristo al papado”.¹³ Es interesante que “el primer sermón predicado por John Knox, en 1547, trató sobre las cuatro potencias mundiales de Daniel 7—con las diez divisiones del cuarto, el romano y el Cuerno Pequeño como el papado”.¹⁴

Barriando un periodo de 600 años desde la edad media posterior hasta la segunda mitad del siglo veinte, De Semlyen provee una lista impresionante:

“Wycliffe, Tyndale, Lutero, Calvino, Cranmer; en el siglo XVII, Bunyan, los traductores de la Biblia King James y los hombres que publicaron las Confesiones de Fe de Westminster y la Bautista; Sir Isaac Newton, Wesley, Whitfield, Jonathan Edwards; y más recientemente, Spurgeon, Bishop J. C. Ryle y Dr. Martyn Lloyd-Jones;

estos hombres, entre incontables otros, vieron todos al oficio del papado como el Anticristo, esto es, sustituyendo a Cristo, la nueva cara del viejo paganismo que es el *Misterio de Babilonia* en la Biblia”.¹⁵

Teniendo en cuenta tanto las Escrituras como la historia, nosotros también, encontramos difícil evitar una conclusión similar; porque estamos en la misma tradición profética que Hipólito, que los valdenses, y que los reformadores del siglo XVI. Deseamos, sin embargo, remarcar dos puntos adicionales.

Primero, la Biblia misma predice no solo un Anticristo particular, sino que también aplica más extensamente la palabra. En 1 Juan, el apóstol declara “vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos” (2:18) y también habla de “el espíritu del anticristo” (4:3). Los protestantes tienen que notar esto. Algunas de sus iglesias también a veces han negado a su Señor al actuar como el Anticristo, especialmente persiguiendo a otros cristianos cuya teología no coincidía con las suyas.

Segundo, las Escrituras predicen que, al final, tres grandes poderes se opondrán al Rey que viene, estos son, a saber, el dragón, la bestia y el falso profeta—es decir Satanás, Anticristo y la bestia de dos cuernos. Éstos son descritos en Apoc. 12 y 13. En cierto sentido el diablo es él mismo Anticristo final, y todos los que deciden ser enemigos de Dios automáticamente se vuelven sus súbditos. No es, sin embargo, al diablo al que el Señor destruirá en su Segundo Advenimiento (2 Tes. 2:8) sino a otro, a un poder humano.

II

Estamos de acuerdo con los reformadores y con otros antes que ellos en que el papado es el que se encaja más perfectamente—de hecho, únicamente—al escenario bíblico como el Anticristo número uno que ha estado pisoteando gran parte de nuestra historia, especialmente en Europa. Vance H. Ferrell observa correctamente que “solamente la Roma papal responde a la descripción de Daniel Siete”.¹⁶

Esto ya fue claramente presentado en “el clásico *Debate Sobre la Religión Católica Romana*” entre Alexander Campbell (1788-1866), fundador de la iglesia de los Discípulos, o cristianos, con el arzobispo J. B. Purcell entre el 13 y el 21 de enero de 1837. Los reporteros lo apuntaron literalmente en taquigrafía. Un punto culminante fue el brillante resumen de Campbell en diez puntos, que muestra que solamente la iglesia romana cumple no algunas sino todas las especificaciones proféticas para el Anticristo. Él dijo:

1. Es una bestia, o imperio, o poder, que creció saliendo de la bestia romana.
2. Surgió después de que el imperio fue dividido en diez reinos.
3. Era un poder nuevo y diferente, sagaz y político—con ojos humanos—un poder elocuente y persuasivo, y acusador.
4. Reemplazó y desplazó a tres de los estados originales del

imperio romano o de los diez reinos en los que quedó primero dividido.

5. Asumió más que cualquier otro imperio. Habló grandes cosas y su mirada era más fuerte (audaz) que la de sus semejantes.

6. Hizo guerra no contra los pecadores, como otros imperios — la hizo *contra los santos*.

7. Prevaleció sobre ellos por mucho tiempo. “agotó a los santos”.

8. Presumió de cambiar *tiempos y leyes*. ¡Cuántos ayunos, y festines, y santos, y nuevas leyes e instituciones ha establecido este poder!

9. Tenía poder para sujetar en sumisión a todos los santos, y enseñorearse sobre ellos por mucho tiempo.

10. Sería *consumido*, gradualmente desechado, a medida que la Reforma protestante ha estado debilitando su poder y sustancia durante tres siglos—y así será finalmente, repentinamente y totalmente destruido. ¿Puede encontrar mi erudito adversario todas estas características y circunstancias en algún otro poder o imperio en toda la historia de los tiempos?¹⁷

Leemos que la reacción del arzobispo fue “débil y evasiva”.¹⁸

Los eventos en los 160 años desde ese debate necesitan una reevaluación del décimo punto de Campbell. Lejos de continuar su declive, el catolicismo—encabezado por el papado—ha hecho un tremendo retorno. En 1837, el gran argumentador no logró percatarse de la importancia de Apoc. 13:3: “Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia”.

Pero la incapacidad de Campbell para entender esta estrofa era comprensible; el resurgimiento del poder papal todavía se ocultaba en su futuro. En ese momento, el protestantismo todavía era robusto y asertivo. El cambio completo de esta situación hoy en día seguramente habría asombrado su imaginación.

Él señaló que el papado “era un embrión en tiempos de Pablo. (El misterio de la iniquidad que ya trabajaba internamente)”.¹⁹

Éste es un argumento esencial. El gran apóstol advirtió a sus contemporáneos que en su tiempo el anticristo ya estaba empezando a moverse en la matriz de la iglesia. Estaba, por tanto, destinado a continuar su carrera por muchos, muchos cientos de años—hasta el mismo Segundo Advenimiento (2 Tes. 2:7, 8). Ninguno de los otros candidatos propuestos a través de los siglos cubre esta especificación, porque ya sea están muertos desde hace tiempo o supuestamente todavía deben aparecer.

¿Qué cuerpo es casi tan antiguo como el cristianismo mismo, con una profesión de desviarse de lo que la Biblia enseña, y ha sobrevivido desde comienzos de nuestra era hasta el presente? Es la iglesia romana, orgullosa como un pavo real de su antigüedad, que recientemente se acicaló celebrando unos supuestos 2,000 años de catolicismo. ¡Cuánto se regocija porque ha continuado durante tanto

tiempo! Esto también, sin embargo, es un cumplimiento de la profecía; porque el Anticristo nació sólo un poquito después de que el último apóstol falleció.

A pesar de tales consideraciones, muchos protestantes actuales han desechado la idea de que el Cuerno Pequeño es el papado, sustituyéndolo con dos explicaciones alternativas. Ya hemos hecho referencia a ellas, pero debemos considerarlas ahora en mayor detalle. La primera es conocida como preterismo, que enseña que todas las profecías de la Biblia se cumplieron totalmente antes de nuestra era o al poco tiempo de la resurrección del Señor. La otra es el futurismo, que sostiene que el Anticristo todavía no ha venido. Juntas, estas dos escuelas tienen el efecto de dejar al papado fuera del asunto, que es exactamente para lo que se diseñaron ambas alternativas.

III

El preterismo fue introducido al cristianismo mayormente por Luis de Alcazar (1554-1613), un erudito español jesuita de la contrarreforma. Trató de probar, entre otras cosas, que el Cuerno Pequeño no puede hacer referencia al papado, aplicando la profecía de Daniel a Antíoco IV (c. 215-164 a.C.), conocido como Epifanes (“el ilustre”). Éste era un rey greco-macedonio de Siria, más bien insignificante, que vivió 160 años antes de Cristo y fue notorio por perseguir a los judíos, quienes—bajo los macabeos—lo expulsaron de Jerusalén. Aparentemente, Alcazar obtuvo esta línea de interpretación de un rabino judío medieval, Hayyim Galipapa (c. 1310-80).²⁰ Esta representa una vista judaica que se remonta a orígenes precristianos. Josefo hacen referencia a ella más de mil años antes de Galipapa en sus *Antigüedades* (93 ó 94 d.C.), donde comenta sobre la visión de Daniel.²¹

Reconocemos que el perseguidor sirio tenía algunas, aunque no todas, las características especificadas en la profecía, pero esto apenas evita que Dan. 7 pueda aplicarse—con fuerza mucho mayor—al papado. Además, al interpretar al Cuerno Pequeño como Antíoco Epifanes aparecen varias objeciones.

La más seria es que en su sermón en los Olivos (Mat. 24, Lucas 21 y Marcos 13) Jesús relacionó al Cuerno Pequeño con un poder que florecería durante la era cristiana, comenzando con la destrucción de Jerusalén: “Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces . . .” (Mat. 24:15). La identificación con Antíoco Epifanes está en total contradicción con estas palabras de Cristo.

Tampoco logra cumplir la especificación de que la carrera del Anticristo se extendería por, como Dan. 7:25 lo expresa, “un tiempo, dos tiempos y medio tiempo” (NRV 90), es decir, tres años y medio. En vez de eso, la profanación del templo por Antíoco Epifanes duró tres años y diez días, desde Chislev 15, en 168 a.C., hasta Chislev 25, en 165 a.C. Esta última fecha en el calendario judío se convirtió en Hanukkah, que todavía hoy se celebra para conmemorar la dedi-

cación del nuevo altar.²²

A esto deber añadirse que el libro de Apocalipsis, imitando a Daniel, aplica esa profecía de tiempo a la era cristiana: “Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada *por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo*” (Apoc. 12:14, énfasis añadido). Estas palabras, escritas alrededor del 100 d.C., son sobre el futuro y no sobre el pasado. Aunque el escritor humano era Juan, el Redentor mismo es el que lo dice; porque Apocalipsis es “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto” (Apoc. 1:1). Una vez más, como desde la perspectiva del monte de los Olivos (y afirmado con inconfundible claridad por Mat. 24:15), la mirada de nuestro Señor está fija en los eventos futuros que habrían de afectar a su pueblo, y no en un episodio de la historia pasada judía.

Además, la interpretación preterista que concierne con Antíoco Epifanes no se ajusta al marco temporal correcto; el antiguo rey sirio pertenece a un período anterior, pre-cristiano, como parte de un leopardo de cuatro cabezas, simbolizando la dominación griega. El Cuerno Pequeño de Dan. 7 crece sobre otra criatura, la bestia horrible que le sigue. Está arraigado en la Roma pagana, pero solamente se convierte en un poder político-religioso en compañía de los otros diez cuernos. Esto quiere decir que viene a primera plana algo más tarde que los reinos germanos, pero luego continúa como su contemporáneo hasta el final del tiempo.

El preterismo no trata exclusivamente con el Cuerno Pequeño; también trata de mostrar que las otras profecías, por ejemplo, Apoc. 13, no pueden ser aplicables al papado. Limita su cumplimiento a los primeros pocos siglos de nuestra era y señala a Nerón como el Anticristo.²³

El preterismo de Alcazar ha influido en muchos escritores racionalistas y protestantes.

IV

El otro enfoque diseñado para exonerar al papado es el futurismo, una antigua escuela de interpretación profética católica romana. En su génesis, es tan antigua como la Gran Apostasía, aunque no tan antigua como la escuela historicista de los primeros cristianos. Sus rudimentos aparecen en escritores católicos tempranos como Ireneo y Jerónimo—de acuerdo con el cardenal Henry E. Manning (1807-92), un sacerdote anglicano que apoyó el movimiento de Oxford del siglo diecinueve y dirigió después la iglesia romana en Inglaterra. El futurismo fue desarrollado aún más por el papa Gregorio I, por Beda y por otros. Dictando una conferencia sobre este tema a la prestigiosa Sociedad Metafísica de Londres en 1861, Manning dijo “Ribera repite la misma opinión”.²⁴

Durante la contrarreforma, adquirió nueva prominencia, encabezado por Robert Bellarmine (1542-1621);²⁵ sin embargo, alcanzó su desarrollo más pleno con Francisco Ribera (1537-1591). Al igual que

Alcazar, el campeón del preterismo, Ribera fue un jesuita español. Publicado en 1590, con algunas revisiones subsiguientes, su comentario de 500 páginas sobre Apocalipsis rechazó la interpretación protestante de que el anticristo era la Iglesia Católica.²⁶

Ésta fue una maniobra muy exitosa. En las gráficas palabras de Ronald C. Thompson, Ribera fue uno de los hombres que “desviaron el dedo incriminador de la profecía levantado por Daniel, Pablo y Juan hacia el papado romano”.²⁷ Lo siguiente es la sinopsis de las ideas de Thompson:

“Ribera apartó la institución colectiva como Anticristo, enseñada por los protestantes, sustituyéndola por una *sola persona* que reconstruiría el templo en Jerusalén, aboliría la religión cristiana, negaría a Cristo, sería recibido por los *judíos literales*, pretendería ser Dios y conquistaría al mundo . . . Y encima de eso, lograría todo esto en 1,260 días literales, un período de tres años y medio literales (1260 dividido por 360 = 3½). Igualó a la mujer vestida de sol en el desierto con la persecución del Anticristo durante el período de 3½ años (ver Dan. 7:25; Apoc. 13:5; 12:6, 24)”.²⁸

Como ya se ha señalado en otras partes, un elemento vulnerable del futurismo es la teoría de la Brecha. Ribera aplicó varios capítulos del Apocalipsis a la Roma antigua, pero atestó el cumplimiento de los capítulos 11 al 14 a un futuro muy breve de solamente tres años y medio literales.²⁹ En otras palabras, corta más de mil años de historia católica medieval, sobre los que la profecía supuestamente no hace comentarios.

En una referencia anterior al dispensacionalismo, el vástago protestante del futurismo católico, señalamos que la teoría de la Brecha era muy ilógica. Junto al futurismo como un todo, es también intrínsecamente improbable.

Pretende hacernos creer que, para la parte más extensa de nuestra era, la profecía tiene poco que decir a la iglesia cristiana, estando principalmente centrada en un período muy breve de siete años en el futuro distante, haciendo caso omiso de la historia en curso de la iglesia por casi veinte siglos. Esto, sin embargo, es contrario a las enseñanzas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento acerca de la función teológica de la profecía.

Ésta no se limita a predecir eventos; desentraña el significado del destino humano y conforta a los amados del Señor—incluso si las revelaciones no siempre son confortables. A menudo, cuando los apuros los acosaban, exclaman, “Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?” Y “el guarda respondió: ‘La mañana viene, y después la noche; preguntad si queréis, preguntad’”. (Isa. 21:11, 12) De acuerdo con una antigua promesa, hecha aproximadamente 760 años antes de Cristo, “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amos 3:7). Esto también es verdadero en la era cristiana. A los lectores de sus tiempos y posteriores, el apóstol Pedro les escribe: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2

Ped. 1:19).

Esto es el lo que la escuela historicista mantiene. Durante todas las edades, nuestro Salvador compasivo ha iluminado el camino para su pueblo—tan a menudo perplejo y oprimido—con la alentadora lámpara de la revelación divina, haciendo siempre más claro el futuro a medida que avanzan hacia el Segundo Advenimiento y hacia su hogar celestial.

La teoría de la Brecha, sin embargo, contradice esta idea. Implica una oscura brecha de comunicación entre nuestro Señor y su iglesia, un intervalo de silencio profético que dura muchos, muchos siglos. Esto, pensamos, requiere una explicación. En particular, ¿por qué sucede que las características y la carrera del papado se corresponden tan exactamente a las predicciones de la Biblia—de acuerdo con la escuela historicista de interpretación profética, y entre otros, con Alexander Campbell que lo explicó tan hábilmente hace casi doscientos años?

V

El futurismo hizo primero una entrada importante en la teología protestante a través de un clérigo anglicano, Samuel R. Maitland (1792-1866), quién en 1826 publicó un panfleto de setenta y dos páginas titulado *An Enquiry into the Grounds on Which the Prophetic Period of Daniel and St. John, Has Been Supposed to Consist of 1260 Years* (Una Investigación Respecto a los Fundamentos Sobre los que se ha Supuesto que el Período Profético de Daniel y San Juan es de 1260 Años). Su intención fue oponerse a Irving y a otros que confiaban en el principio de día por año; en otras palabras, Maitland levantó su voz contra la proclamación que culminó en el movimiento del Gran Advenimiento.³⁰

Además, “sentía desprecio por gran parte del concepto general de la ‘Reforma como movimiento religioso’” y afirmó que el papa no cubría los términos de la profecía. Sosteniendo que los 1260 días proféticos eran días naturales, esto es, tres años y medio literales, Maitland creía que las predicciones en Daniel y Apocalipsis se cumplirían todas en el futuro.³¹

Atacó la ortodoxia de los valdenses y de los albigenses,³² a los que la escuela historicista presuntamente debe su origen.

Creemos significativo que el futurismo protestante llegara a primera plana con un sacerdote anglicano, porque doctrinalmente la Iglesia Anglicana—por gran parte de su existencia—ha sido semi-católica y una posada a medio camino de Roma. Su posición actual hacia el Vaticano todavía necesita ser finalizada. Debe convertirse o bien en una iglesia realmente protestante, o regresar al seno del papado, al que abandonó originalmente por razones no teológicas. Discípulo de Maitland fue otro anglicano, James H. Todd (1805-69) un “irlandés erudito y catedrático en hebreo en la Universidad de Dublín. Como catedrático en el Trinity College en 1838 y 1839 trató con las profecías relativas al Anticristo. Declarándose abiertamente a sí mismo como seguidor de Maitland, atacó audazmente el punto

de vista de la escuela historicista de los reformadores—todavía secundado comúnmente por el clero protestante en Irlanda—de que el papa era el Anticristo”. Sostuvo que el anticristo era un individuo, que aparecería justo antes del Segundo Advenimiento “y relacionado con los judíos más bien que con la iglesia de los gentiles”.³³ Para Todd, el catolicismo no era una apostasía de la religión de la Biblia. A pesar de los errores de esta, él creía que “la iglesia de Roma [era] una verdadera iglesia cristiana”.³⁴

El futurismo, como fuera formulado por Maitland y Todd fue aceptado, entre otros, por John Henry Newman (1801-90). En *The Protestant Idea of Antichrist* (La Idea Protestante del Anticristo), escrito cinco años antes de unirse a la iglesia de Roma, empieza elogiando a Todd y luego presenta las dos siguientes proposiciones: “La cuestión realmente yace, obsérvese, entre esas dos alternativas, o bien la iglesia de Roma es la casa de Dios o bien es la casa de Satanás; no hay lugar intermedio entre ellas.

“La cuestión es si, como él [Todd] sostiene, su cumplimiento aún está por llegar, o si ya ha tomado lugar en la persona del Obispo de Roma, como los protestantes muy comúnmente han supuesto”.³⁵ Estas ideas son difíciles de refutar. Pero Newman, como Maitland antes que él, se equivocó al atribuir el origen de la escuela historicista a los albigenses, a los valdenses, a los franciscanos espirituales y a otros supuestos herejes medievales.³⁶ Por lo menos germinalmente, ha existido desde el período más temprano, incluyendo entre sus partidarios a Hipólito y a Tertuliano, quienes vivieron antes del siglo IV, cuando los obispos y Constantino cooperaban para forjar la iglesia imperial.

VI

La más grande influencia del futurismo sobre los protestantes del siglo veinte debe mucho al movimiento de Oxford, que también diera a luz la idea ecuménica que atrae a las personas de regreso a Roma.

El mejor conocido retoño de las ideas futuristas de Ribera y Maitland es el dispensacionalismo. A pesar de algunos otros antecedentes, fue formulado principalmente en las conferencias británicas sobre profecía, en el siglo diecinueve, como las de Powerscourt Castle en Irlanda, desde 1830 hacia adelante. Algunas de las personalidades principales que asistieron a esas reuniones, especialmente John Nelson Darby, fundaron los Hermanos de Plymouth con los que esta escuela estuvo asociada de una manera particular.³⁷

Pero en la actualidad existen dispensacionalistas en muchas iglesias protestantes. Ellos creen que en períodos históricos diferentes Dios no aplicó uno sino varios planes para cumplir sus propósitos con la humanidad. Bajo esta perspectiva, él ha obrado poderosamente a través de la iglesia, desde el principio del cristianismo hasta tiempos muy recientes, pero sus favoritos de los últimos días vuelven a ser su antiguo pueblo del Antiguo Testa-

mento. Una nueva dispensación comenzó supuestamente en 1948, cuando los sionistas proclamaron el estado de Israel en Palestina.

Los judíos ultra-ortodoxos en Jerusalén, sin embargo, no lo reconocen, porque sus fundadores fueron socialistas y usaron métodos seculares y violentos para crearlo. A la manera de interpretar las profecías de estos rabinos, la restauración de su pueblo no puede ocurrir antes de que el Mesías venga. Aunque pondríamos esto de manera diferente y en relación con el Segundo Advenimiento, básicamente estamos de acuerdo con su posición.

En capítulos previos, hicimos referencia a los libros de Hal Lindsey, especialmente *The Late Great Planet Earth* (El Tardío Gran Planeta Tierra, 1971), una obra futurista que se volvió un éxito de ventas espectacular en muchos idiomas. Otro dispensacionista influyente, prácticamente contemporáneo de Lindsey, fue Charles C. Ryrie. Su libro, *The Bible and Tomorrow's News* (La Biblia y las Noticias del Mañana), también está (como todo futurismo) en gran deuda con Ribera. Apareciendo en 1969, rápidamente se volvió muy popular, pues para 1973 ya contaba con cinco reimpresiones.

Al igual que Lindsey, Ryrie estaba fascinado con el Israel moderno y los asuntos contemporáneos, lo que incitó su propia predicción de que durante la tribulación, Dios arrasaría a los ejércitos norteros de Rusia, que él cree que habrían invadido Palestina para ese entonces.³⁸ En el contexto de la época en que escribió esas palabras, Ryrie probablemente se refería a la Unión Soviética, la que ya llegó a su final—pero en una manera bastante diferente.

VII

Desde la Segunda Guerra Mundial, el Comunismo y específicamente la Unión Soviética atea ha sido vista por muchos protestantes como un cumplimiento de las profecías que involucran al anticristo. Pero su desintegración a principios de los 1990's y los siguientes infortunios de Rusia han puesto esa línea de pensamiento en la misma categoría anticuada que las interpretaciones más viejas que aplicaron las profecías sobre el anticristo a Napoleón, al Kaiser Guillermo II y a Hitler.

Si Rusia tiene un papel en el cumplimiento de la profecía, esto no será como campeón del ateísmo, sino más bien de la ortodoxia oriental, que bajo una ley firmada por Yeltsin devino su religión estatal. Esta ahora oprime a las iglesias que no estaban registradas en ese país antes de cierta fecha. La iglesia ortodoxa, como el catolicismo, tiene una historia muy larga de perseguir disidentes.

Desafortunadamente la malvada influencia de la nueva legislación religiosa en Rusia se ha difundido hacia el Asia central, por ejemplo, Turkmenistán, justo al norte de Irán y al este del Mar Caspio. Allí, en Asjabad (Aşgabat) el 9 de noviembre de 1999, el Consejo de la Ciudad votó la resolución no. 1450 para demoler la iglesia Adventista del Séptimo Día sobre el pretexto de necesitar hacer un camino a través de la propiedad. ¡Todavía no se ha derribado ningún otro edificio, ni se ha construido el camino!

La motivación real fue establecer el islam y la iglesia ortodoxa como las únicas religiones de ese país, como los eventos subsiguientes dejaron claro. Adventistas se volvieron una congregación ilegal, reuniéndose en secreto en un barrio privado. Pero un día, la policía de seguridad atravesó violentamente la puerta e interrumpió su servicio en el hogar de Maryam K. Ismakayeva; el gobierno municipal confiscó no sólo todos los libros religiosos y materiales audiovisuales, sino también su departamento. El 21 de diciembre de 2001, en el mismo corazón del invierno, Maryam abandonó Turkmenistán buscando refugio con un pariente en Siberia. Después de esto, viajó a Moscú, un mártir sin hogar, sufriendo por amor a Jesucristo.³⁹

Otras denominaciones también han sufrido persecuciones, especialmente cuando son recién llegadas a esos países y carecen del registro requerido.

Creemos que finalmente la iglesia ortodoxa, incluyendo su rama rusa, cooperará y posiblemente incluso se unirá con su religión hermana, el catolicismo romano, la que es teológicamente muy similar. Aparte de su actitud hacia el pontífice, las diferencias que las dividen son relativamente pequeñas. Generalmente es solo un asunto de apariencias. Éstas pueden, sin embargo, ser complacidas, como ya se ha hecho en el caso de las ramas uniatas (iglesias católicas orientales), como la Iglesia Católica Ucraniana. Sus reglas y liturgia se parecen mucho a los de la iglesia ortodoxa—permite incluso que sus sacerdotes se casen—pero su cabeza es el papa romano.

Aunque esto pueda suceder, las tendencias religiosas actuales en la Ex Unión Soviética confirman la escuela historicista de interpretación profética por no seguir una perspectiva futurista.

VIII

En los Estados Unidos, el futurismo (especialmente en su forma dispensacionalista) a menudo se ha concentrado en la idea de un nuevo orden mundial que exigirá que los estadounidenses dejen su soberanía y se subordinen a un gobierno global, dirigido o inspirado por el anticristo. Esto incluso ha sido un ingrediente en el activismo de las milicias de ala derecha, con personas que buscan defender sus familias contra el gobierno federal, que ellos creen que está conspirando para asociarse con fuerzas del mal que pretenden dominar el país.

Un ejemplo fue la carrera de la Hermandad Silenciosa en mediados de los 1980's. Nació de la Identidad Cristiana de Richard Butler, antisemita y racista. En confrontaciones violentas con la policía, su líder, Robert Mathews y otros, perdieron sus vidas.⁴⁰

Un libro influyente que motivó a Mathews fue *The Turner Diaries* (Los diarios de Turner, 1978) de William Pierce, jefe de la Alianza Nacional—una organización ultraracista y antisemita. Esta obra ficticia describe la exitosa batalla de los defensores de la supremacía blanca contra el gobierno federal. Se han distribuido o han sido

compradas más de docientos mil copias entre los milicianos norteamericanos. Algunos de ellos lo han usado “como una guía para el robo, el incendio provocado, el asesinato y el asesinato en serie”.⁴¹ Una década después, en 1996, los Hombres Libres, que creían lo mismo que la Identidad Cristiana, se escondieron en Montana durante ochenta y un días. Chip Berlet, de Political Research Associates (Asociados para la Investigación Política) sostiene que eran parte de “un movimiento religioso apocalíptico del final de los tiempos”.⁴²

Morris Dees, director del consejo judicial para el Centro Sureño Legal para la Pobreza y su Destacamento Especial de Milicias, ha estudiado atentamente este fenómeno. En 1996 escribió que el mismo se había estado edificando por los últimos quince años y constituía una “Tormenta de Reunión” (*Gathering Storm*), que es también el título de su libro. De acuerdo con él, “entre 1994 y 1996, había al menos 441 unidades de milicias distribuidas por todo el país. Cada estado tenía al menos una dentro de sus fronteras”. Aparte de éstos, “368 grupos aliados de patriotas promovieron la formación de milicias, les suministraron información y materiales, o se adhirieron a sus ideas, incluyendo las doctrinas del grupo Identidad, que eran comunes en los círculos de las milicias”.⁴³

Algunos de éstos son defensores de la supremacía blanca e incluso antisemitas, aunque otros no. Su denominador común es el temor y, a veces, el odio hacia el gobierno federal, cuyas raíces pueden rastrearse en parte hasta la Guerra de Vietnam y a sus humillantes consecuencias. “En el sentir de muchos, valientes hombres pelearon con una mano atada detrás de sus espaldas por políticos liberales que supuestamente se negaron a permitir que nuestros soldados ganaran. El enemigo estaba tanto en los bancos del río Potomac como en el Delta del Mekong”.⁴⁴

Los miembros de las milicias creen que el gobierno federal quiere desarmar al pueblo estadounidense, de manera que luego pueda establecerse un gobierno mundial, quizás por las Naciones Unidas. Esta idea también ha sido promocionada por la Sociedad John Birch “y el segmento conspirativo de la audiencia del televangelista Pat Robertson”,⁴⁵ aunque éstos no promueven métodos violentos.

Los miembros de las milicias también acusan a los ejecutores de las leyes federales de muchas brutalidades, culminando en Waco, Texas, el 19 de abril de 1993, cuando murieron ochenta y un davidianos sitiados y cuatro agentes de la ATF.

En el segundo aniversario de ese evento, Timothy McVeigh, ayudado por Terry Nichols, cobró venganza a través de la detonación de una bomba en la ciudad de Oklahoma. Eso fue, hasta ese momento, el peor caso de terrorismo en la historia estadounidense. Asesinó cruelmente a 169 empleados federales y miembros del público en general. Cientos de personas sufrieron lesiones.

Pero normalmente McVeigh, un veterano condecorado de la Guerra del Golfo, no era un hombre cruel. Sólo tres años antes de hacer detonar la bomba, escribió una carta al editor del periódico en su pueblo natal para protestar contra “la cruel masacre del ganado

vacuno para comer”.⁴⁶ ¿Qué, entonces, pudo haber motivado a este hombre a suprimir su natural repugnancia a infligir sufrimiento y a asesinar a seres humanos a tal escala?

Los fiscales mencionan su deseo de vengar las muertes de Waco, y también “odio hacia el gobierno estadounidense”.⁴⁷ Indudablemente, una fuerte influencia fueron *Los Diarios de Turner*, a los que ya hicimos referencia. Este libro, que también inspiró y destruyó a Robert Mathews, describe la voladura de un edificio federal con un camión-bomba en octubre de 1990, desencadenando una guerra de liberación para Norteamérica, de manera que el “sueño de un mundo blanco se divirtió en realidad”.⁴⁸

Morris Dees y James Corcoran sostienen que el odio de McVeigh también provenía de “su angustia al ver soldados estadounidenses servir bajo el mando de las Naciones Unidas en Somalia; sus temores de que los valores de nuestro país se perderán en pos de un gobierno mundial ateo; su indignación porque agentes del F.B.I. asesinarían a mujeres y niños inocentes; su cólera hacia políticos corruptos, y sobrepagados”.⁴⁹

Los futuristas que predicán y escriben sobre el Nuevo Orden Mundial a menudo son personas piadosas, que se sentirían horrorizadas de pensar que su comprensión de la Escrituras podría haber contribuido a lo que Timothy McVeigh y Terry Nichols hicieron aquel fatal día en la ciudad de Oklahoma. Pero los intérpretes proféticos, como cualquier otro, asumen cierta responsabilidad por las consecuencias de sus ideas en las vidas de otras personas.

Varios milicianos ya se han sacrificado a sí mismos y destruido sus familias al cometer crímenes serios contra la sociedad. ¿No sería terrible si, como firmemente mantenemos, las profecías de la Biblia no predican un gobierno mundial? Si es así, todas esas muertes y todo ese sufrimiento habrán sido en vano.

IX

Algunos escritores, tanto católicos como protestantes, han mezclado ideas historicistas y futuristas en formas interesantes.

Un temprano ejemplo fue Père Bernard Lambert (f. 1813), un monje dominicano de Provenza, al sur de Francia, cuya obra sobre profecía en dos volúmenes fue publicado en París en 1806. Aunque no consideraba al papado como el anticristo *per se*, sostuvo que la apostasía al final de los tiempos de toda la cristiandad estaría “dirigida por un anticristo personal y papal”.⁵⁰ Esta podría parecer una sorprendente perspectiva para un católico de su tiempo, pero realmente era heredada de la tradición medieval de criticismo dentro de la iglesia romana a la que ya nos hemos referido.

Un protestante moderno que unió las ideas historicistas y futuristas es Dave Hunt. Él francamente reconoce que ha abandonado una idea clave del protestantismo tradicional: “Los reformadores y sus credos eran unánimes al identificar a cada papa como el anticristo. La Escrituras, sin embargo, no respaldan esa afirmación.

El Anticristo es una persona *única* sin predecesores o sucesores. Será el nuevo “Constantino”, el gobernante del Imperio Romano mundial revivido”.⁵¹ Pero Hunt todavía conserva un elemento de la escuela historicista, al escudriñar al catolicismo sobre los siglos, especialmente en *A Woman Rides the Beast* (Una Mujer Monta a la Bestia), un libro importante y digno de reflexión. Cree que la iglesia romana cooperará estrechamente con el Anticristo.

Otro escritor similar es LaHaye, coautor de la serie *Left Behind* (Dejados atrás). En su *Revelation Unveiled* (Apocalipsis Desvelado), toma posición contra el catolicismo, al que ve como líder de la religión ecuménica. Se refiere a la historia de la iglesia romana como una apostasía sincretista, que en el pasado ha perseguido a los hijos del Señor. Estas cosas vuelven a ese cuerpo una parte importante de la Babilonia profética. En su opinión, el catolicismo se tragará a los grupos protestantes liberales y encabezará una religión global, a la cual contribuirán los sistemas paganos.⁵²

Coincidimos con muchas de estas ideas. Escritores como Hunt y LaHaye han hecho valiosas contribuciones al advertir al mundo contra las maquinaciones del Vaticano—aunque no ven al pontífice como el Anticristo, sino como una figura menor que lo respaldará.

Considerar al anticristo como un individuo no es totalmente incompatible con la escuela historicista, pues “el hombre de iniquidad” es tanto una organización como una persona. El pontificado no es un concepto abstracto, sino siempre concreto: Una serie de hombres, pues cada papa es considerado el *Vicarius Christi* (Vicario de Cristo) o el *Vicarius Filii Dei* (Vicario del Hijo de Dios). Esta doctrina de la iglesia romana es conocida como la sucesión apostólica. Biológicamente, los pontífices mueren y otros toman su lugar, pero en su coronación cada uno es saludado con palabras idénticas, *Tu es Petrus* (“tú eres Pedro”). Es decir, siempre que un nuevo papa es elegido, el apóstol virtualmente se reencarna, algo similar a lo que afirma el Dalai Lama.

Reconocemos que los pontífices no son necesariamente hombres perversos en sus vidas privadas. Todos, sin embargo, han sido culpables de enseñar las doctrinas y mantener un sistema que el cielo condena. Ellos también han permitido que se les llame o se les trate como a “otro dios en la Tierra”.

Es por tales razones, y no sólo por sus defectos individuales, que el Señor los considera como hacedores del mal.

X

Los líderes que continúan una religión falsa creada por sus predecesores heredan su culpabilidad, y también heredan la condenación del Señor.

Podemos ilustrar esto por medio de la historia de un antiguo país llamado Israel, cuya capital era Samaria, y que existió durante aproximadamente tres siglos después de que falleciera el rey Salomón. Su fundador, Jeroboam, quería desalentar a su pueblo de ir a adorar al templo en Jerusalén, temiendo que esto los tentaría a

unirse con el reino de Judá, al sur. Por lo tanto, introdujo una religión alternativa, centrada en el culto a dos becerros de oro en Dan y en Bet-el, en las extremidades norte y sur de su territorio. Estos ídolos, sugirió, eran sólo otra representación de Yahweh (Jehová), quien había sacado a los israelitas fuera de Egipto durante el Éxodo. (1 Reyes 12:26-33)

Jeroboam tomó esta idea de Aarón, el primer sumo sacerdote de Israel, quien en el Sinai había conducido brevemente al pueblo elegido a la apostasía y acarreado el desastre sobre muchos de ellos (Ex. 32).

El Dios de la Biblia odia la idolatría. El segundo de los Diez Mandamientos lo describe como “un Dios celoso”, que prolongará su desagrado a los descendientes de aquellos que tan siquiera se postren ante imágenes (Ex. 20:5).

De acuerdo con los libros de Reyes, Él no solamente consideró Jeroboam un hombre malvado, sino también a cada gobernante que le sucedió en Israel del norte; pues ninguno de ellos estuvo dispuesto a abandonar el culto a los becerros. Una y otra vez leemos, como acerca de Joacaz, el hijo de Jehú: “E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y siguió en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; y no se apartó de ellos” (2 Reyes 13:2).

Cuando el tiempo pasó, su culto se fusionó con elementos de otras religiones paganas, como la adoración a Baal. Al final, en 722 a.C., los asirios destruyeron Samaria y llevaron las diez tribus a un cautiverio del que, como nación, nunca regresaron.

Algunos de los reyes en Israel del norte, como Jeroboam II, eran monarcas capaces y talentosos, que trajeron prosperidad a Israel e incrementaron en ocasiones su poder—pero al Señor todo esto le era irrelevante. Él quería que ellos se arrepintieran y abandonaran su idolatría. A través de sus profetas, trató repetidamente de hacerlos cambiar sus caminos. Como no lo hicieron, él se volvió “se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro; y no quedó sino sólo la tribu de Judá” (2 Reyes 17:7-18).

Por supuesto, el anticristo que deberá enfrentar al Rey que regresa en su Segundo Advenimiento, y que será consumido por el resplandor de su Venida, no será solamente una institución, sino un papa particular, como Père Bernard Lambert dijo hace casi doscientos años.

La razón para la terrible retribución del Señor no será sólo la separación doctrinal de las Escrituras, sino porque el Cuerno Pequeño un día dirigirá una última gran persecución contra los “santos del altísimo”. Cuando el papado, en cooperación con otros cuerpos religiosos y poderes políticos, empiece a repetir las crueldades del pasado a escala mundial, él y su último pontífice serán destruidos por Cristo mismo, quién regresará repentinamente.

Mientras estuvo en la Tierra, Jesús repitió el principio del juicio divino que hemos visto aplicado al Israel de Jeroboam: Si nos identificamos con, e imitamos las malas acciones de nuestros predecesores, debemos sufrir parte de su castigo. A los escribas y fariseos, los jefes de la iglesia de su tiempo, les dijo:

“ . . . Yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar”. (Mat 23:34-35)

Del mismo modo, el último papa también sufrirá como representante de todos los pontífices malvados antes de él. Uno de éstos fue Inocencio III, que en el siglo XIII desencadenó la horrible maquinaria de la Inquisición contra los albigenses. Otro fue Gregorio XIII, quien en agosto de 1572 ordenó que las campanas de las iglesias en toda Roma tocaran para celebrar la noche de San Bartolomé, después de escuchar con gran júbilo cómo los hugonotes en París habían sido arrastrados de sus camas y asesinados. A lo largo de los siglos, muchos papas han manchado sus manos y reputaciones con la sangre de cristianos cuyo único crimen fue apartarse de la iglesia romana. Dios no hace compromisos con el mal, ni la mera antigüedad del error hará que él condone el apartarse de su Palabra. Y el pasar de los muchos años apilados con historia no podrán hacerle olvidar a sus amados, maltratados o asesinados por su fe en siglos pasados. Nosotros, con nuestras fugaces vidas somos fácilmente confundidos por cualquier acumulación de eventos y el espejismo del tiempo. Pero tales cosas no pueden sobrecargar la impresionantemente del Eterno u oscurecer su memoria, porque de él leemos: “Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las viglias de la noche” (Salmo 90:4).

XI

Un gran logro del catolicismo es que, a través del movimiento ecuménico y por otros medios, se ha acercado al objetivo que se planteó hace cuatrocientos años: Deshacer la revolución religiosa que Lutero desencadenó con sus noventa y cinco tesis, es decir: Liquidar la Reforma. Un paso esencial en esta dirección es hacer que los protestantes abandonen la idea de que los papas del pasado, del presente y del futuro constituyen el Anticristo.

Otra estratagema es arrojar el ridículo sobre aquellos que todavía se adhieren a la escuela historicista. Por ejemplo, William F. Jasper ha clasificado juntos a varios “conspiracionistas ‘chiflados’ enfermos mentales”. Éstos, de acuerdo con él, no incluyen solamente a personas que están preocupadas por invasiones extraterrestres, abducciones OVNI, los asesinatos de la CIA y los clones de Hitler, sino también a ésos que creen en “las tramas papales para la dominación del mundo”.⁵³

Así que ¡algunos de nosotros estamos “chiflados” por pensar que el Vaticano está abrigando ambiciones grandiosas y peligrosas! Es agradable pensar, sin embargo, que esto nos deja en la buena compañía de otros “chiflados” como Martin Lutero, John Wesley Sir Isaac Newton “uno de los nombres más grandes en la historia del pensamiento humano”.⁵⁴

Los teólogos católicos pueden ser felicitados por el espectacular éxito con el que se introdujeron sus ideas futuristas en el protestantismo. Habiéndose convertido éstas en la mayor base de su interpretación profética, han abandonado en gran parte la escuela historicista, excepto por algunos grupos como los Adventistas del Séptimo Día.

Sin embargo, sostenemos que el papado es indudablemente el principal Anticristo predicho en la Biblia, como tantos otros lo han dicho antes. Decimos esto con pesar. Al mismo tiempo, enfatizamos que lo que decimos aquí o en cualquier otro lugar en este libro no debe ser interpretado como un ataque contra católicos romanos individuales. Más bien, es el sistema con el cual están conectados al que encontramos problemático.

A propósito, una vasta mayoría de ellos está manteniendo una lealtad solamente de nombre hacia ella. Como Bacchiocchi apunta, “En la mayoría de los países católicos menos del 10% de los católicos van a la iglesia el domingo. En Italia, de dónde soy, se estima que solamente 5% de los católicos van a la iglesia el domingo. El 95% restante van en sus vidas a la iglesia tres veces: Cuando nacen y son bautizados, casados y despachados. El Papa cree que, si esta tendencia continúa, puede amenazar el futuro de la Iglesia Católica”.⁵⁵ Estas estadísticas forman un contraste sorprendente con las afirmaciones, a menudo repetidas, de que tienen mil millones de miembros en el mundo entero.

Quizás solamente cien millones de católicos son devotos o van a la iglesia con regularidad—aún menos que los protestantes. Sin embargo, muchos de ellos son realmente hijos de Dios, y rendimos homenaje a su devoción. Al mismo tiempo, sentimos lástima de los millones de católicos que han sido terriblemente pobres y oprimidos porque su sistema religioso promovió la ignorancia entre las masas siglo tras siglo, mientras que a menudo apoyó o cooperó con los tiranos.

Coincidimos con el Papa Juan XXIII, quien distinguió entre el *error* y la *persona en error*. Dijo “el error fue siempre malo, pero la persona en error siempre tiene que ser respetada”.⁵⁶

También creemos esto con todo nuestro corazón. Indudablemente, vamos más allá de lo que el catolicismo tradicional y muchos cuerpos protestantes han estado dispuestos a hacer; porque para ellos, una persona con una teología totalmente inaceptable no puede ser salvada. Estamos convencidos de que muchos de los hijos de Dios están en iglesias y a veces incluso en sistemas paganos que Dios condena, pero Él ama a todos aquellos que lo adoran sinceramente, aunque sea en una manera defectuosa—siempre que no rechacen la verdad a sabiendas, o persigan a sus semejantes humanos.

Ésta es una doctrina tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Leemos en un salmo maravilloso:

Yo me acordaré de Rahab y de Babilonia
entre los que me conocen;
He aquí Filistea y Tiro, con Etiopía;

Este nació allá.
Y de Sion se dirá:
Este y aquél han nacido en ella,
Y el Altísimo mismo la establecerá.
Jehová contará al inscribir
a los pueblos: Este nació allí.
(Sal. 87:4-6)

Un capítulo mesiánico, Zacarías 13, mira hacia adelante al más allá cuando un pagano justo, salvado y resucitado—quizás para su sorpresa—preguntará al Redentor: ¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos” (ver. 6). Regocijándose en esta idea, Li Wei San, un creyente y artista chino, ha retratado a un antiguo sabio (quizás Confucio) sujetando la mano de Jesús, atravesada por un clavo, y mirándole fijamente en asombro. Jesús lo mira directo a sus ojos y sonríe. Esta ilustración adorna la cubierta de un libro interesante y digno de reflexión, *God and the Ancient Chinese* (Dios y el Chino Antiguo).⁵⁷ El Nuevo Testamento también contiene esta generosa teología. Pedro, hablando con Cornelio, un centurión romano, exclamó con asombro, “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:34, 35). Y el apóstol Pablo señala, “Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones . . .” (Rom. 2:14, 15).

Cuando juzgue al mundo, el Todo-compasivo percibirá cuidadosamente el trasfondo de cada ser humano—y nadie será excluido de su reino sólo por haber nacido en un pueblo pagano o en un ambiente teológico equivocado. Tampoco les volverá la espalda a aquellos a quienes supuestos cristianos apartaron perversamente de él.

Pensamos, por ejemplo, en Juan Régulo Pérez, un maravilloso español a quien el régimen (apoyado por el Vaticano) del general Franco maltrató a través de la mayor parte de su vida. Los fascistas encarcelaron a Juan cuando joven y le quitaron su diploma como maestro elemental. Después lo exiliaron de la España continental hacia la obscuridad en las Islas Canarias.

Por mucho tiempo, vivió precariamente, primero como impresor y luego como profesor a medio tiempo, pues el estado se negó a darle trabajo sobre una base regular. Sin embargo, gradualmente reconstruyó su vida, adquiriendo nuevos grados hasta el doctorado, y se hizo un académico destacado. Cuando alcanzó los 70, la Universidad de La Laguna, en Tenerife, lo honró enormemente, entre otras cosas con un impresionante plurilingüe *Serta gratulatoria in Honorem Juan Régulo*, tres grandes volúmenes. Junto a muchos escritores internacionales y académicos, tuve el gran honor—como poeta original en esperanto—de también contribuir con un artículo a esa obra. Además, La Laguna lo adoptó como hijo honorífico y le otorgó la libertad de la ciudad, nombrando una gran plaza en su

honor. Muchos lo estimaban y quisieron, tanto como un erudito y como un hombre.

Pero su maltrato por los así llamados siervos de Dios lo volvieron un ateo o, posiblemente, un agnóstico. Por otro lado, como el poeta romano Virgilio, era un *anima naturaliter Christiana* (“un alma cristiana por naturaleza”).⁵⁸ ¿Deberá perderse y ser maldito tal hombre, porque su iglesia hizo repelente la religión representando mal al Maestro?

XII

Esto no es decir que el evangelio no necesita ser predicado a aquellos que lo desconocen, pues el Señor ordenó a sus discípulos hacerlo. El cristianismo, como se explica en la Biblia, es la revelación suprema de Dios a este mundo. Todos los redimidos tendrán vida eterna a través de Jesús y sólo a través de Él, “porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Confesar explícitamente Su Nombre es importante, pero también estamos convencidos que su sabiduría y compasión extienden la mano más allá de la teología a cada rincón y grieta de la miseria humana. En última instancia, no es nuestra profesión de fe la que nos salva, sino Dios mismo. Cuando el Señor establezca su reino en este planeta, los redimidos ciertamente estarán sorprendidos por quiénes han sido incluidos—así como por la exclusión de muchas personas supuestamente piadosas.

En Apoc. 17, se retrata al sistema anticristiano como una mujer hermosa pero inmoral, a quien el Todopoderoso condena y planea destruir por su infidelidad a él y por asesinar a sus santos. Él la llama “misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA” (ver. 5). Pero millones creen firmemente que la Señora de Púrpura del Mediterráneo es la novia más preciada y santa de Cristo.

Esto último amerita ponderar una idea digna de reflexión de Manuel de Lacunza (1731-1801). Él fue un sacerdote jesuita y erudito de Chile, que en los siglos XVIII y XIX cosechó fama—tanto como odio por la Inquisición española—en todos los países latinos e incluso en Gran Bretaña por su eminente libro, *La Venida del Mesías en Gloria y Magestad* (La Venida del Mesías en Gloria y Majestad). Como él señaló, la vieja Jerusalén en tiempos de Cristo también había sido la esposa del Señor, pero aún así apostató y cayó, sin remedio.⁵⁹

Otros cristianos, siendo miembros de una miríada de iglesias y grupos protestantes, están convencidos que su religión está, en general, en armonía con la Biblia, aunque están desconcertados por corrupciones como los matrimonios homosexuales, las tendencias espiritistas, o los rasgos ecuménicos en su medio. Bien pudieran estarse preguntando: “¿Se ha convertido mi denominación en una hija de Babilonia?” Entonces, también, están los sinceros y decentes musulmanes, avergonzados de los homicidios cometidos por

supuestos fundamentalistas y las crueldades perpetradas contra cristianos por gobernadores islámicos, que hacen caso omiso de los mandamientos de su Profeta de no maltratar a otros Pueblos del Libro. Incluso en las ramas no cristianas de Babilonia, las religiones completamente paganas como el hinduismo, muchos—como Gandhi—han servido realmente a la deidad, e incluso han admirado al Jesús del Nuevo Testamento (aunque no lo conocen completamente).

¿El Señor repudia a estos muchos sinceros, aunque a veces ignorantes, que caminan en la luz que tienen en medio de la gran oscuridad que los rodea? De ninguna manera; Él reconoce a muchos de ellos como su propiedad más preciada, pero también apela a ellos con urgencia:

Salid de ella, pueblo mío,
para que no seáis partícipes de sus pecados,
ni recibáis parte de sus plagas.
(Apoc. 18:4)

El Señor no dice, “Salid de ella y volveos parte de mi pueblo”. No, muchos de ellos—católicos, protestantes, musulmanes y otros—ya son su pueblo, incluso mientras adoran dentro de un sistema que Dios aborrece. Sin embargo, insta a estos sus seres queridos a que huyan de Babilonia y escapen de su próxima condenación.

22 Desarraigando a Tres

I

En Italia y sus alrededores, durante el siglo quinto, tres peligrosos desafíos levantaron su estandarte contra el papado. Cada uno fue enfrentado con una fuerza militar, suministrada por un emperador en Constantinopla. Esto cumplió la profecía de Dan. 7:8: “Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros . . .”

El primer desafío surgió con Odoacro [Odoacar] (433–93), cuyo origen étnico es oscuro. Entró en Italia en compañía de los esciros (hérulos); podemos, entonces, considerarlo uno de ellos, aunque también estaba relacionado con otros germanos desplazados por los hunos.¹ Como mercenario, Odoacro había entrado al servicio y tomado parte en las intrigas de algunos emperadores sucesivos. Con el tiempo se volvió jefe de un contingente de hérulos en las legiones del patricio romano y *magister militum* (“maestro de soldados”) Orestes. En 475, Odoacro lo ayudó a destituir y reemplazar al emperador Julio Nepote.

Pero entonces los soldados germanos quisieron instalarse permanentemente en Italia, exigiendo un tercio de sus tierras para sí,² lo que Orestes no admitiría. Esto los enfureció y provocó su amotinamiento. Hicieron a Odoacro su rey, con su capital en Rávena,³ cerca de la costa noreste de Italia. Orestes fue asesinado y su hijo, el niño-emperador Rómulo Augústulo, fue pensionado en 476—un acto extraordinario, pues la práctica acostumbrada de los generales romanos que daban un golpe de estado era matar al heredero, junto a sus parientes y amigos.

Es así como terminó el imperio occidental, finalizando no con gran ruido sino con un gemido.

Dirigiendo una “federación militar de hérulos, esciros, rugios y turcilingios”,⁴ Odoacro en teoría reconocía todavía la autoridad de Constantinopla, aunque generalmente hacía exactamente lo que se le antojara.⁵ Los senadores en Roma lo habían respaldado, y otorgó altos honores y cargos a los miembros de la aristocracia. También trató con benignidad a la iglesia establecida. De hecho “él reverenció a los personajes monásticos y episcopales; y el silencio de los católicos da testimonio de la tolerancia que disfrutaban”.⁶

Objetivamente, el ascenso de un rey germano comedido y razonablemente brillante, cuya modestia o sabiduría hicieron que se abstuviera de exhibir la corona o el púrpura, fue un cambio excelente respecto a los emperadores. Por generaciones, estos dictadores militares habían sido la ruina del imperio. Como Gibbon escribe: “Los italianos alternativamente deploraban la presencia o ausencia de los soberanos a quienes detestaban o despreciaban; y la sucesión de cinco siglos infligió los muchos males de licencia militar, caprichoso despotismo y una opresión elaborada”.⁷ Pero al papado

en ciernes no le gustaba Odoacro, debido a lo que los católicos llamaron su arrianismo, aunque su gobierno tuvo muy poco efecto sobre la iglesia romana.⁸ Pero él cometió un gran error cuando envió a su prefecto, Basilio, para intervenir en una elección papal, en pos de “la paz de la ciudad”.

El pontifice anterior, Simplicio, había fallecido en 483, y por tanto el clero y el pueblo se encontraron para nombrar a su sucesor. “Repentinamente Basilio . . . apareció en la asamblea, expresando su sorpresa que un trabajo tal como nombrar a un sucesor del papa fallecido fue a ser emprendido sin él, y en nombre del rey declaró todo lo que se había hecho nulo y sin sentido, y ordenó que empezara nuevamente la elección”.⁹ Esta acto fue condenada posteriormente por el papa Símaco.¹⁰

Por tales razones, y porque Odoacro interfirió en la política de las provincias ilirias, el emperador oriental Zenón—“un amigo del papa”¹¹—decidió librarse de él incitando a otros líderes germanos en su contra. Estaba aplicando una reconocida técnica bizantina: El uso de la traición para debilitar a sus enemigos “poniéndolos a unos en contra de otros”.¹²

Pero no era tan fácil derrocar a Odoacro, pues él derrotó tanto a los rugios como a los visigodos, quienes reaccionaron favorablemente a la manipulación de Zenón.¹³ Aún así, finalmente el emperador destruyó a Odoacro a través de su problemático y demasiado ambicioso maestro de soldados, Teodorico, un ostrogodo.

Como hiciera el visigodo Alarico antes que él, Teodorico anhelaba un lugar apropiado donde su pueblo pudiera establecerse.¹⁴ Por lo tanto, cuando el emperador Zenón le prometió tierras en Italia, avanzó sobre Odoacro, a quien derrotó. En 493, lo hizo asesinar traicioneramente en un banquete, junto a toda su familia y seguidores más cercanos.¹⁵

De esta manera fue desarraigado el primer reino germánico en el Imperio Romano, cayendo ante el cuerno papal con ayuda imperial. Había durado menos de veinte años. El resto de los hérulos, quienes no habían entrado en Italia como un todo, sino de cuya nación Odoacro aparentemente se había desentendido, no pudo continuar su existencia por más de dos décadas. En 508, los lombardos, liderados por el rey Tato, los derrotó y prácticamente los exterminó.¹⁶ Grupos pequeños de ellos sobrevivieron por una generación o dos, pero luego desaparecieron totalmente de la historia.

II

Eliminar el estado de Odoacro, sin embargo, no eliminó la amenaza del control hereje en Italia; pues inmediatamente otro desafío levantó su cabeza. Teodorico (454-526), el general ostrogodo que había venido a Italia para proteger los intereses del emperador, estableció su propio reino, el que fue más impresionante y perduró por medio siglo.

En ese momento, muchos germanos—especialmente los godos—habían estado en el imperio por más de trescientos años. Sus

números aumentaron enormemente con la llegada de los visigodos, cuyo cercano imperio había estado expuesto constantemente a la influencia romana. Pronto éstos fueron seguidos por los ostrogodos. Muchos de estos pueblos fueron integrados a la civilización greco-romana. Teodorico mismo no era un bárbaro, sino un hombre refinado, educado como rehén de paz en Constantinopla en “sus años de educación, desde los ocho hasta los dieciocho años”.¹⁷ El reino que fundó demostró ser extraordinario desde un punto de vista cultural. Además, decidió restaurar toda Italia, destruida en parte por merodeadores germanos en el siglo anterior. Esto es evidente por varias de sus cartas sobrevivientes, en las que ordena la reparación de monumentos y ciudades.¹⁸

La brillante corte de Teodorico atrajo a eruditos como Boecio y Casiodoro. De acuerdo con Naidis, el rey “alentó la educación, toleró a los cristianos ortodoxos, aunque él mismo era un arriano, y asentó a sus soldados en el dominio real, en vez de confiscar las tierras de los campesinos”. Un mismo código legal se aplicaba tanto a godos como a romanos. Estos últimos retuvieron muchos cargos públicos y militares.¹⁹

Algunas de las construcciones ostrogodas eran muy hermosas, demostrando cuán bien estos pueblos habían asimilado las costumbres artísticas del imperio. Ejemplos destacados, sobrevivientes todavía después de quince siglos, son el mausoleo de Teodorico y la magnífica basílica de San Apolinar el Nuevo en Rávena, ambas convertidas en iglesias católicas,²⁰ las que visité durante el verano de 1985.

Esta ciudad se volvió un centro de lo que apropiadamente podría llamarse la iglesia germana. Pero como sucedió con los donatistas, estaba condenada a la extinción—y por la misma razón: No se someterían al catolicismo.

Roma acusó a los ostrogodos de arrianismo, debido a sus creencias religiosas, que eran diferentes a los dogmas de Roma. Uno de éstos concernía a la Trinidad. Para muchos de los que viven hoy, los argumentos más refinados sobre la naturaleza de Dios podrían parecer sutilezas teológicas, pero no era así como los católicos o los germanos consideraban este asunto.

En la actualidad, la palabra *arrianismo* conjura una imagen de los Testigos de Jehová, quienes sostienen que antes de su encarnación, Cristo fue un ser creado. Pero, como ya hemos señalado, los cristianos germanos no creían eso; los godos afirmaban que el Hijo había existido siempre y era, por lo tanto, eterno, aunque podrían haber sostenido que el Padre era más grande que Él—una posible razón por la que algunos los han llamado semiarrianos.²¹ Pero probablemente incluso este epíteto sea incorrecto, y probablemente nunca sabremos la verdad; pues los adversarios que los eliminaron y vilipendiaron su memoria no permitieron que sus obras sobrevivieran para su escrutinio por las generaciones futuras.

Sobre todo, los ostrogodos no les concederían derecho a los clérigos católicos de dictarles qué pensar y hacer. Como Odoacro antes que ellos, “pusieron límites al poder del obispo de Roma en

Italia, no permitiendo que ninguno ascendiera al pontificado sin su aprobación, y se reservaron el derecho de juzgar respecto a la legalidad de cada elección”.²²

La convivencia pacífica demostró ser imposible, pues desde tiempos de Constantino la política había sido exterminar a los herejes, no tolerarlos. El papado era, además, estructuralmente incapaz de incluir a los disidentes religiosos, siendo monárquico, enérgicamente centralizado y teológicamente totalitario.

Además, el reino ostrogodo estaba ocupando un territorio que los aristócratas romanos que dirigían la iglesia deseaban para sí mismos. Por ende, la nueva ola de herejes no sería perdonada por el hecho de que los “reyes germanos, con excepción de los reyes vándalos de África, eran extraordinariamente tolerantes tanto con los católicos como con los judíos”.²³

Pero durante más de cuarenta años no hubo nada que Roma o Constantinopla pudiera hacer sobre este problema. Bajo Teodorico, los ostrogodos demostraron ser demasiado fuertes y prosperaron.

Si esta situación pudiera haber perdurado, no habría habido un colapso de la civilización occidental ni una Edad Oscura (Oscurantismo). Pero los enemigos de los ostrogodos estaban velando y esperando. Finalmente, el pueblo de Teodorico sería derrocado y exitosamente distorsionado posteriormente como toscos bárbaros y como herejes arrianos.

Aparte de la Biblia Gótica, su literatura religiosa fue pronto destruida.²⁴ Somos incapaces, por lo tanto, de leer por nosotros mismos y juzgar con exactitud qué creían los cristianos germanos; pues igual que con los donatistas y lo pelagianistas antes que ellos, lo que sabemos de ellos proviene en gran parte de los escritos de sus enemigos. Si, como ya hemos señalado, los católicos antiguos usaron a veces falsificaciones para reforzar las pretensiones de su iglesia, ¿habrían vacilado en falsear los registros concernientes a aquellos a quienes detestaban y eliminaron?

III

Un rasgo del cristianismo germano es que nunca habría cedido a la insistencia romana de guardar el Domingo. Como antes señalamos, esta iglesia disidente se originó alrededor del 250 d.C. entre los visigodos, como un trasplante desde más allá de las montañas de Cappadocia, en Asia Menor. En ese momento, y por un período considerable después, la iglesia de oriente todavía observaba el Sabbath (día de descanso) bíblico en sábado. Sobre esto tenemos, entre otros, el testimonio de Sidonio Apolinario, quien era obispo en Francia cuando los godos estaban emigrando hacia el imperio: “Es un hecho que, antes, aquellos que vivían al este estaban acostumbrados como iglesia a santificar el Sábado en la misma manera como día del Señor, y realizaban sus asambleas sagradas . . . Es, entonces, posible que los godos pensaran, como alumnos de la disciplina de los griegos, que debían santificar el Sábado a la manera de los griegos”.²⁵

Roma, por otro lado, había estado en la vanguardia de traspasar esta solemnidad al primer día de la semana.

IV

Mientras que estos vecinos del norte italiano eran la preocupación inmediata del papado, también había otro enemigo más antiguo oculto en África septentrional, apenas a un paso más allá de Sicilia y que Alden Hatch tan acertadamente ha llamado “La estrecha cintura del Mediterráneo”.²⁶ La gente de Roma, incluyendo al papa, de vez en cuando apenas podían dejar de pensar en los vándalos. ¿Cómo podían olvidar que, en 455, bajo Genserico, estos merodeadores germanos repentinamente habían atacado, robado y dañado su ciudad?

Además, los vándalos estaban en posición de cortar los abastecimientos de alimentos de Italia. La franja costera de África septentrional, más fértil en la antigüedad que en tiempos modernos, durante casi tres siglos había sido la “canasta de cereales del Imperio Romano”.²⁷

Volvamos brevemente sobre nuestros pasos para revisar la historia de los vándalos. A principios del siglo quinto, ellos (junto con otros pueblos germanos) habían huido de los orientales hunos, que estaban penetrando en Europa central.

Primero estos refugiados emigraron hacia la Galia y luego, durante 409, hacia España. En 417, los romanos soltaron a los visigodos contra ellos, lo que volvió a la Península Ibérica un lugar poco pacífico. Luego, bastante repentinamente, se abrió ante ellos una gran nueva oportunidad.

Bonifacio, el comandante supremo romano y conde de África, se vio involucrado en una de esas luchas e intrigas por el poder con las que los líderes romanos a menudo se destruían o lisiaban el imperio. Estaba compitiendo con el emperador en Rávena por el poder sobre occidente, y con los godos por la supremacía en África. Perdiendo las esperanzas de alguna vez resolver sus problemas a solas, Bonifacio invitó al rey vándalo, Gonderico, a que viniera y lo ayudara. La recompensa del monarca sería el asentamiento permanente para su pueblo.

La corte vándala estaba encantada, pero pronto Gonderico murió. Su sucesor fue Genserico, un hermano bastardo y un hombre mucho más capaz y más lleno de energía. Con su pueblo, y los restos de los alanos, cruzó desde España en 429, usando embarcaciones suministradas tanto por los españoles como por Bonifacio²⁸. . . y pasó a servirse de África septentrional. El sobresaltado general romano se dio cuenta de su error, pero ni sus fuerzas ni los refuerzos desde Europa podían detener ya a los conquistadores vándalos.

Genserico estableció un reino centrado en Cartago y resueltamente trató de desvestir su país de su carácter romano, estableciendo al cristianismo germano como religión estatal. Los vándalos eran despectivos y persiguieron a los miembros de la iglesia papal, especialmente al clero.

La razón para esto no fue una intolerancia innata; fue la némesis que se adelantó a los católicos. Sólo diecisiete años antes del arribo de Genserico, el emperador Honorio había desencadenado una violenta persecución contra los donatistas. Con la cálida aprobación de Agustín, miles de miembros de su clero—sus propiedades confiscadas—fueron expulsados, mientras que los miembros de iglesia perdieron sus derechos como ciudadanos. Por consiguiente, “el preocupado país quedó lleno del tumulto y el derramamiento de sangre”.²⁹

Los donatistas vieron a Genserico como “un poderoso libertador” e hicieron un trato muy conveniente con él. Y por eso, como comenta Gibbon, “La conquista de África fue facilitada por el fanatismo activo o el favor confidencial de una facción nacional; los ultrajes caprichosos en contra de las iglesias y el clero, de que los vándalos eran acusados, pueden ser imputados justamente al fanatismo de sus aliados; y el espíritu intolerante que deshonró el triunfo del cristianismo contribuyó a la pérdida de la provincia más importante de occidente”.³⁰

Los católicos norafricanos no sólo habían oprimido a aquellos cuya religión era diferente de la suya; con frecuencia también llevaban vidas disolutas, lo que contribuyó aún más al desprecio de los vándalos. Thomas Hodgkin menciona la propia representación de Cartago por Agustín como una ciudad muy inmoral, incluyendo “los vicios más oscuros, los pecados de Sodoma y Gomorra, practicados, aclamados y glorificados”.³¹

“Hacia esta ciudad del pecado marchó el ejército vándalo; casi podría decirse, cuando uno lee la historia de sus actividades, la legión de los puritanos. Con toda su crueldad y toda su codicia se mantuvieron inmaculados por el libertinaje de la espléndida ciudad. Echaron a los hombres que se ganaban la vida ministrando a la lujuria más infame. Desarraigaron la prostitución con mano sabia, pero no cruel. En pocas palabras, Cartago, bajo el gobierno de los vándalos, era una ciudad transformada, barbárica pero moral”.³² Aparte de pertenecer a la iglesia equivocada, al menos en lo que le interesaba al papado, los vándalos también se entrometieron en la política de Occidente. Como hemos visto, ellos incluso habían atacado la misma Roma.

Todo esto fue demasiado para Constantinopla. Los bizantinos hicieron extenuantes intentos por recapturar África septentrional, pero fallaron. Por ejemplo, en 468 el emperador León I (401–74) organizó una gran campaña contra Genserico, incluyendo una flota reunida bajo el incompetente Basilio. Pero los vándalos derrotaban a los bizantinos todo el tiempo, lo que dejó a Constantinopla prácticamente en bancarota.³³

Por un largo tiempo, los impotentes emperadores y pontífices todavía se estremecían siempre que pensaban en los vándalos, esperando que esos pueblos en Cartago no se entrometieran en ellos, mientras que en Italia los bizantinos luchaban por enfrentarse primero con los hérulos y luego con los ostrogodos.

V

En la parte temprana del reinado de Teodorico, el ambiente político y religioso, al este, oeste y sur de Italia, convenían a su naturaleza tolerante. El emperador en Constantinopla, a quien debía lealtad sólo de nombre, era débil y monofisita—cuya falta de ortodoxia teológica evitó la colusión eficaz con el papado. Los francos en Galia eran paganos, gobernados por Clodovico, más comúnmente conocido como Clovis (c. 466–511), y cuñado de Teodorico,³⁴ mientras tanto los visigodos en España como los vándalos en África septentrional pertenecían a la misma iglesia germánica que él.

Ésta fue una razón por la que el rey de los ostrogodos, al principio, no había interferido con los católicos, a cuyas iglesias su pueblo no le era permitido confiscar, así que tuvieron que construir sus propias iglesias. Pero esta favorable situación internacional no duró por mucho tiempo.

VI

Clovis, caudillo del reino franco centrado originalmente en Tournai (la actual Doornik, en Flandes), se volvió un gran conquistador. Sometiendo a varios otros pueblos, unificó Galia y forjó así una nueva entidad: Francia, lo que modificó totalmente el mapa político y religioso de Occidente.

Al principio su reinado había estado limitado a los francos salios, los que vinieron desde Salland en la actual provincia holandesa de Overijssel.³⁵ Ahora, sin embargo, los francos ripuarios, quienes habían cruzado el Rin desde el área general de Colonia, también aceptaron a Clovis como su jefe supremo. Con esta combinación de fuerzas, salió a extender su reino.

Wallace-Hadrill recuenta cómo hizo añicos a los alamanes en Tolbiac (el moderno Zülpech) en 496. Estos eran una confederación de tribus germanas que habían estado sometiendo a los ripuarios. La victoria de Clovis destruyó la parte norte de los alamanes. En pánico, sus remanentes al sur se rindieron a Teodorico, a quien aceptaron como su protector y soberano.³⁶

Alarmado por el avance de los francos, él les advirtió que no siguieran avanzando.

Clovis, sin embargo, “decidiendo audazmente desafiar a todo el imperio gótico, tomó el paso lógico de aliarse con los enemigos del arrianismo gótico, concretamente, la jerarquía católica de la Galia y, más remotamente, al mismo emperador en Constantinopla. De este modo los francos entraron en el escenario político del Mediterráneo”.³⁷

La batalla decisiva tuvo lugar en Vouillé, cerca de Poitiers, en 507. Aquí Clovis aplastó a los visigodos bajo Alarico II (484–507), quién murió. Esta victoria fue facilitada porque los esperados refuerzos de ostrogodos desde Italia no pudieron alcanzar a tiempo a sus parientes y hermanos occidentales de religión.³⁸

Clovis persiguió a los fragmentados restos de los visigodos a sus posiciones al sur, eliminando su poder y religión en toda la Galia, exceptuando la franja costera del Mediterráneo, desde Génova hasta los Pirineos—un corredor que Teodorico logró mantener abierto entre los ostrogodos en Italia y los visigodos en España. Esto fue posible porque finalmente las fuerzas ostrogodas llegaron y ganaron una lucha contra Clovis en 508, pero entonces ambas partes firmaron la paz, con el resultado de que el rey franco y el catolicismo conservaron el control de todos los territorios que habían conquistado.³⁹

Con ayuda burgundia, los ostrogodos pudieron defender fácilmente el litoral Mediterráneo entre Genoa y Barcelona, lo que Clovis sabía lo suficientemente bien como para disuadirlo de extender su campaña.⁴⁰ Por otro lado, Teodorico se dio cuenta de que una victoria limitada contra los francos no podía servir para restablecer a los visigodos derrotados en Aquitania, la parte de Galia donde los romanos originalmente los habían asentado.

La nueva situación internacional fue un serio golpe a la paz interior de Teodorico. Lo que más le preocupaba era que Clovis, antes un pagano, se había hecho católico—convertido por su reina Clotilda, la hija de Chilperico (rey burgundio), con quien se había casado en 493. Ella era una ferviente miembro de la iglesia romana. La fecha de esta conversión está en litigio. Tradicionalmente tuvo lugar en 496, supuestamente porque Clovis—como un segundo Constantino—sólo pudo derrotar a los alamanes invocando al Dios de su esposa. Pero algunos investigadores modernos piensan que ocurrió unos años después, en 498 ó 499. Johnson sostiene que en realidad ocurrió en aproximadamente 503. También declara que el Obispo Gregorio de Tours, autor de *Historia Francorum* (“Historia de los Francos”), asignó una fecha anterior al evento para “demostrar que sus conquistas fueron resultado de su cristianización”.⁴¹

Mil quinientos años después, en 1996, algunos historiadores franceses revolvieron la controversia desacreditando la piadosa reputación de Clovis. De acuerdo con un informe de Reuters, proveniente de Reims, dijeron “él era un oportunista que abandonó el paganismo para asegurarse aliados en sus sangrientas conquistas contra tribus como los visigodos”.⁴²

Pero el lado más repelente del carácter del rey se ha conocido desde hace mucho, porque estableció su poder “por medio de la guerra, la intriga y el homicidio”, liquidando incluso a varios de sus parientes cercanos.⁴³ Wallace-Hadrill sostiene que Clovis era esencialmente “un hombre de sangre y un buscador de oro”.⁴⁴

Sin embargo, una vez involucrado en una causa, podía depender de él para actuar con eficiencia brutal. Después de su conversión, se aseguró de que tanto su nobleza como el resto de sus súbditos siguieran inmediatamente su ejemplo. Tres mil soldados fueron bautizados en masa con él.⁴⁵ El clero, entusiástica y hábilmente guió el proceso.

¿Y qué pasó con los francos paganos que se resistieron, y con los cristianos discrepantes en Galia? No sobrevivieron.

Clovis fue el primer rey germano a quien el Cuerno Pequeño indujo a aplicar un método que, en las edades futuras, aseguraría su triunfo eclesiástico en nación tras nación. En palabras de Lot: “La iglesia se acostumbró a emplear el brazo secular para [lograr] las conversiones . . . Una vez que el gobernante ha sido ganado, este se utiliza para imponer la fe a sus súbditos por medio de una presión apacible o violenta”.⁴⁶

La conexión de Clovis con la jerarquía católica le permitió al clero explotar su reciente victoria sobre los visigodos, pues lo orientaron en la dirección en que ellos deseaban que marchara. R. H. C. Davis lo describe así: “Los francos, con el apoyo entusiasta de los católicos galorromanos, habían derrotado a los visigodos en Vouillé y anexionado a Aquitania. Un obispo escribió a Clovis, rey de los francos, instándole a ‘difundir la luz’ de su nueva fe a las naciones bajo su dominio. ‘Donde *usted* combate’, escribió, ‘*nosotros* conquistamos’”.⁴⁷

Para el aparentemente siempre victorioso Clovis, éste era un vino embriagador: expansionismo político bajo la apariencia de una guerra santa. Sabía que había obtenido el apoyo de la gran población católica en todo el Occidente. “Es más, adquirió el apoyo de los padres de la iglesia en Galia”.⁴⁸

Después de terminar con los visigodos, Clovis, de camino a París llegó a Tours en 508. Aquí, de acuerdo con Edward James, conoció a un legado de Anastasio, el emperador en Constantinopla, con cartas para nombrar a Clovis como cónsul. La motivación bizantina era transparente. Anastasio habían entrado en guerra en Italia con Teodorico, el rey de los ostrogodos, y deseaba una alianza occidental.⁴⁹

Clovis disfrutaba ahora de la bendición del Imperio Romano, gobernado desde el Bósforo. Al menos en teoría, ahora incluso era un funcionario que representaba sus intereses.⁵⁰

Cuando Teodorico escuchó estas noticias, se dio cuenta de que los católicos en todas partes podían ser inducidos ahora a entrar en una alianza “anti-arriana”, junto al papado en Roma y al gobierno en Constantinopla. Sus parientes occidentales, los derrotados visigodos, no podía seguir ayudándolo. Desde ese momento en adelante, se volvió muy receloso y cada vez más intolerante hacia el catolicismo.

VII

Danie du Plessis, un erudito bíblico afrikáner, señala que 508 es una fecha de extraordinaria importancia en la historia de Europa Occidental.⁵¹ Es también un marcador profético esencial, el principio tanto de los 1290 como de los 1335 díasaño mencionados en Dan. 12:11, 12.

Los 1290 años comienzan 30 años antes, pero terminan al mismo tiempo que los 1260 años. Durante este período, el Cuerno Pequeño triunfaría en gran parte sobre la verdad y trataría de exterminar a

aquellos que creen y abrigan la verdad, a quienes la Biblia llama “los santos del Altísimo” (Dan. 7:25; 12:4-7).

Uriás Smith relaciona los 1290 y los 1335 años con el Juicio Investigador y con el Santuario Celestial. Éstas son fechas y temas importantes, con los que tratamos más completamente en *The Truth About 666 and the Story of the Great Apostasy* (La Verdad Sobre el 666 y la Historia de la Gran Apostasía, 2011, 2013).

Algunas autoridades citadas por Smith afirman enfáticamente que, eliminando a las naciones supuestamente arrianas, el catolicismo abrió el camino para subyugar a Europa Occidental.⁵² Aplastando a los visigodos como baluarte contra la iglesia romana y forjando una alianza con el emperador en Constantinopla, Clovis dio un golpe fatal contra la iglesia germánica. Treinta años después de 508, en 538, los ostrogodos—su última esperanza—también recibirían una herida mortal.

El catolicismo sincrético, con su santificación del Domingo, su sacrificio de la misa y su sacerdocio humano, estaba empezando a conquistar Europa Occidental. Como a menudo también ocurrió en los siglos subsiguientes, este éxito fue alcanzado con ayuda de gobernantes poderosos y de la fuerza militar, y no sólo a través del esfuerzo misionero, como el Redentor había prescrito (Mat. 28:19, 20). Fue una estrategia de dos puntas la que unió al reino francos en Occidente con el Imperio Bizantino en oriente.

VIII

El cristianismo germano, con su religión más bíblica heredada de la iglesia de oriente, incluyendo el séptimo día Sábado, y una creencia en Cristo como el único mediador entre Dios y los hombres, casi desaparecería.

La profecía describe el triunfo de la iglesia romana como establecimiento de “la abominación desoladora” (Dan. 12:11).

Si Clovis no hubiera aplastado a los visigodos, con quienes comenzó el cristianismo germano, ellos podrían haber ayudado a sus congéneres a defender el reino ostrogodo en Italia, frustrando así la reconquista de Justiniano treinta años después. Si hubiera sido así, es probable que su religión habría mantenido su dominio entre los germanos y que hubiera cambiado completamente la historia del mundo. El año 507 y su continuación en 508 condicionaron en gran parte la forma de las cosas por venir.

IX

Diez años después del triunfo de Clovis, Justino I (450/452–527) ascendió al trono de Constantinopla en 518. Renunció a la idea monofisita de que Cristo tenía solamente una naturaleza y restableció las buenas relaciones con la iglesia romana. En Rávena, el rey Teodorico estaba muy descontento por esta nueva cordialidad entre el emperador en el Bósforo y el pontífice en el Tíber.

Aún peor, Justino era cada vez más ayudado por su sobrino, un hombre bien educado y capaz que inmediatamente devino el poder

detrás del trono y que le sucedería como el más fuerte de todos los emperadores bizantinos: Justiniano I (483-565).⁵³ Era un ilirio latinoparlante, con una ardiente ambición por revivir el antiguo imperio. En 525, el emperador lo nombró César,⁵⁴ lo que le aseguraba el primer lugar para la sucesión.

En 525–26, los últimos dos años de la vida de Teodorico, se desarrolló una relación demasiado amistosa entre el papado y el emperador Justino. Teodorico había enviado al papa Juan I a Constantinopla para exigir tolerancia hacia los arrianos, a quienes los bizantinos estaban persiguiendo en Oriente. A su llegada, el pontífice recibió un tremendo honor “y entre escenas de gran entusiasmo ofició en persona en la coronación del emperador”.

El rey hizo arrestar al papa en su regreso a Italia, aunque era un hombre enfermizo.⁵⁵ Después de todo, el papa Juan no había “hecho ningún intento de ocultar su hostilidad hacia los arrianos”. Murió en prisión y llegó a ser honrado como un mártir católico.⁵⁶

Después de la derrota visigoda en Vouillé y el establecimiento de una nueva relación entre Clovis y el emperador bizantino, Teodorico trató desesperadamente de forjar una alianza contra el movimiento en tenaza católico-ortodoxo que intuía se estaba desarrollando contra su reino. Trató de enlazar a los burgundios, a los vándalos y a los visigodos con su propio pueblo. Uno de sus métodos fueron negociar casamientos dinásticos.⁵⁷ Pero sus esfuerzos demostraron ser ineficaces.

Al final, Teodorico abandonó su política de convivencia pacífica con el papado. El 30 de agosto de 526, decretó que “todas las iglesias católicas de Italia debían ser traspasadas a los arrianos”.⁵⁸ En lo que concernía al papa, ésta era una declaración de guerra.

Ese mismo año, Teodorico falleció. También falleció Justino a los pocos meses, quien fuera sucedido por su ambicioso sobrino en 527.

X

Como todos los emperadores bizantinos desde Constantino, Justiniano llevó oficialmente los títulos Igual de los Apóstoles y Viceregente de Dios en la Tierra.⁵⁹ Era también piadoso personalmente y sentía pasión por la teología, persiguiendo el “ideal de un imperio que debe ser habitado solamente por cristianos ortodoxos”.⁶⁰ Construyó magníficas iglesias, especialmente Hagia Sophia (Santa Sabiduría), la que hoy todavía puede verse en Estambul.

Desafortunadamente, sin embargo, la devoción del emperador también lo convirtió en un gran perseguidor, desencadenando una acción enérgica contra paganos, samaritanos y cristianos disidentes. Acosó a las iglesias monofisitas de Oriente y Egipto. Los maniqueos, que creían que la materia era malvada, eran quemados a menudo.⁶¹

En 532, Justiniano le concedió a todos los herejes solamente tres meses para cambiar su religión o marchar al exilio, lo que Gibbon llama un “plazo insuficiente”.⁶²

En su *History of the Popes* (Historia de los Papas, 1844-47), Archibald Bower retrata gráficamente las consecuencias: “El edicto imperial fue ejecutado con el mayor vigor. Grandes números fueron arrastrados de sus habitaciones con sus esposas y niños, despojados y desnudos. Otros huyeron al vuelo, llevando consigo lo que podían ocultar, para su soporte y mantenimiento; pero fueron despojados de lo poco que tenían, y muchos de ellos inhumanamente masacrados por los campesinos católicos, o por la soldadesca que protegía los pasos”.⁶³

Justiniano también oprimió y persiguió a los judíos, como es evidente de su famosa *Corpus Juris Civilis* (“Código Civil”), que consolida y aumenta el sistema jurídico completo de la antigua Roma.⁶⁴ Institucionalizó y estimuló el antisemitismo en Occidente durante más de mil años. En 212 d.C., el edicto de Caracella había convertido a los judíos, como a otros habitantes libres del imperio, en ciudadanos de primera clase, pero perdieron ese privilegio después de la conversión de Constantino.⁶⁵ Una de las muchas previsiones deplorables en el Código era la pena de muerte para cualquiera que intentara convertir a un cristiano al judaísmo.⁶⁶

Estudiando las crueldades religiosas perpetradas por los llamados cristianos bajo la protección de este emperador, Gibbon en un lugar pierde su acostumbrada serenidad y se refiere tanto a él como a sus correligionarios como venenosos “insectos teológicos”.⁶⁷

Las ambiciones de Justiniano de unificar el Imperio Romano eran igualadas por un deseo de crear una unión eclesiástica completa, porque “consideraba su proyecto algo así como una cruzada para rescatar a los católicos del gobierno arriano”.⁶⁸ Para alcanzar este objetivo, dio un paso bastante contrario a la tendencia normal de Constantinopla: En lugar de otorgar un honor especial al arzobispo local, decidió elevar al pontífice romano por sobre toda la iglesia.

De acuerdo con Froom, el emperador afirmó esto en una carta al papa Juan en 533, diciendo que se había tomado el trabajo para unir a todos los sacerdotes de la iglesia oriental, sometiéndolos al papa, “porque usted es la Cabeza de todas las iglesias santas (*quia caput est omnium sanctarum ecclesiarum*)”. Su decisión fue incluida en el Código Civil.⁶⁹

En varias partes de éste, se repite la misma idea—como en la 131^a Novella, que declara: “Por lo tanto, de conformidad con las previsiones de estos concilios, ordenamos que el Más Santo Papa de la antigua Roma sostenga el primer rango de todos los Pontífices, pero el Más Bendito Arzobispo de Constantinopla, o Nueva Roma, ocupará el segundo lugar después del Santo Apostólico Obispado de la antigua Roma, que tendrá precedencia sobre todo otro obispado”.⁷⁰

Esto debe haber sido muy gratificante al papado, quien había exigido tal reconocimiento desde hace mucho tiempo, pero en vano, como por ejemplo en la época de Dámaso, 150 años antes. Inscribiéndolo en la más grande obra de la ley romana, Justiniano aseguró que la idea le sobreviviera por más de un milenio, persistiendo en las

mentes de muchas naciones que en ese momento todavía no habían nacido.

Como Browning señala, una hueste de éstas tomó el Código “como punto de partida del cuál desarrollar sus propios sistemas jurídicos. Ninguna obra de legislación, excepto los Diez Mandamientos, ha tenido tan duradero efecto”.⁷¹ Permaneció siendo la base principal de la legislación europea durante casi 1260 años, desde 534 hasta 1793.

La decisión de Justiniano de reconocer al papa como cabeza de todas las iglesias estaba naturalmente sujeta a la condición, no declarada pero evidente, que el emperador ocupaba un lugar aún más alto.

XI

También tenemos que comentar que esta legislación religiosa, tan importante para Occidente, tuvo solamente un efecto temporal sobre la iglesia Ortodoxa Oriental. A pesar de los designios de Justiniano, esta nunca se sometió al papa, al que consistentemente se han negado a verlo como cabeza de la cristiandad. Timothy Ware, un erudito occidental converso a la ortodoxia oriental, deja plenamente claro que lo más lejos que los griegos alguna vez llegaron en sus concesiones a los latinos fue en reconocer al pontífice romano como el *primero entre iguales*, disfrutando de una *primacía de honor* e incluso del derecho “de escuchar las apelaciones de todas las partes de la cristiandad”.⁷²

Aparte del interés teológico de Justiniano, había una razón política obligatoria para establecer la supremacía papal sobre la iglesia entera: Él planeaba intervenir en Italia en algún momento conveniente, donde había dos grandes poderes con los que tendría que tratar. Uno era, por supuesto, el reino de ostrogodos; el otro, la clase senatorial, que tanto bajo la república romana como bajo el imperio subsiguiente había administrado Italia y todavía ejercía gran influencia. Estas personas también poseían propiedades inmensas.

Como ya observamos, desde hace mucho se habían aliado con el papado. Con frecuencia los pontífices eran patricios, aristócratas romanos ellos mismos. Efectivamente, los senadores “miraban al papa como a uno de ellos”.⁷³ Por esta razón, así como por su estatura eclesiástica, eran una fuerza que no podía ignorar bajo ningún concepto. Era imposible para el emperador asegurarse el apoyo de la clase senatorial sin involucrar al papa.

XII

En 533, el mismo año en el que otorgó el reconocimiento especial al papado, Justiniano envió a Belisario contra los vándalos de África septentrional. Los clérigos parecían haber jugado un papel directo en la promoción de esta campaña. De acuerdo con Procopio, Justiniano fue influido por un obispo “que declaró que Dios le había

revelado en un sueño que el emperador debía ‘rescatar de los tiranos a los cristianos en Libia’ y que él mismo lo ayudaría”.⁷⁴

Los vándalos estaban ahora divididos por sus disensiones internas. En 530, Gelimer había derrocado y encarcelado a su primo Hilderico—cuya madre era la hija del emperador Valentiniano III—por ser demasiado tolerante hacia sus súbditos católicos. Belisario, entonces, tenía una buena excusa para invadir África septentrional. Afirmó que venía para restituir al legítimo rey de los vándalos.

Gelimer, un gobernante más bien incapaz, normalmente habría tenido la ayuda de su hermano más capaz, pero estaba fuera del país con una fuerza expedicionaria para someter a Cerdeña. Así que cuando Belisario desembarcó con su pequeño pero bien disciplinado ejército romano, Gelimer tuvo que enfrentarlos a solas.

En unos pocos meses, antes de marzo de 534, Belisario—un genio militar de origen germano—conquistó todo el reino vándalo. Debido a que Gelimer hizo ejecutar a Hilderico tan pronto como los bizantinos atracaron, ni siquiera era necesario poner un rey marioneta. Belisario se limitó a reanexar África septentrional al imperio romano⁷⁵ y regresó triunfante a Constantinopla.

La campaña había sido relativamente incruenta, pero su período subsiguiente demostró ser calamitoso para las personas del territorio conquistado. “La repoblación religiosa [de Justiniano] excedió las más desenfundadas esperanzas de la iglesia africana, que no sólo recibieron de regreso sus propiedades robadas, sino que se les dio (y aceptaron) la oportunidad de perseguir a la jerarquía arriana”.⁷⁶ Las tablas se habían volteado otra vez. Los feroces compatriotas y correligionarios de Agustín hicieron ahora un uso vigoroso y entusiasta de su renovada ventaja. Pronto no sólo los donatistas, sino también la iglesia germana fue suprimida.

Sin embargo, como podría haberse esperado, empezó una reacción. De acuerdo con Gibbon, los vándalos “deploraron la ruina de su iglesia, triunfadora por todo un siglo en África; y fueron justamente provocados por las leyes del conquistador que prohibieron el bautismo de sus hijos y el ejercicio de toda adoración religiosa”.⁷⁷

Por lo tanto, los norafricanos conquistados fomentaron la rebelión, ayudados por la traición de parte de los elementos dentro de las fuerzas romanas. Empezó con el motín de mil soldados, principalmente hérulos, que fueron convertidos o reconvertidos al cristianismo germano. Finalmente, dos tercios del ejército se vieron involucrados en una rebelión contra Constantinopla. Las batallas subsiguientes y el caos en los siguientes diez años desolaron África septentrional.

Al final, Justiniano triunfó, pero grandes partes de lo que había sido un reino próspero y pacífico quedaron totalmente despobladas. Como nación, los vándalos desaparecieron. Con ellos falleció una multitud incluso más grande de sus súbditos moros. Éstos eran berberiscos, muchos de los cuales habían sido donatistas que le habían dado la bienvenida a los vándalos como “liberadores de la opresión romana”.⁷⁸ Procopio dice que “cinco millones de africanos

fueron consumidos por las guerras y el gobierno del emperador Justiniano".⁷⁹

Con los vándalos, quedó extinto el cristianismo germano en África septentrional. Como una bonificación al papa, también lo hizo la prolongada influencia del donatismo berberisco. El segundo de los tres cuernos que habían amenazado al papado durante tanto tiempo había desaparecido repentinamente. A corto plazo, esto fue un triunfo tanto para la iglesia romana como para el imperio romano aparentemente revitalizado.

Pero por esta victoria, la Europa católica al final pagaría un precio muy alto. Un siglo y medio después, guerreros musulmanes barrieron tierra adentro. Desde Alejandría a Gibraltar, conquistaron toda el África romana, 4,000 millas de tierras cultivables a lo largo del litoral Mediterráneo. La parte más grande y más rica de esa maravillosa franja costera eran las llanuras tunecinas, que miraban desde lo alto al estrecho siciliano.⁸⁰

Belisario había arrebatado esta área esencial de manos de los vándalos. En 698, sin embargo, los musulmanes expulsaron a los bizantinos. También empezaron a lanzar ojos anhelantes al otro lado del estrecho, sus cimitarras prestas a golpear en el punto débil de Europa. Desde Túnez se lanzarían finalmente hacia Roma.

Sumando a los berberiscos, los seguidores árabes de Mahoma reunirían un ejército aparentemente irresistible con el cual cruzar hacia Europa a través de Gibraltar en 711. Después de derrotar a los visigodos, dominarían la mayor parte de España y Portugal durante casi ochocientos años, hasta su expulsión final en 1492.

Los moros, con quienes se asocia este período, eran principalmente berberiscos y sin ninguna duda incluían remanentes de los vándalos. Como los monofisitas y otros cristianos disidentes en Egipto y Asia, muchos norafricanos dieron la bienvenida a los musulmanes como libertadores del catolicismo que les había sido impuesto e incluso se unieron a los musulmanes para luchar contra su enemigo europeo.

Tal fue el azote que el entrometimiento religioso de Roma y de Constantinopla acarrearía sobre ellos mismos.

XIII

Ahora sigamos a Belisario y su ejército vencedor hasta Sicilia e Italia. Aquí había empezado un período de inestabilidad, caracterizado por demostraciones antibizantinas, después de que Teodorico falleciera sin heredero varón.

Amalasueta, su hija, fue una mujer extraordinaria. Viuda de treinta años de edad y muy hermosa, era también "una intelectual, fluida en latín y griego, que disfrutaba una rara amplitud de cultura en el siglo sexto y única entre los godos".⁸¹ Ella poseía una gran ansia de poder, pero sufría el impedimento de un pueblo conservador, que no quería que una mujer los gobernara. Los ostrogodos también se resentían por el hecho de que incluso estaba continuando y extendiendo la política de romanización de su padre.

Por lo tanto, ella solicitó la ayuda de Constantinopla, pero Teodato, su traicionero pariente—con quien se había casado recientemente para hacerse reina—la hizo encarcelar en un castillo en el lago de Bolsena en 535.

Justiniano le había escrito prometiéndole protección, pero la emperatriz Teodora temía a una posible rival, con quien su ambicioso marido podría (por más de una razón) encontrar conveniente casarse. Tanto por su belleza y fuerte personalidad, la consorte del Emperador nunca podría olvidar que originalmente había sido una prostituta,⁸² que había nacido en una humilde familia de artistas de circo, cuyas niñas apenas podían evitar su destino tradicional.

Sus vergonzosos recuerdos podían deducirse de la manera en que trataba de evitar la mirada pública tanto como le fuera posible, pasando mucho tiempo en agradables palacios a lo largo de la costa del Propontis y el Bósforo. Aquí se rodeó con favoritos, acumuló vastos tesoros y ejerció gran presión sobre generales y ministros de estado. Pero aún así no se sentía completamente segura, porque mantuvo una red eficiente de muchos espías que informaban sobre “cada acción, o palabra, o mirada, perjudicial a su señora real”.⁸³

Así que Teodora, bien consciente de la reina en Rávena y de su encanto—tanto físico como político—envió otro mensaje al embajador bizantino, ordenándole que “les asegurara a los godos en privado que el emperador no haría nada, y que Teodato no necesitaba temer por librarse de Amalasuñta”.⁸⁴ Pronto fue estrangulada en su baño, indudablemente siguiendo sus instrucciones.

Este homicidio llenó de indignación a Justiniano. Pero sus manos estaban atadas, ya que estaba en gran deuda con Teodora. En su toma de posesión, la hizo coronar “como una colega igual e independiente en la soberanía del imperio”.⁸⁵ Después de eso ella salvó su trono y su vida, cuando estaba a punto de huir de la multitud turbulenta de Constantinopla, que casi había logrado reemplazarlo. Negándose a abandonar su posición como Augusta, lo avergonzó defendiéndose y aplastando la rebelión. Desde ese tiempo en adelante, el poder de Teodora llegó a rivalizar con el suyo mismo.

Además, el asesinato de Amalasuñta suministró un pretexto excelente para invadir Italia.

XIV

En 535, los bizantinos comenzaron su avance contra los ostrogodos con un movimiento de tenaza. Un ejército avanzó por tierra vía Dalmacia. Otro, bajo el dominio de Belisario, fue transportado por mar y atacó primero Sicilia.⁸⁶ Habiendo capturado esa isla, este brillante general cruzó a tierra firme, donde prontamente tomó Nápoles y Roma.⁸⁷

La caída de Nápoles desmoralizó a los godos, que culparon a Teodato, el asesino de Amalasuñta, a quien derrocaron y ejecutaron. En su lugar, elevaron al general Vitiges al trono.⁸⁸

Belisario capturó Roma el 10 de diciembre de 536, después de lo cual pasó a conquistar el país adyacente; pero cuando refuerzos

góticos fueron movilizados en Rávena y avanzaron hacia él, retiró su ejército hacia la ciudad.⁸⁹ El sitio resultante continuó por un año y nueve días.⁹⁰

Durante ese tiempo, el 11 de marzo de 537, Belisario derrocó al papa, Silverio, que había sido acusado de sentimientos pro-góticos.⁹¹ Luego, “a mandato del emperador, el clero de Roma prosiguió a la elección de un nuevo obispo y, después de una invocación solemne al Espíritu Santo, eligieron al diácono Vigilio—quien había comprado el trono papal con un soborno de docientas libras de oro”.⁹²

Esta elección tuvo lugar el 29 de marzo de 537. El anterior pontífice sobrevivió hasta el 2 de diciembre de ese año, cuando expiró, probablemente por el maltrato recibido.⁹³ Desde entonces, sin embargo, la Iglesia Católica canonizó al depuesto Silverio, aunque también reconoce a Vigilio como a uno de sus 263 papas.

Los protestantes, invitados a reconocer a los papas como representantes del Señor en una línea continua desde Pedro el apóstol, encontrarán desconcertante el por qué la deidad apoyaría tales irregularidades. Un pontífice supuestamente piadoso es expulsado del trono de San Pedro, pero sobrevive durante el reinado de su sucesor, quien es realmente un usurpador. El último debe su elección a la simonía—es decir, comprar un cargo eclesiásticamente. Y encima de todo, Vigilio no sólo es elegido por el clero y el laicado de Roma, sino que es impuesto por el representante del emperador.

Aún más preocupante es el hecho de que maniobrar para obtener ventaja personal en alguna forma o manera, a menudo, si no siempre, ha caracterizado al cónclave. En un capítulo sobre la Reforma protestante, mencionamos tres otros ejemplos del decimoquinto e inicios del decimosexto siglo—lo que muestra que novecientos años después de Justiniano el mal de comprar el papado no había desaparecido todavía.

Los soldados con Belisario sumaban solamente 5,000, porque en su marcha desde el sur había dejado guarniciones en Sicilia y varias partes de la Italia conquistada. Esto drenó enormemente sus fuerzas. Sus adversarios fuera de los muros de Roma contaban no menos de 150000 efectivos. En total, hubo sesenta y nueve enfrentamientos.⁹⁴ Belisario estaba muy presionado y apresuradamente envió una carta a su soberano en Constantinopla, pidiendo refuerzos.

De acuerdo con Procopio, el general escribió: “Piense en esto, mi Señor: Si los bárbaros nos derrotan ahora, seremos expulsados de su Italia y también perderemos al ejército, y además cargaremos la gran vergüenza de nuestro fracaso”.⁹⁵

Si la ciudad cayera, ése habría sido el final del intento de Justiniano de reconquistar Italia. También podría haberse asegurado la destrucción del papado, al que mientras tanto los ostrogodos se habían vuelto extremadamente adversos. Esto, sin embargo, no ocurrió. El emperador quedó impactado por la apelación de su general. “Se dio cuenta de que no era una cuestión de reveses temporales en un teatro distante de la guerra, sino que todo su proyecto para la reconquista de occidente y la restauración del imperio estaba

en peligro”.⁹⁶ Por lo tanto, envió inmediatamente los refuerzos pedidos. Pero la victoria no vino solamente como consecuencia de éstos. Como Gibbon explica, “la nación completa de los ostrogodos había sido reunida para el ataque y se habían consumido casi completamente en el sitio de Roma”.⁹⁷ Habían cortado los acueductos para quitarles el agua. Esto creó condiciones pantanosas, provocando el aumento de enfermedades—especialmente la malaria—que devastó a los atacantes.

El sitio siguió, desde marzo de 537 hasta marzo de 538, cuándo Vitiges, el general y rey gótico, lo abandonó, retirándose en dirección norte. Su razón inmediata para dejar Roma fue un movimiento de flanqueo ejecutado por el general Juan (la historia nos niega el resto de su nombre), quien ocupó Rímini, a solamente treinta y tres millas de Rávena, la capital de los ostrogodos.⁹⁸

Después de 538, los godos eran una nación derrotada. Al año siguiente, Rávena se rindió. El rey Vitiges aceptó volverse católico, volviendo así la espalda a su fe ancestral. Por esto, adquirió varios honores y “una abundante herencia de tierras en Asia”.⁹⁹ El cristianismo germano fue suprimido y todas sus iglesias traspasadas a los católicos.¹⁰⁰

En ese punto, el conflicto con los godos estaba prácticamente terminado; pero entonces la envidiosa corte de Constantinopla llamó de regreso a Belisario, de quien sospechaban de traición, desde que los godos le ofrecieron hacerlo rey. Que cediera ante tal tentación no era improbable; ya que, después de todo, él mismo era de ascendencia germana, un hombre rubio y apuesto del Danubio.¹⁰¹

Los bizantinos fueron también desviados de terminar su campaña italiana cuando los búlgaros invadieron su territorio desde el norte y el rey Cosroes, de los persas, capturó Antioquía en junio de 540. Justiniano envió inmediatamente a Belisario al frente oriental.

En Italia, los ostrogodos se unieron bajo Totila en 541¹⁰² y empezó lo que prácticamente fue una segunda guerra. Disfrutaron varios éxitos efímeros, tomando incluso Roma en más de una ocasión. Pero su poder realmente había quedado roto. Para esta afirmación tenemos evidencias de la clase más concreta y curiosa.

En 546, Totila tuvo a Roma a su merced y anunció su decisión de destruirla completamente. En lo adelante donde ella estaba se convertiría en pastos para el ganado. Tal acto habría tenido una trascendencia simbólica inmensa, tanto como consecuencias prácticas. Podría haber cambiado la historia del mundo. Pero entonces intervino Belisario, y “Totila fue convencido, por el consejo de un enemigo, de mantener Roma como ornamento de su reino, o como la mejor promesa de paz y reconciliación”. Él abandonó su plan.¹⁰³

Aceptar el consejo de un enemigo, sin importar cuán plausible pueda ser, es contrario a la naturaleza humana y completamente en desacuerdo con la conducción de la guerra—excepto donde el poder superior del adversario ya ha sido demostrado y una derrota posterior parece probable.

Los ostrogodos sabían que la incapacidad de los bizantinos de golpearlos otra vez era solamente temporal. Notaron la amenaza

implicada en el mensaje de Belisario y decidieron no enemistarse innecesariamente con él. Totila ya había delegado al diácono Pelagio y a Teodoro, un profesor romano de retórica, a Constantinopla para negociar un arreglo pacífico. Llevaron su carta ofreciendo hacer una sumisión nominal al emperador. Para Italia y para los godos, esto habría restablecido el status quo como había sido antes de que la guerra comenzara.¹⁰⁴

Pero nada de esto podía salvar a Totila. En Constantinopla, el emperador le dijo a los emisarios que regresaran a Italia y negociaran con Belisario, quien era el plenipotenciario para ese país.¹⁰⁵ Los eventos, sin embargo, se anticiparon a toda conversación adicional; porque en abril de 547 el gran general recuperó Roma.¹⁰⁶

Sus prolongados y desesperados esfuerzos de mantenerse a sí mismos, involucrando incluso a los francos y a las fuerzas alamanes, solamente aseguraron que la ruina de Italia fuera más completa—y que su nación no pudiera sobrevivir. La victoria final fue obtenida por el eunuco Narses, otro brillante general de Constantinopla, quien derrotó a Totila en 552 y en algunos años más tarde barrió todo vestigio de resistencia en toda Italia.¹⁰⁷

En total, el conflicto entre el imperio y los ostrogodos continuó durante veinte años. De acuerdo con los cálculos aproximados de Procopio, provocó la aniquilación de entre quince o dieciséis millones de personas.¹⁰⁸

Junto con los cinco millones que murieron en África septentrional, veinte millones de seres humanos—las naciones vándala y gótica por completo—fueron arrasados por el expansionismo imperial y religioso de Justiniano. Aparte de un remanente cerca de, y en los Alpes, la iglesia germana quedó prácticamente extinta en toda Italia y África. La historia revela el hecho, pero es silenciosa en cuanto a los tristes detalles, que pueden, sin embargo, imaginarse fácilmente por lo que sabemos de los homicidios religiosos y los genocidios en otras eras.

XV

La desesperación de la insurgencia de los ostrogodos bajo Totila no debe impedirnos ver el hecho de que el año crucial fue 538, cuando se hizo añicos el poder de los godos.

Los grandes conflictos no siempre terminan abruptamente, sin embargo, sus resultados están determinados a menudo por una batalla crucial. Así fue la derrota de la armada española enviada en 1588 por Felipe II para conquistar Inglaterra. La gran trascendencia de su pérdida no fue evidente de inmediato, pero aún así fue “iniciadora de una época. Salvó probablemente la Reforma e indudablemente salvó a Inglaterra y le enseñó que el mar sería el instrumento de su futura grandeza”.¹⁰⁹

A propósito, también hubo una segunda armada española, de la que pocas personas están al tanto, cuando el rey Felipe decidió otro intento de invasión. Y esta vez, las embarcaciones en el curso normal de los eventos habrían llevado y desembarcado a sus temibles

soldados sin la oposición de la Marina Real, debido a una metida de pata de Robert Devereux, Earl de Essex, y Walter Raleigh. Habían sido enviados en 1597 para dirigir esta flota, pero fueron incapaces de encontrarla. Entonces, ellos mismos se desviaron de su propósito, esperando en las Azores para depredar a las embarcaciones de tesoros regresando de América.

Ninguno regresó, pero mientras tanto “la armada hizo escala en el Golfo de Vizcaya con los mares transparente para defender las embarcaciones al norte. Otra vez los vientos salvaron la isla. Los galeones tripulados en exceso se tambalearon bajo un vendaval del norte, se dispersaron y se hundieron. La desorganizada flota regresó a puerto. El rey Felipe estaba arrodillado en su capilla en el Escorial rezando por sus barcos. Antes de que las noticias de su regreso pudieran alcanzarlo sufrió un ataque de apoplejía, y recibió el relato de su fracaso en su lecho de muerte”.¹¹⁰ Fue como Totila intentando una segunda vez y fallando otra vez.

Similarmente decisiva fue la victoria de las tropas de la Unión en Gettysburg del 1-3 de julio de 1863. Las fuerzas confederadas lucharon durante casi dos años más, y se libraron batallas adicionales. Sin embargo, Gettysburg “es vista de manera general como el punto decisivo de la Guerra Civil estadounidense”.¹¹¹ Así también, fue en Roma en 538. No fue el momento en que se detuvo toda batalla, pero comenzó los eventos fatales que eliminaron a los godos. Si su asedio hubiera sido un éxito, resultando en la derrota y la captura de Belisario, esto habría arruinado la ambición de Justiniano de reconquistar Italia. El papado no podría haber sobrevivido, y la iglesia germana indudablemente habría estado más firmemente atrincherada en Europa.

Sobre todo, los bizantinos, en 538, liberaron Roma y el papado del control de los ostrogodos y de la potencial interferencia de la iglesia germánica. Esto hizo posible implementar el decreto de Justiniano de 533 y elevar al papa como “Cabeza de todas las santas iglesias”.

El triunfo de los ejércitos bizantinos aseguró la primacía de los pontífices sobre todos los otros arzobispos, por lo menos en Occidente. Se había alcanzado un punto decisivo en la historia. Pronto el tercer y último cuerno germano, que había resistido a la iglesia romana, fue arrancado sangrientamente.

XVI

La derrota de los ostrogodos continuó el proceso, empezado por Clovis, que casi eliminaría totalmente a la iglesia germana y a las otras iglesias no católicas en cualquier lugar de Europa Occidental. Aunque, en algunas áreas, un remanente de éstos sobreviviría un poco más, el papado encontraría maneras alternativas de tratar con ellos, hasta que los reinos representados por los cuernos restantes fueron todos “convertidos”.

Por ejemplo, mientras que sus parientes góticos y sus aliados todavía dominaban Italia, los visigodos de España podían rechazar a

sus adversarios católicos. Pero con los ostrogodos extintos, llegaron a pensar que no serían más capaces de resistir la doble presión ejercida por los francos y los bizantinos. Al final, por razones de estado, abdicaron de su fe ancestral y cambiaron al catolicismo.

El resultado más notable de 538 y su período subsiguiente fue la opresión religiosa de “los santos del Altísimo” por la iglesia romana, durante “un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo” (Dan. 7:25). De acuerdo con el principio de que un día en la profecía simboliza un año de historia humana, este período duró 1260 años. Empezó con el triunfo de Belisario en 538 y terminó en 1798, cuando el general Louis A. Berthier cumplió sus órdenes recibidas del Directorio de la Revolución Francesa a través de “la extinción del gobierno papal y su sustitución por una república romana satélite”.

El hizo arrestar al papa Pío VI y llevarlo como exiliado a Francia, donde murió en Valence, en el Ródano al año siguiente.¹¹²

De acuerdo con algunos expositores proféticos, este evento cumplió la siguiente profecía sobre el Anticristo reflejada en Apoc.13: “Vi una de sus cabezas como herida de muerte” (v. 3).

¿Pero no era esto solamente una humillación temporal y el maltrato de un papa en particular? Los desarrollos siguientes demostraron que no lo fue. “La destrucción de su autoridad temporal por los ejércitos de la Revolución en 1798 y su muerte en cautiverio al año siguiente presagiaba una nueva época para el papado”.¹¹³ Un período tumultoso, cuyos detalles consideramos en *The Truth About 666 and the Story of the Great Apostasy* (La Verdad Acerca del 666 y la Historia de la Gran Apostasia, 2011).

No sólo Daniel, sino Cristo también profetizó el terrible período de persecución que comenzó en tiempos de Justiniano y continuó durante 1260 años. Jesús lo llamó una “gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mat. 24:21, 22). Por lo menos en el norte de Europa, quedó reducida a aproximadamente 1,000 años a través de la Reforma protestante del siglo XVI.

La victoria imperial y papal sobre la iglesia germana en la mayor parte de Italia y África septentrional impuso un precio terrible. La intervención de los ejércitos de Justiniano destruyó la última oportunidad real de evitar la Edad Oscura (Oscurantismo). Bajo el reino de Rávena, Italia había protegido gran parte de su antigua civilización; pues los ostrogodos admiraban y asimilaron con éxito la herencia grecorromana.

El sueño bizantino de devolver el imperio a sus antiguas fronteras solamente provocó el desastre. Wallace-Hadrill da una representación gráfica de una Italia “devastada de extremo a extremo y sus ciudades saqueadas como nunca antes habían sido. Tantas personas fallecieron que el país quedó enormemente despoblado. Gran parte del daño debe atribuirse a la ferocidad de los mercenarios imperiales, que tenían menos razones que los godos establecidos para proteger los derechos de propiedad”. Roma fue saqueada varias veces.¹¹⁴ Los grandes acueductos quedaron cor-

tados. Los suministros de cereal desde Sicilia y África ya no llegaban como solían hacer antaño.

Como Cheetham lo pone, el conflicto “marcó el fin de un estilo de vida civilizado que había subsistido en sus elementos esenciales desde la república romana y que nadie esperaba que se extinguiera tan repentinamente”.¹¹⁵ Esto está en conformidad con la perspectiva de Gibbon de que “fueron los cristianos más que aquellos bárbaros inocentes, que los godos y que los vándalos, los que habían socavado el imperio, al igual que dilapidaron la ciudad de Roma”.¹¹⁶ Estamos de acuerdo con el significado básico de esta declaración, aunque no con su redacción.

Como infiel, a Gibbon le desagradaba el cristianismo. Hubiera sido más exacto que él dijera que el imperio fue socavado por la iglesia estatal establecida en la época de Constantino, que bien pudo haber sido lo que el gran historiador pretendía decir. Pero, por supuesto, los godos y los vándalos también eran cristianos.

El culpable no fue el evangelio predicado por el apacible nazareno, el Príncipe de paz, o por sus humildes apóstoles; porque antes de la época en que el Imperio Romano se disgregó irreparablemente, la religión del Nuevo Testamento había sido tan modificada—a través de sincretismo, la mera tradición y un odio egoísta hacia los herejes, reales o falsamente acusados—que tal evangelio había sido en gran parte eliminado.

Se ha alegado frecuentemente que el catolicismo mantuvo elementos importantes de la cultura antigua y el aprendizaje durante todo el Oscurantismo. No lo refutamos, pero señalamos que, en momentos diferentes, el Cuerno Pequeño ha sido también decisivo en la destrucción de reinos, incluso de civilizaciones enteras, si éstos se entrometían en el camino de los designios papales.

XVII

A menudo, los períodos de atrocidades religiosas en contra de grupos minoritarios han coincidido, o han sido seguidos por calamidades en el territorio de los perseguidores. Ejemplos ya mencionados fueron el turbulento siglo tercero después de Marco Aurelio, uno de los emperadores que acosó grandemente a los primeros cristianos, y conquista de África septentrional por los vándalos, que siguió a la crueldad católica hacia los donatistas y los pelagianistas. Efectivamente, el completo colapso del Imperio Romano Occidental podría atribuirse en una extensión considerable a la guerra religiosa y sus repercusiones. Cuando los representantes de Justiniano eliminaron la iglesia germánica en África e Italia, desencadenaron un holocausto de lágrimas y sangre a una escala que trae a la mente el siglo veinte. Pero aún esto se vio enormemente excedido por las calamidades subsiguientes que cayeron sobre el imperio.

Una de éstos fueron los terremotos, los que Gibbon dice que comenzaron antes de las campañas norafricana e italiana, y permanecieron como un peligro constante; pues una “fiebre de la tierra se desencadenó con violencia poco común durante el reinado de

Justiniano. Cada año es marcado por la repetición de los terremotos, de tal duración que Constantinopla ha sido agitada por más de cuarenta días; de tal magnitud de que el choque se ha comunicado a toda la superficie del globo, o por lo menos del imperio romano”.¹¹⁷

Más hacia el este, esta extraordinaria actividad sísmica destruyó importantes ciudades imperiales, con gran pérdida de vidas. Una de éstas fue Antioquía donde el sismo de 526 “se dice que mató a 250,000 personas”. La ruina de esta ciudad fue completa a través del saqueo de Cosroes I en 540,¹¹⁸ el año en que los ostrogodos entregó Rávena a los ejércitos bizantinos. Algunos años después, en 551, Berytus (Beirut), un centro intelectual importante, también quedó destruido. Johannes Barbukollas lloró este evento en tres de sus epigramas. Uno de ellos personifica a la ciudad devastada, que le dice al transeúnte:

No interrumpa tu viaje, marinero, ni dejes de navegar
por causa de mí; ves el puerto seco.
Soy ahora una tumba. Deja que otro lugar
que no sufra escuche esos remos batiendo tu llegada . . .
(Trad. Peter Jay)¹¹⁹

Pero Justiniano y su imperio estaban llamados a sufrir un azote incluso más grande que las convulsiones de la tierra: Aparentemente la plaga más horrenda que este mundo alguna vez ha experimentado, de acuerdo con Charles Panati. “En 540, en la cumbre del éxito político y militar de Justiniano, la peste bubónica golpeó. Probablemente la peor pandemia que alguna vez ha golpeado a la humanidad . . . Ninguna invasión de godos o vándalos podría haber demolido ejércitos, ciudades y gobiernos más eficazmente”.¹²⁰

Se desencadenó vez tras vez por medio siglo. Cesó la agricultura en gran parte, añadiendo el horror del hambre. Ciudades enteras desaparecieron. Cien millones de personas fallecieron.¹²¹ Ni siquiera la peste negra, en el siglo XIV, fue tan ruinosa.

De acuerdo con Gibbon, en Constantinopla primero cinco mil y luego diez mil personas fallecieron cada día por tres meses. Muchas ciudades orientales quedaron desprovistas de sus habitantes.¹²² Justiniano mismo contrajo la enfermedad, pero sobrevivió—aparentemente debido a su dieta abstemia.¹²³ “El triple azote de la guerra, la plaga y la hambruna afligía a los súbditos de Justiniano; y su reinado es deshonorado por un decrecimiento visible de la especie humana, la que nunca se ha recuperado en algunos de los países más hermosos del globo”.¹²⁴

¿Fueron estos desastres acontecimientos casuales, o Aquel que reina en las alturas retiró su protección de sobre un emperador intolerante y su complaciente pueblo como señal de desagrado celestial por masacrar a sus semejantes cristianos en oriente y hacer guerras para destruir la iglesia germánica en África septentrional e Italia? En capítulos posteriores, observaremos en mayor detalle cómo este modelo se repite, una y otra vez, con calamidades que siguen a los períodos de atroz persecución.

La secuela política en Italia fue que el reino civilizado de los ostrogodos fue reemplazado por dos poderes: Los bizantinos y los lombardos. Ambos molestarían por mucho tiempo al papado—el primero involucrando al catolicismo con los problemas de la iglesia ortodoxa oriental, los últimos explotando Italia para sí.

Los lombardos germanos, en ese tiempo un pueblo algo retrasado, demostraron ser muy problemáticos durante docientos años. Agobiaron a gran parte de la península desde sólo dos años después de la muerte de Justiniano.¹²⁵

Más cerca de casa, las campañas del emperador habían debilitado la capacidad de Constantinopla para resistir a sus enemigos en oriente y a lo largo de la frontera del Danubio, donde yacían sus verdaderos problemas. Aunque, en algunos aspectos, el reinado de Justiniano podría haber sido, como Willis Linquist expresa, “el más brillante y glorioso en la historia bizantina”, sus aventuras militares agotaron al imperio por los próximos 150 años.¹²⁶ También pusieron fin al resurgimiento de la civilización occidental empezado por Teodorico, y la arrojaron a la oscuridad.

A pesar de todo, en Roma y en cualquier otro lugar de la península italiana, el papado había asegurado una base territorial para mantenerse. Políticamente los pontífices eran débiles, como lo han sido en muchos períodos de la historia, pero su gran adversario religioso, la iglesia germana, había sido liquidada en su vecindario inmediato—a través de la eliminación de los reinos hérulo, vándalo y ostrogodo. Tres cuernos habían caído ante el Cuerno Pequeño.

Con sus enemigos más cercanos eliminados, el papado podía consolidar gradualmente su poder eclesiástico y extenderlo sobre todo Occidente—con una sola excepción: Un área alpina en Italia del noroeste. Aquí, un vestigio de la iglesia germánica, incluyendo los valdenses de días posteriores, estaban destinados a persistir. El catolicismo, sin embargo, crecería y perduraría por más de mil años, sostenido por muchos, muchos reyes y emperadores, incluyendo algunas de las figuras más poderosas conocidas por la historia.

Parte 6

Dos Cuestiones Clave

23 La Séptuple Profecía y el Principio Día por Año

I

Cuando un rey muy poderoso, un buen hombre, pero con poder sobre la vida y la muerte, reitera, sus súbditos reflexionarán sobre sus palabras y las tomarán muy seriamente. Si se repite cuatro veces, causará consternación. ¿Pero qué harán si está tan preocupado que advierte sobre lo mismo siete veces?

Dios, en ocasiones, también se repite. Por ejemplo, los Diez Mandamientos fueron escritos dos veces (Ex. 20:1-17; Deut. 5:6-21); cuatro evangelios delinean la vida y las enseñanzas de Cristo; y una profecía repetida siete veces previene sobre Satanás y el Anticristo. Cuando leemos la siguiente serie de predicciones, notemos cuán similares son una a la otra:

1. Dan. 7:25, RV90: “[El Cuerno Pequeño] a los santos del Altísimo quebrantará . . . Y serán entregados en su mano por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo”.

2. Dan. 12:7, RV90: Será por un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo . . . de quebrantar el poder del pueblo santo [por la abominación desoladora]”

3. Apoc. 11:2: “Los gentiles . . . hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses”.

4. Apoc. 11:3, 7: “Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días . . . la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará”.

5. Apoc. 12:6: “Y la mujer huyó [del dragón] al desierto . . . para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días”.

6. Apoc. 12:14: “Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo”.

7. Apoc. 13:5-7: “Se le dio autoridad [a la bestia] para actuar cuarenta y dos meses . . . Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos”.

La palabra *tiempo* en estos versículos significa “un año”, y así lo traduce la Good News Bible. Un año profético consta de 360 días y un mes de 30 días; por lo tanto, los 1260 días igualan exactamente 42 meses y también 3½ años. Revisaremos además el concepto de tiempo profético en la segunda mitad de este capítulo.

Notemos primero que, aunque los pasajes citados son diferentes en algunos sentidos, todos tienen mucho en común. En cada uno de ellos, un ser maligno (un dragón, una gran serpiente, una bestia, un Cuerno Pequeño, o una nación) en profanación hollará bajo sus pies, conquistará, quebrantará, vencerá, o matará a la santa ciudad, a los

santos, a una mujer justa, o a dos testigos, por un período idéntico, en varias ocasiones expresados como un tiempo, tiempos y $\frac{1}{2}$ tiempo; un tiempo, 2 tiempos y $\frac{1}{2}$ tiempo; 42 meses; o 1260 días.

II

Estos versículos no describen un sólo poder opositor, y aún así todos se refieren a aspectos estrechamente relacionados de una guerra cósmica entre el Señor Jesús y su enemigo, Satanás—a quien la Biblia llama “el acusador de nuestros hermanos” (Apoc. 12:10), y el homicida príncipe y dios de este mundo (Juan 12:31, 2 Cor. 4:4).

Miremos más atentamente los ingredientes básicos de las siete profecías. Ya hemos señalado los 1260 años. No hay dos o tres de tales períodos, solamente uno. Y las cabezas y los diez cuernos de estas criaturas representan, en cada caso, los mismos reinos, antiguos o modernos. Señalemos, otra vez, quiénes son.

Como los dedos de los pies de la estatua del sueño de Nabucodonosor, los diez cuernos simbolizan las naciones que vinieron a la existencia cuando el Imperio Romano Occidental se desintegró. Pero, ¿a qué hacen referencia las cabezas? Por mucho tiempo su identidad ha desconcertado a los estudiantes de la profecía, que las han interpretado de varias maneras.

Algunos piensan que representan soberanía universal, ya que siete es un número perfecto. Ésta es una idea atractiva, pero Apoc. 17:10 la contradice, pues dice que en tiempos de Juan cinco ya habían caído. Las cabezas deben, entonces, ser poderes individuales, específicos.

Otros las identifican como Egipto, Asiria, Babilonia, Medo-Persia, Grecia, Roma y el Papado. Estos intérpretes casi tienen razón, creemos; pero la lista es arbitraria y no demostrada. Un punto especial en su contra es el nombre Asiria, un poder llamativamente ausente en los libros de Daniel y Apocalipsis.

Escudriñar la bestia semejante a leopardo de Apoc. 13:1-10 ayuda a aclarar este misterio. Muchos han notado su semejanza con los temibles cuatro descritos en Dan. 7. La boca con la que desgarrar a sus adversarios y expresa sus blasfemias es leonina, un rasgo babilónico. Sus garras imperiales y aplastantes son las de un oso y simbolizan a Medo-Persia, con quien la bestia anticristiana también está en deuda (entre otras cosas, por su elemento mitraico). Pero sobre todo, la bestia se parece a un leopardo, por lo que el elemento griego ha dejado una impronta muy importante e indeleble en ella.

Las siete cabezas, igual que los cuernos del Anticristo, también están presentes en Dan. 7. Contamos y sumamos las cabezas de las cuatro criaturas; ¡el resultado es siete!

Desde un punto de vista, sin embargo, la bestia de Apoc. 13 no es un compuesto perfecto de las criaturas en Dan. 7; pues carece de un Cuerno Pequeño. Pero, en gran parte, la bestia semejante a un leopardo—como vive a través de sus cabezas, las que culminan en la séptima, y recibe apoyo de todos los cuernos—es el Cuerno Pequeño. Esto es sugerido por la redacción muy similar en estos dos capítulos.

Notemos los paralelos:

El Cuerno Pequeño

1. “Una boca que hablaba grandes cosas” (Dan. 7:8).
2. “Y hablará palabras contra el Altísimo” (Dan. 7:25).
3. “a los santos del Altísimo quebrantará” (Dan. 7:25)
4. “serán entregados en su mano por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo” (Dan. 7:25, RV90).

La Bestia Semejante a un Leopardo

- “Boca que hablaba grandes cosas” (Apoc. 13:5).
- “Blasfemias contra Dios” (Apoc. 13:6).
- “Se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos” (Apoc. 13:7).
- “Se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses” (Apoc. 13:5).

Ambos, el Cuerno Pequeño y la bestia anticristiana tendrían una boca que habla “grandes cosas”, es decir, se permiten hablar con arrogancia y blasfemia contra el Señor; ambos lanzarían una guerra exitosa contra sus santos; y ambos prevalecerían durante tres años y medio, o cuarenta y dos meses (es decir, 1260 días-años).

Hans La Rondelle considera a Dan. 7 la “raíz principal de todas las profecías del anticristo”, incluyendo el período de 3½ años.¹ Sin dudas. La profecía entera repetida siete veces es una consecuencia de Dan. 7:25.

Por siglos, muchos comentaristas han notado que la bestia semejante a un leopardo de Apoc. 13 representa las actividades del Anticristo. Los diez cuernos, los reinos que surgieron de la desintegración del Imperio Romano occidental, también están involucrados; porque durante toda la Edad Media cooperaron con una iglesia militarista en hacer guerra a sus adversarios. En Apoc. 13, sin embargo, la actividad de estos poderes políticos está solamente implícita, no se exhibe en esta. En vez de eso, el foco recae sobre una de las cabezas: El papado, el que anima a toda la Europa católica a perseguir a sus adversarios por cuarenta y dos meses proféticos, es decir, durante 1260 años literales. Durante la era cristiana, la bestia vive por medio de su última, aparentemente inmortal cabeza, la que casi muere de una herida casi mortal, pero de la cual se recupera asombrosamente.

Gran parte de esta predicción ya se ha cumplido. En 1798, cuando el general Berthier tomó cautivo al pontífice, parecía como si el poder de un Vaticano agonizante hubiera alcanzado su final; y con todo, para 1998, sólo docientos años después, gran parte del mundo ya estaba empezando a maravillarse tras un papado resucitado y bien influyente.

Pero, ¿cómo está relacionada esta bestia con el gran dragón escarlata de Apoc. 12 o la bestia escarlata sobre la que monta la ramera en Apoc. 17? Éstos, también, son composiciones, aunque no son mostrados con los atributos del león, del oso, o del leopardo; aún así entre los tres tienen diez cuernos y siete cabezas. Una característica importante es la posición o la ausencia de coronas,

que indica que cada bestia empieza su actividad en una época diferente.

El dragón simboliza principalmente a Satanás, pero también a varios poderes paganos a través de los que él ha trabajado. Su carrera terrenal comenzó seduciendo a los primeros dos seres humanos. Después de eso, dominó el mundo antiguo. Por esta razón, el dragón tiene coronas imperiales sobre sus cabezas, pero le faltan las coronas de los que después serían estados europeos. En gran parte metió sus manos en los imperios de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma, los que sucumbieron todos a sus lisonjas. Cuando Apoc. 12 se enfoca en él, el gran instrumento de Satanás era el Imperio Romano, todavía en su período pagano; pero él le sobrevive, continuando hasta el final de los 1260 años y más allá.

La bestia anticristiana de Apoc. 13 tiene coronas en sus cuernos, no en sus cabezas, para señalar a los reyes de la Europa medieval y del renacimiento. El dragón—es decir, la Roma pagana como representante del diablo—le da a este “su poder y su trono, y grande autoridad” (vers. 2). Durante 1260 años, la carrera del Anticristo marcha paralela a la del dragón. La profecía de Apoc. 17, sin embargo, resalta un período posterior. La bestia escarlata sobre la que se sienta la mujer sólo incidentalmente hace referencia al pasado; concierne especialmente al futuro. No tiene coronas ni sobre sus cabezas ni sobre sus cuernos. Aunque su relación con la prostituta babilónica es muy antigua, el foco ha cambiado hacia el tiempo del fin, cuando las monarquías occidentales han desaparecido (aparte de un puñado de reyes y reinas mayormente ornamentales). Identificamos a la bestia de Apoc. 17 más estrechamente en un libro separado, *Seven Heads and Ten Horns in Daniel and the Revelation* (Siete Cabezas y Diez Cuernos en Daniel y Apocalipsis, 2012).

Las criaturas sucesivas que persiguen al pueblo de Dios se parecen debido a su relación familiar con Satanás. Ya se den cuenta de eso o no, él es su padre, su señor y su comandante en jefe. En este libro y en otros volúmenes, los estaremos escudriñando más completamente.

Aquí, el punto principal es que todos estos poderes perversos están relacionados, sin importar cuánto difieran en algunos aspectos. Las características que los unen son las siete cabezas, los diez cuernos y especialmente el período idéntico de tiempo—todo mencionado dos veces en el Antiguo Testamento y cinco veces en el Nuevo.

III

Varios escritores han considerado los 1260 años un tiempo de supremacía papal tanto en un sentido político como eclesástico. Eso no es totalmente correcto. La Biblia no dice nada sobre el Cuerno Pequeño gobernando a los otros cuernos. Más bien, se concentra en la profanación de la religión verdadera, centrado en el ministerio redentor e intercesor del Salvador, y en el sufrimiento de los santos.

Las páginas de la historia están manchadas con sus lágrimas y su sangre. La llamada Santa Inquisición y otras agencias han asesinado a millones de ellos en nombre de Dios. Pero los papas no fueron los gobernantes temporales de Europa por todo ese período.

Después del desarraigo de los hérulos, los vándalos y los ostrogodos, las naciones germanas sobrevivientes apoyaron al papado como una institución religiosa. En algunos aspectos, creció más grande que ellos; pero mayormente no logró dominarlos políticamente. Como Cassels lo expresa: “El Anticristo mismo no es sino un ‘cuerno pequeño’,—su poder real es pequeño”; pero aún así ejerce tremendo poder “por medio de los diez cuernos más grandes, o reinos, los que consigo mismo surgieron de las ruinas de la antigua Roma”.² Esto está de acuerdo con la profecía de Apoc. 17:12. Sin embargo, solo raramente estos poderes fueron simples marionetas de la iglesia romana.

En la Edad Media alta, los pontífices romanos subordinaron a los gobernantes de Europa Occidental en una extensión considerable tanto política como eclesiásticamente. Fundaron y mantuvieron una “monarquía papal” desde el tiempo de Gregorio VII (1073-85) hasta el de Bonifacio VIII (1294-1303),³ un período de 230 años. Esto, sin embargo, fue solamente el 18 por ciento de los 1260 años. Por la mayor parte de ese tiempo, los reyes y los emperadores cooperaron voluntariamente con el papa para destruir a sus adversarios religiosos; pero no permitieron que él les diera órdenes en asuntos políticos.

Sir Isaac Newton creyó que el papado se volvió un cuerno a través de la Donación de Pepino II después de sus campañas en 754 y 756.⁴ Ese desarrollo indudablemente le dio un empujón adicional al poder temporal del papado, pero sus orígenes oficiales fueron realmente la “autorización pragmática” de Justiniano docientos años antes, en 554.

A través de este decreto, “el emperador reconoció, confirmó e incrementó el poder temporal del papa, quien en lo adelante iba a tener voz en el nombramiento de los gobernadores de las provincias italianas del imperio y a participar en el control de sus finanzas”. Debe mirarse a este edicto contra la derrota de los ostrogodos como telón de fondo y el hecho de que los pontífices poseían literalmente gran parte de Italia. “Este poder iba a crecer tan rápidamente que Gregorio el Grande pudo escribir, algunos años después: ‘Me gustaría saber si el papa, en este mundo, es un líder espiritual o un rey temporal’”.⁵

Entre 554 y 1870, los papas controlaron partes considerables de Italia—por 1326 años, no sólo durante 1260 años. Pero la dominación política de esa península difícilmente sea igual que gobernar toda Europa. Ésta es una diferencia crucial. La Biblia se centra en 1260 años de persecución en todo Occidente y no sobre el poder temporal del pontífice en Italia. En 1870, las fuerzas patrióticas de Victor Manuel completaron la conquista del Estado Papal convirtiendo a Roma en su capital, y destronando *il papa re* (“al paparey”) como monarca secular. Sin embargo, el pontífice sobrevivió,

aunque empobrecido. En 1929, se le restituyó una pequeña parte de sus propiedades territoriales. El Vaticano devino un pequeño estado dentro de la ciudad de Roma. Esto, sin embargo, demostró ser suficiente para hacer al papa la cabeza de “un país”, con todos los privilegios y oportunidades que tal cargo implica.

Mussolini también pagó una cantidad de aproximadamente \$90,000,000 para compensar al pontífice por las pérdidas de renta del estado papal. Esta donación llegó pocos meses antes del colapso de Wall Street. Sabiamente invertido y beneficiándose enormemente por la Depresión, estos millones rápidamente se multiplicaron en miles de millones de dólares, volviendo al papa el hombre más rico del mundo. Aún más, los negocios y la banca internacional han reportado al Vaticano una enorme influencia en todo el mundo. Estos eventos posteriores en Italia, que ocurrieron largo tiempo después del fallecimiento de Newton, indican que el Cuerno Pequeño puede funcionar muy bien sin un país realmente grande para gobernar.

IV

De crucial importancia para el conocimiento de la séptuple profecía, así como de Daniel y de el Apocalipsis es el principio de día por año.

Si un día en la profecía equivale a un año de historia, todos los eventos de los 1260 “días” se desarrollan en un período de más de mil años. Sin embargo, si no se involucra un principio semejante, el marco temporal debe ser literal, menor de tres años y medio. Otra muy importante predicción afectada serían los 2300 días de Dan. 8: 14, de los cuales ya hemos analizado la primera parte—los 490 años.

Igualar un día a un año es indispensable para la escuela histórica de interpretación, pues obviamente, días y semanas o incluso meses literales no pueden abarcar siglos. Si esta ecuación fuera inválida, preteristas o futuristas como LaHaye muy bien podrían tener razón. ¿Cuáles son las evidencias a favor del principio día por año?

Dos versículos en el Antiguo Testamento tratan explícitamente con este asunto, y son citados a menudo. Estos son Núm. 14:34 y Eze. 4:6. Tenemos que examinarlos en contexto.

El primero describe un episodio poco después de que el Señor liberara a los israelitas de Egipto, donde habían sido esclavos por más de cuatrocientos años. Ahora estaban justo al borde de las fronteras de Canaan, el país que Dios había prometido a sus antepasados. Para espíar la tierra prometida, Moisés envió a doce hombres, uno de cada tribu. A su retorno, elogiaron grandemente el país; pero diez de ellos advirtieron contra una invasión, debido a las ciudades fortificadas y los terribles habitantes de Canaan. Éstos incluían a los gigantes hijos de Anac, quienes les asustaron tanto que gimieron: “Éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos” (Núm. 13:33).

Este informe de la mayoría consternó y aterrorizó a los israelitas, que se rebelaron contra Moisés y se negaron a ir más lejos. Su

actitud disgustó enormemente al Señor, quien, para beneficio de los israelitas, había derrotado en Egipto a un faraón aún más temible. Ahora los había traído al borde del país donde quería que ellos vivieran y prosperaran; pero estuvieron quejándose todo el camino. En lugar de alabanzas y acción de gracias, le pagaron a Aquel que los salvó con dudas y recriminación. Esta vez exclamaron: “¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada . . . ?” (Núm. 14:2, 3) Con esta cobarde incredulidad y aborrecibles palabras, agotaron la paciencia divina. Dios decidió consentir su horrible deseo y los sentenció a una existencia nómada durante cuarenta años, para dejar fallecer a esa generación desagradecida.

A los débiles espías, les dijo: “En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto. Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, *un año por cada día*; y conoceréis mi castigo” (Núm. 14:32-34, énfasis añadido)

Más de mil años después, el Señor le dijo a Ezequiel, un profeta del exilio babilónico y contemporáneo de Daniel, que hiciera juguetes proféticos y reflejara un asedio que estaba a punto de devastar Jerusalén. Sus materiales fueron un ladrillo sobre el que talló la imagen de la ciudad y una placa de hierro para representar sus muros. Después de crear este Jerusalén de juguete, indudablemente con personas interesadas mirando cada uno de sus movimientos, Ezequiel se tendió acostado contra ella y promulgó el sitio. (Eze. 4:1-3)

También recibió instrucciones adicionales: “Y tú te acostarás sobre tu lado izquierdo y pondrás sobre él la maldad de la casa de Israel. El número de los días que duermas sobre él, llevarás sobre ti la maldad de ellos. *Yo te he dado los años* de su maldad *por el número de los días*, trescientos noventa días; y así llevarás tú la maldad de la casa de Israel. Cumplidos éstos, te acostarás sobre tu lado derecho segunda vez, y llevarás la maldad de la casa de Judá cuarenta días; *día por año, día por año te lo he dado*” (Eze. 4:4-6, énfasis añadido).

Estos pasajes en Números y Ezequiel son las evidencias bíblicas más convincentes para el principio de día por año.

V

Fueron eruditos judíos los primeros que invocaron este principio para explicar las setenta semanas de Dan. 9 y después interpretar todos los períodos de tiempo más extensos de Daniel.⁶ Hasta donde sabemos, el escritor cristiano más temprano que lo aplicó a los 1260 años fue Joaquín de Floris en el siglo doce. Siguiéndole, dos siglos después, Walter Brute de Inglaterra en el siglo XIV también explicó

los 1290 y 1335 días de Dan. 12 como años literales. Luego, aproximadamente en 1440, Nicolás (Krebs) de Cusa, fue el primero en aplicar el principio de día por año a los más extensos 2300 días de Daniel 8:14.⁷

Estos cristianos no eran protestantes sino católicos; a menudo también se ha manifestado la renovación intelectual y teológica en la iglesia romana. Ambos hombres se volvieron muy famosos.

Joaquín (c. 1135-1202), un italiano de Calabria, fue un ex monje cisterciense y fundador de la orden Florensiana, reconocida por el papa Celestino III.⁸ Nunca dejó su iglesia, aunque se separó de su enfoque agustino sobre profecía e historia, regresando al milenarismo. Como McGinn lo expresa, la interpretación de Joaquín “parece representar un paso en el camino hacia la concepción desarrollada de un Anticristo papal” y “demostraría ser influyente durante varios siglos”.⁹

Nicolás de Cusa (1401-64) no era un teólogo común sino un genio y erudito universal. Fromm nombra una extensa lista de campos en los que era un experto.¹⁰ Otros escritores también han comentado su universalidad. Entre otras cosas, “Nicolás enfatizó el conocimiento matemático y experimental, incluyendo la medicina diagnóstica y la ciencia aplicada. Antes que Copérnico percibió un movimiento universal que involucraba, pero que no estaba centrado en la Tierra; negó que los cuerpos celestes fueran estrictamente circulares en forma y movimiento”.¹¹ Johann von Dollinger (1799-1890), un destacado historiador católico, consideraba a este hombre “el más profundo pensador de su tiempo”.¹² Aunque a veces se metió en problemas por sus ideas, Cusa permaneció siempre como miembro de la iglesia romana. En 1447, incluso fue hecho cardenal “y se volvió, cerca del final de su vida, en el vicario general de los estados papales”.¹³

Tanto Joaquín como Cusa eran hombres de enorme intelecto, como muchos otros que a través de las edades han reflexionado sobre las predicciones de la Biblia.

VI

Fromm está fascinado por “el alto calibre de los hombres que se han dedicado al estudio de la profecía”. Durante siglos, a menudo éstos han sido figuras principales en otras esferas, además de la teología. “Clérigos, estadistas, ermitaños, poetas, científicos, historiadores, profesores, reyes y exploradores, extendiéndose por todas las naciones varias, son incluídos en este vasto grupo”.¹⁴

Algunos de éstos fueron Dante, el más grande poeta cristiano y el único en igualar a Shakespeare en la literatura extrabíblica; Petrarca, el padre del Renacimiento; el rey Jacobo I, que unió Escocia con Inglaterra, escribió el primer panfleto en contra del tabaco y patrocinó la Versión Autorizada; y Sir Isaac Newton, un científico sin paralelos.

Éstos, también, han sido siervos de Dios y parte de un esquema providencial. Primero, para dar sus mensajes, Él utilizó a los profe-

tas. Luego, en momentos diferentes, creó y agitó magníficas mentes que podían interpretar sus escritos.

VII

William H. Shea, en *The Year-Day Principle* (El Principio Día por Año), señala que la Biblia contiene más de dos docenas de profecías de tiempo, incluyendo las de 1260, 1290, 1335 y 2300 días, interrelacionadas.

También demuestra que “el principio de día por año en la profecía no surgió de repente en una manera *sui generis*. Se desarrolló desde una relación más general que ya era parte del pensamiento hebreo antes de que se hiciera esta aplicación profética específica”.¹⁵ Ésta es una percepción valiosa. Varios pasajes históricos, no proféticos, en el Antiguo Testamento, ejemplifican la idea.

Las Escrituras a menudo representan la extensión de una vida humana como los *días* o el *tiempo* de alguien, aunque obviamente éstos son *años*. Por ejemplo, “Y el pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué” (Jue. 2:7);¹⁶ “Y juzgó Samuel a Israel todo el tiempo que vivió” (1 Sam. 7:15);¹⁷ y la esposa modelo “Le da ella bien y no mal todos los días de su vida” (Prov. 31:12).¹⁸

A veces la equivalencia es explícita, como en Gén. 5. Allí leemos que “Y fueron todos los *días* que vivió Adán novecientos treinta *años*” (vers. 5, énfasis añadido). Esta fórmula se repite diez veces en ese capítulo.

Ahondando en el texto hebreo subyacente, que no siempre es reflejado en las traducciones al inglés (o al español), Shea descubre otras construcciones significativas. Entre otras cosas, “se encuentran dos pasajes en los que la palabra para días es usada por un período de tiempo equivalente a un año en 1 Sam. 27:7 y Núm. 9:22. En el primer pasaje se dice literalmente que David vivió en la región de los filisteos por ‘días y cuatro meses’. Es evidente que el propósito aquí es señalar un período de un año y cuatro meses, y ésa es la manera en la que, en general, las traducciones de la Biblia han tratado con esta frase”.¹⁹

Algunas expresiones son, al menos para los occidentales, completamente raras. Una es “de día en día”. En varios pasajes listados por Shea, esto significa *anualmente*. “Ex. 13:10 dice que la Pascua de los judíos debía ser guardada, literalmente, ‘de día en día’, es decir, de año en año o anualmente”.²⁰

Shea concluye: “Por lo tanto, cuando llegamos a la aparición de la palabra “días” en las profecías de tiempo, un semita antiguo, cuya mente estaba empapada en este tipo de pensamiento habría hecho naturalmente una asociación de años con los días encontrados en un contexto simbólico . . .”²¹

VIII

El principio de día por año está frecuentemente entrelazado con la tipología, un antiguo recurso literario que establece una línea

paralela entre eventos o personas, separadas por el tiempo, pero conectados por su significado. Un ejemplo famoso es la concepción de Pablo que los israelitas pasando por el Mar Rojo estaban pasando por una clase de bautismo (1 Cor. 10:1, 2).

La tipología no es sólo una figura retórica sino una metáfora concreta que yuxtapone realidades. A menudo levanta un puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, aunque también existen estructuras literarias similares dentro de las Escrituras hebreas.

Por ejemplo, el relato de Dan. 1 y 2 es marcadamente paralelo a Gén. 39 y especialmente al 41, es decir, una historia de mil años antes. Hay no menos de diez semejanzas. (1) Tanto José como Daniel era cautivos en un país extranjero, (2) la superpotencia de su tiempo. (3) ambos eran jóvenes de principios, empezando sus carreras resistiendo tentaciones poderosas. (4) tanto el Faraón como Nabucodonosor tuvieron sueños desconcertantes, tanto que “estaba agitado su espíritu” (Gén. 41:8, Dan. 2:3). (5) por ende, exigieron que sus hombres sabios y magos proveyeran una interpretación, (6) éstos fueron incapaces de hacerlo. (7) Tanto José como Daniel aseveraron que podían interpretar los sueños solamente si Dios se los permitía. (8) En cada caso, el Señor estaba revelándole el futuro al rey. (9) Los jóvenes interpretaron los respectivos sueños con éxito (10) y ambos fueron recompensado con las más altas posiciones políticas en el país, tan sólo por debajo del monarca mismo.

La tipología en un sentido posterior y cristiano de la palabra también está presente en el Antiguo Testamento, como cuando David se vuelve un tipo del Mesías (Eze. 34:23, 24).

La tipología temporal toma pie de Escrituras como Núm. 14:34 y Eze. 4:5, 6. Doce representantes israelitas reconocen Canaán durante cuarenta días; diez regresan con un informe desfavorable, lo que desencadena una rebelión por la que el Señor condena a la nación a vagar errante por cuarenta años en el desierto del Sinaí. Después de sitiar a una miniatura de Jerusalén con sus juguetes proféticos, Ezequiel está tendido de su costado por un total de 430 días, que representan los años de transgresión israelita y judía. El Apocalipsis contiene varias alusiones tipológicas a situaciones del Antiguo Testamento a través del principio de día por año. Esto puede verse más evidentemente en Apoc. 11, donde tanto los 3½ años y los 3½ días están relacionados con la obra de profetas antiguos.

Durante los 1260 días de su ministerio, los dos testigos pueden destruir o castigar a los enemigos que deseen dañarlos. Esta declaración contiene una triple referencia a situaciones del Antiguo Testamento. Primero, el pasaje recuerda un episodio cuando el rey israelita en Samaria envió varios grupos de mensajeros para traerle a Elías; pero el profeta desconfió e invocó fuego dos veces para consumirlos (2 Reyes 1:9-12). Segundo, el Señor le ordenó a Jeremías ejercitar un poder similar; debía anunciar la fiera destrucción de una casa de Israel en pecado (Jer. 5:14). En tercer lugar, los testigos pueden, como Moisés en tiempos del Éxodo, convertir el agua en sangre (Éx. 7:17-19) y traer otras plagas sobre la Tierra.

Ellos “tienen poder para cerrar el cielo a fin de que no llueva en

los días de su profecía” (Apoc. 11:6). Esto es una referencia adicional a Elías así como a lo que Santiago escribió sobre él: “Oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses” (Sant. 5:17).

La bestia que asciende del abismo consigue matar a los dos testigos. Sus cuerpos están tendidos en la plaza “de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto” por tres días y medio; después de eso el Señor los resucita y ascienden al cielo. Aquí los 3½ años proféticos son reflejados en un período más pequeño de 3½ días proféticos.

Esta predicción se cumplió en la Francia revolucionaria. El 10 de noviembre de 1793, La Asamblea Nacional en París aprobó una ley para abolir el cristianismo y establecer en su lugar al ateísmo como la “religión” oficial. Biblias fueron quemadas en grandes cantidades y la razón fue exaltada, incluso simbólicamente venerada como una diosa. Esto continuó hasta el 17 de junio de 1797, un período de 3½ años literales.

Asombrado, el mundo miró, observando cómo ese país cayó en picada siempre más profunda hacia la depravación. En gran parte dentro de este período, el Terror barrió a 17,000 personas que fueron ejecutadas oficialmente por el pretexto más leve, mientras que “muchos más murieron en prisión o sin dejar rastros”. Esto había comenzado sólo dos meses antes de la introducción oficial del ateísmo, el 5 de septiembre. Continuó hasta el 27 de julio de 1794,²² cuando Robespierre cayó. Un día después, el hacha de la guillotina descendió y también podó esa cabecera, que había decretado tantos homicidios judiciales.

Fue después de que los franceses se atestaron de horrores y presenciaron la degradación moral provocada por voltear oficialmente sus espaldas a Dios, que revocaron la ley que había promocionado o traído estos horrores. Y solo unos años más tarde, en 1804, se organizó la Sociedad Bíblica Británica, el primero de muchos emprendimientos similares. Siempre desde entonces, un planeta estupefacto ha visto una diseminación de las Escrituras sin paralelo en la historia. Prensas de impresión han estado vertiendo la Palabra de vida en las mentes y los corazones de gentes por toda la tierra. El 13 de febrero de 2005, las Sociedades Bíblicas Unidas informaron que la Biblia, en parte o como un todo, estaba ahora disponible en 2,377 de las 6,500 lenguas habladas alrededor del mundo. Aspiraban a, “junto con sus similares de todo el mundo” empezar al menos una traducción en las lenguas restantes, las que necesitan una, para el 2025.²³

Urías Smith interpretó correctamente tal actividad como un cumplimiento de Apoc. 11:12: “Entonces oyeron [los dos testigos resucitados] una gran voz del cielo, que les decía: ‘¡Subid acá!’ Y subieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos”.²⁴ En su apropiado lugar, tendremos más que decir sobre estos eventos y el gran enemigo de la Biblia, “la bestia que sube del abismo” (Apoc. 11:7), la que debe “ir a perdición” (Apoc. 17:8), un suceso que no ha tenido lugar todavía.

En su experiencia durante la Revolución Francesa, los dos testigos ya no son paralelo sólo de Moisés o Elías, sino también del Salvador. Él mismo es el testigo fiel y verdadero, el primero en ser resucitado y ascendido al cielo, después de que sus enemigos lo crucificaron en Jerusalén.

IX

Es posible también ver una relación entre los 42 meses (3½ años) del ministerio terrenal de Jesús y las 42 generaciones listadas en su genealogía de acuerdo con el primer evangelio (Mat. 1:17). En realidad, había más, y no nos proponemos discutir todos los aspectos de este problema. Pero es cierto que, para alcanzar este número, Mateo omitió los nombres de los siguientes cuatro indudablemente antepasados biológicos: La reina Atalía, su hijo Ocozías, su nieto Joás y su bisnieto Amasías. Ella era la hija de Acab y Jezabel, que habían introducido en el antiguo Israel del norte la odiosa adoración a Baal. Atalía era una persona horrible. No sólo usurpó el trono de Judá, sino que trató, como instrumento de Satanás, de exterminar la línea Davidica completa, matando a todos sus nietos—aunque Joás, escondido por su tía Josaba, escapó (2 Reyes 11:2). La odiosa reina, junto con los nombres de su prole, fue borrada de la genealogía del Señor, “hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen”, como expresa el mandamiento en contra de la idolatría (Éx. 20:5). Esta omisión también permite al escritor del evangelio llegar a sus de $14 + 14 + 14 = 42$ generaciones. Mat. 1:17 bien puede contener una sugerencia inspirada para el lector de que éste es un número profético importante.

¿Pero por qué serían reflejados los 3½ años del ministerio terrenal de Jesús en igual cantidad de años proféticos? Él dijo que lo que los opresores hicieran a sus fieles seguidores sería igual que hacérselo a él personalmente (Mat. 25:45). De acuerdo con Elena de White, “. . . predijo la medida de aflicción que los gobernantes del mundo impondrían a la iglesia de Dios. Mateo 24:9, 21, 22. Los discípulos de Cristo habrían de recorrer la misma senda de humillación, escarnio y sufrimientos que a él le tocaba pisar. La enemistad que contra el Redentor se despertara, iba a manifestarse contra todos los que creyesen en su nombre”.²⁵

Percibimos una relación tipológica entre los 3½ años literales de su ministerio terrenal y los 3½ años proféticos, durante los cuales Satanás y sus perversos seguidores persiguen a sus amados. Otro capítulo mostrará que esto es evidente especialmente en Apoc. 12, que describe los intentos del gran dragón escarlata por destruir tanto a Cristo como a sus seguidores.

X

Los dispensacionalistas, que pertenecen a la escuela futurista, contradicen la aplicación del principio de día por año para los 3½ años, y lo por lo tanto para los 42 meses y 1260 días, que son sus equivalentes. De acuerdo con esos expositores, ésto es tiempo literal

en nuestro calendario, la mitad de la última semana profética descrita en Dan 9:27.

Como ya hemos notado con asombro, estos estudiantes de la Biblia la separan de los sesenta y nueve septenios anteriores (483 años) e introducen un intervalo de más de dos mil años antes de la septuagésima semana de años. En su teología, los 490 años no son consecutivos sino discontinuos. Ellos también piensan que esos últimos siete años se refieren a la carrera del Anticristo entre el Rapto y un período que ellos llaman la Tribulación, y no a la carrera terrenal de nuestro Señor y el período apostólico subsiguiente.

LaHaye asevera que Apoc. 13 “describe la obra del Anticristo durante los siete años completos de Tribulación”.²⁶ Pero en ningún lugar de este capítulo del Apocalipsis se dice semejante cosa. Solamente menciona los 42 meses de carrera de la bestia y absolutamente nada para conectarlos con un período de siete años. Lo mismo es cierto para cualquier otro pasaje en la Biblia que trate sobre los 1260 días/42 meses/3½ años. Es decir, la séptuple profecía uniformemente mantiene siete veces un mismo silencio sobre esta supuesta relación. ¡Qué extraño!

Además, hay una razón aún más fuerte para rechazar un vínculo entre los 1260 días/42 meses/3½ años y el último septenio de Dan. 9:27. Dicho de manera sencilla, ¡es así: Este período debe ser tiempo profético y no literal porque es más corto que tres años y medio en el calendario!

¿Cuántos días hay en un año? Todo el mundo sabe que en el calendario Gregoriano son 365 días, y 366 en los años bisiestos. (En realidad, cada año tiene 365.2422 días.) Tres años y medio de tiempo literal son 1278 días, y no 1260. El período profético se queda corto por 18 días. Es, en realidad, algo menor que 41½ meses de nuestro tiempo; es decir algo menos de 3 años y 5½ meses.

La aritmética—o en lenguaje estadounidense, las matemáticas—de los futuristas están erradas. Como ya señalamos, lo mismo se aplica al preterismo, la otra escuela de interpretación profética propagada por los jesuitas de la Contrarreforma. Este enfoque representa al Cuerno Pequeño como Antíoco Epífanes, un antiguo rey sirio, que profanó el templo en Jerusalén, aterrorizando a sus habitantes durante tres años y diez días—pero ciertamente no por tres años y medio.

Éstos simplemente no caben en la última semana profética de Dan. 9:27. Pero, ¿qué ocurre cuando lo calculamos al revés, dividiendo 1260 días-años proféticos por 3½? El ajuste es perfecto: Da 360, porque un año profético tiene 360 días-años—y debido a la tipología con la que tratamos antes.

Solía preguntarme por qué en su séptuple esquema el Señor, para mantenerlo simple, no hizo referencia en cada caso a 3½ años. ¿Por qué en algunos versículos también habla de días o meses? Ahora creo que sé las razones. Primero, Él igualó 1260 días con 42 mes y 3½ años (como en Apoc. 11:2, 3 y Apoc. 12:6, 14) para asegurarse que interpretaríamos este como un período exacto y específico. Pero segundo, también quiso que nosotros comparáramos estas cifras y

vieramos que no podía ser tiempo literal, como algunos expositores aseverarían un día.

Los 1260 días pueden tener sentido profético solamente a base del principio de día por año. Es como el zapato de Cenicienta, que no podía ser utilizado por ningún otro pie excepto el suyo.

XI

Y ahora es nuestro placer contar una hermosa pero casi increíble historia, que arroja luz adicional sobre el principio de día por año.

A principios del siglo XVIII varios países todavía estaban cambiando del imperfecto calendario Juliano—introducido por Julio César—a uno nuevo concluido por el jesuita astrónomo alemán Christopher Clavio (1537-1612), quién trabajaba para el papa Gregorio XIII. Era necesario un cambio para restablecer una relación correcta entre el calendario y las estaciones, que ya no armonizaban apropiadamente. Sin embargo, también había un factor religioso. El pontífice quería correlacionar el año, el mes y la semana con referencia especial al Domingo de Pascua. Como la semana no es una unidad astronómica, es intrínsecamente imposible hacer esto de manera perfecta; pero el calendario Gregoriano, que todos usamos hoy, con sus años bisiestos y otros arreglos especiales, es preciso en el término de un día cada 20,000 años.²⁷

Aunque era una invención católica, era tan bueno que incluso los países protestantes lo adoptaron; pero debido a sus tintes religiosos algunos fueron morosos en hacerlo. En Gran Bretaña, la Ley de Calendario (Nuevo Estilo) fue aceptada solamente en 1751 y entró en efecto al próximo año, cuando el 2 de septiembre fue seguido por el 14 de septiembre. La razón para este ajuste era que el año a la vieja usanza (365.25 días) había sido demasiado largo; el tiempo que tarda la Tierra en girar alrededor del sol está más cerca a 365.2422 días. Por esto, el calendario Juliano, erróneamente, había añadido 11 minutos y 15 segundos adicionales por año o un poco más que un día cada 130 años.²⁸

En ese siglo, muchos también inclinaron sus mentes hacia el estudio de los ciclos celestiales. Uno de los hombres muy ocupados fue Sir Isaac Newton, el fenomenal científico que era también un escritor sobre profecía. En 1733, publicó sus *Observations upon the Prophecies of Daniel and the Apocalypse of St. John* (Observaciones Sobre las Profecías de Daniel y el Apocalipsis de San Juan) con cálculos sobre los setenta septenios. Aproximadamente al mismo tiempo, otro científico protestante estaba haciendo un trabajo relacionado en Suiza. Era el astrónomo M. Jean Philippe Loys de Chéseaux, corresponsal de la Academia Real de Ciencias en París y un socio extranjero de la Academia en Göttingen, Alemania.

De Chéseaux, un profesional reputado con algunas publicaciones en su propio campo de la astronomía, así como en matemáticas, estaba haciendo investigación cronológica. Buscando una fecha exacta para la crucifixión, se volvió hacia las profecías de Daniel, especialmente el octavo y novenos capítulos. Empezó a preguntarse

sobre la relación entre los 1260 y los 2300 días concebidos como años. Él debe haber notado que estos períodos están vinculados uno con otro por los temas de la profanación, pies que hollan y un santuario purificado. Esto lo llevó a escudriñar estos períodos desde un punto de vista astronómico, relacionándolos con los intentos de los científicos que estaban tratando de armonizar tres unidades básicas de tiempo, a saber, el *día solar*, el *año solar* y el *mes lunar*. De éstos había cuatro combinaciones posibles:

1. Poner en armonía el *día solar* y el *año solar*.
2. Poner en armonía el *año solar* y el *mes lunar*.
3. Poner en armonía el *día solar* y el *mes lunar*.
4. Poner en armonía los tres—*día, mes y año*.²⁹

Primero, de Chéseaux descubrió que tanto los 1260 como los 2300 años de las profecías de Daniel eran ciclos lunisolares excepcionalmente perfectos y exactos. Cada uno era una armonización de la segunda clase, es decir, el año solar con el mes lunar. Ningún astrónomo anterior había descubierto esta relación.

Continuando sus cálculos, de Chéseaux trató ahora de descubrir un ciclo de la cuarta clase (una armonización del día, el mes y el año), la que hasta ese momento había eludido a los astrónomos. Para este ciclo, los 1260 años presentaban también una buena compatibilidad, no completamente perfecta pero con “un error excepcionalmente pequeño”. Los 2300 años eran aún mejores, la clase de ciclo que había sido buscado sin éxito por los astrónomos por mucho tiempo. Era treinta veces más largo que el antiguo período de Calipo, con solamente una decimoséptima parte de su error, a saber 8h 12’.

Después, de Chéseaux reflexionó sobre la semejanza del muy pequeño error en cada caso y teorizó que la diferencia entre los 1260 y los 2300 años—concretamente 1040 años—probarían ser un ciclo perfecto de la cuarta clase buscado tan larga e inútilmente. ¡Y es exactamente lo que encontró!

“Este período de 1040 años, sugerido indirectamente por el Espíritu Santo, es un ciclo solar, lunar y diurno o terrestre a la vez, de la más perfecta exactitud. Descubrí posteriormente dos confirmaciones singulares de este hecho, que explicaré actualmente, cuando he aducido todas mis pruebas puramente astronómicas; ¡que se me permita mientras tanto darle a este nuevo ciclo, el nombre de CICLO DE DANIEL!”³⁰

De Chéseaux creía que este descubrimiento asombroso proveía la prueba absoluta de que el libro de Daniel estaba divinamente inspirado. “Tal ciclo nunca habría sido escogido accidentalmente. Y debido a que no era fortuito, debe haber sido escogido por Aquel que midió la duración de los movimientos del sol y la luna en sus órbitas”.³¹

From afirma que los resultados fueron verificados y declarados astronómicamente correctos por dos contemporáneos, Messrs. Mairan y Cassini, “celebrados astrónomos de la Academia Real de

Ciencias de París”.³² De Chéseaux registró su descubrimiento en *Remarques historiques, chronologiques, et astronomiques, sur quelques endroits du livre de Daniel* (“Comentarios Históricos Cronológicos y Astronómicos Sobre Ciertas Partes del Libro de Daniel”). Editado por sus hijos, este cuadernillo fue publicado en 1754 después de su muerte.³³

Por lo tanto, De Chéseaux nunca lo vio impreso, pero causó una impresión tremenda sobre algunos intérpretes proféticos de avanzada, especialmente en Gran Bretaña, de quién mencionamos tres del siglo diecinueve. Ellos todos usaron este asombroso descubrimiento para argüir a favor del rechazo al futurismo, que cada vez más había estado echando raíces entre los protestantes.

El primero de estos eruditos fue William Cunningham (1776-1849), quién pasó la mayor parte de su vida en sus propiedades escocesas, estudiando las profecías de la Biblia durante cuarenta años. Los resultados de este esfuerzo aparecieron en veinte obras grandes y menores sobre profecía y cronología bíblica.³⁴ En su *Dissertation on the Seals and the Trumpets of the Apocalypse* (Disertación Sobre los Sellos y las Trompetas del Apocalipsis, 1813), que trata principalmente con los 1260 años, dice:

“Tomo por sentado, que las cuatro bestias vistas por Daniel en el séptimo capítulo de sus profecías significan las monarquías babilónica, medo-pérsica, griega y romana; y que el cuerno pequeño de su cuarta bestia es un símbolo del poder papal; e igualmente que la Babilonia del Apocalipsis es la iglesia de Roma. Éstos pueden ser considerados como *primeros principios* en el estudio de la profecía, de los que ningún protestante bien instruido debe ser ignorante”.³⁵

Nosotros mismos creemos que el símbolo de Babilonia hace referencia a más que sólo la iglesia romana, pero Cunningham estaba repitiendo la postura asumida por los reformadores del siglo XVI. Luchando contra las ideas de futuristas como William Burgh, sostuvo que el descubrimiento de De Chéseaux confirmó concluyentemente el principio de día por año.³⁶

Un poco después de Cunningham, otro escritor muy importante aclamó al Ciclo de Daniel como evidencia. Fue Thomas R. Birks (1810-83), canon de Ely Cathedral y profesor de filosofía moral en la universidad de Cambridge. Al igual que Cunningham, era un escritor prolífico. De acuerdo con Froom, los *First Elements of Sacred Prophecy* (Primeros Elementos de Profecía Sagrada, 1843), de Birks, fue “el tratado más exhaustivo y magistral sobre el principio de día por año del despertar del advenimiento de todo el siglo diecinueve”.³⁷ Como Cunningham, invirtió gran parte de su tiempo en combatir al futurismo, tal como era enseñado por Maitland, Todd y Burgh. Birks estaba impresionado con el descubrimiento de De Chéseaux, el cual es significativo solamente en relación con la escuela historicista de interpretación profética.³⁸

El tercer expositor que hizo referencia a este asombroso descubrimiento fue Henry Grattan Guinness (1835-1910), nacido cerca de Dublín, Irlanda. Un gigante intelectual y espiritual, condujo reavivamientos espirituales, fundó institutos para la obra misionera en el

extranjero, así como otros dos colegios, hizo un Doctorado en Divinidad, escribió poesía y predicó en muchos países. Sus viajes incluyeron Europa, África, Asia, América, Australia y Nueva Zelanda. Era un conferenciante fuerte y popular, comparable a Wesley, a Whitefield y a Spurgeon. Pero sus logros principales, desde 1878 hasta 1905, fueron nueve libros tremendos sobre profecía, totalizando más de 3,800 páginas. Luchó tanto contra el papado como contra el futurismo con todas sus fuerzas.

Froom dice que como escritor moderno sobre profecía era “sin igual en Gran Bretaña” y un “poderoso exponente de la escuela historicista”.³⁹

Las obras de Guinness incluían su extraordinario *Romanism and the Reformation from the Standpoint of Prophecy* (Romanismo y la Reforma Desde el Punto de Vista de la Profecía). Un libro inusual fue *City of Seven Hills* (Ciudad de Siete Colinas), “una exposición profética exhaustiva de 302 páginas en verso, respaldada con notas documentadas. Con las palabras y frases incisivas este poema retrata el surgimiento de la Roma papal, la Reforma, la reacción papal y la retribución”.⁴⁰ En su *Creation Centered in Christ* (Creación Centrada en Cristo), Guinness “aborda el ángulo astronómico—los números en la Biblia y la analogía de los tiempos revelados, la base científica de la cronología de los cuatro imperios, la cronología de las 70 semanas y los 1260 años, el carácter cíclico del tiempo profético de acuerdo con De Cheseaux y la relación de los 1260 y 2300 años como los ciclos más centrales y fundamentales”.⁴¹

Estos escritores británicos quedaron profundamente impresionados y absortos con lo que el astrónomo francés había descubierto. Nosotros, también, estamos asombrados.

Según nuestro planeta gira sobre su eje y arrastra a una luna que da vueltas a su alrededor, para balancearse juntos alrededor del sol, el sistema solar termina un ciclo de Daniel cada 1040 años. ¿Qué es esto, sino un mensaje del Creador mismo, hablándonos no sólo desde las páginas de un Libro antiguo, sino también desde entre las estrellas?

24 Por Qué los Cristianos Persiguen a los Cristianos

I

Mirando atrás, a los capítulos previos, el lector casi seguro estará perplejo y perturbado desde un punto de vista. Aparentemente, creyentes sinceros estaban usando la tortura, el homicidio—e incluso la guerra—para hacer callar y exterminar a otros cristianos, quienes también servían a su Señor. ¿Cómo era esto posible?

La religión no es siempre una cosa hermosa. Tiene su lado oscuro, como también lo tiene la ideología, si se cree en ella con intensidad mal orientada. La razón básica para esto es que todos somos motivados profundamente por las ideas que consideramos; “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7).

Reflexionando sobre el significado de las cosas durante el bicentenario de Estados Unidos, el periodista y escritor Theodore White llegó a la conclusión de que las personas comunes eran “o bien cautivas o bien productos de las ideas”.¹ Él se percató de que “sus crueldades y noblezas, sus creaciones y tragedias, fluyen lejos mucho más indudablemente por lo que estaba en sus mentes que por lo que estaba en sus glándulas”.²

Mientras que las emociones pueden influir sobre el pensamiento muy profundamente, ellas mismas se despiertan generalmente por las ideas, especialmente bajo la diestra manipulación de líderes aceptados y seguidos por las masas. Lo que aterroriza especialmente sobre esto es “cuán pocos hombres se necesitan a la cabeza de cualquier estado para darle su carácter de bien o mal, de libertad, tiranía, tortura, carnicería o benevolencia”.³ Esto ayuda a explicar no sólo el terrible poder de las ideologías políticas en el siglo veinte, sino también el fervor destructor que a menudo ha desencadenado la ortodoxia teológica.

Antes de las peores atrocidades cometidas por los nazis o los comunistas, W. B. Yeats (1865-1939), quizás el poeta inglés más grande del siglo veinte, exclamó en “A Prayer for My Daughter” (Una Oración por mi Hija):

Un odio intelectual es el peor,
así que déjala pensar que las opiniones son detestables.
(Junio de 1919)⁴

Él estaba profundamente preocupado por su país, Irlanda—donde la maligna mezcla de política y teología todavía está cobrando víctimas, más de ochenta años después.

Desafortunadamente pocas cosas, si es que hay alguna, dan origen a tantos excesos horribles como la religión, cuando se cree en esta demasiado celosamente, y cuando se impone a otros a la fuerza.

William Lamb, segundo vizconde de Melbourne (1779-1848), pensador perspicaz y lúcido, lo comprendió y expresó bien. Él fue Primer Ministro de la reina Victoria y su amigo en la parte más temprana de su reinado: “El peligro del fanatismo religioso es el espíritu de la mala voluntad, el odio y la malicia, de la intolerancia y la persecución, que en su propio calor y sinceridad es demasiado apto a suscitar”.⁵

La sospecha de Melbourne sobre esta cualidad fue compartida por otro Primer Ministro británico, Benjamin Disraeli (1804-81). Cuando la reina Victoria deseaba enérgicamente nombrar a Archibald C. Tait, obispo de Londres, como sucesor del arzobispo de Canterbury, Disraeli se opuso a la idea. El hombre, presentía él, era demasiado entusiasta. Él simpatizaba “con todo lo que es ferviente; pero lo que es ferviente no siempre es cierto; todo lo contrario, a menudo el error es más ferviente que la verdad”.⁶

II

Aquí no podemos entrar en los detalles sobre otros sistemas de creencia, pero para prevenir una posible falsa apreciación de que solamente los cristianos han maltratado a aquellos que no estaban de acuerdo con ellos, damos sólo algunos ejemplos que muestren que tal no es el caso.

Supuestamente, los antiguos griegos eran un pueblo muy tolerante, pero tomaron parte en la persecución religiosa cuando los atenienses sentenciaron a muerte al gran filósofo Sócrates (c. 470-399 a.C.) y lo hicieron beber cicuta. Había sido acusado de corromper a la juventud a través de su irreverencia hacia los dioses, cuyos mitos inmorales rechazaba, y por tener ideas individualistas sobre la Deidad. Como explican Cary y Haarhoff: “Una persona que negaba abiertamente la existencia de los dioses del estado estaba sujeta a juicio. El físico Anaxágoras encontró conveniente retirarse de Atenas después de aseverar que el sol no era un dios, sino una inmensa piedra incandescente . . . De forma similar, era un delito sancionable introducir, sin autorización, nuevos cultos en una ciudad, porque éstos podrían agitar el ciclo existente de adoración: Este fue uno de los cargos por los que Sócrates fue condenado a muerte en Atenas, pues él ‘introdujo nuevos dioses.’”⁷

Cuatro siglos después, esta ley todavía estaba vigente. Un día, el apóstol Pablo, otro hombre sabio y bueno, vino cruzando la misma plaza del mercado que el asesinado sabio solía frecuentar en sus días. Cuando el heraldo del cristianismo empezó a hablar en contra de la idolatría de los griegos y les dijo sobre Jesús, algunas personas comentaron deliberadamente: “Parece que es predicador de nuevos dioses” (Hechos 17:18). Y “Ellos le recordaron a Sócrates, un gran filósofo, que fue condenado a muerte porque era un introductor de dioses extraños. Pablo fue aconsejado de no poner en peligro su vida del mismo modo”.⁸

La intolerancia helénica también se había revelado contra los judíos, cuando Antíoco IV (c. 215-164 a.C.), a quien sus aduladores

llamaron Epífanos (“El ilustre”), tomó Jerusalén. Él “prohibió el judaísmo y trató de establecer la adoración a los dioses griegos”, lo que provocó que los judíos se rebelaran bajo los macabeos (167-160 A.C.) y lo expulsaran de Jerusalén.⁹

El judaísmo persiguió a los primeros cristianos en Palestina. Uno de los fariseos más ilustres que participó en ello fue un joven rabino llamado Saulo de Tarso, quien después de su conversión se volvió el amado apóstol Pablo.

El islam prescribe la ejecución para cualquiera que insulte esa religión, y para los musulmanes que se conviertan a otra fe. Un caso conocido es el del escritor indio británico Salman Rushdie (n. 1947), cuya obra, *The Satanic Verses* (Los Versos Satánicos, 1988), enfureció tanto a los devotos que el Ayatolá Khomeini de Irán pronunció la pena de muerte contra él.¹⁰ Presumiblemente, esta pena todavía pende sobre él hoy. Al principio del nuevo milenio, muchos estados musulmanes estaban persiguiendo oficialmente a los cristianos, especialmente por haber sido convertidos del islam. En Sudán ellos han sido crucificados y a menudo vendidos como esclavos. Otros ejemplos abundan.

III

Las personas más peligrosas no son los asesinos comunes, quienes—debido a la codicia o alguna perversión oscura en su carácter—matan una persona aquí y allá. Tampoco lo son los tiranos declarados, ni siquiera los más sanguinarios, como Idi Amin. Los más peligrosos son grandes *idealistas*, quienes tienen algún propósito noble en apariencias, y explotan la psicología de grupo de sus semejantes, seres humanos, a menudo con consecuencias trágicas. Como lo expresara Chung Hwan-gun, un sabio coreano moderno:

“¡Por nuestra nación!”
“¡Por Dios!”
“¡Por la libertad!”
“¡Por el pueblo!”
¡Cuántos inocentes
han sido asesinados
en el mundo
bajo estos lemas!¹¹

Para aquellos que aman las ideas grandiosas, a menudo los seres humanos son menos importantes que estas ideas o que ese programa para mejorar la sociedad. Para tales entusiastas, el glorioso final (así es como lo ven) justifica los medios, sin importar cuán infames sean. Una vez que ostentan el poder, nada los parará. Ninguna ley puede ser demasiado cruel, ninguna acción demasiado vil. Obsesionados con sus ideales, blindan sus corazones contra todos los ruegos, y sus mentes contra todas las evidencias de que lo que están creando no es un paraíso, sino más bien un infierno en la

Tierra.

El ejemplo más obvio en el siglo anterior fue Adolfo Hitler, quien quería construir una nación muy grande y producir una raza de superhombres, eliminando todo material genético malo de la raza humana. Para hacer esto, asesinó a los de mente débil, a los locos y a los supuestos grupos inferiores o peligrosos, como los gitanos y los judíos—tan sólo de estos últimos, seis millones.

Otro hombre parecido fue José Stalin. En el afán de su fantasía marxista, trabajó diligentemente para crear un país socialista maravilloso y muy fuerte, y traer un mundo mejor. Como resultado, asesinó incluso a más personas que su homólogo alemán. Stalin . . . “nosotros ahora reconocemos que fue responsable de las muertes de 30 millones de los de su propia nación”.¹²

Similar a este dictador soviético, pero probablemente aún peor, fue Mao Tse-tung, quien decidió propulsar a China en un rápido progreso a través de sus Comunas del Pueblo durante lo que llamó el “Gran Salto Adelante”, que el gobierno anunció en 1958. Él creía que sin importar cómo fuera conseguido, inevitablemente la industrialización costaría incontables vidas; así que—según él—los marxistas “simplemente prefieren conseguirlo rápidamente. Caminando por ríos de sangre, él espera encontrar un atajo a la tierra prometida. De esta manera, el comunista fanático, como Mao, tienen sus ojos sobre el futuro. Las personas de hoy no son más que meros instrumentos de los que se hace ese futuro”.¹³

En sólo dos años, sin embargo, quedó evidente que el Gran Salto Adelante era un flagrante fracaso;¹⁴ se había convertido en un gran salto hacia atrás. Su resultado principal fue que “de todas partes, fallecieron entre 20 y 43 millones de personas, principalmente en el campo”.¹⁵

Pero ninguno de estos asesinos en serie se vieron a sí mismos como malvados. Todo lo contrario, cada uno estaba convencido de que su ingeniería social un día beneficiaría enormemente a la raza humana.

Por ejemplo, Hitler se imaginó como el padre de un nuevo orden mundial, incluso “el Mesías, el prometido, que conduciría al mundo de la obscuridad a la luz”.¹⁶

En muchos sentidos, a sus contemporáneos él parecía un hombre normal e incluso sensible. Hay una fotografía de él inclinándose afablemente para aceptar un ramo de flores de manos de una niña pequeña, y el 1º de septiembre de 1943 él mismo le regaló rosas a Edda Ciano, la hija de Mussolini—porque él era “un hombre que nunca olvidaría el cumpleaños de una mujer”.¹⁷ Era también leal a sus viejos camaradas, amaba la música y se deleitaba en el buen y sano humor.¹⁸

Pero Hitler odiaba a comunistas y judíos. Como muchos de sus contemporáneos, él creía que ellos “habían dañado deliberada y seriamente y eran una fuente de daño continuado a Alemania y que los alemanes podrían y deberían sacar un enorme provecho de la eliminación de los judíos y de su influencia en Alemania”.¹⁹ Para justificar aún más su antisemitismo, la retorcida mente de Hitler

produjo una idea tan desagradable como disparatada: “Los judíos no han hecho ninguna contribución a la cultura humana y al aplastarlos estoy haciendo la voluntad del Señor”.²⁰

El fùhrer no era ateo, sino católico nominal. También tuvo escarceos con las ciencias ocultas, especialmente la astrología.²¹ Pero él estaba fascinado especialmente por Nietzsche, que esperaba con ansias el surgimiento del Ǜbermensch (Súper hombre), por el Comte Joseph A. Gobineau (1816-82), quién enseñó que la raza blanca o “aria” era superior,²² y por Darwin, quien enfatizó la superviviencia del más apto. Los escritores sobre eugenesia sostuvieron que la raza humana debía ser mejorada reproduciendo a personas más sanas, más inteligentes y superiores. Esto, sin embargo, sería normalmente un proceso lento; pero Hitler quería acelerarlo eliminando lo que él veía como ganado inferior, y así se convirtió en un asesino en serie.

Horrorizado por el vasto apoyo, o cuando menos cooperación, que tales monstruosos idealistas han sido capaces de comandar, Edwin Honig comenta que “Los hombres y mujeres civilizados ceden fácilmente su libertad de acción y de creencia a locos disciplinados que encarnan alguna noción abstracta de supremacía nacional o racial”.²³

Hay, sin embargo, mucho más involucrado que esto: Sus seguidores también son recompensados por ser tan leales. Durante la primera parte de su gobierno, el fùhrer rescató a su país de la miseria económica y lo reconstruyó convirtiéndolo en una potencia de talla mundial. “La mayoría de los alemanes se beneficiaron material y psicológicamente de los primeros seis años del gobierno de Hitler, y estaban dispuestos a señalar esto cuando se formulaba alguna crítica de cualquier tipo contra el Líder”.²⁴

No más que un tercio de la población estuvo preparado para votar por él en las elecciones libres que precedieron a su ascenso al poder. Pero todos habían estado sufriendo por las infames condiciones económicas que atormentaron su país después de la Primera Guerra Mundial. En general, creían que los aliados occidentales los habían engañado en las negociaciones de paz de Versalles. Ardían bajo la indemnización de guerra que el país tuvo que pagar, especialmente por insistencia de una despiadada Francia, que los amargaba enormemente. A pesar de sus recelos hacia Hitler, estas personas asumieron una actitud de esperar y ver qué pasaba.

Lo que vieron fue un giro extraordinario en la economía, aunque pronto se percataron que mucho de su prosperidad estaba vinculada con preparativos para la guerra. Al final, Hitler los catapultó hacia un conflicto destructivo. La ruina subsiguiente de Europa, incluyendo Alemania, lo desenmascaró completamente como un engañador y un asesino.

Su poder sobre ellos, sin embargo, no dependía solamente de las palabras o incluso de los beneficios económicos. Brutalmente respaldado por sus secuaces y la Gestapo, pronto estrechó sobre el país un yugo de hierro del que era imposible escapar. Muchos detalles aparecen en *Beyond All Fronts: A Bystander's Notes on*

This Thirty Years War (Más Allá de Todos los Frentes: Anotaciones de un Espectador Sobre Esta Guerra de Treinta Años), por Max Jordan, un periodista radial estadounidense estacionado en Suiza, quien en los 1930's y los 1940's con frecuencia visitó Alemania y siguió atentamente por una década lo que estaba ocurriendo allí.

Hitler y los nazis lavaron el cerebro del público a través de incesantes discursos, propaganda radial, la música patriótica y la pompa belicosa. También hicieron su máximo esfuerzo para cortar el acceso de las personas a fuentes de información que pudieran contrarrestar este acondicionamiento. Agentes de la Gestapo saquearon las bibliotecas y quemaron toda la literatura que les disgustaba. "Posteriormente, después que casi todas las publicaciones extranjeras habían sido excluidas de territorio alemán, aquellos que podían permitírsele, viajaban al otro lado de la frontera para 'leerla'. Era un deporte peligroso, porque los ojos de la Gestapo eran por doquier, y muchos turistas de regreso a sus hogares se encontraron siendo interrogados por agentes secretos sobre la 'lectura subversiva en el extranjero'"²⁵

Los partidarios más cercanos del fñhrer hicieron uso liberal de palizas, tortura, aprisionamiento y ejecuciones—algunas muy horribles, como colgar a personas de ganchos de carniceros. Sus víctimas eran colegas alemanes a quienes les desagradaba o se oponían al régimen.

En los 1920's, Berlín había sido la capital cultural, científica, e intelectual del mundo; pero bajo Hitler lo más brillante y lo mejor de los alemanes huyeron al extranjero o fueron acallados. Antes de 1943, no menos que dos millones de prisioneros políticos atestaban las cárceles y los campos de concentración de Himmler. Éstos no eran extranjeros, sino alemanes que se atrevieron a pensar por sí mismos o que criticaron al régimen.²⁶

Daniel J. Goldhagen ha sostenido recientemente que la mayoría de las personas en la Alemania nazi compartían el antisemitismo del fñhrer y no se sentían grandemente perturbados por el exterminio de los judíos. Rechaza la idea de que muchos se oponían en secreto y dice "ningún alemán fue asesinado o encarcelado por haberse negado a matar judíos;" realmente, a menudo los perpetradores participaban en su horrible trabajo con entusiasmo, placer y alegría.²⁷

Creemos que esta aseveración es demasiado grave y cuestionamos la idea de que muchos de los asesinos eran alemanes comunes. La mayoría de ellos eran dedicados hombres de la SS y otros miembros del partido nazi, solamente cuatro millones de los sesenta y seis millones del total de alemanes, así como endurecidos presidiarios a quienes los organizadores del Holocausto usaron para hacer su trabajo sucio. Tampoco le era posible a nadie criticar la Solución Definitiva con impunidad. Es cierto, sin embargo, que por un tiempo el público aprobó el gigantesco crimen contra la humanidad de Hitler, y era, por lo tanto, copartícipe de su culpa.

Los líderes que ordenan asesinatos masivos generalmente no son estúpidos sino intelectuales, mayormente escritores y oradores fascinantes, hábiles para explotar las preocupaciones de hombres y

mujeres comunes, a quienes atrapan con palabras cautivadoras y otros medios. Como Theodore White señala, “Ellos pueden movilizar a estas personas para cambiar cosas, para matar, para cazar, para morir, para ser crueles, con la absolución moral que los intelectuales pueden siempre darles a simples asesinos y terroristas”.²⁸

IV

Los ideólogos modernos a los que hemos hecho referencia no fueron los mayores asesinos por lo que creían era una causa noble. No, fue una iglesia, empoderada por los políticos, que exterminó primero a centenares, luego a miles y finalmente a millones de sus semejantes cristianos. De este modo, a lo largo de los siglos, destruyó comunidades, países y en ocasiones a civilizaciones enteras.

Este proceso comenzó con Constantino. Pero él, que fatídicamente empezó la tradición de cristianos asesinando a cristianos, naturalmente no se veía a sí mismo como el mal en forma humana— a pesar de sus atrocidades personales, a las que ya nos hemos referido. De la misma manera que muchos gobernantes que le sucedieron, incluyendo a Justiniano, era un idealista mal orientado. Constantino, como lo expresa su biógrafo moderno Grant, “sentía realmente que estaba en ininterrumpido contacto con Dios”.²⁹ No obstante, él “hizo un daño inmensurable y estableció un sombrío precedente para cada siglo del porvenir”.³⁰

De acuerdo con Walter M. Montaña, “se calcula que, durante el período de la Inquisición, cerca de ciento cincuenta millones de mártires murieron por su fe”.³¹ Criado en una residencia boliviana aristocrática, este monje erudito se convirtió en protestante y pasó a ser director de la Misión de Cristo en Nueva York. Estaba en una buena posición para hablar de esa horrible organización porque antes perteneció a los dominicanos, la orden inquisitoria.³²

Tan tarde como en 1950 (la fecha del libro de Montaña), la Inquisición o el espíritu que representaba todavía estaba muy viva en América Latina. Él da muchos detalles de protestantes asesinados allí, con el visto bueno y, a menudo, bajo la instigación de sacerdotes. En 1996, el pastor Herculano Cornejo, un jubilado orador menonita, de habla hispana, viviendo en el sur de Texas, me dijo que tales cosas todavía estaban ocurriendo en esos países.³³

Montaña llama a la Inquisición “la Gestapo de la iglesia”.³⁴ De acuerdo con John Foxe, las personas que desaprobaban cualquier acción tomada por este cuerpo, o tan siquiera dudaran de lo que un inquisidor decía, sufrían el más severo castigo.³⁵ Oficialmente, la organización tenía un nombre agradable al oído: El Santo Oficio, pues se suponía que ella buscara la salvación eterna de los “herejes” a quienes atormentaba y destruía. Sus agentes generalmente se expresaban en términos moderados, empleando el lenguaje cristiano de la piedad y el amor.

Pero los actos son mucho más elocuentes que las palabras. El

lugar más horrible que alguna vez visité fue el museo de la Inquisición. Di con él repentinamente durante el verano de 1992 cuando estaba vagando a través de Carcassonne en el suroeste de Francia, una ciudad medieval con hermosas murallas exteriores. El museo alberga instrumentos horribles, que esos “hombres de Dios” emplearon para torturar a los albigenses y a otros disidentes religiosos. No puedo olvidar la tabla que estiraba y descoyuntaba los cuerpos de esas personas, las poleas que los halaba por sus muñecas o tobillos, los pinchos que agujereaban sus ojos y partes íntimas, o los textos que detallaban peculiarmente cómo era usada cada pieza de equipo.

V

En nuestra conformación, hay una extraña deficiencia que puede llevarnos a retener nuestra compasión de aquellos cuyas ideas son demasiado diferentes a las de nosotros mismos. Para muchos, su amor o su odio no son una cosa espontánea e individual—sino que son definidos por otros, a menudo por algunos líderes, como parte de su identidad de grupo. Se preocupan por aquellos que pertenecen a su propia nación, iglesia, o grupo étnico, pero son indiferentes u hostiles hacia aquellos que no lo son. De este modo, otros pueden ser etiquetados y tratados como enemigos potenciales: Japoneses estadounidenses, negros, Testigos de Jehová, etcétera.

Lo que nos interesa aquí no es sólo estas atrocidades en sí mismas, sino la mentalidad enferma que las causa y las acompaña; porque creemos que el homicidio ideológico y religioso es resultado de algo más que rasgos humanos naturales, aunque angustiosos, tan estimulados por entusiastas malintencionados. Intrínsecamente, las personas no son tan malas.

Pensamos que tales acciones también son incitadas por el archimaligno Lucifer, quien instiga toda crueldad. De él, el Señor dijo que había sido “homicida desde el principio” y que era el padre de aquellos que exterminan a sus semejantes (Juan 8:44). ¡Y Jesús estaba hablando a y sobre los líderes religiosos de la propia “iglesia” de Dios, que estaban tramando su muerte! El original griego usa la palabra ἀνθρωποκτονος (anthropoktonos), que significa un “homicida”, un “asesino de personas”—uno de los roles favoritos de Satanás por las edades.

En relación con la vida de Cristo, Elena de White explica esta actividad de la siguiente manera: “En confederación despiadada, los hombres malos y los ángeles caídos se opusieron al Príncipe de Paz. Todas las palabras y los hechos de él revelaron divina compasión, y su desemejanza con el mundo provocó la más amarga hostilidad”. Lo mismo, dice ella, es cierto de los seguidores del Señor: “En todas las épocas Satanás persiguió al pueblo de Dios. Torturó a sus hijos y los entregó a muerte, pero en su muerte llegaron a ser vencedores”.³⁶

VI

¡Cuán terrible pensar que nuestro planeta ha sido, por milenios, el lugar predilecto de un alienígena poderoso y maligno, con colaboradores humanos y extraterrestres, con un jefe cuyo deleite es lastimar y deformar, o incluso obliterar a las personas cada vez que pueda, y donde pueda, en tragedias privadas, en desastres nacionales, y en innumerables guerras!

Quizás no sea de extrañar que el diablo ha sido el inventor más grande de religiones. Tiene una afición especial por la teología, cada vez que pueda disociarla de la vida a la que se supone deba llevar, y que pueda usarla como un instrumento de sufrimiento y muerte, volviendo a creyentes dedicados unos en contra de otros. Sobre este tema, Elena de White, en *El Deseado de Todas las Gentes*, su obra maestra sobre la vida de Cristo, comenta perspicazmente:

“A lo largo de la experiencia humana ha quedado demostrado que el conocimiento teórico de la verdad es insuficiente para la salvación del alma. El conocimiento no produce los frutos de la justicia. Una estima celosa por lo que se llama verdad teológica acompaña a menudo a un odio hacia la verdad genuina tal como queda manifestada en la vida. Los capítulos más oscuros de la historia están cargados con el registro de los crímenes cometidos por religiosos intolerantes”.³⁷

Nos sentimos tentados a añadir que, si Dios no necesitara de la religión, estaría en contra de ella, ya que esta no saca solamente lo mejor, sino a veces también lo peor de las personas. Las ideas divorciadas de la bondad y del amor pueden ser peligrosas, y las ideas que requieren el maltrato o la destrucción de otros, simplemente porque no están de acuerdo con nosotros, son malignas.

VII

En 1996, hacia el final de su vida, el papa Juan Pablo II propuso un plan dramático para el jubileo (celebración católica) del año 2000. Él pediría perdón por “todas las formas de violencia que han sido perpetradas en nombre de la fe . . . las guerras religiosas, los tribunales inquisitoriales y otras maneras de violar los derechos del individuo”.³⁸ ¡Qué idea tan espléndida! De acuerdo con dos periodistas internacionales, Carl Bernstein y Marco Politi, esta disculpa iba a ser muy específica. El papa estaba “listo para confesar la culpabilidad de la Iglesia Católica por quemar en la hoguera a hombres como el gran líder religioso bohemio Juan Hus (f. 1415), un precursor de la Reforma protestante, o al fraile florentino Girolamo Savonarola (f. 1498), quién atacó al estilo de vida lujoso y anticristiano del papa del Renacimiento, León X”.³⁹ Primero, cuando supimos de este plan, aplaudimos las nobles intenciones del anciano pontífice, pero nos preguntábamos cuánto el Vaticano estaría dispuesto a conceder. ¿Le permitiría realmente arrepentirse de los horribles actos de la inquisición tanto como por el antisemitismo? Había una extendida oposición a esta idea entre los cardenales.⁴⁰

Tal disculpa también requeriría repudiar a dos grandes santos

católicos, Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, por convertir en doctrina el asesinato de herejes. Al mismo tiempo, constituiría una condenación de todos los papas que ordenaron atrocidades religiosas en el pasado, con la implicación adicional de que no eran infalibles. También tendría que extenderse hasta el presente y ser reforzado por pasos significativos para detener todas las persecuciones contemporáneas.

Francamente, estábamos escépticos. Aunque supuestamente el pontífice es un monarca absoluto y directamente inspirado por el Espíritu Santo, no puede sencillamente hablar o actuar de parte de la iglesia romana sin consultar otras figuras poderosas en el Vaticano. En cualquier momento dado, él—y ellos—sostienen una política y un Derecho Canónico comunes.

Puede ser peligroso para los papas actuar contra los intereses tradicionales de su iglesia o de ciertos grupos dentro de ella. A través de los siglos, a veces los pontífices poco cooperativos han sido derribados, ocasionalmente a vista del público, más a menudo por su asesinato de forma silenciosa. El asesinato de un papa se conoce como la Solución Italiana. Es posible, incluso probable, que esto es lo que le haya ocurrido al predecesor de Karol Wojtyla.

A finales de septiembre de 1978, un grupo de poderosos eclesiásticos y financieros quedó aterrorizado por las noticias de que Juan Pablo I estaba planeando una limpieza a fondo general de los asuntos del Vaticano. Él estaba grandemente preocupado por las irregularidades que involucraban a su clero superior, algunos de los cuales eran masones, contrario a las reglas de su iglesia. Especialmente problemáticos fueron los actos delictivos que afectaron al vasto imperio financiero del papado, centrado en el *Istituto per le Opere di Religione* (Instituto para las Obras de Religión), es decir, el Banco del Vaticano. Había estado lavando dinero para la Mafia, entre otras cosas. Con ese fin, el papa estaba planeando cambios del personal superior, los que debatió con el cardenal Jean Villot, su Secretario de Estado. Las sustituciones iban a incluir al obispo Pablo Casimir Marcinkus, presidente del Banco del Vaticano, y a Villot mismo. El papa tomó notas a ese efecto. Su discusión terminó a las 7:30 p.m. del anochecer del 28 de septiembre.

A la mañana siguiente, descubrieron muerto al papa en su dormitorio bajo circunstancias muy sospechosas.⁴¹

Varios escritores han afirmado que Juan Pablo I, un hombre recto, fue envenenado, después de un pontificado de solamente treinta y tres días. Ahondando en las complejidades del caso, David A. Yallop ha dedicado todo un libro al tema, especialmente porque afectó al Banco del Vaticano. Él cuenta cómo tanto el público general como los medios de difusión exigieron una autopsia. Pero esto fue imposible por el rápido embalsamamiento del cadáver, a las doce horas de su descubrimiento. Normalmente, aquellos que hacen este trabajo empiezan vaciándolo de sangre. Pero, “bajo insistencia del Vaticano”, esto no se hizo, “tampoco se retiró ningún órgano”.⁴²

No estamos sugiriendo que Juan Pablo II fuera amenazado con la Solución Italiana, pero indudablemente fue presionado a moderar

sus palabras; su resultado final fue mucho menor de lo que había planeado o habíamos sido llevados a esperar.

Se disculpó el 12 de marzo del 2000, en un “acto público de arrepentimiento solemnemente tejido en la liturgia de la Misa del domingo dentro de la Basilica de San Pedro”.⁴³ No se refirió, sin embargo, a Jan Hus, a Savonarola, o a ningún otro mártir, por nombre. También se abstuvo de mencionar la Inquisición o a cualquier dignatario específico de la iglesia. Toda la disculpa fue expresada en generalidades. ¡Los adversarios de su idea original se habían impuesto! Karol Wojtyla no pudo expresar lo que realmente había en su corazón. En vez de eso, se había convertido precisamente en el portavoz de la jerarquía. En el trasfondo, de acuerdo con Alessandra Stanley, había “un denso tratado de 31 páginas, [redactado] por la Comisión Teológica Internacional, el que, bajo vigilancia del Vaticano, sacó del juego los precedentes teológicos y también los límites de la disculpa”.

Una de sus preocupaciones había sido “si era justo que la iglesia de hoy condenara los actos de las generaciones anteriores cometidos en buena, si bien equivocada fe”.⁴⁴ En otras palabras, la iglesia romana no podía realmente distanciarse a sí misma de su pasado manchado de sangre.

La vaguedad del pontífice y la falta de nombres específicos decepcionaron a muchos. Los judíos estaban furiosos porque la confesión del papa había dejado de mencionar al papa Pío XII, que podía y debía haber condenado el Holocausto. Otra crítica venía desde adentro de la Iglesia Católica misma: “El documento debía haber puesto en letra negrita que ‘hijos de la iglesia’ incluye a papas, cardenales y al clero, y no solamente a las personas en los bancos”, el Reverendo Thomas Reeves, editor de la revista jesuita *America*, comentó: “El papa tuvo una gran idea que algunos en el Vaticano están oscureciendo con una máquina de niebla”.⁴⁵ Esta reacción es importante, debido a que la Sociedad de Jesús fue fundada especialmente para proteger los intereses de los pontífices.

Igual que a los judíos, nos habría gustado ver referencias específicas tanto a las situaciones del anterior siglo veinte como a las contemporáneas. Pío XII fue el papa no de uno sino de dos holocaustos. El primero fue el bien conocido y notorio homicidio de seis millones de judíos. Sin embargo, también hubo un segundo genocidio, la liquidación masiva de serbios que se negaron a unirse a la iglesia romana durante la Segunda Guerra Mundial. Supervisada por los ejércitos de Hitler y Mussolini, los croatas habían establecido un estado católico, bajo su Poglavnik, Anté Pavelić. También estuvo implicado el arzobispo católico de Yugoslavia.

VIII

Michael de Semlyen pinta un cuadro horrendo sobre lo que ocurrió. “Durante el reinado de cuatro años de Pavelić, un prelado católico romano, el arzobispo Alois Stepinac, persiguió una política de “conviértete o muérete” entre los 900,000 serbios ortodoxos

orientales, los judíos y otros en Croacia. 200,000 fueron convertidos; 700,000, quienes prefirieron morir, fueron torturados, quemados, enterrados vivos o fusilados, después de cavar sus propias tumbas. Esta persecución atroz realizada por los ustashis incluyó muchas de las peores atrocidades de la guerra; ciertamente las mutilaciones fueron horrendas, la brutalidad terrible”.⁴⁶

Edmond Paris dice que después de que los judíos y los serbios habían sido proscritos “Pueblos enteros, incluso regiones enteras fueron sistemáticamente exterminadas”.⁴⁷

¿Cuál era el vínculo entre el dictador croata y el arzobispo? Brian Hall, quien visitó Yugoslavia en 1994, ha arrojado alguna luz en esta cuestión: “Dentro de la catedral [Santa Catarina en Zagreb] encontré un bajo relieve realizado por Ivan Meštrović, del cardenal Alojzije Stepinac, quien había sido arzobispo de Zagreb durante el régimen de Ustasha. ‘El había proclamado la fundación del Estado Independiente de Croacia desde el púlpito de esta misma catedral en el Día de Pascua de 1941. Durante toda la guerra expresó su apoyo público a los Ustashas, hizo referencia a Ante Pavelić como ‘nuestro glorioso líder’ y falsamente bienvenido, calificó como una obra de la gracia de Dios completamente casual en los corazones de los serbios, el número repentinamente alto de conversiones de los ortodoxos hacia el catolicismo en territorio croata, el que estimó en 240,000. (Estas conversiones masivas tuvieron lugar con la presencia de Ustashas armados. A los judíos no se les permitió convertirse; como tampoco a la mayoría de los intelectuales, estudiantes, sacerdotes o líderes de poblados. Sus conversiones eran consideradas ‘falsas’, y en vez de aceptar sus conversiones los fusilaban)”.⁴⁸

Hoy los croatas desdeñan los datos estadísticos de serbios eliminados, pero durante esos días horrendos sus padres y abuelos los inflaron jactanciosamente. Citemos, por lo tanto, a Hermann Neubacher, representante de Hitler en los Balcanes, quien reportó posteriormente: “Cuando los líderes Ustashi declararon que habían masacrados a un millón de serbios ortodoxos, esto, en mi opinión, es una presuntuosa exageración. Sobre la base de los reportes que recibí, estimé que tres cuartos de millón de personas indefensas fueron masacrados”.⁴⁹ Los líderes nazis han sido culpables de muchas cosas, pero no de mala aritmética; y éste no tenía ningún motivo para mentir. Podemos aceptar su cifra de 750,000 serbios ortodoxos que fueron martirizados por su fe.

Como asesino en serie, Ante Pavelić fue comparable a Pol Pot en Cambodia y al mismo Hitler, aunque incluso el führer “estaba alarmado por estas cifras, diciéndole a Neubacher: “También le dije al Poglavnik que no es tan sencillo aniquilar a tal minoría, es demasiado grande”.⁵⁰ Lo que vuelve a esas atrocidades de tiempos de guerra particularmente repugnantes, era la participación del clero católico. “Muchos de los oficiales Ustashi eran sacerdotes o frailes dispuestos a pelear ‘con cuchillos o pistolas’, por el ‘triumfo de Cristo y de Croacia’”. Ellos supervisaron campos de concentración y organizaron la tortura de muchas de las víctimas”.⁵¹ De Semlyen sostiene que en su ferocidad y por el número absoluto de personas

asesinadas en sólo cuatro años, esta persecución fue más horrorosa que las realizadas por el inquisidor español Torquemada (1420-98) o durante la masacre el San Bartolomé en la Francia del siglo XVI.⁵²

En la actualidad el Vaticano prefiere no hablar sobre el genocidio de los serbios; especialmente cuestiona el argumento de que el arzobispo Stepinac estuviera involucrado. Es cierto que él “criticó, con retraso, al gobierno en 1943 por las políticas que habían tenido lugar durante varios años;”⁵³ pero los despreciativos serbios, que perdieron a parientes y correligionarios en ese holocausto, nunca aceptarán la idea de su inocencia blanquísima. Después de la guerra, “Stepinac, quien tenía, como dijo, una ‘conciencia tranquila’, se quedó en Zagreb donde fue juzgado en 1946. Condenado a trabajos forzados, solamente se le obligó a residir en su pueblo natal. La penitencia fue fácil de cumplir, como podemos ver, pero la iglesia necesita mártires. El arzobispo de Zagreb fue hecho entonces un miembro de la cohorte sagrada, en vida, por Pío XII, quien se apuró en otorgarle la denominación de ‘cardenal’, en el reconocimiento de ‘su apostolado que muestra el lustre más puro’”.⁵⁴

Cuando ese papa extendió este homenaje en 1953, el presidente Tito, un croata, estaba furioso: “Permítanme decir algo sobre la propaganda del Vaticano . . . El Vaticano está lleno de resentimiento contra nuestro país socialista, odia y hace todo lo posible contra nosotros. Nos ha hecho ahora la ofensa de nombrar como cardenal al criminal de guerra Stepinac. Con este acto ha ofendido a todo nuestro país. ¿No habrá quizás ningún otro obispo en Yugoslavia? Si los hay, pero éste es un obispo político”.⁵⁵

Teniendo en cuenta la disculpa pontificia, pensamos que el papado debió al menos haber condenado los males perpetrados por el estado católico croata no hace tanto, y en particular a sus monjes y sacerdotes asesinos. También tiene que tener más cuidado sobre a quiénes quiere retratar como santos.

Pero si las palabras del Vaticano son imprecisas, sus acciones son elocuentes. En el mismo momento en que Juan Pablo II se estaba disculpando con los judíos en Israel, su iglesia estaba avanzando con los planes para canonizar a Pío XII. Esto, sin embargo, ha sido demorado, aunque solo temporalmente. En cuanto a Yugoslavia, el pontífice se comprometió a sí mismo. El 3 de octubre de 1998 sobre (en medio del tumulto de la guerra de la OTAN contra los serbios), estaba en Marija Bistrica, Croacia, donde beatificó a Stepinac, como un mártir de “las atrocidades del sistema comunista”.⁵⁶ Esto significa que en algún tiempo futuro el arzobispo probablemente será declarado un santo.

IX

Para hacer más relevante su apología del año 2000, la iglesia romana debe también distanciarse a sí misma de otras atrocidades en nombre de la religión. Recomendamos especialmente una declaración conciliadora sobre Ulster. Por siglos, los pontífices se han mirado como los señores supremos feudales de Irlanda, y en el

siglo veinte esperaban subyugar el Norte protestante al Sur católico. Su participación no se limitó a los deseos. El papado, por ejemplo, respaldó activamente la rebelión de Pascua de 1916 en Dublín, promoviendo incluso la acción militar. Esto finalmente resultó en el Estado Libre Irlandés y después en la República de Eire. El Vaticano negó tal participación, pero en 1933 Eamon De Valera, el Primer Ministro y presidente de Sinn Fein, divulgó los detalles en la prensa irlandesa. En el Jueves de la Ascensión de 1933, G. N. Count Plunkett los confirmó. Había sido el representante de los rebeldes y fue recibido por el papa mismo.⁵⁷

Desde entonces, la iglesia romana ha tolerado a los terroristas católicos en esa isla, aunque verde, manchada de sangre. Debió haber condenado rotundamente sus acciones como no cristianas. También tiene que reconocer el derecho de los protestantes de Ulster a la libertad de la dominación católica dentro del contexto más grande de Irlanda.

Sobre todo, el pontífice debe hablar contra la persecución a protestantes en América Latina. Un ejemplo reciente trata de los indios mayas en la provincia de Chiapas, del sur de México.

A finales de febrero de 1997, la *Adventist Review* reportó sobre sus sufrimientos: “Hay organizaciones locales controladoras que perciben a los adventistas del Séptimo Día como un grupo religioso desafiante. Esta mentalidad ha provocado la persecución religiosa en algunas áreas del sur de México”. Lo que parece perturbar especialmente a los perpetradores eran los números y el rápido aumento de estos 335,000 protestantes, se añadieron 14,000 miembros en sólo un mes.⁵⁸

En un artículo de continuación, la *Review* desarrolló su explicación: “En Chiapas los Adventistas están siendo amenazados, violados, raptados, torturados, arrebatados de sus casas y cultivos, y disparados, linchados y colgados hasta morir”.⁵⁹ Parte de la motivación era política, porque estos cristianos se negaron a ponerse de parte de los guerrilleros contra su gobierno; por lo tanto, los rebeldes, encolerizados, los atacaron. “Pero hay evidencias de que los factores religiosos tienen un papel. Los adventistas están sufriendo y muriendo debido a sus convicciones”.⁶⁰ Efectivamente; son mártires del Señor Jesucristo. Cuánto los admiramos, y cuán espléndidamente su sangre—como la de los primeros cristianos—ha sido la semilla del evangelio!

Para mediados de 1998, los adventistas todavía eran la “denominación de más rápido crecimiento en el sur de México”, perteneciendo a ella uno en cada treinta y cuatro personas.⁶¹ Tres años después, el 3 de febrero del 2000, otro informe desde Chiapas, en la Red de Noticias Adventista reveló que tanto las conversiones a gran escala a esta iglesia protestante como la violencia en contra de sus miembros todavía continuaban. El domingo, 23 de enero, de ese año, más de 3,600 personas fueron bautizadas en la playa de Puerto Madero, Chiapas, con treinta y tres pastores oficiantes. Estas conversiones siguieron a una campaña evangélica de una semana.

En el cercano Plan de Ayala, la Asamblea General, un cuerpo

directivo local, se rehusó a darle permiso a los adventistas sobrevivientes del pueblo para construir una iglesia. Amenazaban con arrancarlos del pueblo. En los años precedentes del conflicto, desde 1994, al menos veinte familias adventistas habían partido después de que diez de sus casas fueron quemadas.⁶²

A diferencia de la Prensa Asociada en mayo del 2000, los reportes de la *Review* no se referían al posible papel de Samuel Ruiz en Chiapas, donde había sido obispo durante cuarenta años hasta el principio de aquel mes. En todo ese tiempo, era vocero en la defensa de los derechos indígenas, lo que indudablemente era virtuoso de él. Mezcló incluso “textos prehistóricos como los libros mayas de Chilam Bilam y el Popol Vuh” dentro de los servicios de adoración católicos. Sin embargo, de acuerdo con críticos del gobierno, también podría haber tenido vínculos con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, de izquierda.

A pesar de todo, nos preguntamos si algo le ha pasado a él. Indudablemente, tanto su sincretismo como su activismo político no era nada nuevo para América Latina o el papado.

El Centro Berkley para la Religión, la Paz y los Asuntos Globales en la universidad de Georgetown en Washington, D.C., la más antigua institución católica y jesuita de estudios superiores de los Estados Unidos, tienen cosas perspicaces que decir sobre la complicada y variada relación entre el estado mejicano y la iglesia de Roma. He aquí algunas de sus declaraciones para ponderar. Primero, “La revolución mejicana de 1910 trajo libertad religiosa formal, asegurando los derechos para las fes minoritarias”. También introdujo medidas anticlericales que apuntaban a controlar el poder de los sacerdotes. Estas políticas, sin embargo, resultaron en “una serie de guerras civiles religiosas en los 1920’s y 1930’s. Para los 1940’s, el gobierno y la Iglesia Católica acordaron la no ejecución de la mayoría de estas previsiones”. Pero en 1992 las negociaciones con el Vaticano y otros grupos religiosos resultaron en una mayor libertad para las iglesias. “Se corrigió nuevamente la constitución en 2001 para prohibir explícitamente la discriminación sobre la base de la afiliación religiosa”.⁶³

La persecución a los adventistas en Chiapas ha amainado enormemente, en parte debido a esto, pero más probablemente también por otra razón: la publicidad, que las autoridades mejicanas han encontrado vergonzosa. Tocamos algunos rasgos sobresalientes para ilustrar esta idea.

Primero, “en 2008 La Red Adventista de Noticias visitó congregaciones cuyos vecinos no admitirían la construcción de edificios permitidos de la iglesia. En otras áreas del estado, la propiedad fue destruida en ocasiones, o los creyentes protestantes fueron encarcelados para convertirlos hacia la fe dominante [el catolicismo]”.

Entonces, “en 2011, IRLA [en español, AILR, Asociación Internacional de Libertad Religiosa] sostuvo un foro de debate en Chiapas que reunió a 600 personas, incluyendo pastores, miembros laicos y funcionarios públicos. Funcionarios federales y del Estado, presentes en el foro de debate, dijeron que, recientemente, habían

sido promulgadas leyes para garantizar la libertad religiosa y que su reconocimiento completo y puesta en práctica pronto serían una realidad”.

Posteriormente, en 2013, “multitudes marcharon por las calles de Tuxtla Gutiérrez el 24 de marzo . . . para celebrar y agradecer a jefes del gobierno por su creciente compromiso con la libertad religiosa en el estado de Chiapas”. Seis días después, 25,000 personas asistieron a un festival de “La Amistad y la Libertad Religiosa” en el Estadio Manuel Rayna, en la misma ciudad, el sábado, 30 de marzo. Entre los dignatarios adventistas que asistieron, estaban John Graz, el Secretario General de IRLA y Ted N. C. Wilson, presidente de la Conferencia General de los Adventistas del Séptimo Día. Este último agradeció públicamente al alcalde municipal de Tuxtla Gutiérrez “por permitirle a los organizadores del evento facilitar la ceremonia en la ciudad”. También dijo: “Estamos muy agradecidos a las autoridades del gobierno y a todas las personas de buena voluntad por la libertad religiosa que ustedes disfrutan”, a lo cual añadió: “Dios nos pide que no sólo en Chiapas, sino también alrededor del mundo, promover y aumentar la libertad de conciencia”.

Estos eventos fueron descritos en el *Adventist Review* del 25 de abril de 2013.⁶⁴ Confiamos en que esta situación se estabilizará y también que México superará las muchas dificultades que lo acosan actualmente.

X

La disculpa del papa les recordó a varias personas una afirmación hecha por Elena de White en 1888: “La Iglesia Católica le pone actualmente al mundo una cara apacible, y presenta disculpas por sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; pero en realidad no ha cambiado”.⁶⁵ ¿Cuán viable es relacionar las palabras de Juan Pablo II con este pasaje? Constituye parte de las predicciones de Elena de White sobre una ley dominical nacional en los Estados Unidos, exigida por protestantes confabulados con la Iglesia Católica, que desencadenará los horrores de la persecución religiosa contra aquellos que observan el séptimo día Sábado. Los eventos del futuro vindicarán o refutarán lo que ella escribió hace tantos años. Actualmente, sin embargo, encontramos difícil criticarla—contra los antecedentes presentados arriba, tanto como por ciertas declaraciones en *Dies Domini*, la encíclica de Juan Pablo II en 1998 sobre guardar el domingo.

Él escribió, “En este asunto, mi predecesor Papa León XIII [1878-1903] en su encíclica *Rerum Novarum* habló del descanso en domingo como un derecho de un trabajador que el estado debía garantizar”. Pero esto no era sólo el deseo de un pontífice que vivió y murió hace un siglo; es también una instrucción finamente cubierta con un velo, proveniente de Juan Pablo II mismo. Solamente dos años antes de su disculpa en la Basílica de San Pedro, escribió, “Por lo tanto, también en las circunstancias especiales de nuestro propio tiempo, los cristianos naturalmente lucharán por asegurar que la

legislación civil respete su deber de guardar el domingo santo”.⁶⁶

Durante los siglos, muchas personas han sido golpeadas, encarceladas, e incluso asesinadas por violar las leyes del domingo—no sólo en países católicos sino también en algunos protestantes. Esa oración final y aparentemente moderada, del papa, es en realidad una demanda ominosa, especialmente si se lee con *Ad Tuendam Fidem* (“Para una Fe Segura”), otra reciente carta apostólica por Juan Pablo II. De acuerdo con Norman R. Gulley, ésta precedió a *Dies Domini* por sólo tres días.

Ad Tuendam Fidem hace adiciones al derecho canónico, bajo el que la iglesia romana es gobernada. Los siguientes párrafos son ambos del Canon 1436:

“Cualquiera que negare una verdad que debe ser creída con fe divina y católica, o quien llame a duda, o quien niegue totalmente la fe cristiana, y no se retracta después de haber sido advertido legítimamente, debe ser castigado como hereje o apóstata con una gran excomunión (par.1) . . .

“Cualquiera que rechazare una enseñanza que el pontífice romano o el Colegio de Obispos, ejercitando el auténtico *Magisterium*, han establecido para ser cumplidos definitivamente o quien afirme que ellos han condenado como erróneo, y no se retractare después de haber sido advertido legítimamente, deberá ser castigado con una condena apropiada” (par.2).⁶⁷ ¡“Hereje . . . apóstata . . . no se retracta . . . debe ser castigado . . . condena”! Éstas son palabras que habríamos relacionado con Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, o el Concilio de Trento, no con un Karol Wojtyła aparentemente moderado, apoloético y pacífico. Tienen un timbre claramente medieval sobre ellos; pero se originaron en la mente de un papa del siglo veinte quien era, al menos oficialmente, su autor.

Esto es más instructivo. Sin importar qué pueda decir el pontífice para el consumo público, ecuménico, la ley del Canon (Derecho Canónico) todavía es draconiano, la iglesia romana es lo que ha sido siempre, el catolicismo todavía considera a los protestantes concienzudos como herejes, y el papado todavía insiste en que solamente él tiene el derecho de definir lo que debe creer cada persona del mundo entero. También retiene el derecho de castigar a los disidentes.

En el caso específico de *Dies Domini*, lanza el reto a todos los que prefieren creer en la Biblia y guardar el Sábado como séptimo día mientras rechazan la insistencia del pontífice acerca de guardar el domingo por su autoridad eclesiástica.

Como los capítulos previos han indicado, la primera fase de la carrera de la Bestia como un poder perseguidor duró 1260 años. Ese período terrible y largo terminó en 1798, cuando la Francia revolucionaria trató de abolir el papado, infligiendo una herida mortal, como la profecía había predicho. *Dies Domini* apareció en 1998, lo que era, por así decirlo, el bicentenario de aquel suceso. Después de docientos años, el papado ahora se ha recuperado en gran parte, si no totalmente, y ha sido compensado por sus pérdidas; se ha sanado. El Vaticano es otra vez una superpotencia

eclesiástica; ya podemos ver el resto de la predicción cumpliéndose: “y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia” (Apoc. 13:3).

¿Qué, bajo las leyes de descanso dominical que Juan Pablo II exigió, les pasaría a disidentes como los judíos ortodoxos, como los adventistas del Séptimo Día, o como los musulmanes? Todos ellos observan otro día. Evidentemente, si no acatan las advertencias y “santifican el Domingo”, los tribunales y la policía serían llamados a actuar contra ellos. Esto lo llena a uno con presentimientos; desagradables imágenes de Waco surgen en la mente—y del pasado, no tan distante, cuando las personas eran todavía perseguidas legalmente en América.

Si el deseo del papa por una legislación dominical es implementado, algunos de los muchos males para los que ha pedido perdón recientemente volverán a repetirse. Las personas sufrirán dolor, quizás incluso la muerte—con culpa de sangre para aquellos que acarrearón la persecución sobre ellos. Si es así, nos preguntamos ¿cuánto habrá de ser cargado a la cuenta personal de Karol Wojtyła en el libro del día del juicio final, que el Juez de toda la Tierra abrirá en el día final?

XI

Para minimizar los efectos de la intolerancia religiosa y prevenir los crímenes eclesiásticos contra la humanidad, el único plan efectivo es el que está entretelado en la Constitución estadounidense: mantener una separación legal entre el estado y todos los cuerpos religiosos, siempre. De este modo, los idealistas pueden prosperar, mientras que los disidentes están protegidos contra ellos.

El asunto va más allá de los intereses de las personas religiosas; concierne a la supervivencia misma de lo que Allan Bloom ha llamado “la búsqueda racional de la buena vida de acuerdo con la naturaleza”, sobre la cual está basada la democracia.⁶⁸ Esta “buena vida” se ha manifestado en varias maneras, incluyendo la prosperidad que caracteriza a muchas familias de clase media en los Estados Unidos, y sin la que su ascendencia sobre el mundo entero no podría existir.

Durante los primeros días de la Segunda Guerra Mundial, Franklin D. Roosevelt sugirió que estos factores estaban interrelacionados al decir que los Estados Unidos “deben ayudar a construir un mundo en el que prevalecían las cuatro libertades: la libertad de expresión y de religión, y las libertades de querer y temer”.⁶⁹

Cualquier dispositivo que impone grilletes a la fuerza sobre la conciencia humana, atándola a un credo en particular, pervierte el poder de la razón y atrofia la mente. Un resultado es el retraso mental y material, ya que la búsqueda de la riqueza—como de la felicidad espiritual—se reduce cuando un pueblo pierde su libertad. Estamos de acuerdo con Max Eastman en que “cualquier religión estatal, como han señalado todos los grandes liberales, es la muerte a la libertad humana. La separación de la iglesia y el estado es una

de las medidas principales de protección contra la tiranía”.⁷⁰

Las leyes son necesarias para salvaguardar el derecho de las personas a pensar, decidir y a adorar (o a no adorar) como ellos solamente decidirán. Pero algunos que reconocen esto en relación con las naciones católicas, con su historia de intolerancia religiosa, pueden preguntar si los países protestantes tienen esta misma necesidad. Y con todo, la tienen, como incluso la historia de Estados Unidos ha demostrado ampliamente.

XII

Al principio, este país no era realmente la tierra de la libertad, pues pronto la persecución religiosa se estableció allí, aunque los separatistas entre los Padres Peregrinos habían huido a estas orillas de la opresión desencadenada por la iglesia anglicana.

Siguiendo el mal ejemplo de Gran Bretaña, los protestantes hicieron leyes para establecer sus propias iglesias. Boston devino una segunda Ginebra, el centro de una teocracia. Un rasgo prominente en varias colonias fueron las leyes dominicales, aunque la intolerancia no quedó limitada, de ninguna manera, a esta área de la teología. Los disidentes fueron castigados, a menudo muy cruelmente. Como George E. Vandeman señala, “La incredulidad era un crimen. La fe fue hecha cumplir por la ley. Créase o no, ciertos delitos religiosos eran incluso sancionables con la pena de muerte”.⁷¹

De acuerdo con Clifford Goldstein, los cuáqueros tuvieron un tiempo especialmente malo de persecución. Los bautistas también sufrían mucho; ellos “fueron golpeados, exiliados, burlados, multados y encarcelados, más a menudo por rehusarse a obtener una licencia para predicar, rehusarse a asistir a las iglesias establecidas, o rehusarse a pagar impuestos a la religión establecida”.⁷² Esto ocurrió principalmente durante los 1700’s.

Pero la persecución religiosa en Estados Unidos, aunque disminuyó, continuó esporádicamente en el decimoctavo, decimonoeno, e incluso en el siglo veinte. Se volvió muy vigorosa en la década antes del año 1900. En ese entonces, sin embargo, ya no se centró en cuáqueros y bautistas, sino en aquellos que dejaron de prestar atención a las existentes leyes azules, que requería el descanso en domingo. Los más afectados fueron los adventistas del Séptimo Día.

El historiador de la iglesia, John N. Loughborough—un contemporáneo, quien había vivido ese tiempo y escribió sobre eso en 1905—registró, entre otros, los siguientes detalles:

“Delante de mí hay una lista de ciento dieciséis detenciones de adventistas del Séptimo Día en los Estados Unidos, desde el año 1878 hasta marzo de 1896. De éstos, ciento nueve fueron condenados. Muchos de éstos han sido encarcelados desde veinte hasta sesenta días, y alrededor de una docena de ellos fueron obligados a trabajar en los ‘grupos de prisioneros encadenados’ con asesinos, ladrones y la peor clase de criminales. En cada caso se había admitido, por aquellos que les imponían las sentencias, que

ellos eran los mejores ciudadanos”.⁷³

También encontramos algunos ejemplos de persecución y castigo en el *Dateline Sunday, U.S.A.* por Warren L. Johns, un diplomado en historia eclesiástica y Doctor en Derecho, quien practicó ante la Corte Suprema de los Estados Unidos. Citando los *American State Papers* (Artículos de Estado Estadounidenses), p. 562, acotaba que “Tan solo durante los años 1895 y 1896, ‘se llevaron a tribunales no menos de setenta y seis adventistas del Séptimo Día en los Estados Unidos y Canadá bajo las leyes dominicales existentes. De éstos, veintiocho cumplieron períodos de diferente extensión en cárceles, en grupos de prisioneros encadenados, etcétera, sumando un total de 1,144 días’”.⁷⁴

El libro de Johns contiene una vieja fotografía que muestra a nueve adventistas del Séptimo Día, incluyendo a su ministro, en un grupo de prisioneros encadenados en el condado de Rhea, Tennessee.⁷⁵ Abarcando un periodo algo más extenso, George R. Knight asevera que montones de ellos fueron a prisión.⁷⁶

¿Cómo esto fue posible? ¿Seguramente, estaban protegidos por la Primera Enmienda! Pero no lo fueron, porque esta es un estatuto federal; por lo tanto, cuando deseaban hacerlo, los estados todavía desafiadamente podían implementar leyes religiosas y castigar a aquellos que las violaran.

La intolerancia hacia los adventistas del Séptimo Día reapareció gravemente durante la Primera Guerra Mundial, porque jóvenes reclutados insistieron en observar el Sabbath en el día Sábado. Frederick C. Gilbert, un judío convertido y ministro cristiano, narra sus sufrimientos. Más de cien fueron llevados a consejo de guerra. “Más de treinta fueron sentenciados al Fuerte Leavenworth, como presos militares, cuyas sentencias se extendieron a entre diez y cincuenta años de prisión bajo trabajo forzado”.⁷⁷

En ese lugar, un tratamiento abominable los esperaba:

Los funcionarios de la prisión militar se esforzaron por obligar a nuestros jóvenes a trabajar en Sábado un trabajo ordinario de romper rocas. Por supuesto, no tenían derecho a hacerlo en la prisión de los campamentos militares, como tampoco lo tenían fuera de ella. Los funcionarios de la prisión se esforzaron por coaccionarlos sometiéndolos a graves castigos. Por negarse a trabajar en Sábado, fueron privados de sus raciones diarias y se les daba solamente unas pocas rebanadas de pan y agua, y la cantidad de rocas que tenían que partir era enormemente aumentada por día, y en la noche eran confinados a calabozos subterráneos y atados con correas sobre tablas de madera basta y desnudas como camas y expuestos a la humedad y al frío. Este castigo duraba dos semanas. Si se negaban a trabajar la segunda vez en Sábado, recibían raciones de alimento todavía más pequeñas, y sus manos eran esposadas detrás de sus espaldas alrededor de los barrotes de sus celdas en la prisión, al mismo nivel casi que sus hombros, y en esta incómoda posición parados, sin ningún alivio eran obligados a permanecer nueve horas todos

los días. Otros fueron confinados a celdas sucias por meses, donde era imposible pararse completamente de pie o acostarse, sin estar encogido, por la falta de espacio.⁷⁸

Gilbert también relata, sin embargo, que la mayoría de estas injusticias fueron terminadas y reparadas, cuando intervino Warren G. Harding (1865-1923).

“Nos alegramos de informar, sin embargo, que a través de la asistencia amigable del senador Harding, ahora Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, en este asunto, quien hizo dos visitas personales al Secretario Baker, y expuso nuestras quejas ante él, obtuvimos una liberación inmediata no sólo de nuestros jóvenes, sino también de todos los presos militares de este modo vil y cruel de castigo, y también que fueran exceptuados del trabajo en Sábado en la prisión para nuestros chicos, y en el momento de la liberación de nuestros chicos por libertad condicional de la prisión, que finalmente fue hecho permanente”.⁷⁹

Además, el Departamento de Libertad Religiosa de su iglesia adquirió “exenciones especiales del trabajo en Sábado en más de veinte campamentos militares en los Estados Unidos. El secretario en varias oportunidades defendió a nuestros jóvenes frente a los tribunales militares cuando fueron llevados a corte marcial. En otras oportunidades subió al estrado de testigos como testigo principal en su favor, y para responder por la actitud denominacional hacia los temas militares. En tres ocasiones diferentes el auditor de guerra de uno de los campamentos del ejército, realizó un esfuerzo máximo para condenar al secretario bajo el acta de espionaje y aplicarle una sentencia de veinte años, pero el truco no funcionó”.⁸⁰

La presidencia de Harding duró menos de dos años y medio y fue oscurecida por escándalos. El más serio de estos concernía a sus subordinados, especialmente sobre un soborno recibido de los intereses del petróleo para su Secretario del Interior, Albert B. Fall. Aunque él estaba “personalmente exento de corrupción, Harding, imprudentemente, había nombrado y confiado en hombres corruptos cuya traición a su confianza quebró su espíritu e indudablemente contribuyó a su muerte prematura”.⁸¹ Este error de juicio en especial ha eclipsado sus logros.

Por lo tanto, sentimos placer en honrar su memoria por intervenir a favor de esos jóvenes perseguidos, en un tiempo en que esto indudablemente habría socavado su popularidad con muchos votantes, a quienes el espíritu de la guerra había vuelto crueles e irrazonables—como a menudo sucede. Cualquiera fueran sus imperfecciones, Warren G. Harding fue un campeón activo de la libertad religiosa, aunque en cierto sentido también estaba pagando una deuda que le debía a su iglesia. “En 1889, a los 24 años de edad, sufrió de agotamiento y fatiga nerviosa. Pasó varias semanas en el Sanatorio de Battle Creek para recuperar sus fuerzas, y en última instancia hizo cinco visitas durante 14 años”.⁸² Mientras era tratado en esa institución Adventista del Séptimo Día, él quedó indudable y favorablemente impresionado con su estilo de vida, y también se fijó

en sus ideas sobre libertad religiosa.

En Estados Unidos, a una escala más diminuta la persecución relacionada con la fe continuó esporádicamente por varias décadas más. La libertad religiosa prevaleció finalmente, a través de la implementación completa de la Decimocuarta Enmienda y de importantes decisiones de la Corte Suprema de Estados Unidos.

En cuanto a Harding, él no sólo estaba acertado en esta área esencial, sino que también era un hombre compasivo. Mientras otros no vieron discrepancias entre profesar el cristianismo y oprimir a las minorías o moler las caras de trabajadores pobres y explotados, él defendió su causa. Sobre esto, John Kenneth Galbraith, el eminente economista, ha registrado otro ejemplo:

“A comienzos de los 20’s la industria del acero todavía trabajaba una jornada laboral de doce horas y, en algunos trabajos, una semana de siete días (cada dos semanas, cuando el turno de trabajo cambiaba, un hombre trabajaba las veinticuatro horas). Los trabajadores carecían de organización o del poder para tratar con condiciones semejantes; la jornada laboral de doce horas fue, a decir verdad, terminada como resultado de la presión personal del Presidente Harding sobre las compañías del acero, particularmente sobre el juez Elbert H. Gary, cabeza de la Corporación del Acero de los Estados Unidos”.⁸³

Esto, también, fue seguramente una contribución de proporciones monumentales a la construcción de un mejor Estados Unidos.

De estas maneras, Harding perteneció a la nobleza política de su país, aunque frecuentemente ha sido clasificado entre lo peor de los presidentes del país. Nos preguntamos qué habría pensado de él Thomas Jefferson, un gran campeón de la libertad religiosa y con ideas propias sobre la grandeza en un estadounidense. O cómo el cielo ha valorado estos aspectos de la carrera de Harding.

XIII

La persecución de cristianos por los cristianos con el apoyo de la legislación civil comenzó en el tiempo de Constantino y persistió a través de las edades, hasta el presente. La Roma pagana fue convertida y amalgamada con la parte más influyente de la iglesia, y así la Bestia de Dan. 7: 19, 23 continuó sus persecuciones, hollando con sus pies y quebrantando a los hijos de Dios, que serían frecuentemente, desde entonces, llamado *herejes*: Donatistas, pelagianos y muchos otros. En la Tierra, no sólo sus cuerpos sino también sus reputaciones fueron asesinadas, aunque la Biblia los llama los “santos del Altísimo” (vers. 27).

Pero, ¿no creían muchas de éstas personas en doctrinas falsas, es decir, ajenas a las Escrituras? Bueno, algunos pudieron haberlo hecho, pero también sus perseguidores. Ese, sin embargo, no es el asunto primordial. Dios no es un teólogo insensible y de mente estrecha, sino—como nuestro Señor encarnado insistió en llamarlo—el Padre Celestial de cada ser humano en este planeta; nos amó a todos nosotros, antes de que ni siquiera existiéramos o supiéramos

de él.

Tal Ser no tolerará en lo más mínimo la crueldad del hombre hacia el hombre en nombre de la ortodoxia doctrinal. Seguramente, como Elena de White dice, “Nada puede ser más ofensivo para Dios que el hecho de que los hombres, por fanatismo religioso, ocasionen sufrimientos a quienes son adquisición de la sangre del Salvador”.⁸⁴ Todos los perseguidores harían bien en notar las siguientes palabras de Jesús: “Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mat. 7:2). Éste es uno de los principios básicos que se aplican en el tribunal de nuestro Señor. Los malhechores impenitentes, que adoraban utilizar el fuego para sus atrocidades (incluyendo al diablo mismo), serán entregados al fuego.

Está pronto por comenzar un sorprendente cambio completo de roles. Se pronunciará la sentencia a favor de los perseguidos, y contra su gran opresor, la Bestia y su Cuerno Pequeño (Dan. 7:22, 26). De acuerdo con Apoc. 20:4, los santos asesinados y aquellos que se opusieron al Anticristo serán incluso co-jueces con el Señor. Imagine la consternación y el horror de un inquisidor, traído de regreso a la vida en la resurrección de los condenados, cuando descubra que los herejes a quienes atormentaba han sido transformados en sus jueces.

Pero, ¿se merece ser castigado alguien que maltrata o mata a un ser humano igual que él, si tal acto se realiza con lo que parece ser una buena intención? Como hemos notado, un perseguidor, como por ejemplo Hitler, puede creer que está haciendo la voluntad de Dios y promocionando el bienestar social.

Aunque éste no es un asunto fácil con el que tratar, no puede haber excusas para la crueldad. Incluso cuando la mente del perseguidor le dice que los medios brutales pueden servir a algún propósito supremo, la conciencia aletargada—recordando débilmente los mandamientos expresos del Señor—debe retraerse de infligir dolor y homicidio religioso. Pero el problema es que la conciencia puede ser suprimida y posteriormente cesar de funcionar.

N. P. van Wyk Louw, el más grande poeta afrikaans y filósofo, escribió un dramático monólogo de un inquisidor anticuado durante el Renacimiento. El título de este brillante poema, “Die hond van God” (El Sabueso de Dios), se refiere al juego de palabras que los inteligentes medievales aplicaron al nombre de la Orden Dominicana en latín, la que proveía a estos piadosos torturadores: *Dominicani, Domini cani* = “Los perros del Señor”.

Lo que el inquisidor del poema teme al máximo es su propia sospecha de que puede estar sirviendo, no a un Dios amante, sino a un ser muy maligno. Todavía se resiste a la idea, negándose a ver que la misma ha brotado de algo moralmente bueno en su humanidad; por lo tanto, a través de un acto de la voluntad, sofoca el grito de su conciencia, rechazándolo como sólo otra tentación. Al final, prácticamente alucina, regocijándose con la salvación del hereje a quien él ha—a través de un lavado de cerebro y torturas—“convencido” de abandonar sus creencias poco ortodoxas. Antes de

que la víctima pueda cambiar su mente, es rápidamente entregada al verdugo secular y quemada para salvar su alma.⁸⁵

Como Saulo de Tarso, cuya religión también lo convirtió en un perseguidor, el inquisidor estaba dando coces contra el agujón (Hechos 9:5; 26:14); pues en algún sitio en los recovecos de su mente sabía que estaba haciendo mal, sin importar cuánto se justificara. El futuro apóstol también se negó a enfrentar las implicancias de sus actos, hasta que conoció a Jesús en el camino a Damasco.

Eric Hoffer nos ha provisto un excelente análisis de la horrorosa trampa en la que muchos perseguidores se han precipitado: “La manera más eficaz de hacer callar nuestra conciencia culpable es convencernos a nosotros mismos y a otros que aquellos contra los que hemos pecado son, sin lugar a dudas, criaturas depravadas, merecedoras de cada castigo, e incluso de exterminio. No podemos tener lástima de aquellos a quienes hemos agraviado, ni podemos ser indiferentes a ellos. Debemos odiarlos y perseguirlos o, si no, dejar abierta la puerta hacia el desprecio propio”.⁸⁶

El error esencial de todos los perseguidores cristianos es que se han olvidado de sobre qué se supone que está basada su religión: el amor, no sólo por el Señor en los cielos, sino también hacia cada ser humano en la Tierra. Cuando el apóstol amado señala, “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso.” (1 Juan 4:20). Jesús insistió en que este amor debía incluir a nuestros enemigos (Mat. 5:44).

Nuestro Señor, víctima él mismo de homicidio eclesiástico por aquellos que estaban dirigiendo la “iglesia” judaica oficial de Dios, predijo que muchos que lo siguieran realmente—sus iguales herejes—compartirían su destino. Efectivamente, vendría un tiempo cuando “seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mat. 24:9).

XIV

El Imperio Romano cumplió parcialmente esta profecía en las épocas del cristianismo temprano, y las naciones occidentales la cumplieron, también parcialmente, en el período medieval. Pero este no era un odio universal, quedando en gran parte confinado a Europa y al Medio Oriente. Un día, sin embargo, Satanás seducirá a *todas* las naciones para unir las a su guerra contra el remanente del Señor, “los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12:17).

El Redentor también identificó la razón básica para esta animosidad, por lo menos para una parte de los seres humanos: “. . . viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto *porque no conocen al Padre ni a mí*. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho”. (Juan 16:2-4, énfasis añadido)

Jesús, sin embargo, no sugirió que pudieran cometer estos crímenes horribles con impunidad. Todo lo contrario, “en cuanto lo

hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mat. 25:40). Y así, los perseguidores religiosos e ideológicos, que se permiten lo que es quizás la actividad más horrible en este planeta, no pueden esperar ser tratados con clemencia en el juicio final. Esto se aplica a tales malhechores de cada religión sobre la Tierra, pero particularmente a todos las “personas del libro”: judíos, musulmanes, católicos y protestantes por igual, pues éstos deben haberlo sabido mejor.

Durante siglos, demasiados han oprimido y torturado a sus semejantes cristianos, imaginando que estaban complaciendo a Dios, exactamente como nuestro Señor predijo. A menudo, han demostrado pasión por arrojar personas al fuego. ¿Cómo les irá al final, cuando se les recuerde lo que el Salvador dijo, y descubran que por sus presuntamente piadosos actos ellos mismos deberán enfrentar el fuego?

Apéndice:

La Literatura y la Biblia

I

Los eruditos que tratan con favoritismo la escuela histórico-crítica rechazan el método de comparar Escritura con Escritura. Insisten en que un pasaje bíblico refleja principalmente la época, el entorno y las circunstancias de sus autores. Éstos, sostienen estos estudiosos, no estaban muy preocupados por el futuro distante. Por lo tanto, la Biblia no es un libro único sino una serie de escritos relacionados solo indirectamente debido a una cultura común. Por lo tanto, las Escrituras son primariamente la palabra del hombre y no de Dios. Relacionarlas directamente con otras obras escritas siglos antes o después es sacarlas de su contexto natural. Ésta es, sin embargo, una opinión simplista que revela una falta fundamental de conocimientos sobre cómo funciona la literatura.

II

Los escritos que conforman la Biblia pertenecen a categorías diferentes, técnicamente conocidas como géneros. Gran parte de ellos es narrativa, es decir tiene un argumento. Al leer tal material, generalmente nos beneficiamos si consideramos el trasfondo histórico y cultural. Pero para muchos otros pasajes, tal como los Salmos, esto es menos útil; porque estos son poesía, trascendiendo los asuntos de tiempo, lugar y circunstancia.

Un poema realmente bueno se destaca precisamente porque puede sobrevivir a su propio tiempo y entorno. Obras líricas de griegos y romanos (y griegas y romanas) antiguos como Safo (c. 600 a.C.) o Catulo (84-¿54? a.C.), del italiano medieval Dante (1265-1321) y del irlandés del siglo veinte W. E. B. Yeats (1865-1939) pueden todas hablar directamente todavía a los lectores actuales. T. S. Eliot, el poeta más grande que Estados Unidos ha producido, así como crítico literario de primera, está de acuerdo: “Lo que más importa, digamos, al leer una oda de Safo, no es que yo mismo deba imaginarme el estar en una isla griega de hace dos mil quinientos años; lo que importa es la experiencia, que es la misma para todos los seres humanos de siglos y lenguas diferentes, capaces de disfrutar la poesía, la chispa que puede saltar a través de esos 2500 años”.¹

Y la razón por la que puede hacerlo es que ninguna cantidad de historia ha sido capaz de modificar nuestra naturaleza humana básica, como también dijera Edith Hamilton, una erudita clásica renombrada a nivel mundial: “Aunque el exterior de la vida humana cambia mucho, el interior cambia poco”.²

Este es el por qué, en algunos tipos de material escrito, el trasfondo histórico y cultural no importa tanto.

Pero este hecho es aparentemente desconocido para algunos eruditos de la escuela histórico-criticista. Realmente no ven la Biblia como a la Palabra de Dios, sino como una colección de obras humanas que no logran constituir una unidad. Ellos ponen demasiado énfasis en el hecho que sus autores varios escribieron contra trasfondos diferentes, cada uno con una intención personal. Para las personas con tal manera de pensar, las comparaciones directas de Escrituras con Escrituras (versículos con versículos) son problemáticas. Esta línea de pensamiento está relacionada con la Alta Crítica y el Liberalismo Clásico. Samuel Koranteng-Pipim, un erudito ghanés, resume la teología subyacente de este último de la siguiente manera:

Este “niega la intervención sobrenatural de Dios en el mundo; por lo tanto, niega el nacimiento virginal, la resurrección corporal, la expiación sustitutiva penal de Cristo, los milagros, etcétera. *Debido a las suposiciones antisupernaturales del liberalismo clásico, no puede aceptar el reclamo de la Biblia de ser inspirada divinamente por Dios.* La Biblia es ‘inspirada’ en el sentido en que Shakespeare es inspirado; es un libro inspirador que refleja las expresiones religiosas de ciertas personas de la antigüedad. Todos los milagros en la Biblia son mitos diseñados para enseñar verdades”.³

Para ponerlo claramente, este es un enfoque agnóstico o ateo hacia las Escrituras, ya que deja a Dios fuera del cuadro. Sorprendentemente, observamos esto en el erudito en Nuevo Testamento, Rudolf Bultmann (1884-1976), quién trató de desacreditar la vida de Cristo, sosteniendo que no sucedió como se describe en el Nuevo Testamento. En vez de eso, sus principales eventos “son extraídos de la mitología del judaísmo apocalíptico y del gnosticismo helénico”. En 1941, exigió la reinterpretación del cristianismo “desmitificándolo”.⁴ Ha sido muy influyente minando la fe religiosa de muchas personas.

De acuerdo con Gerhard Hasel, otro erudito alemán y meticuloso (pero uno quien no se volvió un incrédulo Tomás), Bultmann simplemente no pudo creer que Cristo había resucitado físicamente de entre los muertos, “sin importar cuántos testigos fueran citados”. ¿Por qué? Él tenía una idea preconcebida y presuntamente científica de que los eventos sobrenaturales son intrínsecamente imposibles. Por lo tanto, la predisposición de Bultmann lo hizo rechazar cualquier afirmación en la Biblia de que Jesús se levantó de entre los muertos, porque él creía que tales cosas simplemente no podían ocurrir en la actualidad.⁵

Pero si realmente hay un Dios personal, si Él está en realidad allá afuera y le ha hablado al mundo a través de la Biblia, este maravilloso viejo Libro no puede ser valorado simplemente como la producción de escritores humanos. En este, cristianos, judíos ortodoxos y musulmanes detectan el trabajar de una mente divina, que trasciende todas las limitaciones terrenales.

III

Creando en la existencia del Señor, no tenemos problema con la idea de que usó a sus escritores humanos para trascender sus limitaciones. Él también fue capaz de coordinar sus esfuerzos. Ésa es una razón por la que, a pesar de la gran variedad de material que constituye la Biblia, esta es—en el análisis final—*un* Libro. Si esto no fuera cierto, gran parte de las Escrituras sería incomprensible y el cristianismo una farsa. Predecir el futuro sería también imposible.

El apóstol Peter hizo una afirmación trascendental de que la profecía no “fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). Ése es el por qué los escritores proféticos podían tratar con el futuro distante, cuyos eventos e ideas yacían fuera de su molde cultural. A veces encontraron cosas desconcertantes en el mismo texto que Dios les pidió que crearan y con todo no se los explicaría a ellos.

Un ejemplo de esto lo encontramos en Dan. 12:4, 8, 9, donde el envejecido profeta trata en vano de desenmarañar sus propias predicciones, pero se le dijo, “Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin”. La razón para su confusión no es difícil de descubrir. Benjamin G. Wilkinson lo explica bien: “Para el hombre, predecir en términos generales con exactitud digna de atención alguna situación futura, es un suceso raro. Hacerlo, no es profecía, sino estimaciones humanas. Sin embargo, las predicciones de la Biblia sobre situaciones futuras, son dadas con milenios de anticipación; hablan de pueblos aún por surgir y de eventos que llegarán sobre los cuales, en el momento que se da la profecía, no había nada en los eventos contemporáneos que pudiera inspirar la predicción. Solamente el conocimiento previo divino puede hacer esto”.⁶

Éste es un factor con el que la teología liberal, siendo esencialmente atea (sin Dios), no puede lidiar. Incluso el bienintencionado criticismo histórico, si se sobre enfatiza, es incompatible con la profecía. Debido a que primariamente interpreta cualquier Escritura en relación con la época que la produjo, guarda semejanza con el preterismo, una escuela profética que hace hincapié en el pasado y resta importancia al futuro. Esto puede resultar, a veces, en extrañas conclusiones.

Por ejemplo, el preterismo enseña que la bestia anticristiana en Apocalipsis debe ser Nerón quien, de acuerdo con una leyenda de los años finales del siglo I, realmente no falleció, sino que un día retornaría para atormentar al imperio—de manera similar a como muchas personas en nuestro tiempo se han negado a creer que Hitler está muerto. De acuerdo con Bernard McGinn, las leyendas de Nerón constituyen “el motivo central” del libro.⁷

Pero Juan escribió el Apocalipsis después de la muerte de ese monstruo humano. Uno se pregunta, por ende, por qué Cristo habría hecho que su siervo registrara una ridícula predicción de que “toda la tierra” seguiría a Nerón y que él tendría poder sobre “toda

tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra” (Apoc. 13:3, 7-8). Pero, presumiblemente, ¡el libro no fue inspirado realmente por un poder superior a su escritor; éste simplemente lo hizo sólo! Además, realmente ya se estaba poniendo viejo . . .

IV

A pesar de su charla sobre crítica literaria, algunos eruditos bíblicos han sido excepcionalmente ignorantes sobre qué es la literatura, como C. S. Lewis (1898-1963) ha destacado. Recomendamos cálidamente su brillante ensayo “*Modern Theology and Biblical Criticism*” (Teología Moderna y Criticismo Bíblico).⁸

Lewis se volvió el converso desde el ateísmo más famoso del siglo veinte, bien conocido por escribir “las más fastuosas apologías religiosas de su tiempo”. Su mente era poderosa y precisa, con un muy amplio esquema de referencia; porque “sus libros crecieron de la memoria colectiva de la humanidad occidental”.⁹

Aparte de su devoción personal, Lewis es recordado por su sólido aprendizaje en varias lenguas y culturas, incluyendo griego antiguo y latín. Tuvo una excelente carrera académica en las dos universidades más prestigiosas en Gran Bretaña, primero como un profesor universitario de Oxford y luego como profesor de literatura Medieval y del Renacimiento en Cambridge.

Lewis tiene cosas fuertes que decir de Loisy, Schweitzer, Bultmann, Tillich, Alex Vidler y de otros como ellos. Según él, ellos “carecen de juicio literario” y son “ciegos a la calidad misma de los textos que están leyendo”. Su problema, sostiene Lewis; era una estrecha hiper-especialización, tales eruditos podrían haber pasado una vida examinando detenidamente partes de la Biblia, pero sus “experiencias literarias de esos textos carece de algún estándar de comparación tal como solamente puede crecer de una experiencia amplia y profunda y afable con la literatura en general”. Bultmann y otros “me piden que crea que ellos pueden leer entre las líneas de los textos antiguos; la evidencia es su incapacidad obvia de leer (en cualquier sentido digno de discutir) las líneas mismas. Afirman ver esporas de helechos y no pueden ver ni a un elefante a diez yardas en pleno día”.¹⁰

Algunos eruditos bíblicos sencillamente no comprenden cómo funciona la literatura. Muchos de ellos ni siquiera perciben cómo trabajan las mentes de los escritores seculares.

Como ya indicamos, especialmente los grandes entre éstos *no* están exclusivamente preocupados por su propio tiempo; ellos piensan constantemente en la posteridad, escribiendo con un ojo en el futuro. Al mismo tiempo, tienen un amplio sentido de las tradiciones culturales. Es decir, los grandes escritores son muy conocedores de lo que los mejores escritores han producido en otros tiempos y lugares.

Las producciones de los gigantes literarios sobreviven a su propio espacio-tiempo, porque el alma humana no está limitada por las

modas pasajeras y las sofisticaciones de la historia. Las obras destacadas permanecen válidas para el futuro, y a veces para las edades por venir. Por ejemplo, el poeta romano Horacio lo sabía, y en exquisitas líneas en latín predijo cuánto perduraría su poderoso verso:

Exegi monumentum aere perennius
Regalique situ pyramidum altius,
Quod non imber edax non aquilo impotens
Possit diruere aut innumerabilis
Annorum series et fuga temporum.

Su traducción es: “He completado un monumento más duradero que el bronce y más alto que la memoria real de las pirámides—un monumento que ninguna lluvia consumidora, ninguna violenta ráfaga de viento del norte pueden derrocar, ni la innumerable sucesión de los años o el vuelo de las edades”.¹¹ Y han pasado desde entonces veinte siglos.

En parte inspirado por Horacio, Shakespeare también sabía que él era un escritor transtemporal, aunque se dio cuenta de que el día del juicio final cancelaría su relevancia:

Not marble, nor the gilded monuments
Of princes, shall outlive this powerful rime;
But you shall shine more bright in these contents
Than unswept stone, besmear'd with sluttish time . . .
That wear this world out to the ending doom.¹²

[Ni mármol, ni los monumentos dorados
de príncipes, sobrevivirán a esta poderosa rima;
pero tú resplandecerás más brillante en estos contenidos
que piedra no pulida, manchada por póluto tiempo . . .
que desgasta este mundo hacia la condenación final.]

Éso fue hace cuatrocientos años, el final del mundo todavía no ha llegado, y la obra de Shakespeare vive, tan poderosa como antes. muchos escritores populares de la cotidianeidad.

Entre los amantes de la literatura se toma por cierto que los escritores de primera no están preocupados sólo por los asuntos diarios, sin importar cuán absorbentes éstos pueden ser a veces. Ellos no crean con propósitos a corto plazo, en contraste con muchos escritores populares de la cotidianeidad.

Esta idea ya fue bien expresada hace aproximadamente docientos años por Johann G. von Herder (1744-1803), el famoso crítico, filósofo y teólogo alemán que influyó en Goethe. Herder sostuvo que “la literatura era el puente de comunicación entre hombres de épocas y lenguas diferentes”.¹³

A veces esta concepción tiene un sentido muy prominentemente. Saul Bellow, el novelista y dramaturgo de Chicago que ganó el premio Nobel de Literatura en 1976,¹⁴ incluso se conforta a sí mismo

con esto: “Tú no siempre sientes que estás escribiendo para ninguno de tus contemporáneos. Bien pudiera ser que tus verdaderos lectores no están aquí todavía y que tus libros harán que ellos se materialicen”.¹⁵

Las personas no están, como sí los animales inferiores, encerradas en el aquí y ahora físicos, o ni siquiera la historia de sus antepasados. Leyendo, pensando, imaginando y la confluencia de mentes—cuyos trasfondos podrían diferir vastamente de la de ellos mismos—se les permite viajar mentalmente hacia atrás a través del espacio y el tiempo. Ellos incluso pueden, tentativamente, tratar de extender la mano hacia el futuro.

Esto extiende la duración de la vida de un ser humano, por lo menos intelectualmente. Hace aproximadamente cincuenta años, asusté a una clase de jóvenes anunciándoles: “¡Tengo miles de años de edad!” Les dije que era un antiguo israelita que murmuraba contra Moisés en alguna parte en el desierto, pero también que era Platón escuchando a Sócrates, que era un soldado romano que estaba junto a la cruz, un campesino que moría por la plaga en la Edad Media, Colón mirando con atención sobre las rompientes como salpicaban y salpicaban contra una isla desconocida—y muchos, muchos más. Nuestra especie puede vivir no sólo en la historia sino también, cuando desea hacerlo, en las maravillosas regiones de la mente. Podemos identificarnos incluso con las personas buenas o malas que existieron mucho antes de nosotros.

Esto es eminentemente cierto en cuanto a los escritores, incluso de los seculares. ¿Es tan difícil, entonces, aceptar que también es aplicable a aquellos que escribieron la Biblia? No es ningún problema para Dios, él mismo libre del espacio y del tiempo, comunicarse a través de los siglos. Él simplemente inspiró, coordinó y utilizó habilidosos escritores, que podían hablar eficazmente a las personas “de edades y lenguas diferentes”.

Aparte de una clara conciencia del tiempo y la eternidad en un sentido general, los grandes escritores—incluyendo aquellos que escribieron la Biblia—también usan técnicas alusivas en una extensión extraordinaria. Es decir, trabajan dentro de una tradición, bien conscientes de, y haciendo referencia, a menudo, a sus predecesores. Esto es particularmente perceptible en literaturas que se desarrollan durante muchos cientos de años, como la del hebreo y el chino.

Los escritores de la Biblia revelan una maravillosa capacidad de integrar sus temas con lo que otros han creado antes de ellos; no escribieron aislados unos de otros, sino como parte de una literatura altamente desarrollada, rica en alusiones, símbolos recurrentes y patrones estrechamente entrelazados, interdependientes. Escritores posteriores a menudo deliberadamente tomaron de los anteriores, y reutilizaron (en una forma aún más elaborada) las mismas ideas, las que por tanto no sólo reflejan el aquí y el ahora, sino realidades de largo alcance y eternas.

V

Pero . . . ¿significa esto que la Biblia es un libro difícil de leer? De ninguna manera. Gran parte de ella es sencilla, tanto que incluso un niño puede comprenderla, y toda ella es rica y maravillosa. Algunas partes, sin embargo, son más complicadas y necesitan un poco de explicación—principalmente porque tantas personas modernas, a diferencia de sus antepasados, ya no están familiarizadas con la Palabra de Dios.

Para ilustrar el método hebreo de alusión, y para mostrar que no es difícil realmente, hagamos referencia al bien conocido Salmo 23. David, el dulce cantante de Israel, empieza diciendo, “El Señor es mi pastor” y luego desarrolla esta idea en una metáfora ampliada por algunos versículos. Es un maravilloso poema, describiendo al Todopoderoso como a aquel que quiere y protege a los suyos. Por más de tres mil años, estas palabras han estado confortando a los hijos de Dios; pero ¿cuántos lectores modernos se dan cuenta de que la imagen sobre la que está basada ya tenía varios siglos de edad cuando David la incluyó en su salmo?

La metáfora del pastor aplicada a Dios no se originó con el poeta-rey, sino que existía en la época de su antepasado Jacob, cuando bendijo a sus hijos un poco antes de su muerte. Más temprano en sus vidas, la mayoría de estos doce hombres habían sido muy perversos; incluso vendieron a su hermano José en esclavitud. Él, sin embargo, fue protegido “por las manos del Fuerte de Jacob (Por el nombre del Pastor, la Roca de Israel)” (Gén. 49:24).

En el Salmo 23, David—él mismo siendo originalmente pastor—no estaba inventando, sino reutilizando y enriqueciendo una antigua metáfora.

Después de él, otros escritores desarrollaron aún más la imagen. Uno de éstos fue Isaías. En uno de sus capítulos más magníficos, aplica la imagen del pastor al futuro, prediciendo la venida del Poderoso como un juez, aunque para aquellos que lo acepten será Aquel infinitamente tierno:

Como pastor apacentará su rebaño;
en su brazo llevará los corderos,
y en su seno los llevará;
pastoreará suavemente a las recién paridas.
(Isa. 40:11)

De acuerdo con Isaías, el pastor simboliza más que cuidado pastoril; también representa realeza llevando a cabo una comisión divina. Por ejemplo, el Señor dice de Ciro, el más grande y más famoso rey persa, “Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero”, reconstruyendo el templo en Jerusalén (Isa. 44:28).

Durante el cautiverio babilónico, Ezequiel expandió aún más la imagen en todo un capítulo alegórico (34). Primero, contrasta dos clases de pastores o superintendentes: Los buenos y los malos. Entre las ovejas, también las hay malvadas que deben ser traídas frente a

la justicia. Segundo, el Mesías que habría de venir es presentado como “un pastor . . . a mi siervo David” (vers. 23), quién alimentará y cuidará al rebaño, exactamente como en el Salmo 23. El mismo rey que lo escribió deviene ahora tipo de su descendiente, quien un día futuro nacería en Belén y moriría en el Calvario para redimir a su pueblo.

Después del retorno de los judíos de su exilio en Babilonia, Zacarías—o Aquel cuyo pensamiento estaba transmitiendo—desarrolló todavía más este simbolismo. El Mesías no sería sólo un rey poderoso y bondadoso; también sufriría como un ser humano, aunque estaría asociado con Dios mismo:

Levántate, oh espada, contra el pastor,
y contra el hombre compañero mío,
dice Jehová de los ejércitos.
Hiere al pastor, y serán dispersadas
las ovejas; . . .
(Zac. 13:7)

El símbolo vive fuertemente en el Nuevo Testamento. Más maravillosamente, Jesús lo aplica a sí mismo, cuando dice: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas” (Juan 10:14, 15).

Esto es parte de una famosa parábola, simple en la superficie, pero también profunda, como la mente de Dios; está en última instancia basada en un símbolo antiguo, ya en ese entonces de más de mil quinientos años antes del nacimiento de Jesús. Contra el trasfondo de los pasajes del Antiguo Testamento que hemos tocado, podemos ver que la parábola contiene un reclamo muy claramente mesiánico, el que al menos los eruditos escribas y fariseos entre la audiencia del Señor comprendieron y por el que en su mayoría se resintieron.

De lo precedente, debe estar claro que el método histórico-criticista no puede arreglárselas completamente con la Palabra de Dios. Por su misma naturaleza, es contextual y mejor adaptado a obras en solitario. Pero la genialidad de las Escrituras es precisamente que ellas también funcionan intertextualmente, ya que los escritores a menudo dependen de, y hacen referencia, a sus predecesores.

Los símbolos proféticos también son así. A menudo, mezclan referencias a otras partes de la Biblia. Gran parte del lo que los eruditos llaman escrituras “apocalípticas”—como Daniel y Apocalipsis—es de esta naturaleza; sus imágenes no son arquetipos en un sentido jungiano, tampoco están relacionados con la fantasía o el romanticismo. Por el contrario, con frecuencia son altamente intelectuales, como jeroglíficos del cielo, reflejando la experiencia de Israel durante un milenio y medio.

Las alusiones e interrelaciones estructurales son evidentes en muchas partes de la Biblia, pero especialmente más en sus profecías. La culminación del método se encuentra en Apocalipsis.

VI

Un considerable porcentaje de Apocalipsis consiste de referencias o citas. De acuerdo con Hans La Rondelle, éste contiene seiscientas alusiones solamente al Antiguo Testamento. Muchas de ellas hacen eco de Daniel, y especialmente su séptimo capítulo, que es “la principal raíz del apocalipsis de Juan”. Este último punto no tiene por qué sorprendernos, pues proféticamente “el séptimo capítulo de Daniel . . . era conocido por los escribas como el capítulo más grandioso en el Antiguo Testamento”.¹⁶

Pero Apocalipsis no es una holgada colección de citas; forma una estructura conocida como quiasmo. Este “se interpreta de acuerdo con el patrón de un paralelismo inverso, comparable a los brazos correspondientes de un pie de lámpara o menorah, del que los brazos sobre el lado izquierdo son paralelos a los de la derecha”. Es decir, las estrofas iniciales de Apocalipsis se hacen eco de su conclusión, la segunda sección se relaciona con la penúltima, la tercera con la antepenúltima, etcétera. Justo en el medio del libro están los capítulos 12-14, que centran la atención del lector en el conflicto entre Cristo y el Anticristo, representados por sus respectivos seguidores.¹⁷

En 1922, T. S. Eliot se lanzó a la fama como un destacado poeta moderno con la publicación de “*Wasteland*” (Páramo), que también aplicaba un método de alusiones múltiples. En ese momento, muchos lectores y críticos consideraron tal técnica de vanguardia y destrozadoramente diferente de la literatura previa. Hoy sabemos que el poeta estaba imitando a maestros antiguos y medievales, por ejemplo Virgilio y Dante, así como a escritores bíblicos como Juan, quien escribió el Apocalipsis.¹⁸

Contra este telón de fondo, vemos al Apóstol Amado con otros ojos. Como un exiliado de noventa años en Patmos, no era un tambaleante, aunque sí adorable anciano. Todo lo contrario, el suyo era un intelecto enorme, que almacenaba maravillosamente frases bíblicas, imágenes y ecos, así como estructuras literarias muy sofisticadas. Conocía el Antiguo Testamento y mucho del Nuevo como si los hubiera memorizado.

Pero además y por sobre todo esto, nosotros creemos que la mente infinita de Dios estuvo y está comunicándose con nosotros a través de la mente de su siervo Juan—como hizo con la de Daniel, varios siglos antes.

Podemos, sin peligro, pasar de la mayoría de las objeciones para la comparación de Escritura con Escritura. Siempre que se comparen con el cuidado y la perspicacia necesarias, ésta no es sólo una clave válida, sino también indispensable para revelar el significado de la Biblia y sus predicciones.

Referencias

Esta sección incluye solamente referencias, sin notas adicionales. Normalmente, solo se dan el nombre del autor y de la publicación, seguidos por el número de página. Ejemplo:

52. Carl Sagan, *Cosmos* (New York: Random, 1980), 180-81.

Prefacio

1. PFF, 1: 683-687. 2. *Ibid.*, 1: 687-688. 3. *Ibid.*, 1: 700.

Capítulo 1: En el Umbral del Tercer Milenio

1. EB 98, s.v. "Jesus Christ."
2. Hal Lindsey, con Carole C. Carlson, *The Late Great Planet Earth* 1970 (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1971), 53-54.
3. Hal Lindsey, *The 1980's: Countdown to Armageddon* (New York, NY: Bantam, 1981), 13, 67, 90.
4. Bacchiocchi, Hal Lindsey's Prophetic Jigsaw Puzzle, 8.
5. LaHaye, Tim. *Revelation Unveiled*. Una edición revisada y actualizada de *Revelation Illustrated and Made Plain* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1999), 143-44.
6. *Ibid.*, 211.
7. *The Observer*, Reino Unido, citado en *Religion Today.com, News Summary* del Martes, 9 de enero de 2001.
8. Larry Wilson, *Warning! Revelation is About to be Fulfilled*. 1991 (Somerset West, So. Afr.: Rays of Hope Ministries, 1993), 37, 38, 41-44.
9. Benjamin Creme, citado en Caryl Matrisciana, *Gods of the New Age* (Eugene, OR: Harvest House, 1985), 215.
10. Kenneth R. Wade, *Secrets of the New Age* (Washington, DC: Review and Herald, 1989), 41.
11. EB 98, s.v. "Nostradamus."
12. Dave Hunt, *A Woman Rides the Beast* (Eugene, OR: Harvest House, 1994), 19.
13. Pat Robertson, *The New World Order* (Dallas, TX: Word, 1991), 30, 216.
14. Dave Hunt, *Global Peace and the Rise of Antichrist* (Eugene, OR: Harvest House, 1990), 43.
15. God's Loving Workers, *666—It Could Happen This Way* (Rosemead, CA: 1987), 140.

Capítulo 2: Cómo Estudiar Profecía

1. Ernst Käsemann, "The Beginnings of Christian Theology," 40, citado en Bernard McGinn, *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil* (San Francisco, CA: Harper, 1994), 36-37.

2. Alexander Bolotnikov, según lo contó a Gina Wahlen. *True Believer* (Hagerstown, MD: Review and Herald, 1997), 132.
3. SDABC, 4: 748.
4. Raymond Philip Dougherty, *Nabonidus and Belshazzar*, 199, 200, citado en Edwin R. Thiele, *Outline Studies in Daniel*. 1947. Ed. rev. Siegfried J. Schwantes (Berrien Springs, MI: Andrews University, 1965), 20.
5. Werner Keller, *The Bible as History*. Ed. rev. 1980. Traducción al inglés William Neil. Traducción al inglés del material añadido B. H. Rasmussen (New York: Bantam, 1988), 326-27, 340.
6. NBD, s.v. "Daniel, Book of."
7. Bernard McGinn, *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil*, 13.
8. Abraham Lincoln, citado en Herbert Armstrong, *The United States and Britain in Prophecy*. 1967 (Pasadena, CA: Worldwide Church of God, 1980), 156.
9. Samuel J. Cassels, *Christ and Antichrist or Jesus of Nazareth Proved to Be the Messiah and The Papacy Proved to Be the Antichrist Predicted in the Holy Scriptures*. Facsímil reimpresso por Hartland Publications, sin fecha (Philadelphia: Presbyterian Board of Publication, 1846), 176-79.
10. Barrow, citado en Cassels, *Christ and Antichrist*, 185.
11. W. E. Gladstone, citado en Michael De Semlyen, *All Roads Lead to Rome? The Ecumenical Movement* (Gerrards Cross, Eng.: Dorchester House Publications, 1993), 167-68.
12. Robert E. Lerner, Standish Meacham y Edward McNall Burns, *Western Civilizations: Their History and Their Culture*. 1941 (New York: W. W. Norton and Co., 1988, Undécima ed.), 336.
13. Seymour M. Lipset, citado en American Assembly, the Columbia University and Council on Foreign Relations. *Canada and the United States: Enduring Friendship, Persistent Stress*. (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1985), 111.
14. Mark Twain, *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*. 1889 (Scranton/London/Toronto: Chandler Publishing Company, 1963. Facsímil de la Primera Edición, con Intro. y Bibliografía Preparada por Hamlin Hill), 100-101.
15. Giorgio Falco, *The Holy Roman Republic: A Historic Profile of the Middle Ages*. Orig. *La Santa Romana Repubblica*. 1954. Traducción al inglés K. V. Kent (New York: Barnes, 1964), 22.
16. EB 98, s.v. "Spengler, Oswald."
17. Paul K. Conkin y Roland N. Stromberg, *The Heritage and Challenge of History* (New York: Harper and Row, 1971), 94-96.
18. Ibid., 96-99. 19. Ibid., 99. 20. Ibid. 21. Ibid.
22. Isaac Taylor Hinton, *The Prophecies of Daniel and John, Illustrated by the Events of History*, citado en PFF, 353-54.
23. Benjamin George Wilkinson, *Our Authorized Bible Vindicated*, Washington, DC., 1930, Reimpresión Fotográfica (Payson, AZ: Leaves of Autumn Books, 1996), 254.

Capítulo 3: Un Antiguo Rey Sueña con el Futuro

1. EB 98, s.v. "Nebuchadrezzar."
2. C. Mervyn Maxwell, *God Cares, Vol 1: The Message of Daniel for You and Your Family* (Boise, ID: Pacific Press, 1981), 31.
3. SDABC, 4: 747-48. 4. Ibid., 758.
5. Edwin R. Thiele, *Outline Studies in Daniel*. 1947. Ed. rev. Siegfried J. Schwantes (Berrien Springs, MI: Andrews University, 1965), 31.
6. PFF, 1: 41.
7. E. D. Hirsch, Jr., *A First Dictionary of Cultural Literacy: What Our Children Need to Know* (Boston: Houghton Mifflin, 1989), 119.
8. PFF, 1: 41-42.
9. Barbara Habenstreit, *Cities in the march of Civilization* (London, Eng.: Collins, 1973), 43.
10. Edith Hamilton, *The Greek Way to Western Civilization*. 1948. 14^a impresión (New York: The New American Library, 1962), 7.
11. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. 1776-1788. Ed. Ernest Rhys. Obra en seis volúmenes. (London, Eng.: Dent, 1936), 4: 104.
12. Gibbon, Ibid., 2: 475.
13. Rebecca West, *Black Lamb and Grey Falcon: A Journey through Yugoslavia*. 1941 (New York Penguin Books, 1994), 164, 165, 1095.
14. George H. Merritt, "The Royal Relatives of Europe," *The World's Work*, October, 1914, 594, citado en Thiele, *Outline Studies in Daniel*, 33-34.
15. Peter Fearon, *Behind the Palace Walls: The Rise and Fall of Britain's Royal Family*. 1993 (Secaucus, NJ: Carol Publishing Group, 1996), 86.
16. EB 98, s.v. "Mary of Teck."
17. EB 98, s.v. "Windsor, House of."
18. EB 98, s.v. "Mountbatten."
19. EB 98, s.v. "Windsor, House of."
20. EB 98, s.v. "Charles V."
21. Robert E. Lerner, Standish Meacham y Edward McNall Burns, *Western Civilizations: Their History and Their Culture*. 1941 (New York: W.W. Norton and Co., 1988, Undécima ed.), 714.
22. Christopher Hibbert, 1965. *Garibaldi and His Enemies: The Clash of Arms and Personalities in the Making of Italy* (London, Eng.: Penguin Books, 1987), 9.
23. Hendrik Willem Van Loon, *The Story of Mankind*. 1922 (New York, NY: Washington Square, 1968), 338.
24. C. Mervyn Maxwell, "Life Sketch of Gerhard Franz Hasel, 1935-1994," *Journal of the Adventist Theological Society* 6 (1/1995) (Collegedale, TN: Adventist Theological Society), 61-62.
25. EB 98, s.v. "Augustus."
26. Gibbon, *Decline and Fall*, 1: 3.
27. Harvey S. Wiener y Charles Bazerman, *All of Us: A Multicul-*

- tural Reading Skills Handbook* (Boston: Houghton Mifflin, 1992), 384.
28. François Samuel Robert Louis Gaussen, *The Prophet Daniel Explained* (Traducción por Blackwood de *Daniel le prophète*), varias páginas, citado en PFF 3: 694-95.
 29. GC, 364-65.
 30. SDABC 7-A: 178-79.
 31. James White, *Review and Herald*, 93 (31 de octubre de 1854), citado en PFF, 4: 1114.
 32. Ralph Edward Woodrow, *Babylon Mystery Religion: Ancient and Modern*. 1966 (Riverside, CA: The Author, 1993), 36.

Capítulo 4: Los Cuatro Metales: Paralelos Bíblicos y de Otra Naturaleza

1. SDABC, 4: 766-67.
2. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria."
3. PFF, 1: 43.
4. H. J. Rose, *A Handbook of Greek Literature: From Homer to the Age of Lucian*. 1934. Cuarta ed. (London, Eng.: Methuen, 1964), 59. La traducción al español se tomó de la página web <http://usuarios.advance.com.ar/trimegis/whesiado.txt>. Este documento alega que fue escaneado y corregido por Jorge Gimenez, de donde se supone que haya utilizado una traducción oficial al español, publicada anteriormente. El traductor de este libro no ha podido acceder a una edición oficial de esta obra en español.
5. Georges Roux, *Ancient Iraq* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1980), 394.
6. Leonard Woolley, citado en C. W. Ceram, *Gods, Graves, and Scholars: The Story of Archaeology*. Traducción E. B. Garside y Sophie Wilkins. Publicado originalmente en 1949 como *Götter, Gräber und Gelehrte* por Rowohlt Verlag GmbH., Hamburg-Stuttgart. Segunda ed. (London, Eng.: Gollanz/Sidgwick, 1971.), 317.
7. NBD, s.v. "Daniel, Book of."
8. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria."
9. SDABC, 4: 781.
10. EB 98, s.v. "Hittites."
11. Rose, *Handbook of Greek Literature*, 59 nota al pie.
12. EB 98, s.v. "Hammurabi, Code of."
13. *Funk and Wagnall's Encyclopedia* (CD-ROM. Infopedia. 1994), s.v. "Assyria."
14. NBD, s.v. "Nebuchadrezzar, Nebuchadnezzar."
15. Ceram, *Gods, Graves, and Scholars*, 284.
16. Barbara W. Tuchman, *A Distant Mirror: The Calamitous 14th Century* (New York: Ballantine Books, Random House, 1978), xiii-xiv.
17. Margaret Truman, *Harry S. Truman*. Por acuerdo con William Morrow and Co. (New York: Simon and Shuster, 1974), 54.

18. President Truman, citado en Merle Miller, *Plain Speaking: An Oral Biography of Harry S. Truman* (New York: Berkley Publishing Corporation, 1974), 147.
19. Virgil, *The Penguin Book of Latin Verse*. Con Intro. y Traducción Paralela en Prosa Inglesa. Frederick Brittain, ed. 1962 (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1964), 11.
20. C. Day Lewis, Traducción, *The Aeneid of Virgil*. 1952 (New York: Doubleday Anchor Books, 1953), 153.
21. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria."
22. Percy Bysshe Shelley, "Hellas," *The Oxford book of English verse, 1250-1900*. A. T. Quiller-Couch, comp. y ed. (Oxford, Eng.: Clarendon, 1900), 701.
23. Max Lerner, *America as a Civilization: Life and Thought in the United States Today*. Capítulo Anexado: "The New America 1957-1987" (New York: Holt, 1987), 22, 24, 32.
24. James C. Humes, *The Wit and Wisdom of Abraham Lincoln: A Treasury of Quotations, Anecdotes, and Observations*. 1996 (Harper Collins. New York: Gramercy Books, 1999), 29.

Capítulo 5: La Importancia Continua de Europa Occidental

1. Richard W. Stevenson, *The New York Times* (23 Nov. 1997), 1
2. Somini Sengupta y Howard W. French, "India and China Are Poised to Share Defining Moment," *The New York Times* (10 de abril de 2005), Página Web, Descargado 10 de abril de 2005.
3. "China and India Sign Border Deal," BBC News (11 de abril de 2005), news.bbc.co.uk, Descargado 11 de abril de 2005.
4. R. R. Palmer y Joel Colton, *A History of the Modern World to 1815*. 1950. Cuarta ed. (New York: Knopf, 1971), 4.
5. Christopher Dawson, *Understanding Europe* (New York: Doubleday, 1960), 32.
6. Frederick Jackson Turner, citado en Paul K. Conkin y Roland N. Stromberg, *The Heritage and Challenge of History* (New York: Harper and Row, 1971), 84.
7. Benjamin F. Wright, citado en George Rogers Taylor, ed. e intro. *The Turner Thesis Concerning the Role of the Frontier in American History*. 1949 (Lexington, MA: D.C. Heath and Company, 1972), 68.
8. Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Disuniting of America*. 1991 (New York, NY: Norton, 1993), 28.
9. Max Lerner, *America as a Civilization: Life and Thought in the United States Today*. Capítulo Anexado: "The New America 1957-1987." (New York: Holt, 1987), 21.
10. James Baldwin, citado en Frank MacShane, ed. comp., *The American in Europe: A Collection of Impressions Written by Americans from the Seventeenth Century to the Present* (New York: Dutton, 1965), 282.
11. R. R. Palmer y Joel Colton, *A History of the Modern World to 1815*. 1950. Cuarta ed. (New York: Knopf, 1971), 4.
12. Henry Hobhouse, *Forces of Change: An Unorthodox View of*

- History* (New York: Arcade, 1990), 2.
13. Richard Nixon, *The Memoirs of Richard Nixon*. Vol. 1. (New York: Warner, 1979), 1: 573.
 14. Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*. Introd., Saul Bellow (New York: Touchstone, Simon and Schuster, 1988), 141-56.
 15. Dawson, *Understanding Europe*, 121.
 16. Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness: John Paul II and the Hidden History of Our Time* (New York: Doubleday, 1996), 198.
 17. Erik Eckholm, "China's Churches: Glad, and Bitter, Tidings," *The New York Times* (17 de junio de 1998), 2.
 18. Bertrand Russell, *The Autobiography of Bertrand Russell: 1914-1944*. 1951 (New York: Bantam Books, 1969), 24.
 19. Roger Cohen, "Haphazardly, the Berlin Wall Fell a Decade Ago," *New York Times* (9 de noviembre de 1999), America Online (misma fecha).
 20. Gail Sheeby, "The Man Who Changed the World: The Lives of Mikhail S. Gorbachev." Condensado en *Today's Best Nonfiction*. Vol. 15 (Pleasantville, NY: Reader's Digest, 1991), 15: 94-95.
 21. Hélène Carrère D'Encausse, *Decline of an Empire: The Soviet Socialist Republics in Revolt*. Trad. Martin Sokolinsky y Henry La Farge (New York: Newsweek, 1979), 11.
 22. Barbara Bush, *A Memoir*. 1994 (New York: St. Martin's Paperbacks, 1995), 333.
 23. Gail Sheeby, "The Man Who Changed the World," 106-09.
 24. *Ibid.*, 154.
 25. *Funk and Wagnall's Encyclopedia* (CD-ROM. Infopedia. 1994), s.v. "Commonwealth of Independent States."
 26. Arcady N. Shevchenko, *Breaking with Moscow* (New York: Ballantine, 1985), 488.
 27. Richard Nixon, *1999: Victory without War* (New York: Simon and Schuster, 1988), 60.
 28. Kanet en Edward A. Kolodziej y Roger E. Kanet, Eds. *The Limits of Soviet Power in the Developing World* (Baltimore, MD: Johns Hopkins UP, 1989), 442.
 29. Colin Powell, con Joseph E. Persico. *My American Journey* (New York: Ballantine, 1996), 531.
 30. John Bresnan, *From Dominoes to Dynamos: The Transformation of South East Asia* (New York: Council on Foreign Relations, 1994), 3.
 31. W. A. Swanberg, *Luce and His Empire* (New York: Scribner's, 1972), 180, 182.
 32. Richard Nixon, *In the Arena: A Memoir of Victory, Defeat and Renewal* (New York: Pocket, 1990), 76.
 33. Daniel Burstein, *Euroquake: Europe's Economic Challenge Will Change the World* (New York: Simon & Schuster, 1991), 90.
 34. S. P. Seth: "U.S. commitment to Asia-Pacific security," *The*

- Korea Herald* (7 de junio de 1996).
35. *The Korea Times* (2 Feb. 1996).
 36. Christopher H. Schmitt, "Washington Whispers," *U.S. News and World Report* (25 de octubre de 2004), 4.
 37. *Ibid.*
 38. George Friedman y Meredith LeBard, *The Coming War With Japan* (New York: St. Martin's, 1991), 238, 239.
 39. Thom Shanker, "'Ready Reserve' Members to See Duty Overseas," *The New York Times*, 30 de junio de 2004, America Online.
 40. James Brook, "Koreas Sidestep U.S. to Forge Political and Pragmatic Links," *The New York Times*, 26 de junio de 2003, America Online.
 41. Pauline Jelinek, the Associated Press (Washington, DC), "Law-makers: Troops spread too thin," *The Monitor*, McAllen, TX, 8 de julio de 2004.
 42. William Manchester, *American Caesar*. 1978 (New York: Dell Publishing, 1979), 387-89.
 43. Kolodziej y Kanet, *Limits of Soviet Power*, xiii, 459.
 44. Jacques Chirac, *The Korea Times* (2 Feb. 1996).
 45. Roger Cohen, *The New York Times* (15 de junio de 1999), 1.
 46. Burstein, *Euroquake*, 191.
 47. Malachi Martin, *Rich Church, Poor Church* (New York: Putnam's, 1984), 55.
 48. *Newsweek* (21 Sept. 1987), citado en Dave Hunt, *Global Peace and the Rise of Antichrist* (Eugene, OR: Harvest House, 1990), 102.
 49. Charlotte Ishkanian, "Accepting God's Challenge," *Mission* (Silver Spring, MD: Abr.-Junio, 1997), 29.
 50. Paul Kennedy, *Preparing for the Twenty-First Century* (New York: Random, 1993), 250.
 51. "German to Assume K-For Command," BBC Internet News Report (11 Sept. 1999). America Online.
 52. "EU Force Starts Bosnian Mission," BBC Internet News Report (12 Dic. 2004). America Online.
 53. Malachi Martin, *The Keys of This Blood: The Struggle for World Dominion Between Pope John Paul II, Mikhail Gorbachev, and the Capitalist West* (New York: Simon and Schuster, 1990), 22, 29.
 54. Wim Malgo, *In the Beginning Was the End: And After the End There Is a New Beginning* (West Columbia, SC: Midnight Call Publications, 1983), 101.
 55. Dave Hunt, *Global Peace*, 89-90.
 56. Roger Cohen, "More a Loop Than a Knot 'U.S. of Europe' Idea Shifts to Looser Union," *The New York Times* (30 de septiembre de 2000).
 57. "EU Agrees Historic Constitution," BBC News www.news.bbc.co.uk (18 de junio de 2004).
 58. "EU Constitution: What does it all mean?" *Johannesburg Mail*

- and *Guardian* (30 de mayo de 2005).
59. Stephen Mulvey, "Varied Reasons Behind Dutch 'No'," *BBC News*, Amsterdam (1 de junio de 2005).
 60. "Key dates in the history of European Union," *Turkish Press* (1 de junio de 2005), www.turkishpress.com.
 61. Richard Bernstein, "'No' Votes in Europe Reflect Anger at National Leaders," *The New York Times* (2 de junio de 2005).
 62. "EU 'in crisis' over talks failure," *BBC News*, www.bbc.co.uk, 18 de junio de 2005.
 63. Elaine Scolino, "European Union's Heated Budget Negotiations Collapse," *The New York Times*, www.nytimes.com, 18 de junio de 2005.
 64. Burstein, *Euroquake*, 60.

Capítulo 6: Un Rey Rebelde

1. C. W. Ceram, *Gods, Graves, and Scholars: The Story of Archaeology*. Trad. E. B. Garside y Sophie Wilkins. Publicado orig. 1949 como *Götter, Gräber und Gelehrte* por Rowohlt Verlag GmbH., Hamburg-Stuttgart. Segunda ed. (London, Eng.: Gollanz/Sidgwick, 1971.), 307.
2. EB 98, s.v. "Media."
3. EB 98, s.v. "Nebuchadrezzar."
4. Jim Hicks et al., *The Persians* (Nederland B.V, Neth.: Time-Life, 1976), 14.
5. EB 98, s.v. "Marduk."
6. Ceram, *Gods, Graves, and Scholars*, 291. 7. *Ibid.*, 292.
8. EB 98, s.v. "Babylon."
9. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria."
10. Hicks et al., *The Persians*, 24. 11. *Ibid.*
12. William Shakespeare, *King Henry IV*, pt. 2, act III, sc. i., W. J. Craig, ed. *Shakespeare, Complete Works*. Por William Shakespeare (London, Eng.: Oxford UP, 1969).
13. Kendall K. Down, *Daniel, Hostage in Babylon* (Grantham, Eng.: Stanborough, 1991), 19.
14. India House Inscription 9.22.44, en Charles Boufflower, *In and Around the Book of Daniel*, 74, citado por C. Mervyn Maxwell, *God Cares, Vol 1: The Message of Daniel for You and Your Family* (Boise, ID: Pacific Press, 1981), 49.
15. PK, 504.
16. SDABC, 4: 779-80.
17. Lewis Mumford, *The City in History* (San Diego, CA.: Jovanovich, 1961), 83.
18. Herodotus, citado en Ceram, *Gods, Graves, and Scholars*, 289.
19. Stephen N. Haskell, *The Book of Daniel*. Repr, Fotog. *The Story of Daniel the Prophet*. 1908 (Altamont, TN: Harvestime, 1989), 55-56.

Capítulo 7: Cuatro Bestias Emergen del Mar

1. C. Mervyn Maxwell, *God Cares, Vol 1: The Message of Daniel for You and Your Family* (Boise, ID: Pacific Press, 1981), 107.
2. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria."
3. SDABC, 4: 808.
4. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria" y "Nabonidus."
5. SDABC, 4: 808.
6. Maxwell, *The Message of Daniel*, 107.
7. D. Guthrie et al. eds. Tercera ed. *The New Bible Commentary Revised*. Primera ed. 1953 como *The New Bible Commenary* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1975), s.v. "Daniel's Vision of the Four Beasts."
8. Maxwell, *The Message of Daniel*, 116.
9. EB 98, s.v. "Hippolytus, Saint."
10. PFF, 1: 268.
11. John McManners, ed., *The Oxford Illustrated History of Christianity* (Oxford, Eng.: UP, 1990), 48.
12. PFF, 1: 268-271.
13. Hippolytus, *Treatise on Christ and Antichrist*, secs. 28, 32, 33, citado en SDASB.
14. PFF, 1: 273.
15. Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (New York: Knopf, 1989), 429.
16. C. W. Ceram, *Gods, Graves, and Scholars: The Story of Archaeology*. Trad. E. B. Garside y Sophie Wilkins. Publicado originalmente en 1949 como *Götter, Gräber und Gelehrte* por Rowohlt Verlag GmbH., Hamburg-Stuttgart. Segunda ed. (London, Eng.: Gollanz/Sidgwick, 1971.), 293.
17. SDABC, 4: 820. 18. Ibid.
19. William Culican, *The Medes and Persians* (London, Eng. Thames, 1965), 52.
20. EB 98, s.v. "Cyrus."
21. Jim Hicks et al., *The Persians* (Nederland B.V, Neth.: Time-Life, 1976), 16-17.
22. EB 98, s.v. "Media."
23. EB 98, s.v. "Persian History."
24. Hicks et al, *The Persians*, 17.
25. SDABC, 4: 820.
26. EB 98, s.v. "Persian History."
27. Flavius Josephus, "Antiquities of the Jews," Cap, 11, *Complete Works*. Trad. William Whiston, A.M. Introducción por William Sanford LaSor. 1960 (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1974), 228.
28. Hicks et al., *The Persians*, 17. 29. Ibid.
30. EB 98, s.v. "Cyrus."
31. Hicks et al., *The Persians*, 24.
32. EB 98, s.v. "Cyrus." 33. Ibid.
34. EB 98, s.v. "Alexander."
35. J. B. Bury, *A History of Greece: To the Death of Alexander the*

- Great*. Tercera ed. 1951 (New York: St. Martin's, 1966), 808.
36. George Willis Botsford y Charles Alexander Robinson, *Hellenic History*. Cuarta ed. 1922 (New York: Macmillan, 1956), 306.
 37. C. H. King, *A History of Civilization, the Story of Our Heritage: Earliest Times to the Mid-Seventeenth Century* (New York: Scribner's, 1956), 140.
 38. EB 98, s.v. "Alexander." 39. *Ibid*.
 40. King, *A History of Civilization*, 138.
 41. Botsford y Robinson, *Hellenic History*, 287.
 42. King, *History of Civilization*, 139.
 43. Botsford y Robinson, *Hellenic History*, 308.
 44. *Ibid.*, 306. 45. *Ibid.*, 62.
 46. EB 98, s.v. "Alexander."
 47. Samuel Taylor Coleridge, *Biographia Literaria*, citado por Edward Davis, *Traditions of Poetics: Scriptural, Classical, Continental and English* (Cape Town, So. Afr.: Simondium, 1965), 336.
 48. Alexander Hislop, *The Two Babylons: Or the Papal Worship Proved to Be the Worship of Nimrod and His Wife*. 1916 (Neptune, NJ: Loizeaux Brothers, 1959), 35.
 49. EB 98, s.v. "Layard, Sir Austen Henry."
 50. Hislop, *The Two Babylons*, 34-35.
 51. Smith, *Daniel and the Revelation*, 110, 114.
 52. Clifford Goldstein, *1844 Made Simple* (Boise, ID: Pacific Press, 1988), 3, 18, 19, 22, 27.
 53. T. S. Eliot, *On Poetry and Poets*. 1957 (London, Eng.: Faber and Faber, 1979), 130.
 54. Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 244.
 55. Eugene F. Rice, Jr. *The Foundations of Early Modern Europe: 1460-1559*. 1971 (London, Eng.: Weidenfeld, 1978), 100, 104.
 56. Hicks et al, *The Persians*, 55, 63.
 57. EB 98, s.v. "Babylonia and Assyria."
 58. EB 98, s.v. "Seleucia."
 59. H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe*. (Norwich, Eng.: Thames, 1965), 77-78.
 60. J. A. R. Marriott, *The Eastern Question: An Historical Study in European Diplomacy*. 1917 (Oxford, Eng.: Clarendon, 1951 reimpresso de 4a ed., 1940), 205.
 61. Hendrik Willem Van Loon, *The Story of Mankind*. 1922 (New York, NY: Washington Square, 1968), 372.
 62. EB 98, s.v. "Greece."

Capítulo 8: Dientes de Hierro y Uñas de Bronce

1. J. B. Bury, *A History of Greece: To the Death of Alexander the Great*. Tercera ed. 1951 (New York: St. Martin's, 1966), 98.
2. L. R. Palmer, *The Latin Language* (London, Eng.: Faber, 1961), 49.
3. Bury, *History of Greece*, 94.

4. George Willis Botsford y Charles Alexander Robinson, *Hellenic History*. Cuarta ed. 1922 (New York: Macmillan, 1956), 61.
5. M. I. Finley, *Aspects of Infinity: Discoveries and Controversies* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1972), 64.
6. Botsford y Robinson, *Hellenic History*, 64.
7. John Julius Norwich, *A Short History of Byzantium* (New York: Alfred A. Knopf, 1997), 250.
8. E. Guhl y W. Koner, *The Greeks and Romans: Their Life and Customs* (London, Eng.: Bracken, 1989), 303.
9. Palmer, *The Latin Language*, 95.
10. Constantine A. Trypanis, trad., ed. con intro. *The Penguin Book of Greek Verse* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1971), xlviii.
11. Guhl y Koner, *Greeks and Romans*, 305.
12. Albert Trever, *History of Ancient Civilization*, 1: 527-28, citado en Edwin R. Thiele, *Outline Studies in Daniel*. 1947. Ed. rev. Siegfried J. Schwantes (Berrien Springs, MI: Andrews University, 1965), 79.
13. Palmer, *The Latin Language*, 176.
14. M. Cary y T. J. Haarhoff, *Life and Thought in the Greek and Roman World*. 1940. Cuarta ed. (London, Eng.: Methuen, 1946), 254.
15. Peter Jay, ed. e intro., *The Greek Anthology and Other Ancient Epigrams: A Selection in Modern Verse Translations*. Varios Traductores. 1973 (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1981), 267.
16. H. J. Rose, *A Handbook of Greek Literature: From Homer to the Age of Lucian*. 1934. Cuarta ed. (London, Eng.: Methuen, 1964), 350.
17. F. A. Wright, *A History of Later Greek Literature: From the Death of Alexander in 323 B.C. to the Death of Justinian in 565 A.D. 1932* (London, Eng.: Routledge, 1951), 366-67.
18. EB 98, s.v. "Marcus Aurelius Antoninus."
19. PFF, 1: 254.
20. EB 98, s.v. "Europe."
21. Arnold Joseph Toynbee, *A Study of History*. Ed. de un vol. (Singapore: Thames, 1979), 278.
22. S. Katz, *The Decline of Rome and the Rise of Mediaeval Europe* (Ithaca and London, Eng.: Cornell UP, 1977), 79.
23. Toynbee, *A Study of History*, 267.
24. C. H. King, *A History of Civilization, the Story of Our Heritage: Earliest Times to the Mid-Seventeenth Century* (New York: Scribner's, 1956), 237.
25. H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Norwich, Eng.: Thames, 1965), 51.
26. Werner Keller, *The Bible as History*. Trad. del alemán por William Neil. Revisado y con un anexo añadido por Joachim Rehork. Nuevo material traducido del alemán por B. H. Rasmussen. 1965, Hodder y Stoughton (New York: Bantam Books, Random House, 1982), pp. 355-6.
27. King, *A History of Civilization*, 236.
28. A. H. M. Jones, *The Decline of the Ancient World* (London,

- Eng.: Longmans, 1966), 26.
29. EB 98, s.v. "Hellenistic Age."
 30. Jones, *The Decline of the Ancient World*, 356.
 31. Paul K. Conkin y Roland N. Stromberg, *The Heritage and Challenge of History* (New York: Harper and Row, 1971), 27.
 32. Willis Lindquist, *Christianity and Byzantium*. Vol. 4 of *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro (New York: Golden Press, 1966), 314.
 33. Jay, ed., *The Greek Anthology and Other Ancient Epigrams*, 15.
 34. Trypanis, *Penguin Book of Greek Verse*, xlix.
 35. John McManners, ed., *The Oxford Illustrated History of Christianity* (Oxford, Eng.: UP, 1990), 715.
 36. Jay, ed., *Greek Anthology*, 30.
 37. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. 1776-1788. Ed. Ernest Rhys. Seis vol. (London, Eng.: Dent, 1936), 4: 146.
 38. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe*, 47-48.
 39. Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 179.
 40. *Ibid.*, 169.
 41. PFF, 1: 254.
 42. EB 98, s.v. "Cyril and Methodius, Saints."
 43. Richard William Southern, *Western Society and the Church in the Middle Ages*. Vol. 2 de *The Pelican History of the Church* (no en la portada) (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1970), 82-83.
 44. King, *A History of Civilization*, 234.
 45. *Ibid.*, 250. 45. *Ibid.*, 250
 46. Malachi Martin, *Rich Church, Poor Church* (New York: Putnam's, 1984), 98-99.
 47. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe*, 25.
 48. Frances y Joseph Gies, *Cathedral, Forge and Waterwheel* (New York: Harper, 1994).
 49. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe*, 22.
 50. A. Koestler, *Drinkers of Infinity: Essays 1955-1967* (London, Eng.: Hutchinson, 1968), 94.
 51. Stuart Gillespie, *The Poets on the Classics (an Anthology)* (New York: Routledge, 1988), parr. 1.
 52. Carl Sagan, *Cosmos* (New York: Random, 1980), 180-81.
 53. *Ibid.*, 183.
 54. Eugene F. Rice, Jr. *The Foundations of Early Modern Europe: 1460-1559*. 1971 (London, Eng.: Weidenfeld, 1978), 23.
 55. King, *History of Civilization*, 150.

Capítulo 9: La Historia que Nunca Fue

1. NBD, s.v. "Micah, Book of."
2. Ed., 169.
3. SDABD, s.v. "Tarshish."
4. *Ibid.*, s.v. "Nineveh." 5. *Ibid.*, s.v. "Isaiah, Book of."
6. Ed., 179.

7. Hal Lindsey, con Carole C. Carlson, *The Late Great Planet Earth* 1970 (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1971) , 53-54.
8. W. Richard Lesher y Frank B. Holbrook, "Daniel and Revelation Committee: Final Report," *Symposium on Revelation: Exegetical and General Studies*, Book 2 (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute, General Conference of Seventh-day Adventists, 1992), 452-53.

Capítulo 10: Una Biografía Profética del Mesías

1. Alonzo J. Wearner, *Fundamentals of Bible Doctrine: Sixty Studies in the Basic Facts of the Everlasting Gospel Arranged for Classes in Advanced Bible Doctrines*. 1931 (Washington, DC: Review and Herald, 1935), 37.

Capítulo 11: En el Cumplimiento del Tiempo

1. Clifford Goldstein, "An Almost Unbelievable Prediction," *To All the World*. Dos vol. (Malo, WA: Light Bearers Ministry, 1994), 2: 34.
2. NBD, 811.
3. Alexander Bolotnikov, según lo contó a Gina Wahlen. *True Believer* (Hagerstown, MD: Review and Herald, 1997), 132.
4. Hershel Shanks, *The Mystery and Meaning of the Dead Sea Scrolls* (New York: Random House, 1998), 170.
5. William H. Shea, "The 70 Weeks As Sabbatical Years," Capítulos 8, 9 y 11, *Symposium on Daniel: Introductory and Exegetical Studies*, ed. Frank B. Holbrook en Daniel and Revelation Committee Series, Volumen 2 (Washington, DC: Biblical Research Institute, General Conference of Seventh-day Adventists, 1986), 225-226.
6. D. Guthrie et al., eds. Tercera ed. *The New Bible Commentary Revised*. Primera ed. 1953, como *The New Bible Commentary* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1975), 698.
7. Lazaro Ludoviko Zamenhof, "La Malnova Testamento," *La Sankta Biblio*. 1912 (London, Eng.: Brita kaj Alilanda Biblia Societo, 1984).
8. William H. Shea, Caps. 8, 9 y 11, *Symposium on Daniel*, 225-226.
9. PP, Capítulo 51.
10. Ed., 224.
11. SDABC, 3: 98.
12. Arthur B. Robinson, "Introduction" a Sir Isaac Newton, *Observations upon the Prophecies of Daniel, and the Apocalypse of St. John. In Two Parts*. 1733. Reimpresión Fotográfica (Cave Junction, OR: Oregon Institute of Science and Medicine, 1991), vii.
13. *Ibid.*, viii-ix. 14. *Ibid.*, x.
15. Oates, Stephen B. *With Malice toward None: The Life of Abraham Lincoln* (New York: The New American Library, A Mentor

- Book, 1978), 31.
16. Sir Isaac Newton, *Observations upon the Prophecies of Daniel, and the Apocalypse of St. John. In Two Parts.* 1733. Reimpresión Fotográfica (Cave Junction, OR: Oregon Institute of Science and Medicine, 1991), 130-31.
 17. PFF, 2: 663.
 18. Newton, *Observations*, 143, citado con imágenes de Froom, PFF, 2: 663.
 19. SDABC, 4: 852.
 20. Stringfellow Barr, *The Mask of Jove: A History of Graeco-Roman Civilization from the Death of Alexander to the Death of Constantine* (Philadelphia and New York: J. B. Lippincott, 1966), 366.
 21. Flavius Josephus, *Complete Works*, trad. William Whiston, A.M. Prefacio William Sanford LaSor. 1960 (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1974), 496-97.
 22. CS, 30-31. 23. *Ibid.*, 31-36.
 24. CS (1911) El Internet, 40.
 25. CS (1911), El Internet, 600.
 26. SDABC, 4: 852. 27. *Ibid.*, 5: 1063.
 28. *La Santa Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento.* Antigua Versión de Casiodoro de Reina (1569). Revisada por Cipriano de Valera (1602). Otras Revisiones: 1862, 1909 y 1960 (Asunción, Bogotá, Buenos Aires, etc.: Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina, 1960).
 29. SDABC, 5: 247. 30. *Ibid.* 4: 855.
 31. Josephus, *Complete Works*, 256-57.
 32. Miles Beardsley Johnson, citado en Sakae Kubo, *The Open Rapture* (Nashville, TN: Southern Publishing Association, 1978), 15.
 33. Steve Wohlberg, *Exploding the Israel Deception* (Fort Worth, TX: Amazing Discoveries, 2000), 49.
 34. Wesley G. Pippert, *Land of Promise, Land of Strife: Israel at Forty* (Waco, TX: Word Books, 1988), 152.
 35. Steve Wohlberg, Exploding the Israel Deception, 79.
 36. LaHaye, Tim. *Revelation Unveiled.* Una edición revisada y actualizada de *Revelation Illustrated and Made Plain* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1999), 211-12.

Capítulo 12: El Remanente de Israel

1. SDABC, 852-54.
2. Benjamin George Wilkinson, *Truth Triumphant: The Church in the Wilderness*, intro. por Merlin L. Neff. Segunda ed. 1944 (Brushton, NY: Teach Services, 1994), 36.
3. *Ibid.*
4. DeLacey O'Leary, *The Syriac Church and Fathers*, 28, 29, citado en Wilkinson, *Truth Triumphant*, 36.
5. F. J. Foakes-Jackson, *History of the Christian Church*, 33, citado en Wilkinson, *Truth Triumphant*, 35.

6. Wilkinson, *Truth Triumphant*, 42.
7. EB 98, s.v. "Easter."
8. Eusebius, *Life of Constantine* III, xviii, citado en Stringfellow Barr, *The Mask of Jove: A History of Graeco-Roman Civilization from the Death of Alexander to the Death of Constantine* (Philadelphia and New York: J. B. Lippincott, 1966), 502.
9. EB 98, s.v. "Calendar."
10. ST, 14 Sept. 1882, citado en CBASD, 6: Material Suplementario. Comentarios de Elena de White.
11. Edwin de Kock, "Two Thousand Years of Prophetic Interpretation," *The Use and Abuse of Prophecy: History, Methodology, and Myth* (Edinburg, TX: Author, 2007).
12. Edwin de Kock, "History and Prophecy as Christian Mythology" in *The Use and Abuse of Prophecy*.
13. William Shakespeare, *The Winter's Tale*, Act IV, en W. J. Craig, ed., Shakespeare, *Complete Works* (London, Eng.: Oxford UP, 1969).
14. Glenn R. Goss, "Notes on C. I. Scofield and the Scofield Bible," 30 de mayo de 2004 www.rayofhopechurch.com.
15. "Lewis Sperry Chafer," Dispensational International Research Network, 16 Oct. 2005 www.tyndale.edu.
16. "C. I. Scofield," 15 Oct. 2005 www.raptureme.com.
17. Michael J. Vlach, "What is Dispensationalism?" 15 Oct. 2005 www.theologicalstudies.org.
18. "Cyrus Scofield." Wikipedia. Descargado el 16 Oct. 2005.
19. De Kock, "Two Thousand Years of Prophetic Interpretation," *The Use and Abuse of Prophecy*.
20. Ev., 421.
21. OE, 414. 22. Ev., 421.

Capítulo 13: El Primer Protestante

1. Geoffrey Ernest Maurice De Ste. Croix, "The 'Decline and Fall': An Explanation," en Donald Kagan, ed. e intro., *The End of the Roman Empire. Decline or Transformation? Problems in European Civilization Series*. 1962 (Lexington, MA: D.C. Heath and Company, 1992), 58-59.
2. Harrison E. Salisbury, *A Journey for Our Times: A Memoir* (New York: Harper & Row, 1983), 94.
3. *Ibid.*, 144.
4. Liddell y Scott, *An Intermediate Greek-English Lexicon*. 1889 (Oxford, Eng.: Clarendon, 1961), 22.
5. *Ibid.*
6. Roman Mazierski en Richard Bennett y Martin Buckingham, comp. *Far from Rome Near to God: The Testimonies of 50 Converted Catholic Priests* (Lafayette, IN: Assoc. Publishers and Authors, 1994), 165.
7. Peter Andreas, *Was Morgen Wahr Sein Kann: Prophezeiungen für die Nächsten Zwanzig Jahre* ["Lo Que Puede Volverse Realidad Mañana: Profecías para los Próximos Veinte Años"].

- 1981 (Düsseldorf, Ger.: Econ Verlag, 1982), 189.
8. Bernard McGinn, *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil* (San Francisco, CA: Harper, 1994), 38.
 9. Hans K. La Rondelle, *How to Understand the End-Time Prophecies of the Bible: The Biblical Contextual Approach* (Sarasota, FL: First Impressions, 1997), 36.
 10. McGinn, *Antichrist*, 38.
 11. Edwin R. Thiele, *Outline Studies in Daniel*. 1947. Ed. rev. Siegfried J. Schwantes (Berrien Springs, MI: Andrews University, 1965), 22.

Capítulo 14: La Bestia Pagana y los Cristianos Primitivos

1. Tácito citado en Nicolas Cheetham, *A History of the Popes. Orig. Keepers of the Keys* (New York: Barnes, 1982), 5.
2. Plinio el Joven, citado en Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 71.
3. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. 1776-1788. Ed. Ernest Rhys. Seis vol. (London, Eng.: Dent, 1936), 2: 5-8.
4. Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (New York: Knopf, 1989), 425.
5. *Ibid.*, 427.
6. G. R. Beasley-Murray, Herschel H. Hobbs, Ray Frank Robbins (Resumen por David C. George). *Revelation: Three Viewpoints* (Nashville, TN: Broadman Press, 1977s), 21.
7. EB 98, s.v. "Domitian."
8. Beasley-Murray, Hobbs y Robbins, *Revelation*, 19-21.
9. W. Warde Fowler, *Rome* (London, Eng.: Butterworth, 1939), 127-28.
10. Tertullian, citado en Johnson, *History of Christianity*, 75.
11. Matthew Arnold, *Matthew Arnold's Essays in Criticism*. Introd. G. K. Chesterton (London, Eng.: Dent, 1969), 213, 220.
12. EB 98, s.v. "Marcus Aurelius Antoninus."
13. Arnold, *Essays in Criticism*, 218.
14. C. H. King, *A History of Civilization, the Story of Our Heritage: Earliest Times to the Mid-Seventeenth Century* (New York: Scribner's, 1956), 218.
15. Basil Davenport, ed.-comp., et al. *The Portable Roman Reader*. 1951. Décima Impresión (New York: Viking, 1969), 3.
16. King, *A History of Civilization*, 219.
17. EB 98, s.v. "Marcus Aurelius Antoninus."
18. King, *History of Civilization*, 220.
19. EB 98, s.v. "Commodus."
20. King, *A History of Civilization*, 220-22.
21. Robert E. Lerner, Standish Meacham y Edward McNall Burns, *Western Civilizations: Their History and Their Culture*. 1941 (New York: W.W. Norton and Co., 1988, Undécima ed.), 201.
22. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, 1:

- 307-08.
23. Lerner, Meacham y Burns, *Western Civilizations*, 201, 204.
 24. Fox, *Pagans and Christians*, 573.
 25. Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 73.
 26. Earl Schenck Miers, *America and Its Presidents*. 1959 (New York: Grosset and Dunlap, 1964), 91.
 27. Paul M. Angle, ed., et al., *The Lincoln Reader*. 1947 (New York: Pocket Books, 1955), 537.
 28. Dorothy Meserve Kunhardt y Philip B. Kunhardt, Jr., *Twenty Days: A Narrative in Text and Pictures of the Assassination of Abraham Lincoln and the Twenty Days and Nights That Followed—The Nation in Mourning, the Long Trip Home to Springfield* (North Hollywood, CA: Newcastle Publishing Co., 1985), 106.
 29. John McManners, ed., *The Oxford Illustrated History of Christianity* (Oxford, Eng.: UP, 1990), 55.
 30. Howard J. Ruff, *How to Prosper during the Coming Bad Years* (New York: New York Times, 1979), 21-22.
 31. H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Norwich, Eng.: Thames, 1965), 33.
 32. A. Piganiol, citado en César Vidal, *The Myth of Mary* (Chino, CA: Chick, 1995), 67.
 33. EB 98, s.v. "Milan."
 34. Tim Dowley, editor organizador, et al., *The History of Christianity*. 1977 (Cape Town, So. Afr.: Struik, 1988), 72.
 35. Gibbon, *Decline and Fall*, 1: 491.
 36. Fox, *Pagans and Christians*, 268.
 37. W. H. C. Friend, *Martyrdom and Persecution in the Early Church: A Study of a Conflict from the Maccabees to Donatus*, citado en C. Mervyn Maxwell, *God Cares, Vol 1: The Message of Daniel for You and Your Family* (Boise, ID: Pacific Press, 1981), 125.
 38. CS, 38.
 39. Smith, *Daniel and the Revelation*, 135.
 40. Nicolas Cheetham, *A History of the Popes. Orig. Keepers of the Keys* (New York: Barnes, 1982), 15.
 41. Giorgo Falco, *The Holy Roman Republic: A Historic Profile of the Middle Ages. Orig. La Santa Romana Repubblica*, 1954. Trad. K. V. Kent (New York: Barnes, 1964), 28.
 42. Tácito, citado en Cheetham, *History of the Popes*, 5.
 43. EB 98, s.v. "Tacitus."
 44. "Maps Drawn by Guy Fleming," en las páginas frontales de Stringfellow Barr, *The Mask of Jove: A History of Graeco-Roman Civilization from the Death of Alexander to the Death of Constantine*. (Philadelphia and New York: J. B. Lippincott, 1966),
 45. EB 98, s.v. "Diocletian."
 46. McManners, *Oxford Illustrated History of Christianity*, 55-56.

Capítulo 15: Cómo Comenzó el Papado

1. SDABD, s.v. "John."
2. Henry Chadwick, *The Early Church*. Vol. 1 of *The Pelican History of the Church* [no en la página del título] (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1967), 41.
3. Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (New York: Knopf, 1989), 504.
4. Willis Lindquist, *Christianity and Byzantium*. Vol. 4 de *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro (New York: Golden Press, 1966), 304.
5. Fox, *Pagans and Christians*, 501.
6. SDABC, 6: 467.
7. Paul Johnson et al. *The Papacy* (New York: Barnes and Noble, 1997), 210.
8. SDABD, s.v. "Peter."
9. J. H. Merle D'Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century*. Trad. H. White y Dr. Heidelberg. Cinco vol. 1846 (Rapidan, VA: Hartland Institute, sin fecha Repr. Fotográfica), 8.
10. Malachi Martin, *The Keys of This Blood: The Struggle for World Dominion Between Papa John Paul II, Mikhail Gorbachev, and the Capitalist West* (New York: Simon and Schuster, 1990), 118.
11. LeRoy Edwin Froom, *Finding the Lost Prophetic Witnesses* (Washington, DC: Review and Herald, 1946), 31.
12. Fig. 2, Elliott's *Horae Apocalypticae*, London, 1851, fig. 2 en Alexander Hislop, *The Two Babylons: Or the Papal Worship Proved to Be the Worship of Nimrod and His Wife*. 1916 (Nepetune, NJ: Loizeaux Brothers, 1959), 6.
13. Benjamin George Wilkinson, *Truth Triumphant: The Church in the Wilderness*, intro. por Merlin L. Neff. Segunda ed. 1944 (Brushton, NY: Teach Services, 1994), 36.
14. Antolin Diestre Gil, *El Sentido de la Historia y la Palabra Profética*. Dos vol. (Barcelona, Sp.: Editorial Clie, 1995), 1: 66.
15. F. A. Wright, *A History of Later Greek Literature: From the Death of Alexander in 323 B.C. to the Death of Justinian in 565 A.D.* 1932 (London, Eng.: Routledge, 1951), 250.
16. Virgil's *Aeneid* en P. *Vergili Maronis Opera*. Ed. R. A. B. Mynors. 1969 (Oxford, UK: Oxford UP, 1976).
17. C. Day Lewis, trad., *The Aeneid of Virgil*. 1952 (New York: Doubleday Anchor Books, 1953), 151.
18. EB 98, s.v. "Mithraism."
19. Royston M. Roberts, *Serendipity: Accidental Discoveries in Science* (New York: Wiley, 1989), 112.
20. Maurizio Fagiolo Dell'Arco, ed., *The Art of the Popes: From the Vatican Collection*. Trad. del italiano (New York: Greenwich House, 1983), 14.
21. Bacchiocchi, *Divine Rest for Human Restlessness*, 248.
22. M. Cary y T. J. Haarhoff, *Life and Thought in the Greek and*

- Roman World*. 1940. Cuarta ed. (London, Eng.: Methuen, 1946), 343-44.
23. Gilbert Murray, Peake's *Commentary on the Bible*, 632, citado en Cary y Haarhoff, *Life and Thought in the Greek and Roman World*, 344, nota al pie.
 24. Kenneth A. Strand, *How Sunday Became the Popular Day of Worship*. Reimpresión de *These Times*, de noviembre de 1978.
 25. Ibid.
 26. Frank H. Yost, Appendix A in Francis D. Nichol, *Answers to Objections: An Examination of the Major Objections Raised against the Teachings of Seventh-day Adventists*. 1932 (Washington, DC: Review and Herald, 1952), 773.
 27. Anthony J. Wilhelm, *Christ among Us: A Modern Presentation of the Catholic Faith*. 1967. Segunda ed. (New York: Paulist Press, 1975), 115.
 28. Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, 249-50.
 29. Charles Neider, ed. e introd. *The Complete Essays of Mark Twain* (New York: Doubleday and Company, 1963), 240-41.
 30. EB 98, s.v. "Jews."
 31. Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, 171, cf. 160-61 y notas al pie.
 32. George E. Vandeman, *It is Written Classics: Amazing Prophecies* (Boise, ID: Pacific Press, 1986), 100.
 33. The Emperor Hadrian, citado en Stewart Perowne, *Hadrian*, 144-45, Hodder and Stoughton, London. 1960 (Westport, CT: Greenwood Press, 1976), 163.
 34. The Emperor Hadrian's letter, citado en Stewart Perowne, *Hadrian*, 144-45.
 35. Bacchiocchi, *The Sabbath under Crossfire*, 31.
 36. Nombres y fechas tomados de Paul Johnson, et al., "Bishops of Rome," *The Papacy* (New York: Barnes and Noble, 1997), 210.
 37. Justin Martyr, *Apology*, citado en Bacchiocchi, *The Sabbath Under Crossfire*, 31.
 38. Ibid.
 39. Wright, *A History of Later Greek Literature*, 250.
 40. Justin Martin, citado en Samuele Bacchiocchi, "From Sabbath to Sunday: How Did It Come About," *Endtime Issues* No. 64, E-mail Circular, 28 de febrero de 2001.
 41. Ibid. 42. Ibid.
 43. Council of Laodicea, can. 29, en Charles Joseph Hefele, *A History of the Christian Councils*, vol. 2, citado en SDASB, 885.

Capítulo 16: La Bestia Convertida

1. EB 98, s.v. "Gibbon, Edward."
2. A. N. Whitehead, citado en Eusebius of Caesarea, *The History of the Church from Christ to Constantine*. 1965. Trad. G. A. Williamson. Rev. ed., nueva introd. Andrew Louth (Harmonds-

- worth, Eng.: Penguin, 1989).
3. EB 98, s.v. "Constantine."
 4. Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 22, 71.
 5. Ibid., 73. 6. Ibid., 67-68.
 7. EB 98, s.v. "Constantine."
 8. C. Mervyn Maxwell, *God Cares, Vol 1: The Message of Daniel for You and Your Family* (Boise, ID: Pacific Press, 1981), 129.
 9. Leslie Hardinge, *The Celtic Church in Britain*. Segunda ed. 1972 (Brushton, NY: Teach Services, 1995), 148-49.
 10. Johnson, *A History of Christianity*, 69.
 11. Dave Hunt, *Global Peace and the Rise of Antichrist* (Eugene, OR: Harvest House, 1990), 108.
 12. Charles Panati, *Panati's Extraordinary Origins of Everyday Things* (New York: Harper, 1989), 68.
 13. EB 98, s.v. "Mithraism."
 14. Johnson, *A History of Christianity*, 67-68.
 15. H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe*. (Norwich, Eng.: Thames, 1965), 60.
 16. Roland H. Bainton, *The Church of Our Fathers*. 1941 (Philadelphia, NJ: Westminster, 1950), 39.
 17. H. G. Wells, *Outline of History*, 1: 590-91, citado en Walter M. Montaña, *Behind the Purple Curtain* (Los Angeles, CA: Cowman, 1950), 34.
 18. Johnson, *History of Christianity*, 67.
 19. César Vidal, *The Myth of Mary* (Chino, CA: Chick, 1995), 74-89.
 20. Maurizio Fagiolo dell'Arco, ed., *The Art of the Popes: From the Vatican Collection*, 16.
 21. Will Durant, *The Story of Civilization: Part 1. Our Oriental Heritage*, 235.
 22. Dell'Arco, *Art of the Popes*, 16. 23. Ibid., 19.
 24. Johnson, *A History of Christianity*, 67.
 25. Walter M. Montaña, *Behind the Purple Curtain*, 34-35.
 26. GC, 52. 27. Ibid., 49.
 28. EB 98, s.v. "Constantine."
 29. Michael Grant, *Constantine the Great: The Man and His Times* (New York: Scribner's, 1994), 109-110.
 30. Ibid., 226.
 31. Ralph Edward Woodrow, *Babylon Mystery Religion: Ancient and Modern*. 1966 (Riverside, CA: The Author, 1993), 48-49.
 32. Grant, *Constantine the Great*, 109.
 33. Hendrik Willem Van Loon, *The Story of Mankind*. 1922 (New York, NY: Washington Square, 1968), 124.
 34. EB 98, s.v. "Constantine."
 35. Grant, *Constantine the Great*, 103.
 36. Matthew Bunson, *Encyclopedia of the Roman Empire* (New York: Facts on File, 1994), 151.
 37. EB 98, s.v. "Constantine."
 38. The Emperor Constantine, citado en Alonzo Trévier Jones, *The Great Empires of Prophecy: From Babylon to the Fall of Rome*.

1898. Repr. fotográfica (Brushton, NY: Teach Services, 1989), 469.
39. Alonzo Trévier Jones, *Great Empires of Prophecy*, 470.
 40. EB 98, s.v. "Constantine."
 41. John McManners, ed., *The Oxford Illustrated History of Christianity* (Oxford, Eng.: UP, 1990), 56.
 42. Johnson, *A History of Christianity*, 88.
 43. EB 98, s.v. "Eusebius of Caesarea."
 44. Smith, *Daniel and the Revelation*, 148.
 45. Max I. Dimont, *Jews, God and History* (New York: New American Library, 1962), 148.
 46. Eusebius, *Life of Constantine*, citado en Jones, *Great Empires of Prophecy*, 494.
 47. Jones, *Great Empires of Prophecy*, 495.
 48. John Julius Norwich, *A Short History of Byzantium* (New York: Alfred A. Knopf, 1997), 9.
 49. EB 98, s.v. "Constantine."
 50. Constantine, citado en Socrates, *Ecclesiastical History*, libro 1, cap. 9, en Robert L. Odom, *The Three Messages of Revelation 14:6-12* (Fort Worth, TX: The Hour of Prophecy, 1975), 20-21.
 51. Grant, *Constantine the Great*, 173. 52. *Ibid.*, 159.
 53. *The Emperor Julian*, citado en Johnson, *A History of Christianity*, 86.
 54. J. A. Hammerton, ed. et al., *Universal World History*. 10 vols. 1937 (New York: Wise and Co., 1939), 1200.
 55. Johnson, *A History of Christianity*, 87.
 56. Dave Hunt, *A Woman Rides the Beast* (Eugene, OR: Harvest House, 1994), 46.
 57. John Julius Norwich, *A Short History of Byzantium* (New York: Alfred A. Knopf, 1997), 18.
 58. Antolín Diestre Gil, *El Sentido de la Historia y la Palabra Profética*. Dos vol. (Barcelona, Sp.: Editorial Clie, 1995.), 1: 44-50.
 59. David Remnick, *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire*. 1993 (New York: Vintage Books, 1994), 361.
 60. Grant, *Constantine the Great*, 211-13.
 61. EB 98, s.v. "Constantius II (Flavius Julius Constantius)."
 62. Bower, *History of the Popes*, "Liberius," par. 19, citado en Alonzo Trévier Jones, *The Great Empires of Prophecy: From Babylon to the Fall of Rome*. 1898. Repr. fotográfica (Brushton, NY: Teach Services, 1989), 530.
 63. *Ibid.*
 64. Mary M. Luke, *A Crown for Elizabeth* (New York: Coward-McCann, 1970), 476.
 65. EB 98, s.v. "Orthodox Eastern Church."
 66. Anthony J. Wilhelm, *Christ among Us: A Modern Presentation of the Catholic Faith*. 1967. Segunda ed. (New York: Paulist Press, 1975), 389.
 67. *Ibid.*, 388.
 68. PFF, 1: 475.

69. Augustine of Hippo, citado en Bainton, *Church of Our Fathers*, 60.
70. Rebecca West, *Black Lamb and Grey Falcon: A Journey through Yugoslavia*. 1941 (New York Penguin Books, 1994), 828.
71. Anne Fremantle, ed., *The Age of Belief: The Medieval Philosophers* (New York: American Library, 1954.), 14.
72. Augustine of Hippo, citado en West, *Black Lamb and Grey Falcon*, 111.
73. Johnson, *A History of Christianity*, 116. 74. Ibid., 112.
75. PFF, 1: 477.
76. Thomas Aquinas, citado en Richard William Southern, *Western Society and the Church in the Middle Ages*. Vol. 2 de *The Pelican History of the Church* (no en la página del título) (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1970), 17.
77. Roger Williams, citado en Roy Harvey Pearce, ed. and intro., *Colonial American Writing*. 1950 (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1966), 55, 61.
78. Fëdor Mikhailovich Dostoevsky, *The Grand Inquisitor*, citado en Jacques Barzun, *The Use and Abuse of Art* (Princeton, NJ: Princeton UP, 1974), 89.
79. G. M. Trevelyan, *History of England: The Tudors and the Stuart Era*. Vol. 1 y 2. 1926 (Garden City, NY: Doubleday, 1956), 1:323.
80. Johnson, *A History of Christianity*, 115-16.
81. PFF, 1: 471-72.
82. Augustine of Hippo, citado en Lytton Strachey, *Eminent Victorians*. 1918 (San Diego, CA: Harcourt Brace Javanpvoch, sin fecha), 30.
83. John Wycliffe, citado por Johanna Johnston y James L. Steffensen en *Reformation and Exploration*, vol. 8 de *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro et al. 16 vols. Paginación continua (New York: Golden, 1966), 615.
84. Johanna Johnston y James L. Steffensen en *Reformation and Exploration*, 616.
85. Monsignor Perras, citado en Charles Chiniquy, *Fifty Years in the "Church" of Rome: The Life Story of Pastor Chiniquy, Who Was for Twenty-Five Years a Priest in the Roman Catholic Church*. Edición de abril de 1886. (Chino, CA: Chick, 1985), 82-83.
86. Johnson, *A History of Christianity*, 120. 87. Ibid.
88. Bede, *A History of the English Church and People*. Trad. e introd. por Leo Sherley-Price (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1955), 49.
89. EB 98, s.v. "Pelagius."
90. Johnson, *A History of Christianity*, 120.

Capítulo 17: Crecimiento Papal y Declive Occidental

1. Nicolas Cheetham, *A History of the Popes*. Orig. *Keepers of the*

- Keys (New York: Barnes, 1982), 17-18.
2. EB 98, s.v. "Silvester."
 3. Michael Grant, *Constantine the Great: The Man and His Times* (New York: Scribner's, 1994), 211-13.
 4. EB 98, s.v. "Donation of Constantine."
 5. Samuel J. Cassels, *Christ and Antichrist or Jesus of Nazareth Proved to Be the Messiah and The Papacy Proved to Be the Antichrist Predicted in the Holy Scriptures* (Philadelphia: Presbyterian Board of Publication, 1846. Facsímil reimpresso por Hartland Publications, sin fecha), 291-92.
 6. Daunou, citado en Cassels, *Christ and Antichrist*, 292.
 7. Dave Hunt, *A Woman Rides the Beast* (Eugene, OR: Harvest House, 1994), 101.
 8. Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 99.
 9. Walter M. Montaña, *Behind the Purple Curtain* (Los Angeles, CA: Cowman, 1950), 32.
 10. Jean Seznec, *The Survival of the Pagan Gods: The Mythological Tradition and Its Place in Renaissance Humanism and Art. 1953* (New York: Harper and Brothers, 1961), 105.
 11. Johnson, *A History of Christianity*, 99.
 12. Goguel, citado en M. I. Finley, *Aspects of Infinity: Discoveries and Controversies* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1972), 173-74.
 13. *Ibid.*, 179.
 14. Richard William Southern, *Western Society and the Church in the Middle Ages*. Vol. 2 de *The Pelican History of the Church* (no en la página del título) (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1970), 94-95.
 15. Antolín Diestre Gil, *El Sentido de la Historia y la Palabra Profética*. Dos vol. (Barcelona, Sp.: Editorial Clie, 1995.), 1: 1223.
 16. Johnson, *A History of Christianity*, 99.
 17. Lord Acton, citado en Johnson, *History of Christianity*, 393.
 18. Cheetham, *A History of the Popes*, 26.
 19. Eusebius of Caesarea, *The History of the Church from Christ to Constantine*. 1965. Trad. G. A. Williamson. Rev. ed., nueva introd. Andrew Louth (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1989), 36.
 20. *Ibid.*, 93. 21. *Ibid.*, 172.
 22. Cheetham, *A History of the Popes*, 26. 23. *Ibid.*
 25. Gregory VII, citado en Giorgio Falco, *The Holy Roman Republic: A Historic Profile of the Middle Ages*. Orig. *La Santa Romana Repubblica*, 1954. Trad. K. V. Kent (New York: Barnes, 1964), 188-89.
 26. Alonzo Trévier Jones, *The Great Empires of Prophecy: From Babylon to the Fall of Rome*, 556.
 27. J. H. Merle D'Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century*. Trad. H. White y Dr. Heidelberg. Cinco vol. 1846 (Rapidan, VA: Hartland Institute, sin fecha Repr. fotogrà-

- fica), 356.
28. Ibid.
 29. Matthew Bunson, *Encyclopedia of the Roman Empire* (New York: Facts on File, 1994), 88.
 30. Barbara Habenstein, *Cities in the March of Civilization* (London, Eng.: Collins, 1973), 59.
 31. Johnson, *A History of Christianity*, 131.
 32. Cheetham, *A History of the Popes*, 27.
 33. Thomas Hobbes, citado en Michael De Semlyen, *All Roads Lead to Rome? The Ecumenical Movement* (Gerrards Cross, Eng.: Dorchester House Publications, 1993), 168.

Capítulo 18: Palabras Contra el Altísimo

1. Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (New York: Knopf, 1989), 501.
2. Lucius Ferraris, citado en SDABC, 4: 831.
3. PFF, 2: 177-78.
4. *La Civiltà Cattolica*, 18 de marzo de 1871, citado en Vance H. Ferrell, *The Mark of the Beast: The Truth about the Beast* (Altamont, TN: Pilgrims' Books, 1985), 15.
5. Papa Leo XIII, Encyclical Letter, 20 de junio de 1894, citado en SDASB, 684.
6. Nicolas Cheetham, *A History of the Popes*. Orig. *Keepers of the Keys* (New York: Barnes, 1982), 26.
7. Ibid., 26.
8. Malachi Martin, *Rich Church, Poor Church* (New York: Putnam's, 1984), 83, 85.
9. Ratzinger, Joseph, Cardinal Prefect of the Congregation for the Doctrine of Faith, *Dominus Jesus* (On the Unicity and Salvific Universality of Jesus Christ and the Church). Versión en Internet publicada por Darden Brock (darden.brock@trincomm.org) (Vaticano: 5 de septiembre de 2000).
10. Ibid.
11. Ruth Gledhill, Religion Correspondent, *The Times*, UK, citado en *News from Religion Today*, religiontoday.crosswalk.com.
12. C. S. Lewis, *Mere Christianity*. 1943 (New York: Macmillan, 1960), 55.
13. Ibid.
14. Liddell y Scott, *An Intermediate Greek-English Lexicon*. 1889 (Oxford, Eng.: Clarendon, 1961).
15. Francis D. Nichol, ed., et al., SDABC, 5: 431.
16. Siegfried H. Horn et al., SDABD, 197.
17. Stevens (sin iniciales), *Was Peter the First Papa?* (Washington DC: Review and Herald, sin fecha), 10.
18. Augustine of Hippo, citado en Stevens.
19. Chrysostom, citado en Stevens.
20. D. Guthrie et al. eds. Tercera ed. *The New Bible Commentary Revised*. Primera ed. 1953, como *The New Bible Commenary* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1975), 1001.

21. Liddell y Scott, *An Intermediate Greek-English Lexicon*, 77.
22. Westcott, citado en *Vine's Concise Dictionary of the Bible*, unida con la *Strong's Concise Concordance* (Dos Referencias Clásicas para la Biblia en un Volumen Manuable). (Nashville, TN: Thomas Nelson Publishers, 1999), s.v. "Antichrist," 13.
23. Michael A. McGuire (Father McGuire's), *The New Baltimore Catechism and Mass*. No. 2 Ed. Oficial Revisada. (New York: Benziger Brothers, 1949), 159.
24. *Ibid.*, 194.
25. Walter W. Skeat, *The Concise Dictionary of English Etymology*. 1884 (Ware, Eng.: Wordsworth, 1994), 544.
26. Giovanni Montini, citado en John Cornwell, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII* (New York: Penguin Putnam (parte del Grupo Penguin), 1999), 270.
27. John Henry Newman, *Letters and Diaries of John Henry Newman*, vol. 22, 314-15, ed. C. Dessain, citado en John Cornwell, *Hitler's Pope*, 3.
28. Roy Adams, *The Nature of Christ: Help for a Church Divided Over Perfection* (Hagerstown, MD: Review and Herald, 1994), 78.

Capítulo 19: Adulterando la Ley de Dios

1. EB 98, s.v. "Eucharist."
2. EB 98, s.v. "Easter."
3. EB 98, s.v. "Calendar."
4. Francis X. Weiser, *Handbook of Christian Feasts and Customs*, 211, qtd. SDASB, 358-59.
5. EB 98, s.v. "Calendar."
6. Charles Joseph Hefele, *A History of the Christian Councils*, 2: 310, 316, 320, citado en SDASB, 879.
7. Athan J. Delicostopoulos, *Quick Greek for Tourists, Students, Businessmen, Scientists, Marines, NATO Forces, Common Market Diplomats*. 1979. Segunda ed. (Athens, Gr.: The Author, 1982), 179.
8. EB 98, s.v. "Saint Vladimir."
9. J. L. I. Fennell, comp. *The Penguin Russian Course: A Complete Course for Beginners*. Adapt. de N. Potapova's *Russian*, 1958. 1961 (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1974), 82.
10. Karolo Pič, "Europa Spirito Japanveste," *Dialogo* [Esperanto para "European Spirit in Japanese Attire," *Dialogue*] (Mayo-Agosto 1984): 27.
11. Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, 200-207.
12. *Ibid.*, 207-11.
13. Walter M. Montaña, *Behind the Purple Curtain* (Los Angeles, CA: Cowman, 1950), 34-35.
14. John Henry Newman, *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, 373, citado en SDASB, 238.
15. *Ibid.*

16. Hobert Seymour, *Pilgrimages to Rome*, citado en Montaña, *Behind the Purple Curtain*, 35.
17. J. H. Merle D'Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century*. Trad. H. White y Dr. Heidelberg. Cinco vol. 1846 (Rapidan, VA: Hartland Institute, sin fecha. Repr. fotográfica), 84.
18. Johanna Johnston y James L. Steffensen en *Reformation and Exploration*, vol. 8 de *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro et al. 16 vols. Paginación cont. (New York: Golden, 1966), 628.
19. Johann Eck, *Enchiridion Locorum Communium . . . Adversus Lutheranos*, fols. 4v, 5r, 42v., citado en SDASB, 888.
20. Nota Editorial en *Rome's Challenge: Why do Protestants Keep Sunday?* Reimpreso del *Catholic Mirror*, Baltimore, MD (2, 9, 16, 23, 23 Sept. 1893). (Takoma Park, Washington, D.C.: Review and Herald, sin fecha), 26.
21. Gaspar de Fosso, citado en SDASB, 888.
22. Nota editorial, *Rome's Challenge*, 26.
23. "Why Don't You Keep Holy the Sabbath-Day?" 13-15, citado en SDASB, 993.
24. Owen Chadwick, *The Reformation*. Vol. 3 de *The Pelican History of the Church* [no en la página del título] (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1964), 432.
25. Ibid.
26. *Certeyne Sermons appoynted ... to be declared and read . . . for the better understanding of the simple people*, citado en Bryan W. Ball, *The Seventh-day Men: Sabbatarians and Sabbatarianism in England and Wales, 1600-1800* (Oxford, Eng.: Clarendon, 1994), 40.
27. Samuel Sewell, "Diary," *The American in Europe: A Collection of Impressions Written by Americans from the Seventeenth Century to the Present*. Ed.-comp. Frank MacShane (New York: Dutton, 1965), 20.
28. William Manchester, *American Caesar*. 1978 (New York: Dell Publishing, 1979), 767.
29. Samuele Bacchiocchi, *Endtime Issues* No. 63: The Sabbath under Crossfire: A Look at Recent Developments, 6. E-mail, 14 de febrero de 2001.
30. *Catechism of the Catholic Church*. Promulgado por el Papa Juan Pablo II. Imprimatur de Joseph Cardenal Ratzinger, Interdicasterial Commission. Trad. al inglés. (Vatican: Libreria Editrice Vaticane, 1994), 496-97.
31. *Catechism of the Catholic Church*, 476. 32. Ibid, 516.
33. Bob Bush, "Once a Jesuit, Now a Child of God" en *Far from Rome Near to God: The Testimonies of 50 Converted Catholic Priests*, Compilado por Richard Bennett y Martin Buckingham (Lafayette, IN: Assoc. Publishers and Authors, 1994), 24.
34. *Catechism of the Catholic Church*, 516. 35. Ibid., 496-97.
36. *Webster's Seventh New Collegiate Dictionary*. Basado en *Webster's Third New International Dictionary*. 1963

- (Springfield, MA: G. & C. Merriam Company, 1976).
37. Smith, *Daniel and the Revelation*, 137. 38. *Ibid.*, 790.
 39. Peter Geiermann, C. SS. R., *The Convert's Catechism of Catholic Doctrine*. 1930 (St. Louis, MO: B. Herder Book Book Co, 1946). Reimpr. fotog. (Brushton, NY: Teach Services, 1995).
 40. Keenan y Geiermann, citado en, 135-38; también en Peter Geiermann, *The Convert's Catechism*, 37-38.
 41. Michael A. McGuire (Father McGuire's), *The New Baltimore Catechism and Mass*. No. 2 Edición Revisada Oficial. (New York: Benziger Brothers, 1949), 90.
 42. *Ibid.*, 105.
 43. *Catechism of the Catholic Church*, 529.
 44. Dave Armstrong, a Tribute, "Fr. John A. Hardon, S.J., Servant of God (1914-200)," <http://ic.net~erasmus/RAZ481.HTM>, 6 sept. 2003.
 45. John A. Hardon, S.J., *Pocket Catholic Catechism* (New York: Doubleday, 1989), 268.
 46. *Ibid.*, 269.
 47. Smith, *Daniel and the Revelation*, 137.
 48. Victor Marchetti y John D. Marks. Intro. Melvin L. Wulf. *The CIA and the Cult of Intelligence* (New York: Dell, 1975), 44.
 49. *Ibid.*, 33-34. 50. *Ibid.*, 119.
 51. Presidente Truman, citado en Merle Miller, *Plain Speaking: An Oral Biography of Harry S. Truman* (New York: Berkley Publishing Corporation, 1974), 419.
 52. "The CIA: America's Secret Warriors," Documental de TV, Discovery Channel, 2 de abril de 1997.
 53. Hardon, *Pocket Catholic Catechism*, 221.
 54. Lucius Ferraris, citado en SDABC, 4: 831.
 55. Jeffrey Gettleman, "Judge's Biblical Monument is Ruled Unconstitutional," *New York Times* (19 nov. 2002), www.nytimes.com.
 56. *Ibid.*

Capítulo 20: Los Diez Cuernos

1. EB 98, s.v. "Europe."
2. EB 98, s.v. "Germanic Peoples."
3. Mark Naidis, *The Western Tradition: A Survey of Western Civilization* (Hinsdale, IL: Dryden, 1972), 82.
4. EB 98, s.v. "Germanic Peoples." 5. *Ibid.*, 244.
6. John Julius Norwich, *A Short History of Byzantium* (New York: Alfred A. Knopf, 1997), 53.
7. Nicolas Cheetham, *A History of the Popes. Orig. Keepers of the Keys* (New York: Barnes, 1982), 52-53.
8. J. M. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*. 1952. Tercera ed. revisada. (London, Eng.: Hutchinson, 1967), 62.
9. Peter Davies et al., *Success with Words* (Pleasantville, NY: Reader's Digest, 1983), 63.

10. Basil Davenport, ed.-comp., et al., *The Portable Roman Reader*. 1951. Décima impresión (New York: Viking, 1969), 7.
11. Michael Grant, *Constantine the Great: The Man and His Times* (New York: Scribner's, 1994), 67.
12. Hendrik Willem Van Loon, *The Story of Mankind*. 1922 (New York, NY: Washington Square, 1968), 418.
13. Barbara W. Tuchman, *The March of Folly: From Troy to Vietnam* (New York: Alfred A. Knopf, 1984), 96.
14. EB 98, s.v. "Francis I." 15. Ibid., 783.
16. Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 127.
17. M. I. Finley, *Aspects of Infinity: Discoveries and Controversies* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1972), 150.
18. Eileen Power, *Medieval People*. 1924 (London, Eng.: Methuen, 1970), 5.
19. Grant, *Constantine the Great*, 64. 20. Ibid., 65. 21. Ibid., 69-70.
22. Mark S. Hoffman, ed., *The World Almanac and Book of Facts, 1993*. Primera ed. como *World Almanac*, 1868 (New York: Pharos, 1993), 495.
23. Johnson, *A History of Christianity*, 128.
24. EB 98, s.v. "Europe."
25. H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Norwich, Eng.: Thames, 1965), 67.
26. EB 98, s.v. "Roman History."
27. Chester G. Starr. Cuarta ed. *A History of the Ancient World* (New York: Oxford UP, 1991), 702.
28. EB 98, s.v. "Europe."
29. EB 98, s.v. "Roman History."
30. EB 98, s.v. "Valentinian."
31. EB 98, s.v. "Theodoric."
32. W. J. Entwistle, *The Spanish Language* (London, Eng.: Faber, 1962), 281.
33. EB 98, s.v. "Alamanni (Alemanni)."
34. EB 98, s.v. "Suebi."
35. EB 98, s.v. "Saxons."
36. *Funk and Wagnall's Encyclopedia* (CD-ROM. Infopedia. 1994), s.v. "Goths."
37. EB 98, s.v. "Huns."
38. EB 98, s.v. "Attila."
39. EB 98, s.v. "Huns."
40. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. 1776-1788. Ed. Ernest Rhys. Seis vol. (London, Eng.: Dent, 1936), 3: 30.
41. Giorgio Falco, *The Holy Roman Republic: A Historic Profile of the Middle Ages*. Orig. *La Santa Romana Repubblica*, 1954. Trad. K. V. Kent (New York: Barnes, 1964), 36.
42. M. I. Finley, *Aspects of Infinity*, 151-52.
43. EB 98, s.v. "Roman History."
44. Johnson, *A History of Christianity*, 128.
45. EB 98, s.v. "Roman History."

46. Grant, *Constantine the Great*, 55.
47. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 31-32.
48. Falco, *The Holy Roman Republic*, 37.
49. EB 98, s.v. "Edirne."
50. EB 98, s.v. "Roman History."
51. *Funk and Wagnall's Encyclopedia*, s.v. "Goths".
52. EB 98, s.v. "Roman History."
53. Norwich, *Short History of Byzantium*, 38.
54. *Funk and Wagnall's Encyclopedia*, s.v. "Goths."
55. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 199.
56. Esmond Wright, gen. ed., *The Ancient World* (London, Eng.: Hamlyn, 1979), 276.
57. EB 98, s.v. "Flavius Stilicho."
58. Alonzo Trévier Jones, *The Great Empires of Prophecy: From Babylon to the Fall of Rome*. 1898. Repr. fotográfica (Brushton, NY: Teach Services, 1989), 631-32.
59. Starr, *A History of the Ancient World*, 700-701.
60. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 245-46.
61. Thomas Cahill, *How the Irish Saved Civilization: The Untold Story of Ireland's Heroic Role from the Fall of Rome to the Rise of Medieval Europe* (New York: Nan A. Talese, Doubleday, 1995), 31.
62. Peter Bamm, *The Kingdoms of Christ: The Story of the Early Church*. 1959. Trad. y adapt. Christopher Holme (London, Eng.: Thames and Hudson, 1961), 239.
63. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 253.
64. Jones, *The Great Empires of Prophecy*, 637.
65. Harold Isbell, trad. con introd., notas, etc. *The Last Poets of Imperial Rome* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1971), 224-25.
66. Agustín de Hipona, citado en Roland H. Bainton, *The Church of Our Fathers*. 1941 (Philadelphia, NJ: Westminster, 1950), 59.
67. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 217.
68. EB 98, s.v. "Goths." 69. Ibid.
70. EB 98, s.v. "Ulfilas."
71. EB 98, s.v. "Goths." 72. Ibid.
73. PFF, 4: 1113-15.
74. Smith, *Daniel and the Revelation*, 123.
75. Roy Allan Anderson, *Unfolding Daniel's Prophecies* (Mountainview, CA: Pacific Press, 1975), 91.
76. Leslie Hardinge, *Meditations from the Books of Daniel: Jesus is my Judge* (Harrisburg, PA: American Cassette Ministries, 1996), 145-46.
77. Sidonius Apollinaris, *Epistolae*, lib. 1, epístola 2, encontrado en Migne, *Patrologia Latina*, vol. 58, 558, citado en Benjamin George Wilkinson, *Truth Triumphant: The Church in the Wilderness*, introd. por Merlin L. Neff. Segunda ed. 1944 (Brushton, NY: Teach Services, 1994), 143-44.
78. *Encyclopaedia Britannica*. 1968. Edición del Bicentenario. Vols. 1-23 (Chicago: William Benton, 1968), s.v. "Arianism."
79. *Funk and Wagnall's Encyclopedia*, s.v. "Arianism."

80. David. F. Wright, "Councils and Creeds," en Tim Dowley, ed. organizador, et al., *The History of Christianity*. 1977 (Cape Town, So. Afr.: Struik, 1988), 159.
81. Liddell y Scott, *An Intermediate Greek-English Lexicon*. 1889 (Oxford, Eng.: Clarendon, 1961).
82. Paul Hutchinson y Winfred E. Garrison, *Twenty Centuries of Christianity: A Concise History*, citado en SDABS, 673.
83. William L. Reese, *Dictionary of Philosophy and Religion: Eastern and Western Thought* (Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1980), s.v. "Substance."
84. EB 98, s.v. "Theodosius."
85. EB 98, s.v. "Germanic Peoples."
86. Starr, *A History of the Ancient World*, 701.
87. EB 98, s.v. "Goths."
88. EB 98, s.v. "Roman History."
89. EB 98, s.v. "Atilla."
90. EB 98, s.v. "Goths."
91. Richard Fletcher, *The Barbarian Conversion from Paganism to Christianity* (New York: Henry Holt and Co., 1998), 97.
92. EB 98, s.v. "Spain."
93. EB 98, s.v. "Theodoric."
94. EB 98, s.v. "Roman History."
95. EB 98, s.v. "Alamanni (Alemanni)."
96. Smith, *Daniel and the Revelation*, 58.
97. George R. Knight, *From 1888 to Apostasy: The Case of A. T. Jones* (Washington, DC: Review and Herald, 1987), 30.
98. EB 98, s.v. "Hungary."
99. EB 98, s.v. "Franks."
100. EB 98, s.v. "The Netherlands."
101. EB 98, s.v. "Franks."
102. EB 98, s.v. "Goths."
103. L. M. Myers, *Guide to American English* (Englewood Cliffs, N.J., 1963), 13.
104. SDABC, 826.
105. EB 98, s.v. "Saxons."
106. EB 98, s.v. "Angles."
107. EB 98, s.v. "Lombards."
108. Edward Peters, *The Lombard Laws*. Katherine Fischer Drew, trad., introd. y prefacio. (Philadelphia, PA: University of Pennsylvania, 1973), ix-xi.
109. EB 98, s.v. "Lombards." 110. Ibid.
111. EB 98, s.v. "Piedmont."
112. E. R. Chamberlin, *The Fall of the House of Borgia* (New York: The Dial Press, 1974), ix.
113. Ibid., x.
114. Matthew Bunson, *Encyclopedia of the Roman Empire* (New York: Facts on File, 1994), 10.
115. EB 98, s.v. "Alani."
116. Dave Hunt, *Global Peace and the Rise of Antichrist* (Eugene, OR: Harvest House, 1990.), 68-70.

117. Grant, Constantine the Great, 224.
118. EB 98, s.v. "Bulgaria."
119. Owen Chadwick, *The Reformation*. Vol. 3 de *The Pelican History of the Church* [no en la página del título] (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1964), 360.
120. *Ibid.*, 361.

Capítulo 21: Otro Cuerno

1. EB 98, s.v. "Hippolytus, Saint."
2. Hippolytus, *Treatise on Christ and Antichrist*, secs. 28, 32, 33, citado en SDASB.
3. Tertullian, citado en PFF, 1: 258.
4. Lactantius, citado en PFF, 1: 356.
5. Friedrich Otto, *The End of the World* (New York: International Publishing, 1986), 70.
6. PFF, 2: 245.
7. Philip Schaff, *History of the Christian Church 4*: 290, citado en C. Mervyn Maxwell, *God Cares, Vol 1: The Message of Daniel for You and Your Family* (Boise, ID: Pacific Press, 1981), 123.
8. Eberhardt II, *Annales Boiorum* (Annals of Bavaria) por Aventinus, citado en LeRoy Edwin Froom, *Finding the Lost Prophetic Witnesses* (Washington, DC: Review and Herald, 1946), 37, 38.
9. Bernard McGinn, *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil* (San Francisco, CA: Harper, 1994), 167-70.
10. Dante, citado en McGinn, *Antichrist*, 171. 11. *Ibid.*
12. PFF, 2: 245. 13. *Ibid.*, 2: 485.
14. LeRoy Edwin Froom, *Finding the Lost Prophetic Witnesses*, 35.
15. Michael De Semlyen, *All Roads Lead to Rome? The Ecumenical Movement* (Gerrards Cross, Eng.: Dorchester House Publications, 1993), 197-98.
16. Vance H. Ferrell, *The Mark of the Beast: The Truth about the Beast* (Altamont, TN: Pilgrims' Books, 1985), 12.
17. Alexander Campbell, *Debate on the Roman Catholic Religion*, citado en PFF, 4: 254-55.
18. *Ibid.*, 257. 19. *Ibid.*, 256.
20. PFF, 2: 214.
21. Flavius Josephus, "Antiquities of the Jews," Cap, 10, *Complete Works*. Trad. William Whiston, A.M. Prefacio William Sanford LaSor. 1960 (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1974), 227.
22. Maxwell, *God Cares, vol. 1, The Message of Daniel for You and Your Family*, 191.
23. PFF, 2: 506-10.
24. Cardinal Henry E. Manning, citado en Lytton Strachey, *Eminent Victorians*. 1918 (San Diego, CA: Harcourt Brace Jovanovich, sin fecha), 114-16.
25. McGinn, *Antichrist*, 226-27.

26. PFF, 2: 489.
27. Ronald Charles Thompson, *Champions of Christianity in Search of Truth* (Brushton, NY: Teach Services, 1996), 88.
28. *Ibid.*, 89. 29. *Ibid.*, 89-90.
30. Samuel R. Maitland, citado en PFF, 3: 541. 31. *Ibid.*, 3:542-43.
32. *Ibid.* 3: 541.
33. James H. Todd, citado en PFF, 3: 660. 34. *Ibid.* 3: 662.
35. John Henry Newman, citado en PFF, 3: 667.
36. *Ibid.* 3: 667-68.
37. PFF, 4: 422-25, 1223-25.
38. Charles C. Ryrie, *The Bible and Tomorrow's News*. 1969 (Wheaton, IL: SP Publications, 1973), 172.
39. Jonathan Gallagher, Director Asociado, Departamento de Libertad Religiosa y Relaciones Públicas de la Conferencia General, *Adventist Review* (25 de abril de 2002).
40. Kevin Flynn y Gary Gerhardt, *The Silent Brotherhood* (New York: Penguin, 1995), 71-72.
41. Morris Dees, con James Corcoran, *Gathering Storm: America's Militia Threat* (New York: Harper Collins, 1996), 137.
42. Chip Berlet, citado por Deborah Zabarenko, *The Korea Herald* (5 de abril de 1996), 6.
43. Morris Dees, con James Corcoran, *Gathering Storm*, 199.
44. *Ibid.*, 75. 45. *Ibid.*, 30. 46. *Ibid.*, 168.
47. Richard Green, The Associated Press, en *The Monitor* (17 de enero de 2001), página frontal.
48. Morris Dees, *Gathering Storm*, 137. 49. *Ibid.*, 167.
50. Père Bernard Lambert, *Exposition des predictions et des Promesses faites à l'Eglise pour les derniers temps de la Gentilité* ["Expositions of the Predictions and Promises Made to the Church for the Last Times of the Gentiles"], vol. 2, 318-271, citado en PFF, 3: 325.
51. Dave Hunt, *A Woman Rides the Beast* (Eugene, OR: Harvest House, 1994), 268-75.
52. Tim LaHaye, *Revelation Unveiled*. Una ed. corregida y actualizada de *Revelation Illustrated and Made Plain* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1999), 268-75.
53. William F. Jasper, "Conspiracy: Where's the Proof?" *The New American* (16 Sept. 1996), 6.
54. Andrade Da Costa, *Sir Isaac Newton*. 1954 (New York: Doubleday, Anchor Books, repr., sin fecha), 1.
55. Samuele Bacchiocchi, *Endtime Issues* No. 63: *The Sabbath under Crossfire: A Look at Recent Developments*, 6.
56. Papa Juan XXIII, citado en Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness: John Paul II and the Hidden History of Our Time* (New York: Doubleday, 1996), 102.
57. Samuel Wang y Ethel R. Nelson, *God and the Ancient Chinese* (Dunlap, TN: Read Books Publisher, 1998).
58. EB 98, s.v. "Virgil."
59. Manuel de Lacunza, *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, 247-53, en PFF, 3: 323.

Capítulo 22: Desarraigando a Tres

1. EB 98, s.v. "Odoacer."
2. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. 1776-1788. Ed. Ernest Rhys. Seis vol. (London, Eng.: Dent, 1936), 3: 454.
3. EB 98, s.v. "Ravenna."
4. Giogo Falco, *The Holy Roman Republic: A Historic Profile of the Middle Ages*. Orig. *La Santa Romana Repubblica*, 1954. Trad. K. V. Kent (New York: Barnes, 1964), 53.
5. Matthew Bunson, *Encyclopedia of the Roman Empire* (New York: Facts on File, 1994), 300-301.
6. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 460. 7. *Ibid.*, 3: 459.
8. EB 98, s.v. "Odoacer."
9. Smith, *Daniel and the Revelation*, 125.
10. Gibbon, *Decline and Fall*, 3: 460.
11. Smith, *Daniel and the Revelation*, 125.
12. Willis Lindquist, *Christianity and Byzantium*. Vol. 4 de *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro (New York: Golden Press, 1966), 328.
13. EB 98, s.v. "Odoacer."
14. John Julius Norwich, *A Short History of Byzantium* (New York: Alfred A. Knopf, 1997), 55.
15. *Ibid.*, 56.
16. EB 98, s.v. "Lombards."
17. Falco, *The Holy Roman Republic*, 55.
18. R. H. C. Davis, *A History of Medieval Europe: From Constantine to Saint Louis*. 1957 (London, Eng.: Longman, 1970), 46.
19. *Ibid.*, 84.
20. EB 98, s.v. "Ravenna."
21. EB 98, s.v. "Arianism."
22. John L. Mosheim, *An Ecclesiastical History, Ancient and Modern*, 1: 113, 114, citado en Smith, *Daniel and the Revelation*, 125.
23. EB 98, s.v. "Germanic Peoples."
24. EB 98, s.v. "Europe."
25. Sidonius Apollinaris, *Epistolae*, lib. 1, epístola 2, en Migne, *Patrologia Latina*, vol. 58, 558, citado en Benjamin George Wilkinson, *Truth Triumphant: The Church in the Wilderness*, intro. por Merlin L. Neff. segunda ed. 1944 (Brushton, NY: Teach Services, 1994), 143-44.
26. Alden Hatch, *The Mountbattens: The Last Royal Success Story* (New York: Random, 1965), 261.
27. René Gordon, *Africa: A Continent Revealed* (Cape Town, So. Afr.: Struik, 1980), 14.
28. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. 1776-1788. Ed. Ernest Rhys. Seis vol. (London, Eng.: Dent, 1936), 3: 329-30.

29. *Ibid.*, 331-32. 30. *Ibid.*, 332.
31. Thomas Hodgkin, *Italy and Her Invaders*, vol. 1, pt. 2, 931-32, citado en Wilkinson, *Truth Triumphant: The Church in the Wilderness*, 145.
32. *Ibid.*, 145-46.
33. Bunson, *Encyclopedia of the Roman Empire*, 176.
34. Mark Naidis, *The Western Tradition: A Survey of Western Civilization* (Hinsdale, IL: Dryden, 1972), 84.
35. EB 98, s.v. "Franks."
36. J. M. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*. 1952. Tercera ed. rev. (London, Eng.: Hutchinson, 1967), 70-71.
37. *Ibid.* 71.
38. Smith, *Daniel and the Revelation*, 327.
39. Thomas Hodgkin, *Theodoric the Goth*, 202, 203; Nugent Robinson, *A History of the World*, 1: 75-79, 81, 82, citado en Smith, *Daniel and the Revelation*, 328.
40. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 72.
41. Gregory of Tours, citado en Paul Johnson, *A History of Christianity*. 1976 (London, Eng.: Penguin, 1990), 137.
42. Clovis Pronouncement, French Historians, Reuter, citado en *The Korea Herald* 7 (14 de abril de 1996).
43. EB 98, s.v. "Clovis."
44. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 72-73.
45. *Webster's New Biographical Dictionary* (Merriam Webster. CD-ROM. Infopedia. 1994), s.v. "Clovis."
46. Lot, *The End of the Ancient World*, citado en Edwin R. Thiele, *Outline Studies in Daniel*. 1947. Ed. rev. Siegfried J. Schwantes (Berrien Springs, MI: Andrews University, 1965), 65.
47. Davis, *A History of Medieval Europe*, 48.
48. Anne Bailey y Seymour Reit en *The West in the Middle Ages*, vol. 6 de *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro et al. (New York: Golden Press, 1966), 446.
49. Edward James, *The Franks*. 1988 (Oxford, Eng.: Blackwell, 1994), 87.
50. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 72.
51. D. J. Du Plessis, *Daniël, Profeet van die Eindtyd* ["Daniel, Profeta del Tiempo del Fin"]. Parte 3 (Jameson Park, So. Afr.: Rigting Series, sin fecha), 30-31.
52. Smith, *Daniel and the Revelation*, 323-34.
53. EB 98, s.v. "Justinian I."
54. Robert Browning, "Table of Dates," *Justinian and Theodora* (New York: Praeger, 1971).
55. Davis, *A History of Medieval Europe*, 48-49.
56. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 37.
57. *Ibid.* 58. *Ibid.*, 50.
59. John Julius Norwich, *A Short History of Byzantium* (New York: Alfred A. Knopf, 1997), xl.
60. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire*. Vol. 1 (New York: Dover, 1958), 1: 61.
61. Browning, *Justinian and Theodora*, 100.

62. Gibbon, *Decline and Fall*, 5: 38-39.
63. Archibald Bower, *The History of the Popes*, 1: 334, citado en Wikinson, *Truth Triumphant*, 150.
64. EB 98, s.v. "Roman Law."
65. Dave Hunt, *A Woman Rides the Beast* (Eugene, OR: Harvest House, 1994), 22.
66. Janrense Boonstra, et al., eds., *Antisemitism: A History Portrayed* ('s- Gravenhage, Neth.: SDU Uitgeverij, 1989), 21-22.
67. Gibbon, *Decline and Fall*, 5: 42.
68. Davis, *A History of Medieval Europe*, 56.
69. PFF, 1: 511. 70. *Ibid.*, 513.
71. Browning, *Justinian and Theodora*, 257.
72. Timothy Ware, *The Orthodox Church* (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1963), 35-36.
73. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 35.
74. Procopio, citado en R. H. C. Davis, *A History of Medieval Europe*, 56.
75. *Ibid.*
76. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 40.
77. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 326.
78. Roland Oliver y John D. Fage, *A Short History of Africa*. 1962. Segunda ed. 1966 (Baltimore, MD: Penguin Books, 1969), 59.
79. Procopius, Anecdot. c. 18 [tom. iii, 107, ed. Bonn], citado en Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 330.
80. Roland Oliver y John D. Fage, *A Short History of Africa*, 54.
81. Norwich, *A Short History of Byzantium*, 68.
82. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 157. 83. *Ibid.* 157-58.
84. Browning, *Justinian and Theodora*, 150.
85. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 156.
86. EB 98, s.v. "Justinian I."
87. Gibbon, *Decline and Fall*, 4:246-50.
88. Norwich, *A Short History of Byzantium*, 69.
89. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 251. 90. *Ibid.*, 263.
91. Paul Johnson, et al., *The Papacy* (New York: Barnes and Noble, 1997), 211.
92. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 259-60.
93. Johnson et al., *The Papacy*, 211.
94. Browning, *Justinian and Theodora*, 152, 157.
95. Procopio, citado en Browning, *Justinian and Theodora*, 157.
96. *Ibid.*, 158.
97. Gibbon, *Decline and Fall*, 4:262.
98. Norwich, *A Short History of Byzantium*, 70.
99. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 270-71.
100. Antonio Paolucci. Trad. Simon Dally. *Ravenna* (London, Eng.: Constable. 1971), 19.
101. Harold Lamb, *Theodora and the Emperor: The Drama of Justinian*. 1952 (New York: Doubleday, a Bantam Book, 1963), 38-39.
102. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 269-70, 330-52.
103. *Ibid.*, 4: 340.

104. Browning, *Justinian and Theodora*, 190.
105. Ibid. 106. Ibid., 191.
107. EB 98, s.v. "Narses."
108. Procopio, citado en Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 360.
109. EB 98, s.v. "Armada."
110. Winston S. Churchill, *A History of the English-Speaking Peoples: The New World*. 1956 (New York: Barnes and Noble, 1993), 2: 140.
111. EB 98, s.v. "Gettysburg."
112. Nicolas Cheetham, *A History of the Popes*, 244-46.
113. EB 98, s.v. "Papacy."
114. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West: 400-1000*, 41.
115. Nicolas Cheetham, *A History of the Popes. Orig. Keepers of the Keys* (New York: Barnes, 1982), 34.
116. Gibbon, *Decline and Fall*, citado en H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Norwich, Eng.: Thames, 1965), 26.
117. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 369.
118. EB 98, s.v. "Antioch."
119. Peter Jay, ed. e intro., *The Greek Anthology and Other Ancient Epigrams: A Selection in Modern Verse Translations*. Varios Traductores. 1973 (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1981), 362.
120. Charles Panati, *Panati's Extraordinary Endings of Practically Everything and Everybody* (New York: Harper, 1989), 223.
121. Ibid., 224.
122. Gibbon, *Decline and Fall*, 4: 374. 123.
123. Ibid., 4: 372. 124. Ibid., 4: 376.
125. Browning, *Justinian and Theodora*, 255.
126. Willis Lindquist, *Christianity and Byzantium*. Vol. 4 de *The Universal History of the World*, ed. Irwin Shapiro (New York: Golden Press, 1966), 327.

Capítulo 23: La Séptuple Profecía y el Principio Día por Año

1. Hans K. La Rondelle, *How to Understand the End-Time Prophecies of the Bible: The Biblical Contextual Approach* (Sarasota, FL: First Impressions, 1997), 243-45.
2. Samuel J. Cassels, *Christ and Antichrist or Jesus of Nazareth Proved to Be the Messiah and The Papacy Proved to Be the Antichrist Predicted in the Holy Scriptures*. Facsímil reimpresso por Hartland Publications, sin fecha (Philadelphia: Presbyterian Board of Publication, 1846), 274.
3. Robert E. Lerner, Standish Meacham y Edward McNall Burns, *Western Civilizations: Their History and Their Culture*. 1941 (New York: W.W. Norton and Co., 1988, Undécima ed.), 336.
4. Sir Isaac Newton, *Observations upon the Prophecies of Daniel, and the Apocalypse of St. John. In Two Parts*. 1733. Reimpresión Fotográfica (Cave Junction, OR: Oregon Institute of Science and Medicine, 1991), 113.
5. EB 98, s.v. "Papacy. "

6. LeRoy Edwin Froom, *Finding the Lost Prophetic Witnesses* (Washington, DC: Review and Herald, 1946), 30.
7. *Ibid.*, 31.
8. EB 98, s.v. "Joachim of Fiore."
9. Bernard McGinn, *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil* (San Francisco, CA: Harper, 1994), 135-42.
10. PFF, 2: 125.
11. EB 98, s.v. "Nicholas of Cusa."
12. Johann von Döllinger, citado en PFF, 127.
13. PFF, 3: 137, 126. 14. *Ibid.* 2: 14.
15. William H. Shea, *The Year-Day Principle* (Berrien Springs, MI: Andrews University, sin fecha), 13, 15.
16. *Ibid.*, 13. 17. *Ibid.* 18. *Ibid.*, 17. 19. *Ibid.*, 12. 20. *Ibid.*
21. *Ibid.*, 17-18.
22. EB2mi, s.v. "Terror, Reign of."
23. "UBS Releases Latest Bible Translation Figures," *The Christian Post*, 13 Feb. 2005, www.christianpost.com.
24. Smith, *Daniel and the Revelation*, 540-41.
25. GC, 39.
26. LaHaye, Tim. *Revelation Unveiled*. Una ed. corregida y actualizada de *Revelation Illustrated and Made Plain* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1999), 216.
27. EB 98, s.v. "Calendar." 28. *Ibid.*
29. PFF, 3: 383.
30. M. Jean Philippe Loys de Chéseaux, *The Approaching End of the Age*, p. 403, citado en PFF, 3: 384.
31. PFF, 3: 383-84. 32. *Ibid.*, 3: 384, nota al pie. 33. *Ibid.*, 3: 383.
34. *Ibid.*, 3: 364. 35. *Ibid.*, 3: 366. 36. *Ibid.*, 3: 384-85.
37. *Ibid.*, 3: 708. 38. *Ibid.*, 3: 709.
39. PFF, 4: 1194-95. 40. *Ibid.*, 1201. 41. *Ibid.* 1200-1201.

Capítulo 24: Por Qué los Cristianos Persiguen a los Cristianos

1. Theodore H. White, *In Search of History: A Personal Adventure* (New York: Harper, 1978), 4.
2. *Ibid.*, 3. 3. *Ibid.*, 331.
4. W. B. Yeats, *Selected Poetry*. A. Norman Jeffares, ed., intro., y notas (London, Eng.: Macmillan, 1962), 102.
5. William Lamb, citado en Philip Ziegler, *Melbourne: A Biography of William Lamb, Second Viscount Melbourne*. Orig. pub. en Gran Bretaña (New York: Knopf, 1976), 122.
6. Benjamin Disraeli, citado en André Maurois, *Disraeli: A Picture of the Victorian Age*. 1936. Trad. Hamish Miles (Alexandria, VA: Time-Life Books, 1964), 245.
7. M. Cary y T. J. Haarhoff, *Life and Thought in the Greek and Roman World*. 1940. Cuarta ed. (London, Eng.: Methuen, 1946), 311-12.
8. LP, 92.

9. *Funk and Wagnall's Encyclopedia* (CD-ROM. Infopedia. 1994), s.v. "Antiochus IV."
10. EB 11, s.v. "Rushdie, Salman."
11. Chung Hwan-gun, *Nova Mondo: Prova Ideo por Principoj de la Vivo kaj Paco* ["Un Nuevo Mundo: Una Idea Experimental para Principios de Vida y Paz"], 15.
12. Paul Johnson, *A History of the American People*. Ed. Británica, 1997 (Weidenfeld and Nicolson, New York: Harper Collins Publishers, 1999), 789.
13. Olivia E. Coolidge, *Makers of the Red Revolution* (Boston: Houghton Mifflin, 1963), 218.
14. *Ibid.*, 223, 224.
15. Roderick MacFarquhar, "The Party's Armageddon," *Time Asia* (13 de mayo de 1996).
16. Pat Robertson, *The New World Order* (Dallas, TX: Word, 1991), 170.
17. Richard Collier, *Duce: A Biography of Benito Mussolini*. Orig. pub. en Ing. como *Duce! The Rise and Fall of Benito Mussolini* (New York: Popular Library, 1971), 256.
18. Henry Picker, citado en Gordon A. Craig, *The Germans* (New York: Penguin Books, 1982), 64.
19. Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust* (New York: Random House, 1997), 120.
20. William Griffin, *C. S. Lewis, the Authentic Voice* (Tring, Eng.: Lion, 1988), 107.
21. Caryl Matrisciana, *Gods of the New Age* (Eugene, OR: Harvest House, 1985), 216.
22. EB 98, s.v. "Gobineau, Joseph Arthur."
23. Oscar Williams y Edwin Honig, eds., *The Mentor Book of Major American Poets* (New York: New American Library, 1962), xix.
24. Gordon A. Craig, *The Germans*, 69.
25. Max Jordan, *Beyond all Fronts: A Bystander's Notes on This Thirty Years War* (Milwaukee: The Bruce Publishing Company, 1944), 111.
26. *Ibid.*, 178.
27. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, 381, 453.
28. White, *In Search of History*, 196.
29. Michael Grant, *Constantine the Great: The Man and His Times* (New York: Scribner's, 1994), 151.
30. *Ibid.*, 167.
31. Walter M. Montaña, *Behind the Purple Curtain* (Los Angeles, CA: Cowman, 1950), 175.
32. *Ibid.*, 47.
33. Pastor Herculano Cornejo, Afirmación oral al autor, 1996.
34. Montaña, *Behind the Purple Curtain*, 178.
35. John Foxe, *Foxe's Book of Martyrs* [16th century] (London, Eng.: The Book Society, sin fecha), 32.
36. AA, 576.
37. DA, 309.

38. Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness: John Paul II and the Hidden History of Our Time* (New York: Doubleday, 1996), 536.
39. *Ibid.*, 538. 40. *Ibid.*, 536-37.
41. David A. Yallop, *In God's Name: An Investigation into the Murder of Pope John Paul I*. 1984 (Toronto, Can.: Bantam, 1985), 5, 227-46.
42. *Ibid.*, 260.
43. Alessandra Stanley, "Pope Asks Forgiveness for Errors of the Church over 2,000 Years," *The New York Times*, (13 de marzo de 2000).
44. *Ibid.* 45. *Ibid.*
46. Michael De Semlyen, *All Roads Lead to Rome? The Ecumenical Movement* (Gerrards Cross, Eng.: Dorchester House Publications, 1993), 158.
47. Edmond Paris, *The Secret History of the Jesuits*. Trad. From French (Chino, CA: Chick Publications, 1975), 145.
48. Brian Hall, *The Impossible Country: A Journey Through the Last Days of Yugoslavia* (Boston: David D. Godine, 1994), 43.
49. *Ibid.*, 23. 50. *Ibid.*, 23.
51. De Semlyen, *All Roads Lead to Rome?* 159.
52. *Ibid.*, 160. 53. *Ibid.*, 121.
54. Paris, *The Secret History of the Jesuits*, 149.
55. Presidente Josip Broz Tito, citado en John Harris, *The Red Pope* (New York, NY: Manor Books, 1978), 172.
56. Alessandra Stanley, "Pope Beatifies a Croat, Fanning Enmities," *The New York Times*, Domingo, 4 de octubre de 1998).
57. Avro Manhattan, *Catholic Terror in Ireland* (Chino, CA: Chick Publications, 1988.), 45-48.
58. *Adventist Review*, edición mundial (28 de febrero de 1997), 24.
59. *Ibid.*, (13 de marzo de 1998): 24, 8. 60. *Ibid.*, 11.
61. Sergio Moctezuma, "Special Report: Chiapas, Mexico," *Mission* (Third Quarter 1998): 27-28.
62. Nancy Newball Rivera y Bettina Krause, "Thousands Baptized in Mexican Province Despite Ongoing Persecution," *Adventist News Network*, 2 de febrero de 2000.
63. "Mexico" y "Religious Freedom in Mexico" Berkley Center for Religion, Peace & World Affairs, Georgetown University, Washington, D.C., www.berkleycenter.georgetown.edu. Descargado el 12 de mayo de 2013.
64. Adventist News Network: "Seventh-day Adventists, Friends, Celebrate Religious Liberty in Chiapas," *Adventist Review* (25 de abril de 2013), pp. 8-9.
65. GC, 571.
66. Papa Juan Pablo II, "Apostolic Letter *Dies Domini* ['Day of the Lord']," 31 de mayo de 1998, Cap. IV, 66, 67.
67. Papa Juan Pablo II, citado por Norman R. Gulley, "The End Game," *Perspective Digest*, Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society 3 (4/1998), 14-15.

68. Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*. Pref., Saul Bellow (New York: Touchstone, Simon and Schuster, 1988), 39.
69. Franklin D. Roosevelt, citado en Patrick J. Maney, *The Roosevelt Presence: A Biography of Franklin Delano Roosevelt* (New York: Twayne Publishers, 1992), 126.
70. Max Eastman, *Reflections on the Failure of Socialism* (New York: Grosset, 1962), 12.
71. George E. Vandeman, *Comrades in Christ: The Inspiring Story of Soviet Faith* (Boise, ID: Pacific Press, 1991), 11.
72. Clifford Goldstein, *One Nation Under God? Bible Prophecy—When the American Experiment Fails* (Boise, ID: Pacific Press, 1996), 44.
73. John Norton Loughborough, *The Great Second Advent Movement: Its Rise and Progress*. Repr. fotográfica de la ed. de 1905 (Pacific Press, 1992), 452.
74. Warren L. Johns, *Dateline Sunday, U.S.A: The Story of Three and a Half Centuries of Sunday-Law Battles in America* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1967), 55.
75. *Ibid.*, 52-53.
76. George R. Knight, *From 1888 to Apostasy: The Case of A. T. Jones* (Washington, DC: Review and Herald, 1987), 147.
77. Frederick Carnes Gilbert, *Divine Predictions of Mrs. Ellen G. White Fulfilled*. 1922. Reprod. fotog. (Payson, AR: Leaves-of-Autumn Books, 1987), 398.
78. *Ibid.*, 398-99. 79. *Ibid.*, 399. 80. *Ibid.*
81. EB 98, s.v. “Harding, Warren Gamaliel.”
82. Wikipedia, s.v. “Warren G. Harding.” Descargado el 17 de mayo de 2013.
83. John Kenneth Galbraith, “Why the Money Stopped,” en Byron Dobell, et al., *A Sense of History: The Best Writing from the Pages of American Heritage*. Introd. y notas, Byron Dobell (New York: American Heritage, 1985), 671.
84. DTG, 452.
85. N. P. van Wyk Louw, “Die Hond van God” [El Sabueso de Dios], in D. J. Opperman, ed., *Groot Verseboek* [“Gran Libro de Versos”]. Una antología de poesía en Afrikans. 1951. Sexta ed. (Cape Town, So. Afr.: Tafelberg, 1975), 146-53.
86. Eric Hoffer, *The True Believer: Thoughts on the Nature of Mass Movements* (New York: Harper, 1966), 89.

Apéndice: La Literatura y la Biblia

1. T. S. Eliot, *On Poetry and Poets*. 1957 (London, Eng.: Faber and Faber, 1979), 117.
2. Edith Hamilton, *The Greek Way to Western Civilization*. 1948. 14ª impresión (New York: The New American Library, 1962), 8.
3. Samuel Koranteng-Pipim, *Receiving the Word: How New Approaches to the Bible Impact Our Biblical Faith and Lifestyle* (Berrien Springs, MI: Berean Books, 1996), 33.
4. EB 98, s.v. “Bultmann, Rudolf.”

5. Gerhard Franz Hasel, "Resurrection of Jesus: Myth or Reality," *Journal of the Adventist Theological Society*, 1/1995 (Collegedale, TN: Adventist Theological Society), 6, 12.
6. Benjamin George Wilkinson, *Truth Triumphant: The Church in the Wilderness*, introd. por Merlin L. Neff. Segunda ed. 1944 (Brushton, NY: Teach Services, 1994), 18.
7. Bernard McGinn, *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil* (San Francisco, CA: Harper, 1994), 49-50.
8. C. S. Lewis, "Modern Theology and Biblical Criticism," "The Seeing Eye" and Other Selected Essays from Christian Reflections (New York: Ballantine, 1992), 203-37.
9. Chad Walsh, *The Literary Legacy of C. S. Lewis* (London, Eng.: Sheldon, 1979), 156, 243-44.
10. Lewis, *Ibid.* 210.
11. Horace, "Exegi monumentum" [He completado un monumento], en Frederick Brittain, ed., *The Penguin Book of Latin Verse*. Con Introd. y Traducciones Paralelas a Prosa Inglesa. 1962 (Harmondsworth, Eng.: Penguin, 1964), 32-33.
12. William Shakespeare, "Sonnet LV," in W. J. Craig, ed. *Shakespeare, Complete Works* (London, Eng.: Oxford UP, 1969), 1113.
13. Johann Gottfried von Herder, citado en G. R. Mason, *From Gottsched to Hebbel* (London, Eng.: Harrap, 1961), 42.
14. George Perkins et al., eds., *The American Tradition in Literature*. Vol. 2. 1956 (New York: McGraw-Hill, 1990), 1604-05.
15. Saul Bellow, Prefacio en Allan Bloom, *The Closing of the American Mind* (New York: Touchstone, Simon and Schuster, 1988), 15.
16. Hans K. La Rondelle, *How to Understand the End-Time Prophecies of the Bible: The Biblical Contextual Approach* (Sarasota, FL: First Impressions, 1997), 90, 219.
17. *Ibid.*, 99.
18. T. S. Eliot, "The Wasteland," *Collected Poems, 1909-1935* (London, Eng.: Faber, 1951).

Otras Publicaciones del Autor sobre Profecía

The Truth About 666 and the Story of the Great Apostasy (2011, 2013). *Libro, \$35.00, CD de datos o Anexo al correo electrónico, \$19.95.

The Identity of 666 in Revelation (2012), **Video DVD (Presentación en Power Point), \$14.95.

Seven Heads and Ten Horns in Daniel and the Revelation (2011).***Libro, \$20.00. CD de datos, \$14.95. Anexo al correo electrónico, \$10.

Christ and Antichrist in Prophecy and History mas otros 13 materiales (2013).****Libro, \$19.95. CD de datos, \$14.95.

The Use and Abuse of Prophecy (2007). Libro, \$14.95.

A More Sure Word of Prophecy (2015). Libro \$10.00. Anexo al correo electrónico, \$10.

La Palabra Profética Más Segura (2015).***** Libro \$8.00. Anexo al correo electrónico, \$10.

*Abarcando toda la era cristiana, *The Truth About 666 and the Story of the Great Apostasy* (La Verdad Sobre el 666 y la Historia de la Gran Apostasía) es un penetrante libro de 874 páginas en tres volúmenes tanto para eruditos como para neófitos interesados en los eventos pasados, presentes y futuros. Esto es el trabajo más abarcante en profecía e historia alguna vez producido por un adventista del séptimo día, con la asistencia de excelentes investigadores y eruditos. Sobre los siglos cristianos más tempranos, está de acuerdo con, y defiende, *El Conflicto de los Siglos* de Elena G. de White, así como el libro de Urias Smith *Daniel and the Revelation* (Daniel y el Apocalipsis), pero lo enriquece con mucho material que ninguno de esos libros abarcó.

Por ejemplo, los Hérulos, Vándalos y Ostrogodos no eran realmente arrianos. La mayor parte de ellos eran antiguos guardadores del Sábado, y eran un obstáculo para la supremacía papal. Por lo tanto, tenían que ser eliminados. Los papas fueron apoyados por los reyes y emperadores de Europa en su persecución a aquellos que se opusieron a la iglesia romana. Por siglos, los pontífices también lucharon por dominar a estos gobernantes.

Con asombrosos nuevos descubrimientos en latín así como otros cinco idiomas, este libro vindica la conclusión de Urias Smith de que el 666 en Apoc. 13:18 se refiere realmente a *vicarius Filii Dei* (el vicario del Hijo de Dios). Este título apareció por primera vez

durante el año 753 o muy pronto después, en un documento conocido como la Donación de Constantino, que fue forjada por el papado para reclamar supremacía eclesiástica así como dominación secular. La narrativa de *The Truth About 666* se aviva por muchos episodios fascinantes. Por ejemplo, muestra que las personas de Brasil, el país más grande en América Latina, hablan portugués, mientras que el resto habla principalmente español, debido a una decisión papal basada en ese fraudulento manuscrito.

Este libro es un almacén de descubrimientos completamente nuevos. Uno de sus tesoros es un Apéndice con material citando más de ochenta escritores no adventistas del Séptimo día, principalmente protestantes que vivieron y trabajaron antes de Urías Smith. Testificaron el hecho que de *vicarius Filii Dei* era sin lugar a dudas un título papal. La mayor parte de ellos también mostraron que tiene el valor numérico de 666.

Muchísimos escritores católicos también atestiguan el hecho de que los papas, por más de mil años, han sido llamado los *vicarios del Hijo de Dios*, tanto en latín así como en otros idiomas principales de Europa occidental.

En su tercer volumen, este libro discute el problema de ciertos eruditos adventistas del Séptimo día que ahora dicen que el 666 no se refiere al papa, que sólo significa el carácter pecaminoso o la imperfección humanas. Algunos de ellos también alegan que el número, el nombre y la marca de la Bestia son una y la misma cosa. Por implicación, no existirá entonces una ley dominical, ni América cooperará con el papado en su búsqueda de dominación mundial. Tales ideas socavan el mensaje del tercer ángel, sugiriendo que los adventistas del Séptimo día no son realmente la Iglesia Remanente de la profecía. Como demuestra *The Truth About 666*, estos eruditos desafortunadamente han sido influidos por escritores ajenos a su iglesia: guardadores del Domingo, protestantes y católicos, así como otros, incluyendo espiritistas.

***The Identity of 666 in Revelation* (2012), Video DVD. El autor ha sido invitado por la Sociedad Teológica Adventista (Capítulo del Sudeste) para dictar una conferencia sobre este tema de conformidad con la publicación de su libro: *The Truth About 666 and the Story of the Great Apostasy* (2011). Esta es una copia de su presentación en Power Point con una sesión subsiguiente de preguntas y respuestas a sala muy llena en la capilla de Lynwood Hall en la Southern Adventist University, College Place, Tennessee, el sábado 14 de enero de 2012 a las 3:30 p.m.

****Seven Heads and Ten Horns in Daniel and the Revelation* (2011) aborda de manera penetrante a la mujer Babilonia retratada en Apoc. 17. Ella monta sobre una Bestia con siete cabezas y diez cuernos, la identidad de la cual ha eludido a todos los intérpretes proféticos Historicistas hasta ahora. Entre otras cosas, esta obra revisa nueve interpretaciones dadas por autores adventistas del Séptimo día, mostrando que éstos desafortunadamente dejan sin

solucionar el misterio de Apoc. 17:10 y las Escrituras relacionadas. Presenta una explicación Historicista totalmente nueva y resuelve varios problemas inoportunos con respecto a las bestias y cuernos descritos en Dan. 8.

*****Christ and Antichrist in Prophecy and History* (2013). Esta obra solamente, como un artículo independiente, enviada como anexo de correo electrónico, \$10.00, pero está también disponible en CD de datos por \$19.95, el que contiene además 13 artículos adicionales:

1. Una revisión actualizada de *Cristo y Anticristo en la Profecía y la Historia*, impreso originalmente en 2001 (440 páginas). Mientras estaba todavía en prensa, fue prescrito para las clases de Maestría en Divinidad en el Seminario de la Andrews University, al menos tres veces, por dos profesores.

2. "The Role of Prophecy in Our Lives" (El Papel de la Profecía en Nuestras Vidas) (28 de enero de 2008) por Ria de Kock, que fue publicado originalmente en la sudafricana *Signs of the Times*. Entre otras cosas, este artículo estudia la totalidad del material sobre profecía escrito por su esposo en idioma inglés.

3. *Africa and the Bible* (África y la Biblia, 1988, revisado en 2006). Israel se volvió una nación por primera vez en África y fue parcialmente egipcio. También en ese antiguo continente nació el primer escritor bíblico, y donde el bebé Jesús encontró protección. Los africanos han tenido un papel importante en la historia de la salvación. Una lectura edificante para las personas afrodescendientes en el mundo entero. *Africa and the Bible* es una versión corregida y considerablemente aumentada por Edwin de Kock de *Africa in the Bible* (África en la Biblia), un folleto sin fecha de Fares Muganda, un líder y misionero de la iglesia tanzana.

4. "About Diet, Law, and Holy Days" (Sobre la Dieta, la Ley y los Días Sagrados), una carta de cuatro páginas escrita a un erudito no Adventista del Séptimo Día durante 2006, para responder a su consulta por correo electrónico acerca de Rom. 14:5-6. Se relaciona con su contexto más grande, tanto en ese capítulo como en el resto de la Biblia.

5. "Ingredients, Scope, and Structure of *The Great Controversy* by Ellen G. White," (Ingredientes, Alcance y Estructura del *Conflicto de los Siglos* por Elena de White), 27 de julio de 2006. Entre otras cosas, esto trata con la inspiración no verbal como opuesta a la inspiración verbal, el uso de fuentes por parte de la escritora profética y el supuesto plagio.

6. "Why People Were Created with Freedom of Choice" (Por qué las Personas Fueron Creadas con Libertad de Elección), 28 de mayo de 2005, un artículo pequeño e inédito. Muestra que la capacidad de elección se extiende más allá de la religión; es lo que nos hace humanos. Sin ella, seríamos robots, carentes de toda libertad y creatividad verdaderas, incluso al nivel más humilde de la vida cotidiana.

7. "Prophecy Validated by Events" (La Profecía Validada por los Eventos), ADVENTISTS AFFIRM, otoño de 2005. Esto valida la explicación adventista del séptimo día sobre la bestia de dos cuernos descrita en Apoc. 13:11-17 dentro de su contexto histórico, mostrando cuán ridículo debe haber parecido durante el siglo diecinueve, incluso tan tarde como en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y con todo, cuán viable es hoy.

8. "Letters About Inspiration" (Cartas Sobre la Inspiración, c..2003), a un correspondiente. Tres formas de inspiración mencionadas o discutidas son: *El Señor o sus Ángeles Hablan Directamente al Profeta*, lo que "a menudo toma la forma de una voz real"; *El Profeta Tiene un Sueño o una Visión* pero describe los objetos o acciones vistas con sus propias palabras; y la *Orientación en el Proceso de Escritura*. Un ejemplo de esto es el Evangelio según Lucas, quien hizo una investigación diligente y también citó exhaustivamente a sus predecesores.

9. "A Dispensationalist Calculation Error" (Un Error de Cálculo Dispensacionalista), revista Ministry, agosto de 2002. Entre otras cosas, este artículo demuestra que el Futurismo está basado en mala aritmética al alegar que los 1260 días, 42 meses y 3 y ½ años de Daniel y Apocalipsis son un tiempo literal. Es decir, la matemática para adecuar este período de tiempo dentro de Dan. 9:27 es mala.

10. "The Main Reason for the Israeli-Palestinian Conflict" (La Razón Principal Para el Conflicto Israelí – Palestino), un artículo inédito (c. 2000). Estudia la interacción entre judíos y árabes en el transcurrir de los siglos. Entre los mitos desacreditados está la idea de que todas las personas en el Medio Oriente que hablan árabe son descendientes de Agar, la concubina de Abraham.

11. "How Pieter Wessels and My Mother Became Seventh-day Adventists" (Cómo Pieter Wessels y mi Madre se Volvieron Adventistas del Séptimo Día), una charla en un culto nocturno el 26 de enero de 1996 en Inchon, Corea del Sur, en el Instituto ASD de Idioma Inglés donde Edwin de Kock estaba enseñando inglés como segundo idioma, así como también impartiendo clases de la Biblia. Pieter Wessels era un afrikáner que vivió en Kimberley en la Provincia Noroccidental del Cabo, en Sudáfrica, durante la última parte del siglo diecinueve. En esa área, donde se había hecho el hallazgo de diamantes más rico en todo el mundo, era uno de los hombres a quienes esto enriqueció en gran manera. Wessels descubrió el verdadero sábado de su propio estudio de la Biblia, y pronto no solamente promovía sino también financiaba a la iglesia Adventista del Séptimo Día en su país. De Kock luego contó cómo su madre descubrió también el Sábado leyendo los Diez Mandamientos por sí sola. Continuó narrando cómo, para él, estos eventos estaban relacionados, porque también provocaron que él conociera a su esposa Ria, que había nacido a treinta y cinco millas de Kimberley.

12. "The Best Book About the Sabbath" (El Mejor Libro Sobre el Sábado, *South African Union Conference Lantern*, 1 de junio de 1987) relata cómo en 1935 Susanna E. de Kock (nacida Olivier) descubrió la verdad sobre el Sábado leyendo los Diez Mandamientos

y después devino adventista del Séptimo día. En esos momentos su hijo de cinco años, el futuro autor de *The Truth About 666*, comprendió lo que ella estaba haciendo y decidió seguir su ejemplo.

13. “Three Golden Calves” (Tres Dioses Falsos, *South African Union Conference Lantern*, noviembre de 1979). Una historia admonitoria de un evento que ocurrió hace más de tres mil años. Sigue la influencia destructivamente malvada del becerro de oro, que el sumo sacerdote Aaron hizo en Sinai, sobre la historia subsiguiente de Israel.

14. “The Influence of Most Fiction, Whether in Books, Movies, or Plays” (La Influencia de la Mayor Parte de la Ficción, ya sea en Libros, Películas, u Obras Dramáticas), adaptado de un sermón predicado en una iglesia sudafricana, durante los 60’s o los 70’s. El punto principal era: “Los libros de historia, películas y obras de teatro, muy a menudo destruyen el amor por la Biblia y las cosas sagradas. Nuestra principal preocupación no debe estar en dónde tienen lugar la lectura o la contemplación (en casa o en un teatro), sino en la perniciosa influencia de la ficción”.

***** Traducción en español:

“*La Palabra Profética Más Segura* (2015) es la última de una reveladora serie de obras del historiador y teólogo Edwin de Kock. Su obra es una de las más fascinantes y educativas que alguna vez haya leído debido a la no muy frecuente y singular combinación de erudición bíblica e histórica. El autor destaca a la escuela Historicista de interpretación profética como la única que se valida a sí misma, dado que la profecía bíblica predice fielmente el desenvolvimiento de los eventos históricos mundiales hasta la fecha. Basada en dicha escuela de interpretación, la obra analiza y presenta las antiguas profecías contenidas en los libros de Daniel y Apocalipsis. Interesantemente, De Kock demuestra que dicha escuela no nace con la reforma protestante, sino que su origen se remonta a eruditos de la iglesia del siglo tercero, entre los cuales destaca Hipólito (170–235 d.C) cuya interpretación de Daniel 2 y 7 es la que actualmente sostiene dicha escuela. Además, la obra presenta como el Historicismo ha sido eclipsado a lo largo de la historia en más de una ocasión por otras escuelas de interpretación de origen Católico (e.g., Idealismo, Preterismo, Futurismo), y contrasta acertadamente tales escuelas con la Historicista mostrando sus puntos débiles y no escriturales. Un dato relevante que De Kock resalta es el hecho que el autor católico Joaquín de Fiore en el siglo doce, tres siglos antes de la reforma protestante, revive uno de los principios base del Historicismo: El principio bíblico de equivalencia de día profético por año. Así, la influencia de la teología de De Fiore alcanza a muchos sabios, escritores y teólogos de los postreros siglos, incluyendo a los reformadores, quienes basados en tales principios de interpretación historicista demuestran que la bestia de Apocalipsis 13 representa al papado, y como consecuencia al sistema del Anticristo. Cabe recalcar, que todas las otras escuelas de inter-

pretación niegan tal identificación del 'hijo de perdición', por lo que lo asocian con personajes históricos en tiempos precristianos o con personajes seculares potenciales en el extremo futuro, obviando la continuidad intrínseca de la historia y la profecía. Por lo anteriormente expuesto, y con la mayor admiración, recomiendo esta valiosa obra de De Kock"—Dr. Byron Villacorta, Investigador Asociado, Universidad de Queensland, Australia, 2016.

- oOOo -

Precios en dolares Americanos como se indica arriba, más gastos de envío. Se aceptan solo cheques y giros postales en dolares Americanos. No se aceptan targetas de crédito.

Para detalles sobre otros países, ofertas especiales, descuentos por copias múltiples, etc., por favor escriba al autor.

edwdekock@hotmail.com

Edwin de Kock
12916 Los Terrazos Boulevard
Edinburg, TX 78541
U.S.A.